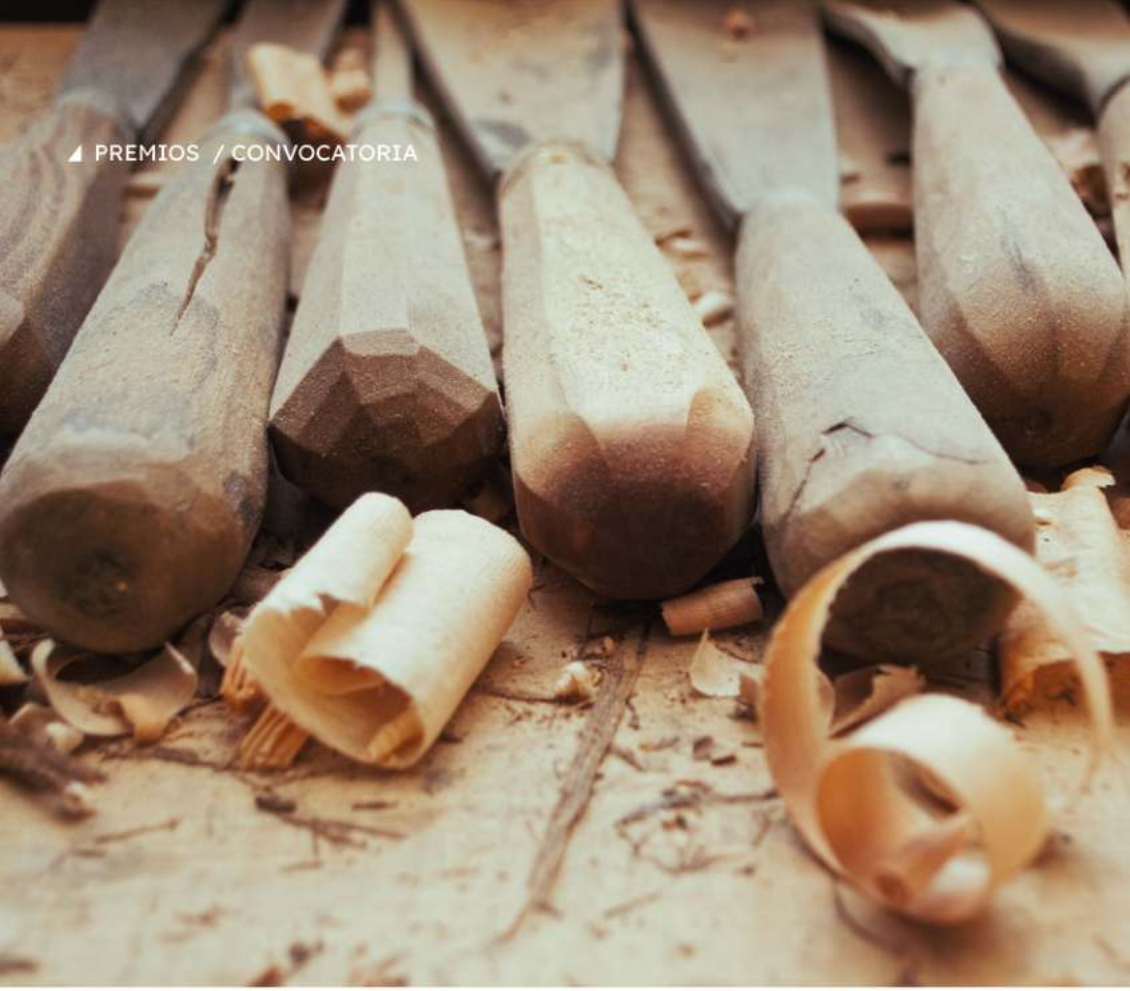

DOS OBRAS

20 AÑOS EDITANDO TEATRO

EDITORIAL INTeatro

PREMIOS /
CONVOCATORIA

DOS OBRAS

20 AÑOS
EDITANDO TEATRO

Gastón Díaz / Cecilia Salman / Mauro Santamaría / Diego Araujo / Alberto Moreno / Santiago San Paulo / Ricardo Ryser y Guillermo Baldo / Ósjar Navarro Correa / José Montero / Cristian Palacios

EDITORIAL

20 años editando teatro : dos obras / 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Inteatro, 2023.
640 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3811-93-7

1. Teatro.
CDD 792.09

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta
Foto de tapa: Paula Salischiker

CONSEJO EDITORIAL

María Paula Del Prato
Sandra Franzen
Fabiola Manssor
Gustavo Uano
David Jacobs

STAFF EDITORIAL

David Jacobs	Dirección y coordinación
Graciela Holfeltz	Producción
Patricia Ianigro	Distribución
Laura Legarreta	Asistente de edición
Juan Ignacio Crespo	Asistente de edición
Agustina Periale	Diseño de tapa
Mariana Rovito	Diseño de interior y maquetación
Mariana Rovito	Diagramación
Paula Galdeano	Corrección

© INTeatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-3811-93-7

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Septiembre de 2023
Primera edición

ÍNDICE

05 **GASTÓN DÍAZ** (ENTRE RÍOS)
07 CABALLITO DE BATALLA
45 LA PROCURADORA

83 **CECILIA SALMAN** (SANTIAGO DEL ESTERO)
85 LENGUA HECHIZA
105 EL AGUA NO SE MASCA

127 **MAURO SANTAMARÍA** (CORRIENTES)
129 FLOR DE MANDARINA
167 EL SILENCIO DE LAS MARIPOSAS

195 **DIEGO ARAUJO** (CHUBUT)
197 SEGUNDOS DE BELLEZA
217 FICCIONES

245 **ALBERTO MORENO** (CATAMARCA)
247 AL CALOR DE LA NOCHE
285 ANTES DE MORIR

315 **SANTIAGO SAN PAULO** (CÓRDOBA)
317 LA ILUSIÓN DEL RUBIO
333 VOY CON MIS AMIGXS A SATURNO

351 **RICARDO RYSER Y GUILLERMO BALDO** (CÓRDOBA)
353 EL NIÑO SIRENA
393 SIERVAS

431 **ÓSJAR NAVARRO CORREA** (MENDOZA)
433 LA PERSISTENCIA DE LOS GRILLOS
459 SKATEPARK

485 **JOSÉ MONTERO** (CABA)
487 CAPILLA ARDIENTE
545 CACHACASCÁN

637 **CRISTIAN PALACIOS** (BUENOS AIRES)
639 TSUNAMI
665 LA PASIÓN SEGÚN TERESA VON HAUPTBANHOF

GASTÓN DÍAZ

CABALLITO DE BATALLA

LA PROCURADORA

ENTRE RÍOS

Gastón Díaz nació en Gualeguay, Entre Ríos. Es actor, director, autor y docente de teatro. Es responsable y programador de la sala Liebre de Marzo, en Gualeguay, Entre Ríos. Se formó con Guillermo Cacace, Ciro Zorzoli, Marcelo Minino, Roberto Castro, Antonio Célico, Manuel Longueira, Cristina Banegas y Enrique Dacal. Cursó la carrera de Formación del Actor en la EMAD (Escuela Metropolitana de Arte Dramático de la Ciudad de Buenos Aires.) En dramaturgia se formó con Ariel Farace y Martín Flores Cárdenas; y en puesta en escena (con beca del INT) con Rubén Szchumacher. Desde 2006 dicta talleres de teatro para niños, adolescentes y adultos. Ha dirigido textos de Mariana Obersztern, de Emma Barrandeguy y de Santiago Loza. Con su obra *Guía semana de ideas* participó de la 33º Fiesta Nacional del Teatro, representando a su provincia.

CABALLITO DE BATALLA

"Creía que mi amor estaba a salvo de las tormentas.
No estoy loco: sé que todo amor está amenazado
–que todo, de todas maneras, está amenazado."
Emmanuel Carrère

PERSONAJES

IVI
SEBASTIÁN
ALCIDES

1.

Ivi y Sebastián conviven. Ivi es bailarín y Sebastián, fotógrafo.

SEBASTIÁN. —¿Escuchaste ese silbido anoche?
IVI. —Sí, lo escuché.
SEBASTIÁN. —Creo que eran los hombres que trabajan en la construcción de al lado.
IVI. —¿Ah, sí?
SEBASTIÁN. —Cantan, silban, se ríen. El otro día, cuando volvía de la feria, los vi que estaban ahí tomando vino con pajita, adentro de un melón. Me puse a hablar con uno. Alcides se llama.
IVI. —No eran ellos los que silbaban.
SEBASTIÁN. —Yo creo que sí. Uno me contó que vive en un barrio donde las chicas y los chicos toman sol en la vereda, juegan al carnaval y se quedan a dormir en la casa de sus amigos. Me invitó a ir un día para allá, que me vaya con la cámara, que saque unas fotos o filme algo.

IVI. —El silbido es de una canción que puse anoche. Un tema que empieza con un silbido y después el ritmo es como de un tipo que va caminando por la calle medio destartalado.

SEBASTIÁN. —Sé de qué canción estás hablando.

IVI. —¿Cómo se llama?

SEBASTIÁN. —Tengo la melodía en la punta de la lengua.

IVI. —¿Viste que no sabés?

SEBASTIÁN. —No, no sé. ¿Qué canción es?

IVI. —Te la bailo.

...

SEBASTIÁN. —¿Y esos movimientos?

IVI. —Este es el movimiento de la canción. Camino camino camino, separo una rama, la saco de adelante de mi cara, doy un paso hacia atrás, me cortan el cuello, amago caída. Patada en el aire, aterrizo sentado, desenrosco la pierna y giro bajito, salpico salpico, paso la brocha, tomo un helado. Camino camino camino...

SEBASTIÁN. —Basta, pará.

IVI. —No eran ellos los que silbaban, cabeza dura.

SEBASTIÁN. —No te creo.

IVI. —Era la canción.

SEBASTIÁN. —Te haces el bobi.

IVI. —¿Vas a ir?

SEBASTIÁN. —...

IVI. —A lo de las fotos, el paseo, el tour ese que dijiste que te invitó el de al lado.

SEBASTIÁN. —Tengo que comprar rollos.

IVI. —Gracioso. Graciosito.

...

IVI. —¿No me ve vas a preguntar nada?

SEBASTIÁN. —¿Cómo te fue?

Dale, ¿cómo te fue? Contame... Estoy esperando.

IVI. —¿Por qué tardaste tanto en preguntarme?

SEBASTIÁN. —¡Ya te lo pregunté!

IVI. —*(Baja la cabeza.)* No.

SEBASTIÁN. —¿Qué?

IVI. —No. *(Suspira.)* No lo di todo.

SEBASTIÁN. —Seguro que sí.

IVI. —No lo di todo. Estuve distraído. Pensé demasiado.

SEBASTIÁN. —Sos muy exigente.

IVI. —Tengo que renunciar un rato a ser yo. Tengo demasiadas ideas sobre mí mismo, me obturan. Tengo que aprender a desenvolverme de otra manera... como una llama que cambia todo el tiempo de forma. No sé estar en el ahora. No sé darme sin ser mezquino. Tengo que dejarme ir.

SEBASTIÁN. —Vení para acá.

IVI. —¿Qué camino querés que haga?

SEBASTIÁN. —Seguro te fue mejor de lo que pensás.

...

IVI. —Y esta barba, ¿es nueva?

SEBASTIÁN. —Me la prestó uno de los hombres que trabajan al lado... Te conté sobre ellos.

IVI. —No te queda mal.

SEBASTIÁN. —Escuchá, empezaron a silbar.

2.

SEBASTIÁN. —¿Lo vas a prender acá?

IVI. —No.

SEBASTIÁN. —Está bien.

IVI. —Lo estoy armando, nomás.

SEBASTIÁN. —Está bien.

IVI. —Lo fumo afuera.

SEBASTIÁN. —Tiene rico olor. Parece un sahumerio.

IVI. —Es de vainilla...

SEBASTIÁN. —No deja de ser un cigarrillo.

IVI. —...Hay un montón de gente que puede decidir no besarte porque fumaste un cigarrillo. Aunque te laves los dientes, lo sienten igual. *(Juega a prender y apagar el encendedor.)* Es uno de los males de este siglo. La obsesión por estar libre de humo.
Si viajaran desde el pasado hasta nuestros días, las personas que vivían en los cincuenta, en los sesenta, se querrían matar... La cara que pondrían cuando los mandasen a fumar afuera.
Románticos, hemos evolucionado.
Yo un día me voy a hacer fanático de la sanidad. Pero todavía no.

SEBASTIÁN. —Vos podés hacer lo que quieras.

IVI. —¿Querés probar?

SEBASTIÁN. —Hoy capaz que fumo... unas pitaditas. No tiene feo olor.

IVI. —¿Dónde se metió?

SEBASTIÁN. —Se fue a lavar las manos.

IVI. —Eso dijo, ¿no?

SEBASTIÁN. —¿Viste que linda camisa que tiene...? Es una camisa normal, pero es linda.

IVI. —Le queda bien sí... Tengo cara de estúpida.
¿Qué hace tanto tiempo en el baño?
SEBASTIÁN. —Voy a hacer un té.
IVI. —Vos siempre con el tecito.
SEBASTIÁN. —Bueno.
IVI. —No me dejes solo con él.
SEBASTIÁN. —Preguntale si quiere escuchar música.
IVI. —Sebastián.
SEBASTIÁN. —Sebastián es mi nombre.
IVI. —Qué puto que sos.

Ivi queda solo y hace movimientos de sacarse cosas de encima. Baila un despojo elegante. Entra Alcides y se queda parado pestañeando. Cuando Ivi se da cuenta de su presencia, adopta una pose normal que no es normal.

IVI. —¿Qué hacés ahí?
ALCIDES. —Me fui a lavar las manos. Perdón, estoy re loco.
IVI. —¿Qué pasa? ¿Te pusiste nervioso?
ALCIDES. —No, todo bien. No sé si puedo mantener una conversación normal.
IVI. —Bueno, no sé cómo te puedo ayudar.

Alcides se ríe.

¿De qué te reís?
Tengo cara de estúpido.

Alcides se contagia de su propia risa.

ALCIDES. —¿Qué se hizo, Sebastián?

IVI. —¿Qué se hizo? Se hizo humo.

ALCIDES. —Se esfumó.

IVI. —Desapareció sin dejar rastro. *(Se busca en las ropas.)* Acá no lo tengo... Me armé este pucho con él. ¿Nos lo fumamos?

ALCIDES. —*(Se ríe.)* Dale mecha.

IVI. —No tengo fuego. ¿Tenés?

ALCIDES. —Sí. *(Tira un encendedor por el aire que Ivi no llega a atrapar.)*

IVI. —*(Se lo devuelve también por el aire.)* Intento número dos.

ALCIDES. —Ahí va. A ver esos reflejos. *(Vuelve a lanzárselo.)*

Ivi recibe el encendedor y traslada el impulso del objeto en movimiento al resto de su cuerpo. Al principio se mueve desperezándose en cámara lenta, con fuerza contenida, después los movimientos son más cortos y repetitivos, como si sonara música electrónica.

IVI. —¿Te gusta esta música?

ALCIDES. —Me gusta toda la música.

IVI. —¿Bailás?

ALCIDES. —Bailo así. *(Solo mueve la cabeza.)*

Entra Sebastián con dos tazas de té.

SEBASTIÁN. —No molestes, Ivi.

IVI. —*(Se mueve frente a Alcides.)* Este es el ritmo, prestá atención... Ahí va mejor. ¿Un poco de bracitos...? Muy bien esos bracitos.

SEBASTIÁN. —El té, gladiolos.

Ivi termina su danza poniéndole el encendedor a Alcides en la mano y poniéndose él el cigarrillo en la boca. Espera que Alcides se lo prenda.

SEBASTIÁN. —¿Qué hacen?

ALCIDES. —Te estamos por fumar. *(Le prende el cigarrillo a Ivi, que pita rápidamente y lo pasa con la mano directamente a la boca de Alcides.)* Qué asco. Pensé que era porro.

IVI Y SEBASTIÁN. —Es de vainilla.

IVI. —*(A Sebastián.)* ¿Querés?

SEBASTIÁN. —Habías dicho que lo fumabas afuera. Dame, lo voy a probar. *(Sebastián fuma. Quedan los tres bastante juntos.)* Alcides trabaja en la construcción de acá al lado.

ALCIDES. —Soy maestro mayor de obras.

SEBASTIÁN. —Casi un arquitecto.

ALCIDES. —No, los arquitectos no saben trabajar. Son unos mamitas. *(Se ríe.)*

SEBASTIÁN. —Un arquitecto no se pondría esa camisa.

IVI. —Qué hermosos dientes que tenés, Alcides.

ALCIDES. —*(Sonrisa de caballo.)* Es mi orgullo esta dentadura. Una vez le hice sacar el molde con un amigo mecánico dental, así que tengo una escultura de mi boca en casa. Pasame el cigarrillo, le voy a dar otra oportunidad.

IVI. —Te va a manchar la dentadura nacarada.

ALCIDES. —Cualquier cosa, tengo una de repuesto.

Se pasan el cigarrillo como si fuera un porro. Están en un triángulo de humo.

IVI. —Les quiero leer algo que escribió hoy mi profesora de yoga, lo subió a un grupo que tiene con los alumnos. ¿Les leo?

SEBASTIÁN. —¿Ahora?

ALCIDES. —Yo una vez hice yoga.

SEBASTIÁN. —Qué rico está mi tecito.

IVI. —Dice así: "Cualquier narrativa es una atadura, es ilusoria y nos identificamos con ella. Este es el gran punto. La única narrativa que nos lleva hacia la libertad es la que no contiene historia, la que vive el momento presente y no nos identifica. Difícil, ¿no?"

ALCIDES. —¿Qué tiene que ver la literatura con el yoga?

SEBASTIÁN. —¿El "difícil" lo agregaste o vos o termina así?

IVI. —Lo puso ella. Termina así la oración.

ALCIDES. —Yo no entiendo nada, pero estoy dispuesto a coincidir con todo.

IVI. —*(A Alcides.)* Me gusta tu manera de pensar.

ALCIDES. —¿De qué estamos hablando?

SEBASTIÁN. —Me quedé pensando en lo de la profesora de yoga. Si no hay narración, ¿cuál es el contenido?

...

ALCIDES. —Ustedes se pasan. Me dan ganas de besarlos a los dos.

IVI Y SEBASTIÁN. —Besalo.

3.

SEBASTIÁN. —¿Te gusta mi casa?

ALCIDES. —Es genial tu casa.

SEBASTIÁN. —...Acá es donde vivo.

ALCIDES. —¿Se puede tocar todo?

SEBASTIÁN. —¿Tocar?

ALCIDES. —Sí, las cosas que me gustan con la vista, me dan ganas de tocarlas con las manos.

SEBASTIÁN. —...Tiene sentido.

ALCIDES. —¿Esto se puede tocar? *(Un jeep en miniatura.)*

SEBASTIÁN. —Eso es un recuerdo.

ALCIDES. —Tengo la costumbre desde chico. A cada lado que iba se la pasaban retándome porque yo andaba agarrando esto y lo otro y terminaba rompiendo cosas. Hay que atarle las manos a este chico, decía mi papá.

SEBASTIÁN. —Tené cuidado con eso.

ALCIDES. —En las jugueterías hacía desastres, le pegaba a las pelotas, hacía batallas entre los muñequitos... A un museo no me podían llevar, directamente. Y una vez que fui con mi papá a una carpintería, me solté de su mano y fui donde estaban cortando con una sierra de mesa, fui corriendo y me tropecé con unas maderas, caí encima de la máquina y me corté el brazo y el pecho. Me tuvieron que llevar derecho al hospital. Todavía tengo la cicatriz.

SEBASTIÁN. —¿Eras muy chico?

ALCIDES. —Cinco. Seis.

SEBASTIÁN. —Me imagino que se habrá ido desfigurando esa cicatriz a medida que ibas creciendo. Cambiando el dibujo.

ALCIDES. —Es más bien como si la cicatriz va creciendo con vos.

SEBASTIÁN. —...Hmm, el cuerpo... Dejá eso ahí, por favor.

ALCIDES. —*(Alcides deja el objeto.)* Te la muestro. ¿Querés verla?

SEBASTIÁN. —No hace falta.

ALCIDES. —*(Se saca la remera.)* Mirá.

SEBASTIÁN. —No se ve nada.

ALCIDES. —¿No ves acá, toda esta línea más clarita?

SEBASTIÁN. —Mmm... la verdad que no.

ALCIDES. —Es enorme, va desde acá, haciendo todo este camino de hormiguita y llega hasta este punto, ¿ves? Acá se termina.

SEBASTIÁN. —La ves vos porque te acordás dónde estaba. Desapareció visualmente pero la tenés marcada en la mente... O la percibís en la faz interna de la piel.

ALCIDES. —Tenés una imaginación.

SEBASTIÁN. —Tengo varias. Me dieron ganas de algo fuerte, voy a buscar algo para tomar.

ALCIDES. —Acercate. Vas a ver que la vas a ver... ¿La ves?

SEBASTIÁN. —¿Es esto de acá?

ALCIDES. —No, eso es la mordida de un perro.

SEBASTIÁN. —No veo.

ALCIDES. —Acercate más.

SEBASTIÁN. —¿Así que eras muy terrible de chico?

ALCIDES. —Era el demonio de Tasmania.

SEBASTIÁN. —¿Es esta línea de puntos más blanquita? Son como unos granitos en miniatura, un sarpullidito de nieve.

ALCIDES. —Tocá.

SEBASTIÁN. —Mirá que mi dedo tiene electricidad.

ALCIDES. —No tengo cosquillas. No sé lo que son. *(Sonríe con todos sus dientes. Sebastián acerca un dedo E.T. a las costillas de Alcides. Une la línea de puntos, trazando el contorno del dibujo.)*

SEBASTIÁN. —Te estoy creando.

ALCIDES. —¿Viste que no miento?
SEBASTIÁN. —Te estoy inventando un pasado. Con momentos de luz y momentos de sombra. Hago tour por el camino del dolor que te hizo más fuerte.
ALCIDES. —Yo tuve una vida muy feliz. Para mí sufrir es perder el tiempo.

Sebastián saca su dedo del cuerpo de Alcides.

SEBASTIÁN. —¿Te puedo peinar los bigotitos?
ALCIDES. —Sí. ¿Por qué no?

Sebastián toca los bigotes de Alcides, y después sus labios. Primero los recorre y después pone su dedo índice perpendicular a los labios de Alcides, en el gesto de pedir silencio. Un momento después, Alcides se mete el dedo de Sebastián en la boca y lo mira a los ojos; su cabeza está completamente fija. Lo saborea brevemente y termina soltándolo despacio.

ALCIDES. —¿Y el otro chico? ¿Dónde está?
SEBASTIÁN. —Creo que subió a la terraza.
ALCIDES. —Qué lindo, hay terraza.
SEBASTIÁN. —Sí, es enorme, parece una pista de aterrizaje, es tan grande como toda la casa... Voy a buscar eso fuerte que dije antes.

Sebastián queda inmóvil un momento y después se acerca y comienza a besarlo, apoyando suavemente sus labios como si la boca del otro

fuera algo muy frágil. Alcides arremete abrazándolo y lo besa con todo su cuerpo. Hay algo de desesperación y de hambre en los movimientos de los dos. En una primera etapa usan sus manos únicamente sobre la cabeza del otro, y se van despeinando hasta quedar con pelucas salvajes. Se sueltan, se miran por unos segundos con ojos de loco y vuelven al abrazo. En un momento Alcides gira a Sebastián y lo abraza desde atrás, Sebastián se suelta y vuelve a besarlo de frente. No duran demasiado así, Alcides vuelve a insistir y Sebastián a desistir. El movimiento se repite y se repite, generando una danza mecánica. Finalmente se sueltan. Sebastián al despegarse de Alcides pierde el equilibrio y cae al piso. Alcides lo mira desde su altura. Los dos están agitados. Las pelucas son un revoltijo.

ALCIDES. —Bueno, espero que me vayas a visitar.
SEBASTIÁN. —Sí...
ALCIDES. —Ya sabés dónde vivo, ya te dije, ya te invité a que conozcas mi barrio.
SEBASTIÁN. —Claro.
ALCIDES. —Me voy.
SEBASTIÁN. —Sí, que no se te haga tarde para volver.
ALCIDES. —Mejor que no se me haga tarde.

Alcides se acomoda la ropa y sale. Sebastián queda tirado en el piso como si hubiera sido el perdedor de una pelea escandalosa. Entra Ivi y lo mira desde su altura.

IVI. —¿Estás bien?
SEBASTIÁN. —Sí. Estuvimos bailando unos temas.
IVI. —Ah. Está bien.

SEBASTIÁN. —Te dejó un beso.

Ivi asiente con la cabeza.

4.

Ivi de pie, Sebastián en el sillón. Los dos miran hacia afuera.

SEBASTIÁN. —Estoy tan distraído, ¿tengo los ojos colorados? Son muchas horas mirando todo. Me la paso mirando todo. No sé. Realmente estoy muy cansado.

IVI. —Se te agotó la vista. Dale un respiro a tus ojitos.

SEBASTIÁN. —Creo que de verdad necesito descansar. Estirar un poco las piernas.

IVI. —Cerrá los ojos.

SEBASTIÁN. —Necesito estar horizontal.

IVI. —Concentrate, Seba. Cerrá los ojos. Te voy a ayudar a relajarte.

SEBASTIÁN. —*(Respira profundo y cierra los ojos.)* Me voy a quedar dormido.

IVI. —Estás sentado en el sillón de tu casa.
¿Sentís el piso debajo de tus pies? *(Le desata los cordones de las zapatillas.)*

SEBASTIÁN. —¿Qué hacés?

IVI. —Tranquilo. Vas a estar más cómodo... No hay nada que temer, estás en el lado mullido de las cosas.

SEBASTIÁN. —Hmm, estoy acá. *(Sonríe.)*

IVI. —Es un espacio seguro. Estás contendido. Este espacio es la realidad, mi voz es la realidad.

SEBASTIÁN. —Suena muy real.

IVI. —Te estás relajando. Te estoy ayudando a que te relajes.

SEBASTIÁN. —Yo estoy bien.

IVI. —Más o menos.

SEBASTIÁN. —Yo estoy bien, Ivi.

IVI. —No abras los ojos.

SEBASTIÁN. —¿Qué hacés con mis manos?

IVI. —Un masajito. Concentrate en la respiración. Dejame hacer.

SEBASTIÁN. —No me gusta que me toquen las manos.

IVI. —Sentí la temperatura de las mías y trata de percibir cómo la diferencia con las tuyas se va modificando, hasta que las manos de los dos tienen su propio microclima.

SEBASTIÁN. —Me estás amasando las manos.

IVI. —Son muy hermosas. *(Recorriendo una línea.)* Una ciudad son y yo me pierdo en esta calle.

SEBASTIÁN. —¿...Estás llorando?

IVI. —Me moriría de tristeza si tus manos no estuvieran en el mundo.

SEBASTIÁN. —Qué exagerado.

IVI. —*(Apoya una mano de Sebastián sobre su pecho.)* Este es mi corazón.

SEBASTIÁN. —¿Todo eso es tu corazón? ¿Por qué late tan fuerte?

IVI. —Porque es un caballito.

Se ríen los dos.

SEBASTIÁN. —Te va a hacer mal sentir tan fuerte.

IVI. —Sebastián, tengo que decirte algo.

SEBASTIÁN. —Decilo. ¿Es por lo de Alcides? No entendí porque te fuiste el otro día.

IVI. —Te deje solo con él.

SEBASTIÁN. —Me dejaste solo con él.

IVI. —Escuchá con atención. Hace un tiempo que veo algo en vos. En realidad, es al revés. Dejo de ver algunas partes. Últimamente pasa más seguido, y me asusta.

SEBASTIÁN. —¿Qué querés decir?

IVI. —Al principio eran partes más insignificantes, detalles. Una oreja, un pie, el hombro, no sé. No sueltes la mano.

SEBASTIÁN. —Te va a explotar el corazón.

IVI. —Pero cada vez son más grandes esas partes de Sebastián que por momentos se dejan de ver. Hace unos días abrí la puerta del baño y te faltaba una pierna completa, toda la pierna, desde la cadera; y el sábado, cuando bajé de la terraza después de que Alcides se había ido, estabas tirado en el piso y te faltaba el cuello, se veía tu torso extendido y un espacio vacío, la cabeza flotando suspendida en la nada. Pero ayer, ayer estabas parado al lado de la ventana, atardecía y pude ver que muy despacio, en *fade out*, fue desapareciendo la mitad de tu cuerpo. Un corte vertical que te dejaba en un equilibrio extrañísimo. Una pierna, la mitad del torso, la mitad del cuello y la mitad de la cabeza. Sentí mucho miedo.

Y lo peor es que vos no te das cuenta... por eso quería que estuvieras relajado cuando te lo dijera. Tenés que concentrarte, porque un día... mirá si un día desaparecés por completo. Me vas a matar del susto y yo no voy a saber qué hacer.

SEBASTIÁN. —No creo que sea grave, debés estar exagerando.

IVI. —No estoy exagerando. No digas siempre que estoy exagerando.
SEBASTIÁN. —¿Y ahora? ¿Ahora se me ve completo?
IVI. —Sí, ahora estás completo.

Sebastián abre los ojos.

SEBASTIÁN. —Me arden un poco todavía.
IVI. —Busco las gotitas.
SEBASTIÁN. —Por favor.

Ivi sale. Sebastián al quedar solo mira en todas direcciones y después mira lo que puede de sí mismo. Se truena los dedos de las manos y hace una torsión para hacer sonar su columna. Abre la boca y lanza su propio aliento.

SEBASTIÁN. —Vivo estoy.
IVI. —*(Entrando.)* ¿Te pongo las gotitas?
SEBASTIÁN. —Me las puedo poner yo.
IVI. —**...**
SEBASTIÁN. —Está bien.

Sebastián recuesta su cabeza. Ivi le pone una gotita en cada ojo, y después le da un beso en cada párpado. Le gustaría hacerle una caricia en el pelo, pero solo se queda parado al lado, con el gotero en una mano y la tapita en la otra. Silencio. Unos segundos después Sebastián en fade out *desaparece, desde la cadera hasta los pies.*

5.

Sebastián entra con mucha energía, riéndose. Se detiene, infla mucho el pecho y deja salir todo el aire de golpe.

IVI. —¿Dónde estabas?

SEBASTIÁN. —Estaba haciendo una escena en otro lado.

IVI. —Qué gracioso. Graciosito.

SEBASTIÁN. —Tendrías que haber visto cómo saltaban esas nenas a la pileta desde la terraza.

IVI. —¿Qué nenas, Sebastián?

SEBASTIÁN. —Eran todas primas o sobrinas de Alcides. Tres nenas eran.

IVI. —Estás agitado, Seba.

SEBASTIÁN. —Esperá.

IVI. —Toma aire.

SEBASTIÁN. —*(Resopla.)* Viven todos juntos, es una familia muy unida. La hermana, que es separada, vive también ahí en la casa, con sus hijos. Estaban de fiesta. Había un montón de comida y hacían chistes todo el tiempo. Se divertían. Y hacía calor, hacía mucho más calor que acá.

IVI. —¿Querés un vaso de agua?

SEBASTIÁN. —No, tranquilo. *(Apoya las manos en sus rodillas.)* Es que vine corriendo.

IVI. —Viniste corriendo.

SEBASTIÁN. —Sí, me bajé antes del colectivo. Por eso estoy...

IVI. —Estás transpirado.

SEBASTIÁN. —Me bajé como a quince cuadras de acá, no soportaba seguir encerrado en el colectivo, respirando el mismo aire con toda esa gente sin cara. Tenía que sentir lo liviano del

aire en la calle, así que con un salto medio acrobático me bajé y empecé a correr hasta acá. Ivi, mi cuerpo está lleno de energía.

IVI. —Se te va a salir el corazón por la boca.

SEBASTIÁN. —*(Con una gran sonrisa.)* Es que venía tan excitado... Algo de la casa, de ese lugar me... eran todos muy amables. Todo el tiempo querían que me sintiera bien.

IVI. —Qué simpáticos.

SEBASTIÁN. —Muy, muy simpáticos. Y estas tres nenas, que eran... tan graciosas.

IVI. —¿Te costó llegar hasta allá?

SEBASTIÁN. —Fue un viaje largo, sí. Fue un preludio. Salir de la ciudad, de los edificios, del bullicio. Entré por un túnel a otra dimensión: el colectivo salió de un rulo de la autopista y se metió por una avenida, llena de galpones y de carteles de anuncios con números de teléfonos gigantes, y diez cuadras después dobló por una callecita angosta llena de árboles y de casitas bajas... *(Resopla.)* Voy a buscar agua. *(Sale.)*

IVI. —Te ofrecí.

SEBASTIÁN. —Volví. *(En vez de un vaso trae una botella de agua.)* Está fresquita.

IVI. —Sebastián, vos no tomás del pico.

Sebastián se empina la botella que es de plástico y la bebe hasta el final. A medida que la botella se va vaciando de contenido, él la va comprimiendo, achicharrando.

IVI. —Tenías sed.

SEBASTIÁN. —Bueno, la cuestión es que el colectivo se iba metiendo por estas callecitas y para esta altura éramos unos

seis o siete pasajeros. Entonces estas personas, que hasta ese momento se habían ignorado, empiezan a hablar entre ellas. Se llaman por sus nombres y se preguntan por cosas de sus vidas. El chófer también participa de la charla y en un momento una señora saca de una bolsa turrones y les reparte a todos, un turrón para cada uno. A mí también me da, me incluye en esa familiaridad que se había dado espontáneamente. El chófer sabe dónde viven todos y no se detiene en las paradas, deja a cada uno en la puerta de sus casas. Esa confianza me relaja y creo que dormito por un momento. De repente el sonido de un globo gigante que se desinfla: la puerta se abre. El chófer no me dice nada, pero yo sé que es ahí dónde me tengo que bajar. Sé que ese es mi destino.

IVI. —Qué feliz sos.

Qué experiencia extraordinaria.

Qué loco todo lo que contás.

SEBASTIÁN. —Cuando me bajo hay chicos en la calle jugando al carnaval. Usan los autos estacionados como barricadas y desde ahí lanzan sus municiones. Yo quedo en medio del fuego cruzado y recibo tres bombitas al mismo tiempo. Me río, ¿qué voy a hacer? No puedo ser un señor que se enoja por la irreverencia de unos mocosos. Entonces aparece Alcides en la puerta de una casa y me mira con una sonrisa. Me invita a pasar y me presenta a toda su familia, que Sebastián acá, qué Sebastián allá, si llegué bien, si quiero comer, si tengo sed, si traje malla. De repente, siento que me trepan tres monitos y son estas tres nenas que se habían escondido y querían sorprenderme. Se me tiran encima, me tiran el pelo. Los adultos las retan riéndose y ellas empiezan a decir “tío Seba”, “tío Seba”,

"tío Seba". Vamos a la pile, dice una, una gordita cachetona que es como la capitana del trío. Pero si ya es otoño digo yo, no importa, hoy hace calor dicen las nenas. Así que salimos al patio, me prestan una malla de no sé quién. Y afuera hace calor, mucho calor y las nenas todo el tiempo se zambullen, se tiran a la pileta de bombita, de palito, de cabeza, y todo el tiempo hacen muecas graciosas y chistes y corren y se vuelven a zambullir... ¿Por qué no decís nada?

IVI. —Tenés mucho para contar.

SEBASTIÁN. —Sí, tengo mucho para contar. Pero falta lo más cómico. De repente "plaf", un estallido en la pileta. Alcides se había subido al techo y se había tirado desde ahí. Las nenas se vuelven locas y empiezan a pedir que por favor ellas también quieren tirarse del techo. Nadie dice que es peligroso. La hermana de Alcides se sube a un tapial y empiezan a hacer pasamanos de nenas. Las agarran de las axilas y se las pasan, y ellas saltan desde arriba muertas de felicidad y yo las recibo en el agua. *(Se peina con las manos hacia atrás y se agarra la cabeza.)*

IVI. —Deberías ponerte una cremita humectante.

SEBASTIÁN. —Tengo olor a cloro todavía. Estuvimos toda la tarde en la pileta. Jugamos a aguantar la respiración y a mirarnos abajo del agua, y a la tardecita la hermana de Alcides aparece con una jarra llena de frutas. Le empieza a servir a todos un clericó muy dulce y yo le digo que no gracias, pero todos me insisten. Es una tradición y tengo que tomarlo como una especie de bautismo. Te vamos a evangelizar, me dicen, así que no tengo otro remedio que tomar mientras todos me miran. Se ponen a aplaudir y a cantar "fondo blanco, fondo blanco". Así que empino el vaso hasta el fondo y se me chorrea el clericó

por la boca y el pecho. Fue como si les hubieran contado el chiste más gracioso de sus vidas, se ríen sacudiéndose en una mezcla de convulsión y baile. Un espectáculo. Hacen sonar los hielos de los vasos que ya habían vaciado y se vuelven a servir sin dejar de reír. A las nenas también les dan, y ellas lo toman como si fuera Nesquik. A nadie le parece inadecuado. Todo tiene una naturalidad pasmosa, brillante, como si estuvieran inventando el mundo en el primer día de su creación. Un rato después, las nenas se empiezan a quedar dormidas al borde la pileta, y los más grandes las tapan con toallas. Alcides se sienta al lado la gordita, con las piernas metidas en la pileta y se pone a jugar con su pelo mojado. *(Ivi abraza a Sebastián. Sebastián se queda en silencio y un momento después se lo saca brutalmente de encima con un movimiento violento pero aparentemente involuntario. Ivi queda asustado y mira a Sebastián comiéndose los mocos.)* Me acerco a él y le digo ya me voy, es tarde, tengo que volver.
Me mira sorprendido... Con una cara que es una estampa de inocencia y dulzura y uno tuviera que hacerse creyente en el acto y empezar a rezarle.

ALCIDES. —¿Qué, no te vas a quedar?

SEBASTIÁN. —No puedo, ya me voy, es tarde, tengo que volver.

ALCIDES. —Te podés quedar a dormir. Jaja, de hecho ya te preparamos una cama. Bueno, un colchón en el piso en realidad, pero vas a estar muy cómodo igual.

SEBASTIÁN. —Gracias, pero...

ALCIDES. —Te podés quedar a vivir también. Si querés. La casa es chica, pero el corazón...

SEBASTIÁN. —No quiero molestar, Alcides. Son muy generosos ustedes, pero yo no quiero abusar.

ALCIDES. —Pero si están todos encantados con vos. Estoy seguro que se pondrían a bailar si les dijera que te quedas con nosotros... Ey, ¿te pusiste triste?

SEBASTIÁN. —...Es que son todos tan buenos.

ALCIDES. —Estás emocionado, ¿estás emocionado? *(Le pega.)* Qué tonto que sos, qué tonto. *(Se muerde los puños cerrados, mira de costado con picardía, sonríe.)* Me dan unas ganas de matarte. Te voy a matar a vos. Te voy a pegar tan fuerte que no te vas a olvidar nunca de mí.

SEBASTIÁN. —Me tengo que ir, Ivi está solo. No quiero que se preocupe.

ALCIDES. —¿...Te vas entonces? *(Sebastián asiente.)* Te prometo que me voy a vengar.

SEBASTIÁN. —Está bien.

ALCIDES. —Bueno, vení. Es mejor que no te vean, se van a ofender si te vas así de golpe, lo van a tomar como un desprecio.

SEBASTIÁN. —¿Y por dónde salgo?

ALCIDES. —Vas a tener que saltar. ¿Podés subir por acá? Te hago piecito y saltás por el tapial. Tené cuidado con las ramas.

SEBASTIÁN. —*(A Ivi.)* Así que salté.

Silencio.

IVI. —*(A Alcides.)* ¿Querés bailar conmigo?

ALCIDES. —No sé, te sigo.

SEBASTIÁN. —A mí me duelen los pies.

IVI. —A él le duelen los pies.

ALCIDES. —¿Qué tengo que hacer?

SEBASTIÁN. —Yo creo que voy a desaparecer. Bailen para otro lado. Me bajó todo el cansancio de golpe. Me duelen las lumbares.

IVI. —Miranos, Seba.

ALCIDES. —¿Me estoy moviendo bien?

IVI. —Venís con el ritmo incorporado.

SEBASTIÁN. —Ok. Me voy a hacer un té. *(Sale.)*

IVI. —Te voy a contar un secreto. Escuchá.

ALCIDES. —No puedo dejar de bailar.

IVI. —Acoplate a mi movimiento.

ALCIDES. —¿Qué me querías decir?

IVI. —Un secreto. ¿Lo escuchás?

ALCIDES. —Mirá que no tengo cosquillas.

IVI. —Escuchá, prestá atención.

ALCIDES. —Aia, me mordiste.

IVI. —Perdón.

ALCIDES. —No pasa nada. Me sorprendiste nomás.

IVI. —¿Te duele?

ALCIDES. —¿Qué me querías decir?

IVI. —Te digo, pero no tenés que dejar de bailar. Bailas muy bien. Bailemos abrazados.

Alcides ríe.

IVI. —¿No era que no tenías cosquillas?

ALCIDES. —Con vos sí. Con vos sí tengo cosquillas.

IVI. —Voy a medir tu cuello con mis manos.

ALCIDES. —Qué manos suavecitas tenés.

IVI. —Tengo manos de mujer.

Es un cuello poderoso el tuyo. Un cuello de rey.

ALCIDES. —Un cuello de bestia.

IVI. —Un cuello de bestia salvaje.

ALCIDES. —Un cuello de bestia salvaje que espera escuchar un secreto.

Ay, eso dolió.

IVI. —Es que sos muy masticable.

ALCIDES. —Me lastimaste la oreja.

IVI. —Perdón, es un secreto desgarrador.

ALCIDES. —Me salé sangre.

IVI. —Es un corte superficial. Pasa que toda esta membrana cartilaginosa tiene muchas terminaciones de vasos sanguíneos. ¿Te curo?

ALCIDES. —Me pica.

IVI. —Si mantengo la mano así apretando la herida, no sale más sangre. No pasa nada.

ALCIDES. —Me estás retorciendo la oreja.

IVI. —Besame.

ALCIDES. —Jajaja.

IVI. —¿No me vas a besar?

ALCIDES. —No se piden los besos.

IVI. —¿Qué me vas a decir? ¿Qué se roban?

ALCIDES. —Aia.

IVI. —¿Te duele?

ALCIDES. —Me estás clavando las uñas.

IVI. —¿Por qué no te soltás? Vos tenés más fuerza que yo.

ALCIDES. —Porque te voy a lastimar. Soltame.

Ivi lo besa.

ALCIDES. —Tenés que ser más suave.

IVI. —Vos no sos suave.

ALCIDES. —Me abriste el labio.

IVI. —Quería ver si eras rico.

ALCIDES. —¿Ustedes que son?

IVI. —¿Te curo?

ALCIDES. —¿Qué son? ¿Hermanos?

IVI. —¿Él qué te dijo que somos?

ALCIDES. —Son parecidos, pero no parecen hermanos.

IVI. —¿Te habló de mí?

ALCIDES. —Se preocupa por vos.

IVI. —Se preocupa por mí.

ALCIDES. —¿Por qué sonreís?

IVI. —Hmm... Porque quiero ser espontáneo. ¿Te parezco espontáneo? A veces me cuesta perder la conciencia. Necesito estar en peligro para dejar de pensar. Un vértigo necesito. Un entusiasmo, o el riesgo de perder algo.
Parece que tenés los labios pintados.

ALCIDES. —A mí de chico me retaban porque decían que siempre estaba tratando de llamar la atención.

IVI. —¿Qué hacés con eso?

ALCIDES. —¿Con qué?

IVI. —Con tu hermosura.

ALCIDES. —Trabajo. Tengo que volver a trabajar.

Entra Sebastián con una taza de té.

ALCIDES. —Me tengo que ir. Me distraje, perdón, pasó el tiempo y no me di cuenta. Me esperan los muchachos de la obra. ¿No se ofenden si me voy?

SEBASTIÁN. —Parece que tenés los labios pintados.

ALCIDES. —Esta tarde terminamos. Ya tenemos listo casi todo. Hacemos el revoque fino y estamos.

SEBASTIÁN. —Ah, ¿se van a ir?

ALCIDES. —Sí, después vienen a hacer la instalación eléctrica, pero de eso yo no me encargo.

IVI. —Qué pena.

ALCIDES. —Me quería despedir.

SEBASTIÁN. —Vamos a extrañar el ruido de la construcción. Las máquinas trabajando.

ALCIDES. —Bueno.

Bueno.

IVI. —Bueno.

SEBASTIÁN. —Entonces, ¿te vas?

ALCIDES. —Me voy... Me gustaría llevarme un recuerdo.

SEBASTIÁN. —¿Nos vamos a volver a ver?

ALCIDES. —*(Con el souvenir en las manos.)* Este jeep.

IVI. —No.

SEBASTIÁN. —Sí... Sí.

ALCIDES. —Chau. Muy linda casa. *(Sale.)*

SEBASTIÁN. —¿Vos le dijiste algo que lo ofendió? *(Proyecta los labios y los mira.)* Me dejó el bigote.

IVI. —Sebastián.

SEBASTIÁN. —¿Qué hago?

IVI. —Te faltan las manos.

SEBASTIÁN. —Tenés razón. *(Sonríe.)*
No llores, ya van a volver.

6.

A medida que avanza la escena, las risas serán cada vez más nostálgicas.

SEBASTIÁN. —Me duelen un poco las piernas. Les di duro.
IVI. —Las usaste mucho de golpe. Nada y de repente una maratón.
SEBASTIÁN. —No les va a venir mal. *(Se las golpea.)* Era tiempo de que estas se pusieran en movimiento.
IVI. —Te queda bien el aire de satisfacción.
SEBASTIÁN. —Estas piernitas están de moda. Jeje.
IVI. —Tengo cara de estúpida.
SEBASTIÁN. —Basta con eso.
IVI. —Un día voy a tener mejores sentimientos.
SEBASTIÁN. —¡Me duelen de verdad!
IVI. —A verlas.
SEBASTIÁN. —Acá están.
IVI. —Quiero verlas.
SEBASTIÁN. —Dejate de hinchar. Ya las conocés.
IVI. —Dale.
SEBASTIÁN. —Son unas piernas.
IVI. —Ya sé. Por eso. Quiero comparar mi impresión anterior con estas de ahora, las de tu orgullo.
SEBASTIÁN. —No te rías.

Ivi hace gesto de clausurar los labios. Sebastián se arremanga los pantalones a la altura de las rodillas.

IVI. —Parecés un pescador. Un pescador en un muelle con las piernas colgando.

SEBASTIÁN. —Hago el gesto de lanzar la línea. Ahí va.

IVI. —Ggggg.

SEBASTIÁN. —Picó picó.

IVI. —Cuando pescás, tenés cara de uruguayo.

SEBASTIÁN. —Cuando mordés el anzuelo, tenés cara de sábalo.

IVI. —Un tema para una novela corta. Un pescador en un muelle, de pantorrillas exageradas...

SEBASTIÁN. —Primer actor.

IVI. —Tira la línea y un pez bobo... muerde el anzuelo. El pobre pececito es separado de toda su familia a la que no vuelve a ver nunca más. Pero como es un pececito muy inconsciente, no le importa nada eso y le encanta vivir con el pescador. Este señor lo acuesta al lado suyo, sobre la almohada, y cuando la luna está prendida, las escamas del pececito y las canas del señor, *(Melodía de Los Halcones Galácticos.)* "son de plata", resplandecen. Fin, se acabó.

SEBASTIÁN. —¿Se acabó ahí?

IVI. —Bueno, puede continuar. El pececito tiene un carácter de mierda, es fatal. Muy cambiante. Muy mambero. Es bastante hijo de puta el pececito ese.

SEBASTIÁN. —Al final, el pececito es un villano.

IVI. —...Puede ser. La cuestión es que el señor es ecologista, así que un día piensa "yo no puedo tener a este pececito viviendo acá. Voy a tener un acto de responsabilidad civil. Voy a volver al muelle con mis nalgas de acero..."

SEBASTIÁN. —Jajaja.

IVI. —"Y lo voy a devolver a las aguas." El pececito, siempre inconsciente, se entusiasma con el plan. Piensa, pero claro, si a mí me encanta nadar. Secuencia siguiente, el pescador en el muelle, parado contra el viento, con el pececito entre los dedos como si fuera un habano. Le lame los ojos vidriosos a la criatura y el pececito se estremece y se resbala entre las manos del pescador. Glu, glu, glu, glu, glu... No entiende nada del agua, ve borroso. El pececito pierde su identidad y vuelve a ser un sábalo más.

SEBASTIÁN. —Debería ser el revés.

IVI. —*(Sacude la cabeza diciendo sí.)*

SEBASTIÁN. —No hay nada peor que el pececito civilizado.

IVI. —Sí... La danza del pececito civilizado.

Ivi baila como un pececito civilizado en plan de hacer reír a Sebastián y lo consigue. Sebastián se sacude de risa, exagera un poco, tose, tose y se ríe y se sacude como si realmente él fuera el pez.

SEBASTIÁN. —Te digo que ya casi no las siento. *(Se frota las piernas. Sonríe.)* Hace mucho que no te veía así de relajado. ¿Vos no te sentís como de vacaciones?

IVI. —...Debe ser por la lluvia.

SEBASTIÁN. —Mirá, está lloviendo. No me había dado cuenta. Yo creo que es por la visita a lo de Alcides. Me parece que es por eso. Es como si hubiera ido al verano un ratito. Ahora mismo es verano en otras partes del mundo. Allá, en lo de Alcides, por ejemplo, es verano... Escuchá, lluviecita de verano.

IVI. —¿Te podés mover?

SEBASTIÁN. —*(Piensa y se ríe.)* Supongo que sí.

IVI. —¿Te enamoraste de Alcides?

...

SEBASTIÁN. —Qué es esa pregunta. Yo te hablo de otra cosa. Te estoy hablando de otra cosa.

IVI. —No te irrites.

SEBASTIÁN. —No me irrito...

Silencio.

SEBASTIÁN. —¿Sabés qué? Te vas a matar de risa con lo que te voy a decir.

IVI. —A ver.

SEBASTIÁN. —*(Se ríe.)* Bueno. Lo largo. Me parece... Creo que me estoy muriendo.

IVI. —¿Cómo?

SEBASTIÁN. —Sí, nunca me imaginé que iba a ser así. *(Se ríe.)* Pero está sucediendo, se va a desintegrar mi ser. Acá me detengo. Me muero, mirá.

IVI. —¿Y cómo te sentís?

SEBASTIÁN. —No sé, me siento bien.

IVI. —Te ves bien. Sos un muerto decente.

SEBASTIÁN. —*(Se ríe.)* Y me estoy riendo. Tengo suerte, ¿no?

IVI. —Qué se yo.

SEBASTIÁN. —¿Te da tristeza?

IVI. —No sé, nunca tuve que atravesar un duelo.

SEBASTIÁN. —Vas a estar bien. ¿Vas a estar bien?

IVI. —... Sí. Te quiero mucho.

SEBASTIÁN. —Bobi. Yo también te quiero.

IVI. —Nunca me voy a olvidar de vos.

SEBASTIÁN. —Pero sí, si yo no voy a existir más.

Los dos se ríen.

SEBASTIÁN. —*(Suspira profundo.)* Qué hermoso que es morirse... Uy, no puedo mover los brazos.
IVI. —No.
SEBASTIÁN. —Pero todavía puedo hablar. La lengua debe ser lo último que se detiene. Debería decir algo importante, trascendental.
IVI. —¿...Tuviste una vida feliz?
SEBASTIÁN. —Tuve mis momentos. Y no llegué a viejo, no vas a tener que presenciar mi decadencia.
IVI. —Je, a mí me ilusionaba tu decadencia. Ayudarte a sentarte en la silla de ruedas, bañarte sentadito en la bañera, organizarte los remedios, peinarte unos pocos pelos locos.
SEBASTIÁN. —Sabés que nunca me gustó depender de nadie.

Silencio largo.

SEBASTIÁN. —Me muero bien. Creo que voy bien así. ¿Me sacás una foto? Me dieron ganas de posar mi muerte. *(Sonríe.)* Allá está la cámara, mirá. *(Señala con la cabeza.)* Y el té, por favor. Alcanzame el tecito que está arriba de la mesa. ¿Estoy muy despeinado? Quiero una foto de cuerpo completo, así se lucen las piernas. *(Ríe. Ivi le pone la taza entre los dedos ya muertos.)* Acomodame la cabeza, por favor, que se me cae de costado.
IVI. —¿Así está bien?

SEBASTIÁN. —Ajá. Esperá, no te vayas. ¿Vos que vas hacer después que...?
IVI. —Ya veré. No te preocupes... Sonreí a ver.

Ivi dispara una foto. La taza que Sebastián no sostiene cae y se estrella contra el piso.

SEBASTIÁN. —Ay, perdón. Qué torpe.
IVI. —Otra. *(Dispara.)* Tirando un besito, a ver.

Sebastián, como puede, proyecta sus labios. Foto. Varias fotos una tras otra.

SEBASTIÁN. —Bueno, basta. Ya está... ¿Tenés hambre? ¿Vas a comer algo? ¿Qué vas a hacer?
IVI. —Voy a renunciar a lo más importante de todo. Voy a volver a empezar.
SEBASTIÁN. —Qué enfermedad ese romanticismo. Sos incurable.

Sebastián se ríe como puede, tose y se muere sin estridencia. Ivi mira las fotos en la pantalla de la cámara.

7.

Ivi llega a la terraza. Al ver a Sebastián deja caer al suelo un montón de ropa mojada que trae en los brazos. Sebastián está inclinado sobre la baranda, mirando hacia abajo, a la calle. Con el ruido a sopapa de la ropa húmeda sobre el suelo, gira y se encuentra con Ivi.

SEBASTIÁN. —Deberías llevarme a dar una vuelta. Si es que aprendiste a manejar bien, ¿aprendiste? ¿Te acordás los ataques de furia que te daban?

Ese temperamento...

IVI. —¿Qué pasa?

SEBASTIÁN. —Nada. Tuve un *dejá vú*.

El tiempo pasa.

SEBASTIÁN. —¿No te gusta que te visite?

IVI. —No es que no me guste. Es incómodo. Estaba pensando en otra cosa.

SEBASTIÁN. —Permiso.

IVI. —Sentate. Si tenés con qué.

SEBASTIÁN. —...

IVI. —No estaba pensando. Estaba bailando.

SEBASTIÁN. —Ah, seguís bailando. Te salía bien, lo hacías muy bien. Después te empezaste a repetir un poco y arrancaste con esa otra cosa, muy fantasiosa. ¿Cómo se llamaba?

IVI. —¿Me estás cargando? Tengo cara de estúpida.

SEBASTIÁN. —Te provoco. Estás muy bien. Se te ve muy bien. Tenés... hasta la piel distinta.

IVI. —Me estoy poniendo una cremita nueva.

SEBASTIÁN. —De verdad me encantaría ir a dar una vuelta en el jeep. Es muy lindo.

IVI. —Vive en el mécanico. Me hace rabiar, pero es mejor que no tenerlo. Es práctico.

SEBASTIÁN. —Debe ser complicado cuando llueve.

IVI. —Un poco. El agua te moja la cara. A veces es horrible y a veces es hermoso. Depende del estado de ánimo. Y vos, ¿estás bien?

SEBASTIÁN. —Estoy trabajando mucho trabajando mucho trabajando mucho trabajando mucho. No soy interesante, trabajo mucho. Pero se te ve bien. Se te ve bien.

IVI. —Estoy bien, si no fuera por las alteraciones químicas... Por ahí comés algo que creés que te va a hacer bien y sin embargo, tenés pesadillas y sentís pesadez en todo el cuerpo. La comida y los astros. La rotación de los polos. La falta de equilibrio. Querer el equilibrio, no quererlo. No te ofrecí nada, ¿querés un té?

SEBASTIÁN. —No no. Lo dejé.

IVI. —No te podés aparecer así.

SEBASTIÁN. —No quería molestarte.

IVI. —Me sorprendiste.

SEBASTIÁN. —Me puedo ir.

...

IVI. —¿Qué hacés en la terraza, Sebastián?

SEBASTIÁN. —Ya te dije. Pasaba.

IVI. —¿De repente se te ocurrió visitarme?

SEBASTIÁN. —No sé. Tuve un *dejá vú*.

IVI. —Voy a terminar teniendo miedo de subir a colgar a la ropa... Te haces el vivo.

Silencio.

SEBASTIÁN. —Esa remera que tenés puesta es mía.

IVI. —Ah, esta... Sí, la uso para dormir.

SEBASTIÁN. —Te queda grande.

IVI. —La uso para dormir o de entrecasa. Está un poco percudida.

SEBASTIÁN. —No hay drama. Digo, te podés quedar con la remera.

IVI. —Sí.

No me asustes más.

SEBASTIÁN. —¿Y si te dijera que sos vos él que me asusta a mí?

IVI. —Voy a colgar la ropa.

SEBASTIÁN. —Esperá. ¿Y si fueras vos él que se aparece en la terraza mientras yo estoy tranquilamente mirando el atardecer? No pensaste en esa posibilidad.

IVI. —Te pido que te vayas. Quiero seguir bailando. Me gustaría quedarme solo y seguir bailando. Sin caballito, porque sí.

SEBASTIÁN. —Pero, ¿por dónde me voy?

IVI. —...Sebastián sale por la izquierda.

SEBASTIÁN. —¿Salgo por ahí?

IVI. —Sí.

SEBASTIÁN. —¿Y la vuelta en el jeep?

IVI. —Otro día, ¿sí?

SEBASTIÁN. —...Recordame bien.

IVI. —Qué pesado que sos.

SEBASTIÁN. —Alcides te manda saludos.

IVI. —¿Lo seguís viendo?

SEBASTIÁN. —De vez en cuando, siempre se está moviendo se está moviendo se está moviendo. De obra en construcción a obra en construcción. Me cuesta seguirle el ritmo.

IVI. —...

SEBASTIÁN. —No cuelgues... la ropa. Digo, se te cayó, se debe haber ensuciado.

IVI. —No vuelvas más.

SEBASTIÁN. —Te lo prometo. Acá se termina todo.

IVI. —Fin.

SEBASTIÁN. —Fin.

IVI. —No pongas esa cara.

SEBASTIÁN. —Es la única que tengo.

Sebastián pierde toda la cabeza. O su cabeza es como de algodón de azúcar. Saluda con la mano, los dedos bien abiertos. Ivi se acerca, se saca la remera y la cuelga del antebrazo del Sebastián sin cabeza como si fuera una soga de tender la ropa. Busca de entre las prendas otra remera, elige una y se la pone así como está, mojada. Baila un valsecito peruano.

FIN

LA PROCURADORA

PERSONAJES

PROCURADORA
OMAR
MICHEL
ZOE
TATIANA
CLAUDIO

1. AMAR EL MAR

La Procuradora General de la Nación Argentina, de impecable traje sastre, zapatitos y cartera en combinación, en una playa de Valizas, Uruguay.

PROCURADORA. —*(A un vendedor ambulante.)* No se olvide que está hablando con una persona herida, le dije. Él hizo un ademán incomprensible. Bajó los ojos, hizo una especie de tos. Yo me autopreservo, le dije. Es que les tengo mucho miedo a las personas... Se hizo un silencio. No quise contarle más. Pero no sé de dónde me vino esta frase "yo de chica fui obesa". Eso parece que le llamó más la atención. Me salió decirle eso. ¿Usted? Con esa figurita que tiene, me dice. Años de depresión, le contesté. Y dieta. A dieta siempre, desde chica. Él hizo puchero con los labios. Yo seguí: los chicos se burlaban de mí mientras sacaban de sus paquetes las gomitas, los palitos salados, las tutucas, y yo era demasiado introvertida

para adoptar el papel de la gorda buena y graciosa. Hasta las maestras me miraban con desprecio. Aprendí una pedagogía del rechazo desde muy chica yo. Los chicos pueden ser muy crueles, dijo él...Bueno, ¿eso es lo único que se te ocurre decirme...? Dame un pucho, le digo. No tengo, me dice. Conseguime uno, le digo. ¿Cómo querés que haga? me dice, y qué sé yo, anda pedile a la pelirroja esa que está allá parada al lado del kiosco. ¿La de anteojitos? Me dice, Sí, la que tiene cara de árbol meado, le digo. Pero no está fumando, me dice. Vos andá y pedile, le espeté y le metí una patada en el culo, a ver si se avivaba.

OMAR. —¿Con manteca o solo el choclo?

PROCURADORA. —Con manteca. Y mucha sal. En realidad le dije eso para sacármelo de encima. Me tenía harta.

OMAR. —Son doscientos uruguayos.

PROCURADORA. —¿Aceptás tarjeta?

OMAR. —No tengo posne.

PROCURADORA. —Me sacás todo el sencillo. En fin, aunque una se preocupe por decir de entrada lo necesario para que el otro se dé cuenta con quién está hablando: la gente igual es boluda.

OMAR. —Permiso, señora. Tengo que seguir.

PROCURADORA. —¿Le ponés un poco más de manteca, por favor? Le pijoteaste un poco.

OMAR. —*(Poniéndole.)* Es lo que le pongo siempre.

PROCURADORA. —*(Más cerca.)* Escuchame, ¿sabés dónde puedo conseguir un poco de oxitodicomicina? Con esa carita de pillo, algo tenés que saber.

OMAR. —¿Oxi qué?

PROCURADORA. —Mirá, no te hagas el desentendido. Vos no sabés quién soy yo, pero imaginame como el peso de la ley, no sé si

te podrás hacer una imagen. A ver si nos vamos poniendo en sintonía, digamos que en ese sentido sigo siendo obesa, y te puedo hacer reventar como un sapo. ¿Está claro?

OMAR. —Puede hablar con los del Parador La Rutina, vaya directamente al mostrador, pregunté por Ernesto o por Miguel.

PROCURADORA. —Gracias... ¿tu gracia?

OMAR. —...

PROCURADORA. —¿Con quién tengo el gusto?

OMAR. —Omar.

PROCURADORA. —Qué lindo nombre. Hermosas manos, Omar.

OMAR. —Permiso, señora. *(Omar comienza a alejarse.)*

PROCURADORA. —¡No te voy a perder de vista, Omar! Que vendas mucho.

Ella se queda un momento sola, come su choclo enmantecándose toda la mitad inferior del rostro. Del brillo del sol contra la espuma de las olas emerge Michel, un niño muy rubio de ocho años, de ojos de un celeste muy claro. Casi se podría decir que tiene aureola. Corre hacia ella lanzando con sus pies destellos de agua.

MICHEL. —Mamá, mamá, mamá. ¿Me viste? ¿Me estabas mirando? ¿Viste cómo me arrastró la ola?

PROCURADORA. —Ya te dije que no me digas mamá delante de la gente.

MICHEL. —¡Soy aquaman! ¡Soy aquaman!

PROCURADORA. —No grites que las chicas están cantando.

MICHEL. —¿Me comprás una cometa? Dale, por favor, por favor.

PROCURADORA. —Se dice barrilete, estúpido.

MICHEL. —Yo quiero una cometa.

PROCURADORA. —Sos un boludo grandote para eso, Michel.
MICHEL. —¡Una cometa anaranjada!
PROCURADORA. —¿No ves que no hay viento, tarado?
MICHEL. —Hija de puta.

Ella agarra un puñado de arena, persigue a Michel y se lo refriega en la boca. Michel se atraganta. Arrodillado, tose y llora a la vez.

PROCURADORA. —Dejá de llorar que las chicas están cantando. Tenés que aprender límites, Michel. Yo te quiero mucho, por eso te enseño.

Michel abraza a su madre por la cintura, los mocos parecen boligoma sobre el trajecito de Procuradora.

MICHEL. —Quiero coca.
PROCURADORA. —Escuchá qué lindo cantan las chicas... Salí que me ensuciás la ropa. *(Michel no sale.)*

A cinco metros de donde están Procuradora y Michel. un dúo de chicas flacas y largas, de espalda encorvada, cantan una canción de Eduardo Mateo, acompañándose con un ukelele y un bongo.

ZOE Y TATIANA. —"Hola, Lalá. Hola, Lalá. / Mmm, ¿cómo te va? ¿cómo te va? Hola, Lalá. Hola, Lalá. / Mmm, ¿cómo te va? ¿cómo te va? / ¿Sabes, Lalá? Te quiero. ¿Sabes, Lalá? Te quiero."
TATIANA. —¿Qué te pasa? ¿Estás bien?
ZOE. —Maso.
TATIANA. —¿La nana del cuore?

ZOE. —No boluda, la inmensidad. Es el fin del mundo y es todo tan hermoso.

TATIANA. —Tenés razón, pienso igual... El mar es el mar. Estás toda roja. No te pusiste protector.

ZOE. —Me atoré de sol.

TATIANA. —En el camping hay aloe. Después te pongo.

ZOE. —Mmm, sentí ese vientito. Qué bendición.

Las chicas entrecierran los ojos y se encorvan aún más.

MICHEL. —Ma, ¿por qué son tan flacas esas chicas?

PROCURADORA. —Porque no tienen corazón, mi amor.

2. DESIERTO DE SAL

Procuradora y Michel van jugando a las líneas de puntos paralelas, con las huellas que van dejando sobre la arena en los médanos que dividen Valizas y Cabo Polonio, en Uruguay.

PROCURADORA. —¿A que nunca habías visto tanta arena junta?

MICHEL. —Una vez.

PROCURADORA. —¿Ah sí? Qué suerte que tenés.

MICHEL. —Había una vez un arenero que tenía tanta tanta tanta arena que había chicos que se hundían y los padres nunca nunca los volvían a encontrar.

PROCURADORA. —¡Mirá, Michel! ¿Qué es eso?

MICHEL. —¿Qué cosa?

PROCURADORA. —Eso que está en el cielo. ¿Qué es?

MICHEL. —No sé.

PROCURADORA. —Fijate bien, totito.

MICHEL. —¿...La nube?

PROCURADORA. —Es una nube con forma de...

MICHEL. —No me gusta ese juego.

PROCURADORA. —Dale, ¿se parece a un...?

MICHEL. —A una nube gorda gorda gorda.

PROCURADORA. —ES una nube que se asemeja a...

MICHEL. —Papapí, papú, pipípi. Papapí, papú, pipípi.

PROCURADORA. —Dale, forro.

MICHEL. —A una milanesa.

PROCURADORA. —¿Viste que no era tan difícil?

MICHEL. —Milanesa a caballo, milanesa en camello.

PROCURADORA. —Milanesa en dromedario.

MICHEL. —Milanesa que se peina. *(Juega a peinarse.)*

PROCURADORA. —Esa nube no es cualquier nube. Es una nube especial, Michel.

MICHEL. —¿Viene con patatas fritas?

PROCURADORA. —Este día de tu vida es la única vez que la vas a ver. Después esta nube no existe más, no pasa de hoy. Después va a haber otras nubes, pero ninguna como esta.

MICHEL. —¿Estás triste, ma?

PROCURADORA. —Siempre, hijo.

MICHEL. —Puta, puta, puta, puta, puta. *(Corre y la línea de puntos se abre.)* Puta, puta, puta.

PROCURADORA. —¡Cuidado ahí, Michel! ¡Esas son arenas movedizas!

MICHEL. —Me traga el mostro del desierto. Muero, madre, muero.

PROCURADORA. —Ah, sos todo un actor, un príncipe de Gales.

MICHEL. —No, mamá. Soy la reina del Sahara. Comprame este desierto, ma.

PROCURADORA. —Es tuyo, esponjita de mar.

MICHEL. —Entonces, te echo de acá, ¡fuera, bruja maldita!

PROCURADORA. —¿A dónde voy? No tengo adónde ir.

MICHEL. —Jodete.

PROCURADORA. —Te voy a hacer sangrar la jeta, pendejo de mierda. *(Lo corre.)*

MICHEL. —¡El pelo no! ¡El pelo no!

...

PROCURADORA. —*(Agitada.)* Michel, ¿nunca te cansás?

MICHEL. —No me canso nunca.

PROCURADORA. —¿Cuánto más hay que caminar?

MICHEL. —Hasta atravesar toooodo mi desierto.

PROCURADORA. —¿Y es muy extenso su desierto, reina boba? Descansemos en aquella roca de allá.

MICHEL. —No es una roca, es un águila petrificada, bruja chota.

PROCURADORA. —Quedate calladito un rato, Michel. Escuchá el viento.

MICHEL. —No dice nada el viento, ma.

PROCURADORA. —No te acostumbres a decirme mamá.

MICHEL. —¿Y cómo querés que te diga?

PROCURADORA. —Señora.

MICHEL. —¡Bruja!

PROCURADORA. —Bruja también está bien. Sentate acá.

MICHEL. —Es aburrido sentarse.

PROCURADORA. —Yo me siento, vos dibujá en la arena.

MICHEL. —¿Qué te dibujo?

PROCURADORA. —Un desierto.

MICHEL. —¿Cómo se dibuja un desierto?

PROCURADORA. —Ah, yo no sé. Vos sabés.

MICHEL. —¿Me prestás tu zapato para dibujar?

Procuradora se saca uno de sus zapatos de tacón, lo vacía de arena y se lo da a Michel.

MICHEL. —Gracias señora bruja.

PROCURADORA. —De nada, reina chota.

Michel dibuja dibuja dibuja.

PROCURADORA. —Quiero contarte algo, Michel. Este lugar adonde vamos es distinto a todos los lugares que vos conocés. No hay calles ni hay luz eléctrica, no hay autos, y en la punta del cabo que sobresale hacia el mar hay un faro, enorme. A la izquierda el mar es bravo y ruidoso, y a la derecha es calmo como una pileta de natación y tan frío que te pone las tetillas como rocas.

MICHEL. —¿Se puede subir al faro?

PROCURADORA. —Se puede subir, y allá en la punta se puede salir a mirar el paisaje. Pero abajo las olas rompen tan fuerte y da tanto vértigo, que te podés llegar a cagar del susto.

MICHEL. —Yo no tengo miedo.

PROCURADORA. —Muy bien, Michel. Vos siempre tenés que ser corajudo. Sigo: las casas no están ordenadas en cuadras ni en manzanas, están desparramadas por toda una loma verde que no tiene ni un solo árbol.

MICHEL. —¿Hay nenes? ¿Hay nenes y nenas como yo?

PROCURADORA. —Alguno debe haber, y seguro que son muy muy raros. Como duendes.

MICHEL. —¿Te gusta mi dibujo, ma?

PROCURADORA. —Sí, totito. Pero escuchame, prestá atención. Cuando lleguemos va a estar atardeciendo, así que el cielo se va a poner violeta y la bruma de las olas va a hacer que veamos todo medio borroso. Pero cuando sintamos que no damos más...

MICHEL. —Yo nunca me canso.

PROCURADORA. —*(Saca de su cartera el frasquito de oxitodicomicina y toma una dosis.)* Cuando estemos tan cerca que ya empecemos a ver los barquitos de los pescadores, vamos a seguir caminando bien cerca de la orilla, entonces algo nos va a llamar la atención...

MICHEL. —¿Una magia?

PROCURADORA. —Una magia, sí. Cada vez que demos un paso, unos destellos de luz y brillo van a desparramarse como un eco sobre la arena. Como si pisáramos una alfombra de lentejuelas.

MICHEL. —No te creo.

PROCURADORA. —No me creas.

MICHEL. —Me aburrí de dibujar. Sigamos caminando.

PROCURADORA. —Devolveme el zapato.

MICHEL. —*(Mientras ella se calza.)* Papapí, papú, pipípi. Papapí, papú, pipípi. ¡¡Tormenta de arena!!

PROCURADORA. —Listo.

MICHEL. —Estoy enamorado de vos, señora.

PROCURADORA. —Vamos.

Comienzan a caminar, siguen trazando las líneas de puntos paralelas. Unos pasos más allá, Michel se agarra de la mano de Procuradora.

PROCURADORA. —*(A lo lejos. Va cantando.)* "Son las luces que brillan más allá, agitando espacios vacíos de color. Sensación... Sensación..."

3. TREMENDO MAR, CLAUDIO, TREMENDO MAR

Un puesto de artesanías en Cabo Polonio. Los objetos sobre el paño son una platería rústica y bella: piedras y metal engarzados por un azar feliz. El que atiende el puesto es Claudio, un hombre que solo tiene pelos blancos: barba, bigotes, cejas y un nido de crenchas en la cabeza. Él tiene puesta una camisola blanca y grande abierta hasta el pecho, un pantalón colorido, zuecos y las uñas pintadas.
Procuradora está detenida frente a él, mirando sin mirar esa platería que no usaría. Más atrás, Michel juega descalzo y en malla al fulbito, siendo local y visitante, yendo a cada momento de un lado al otro de la cancha. Es torpe, las pelotas se van volando por ahí y se entierran en la arena, él corre a buscarlas incansable. Todo el tiempo hace una coreografía que celebra la inercia de la energía desatada.

PROCURADORA. —¿Cuánto cuesta este?
CLAUDIO. —¿Te gusta?
PROCURADORA. —Es bonito, sí.
CLAUDIO. —Sale quince mil.
PROCURADORA. —¿Y este?
CLAUDIO. —¿Ese?
PROCURADORA. —Este sí. *(Se lo prueba por encima.)*
CLAUDIO. —No está a la venta.
PROCURADORA. —Ah, ¿no? ¿Y por qué lo tenés acá?
CLAUDIO. —Porque a veces me gusta decir que no.

Procuradora estalla en una risa que dura medio segundo y se evapora como si nunca hubiera existido.

PROCURADORA. —No voy a llevar nada igual.
CLAUDIO. —Bueno.

Silencio.

CLAUDIO. —¿Querés charlar?
PROCURADORA. —Sí, quiero charlar.
CLAUDIO. —Ah, ¿qué te puedo cobrar por eso?
PROCURADORA. —Dejá de hacerte el gracioso, Claudio... ¿Me vas a decir que no te acordás de mí? *(Se corre el pelo para mostrarle la oreja.)* El lóbulo de mar.
CLAUDIO. —Estoy encaprichado en el presente. Además el viento, el viento se lleva las facciones de la tierra y de las caras de la gente.
PROCURADORA. —Claudio...
CLAUDIO. —El invierno en la costa te hace volver a cero.
Los que vienen en temporada, no conocen la fiereza de este mar. *(Procuradora suspira.)* Una vez fui a una isla, que queda mar adentro.
PROCURADORA. —Claudio, por favor...
CLAUDIO. —*(Poetiza de manera siniestra y veloz, como un adulto tratando de asustar a un chico.)* Fui a pescar, yo solo, en una lancha prestada. Una ruina de embarcación, un mal augurio.
PROCURADORA. —Esto se pone cada vez peor.
CLAUDIO. —Se pone cada vez peor. Cuando llego a la isla, famosa por albergar cientos de especies de aves marinas, cientos de especies, resulta que no había ninguna. Todas se habían fugado o se habían hundido en las aguas en un suicidio masivo. No sé.

PROCURADORA. —Por dios, Claudio.

CLAUDIO. —La cuestión es que no había ni pez, ni alga, ni cangrejo. Solamente el viento. El viento y una construcción prácticamente desecha, con una puertita bamboleante, agarrada de una sola bisagra. *(Procuradora intenta hablar.)* Las nubes habían engordado y bajado hasta casi tocarme la cabeza. No podía volver así, el mar se estaba agitando.

PROCURADORA. —Claudio, me estás irritando.

CLAUDIO. —Adentro de ese edificio derruido, las cosas... las cosas no se ponían mejores. La humedad cubría el piso y trepaba por las paredes como una nauseabunda araña verdinegra y peluda. Si la mirabas fijo, la podías ver crecer. Me senté en un rincón, arriba de unos cajones de madera podridos y el cielo empezó a crujir.

MICHEL. —¡Señora, señora!

PROCURADORA. —Esperá, nene.

CLAUDIO. —La tormenta no se desataba. El cielo rompía todas las puertas del aire y empezó a refulgir con unos rayos segadores que le pegaban latigazos al mar. Me acerqué de rodillas a una ventanita miserable, asomé la cabeza y después de ver una ballena gigante adentro de una ola de veinte metros, quedé ciego: un rayo partió las rocas de la punta de la isla, haciéndolas fosforescer con un estruendo. El agua bajó toda de golpe del cielo.

PROCURADORA. —Tengo que decirte algo.

CLAUDIO. —*(Por encima de sus joyas le agarra las manos.)* El techo se abrió. La tormenta me violó y me arrastró, me sacudió como a un muñequito y me desarticuló.

Silencio.

CLAUDIO. —En ningún momento perdí la conciencia.

PROCURADORA. —Esa criatura que ves ahí, ese nenito rubio es tu hijo. Sí, vos y yo tuvimos un hijo. Es ese.

CLAUDIO. —Eso es imposible.

PROCURADORA. —Vos me hablás de imposible.

CLAUDIO. —Pero si a mí no me gustan los chicos.

PROCURADORA. —Vine a dejártelo.

CLAUDIO. —No. No no no.

PROCURADORA. —Necesita aprender lo que es la vida de verdad.

CLAUDIO. —Pero pobrecito, no me conoce.

PROCURADORA. —Te va a conocer, te va a conocer y te va a odiar tanto como te odio yo.

CLAUDIO. —Discúlpame, pero yo no...

PROCURADORA. —No te estoy preguntando. Vine a dejártelo.

CLAUDIO. —Qué macana, che.

PROCURADORA. —Se llama Michel. ¡Vení, Michel!

CLAUDIO. —No seas dañina. Qué barbaridad.

PROCURADORA. —En el fondo lo hago por su bien. Por el bien mío también.

MICHEL. —*(Llegando junto a ellos.)* ¿Qué, señora?

PROCURADORA. —Mirá, este es tu papá.

MICHEL. —*(Molesto por haber sido interrumpido.)* ¡Quiero jugar!

PROCURADORA. —*(A Claudio.)* Decile algo.

CLAUDIO. —Hola... Michel.

Silencio.

MICHEL. —Hola, brujo.

PROCURADORA. —Es chico, pero es inteligente, no trates de engañarlo. No me busques, no trates de contactarme. No me lo devuelvas por encomienda, actualmente no tengo dirección. No te preocupes por generar un lazo con él, más vale que aprenda a sobrevivir.

4. EL MAR OMAR

Valizas. Parador La Rutina: un bar con el piso de arena. Las mesas armadas con pedazos de troncos cortados de manera rudimentaria, la corteza como una costra predispuesta a engancharse en cualquier material textil de punto muy abierto. Un techo de paja, con huecos por donde salen los troncos de los arbolitos que hay dispersos en ese patio semicubierto. Algunas estrellas se filtran, o son lucecitas enganchadas entre las ramas.

Por todos lados hay velas encendidas, metidas dentro de grandes bidones de agua cortados. Junto a la barra Zoe y Tatiana bailan sin música. Unos pasos a la derecha, sobresale el culito redondeado de Procuradora que está apoyada en la barra (en sus muslos se tensiona la tela de su trajecito), con la pierna derecha cruzada sobre la pierna izquierda extendida, como en la imagen de ese cuadro de Dalí de la mujer que mira el espacio más allá de la ventana abierta. En una mesita a la derecha, Omar come maní con cáscara. Tiene ojos de una fijeza misteriosa, ojos de asesino o de perro obsesionado con su amo.

OMAR. —*(Al celular.)* No voy a llegar tarde, bebota. Te lo prometo. Te llevo maní con chocolate (...) Sí, mi sol de Acuario (...) Esperame con la cama calentita, ¿sí? (...) Sabés que sí (...) Ya

sabés que sí (...) Decilo vos primero (...) Yo también (...) Ya te dije, yo también (...) Todo ese pomelo jugoso te voy a lamer, bebé (...) ¿Ah, sí? (...) ¿Ah, sí? (...) Jaja (...) Re dura sí (...) No, bebota, no se la muestro a nadie... *(Procuradora gira, viene hacia acá.)* Te tengo que cortar... (...) No me hinches las pelotas, ya te dije que sí. *(Corta.)*

PROCURADORA. —*(Apoya sobre la mesa una Pilsen y dos vasos. Se sienta.)* Qué hermosa noche, qué bien se está. Gracias por aceptar mi invitación, Omar.

OMAR. —A su disposición.

PROCURADORA. —Soy muy sensible yo.

OMAR. —Se nota.

PROCURADORA. —Porque me han hecho mucho mal, me han dañado mucho a mí. Qué pena, ¿no?

OMAR. —Una pena sí.

PROCURADORA. —Por eso me gusta la gente como vos, considerada y servicial.

OMAR. —Acá somos todos así. *(Agarra la botella de cerveza y la destapa con los dientes, sirve y la espuma se rebalsa del borde de los vasos. La madera de la mesa, no curada, chupa el excedente.)*

PROCURADORA. —Qué liviano el aire, me dan ganas de reír.

OMAR. —Ríase nomás.

PROCURADORA. —Ay, qué fría.

OMAR. —Le quedaron bigotitos de la espuma.

PROCURADORA. —Tuteame que me hacés sentir mayor si no. *(Lamiéndose la espuma.)* ¿Vos siempre viviste acá?

OMAR. —No, no. Soy de Montevideo yo, en el verano hago la temporada nomás.

PROCURADORA. —Te gusta la aventura.

OMAR. —Como el ave migratoria soy.

PROCURADORA. —... Qué admirable. Andar de un lado para el otro... Servime más.

OMAR. —Ando yo y la Soledá.

PROCURADORA. —Ah, qué poeta.

OMAR. —Después si quiere la llevo a dar una vuelta.

PROCURADORA. —Me encantaría.

OMAR. —Delo por hecho. *(Brindan y la birra rompe su espuma como el mar en las rocas.)*

PROCURADORA. —Omar, Omar, Omar. *(Saca el frasquito de oxiticodomicina.)*

OMAR. —Así me pusieron los que me hicieron.

PROCURADORA. —Ay, en un arrebato de inspiración. *(Toma una dosis y le ofrece.)*

OMAR. —No, no. No mezclo yo.

PROCURADORA. —Más para mí. *(Toma otra dosis.)* ¿Me vas a cuidar si pierdo la compostura?

OMAR. —Le pongo el pecho a cualquiera que se haga el vivo. Yo me hago respetar.

PROCURADORA. —Igual a mí nadie me dice nada. Tengo cara de inimputable, ¿no te parece?

OMAR. —Si usté lo dice.

Tatiana y Zoe fuman un porro que las envuelve de humo espeso y circular.

PROCURADORA. —Omar, ¿sabés lo que es el poder?

OMAR. —No sé.

PROCURADORA. —Hacer que a los demás les guste lo que yo quiero.

OMAR. —Ajá. ¿Y le sale bien?

PROCURADORA. —Tengo un don y me gusta ejercitarlo.

OMAR. —Mire que soy terco. No sé si se le va a hacer tan fácil.

PROCURADORA. —Te gusta jugar con fuego. Tené cuidado con mi llama, que es letal.

OMAR. —Ya le dije yo, soy más libre que la libertad. Como el ave migratoria soy.

PROCURADORA. —¿Me querés hacer sufrir?

OMAR. —¿Para qué? ¿Qué ganaría con eso?

PROCURADORA. —Él que me hace sufrir tiene una pena...
Estar en mi contra es ilegal, Omar.

OMAR. —A mi juego me llamaron. Me encanta la rebelión.

PROCURADORA. —*(Riéndose.)* Qué charlatán. Qué pico que tenés. Cómo te gusta hablar.

OMAR. —Ah sí, soy muy conversador.

PROCURADORA. —*(Tocándose la nuca.)* Uf, me dieron unas ganas de subirme a tu moto. ¿A dónde me vas llevar?

OMAR. —Al Chuí podemos ir. A la frontera. Va a tener que arremangarse la pollerita.

PROCURADORA. —Dame las llaves. Terminate la cerveza. *(Omar toma la cerveza de los dos.)*

OMAR. —¿Está en condiciones de agarrar la ruta?

PROCURADORA. —Confía en mí. Nunca manejé pero nací sabiendo todo, por eso soy tan incomprendida.
Nadie sabe cómo actuar frente a la omnipotencia, Omar, salvo los que son irreverentes como vos.

OMAR. —Bueno, parece que no tengo opción.

PROCURADORA. —No. *(Sonríe drogada.)*

Omar se levanta, se acomoda el pantalón. Las chicas que estaban fumando se acercan.

TATIANA. —Omar, Zoe se siente mal. ¿La podés llevar al camping?

ZOE. —Estoy mareada.

TATIANA. —Comió unos hongos ayer. Le pegaron re mal.

ZOE. —Sí, Omi. No puedo pisar.

PROCURADORA. —Omar, ¿le podés decir a las chicas que estás ocupado?

OMAR. —Estoy ocupado, chicas.

TATIANA. —Es un toque. La llevamos en la moto. Vos adelante, ella en el medio y yo atrás. Le hacemos sanguchito para que no se caiga.

ZOE. —No puedo pisar, no tengo peso, Omar.

TATIANA. —Mirá cómo está.

PROCURADORA. —Chicas, ¿se pueden retirar...? Omar.

OMAR. —Es que son conocidas mías.

ZOE. —¿Dónde tenés las llaves? ¿Acá? *(Quiere meterle la mano en el pantalón.)*

PROCURADORA. —*(Le agarra esa mano a Zoe antes de que llegue a destino.)* Omar, ¿no tenías que ir al baño?

OMAR. —No.

PROCURADORA. —Me dijiste que te estabas pishando.

OMAR. —Ah sí. Ahí vengo. *(Sale.)*

PROCURADORA. —Siéntense en segundo. *(Se sienta Tatiana y sienta a Zoe en su falda.)* Me van a escuchar bien. Denme sus documentos, por favor.

ZOE. —No puedo pisar.

TATIANA. —Tranquila, Zo. *(A Procuradora.)* Los tenemos en la carpa. No los trajimos porque no los queremos perder. ¿Está mal?

PROCURADORA. —Si no rajan de acá, me voy a poner en contacto con sus papás. Les voy a contar que están un país extranjero,

drogadas, queriendo cogerse a un motoquero que seguro tiene enfermedades venéreas. Las va a buscar la Interpol y la van a pasar muy mal. ¿Quieren eso? Las van a deportar y un sinfín de sucesos horribles que si quieren, se los paso a detallar.

TATIANA. —No, señora.

ZOE. —No puedo pisar.

PROCURADORA. —Entonces chau. Este chongo se va con esta ex gorda. ¿Está claro?

TATIANA. —Omar es nuestro amigo.

ZOE. —Sí, nos quiere, por eso le pedimos un favor.

PROCURADORA. —*(Agarra la botella de cerveza.)* Rajen de acá o les rompo la botella en la cabeza.

5. MANSA PLAYA

El mar de Cabo Polonio. La playa mansa de la derecha. Atardece. Al comienzo de la escena el 90 % de los veraneantes tendrán anteojos de sol puestos, al final solo dos o tres. El mar parece una pileta de natación, muy olímpica.

Michel está metido en el agua, hasta las rodillas. Mira hacia la playa. El pelo se le secó con las formas caprichosas que cristalizó la sal del agua del mar, una corona de espinas que a contraluz Claudio observa sin mojar las patitas.

MICHEL. —¡Claudio...! *(Pausa.)* ¿Le tenés miedo al agua? *(Pausa.)* ¡Dale, boludo, metete! *(Pausa.)* ¿No sabés nadar? *(Se ríe.)* Claudio necesita bracitos.

CLAUDIO. —No tengo malla.

MICHEL. —¡Te podés meter en calzoncillos! *(Michel mueve las piernas haciendo berrinche y sobre el mar planchado brillan las gotitas suspendidas en el aire.)* Metete así.

CLAUDIO. —Date un chapuzón así nos vamos.

MICHEL. —*(Ruge.)* ¡DALEEEEE!

CLAUDIO. —Te espero en el puesto de allá.

MICHEL. —¡¡¡Papáááá!!! ¡¡¡Papitoooo!!! ¡¡¡¡¡Papi!!!!! *(Claudio se congela.)* ¡¡HIJO DE PUTA!!

Claudio gira y corre hacia el mar. Michel se ríe de miedo y excitación. Con el agua por la cintura, Claudio se detiene.

MICHEL. —Acá no hago pie, mirá. Me hundo, me traga el mar. *(Michel desaparece de la superficie del agua. Momentos después algo intenta succionar a Claudio.)*

CLAUDIO. —¿No te sabés quedar quieto, criatura?

MICHEL. —Es una mierda quedarse quieto. Lo odio lo de quedarse quieto. *(Repentinamente dulce, agudito.)* Hay que correr para allá y tirarse de cabecita.

CLAUDIO. —Anda vos, yo te miro.

MICHEL. —Tienes que sumergirte ¡Apresúrate, babosa...!

Michel ríe histérico. Claudio se repone un poco y arremete persiguiendo a Michel. El peso de su ropa mojada lo hace moverse como en un pantano.

MICHEL. —Cangrejo rengo.

Claudio llega junto a Michel, agitado, le apoya una mano en el hombro.

MICHEL. —Hay que mojarse la cabeza, cornalito. ¿Vos cuánto aguantas abajo del agua?

CLAUDIO. —No.

MICHEL. —No, ¿qué...? Yo aguanto un minuto entero... O más.

CLAUDIO. —Mirá.

MICHEL. —*(Salpica a Claudio con toda su energía.)* ¡Al agua, puto! ¡Al agua, pato! ¡Tsunamiii! *(Lo tira del brazo empujándolo hacia adentro del mar.)* De cabecita te tenés que tirar. Como un delfín. *(Le baja los pantalones a Claudio y corre hacia lo profundo. Claudio se sube como puede los pantalones que pesan y corre detrás de Michel.)* Síííí, orca asesina. ¡Corre! ¡Atrápame!

Michel se zambulle y después Claudio. El reflejo los tornasola.

MICHEL. —Braceá, braceá. ¡Cerrá la boca! Así, nadá perrito... Mové las piernas también. ¡Pataleá!
Cuidado, mojarrita, ¡ahí viene el tiburón! Tun, tun, tun, tun, tun, tun, tun, tun... *(Se sumerge y pone las manos en forma de aleta de tiburón sobre su cabeza. Claudio levanta a Michel por el aire y lo arroja sobre el agua.)*

MICHEL. —¡Orca asesina! *(Se lanza sobre Claudio, lo trepa, se tira al agua desde sus hombros.)* Mirá como nado, mirá como nado. *(Nada un crowl perfecto alejándose del padre.)* ¿Viste como nade?

CLAUDIO. —¿Nunca te cansas, vos?

MICHEL. —Ahora te voy a enseñar a hacer la plancha.

CLAUDIO. —Vamos. Salgamos.

MICHEL. —¿Nunca hiciste la plancha? ¿Vivís en el mar y nunca te metés?

CLAUDIO. —No.

MICHEL. —¿No te parece lindo?
CLAUDIO. —Es lindo para mirarlo.

Claudio le toca la cabeza haciéndole una caricia, después lo hunde. Lo mantiene con la cabeza abajo del agua. Lo sostiene todavía un momento más así. Michel patalea. Finalmente Claudio lo suelta. Michel tose ahogado.

CLAUDIO. —¿No dijiste que sabías aguantar la respiración abajo del agua?

Pausa.

MICHEL. —¿Sos boludo? *(Pausa.)* ¿Tenés mierda en la cabeza?

Claudio lo vuelve a hundir. Presiona con las dos manos hacia abajo. Después lo suelta y no se ríe.

MICHEL. —*(Silencio. Con miedo, pero desafiante.)* Hijo de puta.
CLAUDIO. —No digas malas palabras.
MICHEL. —Te odio, hijo de puta, y yo siempre digo malas palabras y nadie me dice nada. No existen las malas palabras. Existen las malas personas y vos sos mala persona.
CLAUDIO. —Yo soy Claudio, el Grande. *(Infla el pecho como Poseidón. Michel le lanza una catarata de puños sobre la panza.)* No me duele. Pegá, pegá más fuerte.
MICHEL. —No te duele porque sos gordo. Pareces embarazado.
CLAUDIO. —*(Le sostiene las manos a Michel sobre su panza.)* No te enojés, Dios me va a castigar por ser tan malvado.

MICHEL. —Yo no creo en Dios. Creo en mí. Cada uno es su propio Dios.
CLAUDIO. —Sos muy chico para ser Dios. Sos una hormiga. *(Le suelta las manos.)*
MICHEL. —¿...Cómo querés que te diga? ¿Claudio o papá? No contestás nada, es aburrido hablar con vos.

Claudio se sumerge todo menos los ojos y la nariz. Como un cocodrilo. Escupe un hilo de agua salada entre los dientes.

MICHEL. —Hagamos las paces... Claudio. Te enseño la plancha y nos vamos ¿dale? Es así, tenés que hacer la cabeza para atrás, abrís los brazos grandes así, y te dejas caer como de arriba de un edificio. Te muestro, mirá... *(Hace la plancha y mueve los bracitos y las piernitas. Vuelve a ponerse de pie.)* ¿Viste cómo es? Yo ya sé. Ahora te toca a vos.

Los dos piensan.

CLAUDIO. —Si me hundo, ¿vos me rescatás?
MICHEL. —Sí, porque yo soy Aquaman.

Claudio hace la plancha. Al principio se hunde un poco y después empieza a flotar.

MICHEL. —Tenés que sacar la panza afuera del agua.

Como una isla, aflora la panza de Claudio. Michel juega a pasar de un lado a otro por debajo del cuerpo flotando boca arriba de su papá.

Después se queda unos instantes mirándolo, entonces se pone a hacer la plancha junto a él. Flotan. En el agua dos cuerpos en cruz, el tiburón y su rémora. De la playa empiezan a llegar aplausos. Los dos dejan de hacer la plancha.

MICHEL. —Nos están aplaudiendo.
CLAUDIO. —No, aplauden el atardecer.
MICHEL. —¡No!, nos están mirando, boludo. *(Salta excitado. Le agarra las manos a Claudio y las pone sobre su propia cabeza.)* Hacé tu parte, brujo. *(Claudio lo toma de las mandíbulas y lo mira a los ojos.)* ¿Me ahogás?

6 SUDOR DE MAR

Una cama de un hotel barato en el Chuí, frontera de Uruguay y Brasil. Una cama con las sábanas revueltas. La sordina de un split. Una ventana cerrada. Aguahielo sobre la mesa de luz. Omar está medio sentado en el respaldo de la cama. Los huesos ablandados. Procuradora está sin su trajecito, desposeída. Tiene las piernas cruzadas y una mirada amarilla.

OMAR. —Usté sí que sabe amar.
PROCURADORA. —¿Ah sí? ¿Qué pensás del amor, Omar?
OMAR. —Que es una recompensa.
PROCURADORA. —¿Una palmadita por un trabajo bien hecho? Monedas.
OMAR. —¡Monedas! Soy la fuente de la abundancia. Acá estoy.
PROCURADORA. —Yo te hago con mi cobre, sos mi metal.
OMAR. —Soy joven y prometedor.
PROCURADORA. —Aleación de mi deseo, porquería.

OMAR. —¡Yo soy Omar! El que da vida. Dame una cerveza.

PROCURADORA. —Están ahí. Buscate.

OMAR. —Bueno.

Omar se levanta y busca la cerveza del frigobar.

PROCURADORA. —Desfilá.

OMAR. —No tengo pose yo.

PROCURADORA. —Cómo que no.

OMAR. —Soy natural.

...

PROCURADORA. —Vení. Arrodíllate...

OMAR. —¿Qué hago?

PROCURADORA. —Tomá cerveza. No sé dónde te entra tanta cerveza.

OMAR. —No soy playito yo. Soy resistente, de cuero duro.

...

PROCURADORA. —¿Tenes hijos?

OMAR. —No sé, creo que no.

PROCURADORA. —¿Crees que tu hijo querría ser como vos?

OMAR. —Quizás alguno tenga. Por ahí. Qué se yo. *(Piensa.)* Estaría orgulloso de mí.

PROCURADORA. —Te envidiaría.

OMAR. —Se pondría contento al verme. Como un perrito.

PROCURADORA. —Sufriría al compararse. Se sentiría disminuido frente a tu cuerpo.

OMAR. —Imitaría mi manera de hablar.

PROCURADORA. —No sabría cómo buscar tu aprobación.

OMAR. —Se reiría igual que yo.

PROCURADORA. —Desearía crecer para poder por fin olvidarte.

...

OMAR. —Que piel más suave.

PROCURADORA. —Las cremas. Para algo tienen que servir.

OMAR. —¿Querés un trago?

PROCURADORA. —Acá, en el ombligo.

OMAR. —Está muy fría.

PROCURADORA. —Y bueno.

OMAR. —Soy libre yo. Igual que vos.

PROCURADORA. —No tengas miedo.

OMAR. —¿En el ombligo?

PROCURADORA. —¿Te lo tengo que señalar?

Él le tira un chorrito que se hace laguna dorada que rebalsa enseguida y bebe como un cachorrito.

PROCURADORA. —Cuando yo estaba dejando de ser joven me vine un verano entero para acá, a la costa de Rocha. *(Toma a Omar de las mandíbulas, como si estudiara el pedigree de un animal.)* En Buenos Aires se había puesto de moda tener hijos. Todas mis amigas tenían hijos, varones, nenas, mellizos, hasta las parejas de mis amigos putos tenían hijos. La primavera de la familia florecía en la ciudad. Y yo trabajaba, acumulaba poder, amasaba fortuna, los bancos me ofrecían su tarjeta más exclusiva sin límite de gasto, me daban acceso a los salones vip en los aeropuertos, me ofrecían descuentos que no necesitaba. Así que harta de comer sin hambre, decidí hacer un viaje y tener un hijo. Me vine para acá. Me puse ojotas y compré el paquete de la austeridad en una playa inaccesible. *(Omar comienza a vestirse.)*

Un hombre me mintió y me quiso deslumbrar, como si yo fuera un sultán y él la Sherezade que inventa cuentos para postergar la condena que le va a quitar la vida.
Yo solamente quería un hijo y un poco de fantasía. Lo escuché, me reí. Sentí tanto desprecio por él que no pude evitar lanzarme encima suyo. Lo chupé hasta gastarlo y lo exprimí desesperadamente, como una muerta de sed en el desierto.

OMAR. —Se acaba el turno.

PROCURADORA. —Durante el embarazo me llené de pesadillas, y cuando nació Michel lo odié en el acto. Era un bebé tan hermoso que causaba repulsión. Ganas de masticarlo y de meterlo de nuevo adentro mío.

OMAR. —Saco otra cerveza para el camino.

PROCURADORA. —Supe desde el primer momento que iba a tener su propia vida. Y sin embargo, tenía que criarlo, ayudarlo y enseñarle a soportar su belleza. Lo dejaba con niñeras, en guarderías, con parientes lejanos, pero él siempre sonreía cuando me veía.

OMAR. —Perdón que la interrumpa, me tengo que ir.

PROCURADORA. —No hay problema, estoy hablando conmigo misma.

OMAR. —Ya que estamos en la frontera, si usté, si vos no tenés problema, me gustaría llevarle un perfume importado a mi novia. Se pondría contenta. Acá sin los impuestos son más baratos.

PROCURADORA. —Sacá de mi billetera lo que quieras.

OMAR. —Antes de irme, me gustaría darle un beso en la boca, de despedida.

PROCURADORA. —Acercate. Vení. *(Él se acerca. Va a darle un beso en los labios.)* Shhh. Cerrá la boca. *(Ella le pasa la lengua por los labios.)*

Cerrá los ojos. *(Ella le pasa la lengua por los ojos cerrados.)* Sos rico, Omar. Tenés gusto a sal.

7. EL MAR QUE MIRA

Michel está sentado sobre el escalón de madera que comunica el "rancho" frente al mar con la arena. Son las siete de la mañana y el sol, reflejado de frente sobre el agua, lo encandila. Juega a enterrar sus talones en la arena húmeda, hace dos surcos y se cubre hasta los tobillos. Claudio sale del rancho muy despeinado, con un vaso de leche en la mano.

CLAUDIO. —Buen día.

MICHEL. —Hola. Qué temprano te levantaste.

CLAUDIO. —Tomá, tu desayuno.

MICHEL. —Me gusta con chocolate.

CLAUDIO. —No hay.

MICHEL. —¿Tiene azúcar?

CLAUDIO. —No hay.

MICHEL. —El ruido del mar me da hambre. *(Toma.)* Está cortada.

CLAUDIO. —A ver... Está cortada, sí. *(La vuelca sobre la arena.)* Podés comer queso.

MICHEL. —Anoche comimos queso... Me gusta el queso.

CLAUDIO. —Hay queso.

MICHEL. —Tenés cara de dormido. Se ve que dormiste bien... ¿No tuviste pesadillas? Yo nunca tengo pesadillas. Pero no pude dormir por el ruido, a mí me gusta dormir en silencio y este mar no se calla nunca. *(Claudio se levanta y va a mear unos pasos cerca del mar.)* ¿Estás haciendo pis? Puede pasar alguien y verte el pito.

CLAUDIO. —No pasa nunca nadie por acá.

MICHEL. —¿No vienen a esta playa?

CLAUDIO. —Está lleno de aguavivas.

MICHEL. —¿Y?

CLAUDIO. —No te podés meter al mar, te agarran las aguavivas.

MICHEL. —¿Por eso no vienen?

CLAUDIO. —Está muy alejado. ¿No te acordás todo lo que caminamos ayer?

MICHEL. —Sí. *(Llora.)*

Pausa.

CLAUDIO. —Anda a llorar adentro.

MICHEL. —No... *(Hace un esfuerzo para cortar el llanto. Se come los mocos.)* ¿Te acordás del lobo de mar que vimos ayer? ¿Se habrá muerto?

CLAUDIO. —Ya se lo deben estar comiendo las gaviotas.

MICHEL. —Tenía olor a podrido.

CLAUDIO. —Le habían comido los ojos. Es lo primero que hacen para dejar indefensa a la cría y que no pueda regresar con la manada.

MICHEL. —Las gaviotas son como nosotros, se alimentan de bichos más grandes, como hacemos con las vacas. Eso se me ocurrió recién. ¿A las vacas también las dejan ciegas antes de matarlas?

CLAUDIO. —Les dan un golpe en la frente con un martillo. O las degüellan.

MICHEL. —¿Lo viste alguna vez?

Pausa.

MICHEL. —¿Vivís solo acá...? ¿No tenés amigos?

CLAUDIO. —No me gustan las personas.

MICHEL. —¿Por qué?

CLAUDIO. —Hacen muchas preguntas.

MICHEL. —¿Con quién querés que hable? ¿Con las olas?

CLAUDIO. —*(Suspira.)* ¿Por qué no? Mirar mucho el mar te hace más sabio.

MICHEL. —Acá ves siempre lo mismo.

CLAUDIO. —El que ve siempre lo mismo aprende algo de verdad sobre lo que ve. Se transforma en parte de eso. Se hace sustancia.

MICHEL. —Qué aburrido.

CLAUDIO. —Se aburren los que no saben estar solos.

MICHEL. —*(Piensa.)* Yo estoy todo el tiempo solo.

CLAUDIO. —¿Viste como saltó ese delfín?

MICHEL. —¡No! ¡No lo vi! ¿Dónde está?

CLAUDIO. —Si prestás atención lo vas a ver. Seguro vuelve a saltar.

MICHEL. —¿A dónde tengo que mirar?

CLAUDIO. —Al mar.

Los dos miran el mar.

MICHEL. —¿Cuándo va a venir mi mamá?

CLAUDIO. —Un día de estos.

Los dos miran el mar. El mar también los mira.

8. UN MAR JUSTICIERO

La Fortaleza de Santa Teresa. Las paredes de piedra del fortín están cubiertas por un musgo ocre. El aire está brillante y liviano, fantasioso. Procuradora está parada en otra época, rodeada del verde muy cuidado del pasto, que dentro de la construcción de los portugueses, sigue la forma de la colina. Zoe está subida a la muralla más alta. Tiene auriculares puestos. Shorcito y la parte de arriba de la bikini. Tatiana la mira desde abajo, haciéndose visera con las manos.

TATIANA. —Hablemos Zoe, ¿te podés bajar de ahí? Vas a perder el equilibrio... No te la perdono esta. Me estás cagando las vacaciones. No podés ser tan boluda.

PROCURADORA. —¿Qué pasa, nena?

TATIANA. —Se quiere suicidar mi amiga.

PROCURADORA. —¿De verdad?

TATIANA. —Tiene un brote. No sé.

PROCURADORA. —Decime cómo llego a la playa desde acá. Buscaba el mar y me llamó la atención la fortaleza.

TATIANA. —*(Molesta.)* No sé, señora. Zoe, ¡te bajás ya!

PROCURADORA. —Dejame a mí. Te doy una mano. ¡Querida!

TATIANA. —No la escucha. Tiene en *repeat* un tema bajón de El Príncipe.

PROCURADORA. —Ayudame. Hacele señas.

Las dos le hacen señas de aeropuerto para que aterrice. Zoe las mira y dice "no" con la cabeza. Procuradora agarra una piedra del piso y se la tira.

ZOE. —¿Qué hace?

PROCURADORA. —Te quiero decir algo, criatura. *(Gesticulando mucho.)* No te quiero ayudar, te quiero contar algo.
TATIANA. —Zoe, ¡escuchá lo que dice la señora!
ZOE. —¡No escucho!
TATIANA. —¡Sacate eso!

Zoe se va a sacar los auriculares y se resbala. Cae montada sobre la muralla. Grita y se agarra la entrepierna.

PROCURADORA. —Ahora sí, préstame atención, mi vida.
ZOE. —Esta vieja es la que nos quería denunciar anoche.
TATIANA. —Zoe, estás paranoica. Ay no, tenés razón. No me había dado cuenta. ¿Nos está persiguiendo?
PROCURADORA. —No, no se preocupen. No tengo nada contra ustedes. De hecho, sería muy interesante ver un suicido en vivo, nunca presencié uno. Pero antes, me gustaría contarles algo. *(Le guiña el ojo a Tatiana.)* ¿Un cuentito antes de la muerte? *(Toma de su frasco de oxitodicomicina.)*
ZOE. —¿Qué quiere?
PROCURADORA. —A mí me maltrataron mucho. Siempre fui muy inteligente para mis contemporáneos y nunca les caí en gracia a las personas en las que yo me fijaba. Cuando hablaba, tartamudeaba. Tenía ideas que no podía expresar porque me daba vergüenza. Mi cuerpo me daba vergüenza. Mi primera vez fue con un tipo horrible, que me daba asco, y que accedió a tener algo conmigo porque le calentaba que a mí me diera miedo.
ZOE. —Qué me importa eso a mí.
TATIANA. —¿Piensa que con eso le va a levantar el ánimo?

PROCURADORA. —Escúchenme. Es una historia con moraleja. Una historia útil.

ZOE. —¡Yo no quiero que me enseñen nada!

PROCURADORA. —Me refugié en la tristeza. Toda la música deprimente era mi amiga, y me pasaba horas en la cama deseando morir. Mis padres se preocupaban por mí, se preocuparon tanto que terminé dándoles lástima.

TATIANA. —Convénzala. Convénzala de que se baje de ahí.

ZOE. —Yo no quiero hablar con nadie.

PROCURADORA. —Empecé a disfrutar de que me vieran sufrir. Me identifiqué tanto con el dolor que despreciaba todo lo alegre, lo colorido. Las fiestas me daban asco, la gente riéndose me producía náuseas. Todo lo que para otros era "divertido" para mí era vulgar. Pero en el fondo de mi corazón seguía deseando la aprobación como única llave, como la salvación que me iba a restituir un mundo del que había sido expulsada.

ZOE. —La vida es una mierda.

PROCURADORA. —Tenés razón.

TATIANA. —La vida es una mierda.

PROCURADORA. —Eso no lo vamos a discutir.

TATIANA. —Creo que yo también me quiero morir.

PROCURADORA. —Esperen. Estoy llegando a lo más jugoso. Parada en la isla del sufrimiento, solitaria como una mona abandonada por su manada, el desprecio de los demás me empezó a reconfortar. Yo era distinta y el orgullo me encegueció. Pensé en un último salto mortal, un sacrificio que les hiciera dar cuenta a los demás que me habían condenado y que serían los culpables de mi destino truncado. Me iba a tirar de un edificio en

construcción. Me erotizaba la imagen de mi cuerpo reventado y las lágrimas de los que no habían hecho nada por mí.

TATIANA. —Qué horror.

PROCURADORA. —Al final no me pude matar, porque a pesar de mi convicción, no tenía voluntad. Refugiarme tanto en el dolor convirtió la idea del suicidio en una pálida masturbación. No tenía fuerzas físicas para ningún acto de redención, así que me dediqué a estudiar, dejé de lado mis minusválidas inclinaciones artísticas y me metí de lleno en el derecho, iba a ser una abogada despiadada y competente que se iba a vengar de todos los que la hicieron sufrir. Fui la mejor, la alumna diez, y pude entender la injustica que rige el mundo, y la obviedad de que la balanza siempre se inclina del lado que tiene más peso.

ZOE. —Tati, me siento muy identificada.

PROCURADORA. —Acumulé poder, hice contactos, elaboré artimañas para defenestrar a mis enemigos y para favorecer a otros, que favorecidos, no iban a tener más remedio que estar a mi favor. No soy feliz, pero tengo poder y eso me excita. Ahora mismo si quisiera me las podría coger a ustedes dos, y no tendrían argumentos para oponerse, tengo las herramientas para quebrantar cualquier voluntad.

TATIANA. —No tenemos voluntad.

PROCURADORA. —Zoe sí, mirala ahí arriba, encaramada en la muralla, con esos ojitos de ciervo a punto de morir... Hay que saber qué soledad es la más conveniente para una.

ZOE. —Tati, voy a bajar.

TATIANA. —Al fin. Gracias, señora.

PROCURADORA. —No hay nada que agradecer.

TATIANA. —Creo que se conmovió con sus palabras.

ZOE. —No me voy a rendir al primer intento. Soy joven y puedo fracasar mil veces si quiero, tengo todo por delante.
PROCURADORA. —Nena, tené cuidado con ese fierro que sobresale.
ZOE. —¿Escuchan el mar allá? *(Ríe.)*
TATIANA. —Agarrate fuerte.
ZOE. —A partir de hoy soy una nueva. Olvídense de la Zoe que conocieron.
PROCURADORA. —*(A Tatiana.)* Permiso, querida. Me dio vértigo mirar tanto hacia arriba. Me voy a sentar por acá.
TATIANA. —¡Muy bien, Zoe! Ya casi estás.
ZOE. —Se me enganchó la presilla, no la puedo destrabar.
TATIANA. —Tené cuidado. ¡No tires así!
PROCURADORA. —Ahí llegó... el ruido del mar. El viento sopla para acá.

Zoe queda colgando de la presilla de su short, enganchada en un fierro sobresaliente de la muralla. Su cuerpo gira y queda patas arriba.

ZOE. —¡No me quiero morir!

La presilla se corta. Zoe cae y Tatiana se abalanza para recibirla. Un cuerpo impacta sobre el otro. Queda en el suelo un revoltijo de extremidades flacas, muñecas desarticuladas.

ZOE. —Estoy bien, estoy bien.
TATIANA. —No me puedo parar, no sé que tengo.
ZOE. —Tati, qué horror, se te ve el hueso. No no, no te mirés.
TATIANA. —Ayuda, ayuda. *(El antebrazo cuelga y se mueve como un péndulo.)*

PROCURADORA. —*(Poniéndose sus lentes de sol.)* Chicas, perdón. Soy muy impresionable, las dejo. Me decidí, hoy me alquilo una sombrillita. Tomen esto, las va a hacer sentir mejor. *(Se acerca a las chicas, abre su frasquito de oxitodicomicina y les da en la boca. Tatiana llora.)* Si necesitan algo, pregunten por mí... La Procuradora.

El mar sube de volumen.

FIN

CECILIA SALMAN

LENGUA
HECHIZA

EL AGUA
NO SE MASCA

SANTIAGO DEL ESTERO

Cecilia Salman nació en 1984 en Frías, Sgo. Del Estero. Es dramaturga, docente y cocinera. A los 18 se fue a vivir a Córdoba. Egresó de la Escuela de Teatro Roberto Arlt. Estudió la Maestría en Dramaturgia (UNA) y hoy está en medio de su tesis. Algunas de sus obras fueron premiadas y publicadas, *Lengua Hechiza* y *El agua no se masca*, en el Concurso 20 años Editando Teatro (INT, 2022) *Wachay* primer premio en el 22° Concurso Nacional de Dramaturgias Escritas por Mujeres (INT, 2021). *Septiembre Coventry* publicada en Tantakuy, Antología de dramaturgas del NOA (UNT, 2022). *Shukraan, la única palabra que aprendí a decir en árabe* (INT,2021) *Un Tío Sentido* (INT, 2021), *Tamagotchi*, en el concurso Internacional de Relatos Alberto Cognigni (2020) *Venimos del Al – Hafar* en el Concurso Provincial de Dramaturgia de Córdoba (2017). En el 2021 recibió la Beca a la Creación del FNA con *Desmutear lo que suena*. En el 2022 con su proyecto *Se revela el Ají* participó de la 2° Residencia de Creación NOA ULMUS | Gestión Cultural & LODO. Actualmente reside en Catamarca, se desempeña como docente en educación superior, dirige y escribe aferrándose a las experiencias de tramas tejidas en cruce.

LENGUA HECHIZA

Quiero dedicar esta obra a todas las mujeres que siempre fueron más grandes que yo
A todas las de la vereda del "otro lado"
A las que toman café en la mercería
A las que chusmean en la galería de Las Juntas
A las que no conocí, pero me heredaron plantas y recetas
A las que me cruzo en cualquier esquina y quieren conversar
A las que hablan inventando palabras o mezclando lenguas, para que no las entiendan
A las que me relatan sus "tuforadas" de la menopausia
A las que cocinaban en las fiestas árabes
A las que me abrigaron con sus tejidos
A las que confeccionaban la ropa que no estaba de moda
A las que me siguen criando.

PERSONAJES

ÑA KUNDA
MUMINA
CHAKOMA
ÑARA

ÑA KUNDA. —Hablan porque tienen lengua. Afirmarán que soy el retrato de la miseria. También lo son. Cuando abran la puerta mis sobrinas, harán el relato de mí denigración. Llevo años así, ¿cuántos? Ya perdí la cuenta, pero les aseguro que la última vez que las he visto a las tres juntas, yo todavía me movía y con el Paco en la mano. En esa época el Paco era más chiquito y yo podía sacarlo alzando para disfrutar el patio de plantas vivas y tomar un poco de aire; por estos lados el aire es escaso, mezquino. El Paco era chiquito cuando ya no pudimos salir más... fue por culpa de esos perros que en esta cuadra nunca más se vio un gato por la vereda. Una banda de perros carniceros, una banda de perros cabezones y malvados, perros de la calle, perros con hambre salvaje. El colchón me queda chico. No es por mi tamaño, sé que en los últimos años mi cuerpo creció en volumen, pero la culpa la tienen estos gatos malcriados que viven arriba mío ¿escuchás? Es el ruido de la puerta del zaguán. Están llegando, puedo sentir esas lenguas bífidas, criticándote a vos, mi amor, Paco. Aquellas otras están hablando de mí...

Hablan porque tienen lengua. Qué cosa con la lengua cuando no se la sabe usar. Hay lenguas que merecen pimienta, pero hay otras que no vendría mal meterles una recortada. Me encantaba comer la lengua de los cabritos cortadas en cubitos, o la lengua a la vinagreta... qué manjar ¡ay! Mi Paco, ya me estoy yendo y todavía me falta enseñarte una larga lista de recetas. Ahí están, qué les cuesta cuidar los pocos vidrios que le quedan a la puerta del zaguán... hablan con diferentes lenguas, hablan de mi...
Lo que rebota de mí

mis 235 kilos

mi piel

mi luna

mis sapos

mi ustedes

mis velas

mis brotes

mis cartas

mis gualichos

mis charcos

mis vestidos

mi campana

mis huesos

mi pie izquierdo

mi olor

mi carne

caliente y espeso

mi habitación

mis yuyos

mi pie resbala

No me escuchan, no quieren saber de mis visiones. La gatita que entró es más chica que mi pie. Mi pie derecho está hinchado, morado, a punto de caerse ¡no! Tampoco es que me crecieron pelos en el pie, esos se me pegaron de alguno de estos sabandijas. Ya ni pelos me quedan, desde ayer tengo 97. Cabello finito, canoso y corto.

No sirve, hace rato que tendrían que haber venido a verme. Tampoco quería obligarlas... me da bronca que ahora estén acá. La Chakoma sí venía. Cuando entren les voy a pedir que me corten el pie inútil. Ninguno de estos gatitos me salió carnicero.

MUMINA. —Abran las ventanas ¡Qué mujer asquerosa!

CHAKOMA. —Están trabadas, hace años.

MUMINA. —Mirada de gatos al unísono; me da escalofrío. Entre los bichos y ella forman una montaña de pelos y carne...

ÑARA. —¡Has chuñado a un gato!

MUMINA. —El asco

CHAKOMA. —Rajá al baño

ÑARA. —No exageren que el gato está lamiéndose, los gatos son bichos inteligentes, autolimpiantes.

CHAKOMA. —La Mumina anda chuñeando hace semanas, capaz está embarazada.

ÑARA. —Vos te reís, pero hay de las que quedan embarazadas a los 60. Hay de las que tienen chingui chingui, y nosotras limpiándole lura a la bruja.

CHAKOMA. —No es bruja, es vidente y me dijo que a la Mumina, si sigue resentida, le va a agarrar el cáncer.

ÑARA. —Dejá de gritar que ahí viene.

CHAKOMA. —¿Qué tal ese bañito, Mumina?

MUMINA. —¿Cómo soportan la hediondez? Los gatos no piensan moverse de arriba de la Ña Kunda. Desde la vereda te penetra el tufo.

ÑARA. —Está fuerte, pero vos andás muy flojita ¿hace mucho que no vas al médico?

MUMINA. —Sacame el gato de encima, me está arañando... me quedo quieta...sacámelo a Paco.

CHAKOMA. —Tiralo al piso, ¿Cómo te das cuenta que es el Paco si hay 8 que son grises?

MUMINA. —Porque está gordo y enfermo igual que ella. Es su marido, siempre en el mismo lugar de la cama. Y es el más arañador.

ÑARA. —Con perfume ácido vamos a quedar si seguimos encerradas en esta casa inmundicia. Gatos trepados en el santuario de la la habitación. Velas derretidas en el piso con pelos grises pegados.

CHAKOMA. —¡No hables así, no ves que no puede levantarse! Espiále las piernas.

MUMINA. —Ñara, tus huesos, no te quiero asustar, pero vos estás excedida varios kilos, igual que ella y tu pie se le parece.

ÑARA. —Todas estamos gordas. Es genética y no me molesta.

MUMINA. —Yo estoy perdiendo peso ¿Lo notaron?

CHAKOMA. —Elegí una palabra de las que rebota.

ÑARA. —Gualicho

CHAKOMA. —No me animo. Otra.

MUMINA. —Cartas

ÑARA. —Aire no está escrito, pero cambiemos de aire. Vamos a regar el patio de plantas vivas y tirémonos las cartas ¿Chakoma? ¿qué decís?

CHAKOMA. —Algo me acuerdo. Bueno, la verdad es que sé tirar las cartas, ella me enseñó.

MUMINA. —Chakoma, me dejás helada. ¿Sos bruja como ella?

CHAKOMA. —Soy vidente.

ÑARA. —¿Y qué evidenciás?

MUMINA. —Lo evidente

CHAKOMA. —Ríanse, pero soy vidente. De tres piezas las dejo si les tiro las cartas.

MUMINA. —Ahora es de andares místicos.

CHAKOMA. —La vida de jubilada te lleva por nuevos andares.

ÑARA. —¡Se nota!

Patio de plantas vivas

Cuerno de alce
Parra
Crotos Santa Rita
Aljaba
Lengua de suegra
La mala madre
Menta
Albahaca
Orégano
Lavanda
Cedrón
Clerodendrum
Suculentas
Petuñas
Palmera

Alegría del hogar

Romero

Granada

Mandarino

Naranjo

Otra alegría del hogar

Aloe vera

Glicina

Rosa

Azalea

Caléndula

Orquídeas

Gardenia

Fucsia

Dama de noche

El cantero de piedra más grande con ruda.

CHAKOMA. —Todas tenemos algo de la Ña Kunda, me lo dijo ella misma.

ÑARA. —¡Qué bellezas estas plantas! Maravilla en verde, pero limpiemos el patio, no se aguanta el tufo de meo, las piedritas de la batea llevan sobreviviendo más de tres veranos.

CHAKOMA. —Por suerte no mean en su habitación.

MUMINA. —¿Segura? Aureolas hay, es una lástima que no podamos moverla, porque habría que bañarla.

CHAKOMA. —Alguna vez la limpié con trapos. ¿Qué hacen esas caras? Vine sola un par de veces... bueno, me acompañó el Gabriel. Ella le regaló un gato y él le tiene aprecio; no sé de dónde lo heredó ¿qué tiene de malo?... en un rato, después del

patio y las cartas, le podemos meter agua al cuerpo de la Ña Kunda. ¿Les parece?

ÑARA. —Qué lindas tiene las plantas, ni abandonados se le mueren los crotos; alguien debe regárselas. Qué casa divina, venida abajo, pero hermosa... grande, en pleno centro ¿Quién más tiene llaves de acá?

CHAKOMA. —Gabriel viene conmigo, solo no se anima.

MUMINA. —Nadie, si no la quiere nadie más que esos gatos.

ÑARA. —¡La quieren mucho, porque son varios!

CHAKOMA. —Seguro son los gatitos. Esos gatos deben regarle las plantas, seguro.

ÑARA. —La mesa está lista, vamos armando lo de las cartas... y ¡miren! Tengo sahumos de la bruja, de esos que arma con romero y lavanda. Seguro que de algo sirven...prendiendo humareda... conviden un puchito.

MUMINA. —¡Tengo puchito!

CHAKOMA. —Mumina, ¿vos no habías dejado? Deberías por tu edad.

MUMINA. —¿Yo? 67 y vos 63 ¿cuál es la diferencia?

CHAKOMA. —Voy a yoga, estoy mejor que ustedes, no quiero ofenderlas. Además, ya has chuñado dos veces hoy. Y vos Ñara medio comedor verde, esos dientes no dan más y también tu sobrepeso, el puchito te hace mal. Yo estoy tratando de dejar el vicio para cuidarme la piel. Cortá y sacá una carta.

ÑARA. —Estás muy humienta Chakoma... dame pucho. ¿Qué dice esa carta?

MUMINA. —Chakoma, no estoy notando tu piel mejorada, bien curtidita está.

ÑARA. —Meta, corto y tiro. Dejala que se concentre en mi carta,

devolveme el puchito.

El lenguaje
de la naturaleza
deletrea los misterios del cuerpo

Abre en la flor

Bajo la luna
Deambulan los cuerpos

Labios secos
Tierra
Lluvia
Fruto florece en tallo

Penetrando la luz del sol

Sintonizando el destino que no intenta huir.

CHAKOMA. —Cuerpo, tierra y fruto.
MUMINA. —Habla de sexo
CHAKOMA. —¿Ñara?

ÑARA. —Virgen
Soy
CHAKOMA. —¿Ñara?
Tenés que volver a cortar, ahora viene la carta del futuro.

Pájaro y la imagen son dos pájaros al revés.

Como los pájaros lanzados al aire,

unos tras otro en pareja, hasta el asombro del nido.

Como el árbol que ama la luz y abre en la flor.

MUMINA. —Abre en la flor.
ÑARA. —¿Abre en la flor?
CHAKOMA. —Abre en la flor mientras espera la lluvia.
MUMINA. —No llorés, Ñara, ¿otro puchito?
CHAKOMA. —Es una linda carta, dice que se te va a dar, en una de estas lluvias de verano. Hay que invertir los pájaros.
ÑARA. —¿Lo sabían? ¿Se me nota?
CHAKOMA. —Un poco nos dimos cuenta ¿a dónde vas?
ÑARA. —A la habitación, necesito ver a la Ña Kunda con Paco
MUMINA. —Ñara, ¿te habrán hecho un gualicho?
CHAKOMA. —¿El mismo que a la Ña Kunda?
MUMINA. —A Ña Kunda le vuelven los gualichos que hizo, pero la Ñara no hace eso.

ÑARA. —No entiendo nada, es la primera vez que veo esas cartas.

CHAKOMA. —Desnudate.

ÑARA. —¿Para qué?

CHAKOMA. —Conozco las marcas en el cuerpo de la Ña Kunda.

MUMINA. —¿Y? Eso no tiene nada que ver, Chakoma, estás asustando a la Ñara.

CHAKOMA. —¡No! Confiá en mí. Si vos tenés las mismas marcas, tenés el hechizo y si tenés, el hechizo, te lo puedo sacar. Sacáte el vestido y no llorés Ñara.

MUMINA. —¡Qué inteligentes los gatos, se acomodaron alrededor de la Ñara!

CHAKOMA. —Buena señal, limpian. Sacale el vestido a la Ña Kunda.

MUMINA. —*(Sobre los pies un gato gris chiquito, entre las piernas la gata atigrada se estira.)* ¡Ay! Paco me mordió.

ÑARA. —¿Y ahora?

CHAKOMA. —Levantá los brazos y nosotros la movemos a la Ña Kunda. Cada brazo pesa, pesa plomo.

MUMINA. —La mancha al borde de la axila es la misma. ¿Y si la Chakoma tiene razón? ¿Estás segura que vos sos virgen?

ÑARA. —Si, Mumina y la Ña Kunda también.

CHAKOMA. —No bajes los codos, estoy midiendo tamaño y color... mmm... viendo estas aguas, necesitamos baños de yuyos.

ÑARA. —Entonces ¿me hicieron una maldijada? No le hago el mal a nadie.

CHAKOMA. —A veces esas cosas se cargan de generaciones pasadas ¿entendés?

ÑARA. —No, pero es más importante que me saques esto.

CHAKOMA. —Abrile las piernas y correle los pelos.

MUMINA. —Voy a chuñar y no quiero abrir las piernas de la Ña Kunda ¡guácala!

CHAKOMA. —El pie izquierdo
Debajo de sus huesos
Al costado, el olor.

ÑA KUNDA. —¿Paco?
Me cambian de lugar
No me deja ver
Juegan con mi cuerpo
Se ríen de mí
Estiran mi carne
Mi brazo brota
Con calor por el piso
Lo que rebota me pertenece
¡Chakoma!
A la Mumina en tres meses le agarra un mal y chau lengua Ñaña
Daño
A la Mumina
Límpiala el resentimiento.
¡Chakoma!
Tiene el mal de resentida.

CHAKOMA. —¡Mumina, pillale el pie que se le cae! Acá no tienen manchas, pero los pelos se le parecen.

ÑARA. —Si vos te sacás la bombacha tenés igual. Después de los 60 todas quedamos con tres pelos, se caen hasta los de las cejas.

MUMINA. —No aguanto más el olor de la Ña Kunda, ni los gatos, ni las velas, ni lo que rebota en la habitación. Vestite Ñara, nos vamos.

CHAKOMA. —Egoísta, eso es lo que sos. La Ñara no puede cargar con esto.

ÑARA. —Eso, de la casa no nos vamos sin remover mis manchas.

CHAKOMA. —Remover las manchas e invertir los pájaros. Ahora prendéte el vestido y en el patio la seguimos. Le toca el turno a las cartas de la Mumina.

ÑARA. —Siento fuego en el cuerpo, quiero seguir desnuda, que entre aire por mis chuecas.

ÑA KUNDA. —Paco, ¿están?
Siguen ahí
¡Chakoma!
En penachos verdes
Andan pájaros
Cantan
Entre mis vestidos
Y mis carnes
En celos
Los pájaros
Copulan en mi codo
¿Escuchás?
Grito en el patio de plantas vivas
Abre en la flor
Paco, ¿quién es?
La Ñara
Suda charcos

CHAKOMA. —Te estás destrabando, las mezclas están haciendo efecto. Tu imagen desnuda, rodeada de gatos. Copiá todo lo que hace el gato. No sientas vergüenza.

MUMINA. —A mí no me interesan mis cartas.

CHAKOMA. —¿Las tuyas? Lengua y fiebre.

MUMINA. —Esas cartas no son mías, yo no tiré.

CHAKOMA. —Bueno, bueno, sigamos con la Ñara, ella sí confía en las cartas. No te vayas, Mumina, necesitamos estar juntas. Ayudáme con la Ñara, mirá cómo está sudando.

MUMINA. —El cuerpo de la Ñara está embelleciendo, no te lo voy a negar, si me necesitan, acá voy a estar.

CHAKOMA. —¡Ay, Mumina! Cómo suda la Ñara. El cuerpo en silencio y excitado. La misma imagen de la carta. Cuerpo salvaje en pubertad. ¡Sí! Pubertad, está volviendo aquel estado.

MUMINA. —¿Decís que viaja en las épocas?

CHAKOMA. —Algo así, pero no te voy a mentir, yo no soy experta. Estoy tan sorprendida como vos; pero me dejo llevar. Hoy algo nos trajo hasta la casa de la Ña Kunda. Durante muchos años sentimos el miedo a todo y hoy no. Hasta las palabras brotan, las cartas vuelan en el patio de plantas vivas, la Ña Kunda está ahí despidiéndose o quedándose entre nosotras. Hoy en esta casa está el amor, de verdad, vos te haces la difícil, Mumina, pero somos primas hermanas y criadas con los mismos temores, también los mismos amores. Soltá esa voz, vos sabés lindas palabras. Acá hoy respirábamos la hediondez, pero ahora hay cuerpos sudando. Estate atenta que mientras nosotras hablamos y queremos entender esto, allá la Ña Kunda hace lo que la Ñara está sintiendo acá.

MUMINA. —¡Estás elevadísima!

CHAKOMA. —Para poder elevarse, hay que dejarse.

MUMINA. —Ya me convenciste, tirame las cartas.

CHAKOMA. —Hoy ya no, Mumina. Pero vos me tenés que hacer caso y te tenés que cuidar. Y no te digo por gorda, porque sabés

una cosa... nosotras somos unas gordas hermosas y viciosas.
Nos tenemos que cuidar un poquito de los excesos, ná más.

MUMINA. —Es la hora de la Ñara

CHAKOMA. —Su cuerpo está iluminado
el gato lame sus tobillos.
¿Quién está leyendo las cartas?
¿Soy yo o la Ña Kunda?
Ahora en la casa
rebotan cartas
Paco se pasea de la habitación al patio de plantas vivas
me habla.
Trae las palabras de la Ña Kunda.

MUMINA. —Va y viene al sol, es tímido ese sacha amor. De puro enamorado que está, se hace el rudo y unta ungüento. Cuelgan de su jeta pedazos de carne.

CHAKOMA. —Paco está corriendo a sus amigos, los coyuyos no dejan de chillar, fermenta la aloja y una serpiente la viene a buscar. ¡Paco! No dejes entrar a los sapos, está llegando la hora del vuelo nocturno. El pie cae en la tierra, las hormigas manqueras vuelven la carne arcilla. Juntar orina derramada para volver a preparar la medicina. Están llegando sombras a los costados, los huesos van en dirección equivocada, huelo amanecer creado, se precipitó un vuelo nocturno.
Veo pasar a los caranchos y escucho los coyuyos. Delgaducho está Paco, bailan sus ojitos pardos. Está raro Paco, embriagado su cuerpo.

ÑA KUNDA. —Chakoma, ¡veni! Flores en rojo, morado y amarillo. Tan lenta que había sabido ser. Oiga, Paco, vaya acercando la palangana. Mi morado está entregado, será usted mi curandero.

A Paco le agarra el miedo cuando lo meto en el entrevero de serpientes y legüeros. No te escucho, mi amor, solo me llega un murmullo, no me dejés ir, Paco.

¡Chakoma! Demorás y necesito más hierbas. Sola tengo que sacarme el gualicho. En la cama sumo carne sin poder moverme, en volumen mi piel se estira como costras. Si la Chakoma me saca toda la piel, puedo volver a nacer. Mi mal es culpa de un gualicho circular. ¿Quién anda mosqueteando, Paco? ¿Han vuelto los otros gatos? A vos nunca te haría daño, solo he matado a otros gatos que cargaban con espesores de otros cuerpos. No te asustes, mi amor, necesito ungüento de jarilla para calmar el dolor.

CHAKOMA. —Tres mechones de pelo de esa gata, la atigrada. Paco grita y muerde el pie con furia. Su saliva abundante cubre la piel, moja los cuerpos.

ÑA KUNDA. —¿Paco?

Son mis huesos cayendo
Pierdo mi pie izquierdo
Que se callen los coyuyos
Vienen a anunciar
Mi amor
Sabe lamerme las heridas
Limpiar la sangre.
¡Besame los pies
Calentame el dolor!
Otra vez mis huesos no me dejan mover
La lengua de Paco
Sube por mis piernas
Mi cuerpo desparramado en la cama

velas derritiéndose entre los dibujos del piso
lame
lame
lame mi pie.

Silencio de placer reciente.

ÑARA. —¿Paco?
descanso mi sed
pierdo pudor
soy río de aguas salvajes
arrollando piel
entre cascadas
respiro
los minutos son largos y lentos
nacen hojas nuevas entre los tallos
se abre la hoja de un croto
río de plantas
bailo entre los calores del mosaico
la Mumina me alcanza un fuentón
me baño
salpico gotas
aguas tibias de sol
mi cuerpo ríe.
Me limpio entre las plantas
en silencio, hermosa.
A cada paso tiembla el piso y flota.
El patio de plantas vivas larga su perfume.
Entran despacio mis pies en la lavanda

contra el romero
desenredando mis pelos
la ruda
contra la envidia.

FIN

EL AGUA NO SE MASCA

A mi compañero, por el amor en las siestas.

A las plantas de nuestra casa.

PERSONAJES

ELVA
JORGE
KEKA
ELÍAS

ELVA. —¿Qué? ¿Te jode caminar? Tu pierna no se ve tan mal.
JORGE. —Qué pena no haber sabido que los colectivos no salían durante la noche.
ELVA. —Tiene sentido, Choya es un lugar chiquito, no viaja tanta gente para ahí. Te ayudo con tu bolso y vos llevás el mío, no pesa tanto.
JORGE. —¿Hay edificios?
ELVA. —No, podés mirar el cielo y si te concentrás y te quedás un rato largo, podés llegar a contar las estrellas; se ven todas. Todas.
JORGE. —¿Alguna vez las contaste?
ELVA. —Muchas. Es un don que tengo. Si mirás allá, al final del camino está mi casa, seguís hasta la esquina, dos cuadras más y está el río.
JORGE. —¿Te podés meter al agua?
ELVA. —Está seco. Igual podemos ir.
JORGE. —Me calma escuchar los coyuyos.

ELVA. —Así de fuerte cantan en verano y más cuando está por llover, pueden enloquecerte a las 7 de la tarde.

JORGE. —Son las 9 de la noche. ¿Está por llover?

ELVA. —No, solo les quedó la costumbre, aquí no llueve desde el 2009.

¿A vos te jode si yo les digo a mis viejos que vos... sos un amigo?

JORGE. —Yo no soy tu amigo. Recién te conozco.

ELVA. —Les gustaría verme llegar acompañada, les haría bien creer que tengo un amigo.

JORGE. —No tiene sentido, solo viajamos desde Córdoba hasta Frías y empezaste a hablarme 2 km antes de entrar al pueblo, y mañana viajo a Choya.

ELVA. —Es una ciudad y nada te cuesta, yo te voy cargando esta mochila de mierda que pesa mil kilos y vos no sos capaz de hacer un favor chiquitito. Y además voy a hospedarte por esta noche. Si no aceptás, no te puedo hospedar.

JORGE. —Está bien, es solo esta noche. Contáme qué hacés o algo, si tenés novio, trabajás, estudias...

ELVA. —Ellos creen que soy kinesióloga.

JORGE. —Puedo decir que soy tu compañero en el hospital, clínica... ¿algo así?

ELVA. —No es buena idea, son médicos y van a querer que hablemos de nuestros trabajos. Mejor otra cosa.

JORGE. —¿Compañeros del gimnasio?

ELVA. —Miráme, ¿de verdad vos creés que yo pueda pisar una máquina caminadora o subir a una bicicleta a pedalear sin llegar a ningún lado? Esos lugares están pensados para crear falsas expectativas, y así la gente cree que de verdad está avanzando y no, tienen el cuerpo siempre en el mismo lugar, arriba de una

máquina fija, mirando de frente la misma mancha de humedad, quemándose la cabeza con música motivacional.

JORGE. —¿De computación?

ELVA. —Estamos en la capilla, quiere decir que te quedan dos cuadras para mirarme y decir de verdad algo que tenga que ver conmigo.

Están en la puerta, seguro llevan 2 horas esperándome.

ELÍAS. —¡Keka! Elva trajo un amigo.

ELVA. —Jorge.

ELÍAS. —¡Jorge!

ELVA. —Jorge, ella es Keka, mi mamá.

Pa, él es Jorge, mi novio.

Adentro de la casa.

JORGE. — Consultas a Sheila, de 10 a 12...Sólo los miércoles.

ELVA. —Esas son las puertas de los consultorios.

JORGE. —¿La de la foto sos vos?

ELVA. —Mi hermana.

JORGE. —Es igual.

ELVA. —Melliza.

JORGE. —¿Tu hermana también es médica?

ELVA. —Ginecóloga.

ELÍAS. —Elva me dijo que vos sos veterinario.

JORGE. —Sí, sí, algo así, nunca terminé la carrera, pero trabajo con los animales en el campo...

ELÍAS. — ¿Qué te pasó?

JORGE. —¿Esto? No es mucho; estaba en el campo con las chanchas y una se desmayó en mi pierna.

ELÍAS. —Hay que curarte. Pasá al consultorio y la revisamos.

ELVA. —Este es un quejoso, no paró en todo el viaje... y con la pierna así quiere que viajemos mañana a Choya.

JORGE. —Dijiste que era cerca. No hace falta que vengas. Mañana no voy a tener nada.

ELÍAS. —Mañana, mañana será mañana... ahora respirá hondo y mirá fijo ese cuadro, va a doler un poquito, pero vos mirá el cuadro... esta pierna está infectada, huele mal. ¿Cuántos días llevás así?

ELVA. —Cinco.

JORGE. —Dos.

ELÍAS. —Tenés que hacer reposo o vas a perder la pierna.

JORGE. —Les agradezco, pero solo voy a quedarme esta noche, tengo que llegar a Choya, mis chanchas lo necesitan.

KEKA. —La habitación está lista.

ELVA. —Dormimos en cama separadas. Jorge no duerme bien por el tema de la pierna. Prefiero dormir con Sheila.

JORGE. —¿Tu hermana vive acá?

ELVA. —A veces. Algunas veces pasa por acá. Vení, Jorge, esta es la pieza.

Quería decirte si podés acostarte ahora, yo te traigo la comida, sabés que tengo ganas de estar sola con ellos, no te ofende ¿no?

JORGE. —Creo que no; igual va a ser raro que no cene con ellos ¿no?

ELVA. —A vos te duele mucho la pierna y tenés que descansar. Acomodate que te traigo la comida. Yo lo siento claro, tenés que descansar. ¿Qué películas te gustan? Te dejo la tele prendida.

JORGE. —No, no siento tanto dolor en la pierna...

ELVA. —Eso pasa con los dolores, uno se acostumbra. Uno se acostumbra a la vida de mierda. No me acerco más porque no

aguanto el olor de tu pierna, quizás deberíamos consultar a Sheila.

JORGE. —Dijiste que era ginecóloga.

ELVA. —Y yo Kinesióloga. Voy a hablar con mi mamá a ver qué piensa.

JORGE. —Tu mamá habla poco.

ELVA. —Se pasa el día ocupándose de Sheila. Mi mamá también es médica.

JORGE. —¿Sheila está enferma?

ELVA. —No, no, Sheila está muerta.

JORGE. —¿Acá?

ELVA. —Sí, la enterramos en el patio. Pero no, mi mamá no se ocupa de esa Sheila; hablo de la otra... de Platinada que ahora se llama Sheila.; llegó a casa el mismo año que murió mi hermana. Estaba trabajando con un circo, le agarró infección urinaria fuerte y vino a que la curen mi papá y mi mamá. Entró y dijo que estaba cansada de la vida del circo, que necesitaba estar en una casa tranquila, y ofreció a cambio brindar sus servicios. Mi mamá triste, mucho más triste que ahora, pensó que era una buena idea. Desde ahí vive con ellos. Mi mamá la cuida incondicionalmente, da bastante trabajo. La verdad es que ahora ninguno ejerce como médico, Sheila les demanda mucho tiempo, tiene una misión clara en esta tierra y quiere cumplirla. Los hace feliz y no solo a ellos, al pueblo entero y más.

JORGE. — ¿Cuántos años tiene?

ELVA. —Está pasando los 100, creo. Descansá, tenés cara de cansado.

JORGE. —Elva, no me traigas la comida, tengo mucho sueño.

ELVA. —Es por los calmantes, mirá ese cuadro y descansá, Jorge, descansá.

JORGE. —Elva...

ELVA. —Vos y yo vamos a ser felices juntos.

Consultorio 7.

ELVA. —Pasá.

JORGE. —¿Aquí atiende Sheila?

ELVA. —Sí.

JORGE. —La quiero conocer ¿por qué no está?

ELVA. —Todavía no es momento. Me habló de tu viaje.

JORGE. —Sí, ahora viajo.

ELVA. —No, dice que no.

JORGE. —¡Por Dios!

ELVA. —Dios no se involucra en estas misiones, dice Sheila. Ya vas a entender.

ELÍAS. —Cuando tu pierna deje de sangrar.

JORGE. —Hasta recién no sangraba.

KEKA. —Tengo que frenar la sangre con esto. Mirá ese cuadro y respirá, profundo respirá.

ELÍAS. — Hay que cortar la pierna. Listeriosis; la carne infectada, infecta. Endocarditis. Neumonía. Septicemia.

JORGE. —No siento nada de eso, digo, ningún síntoma. ¿Qué dice Sheila?

ELVA. — Que hay que matar a tu chancha.

JORGE. —Mi chancha no está infectada, se desmayó porque tiene epilepsia. Yo quiero ir a Choya, para mudar mi campo ahí. Así mis chanchas se sienten mejor.

KEKA. —¡Chicos! Hay 35 personas para ver a Sheila. La más urgente es la Mirta Castillo.

ELÍAS. —Que pase primero la Mirta.

JORGE. —Quizás sea un buen momento para irme. Hace una semana que estoy acá.

ELVA. —Quizás Sheila no piensa lo mismo. Deberías aprovechar; no tenés que esperar a que Sheila atienda a toda esa gente. Dame un beso.

JORGE. —¿Un beso?

ELVA. —Los novios se besan.

JORGE. —¿Por qué no me cortaste la pierna?

ELVA. —Porque no estabas preparado y a Sheila no le gusta tomar decisiones sin señales. Creo que vos gustás de mí, el beso de recién me lo confirmó.

JORGE. —¿Puedo darte otro?

ELVA. —Hay que atender a esa gente. ¿Querés atender con nosotros?

JORGE. —Sí.

ELVA. —Tenés que ayudar a mi mamá, callado y haciendo lo que ella te pida. Hoy Sheila tiene un día complicado.

KEKA. —Acá trabajamos con milagros, solo con milagros. No perdemos el tiempo, sucede cuando todos lo sentimos. Y si no sucede hay que volver, y así las veces que sean necesarias. Tuvimos casos como el tuyo en que Sheila no pudo salvarle la pierna.

ELÍAS. —No se la cortamos a tiempo y quedó infectándose.

MIRTA CASTILLO. —Cambiaron el cuadro.

ELÍAS. —Esta semana le toca al lobo. ¿Cómo está funcionando el tratamiento?

MIRTA CASTILLO. —Aún tengo que acostumbrarme, me miro en el espejo y no me reconozco.

KEKA. —Hay que atenuar la impresión que le genera a una misma. Sheila teme por tu depresión.

MIRTA CASTILLO. —Hace un mes estaba mal, pero ahora ya me siento bien, siento la fuerza de Sheila.

ELÍAS. —El lobo. El Lobo representa la fe y comprensión más profunda. Nos transmite su energía a través de la mirada de Sheila y la vibración de su aullido manifiesta sus dones; es el símbolo de la resistencia física.

KEKA. —Esta semana tendrás que correr todos los kilómetros que puedas, como nunca antes. Muchos. La distancia de acá a Choya.

MIRTA CASTILLO. —Sí, siento las piernas diferentes.

JORGE. —¿Choya es muy cerca?

ELVA. —35 km.

JORGE. —Puedo ir y volver.

ELVA. —Podes ir, pero no sé si volver.

JORGE. —¿Qué piensa Sheila?

ELVA. —Sheila ya habló.

KEKA. —Está con la Mirta Castillo. No hay que interrumpir este momento.

JORGE. —Sí, disculpe.

MIRTA CASTILLO. —Estoy orgullosa de poder. Es una experiencia particular. Cada sacrificio pedido por Sheila nos acerca al agua y el río comienza a sonar. Nos vemos la próxima, ¡Charapa!

ELVA. —Sheila es milenaria testigo, te conoce, conoce nuestros males, a su modo te acompaña a vos y a tu familia, a nosotros y a ellos. A través del tiempo cobra más valor para nosotros. Su habilidad es esconderse dentro de su caparazón para escapar del peligro. Nuestro símbolo de fertilidad, de liberación y

persistencia. En los mitos hindúes, la tortuga Chukwa sostiene el mundo. Para los chinos representa el mayor símbolo de longevidad, estabilidad, equilibrio, buena fortuna, apoyo y protección. Para los griegos está asociada con Afrodita. En Japón es un símbolo de buena suerte y longevidad. En nuestro pueblo Sheila nos sostiene. Une el cielo con la tierra. Todos estamos en los planos y planes de Sheila, eligió esta tierra, porque es tierra sagrada. Ella va a traer agua. Chelenoides Chilensis, son las tortugas de nuestro monte. Sheila las protege y las cuida para que se queden.

JORGE. —Si abro la puerta puedo salir. Cada vez que abro vuelvo a mirar el cuadro. Me quiero quedar. Estoy sintiendo la carne de mi pierna. Elva me gusta y a Sheila no la conozco, pero es su melliza, debe ser igual, pero muerta, muerta me gusta. Elva piensa que puedo ser veterinario, me hace bien. Ayer a la mañana necesité pensar y podría quedarme unos días acá, solo unos días. Elva me dijo que hoy empieza la semana del perro.

ELVA. —Cada cuadro espera su turno para ser visto. El perro acompaña al hombre desde las cavernas, desde la prehistoria. Tal vez sea necesario explicarte sobre fidelidad, los perros son leales, mirá el cuadro.

JORGE. —El perro tiene miedo. Tiembla. Se está hundiendo.

ELVA. —Pero no se hunde.

JORGE. —¿A quién mira?

ELVA. —Arriba. ¿Ya viste? Eso viene a avisarnos que se está hundiendo en la arena y que nosotros nos hundiremos en la arena. El desierto está llegando. ¿Tenés perro?

JORGE. —Sí, Piquillín.

ELVA. —¿Cómo es?

JORGE. —Color marrón, orejas grandes y cola inquieta. Tiene 15 años.

ELVA. —¿Lo extrañás?

JORGE. —Creo que no. Yo no extraño.

ELVA. —El perro es como el lobo, pero domesticado.

El perro obedece.

Dame la pierna y apoyala en mi mano.

JORGE. —Está con fiebre.

ELVA. —¿Tomaste el té que te preparó mi mamá?

JORGE. —Sí.

ELVA. —Ya vas a estar bien... ¿cómo ladra Piquillín?

JORGE. —¡GUAU! ¡GUAU!

ELVA. —¿Así camina? ¡Shh! No ladres tan fuerte, Sheila puede despertarse de mal humor.

JORGE. —¡¡¡GUAU!!!

ELVA. —Seguro podés cazar moscas.

JORGE. —Ya está, me comí una mosca

ELVA. —Muy bien, ¿querés chupar un hueso?

JORGE. —Quiero.

ELVA. —¿Piquillín tiene secretos? ¿Vos lo admirás?

¡¡Jorge!! Me measte la pierna.

JORGE. —¡Perdón, Elva, perdón! Me emocioné.

ELVA. —No estoy enojada, está muy bien. ¿Qué te emociona?

JORGE. —Ser perro. Soy como Piquillín.

ELVA. —¿Y yo? ¿Quién soy?

JORGE. —Vos sos mi ama. Podés acariciarme, como yo a Piquillín.

ELVA. —Otra vez me measte.

JORGE. —Cuando me acariciás, me meo.

ELVA. —Mear, es mear y solo eso. ¡Mirá el cuadro!

JORGE. —Se movió.

ELVA. —Sí, un poquito. La fe es la fe. Ahora buscá el trapo, limpiá el piso, que tenemos que seguir.

JORGE. —¿En cuatro patas?

ELVA. —Toda la semana.

Lo que vos meás, lo debés limpiar.

JORGE. —Sí. También me dijiste que cada vez que lo haga, me gano un beso.

ELVA. —Pensé que ya estabas listo para recibir todos juntos.

JORGE. —¿Los puedo acumular?

ELVA. —Sí y cuando termine la semana, será tu premio. Mirá el cuadro. ¿Qué colores ves?

JORGE. —No sé cómo se llama, pero es de la familia del amarillo.

ELVA. —Muy bien, es ocre. ¿Y el perro?

JORGE. —Me mira la pierna.

ELVA. —¿Y el dolor?

JORGE. —Creo que mira mi dolor, ahora creo en mi dolor y en ese perro.

ELVA. —De premio, un beso.

JORGE. —Un beso.

ELVA. —¿Te gustó?

JORGE. —Rico.

ELVA. —A limpiar... vamos... apure.

JORGE. —¿El trapo de piso?

KEKA. —En el lavadero, pasando los consultorios, el baño del fondo, a la izquierda. ¿Por qué andas en cuatro patas?

JORGE. —Es la semana de perro y Elva me lo pidió.

ELVA. —En la semana del perro Sheila pidió poner a prueba a Jorge, él es solitario y tonto, no será difícil para él ser perro.

Sheila no duda de él, él es bueno y nosotros queremos sentir a alguien bueno, cerca, por un tiempo. Sheila se murió, mi hermana era buena, cuando nacimos me dejó salir primera y ella se ahogó por un rato en la panza de mi mamá, era obvio que no quería vivir aquí, afuera. ¿Y quién quiere? Pero ella estaba más segura que todos y por eso la ayudamos, nosotros ayudamos, a Jorge lo vamos a animar. Sheila llegó para ayudarnos, y nosotras la ayudamos.

KEKA. —Sheila, otra vez estás sangrando, hace una hora te limpie y ahora sangre otra vez. Esto te pasó cuando llegaste del circo. Ellos no te querían y te daban carne, vos no podés comer carne. *(Pausa.)* No estoy inventando, vos dijiste que ellos no te cuidaban. Hace días te siento estresada, y se te ve inquieta con los nuevos movimientos en la casa, deberíamos retomar la meditación, la rotación de cuadros, estamos dispersos con la organización. Sí, ya sé, no era la semana de perro, Elva se confundió, pero ella es difícil y hace lo que quiere, ¡a veces no quiere seguir nuestra disciplina! ¡Perdón! ¿Te dolió? Prometo ser más suave con tu cuello, no te escondas Shei. ¿Qué pasa que estás tan enojada? Ya termino de limpiarte y empezamos con la meditación, hay que volver a meditar.

ELVA. —¡MAMÁ!

KEKA. —Elva, nunca sin golpear, ponés nerviosos a Sheila, estamos meditando.

ELVA. —¿Puedo meditar con ustedes?

KEKA. —Dice que no. Cerrá la puerta y bajá la luz.
No te pongas nerviosa. *(Pausa.)* Lo volvemos a intentar a la noche, Elva está ansiosa.
Llegó Elías, podemos empezar.

ELÍAS. —No conseguí el alimento de Sheila, ni las hierbas para el té de Jorge.
KEKA. —Empecemos. Sheila esta nerviosa y necesita meditar.

Silencio de pasos de tortuga.

ELÍAS. —Al tercer sonido del mar, imagina que hay un inmenso y profundo océano, tan grande como este mundo, sobre el que flota una argolla de oro, y que en el fondo vive una tortuga ciega que sube a la superficie una vez cada cien mil años.
KEKA. —El ciclo de vidas impuras que hemos experimentado sin cesar desde el tiempo sin principio, vida tras vida de manera continua; y la argolla de oro son las enseñanzas de la tortuga, nuestra Sheila. Desde el punto de vista de la sabiduría, mentalmente no hay mucha diferencia entre nosotros y vos, aunque nuestros ojos físicos no estén ciegos, el ojo de nuestra sabiduría sí lo está. Durante la mayoría de nuestras vidas pasadas hemos permanecido en el fondo del océano, en los reinos inferiores, y hemos subido a la superficie como seres humanos muy raramente. Incluso cuando logramos un renacimiento humano, es muy raro encontrar la argolla de oro, porque no permanece en el mismo espacio, sino que se va desplazando de un lugar a otro, el océano es inmenso y el ojo de nuestra sabiduría está siempre cerrado.
Ahora he obtenido un renacimiento humano y tengo la oportunidad de alcanzar la liberación permanente del sufrimiento y la felicidad suprema de la iluminación con esta práctica, estamos dispuestos a realizar sacrificios hasta que vuelva la lluvia.

KEKA Y ELÍAS. —Desperdiciar esta preciosa oportunidad dedicándome a actividades sin sentido sería la mayor pérdida y la peor necedad.

ELVA. —Cuando termines tu té, te voy a sacar al patio para cagar.

JORGE. —Me duele mucho la pierna, desde que camino así me duele más. Cuando termine el té ¿me vas a dar un premio?

ELVA. —Esta vez no, porque te estás quejando, con queja no hay premio.

JORGE. —Adentro de mi cabeza siento que rebota un palo con punta.

ELVA. —Terminá el té y te llevo al patio a contar las estrellas, te vas a sentir mejor.

JORGE. —No había salido al patio, ¿acá esta Sheila?

ELVA. —Mi hermana. Está ahí.

JORGE. —Las plantas son gigantes.

ELVA. —También la podés mear.

JORGE. —Creo que no quiero.

ELVA. — Mealа *(Pausa.)* ¡Jorge! Te measte la pierna. ¿Vos no tendrás pulgas, no? Tenés mucho olor, olor a chancho.

JORGE. —Te pedí el baño y no me dejaste usar la ducha.

ELVA. —Te voy a bañar con esta manguera, como a un perro, sacate la ropa.

JORGE. —¿Y tus papás?

ELVA. —No usan el patio. Desnudate, completo y ladrá.

JORGE. —¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

ELVA. —Te quiero tocar.

JORGE. —¡Guau!

ELVA. —¿Te gusta? Tengo que limpiarte abajo, aquí, agüita, aquí.

JORGE. —¡Guau! ¡guau!

ELVA. —¡Ay! Como mueve la cola, Jorge va y viene desnudo por el patio, busca huesitos... ¡Ahí, no! Ahí, solo cuando yo quiero. *(Pausa.)* Listo. Se acabó la ducha del perro. Por un ratito te dejo contar las estrellas, mis estrellas.

Jorge oscila entre lo nefasto y lo tierno, es ambiguo, cuando pongo a prueba su espiritualidad, es ambiguo. Él no está preparado para lo que vendrá.

ELÍAS. —Sheila se siente descompensada y enojada. Estás cambiando los cuadros, y desorganizando sus planes, desde que llegaron no puede dormir, ni meditar y así no puede trabajar. Las visitas de esta semana serán suspendidas, no puede ver a nadie. Tus escapes intuitivos le dan miedo ¿Sentís algo nuevo en tu cuerpo? ¿Vos sentís algo Elva? Mirá el cuadro.

ELVA. —La cabra.

ELÍAS. —Esta semana le tocaba a la cabra. Animal sacrificatorio, ofrenda por el pecado u ofrenda por la culpa.

ELVA. —Cada vez que llega la semana de la cabra me voy, no me gusta hacer sacrificios, ni sentir culpa.

ELÍAS. —Vos no tenés disciplina, Elva, y así no llega la sanación. Si vos y otra gente como vos siguen el camino equivocado, difícil será completar los sacrificios y así no volverá el agua.

ELVA. —Armo mis cosas y esta noche me voy.

ELÍAS. —¡Pecadora! ¡Pecadora!

ELVA. —Es la semana de la cabra y cuando llega me voy.

JORGE. —¿Ya lo hiciste otras veces?

ELVA. —Sí, esta será la tercera. ¿Me besás?

JORGE. —¿Y yo? Puedo irme con vos.

ELVA. —No, vos estás preparado para sentir y disfrutar de la culpa. ¿Sos católico?

JORGE. —Cuando era chico iba a la iglesia, pero ahora no voy más.

ELVA. —¿Sabés rezar?

JORGE. —Sí.

ELVA. —Aunque no vayas los domingos, si sabes rezar, seguís escuchando la voz de ese padre todo poderoso creador de algún cielo y de otra tierra.

JORGE. —¿De verdad? ¿Vos también crees que él creó el cielo y la tierra?

ELVA. —No, Jorge, no. Estoy segura que te va a gustar esta semana, del pecado y la culpa creada. ¿Me besás?

JORGE. —¿Vos me amás?

ELVA. —Sí.

JORGE. —Me voy con vos. ¡Guau, guau!

ELVA. —Ahora sos perro, sos Piquillín, y hasta que no llegues al final de esta semana no te podés ir, y yo no puedo quedarme si la semana de la cabra está iniciada. Me mirás raro.

JORGE. —Estoy embelesado. Y tengo las piernas acalambradas de estar en cuatro patas. Acariciame, y sacame los bichos de la herida.

ELVA. —¿Querés que te la corte? No importa lo que diga Sheila, si no te gustan los bichos, te corto la pierna y los bichos se van.

JORGE. —Sí importa, hago lo que ella ordena, cuando esté preparado va a curarse mi tobillo, el problema soy yo; y estos bichos se van ir cuando deje de ser Piquillín, él es un cochino que se revuelca en la basura.

ELVA. — Voy a despedirme de Sheila y me voy.

JORGE. —¿Me dejás?

ELVA. —Pasa la cabra y vuelvo.

Me como tus bichos para que me creas.

JORGE. —Siempre te creo.

ELÍAS. —Vamos a adelantar la semana de la cabra.

JORGE. —¿Y Piquillín?

ELÍAS. —Podés soltarlo. Y nuestro sacrificio será que Elva permanezca y haga el esfuerzo de transitar la semana de la cabra, soportando sus culpas. Es muy peligroso abandonar esta semana ¿Vos te querés ir?

JORGE. —Creo que no. Como usted diga, Elías. ¿Qué dice Sheila?

ELÍAS. —Que no pueden irse hasta no sanar tu pierna. Y si Elva se va, interrumpe el tratamiento y vos perderías tu pierna.

JORGE. —Ya lo entendí. Voy a permanecer en la semana de la cabra; esa será mi meta.

ELÍAS. —Y no dejar que Elva se vaya. Mirá el cuadro.

JORGE. —Es una cabra negra. Oscura. Un mal presagio.

ELÍAS. —Si uno sigue los pasos, no hay presagio que nos arrebate. Tenemos que controlar los escapes intuitivos de Elva.

JORGE. —Creo que entiendo. No quiero que Elva se vaya. Puedo hacer cualquier cosa para que se quede.

ELÍAS. —No hay que planear, la información llega indicando el camino, hay que tener los canales perceptivos abiertos. La cabra de esta semana arrebatará las impurezas, y se instala para desterrar los oscuros estados de conciencia. ¿Escuchás?

JORGE. —La voz de la señora Keka.

ELÍAS. —Sheila quiere verte. Vamos al consultorio.

Consultorio 9.

JORGE. —¡Elva! Te ataste a la pierna de la tortuga.

ELVA. —¡A Sheila! Me ataron. Desatame, Jorge.

JORGE. —Sí, sí, claro.

KEKA. —No te acerques tanto.

JORGE. —No me da miedo.

KEKA. —Vos a ella sí.

ELÍAS. —No la toques, la estás tocando con el pie, mira cómo se puso.

ELVA. —Jorge, en cuatro patas no me podés ayudar, soltá a Piquillín.

JORGE. —Me dijiste que no podía hacer eso. ¡Guau! ¡Guau!

ELVA. —No ladres, por favor, no ladres.

JORGE. —¡Guau! estoy nervioso ¡Guau! ¡Guau!

KEKA. —¡Basta! Jorge, Sheila te está hablando.

JORGE. —¡Guau! ¿Qué dice? ¡Guau!

ELVA. —Dice que tenés que desatarme de esta silla y liberar mis piernas, ¡Jorge!

KEKA. —Pecadora y mentirosa, dice que es la semana de la cabra y está implorando una ofrenda a la tierra. Somos prisioneros y ofrecemos alimento. Estamos perdidos y esperamos señales, la tierra nos habla a través de Sheila.

JORGE. —Ofrezco mis animales, chanchos, vacas, perros, los pongo a disposición de Sheila, a cambio de liberar a Elva.

ELVA. —No consultés. ¡Vení! Quitáme las sogas.

KEKA. —Cuidado con Elva. Todas las contaminaciones cargan sobre su cuerpo, lleva su mal y el mal de muchos.

ELÍAS. — Los cuerpos de animales ya fueron ofrendados y recibidos por la tierra, no alcanzó. Ahora los cuerpos humanos cargan las turbias y oscuras impurezas, necesitamos la sanación, para que vuelvan las lluvias ¿entendés, Jorge?

JORGE. —Creo que entiendo, bueno, quiero entender.

KEKA. — Este es lo que tendrás que entender. Mirá el cuadro.

JORGE. —Es Sheila acuchillando a Elva. Tiene su corazón en la mano.

ELÍAS. —Muy bien, Jorge, la del cuadro es una mujer, pero no es Elva.

KEKA. —A través tuyo recibimos la señal.

ELÍAS. —Sacrificaremos el cuerpo de Elva.

KEKA. —Hoy se unirá al círculo de los decapitados, incinerados, ahogados y desmembrados.

ELVA. — La señal es clara y no soy yo.

JORGE. —¡Guau! ¡Guau!

ELÍAS. —Basta de ladrar, agarrá fuerte y sin arrepentimiento.

JORGE. — Un cuchillo.

ELÍAS. —Ahora no tiene lengua, su voz ya no existe. Tenés que ser valiente, Jorge, carneala como a un animal de tu campo.

KEKA. —La llevaremos al patio.

JORGE. —Es hermosa.

ELÍAS. —Por eso la necesitamos.

JORGE. —Está desnuda y su cuerpo no pesa nada.

KEKA. —Cuando los cuerpos limpian sus culpas, se vuelven livianos y son capaces de flotar.

JORGE. —Hicieron un pozo.

ELÍAS. —Es parte.

KEKA. —Para despedir y encomendar a Elva.

JORGE. —No puedo.

ELÍAS. —Ya pudiste y está muerta en tus manos. Quedate tranquilo no te va a pasar nada.

JORGE. —Yo no la maté, solo la cargué y sostuve en mis manos.

ELÍAS. —Sentiste una fuerza que no habías tenido antes, con esa fuerza la agarraste del cuello hasta dejarla sin aire.

JORGE. —Ahora es una mezcla de piel y carne.

ELÍAS. —La entrega.

KEKA. —El sacrificio de la muerte llega dulce.

El hacer sagrado solo necesita de cuerpos y un motivo.

Bailá, Jorge, en círculo, alrededor de Elva.

Sheila nos dice que la sangre de Elva es la ofrenda para la tierra.

ELÍAS. —Tal vez un día el agua se vaya

Tal vez un día se canse de nosotros

Tal vez un día no nos elija más

Tal vez un día no nos alcancen los sacrificios

Tal vez ese día nos extingamos y tal vez ese mismo día el agua quiera volver.

Tal vez un día seamos todos seres muertos.

JORGE. —Pusieron un cuadro mío.

ELÍAS. —Es tu hermano mellizo que murió.

FIN

MAURO SANTAMARÍA

FLOR DE MANDARINA
(UN SAINETE CORRENTINO)

EL SILENCIO DE LAS MARIPOSAS

CORRIENTES

Mauro Santamaría nació en Mercedes, Corrientes. Es actor, director de teatro, dramaturgo, guionista, artista plástico y gestor cultural. Es Lic. en Artes Escénicas, por la Universidad Nacional del Nordeste. Estudió teatro con Carlos Gandolfo; Augusto Fernándes y Ricardo Bartis, entre otros. Participó en los talleres de la EITALC. (Cuba). Realizó seminarios con Eugenio Barba y con el guionista y director de cine Jean Claude Carriere. Fundó el Profesorado de Teatro a nivel terciario en la provincia de Corrientes. Obtuvo premios de dramaturgia del Fondo Nacional de las Artes, Fundación Antorchas, Argentores. De guion, del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales. Obtuvo Becas del Instituto Nacional del Teatro y premios del Instituto de Cultura, en su provincia.

FLOR DE MANDARINA
(UN SAINETE CORRENTINO)

PERSONAJES

CHINOCA
ESTAFETA
FLOR DE MANDARINA
DON FROILÁN
DOÑA FROILANA
COMISARIO

TENTENPIÉ

Entra por la platea Ña chinoca con un canasto de mimbre deshilachado y con ramitos de yuyos en su interior. Fuma tabaco y un pañuelo y sombrero de paja de ala alcha apenas deja entreever su rostro. Acordes chamameceros se dejan escuchar como en la lejania.

CHINOCA. —*(Ofreciendo sus productos.)* Espina de palo borracho, buche de ñandú, barba de choclo y vira vira. *(A un espectador.)* Tome buen hombre, este amuleto, son plumitas de caburé, le estoy viendo ko[1] medio tristón tu rostro, tal vez un amor que se fue te tiene a maltraer y no hace otra cosa más que pensar y pensar en esa prenda divina, y lo peor de todo es que pensá que ella es la única mujer que te va a hacer feliz, pensá que ella es irremplazable y como ella no hay ninguna. Este amuleto te va a ayudá mi hijo. Y ya que estoy regalona te digo que si la amás de verdad a esa cuña,[2] dejale nomá que se vaya, que si ella

vuelve, es porque es tuya. Y si no vuelve che rahi,[3] es porque esa cuñataí[4] nunca fue tuya. *(Al público.)* Yantén, para el garguero, Cedrón para el corazón, cola de caballo y paico, culandrillo, hoja de naranja agria. *(A una espectadora.)* A vo ko no te estoy viendo bien che[5] ama. El color de tu ojo me dice lo que te pasa. Andá desconfiando de tu marido aye?,[6] y no te animá a indagá más allá de las suposiciones porque tené miedo de que te abandone, ¿aye? Este yuyito te va a saná. Ojos de gato se llama, echale por arriba de la sábana donde él duerme, sin que el cristiano se dé en cuenta. Este yuyito es poderoso, porque durante la noche larga una sustancia que se introduce en la mente de tu marido y le va hacé reflexioná sobre el valor que tiene su mujer que tantos años le sorportó los pedos, los ronquidos y los eructos y se dará cuenta que la única que conoce todas las mañas es su querida compañera ¿sabe por qué che ama? porque juntos ko fueron fabricando esas mañas. Y al amanecer el hombre se va a dar cuenta que la chirusita que te anda sacando a tu macho, solo le va a calentar la cama por unos momentos, tal vez a cambio de algunas monedas, pero solo vo, la compañera de siempre, so la única que le podé calentá el alma a tu hombre. Y vo y yo, che ama, y mis arrugas y tus arrugas, sabemo muy bien que el alma ko es má importante que cualquier cama calentona. *(Al público.)* Hoja de pata de buey, yerba del pollo, toronjil, marcelita, cáscara de palo santo. *(A otro espectador)* Vo ko andá necesitando de este remedio infalible para tu mal, chamigo. Tomá, este se llama azúcar del campo,[7] hacete un tesito. A vo ko te hicieron un payé,[8] debido a la envidia que te tiene la gente. Porque la gente es mala che mebui,[9] egoísta, no puede ve que le vaya bien al vecino que ya tiene que rezongá. Vo tenes que

tené fe en vos mismo y nadie más che ragi, porque el único ko que te va a sacá del pozo so vó mismo y nadie má. Poderoso ko es este azúcar del campo, tomate un tecito todas las noches, porque cuando uno anda en la mala, nadie ko se te va a acercá, solo le tené a tu ser y a nadie más. Y para despedirme te regalo un consejito que te pido nunca te vaya a olvidá. El mejor amigo que podé tené en tu vida, chamigo, es plata en el bolsillo. Hasta mañana si Dio quiere y que toditos amanezcan bien. *(Desaparece mientras continúa ofreciendo sus productos.)* ...hortiga, uña de quiriquincho, manzanilla, tilo, zarza parrilla, raíces de tu-ti-a, menta, yerba buena...

Apagón.

POSTE RESTANTE

Nos encontramos a principios del 1900. Están en el rancho don Froilán, doña Froilana que tiene joroba, y la nieta Flor de Mandarina, que tiene unos pechos exageradamente grandes. Se escuchan golpes a la puerta, luego un grito.

ESTAFETA. —*(Desde afuera.)* ¡Estafeta! ¡Estafeta!

FLOR DE MANDARINA. —¡Ya vaaaa! *(Muy expectante va a atender la puerta.)* Pase, Estafeta.¿Hay algo para mí?

ESTAFETA. —*(Entrando con confianza a la casa mientras mira enamorado a Flor de Mandarina)* Para usted, Flor de Mandarina, una carta, y viene con yapa.

FLOR DE MANDARINA. —¿Con yapa? *(Responde con una mirada cómplice.)*

El Estafeta le acerca a la nariz la carta. Flor de Mandarina huele y expresa en su rostro felicidad.

ESTAFETA. —*(Se dirige a Froilán sin dejar de mirar a Flor de Mandarina.)* Buenas tardes, don Froilán, acá le traigo una invitación.

DON FROILÁN. —Invitación, invitación, a mí me deja de jorobá con invitación, ya estoy muy viejo pa sé invitado.

ESTAFETA. —Es porque la gente le quiere bien don Froilán.

DON FROILÁN. —Eso era cuando era jefe de estación, desde que me jubilé, ya naide se recuerda de mí, para qué, si ya no le sirvo a nadie. Mientras só útil para la gente, adulaciones manté[10] recibí, te jubilaste y te convertiste en una sartén cué[11] tirada en el fondo de la casa todita herrumbrada.

ESTAFETA. —Pero la que le traigo ahorita es una invitación muy importante don Froilán. Es para ir a un lugar done usted se va a divertir mucho, creo que se merece, ¿no?

DON FROILÁN. —No estoy para eso trote m' hijo. Llévese lo que se trajo.

DOÑA FROILANA. —¡Perá, perá viejo! no sea apurado que así las cosas no salen nunca bien. Primero miremo de que se trata la invitación en cuestión, y despué le damo la respuesta al pobre cherapichá aigue[12] que vino desde el pueblo trayendo la carta con este frio que hace. Empresteme estafeta la misiva. *(El estafeta le hace entrega de la carta, Froilana abre con paciencia, luego lee para sí, y se larga una carcajada.)* ¡Peina![13] Tenía razón el estafeta, Froilán, tenía razón.

DON FROILÁN. —¿De qué pa se trata la invitación kuera[14] que tanta polvareda están levantando?

DOÑA FROILANA. —*(Intenta leer, pero no lo logra entonces le pasa al estafeta para que lo haga.)* Lea usté hijo que tiene lo ojo más nuevo.

ESTAFETA. —*(Lee la carta.)* El intendente de la capital de la ciudad de Corrientes tiene el honor de invitar al respetadísimo vecino de Parada el Pollo: Don Froilán lomonaco, a la función del circo que visita la ciudad.

DOÑA FROILANA. —Quésu María, mirá Froilancito como todavía se recuerdan de tu persona, eh, la circo y todo katú[15] te invitan.

DON FROILÁN. —Qué circo ni qué ocho cuarto, yo nunca juí a un circo, ¡qué pa[16] e eso!

DOÑA FROILANA. —Pero que pa lo que está diciendo, no tenes vergüenza delante del gente decir que no sabes que es el circo. *(Al estafeta.)* Hay días que amanece taurongo ite,[17] y hoy es uno de esos días.

ESTAFETA. —Es una oportunidad única don Froilán, mire que acá en Paraje el Pollo nunca jamás va a venir un circo, que diera yo para ver un circo, es mi mayor sueño.

DON FROILÁN. —Ahí tené la oportunidá, andá con esa tu invitación al circo, y vas a cumplí tu sueño.

ESTAFETA. —Ojala pudiera, pero esta invitación es exclusiva para el destinatario, o algún familiar, aunque me gustaría ser un familiar suy... *(Cambiando.)* Pero puede usar otra persona.

DON FROILÁN. —Como quiera que sea no voy a ir a ningún circo.

DOÑA FROILANA. —Yo si voy a aceptar la invitación. Nunca vi un circo en mi vida y siempre soñé con ser bailarina.

DON FROILÁN. —¡A la vejé viruela, Bailarina endaé.[18] ¡Usté no se va a ir nada. ¡En esta casa mando yo! Bailarina endaé.

En ese momento golpean la puerta.

DOÑA FROILANA. —Flor de Mandarina, andá atendé.

Flor de Mandarina va corriendo hacia la puerta.

FLOR DE MANDARINA. —Ya vaaaa. *(Abre la puerta e ingresa La curandera, Ña Chinoca, que tiene joroba.)* ¿Cómo le va ña Chinoca?
CHINOCA. —Me llamaron porque hay un arruinado en esta casa y yo vengo a asistíle. ¿Quién pa es?
FLOR DE MANDARINA. —Pase Ña Chinoca, pase.
DOÑA FROILANA. —Ña Chinoca, le estabamo esperando, esperecé un ratito que el estafeta se va y ya le atiende al Froilán. *(Hace señas al estafeta como para que se vaya.)*
ESTAFETA. —*(Algo nervioso.)* Bueno, don Froilán, me voy retirando, ya eh cumplido con mi trabajo, así que si no hay anís, me voy pa las casas.
DOÑA FROILANA. —Disculpe pue Estafeta, disculpe con eso del circo me olvidé ité[19] del licorcito. *(A Flor de Mandarina.)* Andá pue che hija a servile el anís al estafeta.

El estafeta se distancia de Froilán yendo hacia un rincón mientras la curandera se aproxima a Froilán y Flor de Mandarina le sirve anís al estafeta en un rincón, ambos, estafeta y Flor de Mandarina están muy enamorados.

DON FROILÁN. —¿Que pa se cuenta Chinoca?
CHINOCA. —*(Ofreciendo sus productos.)* Espina de palo borracho, buche de ñandú, barba de choclo y vira vira. Tomá Froilancito

este amuleto, son plumitas de caburé,[20] te estoy viendo ko medio tristón tu rostro, tal vez un amor que se fue te tiene a maltraer y no hace otra cosa más que pensar y pensar en esa prenda divina, y lo peor de todo es que pensá que ella es la única mujer que te va a ser feliz, pensá que ella es irremplazable y como ella no hay ninguna.

DOÑA FROILANA. —¡Qué pa lo que decí bruja malandruna! Para mi marido, yo soy la única mujer. ¿Ayé Froilán?

DON FROILÁN. —Pero si pue Ña Chinoca, vo niko[21] te está confundiendo de enfermo, yo niko soy el que tiene juego de san Antonio, no mal de amore, ojala catú tuviera otra guai...[22]

DOÑA FROILANA. —¡Otra queeee!

DON FROILÁN. —*(Corrigiéndose.)* Otra enfermedá que sufra meno quise decí.

CHINOCA. —Ah ya me ricuerdo, es que tengo mucho de má arruinado por todo el pago, capá ko que sea el fresquete. Aunque en el aire ko yo...

DOÑA FROILANA. —¿Qué pasa en el aire ña Chinoca?

CHINOCA. —En el aire de esta casa alguien está muy arruinado de mal de amores!

DOÑA FROILANA. —¡Pero vo si que está herrada de má bruja asquerosa! En esta casa solo vivimo Froilancito, yo y mi nietita Flor de Mandarina.. Asi que dejá de perdé el tiempo y metele a las curaciones.

CHINOCA. —En embrujos de amor nunca me equivoco, pero vamo a curarte Froilán de tu juego de san Antonio que todavía le falta mucho para rodearte todo tu panza. *(Chinoca comienza a hacer unos conjuros y ceremonia ancestral con movimientos extraños de cuerpo y canticos.)* No puedo che gente, no puedo, acá, en esta

casa, las fuerza del amor es más fuerte que toditos los diaulos junto. Aquí hay otra persona que sufre y que no es Froilán. En esta casa el diaulo está queriendo troza todito un gran amor.

DOÑA FROILANA. —¡Pero mira que estas tauronga bruja mugrienta! Cuanta vece te tengo que decí que acá no hay nadie más que... *(Mira al estafeta.)* ah no ser que el cristiano padezca lo que vo deci Chinoca *(Señala al estafeta.)*

CHINOCA. —*(Dirigiendo sus energías hacia el estafeta mientras lo rodea danzando y entonando canticos inentendibles, luego como si se encontrara en trance frente al estafeta, se detiene.)* ¡Aquí esta! ¡Aquí esta! ¡Aquí está!

DOÑA FROILANA. —¿Pero quién pa es el que está ahí?

CHINOCA. —En este cristiano está el diaulo que quiere degollá el amor entre dos persona que se aman locamente.

DON FROILÁN. —¡Entones que esperá Chinoca para sacar a ese añá membuí[23] de adentro de ese pobre cherapichá aigué!

ESTAFETA. —No Ña Chinoca, yo solo tuve jue la lumbrí solitaria.[24]

CHINOCA. —*(Haciendo oído sordo a estafeta, comienza a bailar y cantar ceremoniosamente alrededor de estafeta, arroja sobre él, semillas pequeñas que saca a cada rato de su bolsillo.)* ¡¡¡Juera... Juera añá membuí nderoba k a,[25] talon yecá[26] culo ne.[27] Juera hijounagransiete de este pobre y santo cristiano preso de la pasión más noble y cruel que puede sufrí un ser humano acá en la tierra, carajo!!!

Froilán; Froilana y Flor de Mandarina observan la sanación con sorpresa.

DON FROILÁN. —Metele guacha al diaulo, ña Chinoca, metele guacha a ese disgraciado mal impuesto.

El estafeta experimenta temblores en su interior y hace movimientos extraños como si se estuviera exorcizando. Chinoca le pasa con una rama por todo el cuerpo.

CHINOCA. —*(Pegando con la rama por todo el cuerpo del estafeta primero lentamente luego con violencia.)* ¡Juera Guacho! ¡Juera acapelón mboipe tatá![28] ¡Juera hijonangranputa!

El estafeta parece explotar mientras lucha con el diablo en su interior, como si el diablo no quiere salir y el estafeta trata de quitarse de encima. Luego se tranquiliza y termina en el suelo mientras Chinoca le acaricia suavemente.

ESTAFETA. —*(Incorporándose lentamente del suelo.)* Don Froilán, doña Froilana, hace mucho tiempo que yo llevo un gran secreto que es hora de que se sepa. Yo amo a una guaina con toda la fuerza del mundo, amo hasta dar la vida por ella. Me levanto a la mañana, y mientras tomo mi cocido negro la veo a ella en el jarro como si se me apareciera de adentro y me quiere dan un beso y yo sin querer revuelvo con la cuchara el cocido y ella desaparece, cuando voy al correo enseguida se me aparece su presencia, parece niko que camina a mi lado. Y mi sombra y su sombra que dibuja el sol a nosotros alrededor, parece niko que se juntan en un abrazo, parece niko que las dos sombras se abrazan muy fuerte formando una sola sombra. Todo eso quiere deci que la sombra de esas dos almas se aman para toda la vida. Y cuando preparo las carta para salí a repartí, parecen que toditas esas cartas tienen el perfume de ella, y todas su nombre en el remitente y todas en el destinatario está escrito con olor a perfume, mi nombre.

Todos emocionados hasta las lágrimas.

DOÑA FROILANA. —*(Muy emocionada.)* No siga che hijo, como me gustaría que un hombre me diga esas cosas alguna vez en mi vida.

DON FROILÁN. —La verdá estafeta, la verdá que esas son las palabra justa del amor. Te felicito chemembui, es increíble que todavía en este mil noveciento los hombre amen así a una mujer.

CHINOCA. —La bendición che hijo. *(Bendice al estafeta.)*

DON FROILÁN. —Y se puede sabe el nombre de la feliz agraciada.

ESTAFETA.—Nadie más oportunos que ustedes, doña Froilana, don Froilán para que sepan quién es la destinataria de todo el mucho amor que tengo para darle.

DOÑA FROILANA. —Adelante muchacho, diga nomas.

ESTAFETA. —Ella es nada más ni nada menos que... Flor de Mandarina.

Flor de Mandarina suspira mientras Froilán se llena de ira y lo expresa en su rostro.

DON FROILÁN. —*(Lentamente se aproxima a un lugar y busca algo que no vemos a primera vista, luego se aproxima cautelosamente a estafeta.)* Así que es así muchacho, que bien, lo felicito. *(De pronto cambia bruscamente de actitud y se enfurece mientras saca un rebenque y se dispone a pegar a estafeta, este corre por todo el rancho seguido por Froilán.)* ¡Desaparezca de mi vista manga de zampabolla, mequetrefe, bolastraca; qué se cree usted para faltarno el respeto a nosotros que somo viejo, mi nieta no se

merece su persona. ¡Qué le puede ofrecé usted más que hambre, pena y penuria manté. Usté no tiene donde caerse muerto, no lo quiero ve más nunca en mi vida... *(Estafeta desaparece de escena Flor de Mandarina intenta retenerlo pero Froilán no le permite, entonces Flor de Mandarina queda compungida.)*

CHINOCA. —*(Para sí.)* Dio inventó el amor entre la gente para que nos duela, carajo.

DON FROILÁN. —*(A Flor de Mandarina.)* Usté, vaya pa adentro las casas, querendona; mal peinada, mujer ligera, mercachifle. alcornoque. Vaya pa las casas. *(Cambiando.)* Aquí no pasó nada. Y vo ña Chinoca, ¿terminaste pa con tu curación?

CHINOCA. —*(Como queriendo desentenderse de todo y huir de a casa.)* Todito terminado che Froilancito, mañanita curadito ité te va a levanta de tu camita, como una lechuguita.

DON FROILÁN. —¿Gueno, entoncé que esperá pa entrá a irte?

CHINOCA. —¿Y a usté ta que le parece Froilancito que hace un profesional cuando termina de prestá su servicio?

DON FROILÁN. —¿Ah, cierto, y que lo que pretendé hoy?

CHINOCA. —A voluntá nomá che Froilancito, a voluntá. Unos huevitos no me vendría mal, algún quesito de cabra también, butifarra kuera, y si te queda un poco de grasa de chancho para mi fritura, me va a vení bien también...

DON FROILÁN. —Froilana, andá a ve qué hay en la fiambrera. *(Froilana y Chinoca se dirigen para el interior, Froilán queda solo en escena mientras golpean la puerta.)* Andá a abrir la puerta Flor de Manda... *(Se interrumpe y luego para sí.)* Ah, cierto que está en penitencia. ¡Voy yo, yo voy! *(Abre la puerta e ingresa el comisario del pueblo.)* Adelante, che cumisario, adelante, es usté bienvenido a esta humilde casa, adelante che caraí.

COMISARIO. —*(Ingresa a la casa como husmeando a su alrededor.)* Muy buena tarde don Froilán, me alegra mucho poder verlo bien. *(Mirando a todos lados como buscando a alguien.)* Está solo don Froilán, y la guai... Y su familia pa dónde está.

DON FROILÁN. —Y andan haciendo sus quehacere pue. Y yo ando arruinado con mi juego de san Antonio que me tiene a mal traer.

COMISARIO. —Tiene que ir al médico don Froilán.

DON FROILÁN. —No, si La Chinoca nomá me atiende pue.

COMISARIO. —Pero ya estamos en el siglo XX don Froilán, déjese de brujas y payeceras,[29] *(Chinoca y Froilana entran a escena a espaldas del comisario, Froilán intenta hacerle señas al comisario de que se calle, pero el comisario continúa)* para eso la cencia está avanzando, déjese de jorobar con esos cuentos de curanderas.

CHINOCA. —¡Ah sí que cuentos de curandera, eh! Usté es el meno indicao para haulá de curandera, porque está faltando el rispeto a su abuela que fue mi maestra y quien me trasmitió el don, y su nieto viene a escupí sobre la tumba de su bien amada abuela doña Ecumenedes Biagorria de Prieto. ¡¡¡Friéguese con Espadol su boca carachenta y rece cien padre nuestro para limpiá su culpa hijounagranputa!!!

DON FROILÁN. —Ña Chinoca, el cumisario no quiso ofendé a su....

CHINOCA. —No voy a escuchá ni una palabra má de este mal agradecido cristiano que no rispeta a su antepasado muerto, no sé cómo pa llegó a ser un servidor público endaé, bueno hoy en día también cualquiera es autoridá. Me retiro sin permiso de nadie. Hasta la vista y si te he visto, no me recuerdo caraí chupe.[30] *(Chinoca desaparece de escena.)*

DON FROILÁN. —Sepa disculpá, che cumisario. Ya es una señora mayor, por no decí una vieja cherapichá aigué.

DOÑA FROILANA. —Señor cumisario, tenga usté buena tarde, y deje pasá el mal trago.

DON FROILÁN. —A propósito de trago, serví pue Froilana un anís a tan honrosa visita. *(Froilana rápidamente va en busca de un anis.)* ¿Qué pa lo que anda requiriendo che cumisario?

COMISARIO. —Para hacerla corta y ya que usté me facilita la cosa don Froilán, vengo a hacerle un pedido muy especial, estimado amigo. *(Froilana vuelve con una copita de anis y sirve al comisario.)* Muchas gracias, ña Froilana, usted también quiero que escuche la propuesta que le quiero hace.

DON FROILÁN. —Todo pedido que provenga de usté comisario, para Froilana y yo, es una orden.

COMISARIO. —Mejor así, mejor así. Yo siempre eh admirado la fuerza de voluntá que han tenido ustedes cuando su amada hija por culpa de una enfermedá incurable pasó a mejor vida, dejando a una pobre y desprotegida criatura entonces a su cargo, ahora en cambio se convirtió en una bella mujer hecha y derecha.

DON FROILÁN. —Muchas gracia, che cumisario, por concideră nuestro triste acontecer y valorá sobremanera a nuestro tesoro más querido que es nuestra Flor de Mandarina.

COMISARIO. —Esa niña, convertida hoy en una mujer, gracia a su amor y mucha leche fresca, mandioca hervida y chipá cuerito[31] que ustede le han supido brindá, merece tené un buen matrimonio, como el señor Dio manda a sus amados hijos acá en la tierra.

DOÑA FROILANA. —*(Muy emocionada y para sí.)* Ya me lo veo venir...

COMISARIO. —Les pido muy amablemente la mano de su querida nieta. A quien le ofrezco todo el amor que un hombre

enamorado puede ofrecer, hasta que la muerte nos separe. *(Froilán y Froilana llorando abrazan al comisario, este responde al abrazo.)*

DON FROILÁN. —Ya mismo le traigo a su futura esposa, che cumisario. *(El comisario se emperifolla.)* ¡Flor de Mandarina venga para acá lo antes posible! *(Flor de Mandarina ingresa cautelosamente hacia ellos, el comisario la observa apasionado.)* Salude usté a su futuro marido, hombre de bien que le respetará y le amará el resto de su vida. Flor de Mandarina, la felicidá llegó a su vida, abrile, che hija, la puerta.

FLOR DE MANDARINA. —*(Desconcertada y muy triste a la vez.)* Mi..mi.. no...no... pero de qué están hablan...

DON FROILÁN. —Dele la mano, che hija, es lo que el señor cumisario vino a pedí. *(Froilán le toma la mano de prepo a Flor de Mandarina y le pasa al comisario quien toma la mano de esta.)* Que sean muy felice. *(Froilana llora amargamente.)*

COMISARIO. —Y como regalo de bodas, quiero invitarles a todos al circo en la ciudad de Corrientes, el sábado vamos todos en tren. *(Flor de Mandarina comienza a llorar amargamente.)*

DON FROILÁN. —Al circo, qué bueno, che cumisario, cómo me gusta el circo, siempre quise ir al circo y acá en paraje el Pollo nunca vendrá uno. *(Froilana mira desconcertada al Froilán y luego al público como no entendiendo nada.)*

FLOR DE MANDARINA. —*(Grita con toda la voz.)* ¡¡¡ Yo no quiero marido... yo no quiero circo.... Yo no quiero...!!!

Apagón.

EL VIAJE

Con música acorde ingresan al vagón de tren Froilán, Froilana, Flor de Mandarina; Comisario y Chinoca. Se acomodan en los asientos, el comisario va al lado de Flor de Mandarina que tiene en su cabeza una especie de tul de novia. El comisario está muy contento y Chinoca lleva avío en su canasto.

CHINOCA. —*(Acomodando su canasto.)* Lo mejor es ir preparada por si la moscas. A ver, a ver, llevo butifarra, chicharrón cuí, queso de chancho, morcilla, empanada de carpincho; pastelito hojaldre, miel de caña, naranjas, y mi buen vinito tinto añamembuí.

DON FROILÁN. —Estoy queriendo recordá cuanto año hace que no viajo en tren, y no me ricuerdo.

DOÑA FROILANA. —Y fue cuando nos acollaramos,[32] ¡te recordá? 47 año. ¡Qué te vas a recordá vo!

DON FROILÁN. —Eramo tan felice hace cincuenta años atrá.

DOÑA FROILANA. —Pero si hace cincuenta año atrá no nos conocíamo nosotro.

DON FROILÁN. —Por eso mismo te digo.

DOÑA FROILANA. —Más viejo y más zampabolla estás vo.

En esos momentos el tren comienza a apresurar su marcha.

COMISARIO. —¡Qué ta le pasa al tren, si nunca va a esta velocidá!

Cada vez el tren apura más su marcha, los pasajeros se prenden como pueden, el tres más rápido va, nadie entiende nada, Froilán abraza a Froilana, El comisario abraza a Flor de Mandarina. El comisario expresa

felicidad al abrazar a Flor de Mandarina, esta en cambio trata de rechazarlo todo lo que puede. Chinoca se prende de donde puede, y se sienta sobre Froilán, quien la separa alejándose de ella. Froilana también la separa a Chinoca de su marido.

DON FROILÁN. —Qué tiko[33] le está pasando ña Chinoca que me quiere abrazá todito mal.
DOÑA FROILANA. —Quésu maría virgencita de Itatí y todo el santerio junto, cuidano en este viaje que si no, nunca voy a conocé el circo virgencita.

De pronto, el tren pega una frenada abrupta y todos los pasajeros se chocan entre sí cayéndose al suelo donde se revuelcan todos juntos. El comisario intenta levantar a Froilana y a Chinoca quien se abraza fuerte por el comisario y no lo suelta.

CHINOCA. —Sálveme cumisario que todavía no eh empezado a viví. No quiero morí comisario, sálveme, usté es muy bueno y buen mozo, sálveme.
COMISARIO. —Pero ya está el tren parado ña Chinoca, suélteme che ama.

Todos se incorporan del suelo como pueden mientras se van acomodando en sus lugares. El comisario ayuda a todos a que vuelvan a sus asientos.

COMISARIO. —Solo se disparó la máquina, ahora todos tranquilo que hasta Corrientes no paramo.

DOÑA FROILANA. —*(A Froilán.)* Hace más de treinta año ko que no me abrazá, me gustó ko tu abrazo, de vez en cuando es necesario un abrazo Froilancito.

COMISARIO. —*(A Flor de Mandarina.)* ¿Está bien mi reina?

FLOR DE MANDARINA. —No soy su reina, y no quiero que me llame más así, le pido por favor.

COMISARIO. —Pero, ¿por qué ta tanta barrera entre nosotro?

CHINOCA. —*(Se aproxima a el comisario y Flor de Mandarina.)* Vo ko andá necesitando de este remedio infalible para tu mal, chamigo. Tomá, este se llama azúcar del campo, hacete un tesito. A vo co te hicieron un payé, debido a la envidia que te tiene la gente. Porque la gente es mala che mebui, egoísta, no puede ve que le vaya bien al vecino que ya tiene que rezongá. Vo tenes que tené fe en vos mismo y nadie más che rag, porque el único que te va a sacá del pozo so vó mismo y nadie má. Poderoso ko es este azúcar del campo, tomate un tecito todas las noches, porque cuando uno anda en la mala, nadie ko se te va a acercá, solo le tené a tu ser y a nadie má. Te regalo un consejito que te pido nunca te vaya a olvida. El mejor amigo que podé tené en tu vida, chamigo, es plata en el bolsillo.

COMISARIO. —Pero Ña Chinoca, usté niko se está equivocando, estoy má feliz que nuca en esto momento, con mi prometida a mi lado, prontito nos vamo a casá que má ta puedo pedí en la vida.

CHINOCA. —Nunca se sabe m'hijo. La felicidá ko mucha vece te engaña, juega angaú a la escondida con los cristiano, la felicidá parece que está pero no suele está.

COMISARIO. —Gracia, Ña Chinoca, le agradezco su consejo, pero estoy muy felí en esto momento.

DON FROILÁN. —Que buen partido que es el comisario para Flor de Mandarina, por lo meno no va a corré la coneja, porque lo policía ko tiene obra social, crédito para su ranchito, de ve en cuando por ahí le regalan provista: que zapallo, que una oveja, que lechón, que huevo, hasta vaca enterita ko le suelen regalá a los hombre de la ley, porque ellos nos cuidan a lo ciudadano, ayé Froilana.

DOÑA FROILANA. —Si vo lo decí, así ha de sé.

DON FROILÁN. —En cambio ese otro, el estafeta, es un muerto de hambre, el muy sinvergüenza catú quería pretendé a nuestra nieta, pero mirá si no será avivado infelí el cherapichá.

COMISARIO. —*(Intenta dar la mano a Flor de Mandarina y esta se resiste.)* Testaruda, eso es lo que má me gustá de usté. Pero afloje pue un poquito. Pero porqué ta se desempeña así con su prometido.

FLOR DE MANDARINA. —Usted no es mi prometido ni nunca lo será, entienda bien.

COMISARIO. —Pero le pedí su mano a sus abuelos y ello me...

FLOR DE MANDARINA. —Usted podrá pedir mi mano a quien quiera, pero mi corazón no es de usted, ni nunca lo será, métase bien en su cabeza comisario de Paraje el Pollo.

COMISARIO. —Ah, no, esto es una estafa. Yo les invité a todos al circo con una condición, que nos íbamos a casar usté y yo, mire si voy a gastá una barbaridá de plata para nada. Esto es una estafa.

FLOR DE MANDARINA. —¡Estafa! ¡Estafa dice usted! Yo no soy ninguna mercancía para que me compren ni me vendan y por favor salga de mi lado inmediatamente.

COMISARIO. —Esto no me puede está pasando. *(Se incorpora y se dirige a Froilán.)* Don Froilán.

DON FROILÁN. —Qué pa le pasa que están rezongando los tortolo, el rezongue en el matrimonio viene solito sin que uno le busque.

COMISARIO. —Su nieta no quiere saber nada de mí. Este no era el arreglo, les invité a todito al circo, hasta la curandera me hicieron invitá, pero con la intensión de que nos casemos lo antes posible.

DON FROILÁN. —*(A Froilana.)* Andá pue a hablale a tu nietita.

DOÑA FROILANA. —Andá vo, yo no me meto en problema del corazón, bastante problema ya tengo con el mío.

DON FROILÁN. —*(Enérgico.)* Tené razón, voy a arreglá o arreglá las cosas. Para eso soy el que manda aquí pa ñamembuí. *(Froilán y el comisario se aproximan a Flor de Mandarina.)* Qué le está pasando, che hija, acá me cuenta su prometido que...

FLOR DE MANDARINA. —*(Enérgica y con toda la voz.)* Yo no soy su prometida ni nunca lo seré.

CHINOCA. —¡Oh, qué endereicua![34] Esa sí que son hembra carajo!

DON FROILÁN. —¿Y se pude sabé porque la señorita dispuso esa su condición?

FLOR DE MANDARINA. —Porque yo pertenezco a otro hombre, a un hombre a quien amo de verdad, y solo a él entregaré mi corazón. El es mi dueño y yo su dueña.

CHINOCA. —Chupate esa flor de mandarina.

DON FROILÁN. —Usté me tiene que respetá porque soy mayor y porque estoy a su cargo, y no me puede contradecí en nada, *(Flor de mandarina comienza a descomponerse, se siente mal, tiene retorcijones.)* no se haga la enfermita que le estoy... *(Cae al suelo Flor de Mandarina muy dolorida. Froilana se aproxima a Flor de Mandarina e intenta auxiliarla.)*

DOÑA FROILANA. —*(A Froilán.)* Viejo, dejate ya de haulá zonceras y llamá a ña Chinoca. *(Froilán se toma el pecho pues un dolor intenso se apodera de él, está como si fuera a desmayarse.)*
COMISARIO. —Ña Chinoca, venga por favor, a ver qué le pasa a mi prometida.

Chinoca acude en ayuda de Flor de Mandarina juntamente con Froilana, le revisa, le frota la panza,

CHINOCA. —*(A Froilana.)* Dejemé sola Froilana, déjeme sola. *(Chinoca hace unos conjuros mágicos canticos y movimientos con sus brazos, luego le siente el pecho a la enferma, hace una pausa y se incorpora y se dirige a todos muy ceremoniosa y posesionada en su rol de curandera. Hace una pausa larga y todos la rodean impacientes por saber de qué se trata.)* ¡Cagamo!
DON FROILÁN. —Eso no es una respuesta para esta circunstancia, vieja, sea más clara, carajo. ¡¿Qué mal le aqueja a mí nieta!?
CHINOCA. —Linda noticia.
DOÑA FROILANA. —Ña Chinoca, por favor decídase, es malo o bueno.,
CHINOCA. —Eso dipende del lado en que lo miramo.
COMISARIO. —¡Basta de papurrerías y vaya al grano mujer!
CHINOCA. —La Flor de Mandarina está preñada.
DOÑA FROILANA. —¡Quesú María y José y todito el santerio junto!
DON FROILÁN. —*(Recomponiéndose rápidamente de su dolor en el pecho.)* ¡Pero eso es una gran noticia señore! ¡Hay que festejá!. *(Al comisario.)* Che, pero usté sí que es rápido le voy a decí, eh, un paseíto en tren y directo al grano, lo felicito comisario, lo

felicito. *(El comisario esta anonadado, Flor de Mandarina grita fuerte y de inmediato Chinoca y Froilana la asisten.)*

CHINOCA. —¡Se viene el gurí, se viene el gurí!

Todos al son de una música acorde ayudan en el parto, El comisario y Froilán tienden una sábana haciendo de cortina, detrás está produciéndose el parto, Froilana sale por un costado llevando y trayendo cosas, agua, telas blancas, etcétera. El comisario intenta espiar por encima de la sábana, pero Froilán con un gesto se lo impide. De pronto se escucha un fuerte grito de bebe, el comisario pega un sapukay,[35] *el comisario no sabe qué hacer.*

DON FROILÁN. —¡Llegó el machito carajo!

Sale Froilana detrás de la sábana con rostro feliz. Luego sale Chinoca limpiándose las manos.

CHINOCA. —*(Al comisario por lo bajo.)* Che, cumisario, va a tené que tomá nomá el azúcar del campo que le di.

El comisario y Froilán sueltan la sábana, esta cae y vemos a Flor de Mandarina que tiene en sus brazos al estafeta vestido de bebe chupando el chupete.

Apagón.

Y EL PESCADO SIN VENDER

Están en escena Froilán y Froilana.

DON FROILÁN. —Nunca pensé que a esta altura de mi vida tenga que venir a soportar esta humillación, después de haber hecho todos los deberes que la ley y la sociedad me lo han exigido carajo.

DOÑA FROILANA. —Bueno, che Froiláncito, qué ta le vamo a hacé, nosotros niko no barajamo las cartas, apenita recibimo las cartas que nos da el señor. Y tenemo que amañarno manté con la suerte que nos toca.

DON FROILÁN. —No estoy de acuerdo con vos, Froilana, hay cosas que nosotros podemos torcer para el lado que queremos, porque si vamos a resignarnos con lo que nos toca, no vale la pena estar viviendo.

DOÑA FROILANA. —Muy lindo de más lo que decí, parecé político y todo catú, pero vo está queriendo decí otra cosa y está haciendo rodeo manté. A esta edad que necesidá tené de haceme rodeo, o vo para creé que no te conozco. Si algo me enseñó el compartír la vida con vó, fue aprender a conocerte. Triste de má sería que a esta altura no te conozca, eso sí que sería triste.

DON FROILÁN. —Eh, vos ko no te quedás atrás también con los discursos, eh, y después críticás a los políticos.

DOÑA FROILANA. —Eso es otra cosa que aprendí de vos.

DON FROILÁN. —¿ A decir discursos pa?

DOÑA FROILANA. —No, Froilancito, no, otra cosa que me dio tu acompañamiento en la vida es que aprendí a callar, porque el callar a tiempo te ahorra muchos disgustos. Pero vo me está

queriendo decí otra cosa, mejor dicho, tenes guardado desde hace mucho una pena y no te animá a sacarla pa fuera.

DON FROILÁN. —Ehh... puede ser.

DOÑA FROILANA. —No es que puede sé. ¡Es! Y todo empezó con el embarazo de Flor de Mandarina.

DON FROILÁN. —¡Sí, sí, señora! ¡Ahí comenzó mi ruina!

DOÑA FROILANA. —¡Ehh, Froilán, queéestás diciendo! La llegada de un niño al mundo no puede arruiná a nadie, al contrario, es una bendición del Señor.

DON FROILÁN. —No me refiero a la pobre criatura, sino a la forma en que llegó al mundo.

DOÑA FROILANA. —¿La forma? ¿La forma? Vos queré decí que tiene un padre equivocado, esa es la verdá. Pórque el estafeta nunca fue de tu agrado. Pero esas cosas nosotros no podemos meterno, esas cosa decide cada persona, porque nadie puede sentí ni decidí por el cuero ajeno.

DON FROILÁN. —Supongamos que es como vos decis. ¿Está mal que yo piense eso?

DOÑA FROILANA. —Pero Froilancito, desde que nació el gurí le diste la espalda a la madre, si parece que la pobre no existe para vó. Porque dio un tropiezo pa tené que castigarle de esa manera, con tanta indiferencia. ¡Qué digo! Flor de Mandarina no dio ningún tropiezo, Flor de Mandarina se enamoró de verdá y se entregó con toda su alma a la persona amada, qué tanto jodé.

DON FROILÁN. —Y después resulta que yo soy el político.

DOÑA FROILANA. —No quiera cambiá la conversa, solo te estoy pidiendo que cambie tu forma de desempeñarte con esa pobre cherapichá aigué, que no hace otra cosa más que sufrí porque vó directamente la ignorás.

DON FROILÁN. —Supongamo...

DOÑA FROILANA. —¡Basta de suponé, nos pasamo la vida suponiendo! Tené que cambiar de pensamiento y nada má. No podé seguí negando a tu nieta, negando nuestra sangre.

DON FROILÁN. —Qué decí Froilana, no es de nuestra sangre. *(Froilana comienza a llorar.)* Bueno, tampoco es para tanto.

DOÑA FROILANA. —Sí, Froilán, sí, es para tanto. O vos pensás que yo no quise tener dentro mío durante nueve meses un hijo y parir como Dios manda. Vos crees que yo no qui...

DON FROILÁN. —No mujer, no fue así, ni vos ni yo tenemos la culpa de nada, es como vos decí, las barajas estaban echadas.

DOÑA FROILANA. —Entonces por qué decí lo de la sangre, desde el momento mismo en que la trajimos a nuestra hija a casa ya fue de nuestra sangre.

DON FROILÁN. —Tenés toda la razón Froilana, me equivoqué, me equivoqué y te pido perdón. Yo estuve mal, estuve muy mal.

DOÑA FROILANA. —Que sea la última vez que se hable de este tema entre vos y yo. No se habla nunca más.

DON FROILÁN. —Como usted mande. Pero no te parece un avance el dejar que venga el padre a ver a su hijo.

DOÑA FROILANA. —Eso del avance te voy a confirmá despué de la reunión, en este momento estamo todos en cero.

DON FROILÁN. —¿No será conveniente, antes que llegue el padre, hablar con la madre?

DOÑA FROILANA. —No, señor. Lo que se tenga que hablá, que se hable en presencia de los dos junto.

DON FROILÁN. —¡Peina! Coscorita catú estás hoy.

Se escuchan golpes a la puerta.

DOÑA FROILANA. —Haulando de Aroma, el burro se asoma.
DON FROILÁN. —*(Para sí.)* ¿De Aroma o de Roma?
DOÑA FROILANA. —Voy a abrir. *(Para sí.)* Que la paz reine en esta casa.

Froilana se dirige hacia la puerta de entradas. Froilán se muestra nervioso no sabe qué posición asumir, ingresa el estafeta seguido de Froilana. El estafeta tímidamente se aproxima a Froilán mientras intenta mirar para el interior de la casa. Froilán y el estafeta dudan en cómo saludarse, no saben si se pasan la mano o no, etcétera.

ESTAFETA. —Buenas tardes, don Froilán.
DON FROILÁN. —Buenas... ¿Se dice hablando de Aroma o hablando de Roma?
ESTAFETA. Disculpe mi ignorancia, don Froilán, pero la verdad no le conozco a ninguna de las dos señoritas.
DON FROILÁN. —No importa, ¿qué lo trae por acá?

Estafeta, desconcertado.

DOÑA FROILANA. —*(A Froilán.)* Pero que só sampabolla, nosotros fue que le llamamo. *(Descomprimiendo.)* Eh... Estafeta, con Froilán hemos querido reunirlos para llegar a un acuerdo.
DON FROILÁN. —Si en realidad ya pasó un tiempo y creo que...
ESTAFETA. —Un año, ocho meses y dos días, don Froilán. Un año, Ocho meses y dos días.
DON FROILÁN. —Bueno, veo que lleva muy bien la cuenta.
ESTAFETA. —Conté cada mes, cada semana, cada día, cada hora, cada minuto, cada segundo para llegar a este momento. No se

imaginan ustedes las ganas que tengo de verlo a mi hijo. Creo que no voy a aguantar un instante más sin poder ver a mi hijo y a la madre por supuesto.

DOÑA FROILANA. —Ya mismo los voy a buscar.

DON FROILÁN. —Pero antes...

DOÑA FROILANA. —Voy a buscarlos he dicho.

En ese momento ingresa Flor de Mandarina con su hijo trepado a monito en sus espaldas, es un muñeco vestido de la misma forma que el estafeta y tiene el gorrito blanco que tuvo el estafeta cuando nació. Estafeta al ver a Flor de Mandarina y a su hijo se queda paralizado, pierde el habla, intenta acercarse lentamente y no puede caminar ni hablar, esta como adherido al piso, comienza a llorar.

FLOR DE MANDARINA. —Mi amor...qué bueno es ver a un hombre llorar de felicidad.

ESTAFETA. —*(Intenta hablar y no le sale la voz, dibuja las palabras en sus labios, pero no le sale la voz. Se aproximan y el estafeta intenta besar al niño, y Flor de Mandarina se da vuelta y sin querer impide que el estafeta llegue al hijo produciéndose un juego de nunca acabar.)* ... am... or... *(Tartamudea.)*... hi, hi hijo... *(Se abrazan y lloran desconsoladamente madre y padre. Froilana también llora y se abraza a Froilán, quien hace un esfuerzo para no emocionarse, al final se abrazan todos y lentamente se sientan todos, el estafeta no se separa de su hijo y Flor de Mandarina.)*

DON FROILÁN. —*(Luego de una larga pausa y sin saber que decir.)* Igualito al padre salió eh... *(Pausa larga.)* Usted entienda Estafeta, yo soy un hombre de bien, y mi familia me enseñó desde la cuna a respetar los valores sagrados para actuar en

sociedad. El matrimonio; la familia; las buenas costumbre; el padre; la madre, la iglesia; dar el asiento a las persona mayores, en fin. Mi estimado, heredé de mis padre el don de gente y eso mismo deseo trasmití a mi familia, por eso me afectó tanto enterarme del embarazo de mi nieta sin siquiera pasá por los votos bautismale del matrimonio. No es lo mismo hacé el amor en el matrimonio que a escondido por ahí como el perro y la chola acollarados debajo del naranjo. Esa es la diferencia entre los seres humano y los animale, mi estimado.

DOÑA FROILANA. —Si no entendí mal... Froilancito, ¿vos queré decí que los que hacen la zafaduría y tienen hijo sin casarse son animales.? ¿Solo las pareja que se casan en la iglesia y tienen hijos son persona?

DON FROILÁN. —Sí, señora, por más que estemos en 1904, ya en un nuevo siglo, los valores sagrados del matrimonio no se modifican.

DOÑA FROILANA. —Entonce nosotros dó... ¿somo animales?

DON FROILÁN. —No entiendo qué queré decir... mi Froilancita.

DOÑA FROILANA. —Porque nosotro criamo a una hija, que a su vez tuvo su hija que es nuestra amada nieta Flor de Manadarina...

DON FROILÁN. —¿Y con eso qué?

DOÑA FROILANA. —Que nosotros nunca entramo en una iglesia, que yo ricuerde. *(Todos se miran sorprendidos, unos a otros.)* Vos te fuiste a pedí por mí en casa me ricuerdo, y ahí nomás cargamo todas mil calchas y rumbeamo para el rancho que en ese entonce era de adobe y paja hoy gracia a Dio de ladrillo y chapa que te ganaste con el sudor de tu frente. Pero nunca catú ningún cura nos puso el anillo y esas cosas itá que veo suelen hacé en la iglesia la gente cuando se casa. Nosotro nos

acaranchamo nomas. *(Froilán, sin asunto y tragando saliva se dispone a responder a Froilana y Flor de Mandarina interrumpe.)*

FLOR DE MANDARINA. —Nos más palabras. Todos nosotros nos encontramos en un momento en que las palabras ya no nos sirven más, porque lo único que hicimos fue escondernos detrás de las palabras. Tampoco los pensamientos equivocados, los errores del pasado. Mis queridos abuelos, ustedes me criaron como a una hija como también ustedes le criaron a mi mamá como a su verdadera hija que, por otro lado, fue su hija. *(Froilana se aproxima a Flor de Mandarina intentando decirle algo al oído, sin embargo Flor de Mandarina le hace señas que no es necesario ningún comentario.)* Sé todo abuela, sé todo sobre mi mamá, sobre ustedes. Sé que hay mucha gente que quiere tener hijos y no puede, pero también hay gente que regala hijos como si fuera un kilo de papas. Mis queridos abuelos, ustedes me criaron como pudieron como seguramente criaron a mi mamá, y yo les estoy muy agradecida por todo lo que hicieron por mí. Abuelo, te perdono tu indiferencia hacia mí, te perdono porque sé también cómo te criaron tus padres. Ahora en este nuevo siglo las cosas seguramente van a cambiar. Y yo les pido que acepten a mi pequeña familia que despacito comienza a crecer, *(A Estafeta.)* Porque seguramente tendremos muchos más gurises, ¿no es cierto, mi amor? *(Estafeta intenta hablar y no le sale la voz.)* No importa, amor, te entiendo muy bien, aunque no hables porque el amor no necesita de palabras para que funcione, solamente se necesita que dos personas se necesiten y no puedan estar el uno sin el otro. *(Froilán tímidamente se aproxima a Flor de Mandarina y se dan un fuerte abrazo, luego Froilán hace lo mismo con el estafeta mientras Froilana abraza a Flor de Mandarina,*

en esos momentos se escuchan golpes a la puerta, Froilán va a atender y entra doña Chinoca con incienso en mano que larga humo por todos lados.)

DON FROILÁN. —Pero qué sorpresa, ña Chinoca, usted por aquí.

DOÑA FROILANA. —Yo le llamé, Froilán, para que ahuyente todo el demonio de esta casa y que vuelva la felicidá.

CHINOCA. —*(Moviendo su incienso mientras huele exageradamente en su alrededor.)* La verdá verdadera, acá no necesita ninguna limpieza che ama, acá se respira un aire de felicidad nuevita, como recién salidita del horno

Se escuchan golpes a la puerta y va Froilana a abrir, entra el Comisario.

DOÑA FROILANA. —Pero qué sorpresa, Comisario, usté por aquí.

DON FROILÁN. —Yo le llamé, Froilana, porque creo que se merecía una explicación.

COMISARIO. —Buenas tarde a todos, Froilana; don Froilán, Ña Chinoca, Flor de Mandarina, Estafeta, quiero pedirle a todos disculpa por mi comportamiento indebido. A veces uno cree que las cosas son como le parece pero las personas te demuestran que uno está equivocado y la verdad, somos testarudos los seres humano, no queremos reconocer nuestra equivocación, nos encerramo en nosotros mismos, hasta que el tiempo nos tira de la oreja y hasta a veces nos da una bofetada, entonces nos damos cuenta de lo errado que estuvimos y por suerte también la vida nos da la posibilidad de perdonar a tiempo, por eso, Flor de Mandarina le pido perdón por el sufrimiento que le causé en su momento, y le deseo mucha felicidad en su matrimonio.

FLOR DE MANDARINA. —Gracias, Señor Comisario. *(Le pasa la mano al comisario, éste besa la mano.)*

CHINOCA. —Muy lindo todo, pero ¡qué olor a mierda que hay acá!

FLOR DE MANDARINA. —Sí, es el bebé, no le cambié el pañal en todo el día.

ESTAFETA. —*(Balbuceando.)* Yo ayu...do.

DOÑA FROILANA. —Yo también te ayudo.

DON FROILÁN. — Y yo también, qué tanto lío. Disculpenmé, Comisario, Ña Chinoca, en seguida estamos con ustedes.

Todos se van, solo quedan Doña Chinoca y el comisario.

CHINOCA. —Así no má es la vida, che Comisario. Pero me alegró mucho su pedido de disculpas, eso habla de una grandeza de su parte. Uste ko es grande de afuera y de adentro, eh. Eso demuestra que es mentira que lo bueno viene en frasco chico, ¿aye?

COMISARIO. —Unos hace lo que puede ña Chinoca, a usté le ha de pasar lo mismo, seguramente.

CHINOCA. —Pero toda esa bondad que usté guarda celosamente detrá de su uniforme tiene que ofrecé a una persona que le quiera bien. No se puede ser egoísta, ¿por qué si uno tiene para dar, no da? ¿Por qué?

COMISARIO. —Tiene usté razón ña Chinoca. Pero dónde está esa alma caritativa.

CHINOCA. —Momento, momento. Acá nadie tiene que haulá de caridá. Su ser interior no es un lugar de beneficencia. Porque en la beneficencia solo se da. No se recibe, Sí, ya sé, cuando usté ayuda le viene por otro lado, eso es un cuento más grande que una casa. Cuando uno comparte la vida con la otra persona, los

dos deben dar la misma proporción, porque de lo contrario uno solo tira del carro. No, señor, el carro se tira de a dos, no uno arriba y el otra tira como un caballo sudoroso, no señor, los dos.

COMISARIO. —Cuánta sabiduría en ese cuerpito tan chiquito, Ña Chinoca.

CHINOCA. —Y a usté que le importa más, el cuerpo o la sabiduría.

COMISARIO. —Quiere que le diga la verdad. Ña Chinoca a mí me interesa la sabiduría, no me importaría el cuerpo si la persona tiene sabiduría. Pero no me pregunte por qué.

CHINOCA. —Usté es inteligente, busca la sabiduría porque es lo que queda, el cuerpo es la envoltura del regalo, pero eso con el tiempo de deshilacha, en cambio el interior permanece y con el tiempo la sabiduría le convierte a la persona cada vez más preciosa y única.

COMISARIO. —Porque los dos seres se van alimentando cada una de sus sabiduría.

CHINOCA. —Porque el que tiene sabiduría tiene alas, y puede volar.

Chinoca y Comisario casi disimulando se van aproximando entre sí.

COMISARIO. —Y así pueden alejarse del charco y ascender dejando en el barro las envidias, los mal pensados; los quejosos; los resentidos.

CHINOCA. —Y allá arriba van los dos solitos y juntitos lejos, muy lejos del infierno.

COMISARIO. —Que fácil se me haría la vida cerca suyo, ña Chinoca.

CHINOCA. — Si así usté cree, comience a sacarle Ña, dígame Chinoca a secas.

COMISARIO. —Y ya que usted me pide eso yo le voy a pedir que no nos tratemos de "usted". Digam... decime vos, nomás.

CHINOCA. —Como ust... como vos digas. Eh, le cuen, perdón, te cuento un secreto. No sé tu nombre.

COMISARIO. —Decime Comisario, nomás.

CHINOCA. —No, ese es el nombre de tu careta, permitime ingresar a la galería que me llevará a tus alcobas privada...

COMISARIO. —No, llamame comisario.

CHINOCA. —Tenés vergüenza de tu nombre, no debe ser más feo que el mío: Chinoca. ¿A vos te parece?

COMISARIO. —Es peor Chinoca. Es peor.

CHINOCA. —Mierda que debe ser feo entonces, pero dale, decime catú, ya que estamos entrando en confianza...

COMISARIO. —Pero no te vas a reír, eh.

CHINOCA. —Sería un buen comienzo si comenzamos riéndonos de nosotros mismo.

COMISARIO. —Cada vez me siento más cerca tuyo. Está bien, te voy a decir mi nombre. Me llamo... Culantrillo.

CHINOCA. —*(Pausa.)* Te voy a llamar comisario nomas, si no te molesta.

COMISARIO. —Yo sabía que no te iba a gustar.

CHINOCA. —Vos sos inocente, tus padres son los culpables. *(Para sí.)* Pero hay que ser hijo de puta para ponerle a un hijo: Culantrillo. *(Cambiando.)* Ahora haulando en de veras. Lo que me estás diciendo, ¿es verdad o me estás metiendo la mula?

COMISARIO. —*(Se arrodilla ante ella.)* Chinoca Estigarribia ¿me acepta como compañero para que seamos yunta y así pelearle a la vida que nos queda?

CHINOCA. —Pero yo soy más fea que un murciélago achicharrado, y encima soy bruja, estás seguro en lo que te metés.
COMISARIO. —Nunca en mi vida estuve más seguro de lo que digo en este momento. *(Se incorpora e intenta darle un beso.)*
CHINOCA. —Espera, ¿me darías un instante para mirarme al espejo?
COMISARIO. —Si después de mirarte al espejo, vas a volver conmigo, te espero todo el tiempo que sea necesario.

Chinoca se da vuelta hace unos movimientos dando la espalda al público, luego se vuelve al público ya no más encorvada, sino esbelta y su rostro muestra a una bella mujer por la magia de la hechicera. El comisario la mira anonadado durante unos instantes, luego se abrazan y se besan apasionadamente.

Apagón.

LOS NOVIOS SALUDARÁN EN EL ATRIO

Se escucha la marcha nupcial. Se enciende la luz de escena y vienen caminando muy lentamente hacia el proscenio, como si se dirigiesen al altar: Flor de Mandarina con su hijo a monito y embarazada; con corona de novia y tul, y de la mano de Estafeta. A su lado viene caminando Comisario con Chinoca que tiene corona de novia y tul, está embarazada y viene de la mano del Comisario. Y, finalmente, viene caminado Froilana con corona de novia y tul, embarazada y de la mano de Froilán.

FIN

VOCABULARIO GUARANÍ

1. KO: (Adj.dem.) Este, esta. Sufijo que afirma, de modo narrativo verosímil.
2. CUÑA: Mujer.
3. CHE RAHI: Mi hijito.
4. CUÑATAÍ: Mujer joven.
5. CHE: (Pronombre posesivo) Mi, mío.
6. AYE: ¿Es verdad?
7. AZUCAR DEL CAMPO: materia fecal endurecido del perro que adquiere un color blanco.
8. PAYE o PAJE: Embrujo, gualicho, hechizo, brujería.
9. CHE MEMBUI: Mi hijo.
10. MANTE: Qué le vamos a hacer.
11. CUE: Viejo.
12. CHERAPICHA AIGUE: (guaraní correntino.) Mi próximo feo/ feo, igual que yo.
13. PEINA: (Expr.) Expresión de sorpresa/ he aquí, tome.
14. KUERA: (Adv.) Muchos, aquellos. Sufijo que indica plural.
15. KATÚ: Poder. Partícula que refuerza la oración.
16. PA:(Átona) Sufijo de interrogación y de exclamación.
17. TAURONGO ITE: Tavyrongo. (expr.) Expresión correntina con la que se califica al medio loco, o al que tiene arranques de locuras, o al que hace cosas alocadas.
18. ENDAÉ: (Regionalismo) Él dice eso.
19. ITE. ITÁ: (Suf.) Indica número plural de multitud. Muchos. Montones.
20. CABURÉ: kavure i: Ave carroñera y pequeña con poderes mágicos.

21. NIKO: (Adv.) Verdaderamente, en verdad.

22. GUAINA: (Sust.) Muchacha, mujer joven, doncella.

23. AÑA MENBUI: Hijo del diablo.

24. LUMBRÍ: Lombriz (refiere a la lombriz solitaria)

25. NDEROBA K̈ A: Cara sucia.

26. YECÁ: Superficie con asperezas.

27. NE: Oloriento, olor feo.

28. ACAPELON MBOIPÉ TATÁ: Murciélago pelado y quemado.

29. PAYECERAS: Brujas,

30. KARAI YUPE: (Sust.) Señor. Dicen que se cree un señor.

31. CHIPA CUERITO: Torta frita.

32. ACOLLARAMOS: (Regionalismo) Unidos uno con otros.

33. TIKO: (Var. De piko, expr.) Indica interrogación, admiración o extrañeza.

34. ENDEREICUÁ: Tu culo.

35. SAPUKAY: Grito característico de Corrientes.

EL SILENCIO DE LAS MARIPOSAS

PERSONAJES

JACOBA
ELENA
ANDRÓGINO
CARMEN
VICTORIA
ENCARNACIÓN
TORIBIA
SARGENTO ALCIBÍADES
SOLDADO 1

ESCENA 1

Escena oscura se advierte una luz proveniente de un candil. La luz del candil recorre el espacio y se aproxima a Elena, que está durmiendo, el candil se aproxima hacia Elena, Elena se despierta sobresaltada y grita muy asustada. El hombre del candil cubre la boca de Elena. La escena continua a oscuras. En la oscuridad se confunden voces de mujeres desesperadas y voces de soldados. La escena transcurre en absoluta oscuridad. Elena, Victoria, Encarnación, Carmen y Toribia.

VOZ ELENA. —¡Suéltenme! ¡Déjeme!
VOZ VICTORIA. —¡Auxilio!
VOZ SOLDADO. —¡Tranquila señora, tranquila!
VOZ CARMEN. —¡Mamá! ¡Mamá!

VOZ TORIBIA. —*(Grito ensordecedor.)* ¡Sáqueme la mano, asqueroso!

VOZ SOLDADO. —¡Quieta guacha!

VOZ ENCARNACIÓN. —¡¿Qué pasa?! ¿Quién es usted? ¡Socorro!

VOZ SOLDADO. —¡Quedate quieta, mujer!

VOZ CARMEN. —¡Mamá! ¡Mamá!

VOZ VICTORIA. —¡Auxilio! ¡Auxilio!

VOZ ENCARNACIÓN. — ¡¿Qué quieren?! ¡Déjeme! ¡¿Quiénes son?!

VOZ SOLDADO. —¡Quedate quieta, mujer!

VOZ CARMEN. —¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

VOZ SOLDADO. —¡Quieta guacha!

VOZ VICTORIA. —¡Qué pasa! ¡¿Quién es usted?! ¡Socorro!

VOZ ENCARNACIÓN. —¡Suéltenme! ¡Déjeme!

VOZ SOLDADO. —¡Tranquila, señora, tranquila!

VOZ VICTORIA. —¡Mamá! ¡Mamá!

VOZ CARMEN. —¡Por Dios! ¡¡¡¡¡¡Ayúdenmeeeeeeee!!!!!

VOZ ELENA. —¡Pero ¡qué está pasando, carajo!

VOZ TORIBIA. —¡Mamá! ¡Mamá!

VOZ SOLDADO. —¡Tranquila, señora, tranquila!

VOZ CARMEN. —¡Mamá! ¡Mamá!

VOZ ENCARNACIÓN. —¡Mamá! ¡Mamá!

VOZ TORIBIA. —¡Mamá! ¡Mamá!

ESCENA 2

Las cinco mujeres yacen en el suelo agónicas, hay humo en su alrededor. Andrógino, (un ángel, un demonio, muy joven con pequeñas alas en sus espaldas) camina por entre las mujeres en el suelo. Se escucha alegro moderato del concierto para cuerda nro 2, música de Borodin (optativo).

ANDRÓGINO. —Una mariposa blanca con alas de pecado nació en una bóveda oscura con olor a febrero, a tormenta, a lluvia de verano. Tenía los ojos ciegos y el corazón virgen. Aleteaba tímidamente entre vicios, credos, rutinas y amenazas. A su voz pusieron silencio, a su mirada pusieron pensamiento, a sus noches pusieron culpas. A sus alegrías pusieron horario. A sus deseos pusieron penitencias. A su camino pusieron destino. A sus sueños pusieron lejanía. Una mariposa con alas de maíz aleteaba entre otras mariposas también con alas de maíz, a su vez estas mariposas aleteaban con otras mariposas con alas de maíz, y estas con otras y estas otras con otras más, todas con alas de maíz. Ellas aleteaban por el mismo camino que antes habían aleteado sus padres, y los padres de sus padres y los padres de los padres de sus padres. El camino era un camino hecho de malas memorias, escuelas caducas, sacrosantos misterios, de vez en cuando amenizado por una sonrisa regalo de payasos tristes, y a los costados la realidad, la única realidad, la de los pies sobre la tierra: el ganarse el pan de cada día. Una mariposa. Dos mariposas. Incontables mariposas con alas de maíz aleteaban y aleteaban con sus mentes en el paraíso, con sus mentes en el infierno, mientras sus ojos y sus manos le daban de comer.

ESCENA 3

Las cinco mujeres caminan en círculo en algún lugar en medio de la noche. Sargento Alcibíades y soldados (soldados paraguayos de 1864.) caminan a su lado. Todos circulan como si formaran parte de un cortejo fúnebre. Andrógino se encuentra entre ellos caminando. Luego Andrógino

se sienta en algún lugar próximo a un arcón de madera antiguo. El círculo de personas desaparece. Andrógino extrae del arcón naves de juguete y comienza a jugar a la guerra naval.

ANDRÓGINO. —En abril de 1865, en el extremo nordeste del puerto de la ciudad de Corrientes, se encontraba en desarme el buque de guerra argentino "Gualeguay". Otro buque, el "25 de Mayo", estaba anclado en la desembocadura del arroyo Arazá o La Batería. El día 13 de abril de 1865 en plena paz, la flota paraguaya cruzó frente al puerto de la capital correntina. Y, volviendo luego sobre su ruta desde la Punta San Sebastián, atacó, dividida en dos grupos, a ambos buques. La lucha en defensa del buque argentino Gualeguay se generalizó en toda la muralla del puerto, pero los agresores no se conformaron con apoderarse de los barcos que hicieron una heroica resistencia. *(Andrógino extrae del arcón soldaditos de juguete y un mapa antiguo de la provincia de Corrientes, sobre el mapa, jugando, los enfrenta con otros soldaditos.)* Mientras eso sucedía, dos poderosos ejércitos paraguayos invadían el territorio provincial. Un ejército marchaba por la costa del río Uruguay y el otro, al mando del general paraguayo Wenceslao Robles, tomó la capital correntina y sus inmediaciones. *(Andrógino extrae del arcón soldaditos de tamaño más grandes y los manipula como si estos hablaran.)* El General Wenceslao Robles instaló la sede de su comandancia en la antigua finca situada en la actual calle Buenos Aires 410 de la ciudad de Corrientes, mientras que el cuartel general lo estableció en la mansión del entonces gobernador de la provincia don Manuel Ignacio Lagraña, ubicado en la esquina de las actuales calles Salta y Pellegrini.

El gobernador de Corrientes, don Ignacio Lagraña junto con sus hombres de confianza, se trasladó a la Villa de San Roque en donde estableció la capital de la provincia por el término de 48 horas. *(Andrógino juega con el mapa de Corrientes.)* Fue la primera y única vez que la provincia de Corrientes mudara su capital. En esta localidad, el gobernador Lagraña organizó la reconquista de la capital correntina y la defensa de la provincia. *(Andrógino extrae del arcón varias mujeres pequeñitas de juguete y las pone una al lado de otra.)* Como represalia, los jefes paraguayos detuvieron... ...en sus domicilios a varias damas distinguidas, a quienes las concentraron en las oscuras salas del antiguo cabildo.

ESCENA 4

Andrógino en un lateral de la escena acomoda flores pequeñas en los cabellos blancos que le llegan hasta la cintura de anciana Jacoba. Esta viste una tunica marfil y transmite paz en su rostro y cuerpo. Está subida a un carro con girnaldas de flores a sus costados y una sombrilla gigante también con flores. Cada tanto bebe de una petaca.

JACOBA. —...Nos habían dicho que en la guerra valía todo... Nos habían dicho que nos desterraban al Paraguay.

Lentamente aparecen las cinco mujeres que caminan en círculo en algún lugar en medio de la noche. Sargento Alcibíades y soldado 1 caminan a su lado. Todos caminan en circulo como si formaran parte de un cortejo funebre.

JACOBA. —...nos trasladaron a Humaitá... allí nos hizo saber el tirano Solano López que estábamos en condición de cautiverio. Y por si fuera poco, también nos hizo saber el hijo de puta que lo hacía con el único propósito de cuidarnos, porque en la guerra, en Corrientes, la íbamos a pasar muy mal.

Las mujeres caminan en circulo. Una de ellas se cae, otra mujer la ayuda a levantarse.

JACOBA. —...de Humaitá nos trasladaron a Guardia Tacuara. Apenas hablábamos entre nosotras, ni siquiera podíamos imaginar el calvario que nos esperaba. Solo atinábamos a pensar que se trataba de una pasajera pesadilla. *(Bebe de la petaca con placer.)*

Andrógino empuja el carro con la anciana Jacoba hasta desaparecer de escena. Es de noche, las cuatro mujeres por orden, a través de señas del sargento Alcibíades se sientan a descansar. Hace mucho calor, beben agua e intentan salpicar agua en sus frentes cansadas. Hay oscuridad, todos intentan dormir. Ruido de sapos a lo lejos. Andrógino baila una danza diabólica sobre soldado 1 que duerme, soldado 1 se incorpora de pronto, mira a su alrededor y se dirige hacia Carmen, que duerme. El Androgino con su danza parece influir sobre soldado 1. Soldado 1 comienza a acariciar suavemente el cuerpo de Carmen, que duerme. Carmen se mueve incómoda sin despertarse. Andrógino le habla al oído a soldado 1. Soldado 1 comienza a besar el cuerpo de Carmen, luego se acuesta sobre Carmen, Carmen se despierta e intenta quitarse de encima al soldado 1. El soldado 1 tapa la boca de Carmen y continúa besándola. Mientras intenta levantar el vestido de Carmen, Carmen se

resiste. Sin embargo, la fuerza de soldado 1 puede más. Entre forcejeos soldado 1 la somete a Carmen. No hay gritos, solo movimientos bruscos en la oscuridad. El alrededor permanece silente. Soldado 1 acentúa sus movimientos pélvicos.

ANDRÓGINO. —*(Con voz extraña.)* ¡¡¡Quítate hombre feroz, aleja tu asquerosidad de esa muchacha y sosiega tu inmundo deseo carnal!!!

Androgino con fuerza lo separa a soldado 1 de Carmen y lo arrastra lejos, luego Andrógino ampara a Carmen. Carmen trata de cubrirse como puede inmensamente ultrajada. Andrógino se aleja y las demás mujeres se aproximan a ella como protegiéndola, todas estan asustadas y asqueadas a la vez. Rezan en voz baja. Algunas lloran de impotencia. Andrógino empuja el carro de anciana Jacoba, las mujeres desaparecen de escena.

JACOBA. —En esos momentos alcanzamos a comprender a duras penas... que Dios nos había abandonado. De "Guardia Tacuara" nos llevaron a San Juan. Allí, el Mariscal López nos comunicó que no nos podía mantener ni vestir y que nos alimentáramos como nosotras pudiéramos hacerlo. En San Juan, o el infierno que era lo mismo, permanecimos dos años.

ANDRÓGINO. —Doña Jacoba, ¿y qué hacían durante el día?, digo en los tiempos libres, no sé.

JACOBA. —Rezábamos, che hijo, rezábamos. Y entre oraciones y oraciones comprendimos, a pesar de nosotras, que Dios no nos entendía porque era hombre y tal vez no podría entender la verdadera humillación de una mujer. No podría ponerse en el

cuero de una mujer vacía de todo. Entonces nos encomendamos a la Virgen de la Merced porque creíamos que ella como mujer que era, angaú[1] nos iba a tener más consideración, ¿no sé si me explico? Son cosas que se nos cruzaron por la cabeza en esos momentos entre tanta confusión en la cabeza. *(Bebe de su petaca.)*

ANDRÓGINO. —Y qué cosas extrañabas de tu casa, mamita, además de tus seres queridos.

JACOBA. —El baño, che[2] hijo. A las mujeres no nos gustan los baños ajenos, y menos a la intemperie, porque parece que nos están viendo desnudas o algo así. Por eso cuando nos aquerenciábamos en un lugar, ya nos llevaban a otro.

De San Juan nos trasladaron a Caá Pucú donde permanecimos exactamente un año. *(Jacoba suelta carcajadas unas tras otras como recordando mientras bebe.)* En Caá Pucú sí que vivimos momentos... extraordinarios... extraordinarios... *(Continúa con las carcajadas mientras Andrógino empuja el carro de Jacoba hasta desaparecer de escena.)*

Elena, Toribia, Victoria, Encarnacion y Carmen con atados de ropas para lavar se aproximan a la laguna y hacen la acción de lavar a orillas del estero.

TORIBIA. —*(A Elena.)* Elena, ¿anoche usted no pudo dormir?

ELENA. —¿Qué le hace pensar eso Toribia?

TORIBIA. —Escuché mucho ruido en su carpa.

CARMEN. —Yo también escuche ruido. *(Mientras se dispone a tender una soga de un extremo a otro de la escena con la ayuda de Victoria y Encarnación.)*

VICTORIA. —Como si había una fiesta.

CARMEN. —Sí, se escuchaba mucha risa.

ELENA. —*(Riendo.)* ¿Tal vez estaban soñando?

TORIBIA. —Sería una casualidad que todas soñáramos lo mismo.

ELENA. —¿Y por qué no? Dicen que soñamos cosas que quisiéramos tener... Fiesta, risas. Ya ni me acuerdo lo que eran esas cosas. No sé cuánto hace que no escucho una carcajada.

TORIBIA. —*(Mientras comienza a colgar ropas en la soga.)* Como quiera que sea Elena, usted sabe bien a qué nos estamos refiriendo.

VICTORIA. —Lo que le quiere decir Toribia es que usted ha de saber cuidarse muy bien. *(Se dispone a tender la ropa.)*

CARMEN. —Elena, va a ser más de dos años ya que llevamos juntas, nunca nos separamos. Lo que no entendemos es por qué usted acá en Caá Pucú duerme sola.

TORIBIA. —Que yo sepa Solano López no habrá dado esa orden.

ELENA. —Pareciera que sí, porque fueron los mismos soldados que me llevaron a dormir ahí. El sargento Alcibíades dijo que no podemos estar todas apretujadas en una carpa.

VICTORIA. —Es verdad que estamos en la carpa una encima de otra, pero estamos juntas.

CARMEN. —Así es más fácil cuidarnos entre nosotras.

ELENA. —Bueno, si alguien de ustedes quiere ocupar mi lugar yo no me voy a oponer, que lo diga y yo voy a la carpa de ustedes.

TORIBIA. —No, Elena, lo que queremos es estar todas juntas, no queremos que vuelva a pasar lo de Carmen, bastante daño ya nos causó eso como para sufrir de nuevo.

ELENA. —Ya lo dijo Victoria, yo sé cuidarme muy bien. Si es por eso, no se preocupen. Les agradezco de verdad que me quieran cuidar.

TORIBIA. —Yo lo único que le digo, Elena, es que si le llega a pasar algo no nos venga a llorar a nosotras que bastante tenemos ya cada una con nuestro infierno.

Aparece sargento Alcibíades y todas las mujeres disimuladamente comienzan a tender en la soga las ropas que le quedan y emprenden la retirada de a una. Se escuchan truenos a lo lejos. Elena sigue lavando su ropa inmutable. Sargento Alcibíades silba una guaraña y fuma cigarro mientras recorre por entre la ropa tendida. Las demás mujeres desaparecen.

ALCIBÍADES. —Se está viniendo la lluvia nomás.
ELENA. —Así parece.
ALCIBÍADES. —¿Quiere que le ayude?
ELENA. —Puedo sola. *(Mientras se dirige a tender la ropa.)*
ALCIBÍADES. —Le preguntaba nomás para andar más rápido así no le agarra la lluvia.
ELENA. —Me han pasado cosas peores que la mojadura de una lluvia.
ALCIBÍADES. —*(Intenta jugar a las escondidas por entre la ropa tendida.)* ¿Le puedo hacer una pregunta si no es molestia? *(Elena se encoje de hombros.)* ¿Se puede saber por qué ta[3] anda demás arisca conmigo? *(Elena permanece indiferente.)* Cuando se pone usted chúcara es cuando más me gusta, como que le quiero mimarla y chuparla todo el cogote. ¡Cómo me gusta que las cuñá[4] sean así, duras! ¿No piensa responderme usted?
ELENA. —Para las zonceras que está diciendo no voy a tomarme el trabajo de responder.

ALCIBÍADES. —Pero bien que le gusta a usted cuando le llego de atrás, y de sorpresa le convido queso y me prendo por su cintura.
ELENA. —¡Qué zampabolla que es usted!

Comienza a caer algunas gotas, Elena comienza a juntar la ropa tendida el sargento Alcibíades intenta ayudarla. Elena se resiste al principio y luego cede al juego que le propone Alcibíades mientras la lluvia comienza a intensificarse y algunas ropas caen al suelo, ambos intentan levantar la ropa caida y el sargento Alcibíades toma de la cintura a Elena, de espaldas primero y luego gira el cuerpo de ella y ambos se besan apasionadamente, el sargento Alcibíades comienza a besar el cuello de Elena, Elena goza y ambos caen al suelo mientras el sargento Alcibíades le quita la ropa a Elena y esta expresa satisfacción. Ambos se revuelcan por el suelo que ya es barro sobre la ropa recién lavada. Ambos cuerpos se envuelven con la ropa recien lavada que está en el suelo. El sargento Alcibíades y Elena funden sus cuerpos de placer mientras se besan acaloradamente. La lluvia intensa moja toda la escena. Gemidos y alaridos de goce se acentúan. En otro extremo de la escena aparece Jacoba con su sombrilla de flores en su carro empujado por Andrógino.

JACOBA. —*(Como recordando a Elena y el Sargento Alcibíades.)* ...Elena fue la única de todas nosotras que le puso buena cara al mal tiempo. Fue la única que supo vivir el momento. Tal vez pensó que nunca íbamos a escapar del calvario y entonces decidió vivir la vida, qué se yo.
ANDRÓGINO. —¿Las demás mujeres tal vez tuvieron miedo, mamita?
JACOBA. —*(Riendo a carcajadas mientras bebe.)* ¿Miedo de que? ¿Qué decís bicho raro?

ANDRÓGINO. —No sé, de enamorarse, de jugarse por alguien, de pensar que al entregarse a los brazos de su raptor se estaban ultrajando.

JACOBA. —Esas son todas zoncerías, bicho raro. Te voy a confesar algo solo porque me procurás mi licor de dátiles nomás. Todas las mujeres que nos llevaron al Paraguay éramos casadas, ninguna virgen te quiero decir *(Suelta una carcajada mientras bebe.)* pero... en la vida matrimonial nunca nuestros maridos nos vieron desnudas. El desnudo en el matrimonio no estaba permitido para las esposas de bien. Usábamos en el lecho conyugal largos camisones blancos con puntillas en los bordes, desde las mangas hasta los tobillos.

ANDRÓGINO. —¡Mierda qué sexy!

JACOBA. —Porque respondíamos al mandato de la iglesia, la mujer estaba destinada solo para la reproducción, si llegábamos a sentir algún placer durante el acto, era seguro que Dios nos castigaría muy mal porque estábamos pecando. Y si pecábamos con nuestros maridos, digo si sentíamos alguna pisca de placer por una caricia que se le escapó al pobre hombre, al día siguiente teníamos que ir rápidamente a confesarnos ante el cura párroco y hasta que no cumplíamos la penitencia para absolver el pecado, no nos quedábamos en paz.

ANDRÓGINO. —¡Uhhhh, imagino al escuchar sus historias de alcoba las masturbaciones que se daba el cura párroco después de absolverlas. Mamita, y en el caso de no ser absueltas del pecado ¿cuál pa[5] era el castigo divino?

JACOBA. —¡Uhhhhh! Comenzaba saliéndote por todo el cuerpo sarpullido, después ronchas más grandes y si el pecado era mayor hasta llagas sangrantes te salían en la rodilla, en los

codos, en los pezones. He visto mujeres que han perdido un ojo, otras una oreja, una pierna.

ANDRÓGINO. —Pobres mujeres de entonces. Lo que no entiendo, mamita, es cómo se reproducían con semejantes camisas de fuerza que se ponían para dormir.

JACOBA. —*(Ríe mientras bebe.)* A la altura de la pelvis los camisones tenían un orificio de 15 cm también con puntillas en sus bordes por dónde el semental metía su... coso te voy a decir.

ANDRÓGINO. —¡Ahhhh... ¡¿Y los besos en las partes pudendas brillaban por su ausencia?

JACOBA. —Eran reemplazados por mordiscos en los pechos, más de una vez a la mañana siguiente me dolía toda mi teta de tantos mordiscones. Lo más osado era cuando el infeliz acariciaba las piernas desnudas, raras veces llegó su caricia hasta las nalgas.

ANDRÓGINO. —No quiero imaginarme la leche que le quedaba al marido por no poder pasar su lengua por ningún rincón húmedo.

JACOBA. —Ellos se desquitaban cuando salían con sus amigos de juerga a los burdeles, porque ahí las mal peinadas[6] se le abrían de piernas ofreciéndoles toda sus achuras y los hombres felices retozaban sobre esas fechorías prohibida para el sagrado matrimonio. Mientras nosotras las esposas fieles y de bien, nos distraíamos tocando el piano, rezando y bordando.

ANDRÓGINO. —Y de... orgasmo ni hablar.

JACOBA. —Nunca supe lo que era eso, y estoy segura que en aquella época, la mayoría de las esposas de bien le pasaba lo mismo que a mí.

ANDRÓGINO. —Entonces para Elena en cautiverio el orgasmo tenía un nombre.

JACOBA. —Estás comprendiendo muy bien bicho raro.

ANDRÓGINO. —¡Alcibíades!

JACOBA. —¡Alcibíades! Figurate que vos inocentemente te encontrás bañándote sola en la mansa laguna y de buenas a primeras te aparece un hombre en medio de los camalotes como Dios lo trajo al mundo, se te acerca y vos te zambullís hasta el cuello en el agua y el hombre ni lerdo ni perezoso se aproxima cada vez más y vos comenzás a sentir un tetereg[7] por todo tu cuerpo y de pronto te abraza fuerte, muy fuerte, y sentís en cada parte de tu piel los vellos de la piel áspera de ese hombre, al que por primera vez en tu vida lo viste desnudo, y se te mete en vos. Ahí nomás te soltás toda y se te aflojan tus brazos, tus piernas y decidís fervientemente entregarte, aunque sea una sola vez en tu vida, a que alguien te haga el amor con todas las puntas urgentes y sin agujeros con puntillas de por medio, ¡qué carajo! *(Bebe feliz de su petaca.)*

ANDRÓGINO. —El licor de dátiles te vuelve metafórica, mamita. A todo esto, ¿Elena qué piensa?

JACOBA. —¡Ah, Elena, Elena, nuestra punta de lanza carnal! Ella tiene otra historia.

ANDRÓGINO. —¿Cómo que otra historia, mamita?

JACOBA. —Si de la serpiente de cascabel y qué sé yo.

ANDRÓGINO. —¿De la serpiente de cascabel?

JACOBA. —Si querés saber más preguntale a ella, mocoso morboso.

ESCENA 5

Victoria, Encarnacion y Elena están en medio de la oscuridad como aguardando. Están apesadumbradas y musitando apenas entre sus labios un rezo casi inaudible. Llega Carmen, desesperada y llorando.

CARMEN. —¡Se nos fue nomás! ¡Se nos fue nomás nuestra hermanita!

ENCARNACIÓN. —*(Llorando desconsolada.)* ¡Ay Toribia virgencita santa!

Todas las mujeres salen corriendo hacia alguna direccion. Desde otra dirección ingresan con candiles encendidos sargento Alcibíades y soldado 1 portando un cuerpo envuelto en un trapo, lo depositan en el suelo y comienzan a arrojar tierra sobre el cuerpo. Victoria, Encarnacion, Elena y Carmen ingresan con antorchas improvisadas en sus manos rezando el rosario. Rodean al cuerpo y algunas mujeres arrojan tierra sobre el cuerpo. Luego las mujeres tararean un cántico ecleciástico. Lloran y rezan. Los soldados sin birretes, escoltan al cuerpo que todos juntos se disponen a velar. En otro lugar de la escena ingresa Jacoba en su carro empujado por Andrógino. Jacoba y Andrógino observan el velorio de Toribia.

JACOBA. —Toribia la pobre fue la más débil de todas nosotras, como tomábamos el agua de cualquier charco que tuviéramos cerca, Toribia contrajo el cólera morbús, según nos dijo el sargento Alcibíades, porque esta peste ya había atacado a varios soldados del ejército y a pobladores paraguayos. Angá[8] pobre Toribia, era la qué más se preocupaba por todas nosotras, era como nuestra madre te voy a decir. También la mayor de todas.

Pero seguro que el señor se la llevó para que no siga sufriendo dos años más de calvario que todavía nos restaba por delante.

ESCENA 6

Victoria, Encarnacion, Carmen y Elena están tomando naranja agria a la sombra de un arbol. El calor agobia.

ENCARNACIÓN. —En casa con la naranja agria solo hacemos dulces, nunca imaginé que alguna vez en la vida tendría que comerlas para sobrevivir.
ELENA. —Agradezca que tenemos algo para comer. Que, si no, ya estábamos todas debilitadas.
VICTORIA. —Pero no todas tenemos la suerte de algunas...
ELENA. —No la entiendo, Victoria.
VICTORIA. —De comer solo naranja agria. También pueden comer otras cosas.
CARMEN. —Queso, por ejemplo.
ENCARNACIÓN. —Y servido en los labios catú.[9]
ELENA. —Sí, esos son los privilegios de dormir sola.
VICTORIA. —Bueno, digamos que no tan sola.
ELENA. —En su momento le cedí mi lugar y ninguna de ustedes aceptó, no sé lo que quieren ahora.
VICTORIA. —Nosotras queremos saber cuál será el precio de ese queso servido en los labios?
ELENA. —Déjenme que les diga una cosa señoras. A todas ustedes les hace hablar su envidia.
ENCARNACIÓN. —*(Persignándose.)* ¡Jesús María! Envidia ey chupe.[10]

ELENA. —¡Sí señoras, envidia, así como lo escuchan! ¡Ya que estamos en el tema, les voy a decir unas cosas: no saben ninguna de ustedes ni van a saber nunca en el resto de sus tristes vidas, lo que se siente ser besada por unos labios carnosos que recorren tu espalda...

ENCARNACIÓN. —*(Espantada.)* ¡Santa María madre de Dios

ELENA. —y jamás experimentarán la hermosa sensación que se siente cuando te pasan la barba por entre las piernas...

CARMEN. —ruega por nosotros pecadores

ELENA. —...y yo aprieto las piernas y queda la cabeza del macho encerrada en mi entrepierna...

VICTORIA. —ahora y en la hora de nuestra muerte amen.

ELENA. —...y le tiro de sus cabellos gozando de placer...

ENCARNACIÓN. —¡Usted tiene el diablo metido en su cuerpo mujer!

ELENA. —Y siento como si toda su cabeza entra dentro de mi concha.

VICTORIA. —¡Jesús María! *(Se tapa el oído.)* ¡Que mis oídos no escuchen, no escuchen, no escuchen nada!

CARMEN. —¡Usted está poseída por el demonio y habla por él!

ELENA. —Y en ese momento siento que me inundo de placer

CARMEN. —¡Fuera Satanás!

ELENA. —Y los dos juntos todo mojados...

VICTORIA. —¡Señor haz que se vaya el diablo del cuerpo de esta débil mujer!

ELENA. —*(Posesionada.)* Chorreamos goce por toda la carpa caliente y con olor a sexo y nada más que a sexo.

CARMEN. —Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

VICTORIA. —Santificado sea tu nombre.

ENCARNACIÓN. —Venga a nosotros tu reino.

CARMEN. —Y hágase su voluntad así en la tierra como en el cielo.

VICTORIA. —El pan nuestro de cada día.

CARMEN. —*(Exaltada.)* ¡Por Dios bendito! ¡Que es lo que veo!

ENCARNACIÓN. —¿Qué está viendo señora?

CARMEN. —¿Ustedes no se dan cuenta?

VICTORIA. —¿No sé a qué se está refiriendo Carmen?

CARMEN. —*(Elena suelta una carcajada.)* ¡Miren a Elena, mírenla bien por favor!

ENCARNACIÓN. —¡Jesús María y José. ¡Válgame Dios!

VICTORIA. —¡No hay duda será el hijo del diablo!

ELENA. —*(Mostrando su panza más abultada de lo común.)* ¡Señoras mías, esto es una bendición del señor! Ustedes con su reacción se están convirtiendo en asesinas. De entradas ya la están matando a la pobre criatura por venir.

CARMEN. —Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

VICTORIA. —Santificado sea tu nombre.

ENCARNACIÓN. —Venga a nosotros tu reino...

CARMEN. —Y hágase su voluntad así en la tierra como en el cielo.

VICTORIA. —El pan nuestro de cada día.

ENCARNACIÓN. —Danos de hoy y perdona nuestras deudas...

CARMEN. —Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

VICTORIA. —Y no nos dejes caer en la tentación.

ELENA. —*(Arroja las naranjas por el aire.)* ¡Bendito seas hijo mío y bienvenido a este mundo fruto de mi amor!

CARMEN. —Santa María, madre de Dios.

VICTORIA. —Ruega por nosotros pecadores.
ENCARNACIÓN. —Ahora y en la hora de nuestra muerte...

Soldado 1 ordena a Elena, Carmen, Victoria y Encarnacion a continuar la marcha. Las mujeres obedecen a soldado 1 y a duras penas continúan la marcha. Hace su entrada Jacoba en su carro empujado por Andrógino.

JACOBA. —De Caá Pucú nos trasladaron a Paso Escurra, en el camino de Paso Escurra a Caá Cupé, solo nos alimentábamos de naranjas agrias que recogíamos del costado del camino. Me acuerdo como si fuera hoy esa tarde cuando quedamos a descansar de tanta caminata, y livianas de ropas, Carmen descubrió la panza pronunciada de Elena. Nunca estuve de acuerdo con la reacción de Victoria ni la de Carmen, mucho menos la de Encarnación. No pudimos hablar más tiempo porque los soldados nos obligaron a marcharnos de inmediato. Pero en el camino y poco a poco comenzamos, cada una de nosotras, a ponernos en el lugar de Elena, y tímidamente continuamos caminando todas juntas como siempre, pero esta vez nos apretamos muy fuerte de las manos, me acuerdo. No puedo seguir hablando si no tengo mi licorcito.
ANDRÓGINO. —*(Saca de su bolsillo una petaca y entrega a Jacoba.)* Aquí tiene su licorcito doña Jacoba.
JACOBA. —*(Bebe sedienta.)* Sin esto no puedo pensar. ¿Dónde habíamos quedado, bicho raro?
ANDRÓGINO. —Camino a Caá Cupé.
JACOBA. —Ah sí. De Caá Cupé fuimos a Pirí Be-Buy, al menos aquí cambiamos nuestra alimentación, porque por el camino

había muchos cogollos de bananas. Bueno, Elena continuó comiendo queso, ahora con una muy buena justificación. *(Bebe de la petaca mientras ríe feliz.)*

ESCENA 7

ELENA. —Ya habíamos dejado Humaitá, Ya estábamos hacía varios días en Guardia Tacuara, yo ya había comprendido que esta pesadilla no iba a acabar nunca, que el dolor y la angustia de seguir vivas nos acompañaría en nuestras vidas quién sabe por cuánto tiempo más. No estaba resignada, pero tampoco me quería entregar de entradas, sentía como que necesitaba pelear más, aunque las posibilidades de ganar la batalla eran inciertas. En fin, me encontraba en ese estado de confusión y bronca cuando de pronto busqué un lugar apartado del grupo cerca de unas palmeras rodeadas de pastizal para orinar. Ya en el lugar y cuando había terminado y todavía estaba en cuclillas con la ropa interior baja, escucho el ruido de cascabeles, miro hacia mi costado y veo a una serpiente con su medio cuerpo erguido para atacarme, rápidamente atiné a tirarme hacia el otro costado para alejarme de la bicha, me levanté como pude y la serpiente seguía ahí lista para saltarme, creo que me quedé unos segundos mirándola, y cuando eso me pasaba, sentí que estaba viendo por primera vez la cara de la muerte. Un trozo de hielo me corrió por cada una de las vértebras, en la boca sentí un sabor seco y muy amargo como a hiel, y me quedé paralizada sin poder moverme con la piel transparente y pálida casi azul. En un momento fue como que si se me veían todos

mis huesos. La mente por primera vez se me puso como vacía, como si hubiera dentro de mí un hueco profundo, interminable y ruidoso, frío y blanco. No tuve ninguna duda que me había cruzado con la muerte o algo parecido a la muerte. Mientras me volvía hacia el grupo por entre el pastizal, sentía como que no pisaba la tierra, como que flotaba, porque mis piernas estaban flojas, me sentía como si fuera un muñeco de trapo que intentaba caminar solo. En ese momento no le dije a nadie lo que me había pasado, porque entendí que era un mensaje destinado solo para mí. Y ese encuentro con la parca me hizo comprender que apenas somos un instante donde las horas y el lugar no son de nadie, sino que son ajenos y siempre será así. Durante varios días y mientras mascábamos hambre en el viaje de Guardia Tacuara hacia San Juan, me propuse pensar solo en el hoy, vivir el día lo más plenamente posible, sin ninguna atadura y mientras caminábamos con las llagas en los talones y en los dedos de los pies, yo iba pensando en otra cosa, me imaginaba que tenía alas y que no pisaba espinas. Me imaginaba que no tenía calor, sino que me daba el viento fresco en la cara. Me imaginaba que no se trataba de un secuestro, sino que se trataba de unas vacaciones a Buenos Aires, ciudad que nunca pude conocer. Y cada palmera, cada espinillo, cada espartillo me parecía que eran angaú edificios de la gran ciudad. Por eso muchas veces las otras mujeres me miraban con desconfianza, me decían que yo era una tarambana, una despistada, una descocada, una inconsciente, y seguramente desde afuera a mí me veían así, pero yo por dentro no sufría, trataba de pasarla lo mejor posible. Es más, muchas veces hacia un esfuerzo para volver a la realidad cuando ellas me

hablaban. Por eso cuando tuve la oportunidad de conocer por primera vez el amor, no dudé ni un segundo en dejarlo entrar, si prácticamente yo estaba seca de todo. Alcibíades fue para mí el agua, el aire, el bastón para que yo siguiera viviendo el momento lo más parecido a un sueño. Sueño que se cumplió el día que nació mi hijo en el Paraguay. Cuando lo escuché llorar entendí que ser tarambana, despistada, descocada, inconsciente para los demás, vale la pena si te sirve para ser un poco más feliz.

Elena, ceremoniosamente se sienta en el suelo y se pone en posicion de parir. Encarnación, Carmen y Victoria la ayudan a dar a luz. Un grito feroz de bebé se escucha. Un trapo muy blanco cubre al niño recien nacido y todas las mujeres lo levantan en alto. El llanto del bebé se transforma en risas, muchas risas, y las risas en música.

ESCENA 8

Entra Jacoba camiando y con una túnica con una cola cubierta de flores y hojas de palmera muy larga que lo sostiene Encarnación, Carmen, Victoria y Elena con su niño en brazos.

JACOBA. —*(Bebe de la petaca.)* Nunca supimos con qué fin el Mariscal López nos mantenía siempre delante de su ejército, más o menos a tres jornadas de distancia.

ELENA. —Cuando nos cambiaba de residencia, era porque también el ejército avanzaba en retirada. Cuando nos trasladábamos de Pirí Be-Guy a Itá Curubí o de San José a Ajó, y luego a Villa Rica, nos dimos cuenta que el ejército comenzaba a desbandarse.

VICTORIA. —Porque nos cruzábamos a cada rato con desertores.

ENCARNACIÓN. —...el tremendo olor a osamenta de animales y de cristianos, nos vaticinaba la derrota del ejército de López.

ELENA. —La noche que Alcibíades se despidió me di cuenta enseguida que sería la última vez que lo vería en mi vida.

CARMEN. —Y el alejamiento de nuestra custodia nos confirmó el fin de la guerra.

JACOBA. —Quedamos solitas las mujeres, y el bebé.

ELENA. —Nos había comentado un coronel brasileño que López había ordenado degollar a todos los desertores y cautivos.

ENCARNACIÓN. —Sin embargo, este coronel, se apiadó de nosotras y nos custodió hasta Asunción.

CARMEN. —Allí encontramos gente amiga, se respiraba aire de júbilo y el regreso a casa estaba cerca.

VICTORIA. — ...A pesar de la felicidad que supuestamente deberíamos sentir porque prácticamente estábamos en casa, un manto de dudas y remordimientos nos maniataba a cada una de nosotras.

ENCARNACIÓN. —Mientras permanecimos en Paraguay, las noticias que nos llegaban de nuestras familias siempre eran falseadas, seguramente a ellas también les pasaría lo mismo, pero nos preguntábamos entre las cuatro paredes del camarote de la Cañonera Brasileña, cerquita ya de Corrientes, ¿cómo enfrentar a nuestros seres queridos, amigos y conocidos luego de soportar todo lo que suportamos?

CARMEN. —¿Cómo explicarles que una de nosotras ha pecado?

ENCARNACIÓN. —... ¿Cómo iban a entender que Elena, a pesar de encontrar el amor, no ha sido feliz?

VICTORIA. —Todas estas preguntas nos sacudían la cabeza como chicotazos y era entonces cuando deseábamos la suerte de Toribia, que decidió dejar sus huesos allá en el destierro.
ENCARNACIÓN. —La verdad en ese momento no teníamos la suficiente fuerza de explicar la vergüenza de vivir en el infierno. Lo único que queríamos en esos momentos era el cielo y el perdón.
CARMEN. —Deseábamos fervientemente que alguien nos limpie de tantos pecados.
ELENA. —No nos atrevimos a mentir, pero tampoco a desparramar la verdad.

Las cinco mujeres desaparecen. Ingresa Andrógino empujando el arcón. Andrógino comienza a juntar las pequeñas mujeres de juguete que se encuentran en algún rincon de la escena.

ANDRÓGINO. —"En aquellos momentos deseaban fervientemente que alguien los limpie de tantos pecados". Todas ellas murieron sin haber comprendido nunca que no habían cometido ningún pecado. "No se atrevieron a mentir, pero tampoco a desparramar la verdad". Es que sus mentes de entonces les impedían comprender que la mentira y la verdad era una manipulación de la forma de pensar de la época en que les tocó vivir.
La cañonera brasileña que traía a las cautivas correntinas llegó alrededor de las siete de la tarde al puerto. *(Comienza a aguardar en el arcón las pequeñas mujeres de juguete.)* El sol había dejado lugar a que la noche entrara a la ciudad, cientos de antorchas se encendieron y formaron un camino desde el puerto hasta la iglesia de la Merced, el camino de antorchas cruzaba por

el medio de la plaza, *(Continúa guardando las pequeñas mujeres de juguete.)* las mujeres comenzaron el peregrinaje luego de haber descendido del barco. Un silencio sepulcral acompañó la marcha hacia la iglesia. Sin embargo, ese silencio hablaba. Ese silencio les decía a las mujeres cuánto las comprendían durante sus cuatro años de cautiverio lejos de sus hogares y seres queridos. Ese silencio les hizo entender que eran bienvenidas, que estaban libres de culpas y pecados, que el pueblo de Corrientes se enorgullecía de ellas y que siempre serían amadas.

JACOBA. —...en esos momentos nos dimos cuenta que la gente había comprendido... nuestro silencio.

ANDRÓGINO. —*(Guarda la última pequeña mujer de juguete en el arcón y lo cierra.)* ... En la ciudad de Corrientes, el 26 de julio de 1926, a la edad de 87 años, falleció la última de las protagonistas de esta historia.

FIN

VOCABULARIO GUARANÍ

1. ANGAÚ: teóricamente, supuestamente, pero con una carga irónica.
2. CHE: mí.
3. TA: morfema indispensable en el interrogativo.
4. CUÑA: mujer.
5. PA: morfema indispensable en el interrogativo.
6. MAL PEINADA: regionalismo que se usa para referirse a una mujer ligera.
7. TETEREG: templor corporal producto del placer y el vértigo.
8. ANGÁ: pobrecito.
9. CATÚ o KATÚ: acentúa una afirmación.
10. EY CHUPÉ: según dijo él.

DIEGO ARAUJO

SEGUNDOS DE BELLEZA

FICCIONES

CHUBUT

Diego Araujo nació en en La Matanza, provincia de Buenos Aires. Hace años reside en Lago Puelo, provincia de Chubut. Es músico, compositor, dramaturgo y docente. En música compuso obras de cámara, obras para piano y diferentes ensambles vocales e instrumentales. De su producción musical se encuentran publicados los EP *Abstracto-Concreto* y *Abstracto-Concreto II*, que forman parte de una serie de obras compuestas para pinturas de gran formato. En teatro es autor de obras que cruzan dramatúrgicamente el lenguaje teatral y el lenguaje musical. De su producción se destacan: *Segundos de belleza, Ficciones, Mientras te espero -Concierto de piano teatralizado-, Gustav -Sinfonía teatral-*, obra seleccionada en la provincia de Chubut para la 32º Fiesta Nacional del Teatro (Mendoza 2017) y *Cuando la memoria -Sinfonía Teatral-, Postludio-Antes del final –Pieza breve–*.

SEGUNDOS DE BELLEZA

1. SÍNTESIS

Amy es una chica solitaria que vive en un lugar vacío. Ella no sabe desde cuándo habita ese lugar, ni cómo era antes. Sólo conoce su presente y lo descubre a cada instante. Luego, por las noches, cuando todo se torna oscuro, se cierra un ciclo para volver a comenzar exactamente igual la mañana siguiente. Amy quedó atrapada en un bucle del tiempo. Por las tardes parece comprender su situación y busca una salida, pero no lo logra. Pronto llega la noche y con ella la repetición del ciclo.
Una mañana Amy despierta y encuentra una flor roja. Imposible saber su procedencia. Por la tarde comprende que la flor también quedó atrapada en un bucle del tiempo. Pronto llega la noche y con la oscuridad todo vuelve a comenzar. A la mañana siguiente Amy no está sola, la flor sigue allí. Amy experimenta una sensación nueva, encontrar la flor es un *déjà vu* que la moviliza. Por la tarde comprende que la flor es importante en su vida. La noche llega para repetir el ciclo.
Con el correr de los días Amy experimenta cada mañana al encontrar a la flor un déjà vu más completo. Comprende que esa sensación agradable que le produce el *déjà vu* se relaciona con lo que vive cada día y con la relación que establece con la flor. Una relación particular que se vuelve cada vez más importante y que modificará el curso de las cosas.

2. ESTRUCTURA DRAMÁTICA

La obra tomará la estructura de un rondó en dónde cada escena repetirá acciones, situaciones y textos, alternándolos con material nuevo (A – B – A – C – A.) La música se propone como sub texto y recreará formas y ambientes dando lugar a un tipo de poesía sin palabras de múltiples interpretaciones que dialogará con los textos y las escenas.

3. PERSONAJES

AMY. La protagonista de la historia. Una mujer joven con alma de niña. Emana un halo de misterio, tiene un hablar dulce y pausado. Es dueña de un humor inocente. Extremadamente sensible y perceptiva. No recuerda su pasado y cree firmemente no pertenecer al mundo que habita. Es detallista y muy exigente con ella misma. Es soñadora y un poco melancólica.

FLOR. Es una gerbera roja. Es muy atenta y comprensiva. Posee una sabiduría extraordinaria. Le gusta contemplar a Amy. Tiene un humor particular. Es dueña de una gran memoria. No habla.

TEMA A

Una habitación despojada. Una cama y una ventana. Una valija al costado de la cama. Comienza "Mundo extraño". La luz que entra por la ventana ilumina lentamente la cama hasta llegar a los ojos cerrados de Amy. La despierta suavemente. Ella se estira y luego parece abrazar al aire. Sale de su cama. Recorre el espacio. Mira por la ventana. Suspira. Luego busca algo en su valija. Saca una pequeña tetera y una taza, prepara el té. Luego se sienta y lo bebé delicadamente. Comienza a caer la luz que entra por la ventana. Amy saca una libreta con tapa azul. Se acerca a la ventana como buscando algo. Quisiera escribir. La luz se vuelve cada vez más tenue. Amy se sienta en su cama. Parece triste o preocupada. Un hilo de luz le ilumina el rostro por unos segundos. Todo se oscurece.

AMY. *—(Con un hilo de luz en el rostro.)* Catorce... hoy fueron catorce. Catorce segundos... Tengo que recordarlo... Catorce segundos...

TEMA B

Comienza "Puede pasar". Una suave y cálida luz cenital ilumina poco a poco a la flor. Su aparición no interrumpe el sueño de Amy. Por detrás de la flor pasan cosas mágicas. La flor también quedó atrapada en el bucle de tiempo.

FLOR. *—(Con un hilo de luz que ilumina su cara roja.)* **...** *(Quisiera decir "hola", pero no habla.)*

TEMA A

Comienza "Mundo extraño" (desde A tempo). La luz que entra por la ventana ilumina lentamente la cama hasta llegar a los ojos cerrados de Amy. La despierta suavemente. Ella se estira y luego parece abrazar al aire. Sale de su cama. Recorre el espacio. Mira por la ventana. Suspira. Luego busca algo en su valija. Saca una pequeña tetera y una taza, prepara el té. Luego se sienta y lo bebe delicadamente. Comienza a caer la luz que entra por la ventana. Amy saca una libreta con tapa azul. Se acerca a la ventana como buscando algo. Quisiera escribir. En ese instante descubre a la flor. La luz se vuelve cada vez más tenue. Amy se acuesta boca abajo mirando cara a cara a la flor. La contempla y es contemplada por ella. Parece confundida. Sonríe. Un hilo de luz le ilumina el rostro por unos segundos. Todo se oscurece.

AMY. —*(Con un hilo de luz que ilumina su rostro y el de la flor.)* Doce... hoy fueron doce. Doce segundos... Tengo que recordarlo... doce segundos... y vos... ¿cómo no te había visto...? No fueron doce segundos... fueron veinte. Me sumaste ocho segundos. Tengo que recordarlo... veinte segundos. ¡Veinte segundos!

TEMA C

AMY. —*(Es la hora de la siesta. Amy se encuentra observando a la flor. Luego de unos instantes la ubica en un lugar con luz. La contempla.)* ¿Y vos cómo llegaste acá...? ¿Cómo te llamás? *(La rodea caminando y mirándola con detenimiento. La flor permanece en silencio, expectante.)* Parece que no sos muy conversadora... mmm. Mi nombre es Amy... *(Repentinamente Amy tiene una ocurrencia, busca*

algo en su valija.) ¡Vamos a tomar el té! Las dos... vos y yo... ¿te gusta el té no...? *(Espera una respuesta.)* ¡Bien... a mí también! Con dos cucharaditas de azúcar.

Amy prepara el té. Realiza la misma ceremonia de todos los días. Se sienta frente a la flor. Le sirve una taza y espera.

FLOR. —...

AMY. —Tené cuidado que está caliente. Hay que esperar un poquito... *(Amy tomá un sorbito de su té.)* ¿Vos sabés en dónde estamos no? Parece que estamos atrapadas. Tengo la sensación de que esto ya lo he vivido. Pero no estoy segura si vos... no creo que no. *(Sigue bebiendo de a sorbitos su té. Mira con detenimiento a la flor.)* Qué raro que es todo esto... y ahora vos... no sos de hablar mucho ¿no...? ¿Cómo decís...? *(Amy se sobresalta, parece haber recordado algo.)* ¡Eso! ¡Ya sé! Estamos atrapadas en un bucle de tiempo. Imposible salir... *(Agitada.)* No hay mucho tiempo... tenemos que juntar segundos, pronto todo se oscurecerá. ¡Dejá ese té! No lo tomaste caliente, frío te va a gustar menos.... a ver... vení... No te quedes ahí quieta... te busco. *(Pone a la flor cerca de la ventana y saca su cuaderno.)* Ponete acá... si, así. Sos bien linda vos... ¡Qué bueno!

Comienza "La hora de la siesta". Amy contempla a la flor desde cierta distancia. Sonríe.

FLOR. —...

AMY. —No me mires así... que suerte que llegaste. Hoy vamos a tener un récord. Según mis cálculos ya vamos ¡veintisiete

segundos! Y eso que lo del té no funcionó. Pero sos muy linda vos... *(Comienza a oscurecerse el espacio.)* ya se está terminando... pronto estaremos completamente a oscuras.... ¡cuarenta y nueve! Cuarenta y nueve segundos... ¡nunca tuve tantos! *(Sólo un hilo de luz ilumina el rostro de Amy y el de la flor. Todo se vuelve oscuro.)* ¡Cincuenta y ocho! ¡Cincuenta y ocho segundos! Es increíble... es increíble...

TEMA A

Comienza "Mundo extraño" (desde al segno y hasta el final). La luz que entra por la ventana ilumina lentamente la cama hasta llegar a los ojos cerrados de Amy. La despierta suavemente. Ella se estira y luego parece abrazar al aire. Sale de su cama. Recorre el espacio. Mira por la ventana. Suspira. Luego busca algo en su valija. Saca una pequeña tetera y una taza, prepara el té. Luego se sienta y lo bebe delicadamente. Comienza a caer la luz que entra por la ventana. Amy saca una libreta con tapa azul. Se acerca a la ventana como buscando algo. Quisiera escribir. En ese instante descubre a la flor. La luz se vuelve cada vez más tenue. Amy se acuesta boca abajo mirando cara a cara a la flor. La contempla y es contemplada por ella. Parece confundida. Sonríe. Un hilo de luz le ilumina el rostro por unos segundos. Todo se oscurece.

AMY. —*(Con un hilo de luz que ilumina su rostro y el de la flor.)* Tengo la sensación de haber vivido todo esto. De haberte conocido... ¿Cuántos segundos...? ¿ochenta y tres? Es un montón... Ochenta y tres... Ochen ta y tresss...

TEMA D

Amy se encuentra mirando a la flor desde la cama. Sentada. La contempla y luego le habla.

AMY. —Siempre es igual... me doy cuenta tarde. Pero cada día pasa lo mismo... creo que estamos atrapadas... Sí. Vos también... primero llegué yo, no sé bien cómo pasó. Luego, misteriosamente apareciste vos... A ver... mirame... no te pongas triste. A mí me gustó mucho que aparezcas.

FLOR. —...

AMY. —¡Claro que sería mejor estar en otro lugar! ... pero ahora al menos estamos juntas. Te conozco. Me conocés. A esta hora llega una luz muy agradable... vení... te voy a poner aquí. ¿Estás mejor...? ¿Pasó un poquito la tristeza...?

FLOR. —...

AMY. —¿Sabés cuál es el secreto...? Ser honestas. Vos conmigo y yo con vos. Y sobre todo... ser honestas con una misma.

FLOR. —...

AMY. —Te quedaste callada... pensando. A esta hora, al atardecer, ya no es momento de pensar mucho... es momento de sentir. Pronto todo se volverá oscuro otra vez y si pasamos nuestro tiempo pensando demasiado nos perdemos la oportunidad de sentir. *(Amy se acerca a la flor y le dice en voz muy baja.)* ¡Me gusta mucho tu color rojo!

FLOR. —*(Se sonroja.)* ...

AMY. —*(Le habla a la flor, pero mira hacia la ventana.)* Llega el momento en que nos damos cuenta. Abrimos los ojos... la verdad es que da un poco de miedo a veces. ¡Pero hay que ser valiente!

FLOR. —*(Se sonríe y parece iluminarse.)* ...

AMY. —*(Busca su cuaderno y se acerca a la flor.)* Lo tengo todo anotado aquí. Cada atardecer comprendo en dónde estamos, entonces sólo me ocupo de lo importante. De sentir. ¿Sabés lo que hago?

FLOR. —*(Quisiera responderle con un "montoncito" con la mano, pero no tiene manos.)* ...

AMY. —...colecciono segundos de belleza. Te voy a enseñar cómo se hace. Te va a gustar. Primero tenés que imaginar una escena. Después la armás prestando muy especial atención a cada detalle. Hay que ser sumamente cuidadosas, en los detalles más sutiles está la diferencia. Cuando todo está listo tenés que sentarte, acostarte o quedarte de pie... bueno vos... así como estás ahora...

FLOR. —...

AMY. —... tenés que controlar tu respiración, sentirla. Luego sólo es contemplar la escena y tratar de guardar y recordar cada segundo.

FLOR. —...

AMY. —*(Con cierta resignación.)* Cuando todo se pone oscuro caemos en el olvido. *(Recupera ánimo.)* ¡Creo que descubrí como hacerle burla al olvido! La belleza que contemplamos de alguna manera queda en algún lugar nuestro. Algunas mañanas al despertar y re-descubrir este lugar tuve la sensación de "ya haber vivido esto", luego a la hora del té, mientras lo preparo, también suele acontecerme la misma sensación. Es extraño...

FLOR. —...

AMY. —Hagamos la prueba... preparemos una escena. Contemplemos la belleza. Tratemos de hacerle una burla al olvido... vení, vení...

Comienza "Algo de Amy". Amy prepara una escena con la luz del atardecer, el juego de té, su cuaderno y la flor. Con el último acorde todo se oscurece.

TEMA A

Comienza "Mundo extraño" (desde A tempo hasta el final)). La luz que entra por la ventana ilumina lentamente la cama hasta llegar a los ojos cerrados de Amy. La despierta suavemente. Ella se estira y luego parece abrazar al aire. Sale de su cama. Recorre el espacio. Mira por la ventana. Busca su cuaderno en la valija, lo mira página por página. Comienza a caer la luz que entra por la ventana. Se acerca a la ventana como buscando algo. Quisiera escribir. En ese instante descubre a la flor. La luz se vuelve cada vez más tenue. Amy se acuesta boca abajo mirando cara a cara a la flor. La contempla y es contemplada por ella. Parece confundida. Sonríe. Un hilo de luz le ilumina el rostro por unos segundos. Todo se oscurece.

AMY. —*(Con un hilo de luz que ilumina su rostro y el de la flor.)* Tengo la sensación de haber vivido todo esto. De haberte conocido... *(Mira en su cuaderno.)* ¿Cuántos segundos...? ¿ciento noventa y dos? Es un montón... Ciento noventa y dos... Ciento novennnn ta y dosss *(Todo se oscurece.)*

TEMA E

Amy se encuentra a la hora de la siesta hablando con la flor. Están una al lado de la otra. Se miran. Se contemplan.

AMY. —¿Sabés? sos muy linda vos, creo que ya te lo dije alguna vez... Tu presencia alegra este ambiente.

FLOR. —...

AMY. —Es lindo que hayas aparecido... creo que de alguna manera te estuve buscando... No... no te pongas así... no te sonrojes... creo que alguna vez leí algo así... Te buscaba y llegaste... Tengo esa sensación, como de ya haber vivido decir esa frase. Qué extraño todo...

FLOR. —...

AMY. —Estás seria hoy... ¿te preocupa algo? Mmm... a esta hora me dan ganas de escuchar música. Muchas ganas. Este lugar es tan silencioso. ¿Te diste cuenta? Claro... sí, lo sé. A vos también te gusta la música. Cada vez que me doy cuenta de la ausencia de la música me da una sensación acá... no sé, angustia quizás. Es como extrañar algo que no conocemos. Es extraño. No debería suceder, sin embargo, me pasa eso... ¿a vos también? Qué coincidencia... Extraño realmente... Es algo irreal, pero el sentimiento es real. Me angustia... y cuando me angustio pienso... y cuando pienso...

FLOR. —*(La observa con una mirada tierna.)* ...

AMY. —... cuando pienso me vuelvo apocalíptica y melancólica...

FLOR. —...

AMY. —...pienso que cuando llegue la noche, la oscuridad... todo se va a acabar y te voy a extrañar. Y recién te conozco. Y sos una flor. Y ni siquiera podré recordar que te conocí. Me va a pasar

como con la música, voy a extrañar algo irreal, pero la angustia de extrañarte será muy real.

FLOR. —*(Se queda mirando a Amy, quisiera decirle algo que la consuele. Quisiera acariciarla. Pero no puede. No tiene manos. No habla.)* ...

AMY. —*(Comienza a oscurecer.)* ¿Tenés miedo?

FLOR. —*(Quisiera decir que sí, que tiene miedo.)* ...

AMY. —No tengas miedo. Tenemos que ser valientes. Ahora lo más importante es que estás conmigo y yo estoy con vos. Esa es nuestra fuerza. Lo que pase después... lo que pase después no importa.

FLOR. —...

AMY. —*(Se para y lleva a la flor con ella cerca de la ventana.)* Hagamos un juego... Vos tenés que cantar una melodía y yo te acompaño con... con este instrumento... *(Saca un largo pañuelo de su valija.)*

FLOR. —*(Entusiasmada con la idea sonríe.)* ...

AMY. —...y nos quedamos haciendo música. Vos con tus melodías y yo con las mías. Juntas hacemos algo nuevo. Algo nuestro. Y seguimos... no nos vamos a detener cuando todo esté oscuro. Porque no tendremos miedo. ¿No?

FLOR. —*(Quisiera responderle. Está feliz.)* ...

AMY. —*(Contempla a la flor y sus ojos brillan. Sonríe.)* Vamos... dale... comenzá... te sigo.

FLOR. —...

AMY. —Te cuento un secreto... ¡es muy linda esa melodía tuya!

FLOR. —*(Se sonroja un poco.)* ...

AMY. —A ver si te gusta esta melodía mía...

FLOR. —*(Sonríe con la melodía de Amy.)* ...

AMY. —... ahora vamos juntas. ¿Dale?

Comienzan a tocar una melodía sin voz y sin instrumentos. Sin sonidos. Sólo la escuchan ellas. Todo se vuelve oscuro. Comienza "Aria da capo".

TEMA A

La escena se desarrolla en completo silencio. La luz que entra por la ventana ilumina lentamente la cama hasta llegar a los ojos cerrados de Amy. La despierta suavemente. Ella se estira y luego parece abrazar al aire. Sale de su cama. Recorre el espacio. Mira por la ventana. Busca su cuaderno en la valija, lo mira página por página. Comienza a caer la luz que entra por la ventana. Se acerca a la ventana como buscando algo. Quisiera escribir. Pronto se da cuenta que algo falta. La luz se vuelve cada vez más tenue. Amy se da cuenta que la flor no está, desesperada busca por todas partes. Parece confundida. Triste. Finalmente descubre a la flor debajo de un largo pañuelo. La destapa suavemente.

AMY. —*(Con un hilo de luz que ilumina su rostro y el de la flor.)* Tengo la sensación de haber vivido todo esto. De haberte conocido... De haberte perdido... ¡Qué tristeza! Por suerte estás acá, conmigo. *(Mira en su cuaderno.)* ¿Cuántos segundos...? ¡Nos olvidamos de anotar los segundos! ¡Estuvimos muy distraídas! No te rías... tenemos que ser más organizadas con esto. Es importante. Son nuestros segundos de belleza los que nos traen esa sensación de ya haber vivido algo. Esos segundos son nuestro secreto. Nuestra burla al olvido. Es algo muy nuestro, intangible y real. *(Todo se oscurece.)*

FLOR. —...

TEMA F

Amy y la flor se encuentran jugando a la hora de la siesta.

AMY. —*(Se encuentra sentada en la cama, leyendo su cuaderno de tapa azul. Levanta la vista y mira a la flor que se encuentra un tanto alejada.)* ¡Ya sé! Hagamos un juego.

FLOR. —*(Sorprendida.)* ...

AMY. —A ver... a ver... ¡Juguemos a que yo soy una periodista y vos una artista! ¡Ja! me salió en versito... Te voy a realizar un reportaje... te anuncio y entrás al estudio toda pomposa...

FLOR. —...

AMY. —¡Dale, dale...! no seas aburrida. Vení. Vos ponete acá...

Amy organiza el espacio para comenzar el juego.

AMY. —*(Poniendo voz de periodista.)* ¡Buenas tardes, bienvenidas y bienvenidos a una nueva emisión de...! (¿Cómo le ponemos al programa? ¿qué nombre?) ¡Bienvenidas y bienvenidos a una nueva emisión de "Conociendo a las estrellas"! En nuestro programa de hoy tenemos una invitada de lujo... Su sola presencia embellece el lugar. Su sola presencia alegra el ambiente... ¡Un fuerte aplauso para recibir a la Srta. Ger Bera!

FLOR. —*(Amy acompaña la entrada triunfal de la flor. La flor sonríe, le gusta el juego.)* ...

AMY. —¡Bienvenida a nuestro programa! En este momento oyentes de todo el planeta están dejando de hacer sus cosas para escuchar con atención a la artista del momento... Cuéntenos por favor, como vive su relación con el público...

FLOR. —*(Compenetrada en su personaje.)* ...

AMY. —Ahá... entiendo. Usted no imaginó esto. Lo suyo simplemente fue entregarse al arte, sentirlo. Vivirlo intensamente. ¡Qué interesante...! ¿y viene de familia de artistas?

FLOR. —...

AMY. —*(Siempre en su papel de entrevistadora, se ríe sonoramente.)* ¡Ja, ja, já! ¡Qué ocurrente! ¡Un aplauso por favor...! ¡Gracias...! Entonces Usted es la primera artista en su familia. ¿Sabe? muchas personas que hoy me crucé, sabiendo que iba a entrevistarla, me pedían que le haga una pregunta... me pedían: "¡Amy, preguntale si el color rojo intenso es natural...!" ¿Díganos, es ese su color natural? ¿Qué secretos de belleza guarda?

FLOR. —*(La flor, divertida, pone cara de enojada.)* ...

AMY. —*(Sorprendida ante la respuesta. Incómoda.)* ¡Ejém...! bueno... no lo tome así. Simplemente le transmito una inquietud de su público... no es para que... *(Parece interrumpida por la flor.)* Sí, sí... es verdad. Pero sepa comprender... *(La flor parece enojada...)* ¡No! ¿Cómo le faltaríamos el respeto...? Entienda que sólo hacemos periodismo... le preguntamos las cosas que la gente quiere saber... *(La flor parece increparla.)* ¿Cómo qué gente? ¡Su público...! Sólo queríamos saber si su col.... *(La flor parece interrumpirla...)*

FLOR. —*(Se levanta y se va del estudio.)* ...

AMY. —¡Por favor...! no se retire... Le pido disculpas... sinceras disculpas...

FLOR. —*(La flor se detiene. Vuelve al estudio.)* ...

AMY. —Tratemos de salir de este mal momento... ¿Nos regala una canción? ¿Sí...? ¡Qué generosa! La presentaré.

Amy prepara el escenario cerca de la ventana, aprovecha las últimas luces que entran para iluminar a la "artista".

AMY. —Estimado público, para nosotros es un honor presentar en (¿cómo era el nombre del programa...? ¡Ah sí, sí!) "Conociendo a las estrellas" a Ger Bera en la interpretación de esta maravillosa canción. ¡Fuerte ese aplauso!

Luego del aplauso de Amy comienza Todas las estrellas Amy se acuesta muy cerca de la flor para oírla cantar. El último hilo de luz ilumina el rostro de Amy y el de la flor.

AMY. —¡Qué divertido! ¡Qué lindo jugar con vos! Me encantó... Voy a conservar este hermoso momento. Fueron muchos segundos. Muchos y muy bellos. Qué lindo regalo me hiciste....
FLOR. —...
AMY. —...bueno. Nos hicimos. El regalo es de las dos. ¿Sabés...? Sos muy linda vos...

Todo se oscurece.

TEMA A

Comienza "Mundo extraño" (desde A tempo.) La luz que entra por la ventana ilumina lentamente la cama hasta llegar a los ojos cerrados de Amy. La despierta suavemente. Ella se estira y luego parece abrazar al aire. Sale de su cama. Recorre el espacio. Mira por la ventana. Suspira. Luego busca algo en su valija. Saca una pequeña tetera y una taza, prepara el té. Luego se sienta y lo bebe delicadamente. Comienza a caer la luz que entra por la ventana. Amy saca una libreta con tapa azul. Se acerca a la ventana como buscando algo. Quisiera escribir. En ese instante descubre a la flor. Sonríe. La luz se vuelve cada vez más tenue.

Amy se acuesta boca abajo mirando cara a cara a la flor. La contempla y es contemplada por ella. Parece feliz. Sonríe. Un hilo de luz le ilumina el rostro por unos segundos. Todo se oscurece.

TEMA G

Amy y la flor se encuentran cara a cara. Se contemplan. Parecen congeladas de la escena anterior.

AMY. —*(Muy dulcemente.)* Tengo la sensación de ya haber vivido esto... Sin embargo, es algo nuevo. ¿Cómo te llamás? ¿Cómo llegaste hasta acá? Parece que no sos muy conversadora... mmm. Mi nombre es Amy... *(Repentinamente Amy parece recordar algo.)*

FLOR. —...

AMY. —No quiero perderte. Es extraño todo esto... Algo intangible pero real. Dos palabras que generalmente no van juntas.

FLOR. —*(Pensativa mira a Amy.)* ...

AMY. —...está bien. No entraré en modo melancólico. Pronto llegará la oscuridad. Tenemos que preparar una linda escena. ¿Qué se te ocurre?

FLOR. —*(Quisiera decir algo, pero no habla.)* ...

AMY. —A ver... ¡Ya lo sé! Vayamos las dos a la ventana. Nos quedamos debajo de esa cálida luz del atardecer. Cerramos nuestros ojos y apenas nos tocamos. Apenas mantenemos un leve roce, pero a través de ese contacto nos comunicamos hasta lo más profundo de cada una. Luego pedimos un deseo. Con todas nuestras fuerzas. Pedimos algo que nos haga felices. MUY felices.

FLOR. —*(Parece iluminarse.)* ...

AMY. —Vamos... van a ser nuestros mejores segundos de belleza. Estoy segura. Lo siento. ¿Vos también? ¡Qué linda coincidencia!

FLOR. —*(Contempla con ternura a Amy.)* ...

AMY. —Vení... ¿Estás lista? Dale... Listas, preparadas... ¡Ya! (No digas tu deseo... así se cumple.)

FLOR. —*(La flor pide su deseo con mucha intensidad. Bajan lentamente las luces y acompaña la escena. Comienza "Lo intangible y lo real")* ...

AMY. —*(Al finalizar la música todo está oscuro y se escucha la voz de Amy.)* ¡Qué hermoso momento! De los más hermosos que recuerdo... ¿Sabés...? Sos muy linda vos....

TEMA A

Una habitación despojada. Una cama y una ventana. Una valija al costado de la cama. Comienza Extraño mundo. La luz que entra por la ventana ilumina lentamente la cama hasta llegar a la cara roja de la flor. La despierta suavemente. Ella se estira y luego parece abrazar al aire. Quisiera salir de su cama. Quisiera recorrer el espacio. Mira por la ventana. Suspira. Luego busca algo en la habitación. Mira una pequeña tetera y una taza. Comienza a caer la luz que entra por la ventana. Observa una libreta con tapa azul. Mira hacia la ventana como buscando algo. Quisiera escribir. La luz se vuelve cada vez más tenue. Mira la cama. Parece sonreír melancólicamente. Un hilo de luz le ilumina el rostro por unos segundos. Todo se oscurece. Cadencia.

AMY. —*(Se encuentra sentada en su cama. Parece hablarle a la libreta azul que tiene entre sus manos.)* Quiero contarte algunos segundos de belleza de este día. Quizás no sea una gran historia. Durante

parte de mi vida sentí estar atrapada en un bucle de tiempo. Todo se repetía cada día, pero en algún momento alguien deseó que pueda salir de ese laberinto temporal. Fue un deseo tan intenso, tan genuino y desinteresado, tan amoroso... ese deseo se hizo realidad. Hoy compré una flor, una gerbera. ¡Son tan lindas! Te alegra el ambiente. Una sola basta. Son hermosas. Colecciono segundos de belleza para hacerle burla al tiempo. No comprender al tiempo trae algunas complicaciones. Tengo un regalo para vos. Todos estos segundos de belleza. Bellezas de todo tipo. Son para vos. Mañana cuando te despiertes y todo comience, algo habrá cambiado. Tendrás esa sensación... dirás "Creo que ya he vivido esto". Será una linda sensación. Algo intangible... pero real.

FIN

Para acceder a las partituras referidas en la obra:
https://drive.google.com/open?id=1-FEnCP53X591pedHunABI863pGXPEqUf&usp=drive_fs

FICCIONES

PERSONAJES

HELENA
HORACIO
EDITOR

I. PEQUEÑA FICCIÓN AUTOBIOGRÁFICA

La escena comienza con cuatro golpes (Horacio es quien golpea sobre la mesa disimuladamente), inmediatamente después de los golpes se inicia una música que es tocada por músicos callejeros, los cuales se ven a través de la ventana de la habitación.

Horacio avanza hacia la puerta y luego al escuchar la música, cambia de rumbo y se dirige a la ventana. Antes de ir a abrir la puerta destapa la máquina de escribir y la silla en donde trabaja. Mira su reloj, apura sus movimientos y se dirige a Helena (quien se encontraba sentada esperando en estado neutro), la ubica de pie en una parte del cuarto y le da una hoja mecanografiada.

Acomoda una silla enfrente a Helena y se dirige a la puerta para recibir al Editor. Antes de abrir, se da cuenta de que le falta una hoja, la toma rápidamente de la máquina de escribir y apura el paso hacia la puerta. Antes de abrir vuelve a mirar su reloj. Abre la puerta, toma al Editor del brazo y de los hombros y lo ubica en la silla, luego le pone en sus manos la hoja mecanografiada. Por último se ubica él y al finalizar la música Helena comienza con la lectura del texto. (Estas acciones deben estar claras y se conectan con el final de la obra.)

HELENA. —*(Lee. Sobreactuando.)* Si todo comenzara cuando se enciende un cigarro, con la pequeña llama inicial en el extremo de ese cilindro de papel relleno con finas hebras de espera. Si el universo todo comenzara con esa primera pitada y los amores sólo fuesen recuerdos atrapados en las memorias de las personas quebradas que habitan este lugar con mesas de olvido. Si toda la existencia durara lo que tarda en consumirse el tabaco abandonado en un sucio cenicero de metal, liberando su pequeño y sutil hilo de humo a un cielo húmedo. Si la vida fuese eso y sólo eso, el sabor de conocerte colmaría mi ser inhalando tus besos, tu pelo en la almohada una mañana y tu hombro desnudo, suave y eterno. Pero luego exhalaría esa felicidad con la angustia inevitable de quienes no se resignan al paso del tiempo, a la muerte por olvido y a la muerte por falta de amor, que es la peor de todas las muertes. Y el ciclo se repetiría por el tiempo que tardan en consumirse las hebras de espera y los amores atrapados en la memoria de una persona sin rostro, en una mesa de olvido. *(Termina la lectura. Mirando a Horacio fijamente.)* Le juro que me conmueve... *(Se queda repasando fragmentos del texto.)*

EDITOR. —*(Lee en tono burlón, una nota en la hoja mecanografiada que le había dado Horacio al comienzo.)* Aviso importante para la lectora: los sucesos y personajes que se relatan a continuación son ficticios, producto de una mente afiebrada o destemplada a causa de la falta de descanso y una cerrazón de ánimo propia de oscuridades pequeñas.

HORACIO. —*(Casi abstraído en sus pensamientos y mirando a Helena fijamente.)* 848 caracteres sin espacios. 1.040 caracteres con espacios. 193 palabras. 2 párrafos.

EDITOR. —*(Asqueado por la escena, escribe en un pequeño cuaderno de apuntes.)* Nótese en el final de la última oración de este "aviso importante", la innecesaria descripción "¿poética?" que el escritor realiza tratando de posicionarse como alguien atormentado y ávido de expresar su sentir de forma artística.

HORACIO. —*(Preocupado por la observación del Editor, busca otro papel.)* Vea... tengo algo más escrito... puede interesarle...

EDITOR. —*(Corta abruptamente a Horacio y con un gesto le ordena que se apure.)* Vamos hombre... ¡Caramba! que no tengo todo el día para usted...

HORACIO. —*(Toma el papel y lee. Aleatoriamente el Editor lo corta y lo obliga a avanzar en el texto.)* Las mañanas y las tardes Antoine pasaba sus horas en la vieja casona, trabajando o estudiando. La vida diurna era bien luminosa, con aromas de jazmines en primavera y de azahares en invierno...

EDITOR. —*(Con tono burlón.)* ¡Pero caramba! Mantenga la decencia... ¿qué tipo de ordinaria descripción costumbrista intenta realizar?

HORACIO. —*(Intenta continuar con la lectura, Helena se acerca y pone sus manos sobre los hombros de Horacio.)* Como el resto de las personas jóvenes, Antoine tenía sueños y esperanzas. Sin embargo, no se decidía por un camino, por un sueño. Una tarde, mientras hablaban de estos temas con Clément, este le dijo: "Vos podés ser lo que quieras".

EDITOR. —*(Escribe en su libreta y lee en voz alta.)* Espantoso uso de los modismos y regionalismos. Utiliza nombres en lengua extranjera precedidos por el voseo dialectal americano. ¡Es un espanto!

HELENA. —*(Toma la hoja e intenta convencer con su interpretación y lectura al Editor.)* Esas palabras resonaron con fuerza en Antoine, las sintió sabias y con múltiples interpretaciones, casi como un oráculo. También se ajustaban a su indecisión y le permitían avanzar aún sin elegir.

EDITOR. —*(Interrumpe a Helena.)* Hasta aquí podemos leer cómo el escritor busca la descripción de un contexto para sus personajes, apelando a lugares comunes, figuras poéticas trilladas y con la pretensión snob de plantear una dicotomía en el personaje principal. Realmente me gustaría saber si usted es así normalmente o se esfuerza para ahondar en su mediocridad...

HELENA. —*(Mira al Editor y continúa leyendo.)* "Finalizada la época de estudios, Antoine se empleó en los más diferentes trabajos, casi como un Heracles de barrio, cumplió con las 12 tareas que alguna divinidad menor le había impuesto en su inconsciente."

HORACIO. —*(Continuando con el texto.)* Fue así que como vendedor ambulante ofrecía utensilios para la cocina *(Helena interrumpe gritando.)*

HELENA. —*(A plena voz interrumpiendo a Horacio.)* "¡Señora! Cucharas, cucharitas y cucharón, renueve su cocina aprovechando este ofertón"."Tenedores y cuchillos... accesibles a su bolsillo".

HORACIO. —*(Sorprendido y avergonzado por Helena.)* ...fue chofer de personas sin rostro y de otras que usaban capuchas, cabalgó arriando ganado ajeno por bastas llanuras...

HELENA. —*(Lee y mira seductoramente a Horacio.)* ...fue fotógrafo de domas y también de eventos sociales que se repetían hasta el hartazgo, cantó en oficios religiosos, limpió baños y galpones llenos de pulgas (uuuuhchi), organizó sistemas burocráticos de selección y clasificación de documentos inservibles...

HORACIO. —*(Tratando de seducir a Helena.)* ...se convirtió en maestro sin guardapolvo, defendió causas perdidas.

HELENA. —*(Risueña.)* ...alegró fiestas de jubilados, fue técnico de grabación...

HORACIO. — ...y también fue escritor. Quizás hubo más oficios y tareas, porque tan grande... *(Es interrumpido por el Editor.)* era la indecisión de Horacio sobre el sueño a seguir, que los caminos se abrían a todas direcciones.

EDITOR. —*(Fastidiado, escribe en su libreta sin levantar la vista.)* ¡Pero por favor! ¡Basta...! Lamentable utilización del mito clásico de los 12 trabajos de Heracles en una referencia innecesaria, carente de gracia y que no hace más que llenar el espacio con palabras que nada aportan a la historia.

HORACIO. —Fueron 2.312 caracteres sin espacios y...

EDITOR. —¡Deténgase! Es usted un extravagante e inservible. Y esa manía espantosa de llevar cuentas ridículas... Podría dignarse a trabajar decentemente pero no... Prefiere ser un fracasado. Alguien que nada aporta a la sociedad. ¡Mírese! Ese aspecto decadente y rancio que tiene. Y este lugar espantoso... una pocilga.

HELENA. —*(Indignada con el embate del Editor.)* ¡Usted es un patán!

EDITOR. —*(Continúa sin prestar atención a Helena.)* Si por mí fuera, lo abandonaría a su suerte, sin la invaluable ayuda de la Compañía de Escritores Nóveles. Pero tengo el don de gente... no como otros... y otras...

HELENA. —¡Ah no, compadrito! ¡No te lo permito!

EDITOR. —*(Sin prestarle atención a Helena.)* Vea... le voy a dar una última oportunidad y también un ultimátum... Tiene 48 horas

para terminar el escrito que le fuese encargado oportunamente. Sí en ese lapso usted no termina el trabajo, toda asistencia económica y de otro tipo, que la Compañía le suministra desinteresadamente, llegará a su fin. Usted quedará solo, abandonado a su suerte y como bien sabemos... su suerte es minúscula. Ínfima. Inexistente.

HELENA. —¡Pero 48 horas es muy poco tiempo para terminar semejante trabajo!

HORACIO. —48 horas son 2.880 minutos...

EDITOR. —Horacio... preste atención... tiene 48 horas para terminar este trabajo. Recuerde, 48 horas. Ni un segundo más...

HORACIO. —...y 172.800 segundos...

EDITOR. —*(El Editor se dirige a la puerta, mira amenazante a Horacio.)* 48 horas para que termine, a menos que quiera habitar por siempre el fracaso y la desolación de su insignificante existencia. ¡48 horas!

El Editor se va con un portazo, Helena abraza a Horacio. Este disfruta del abrazo unos instantes y luego se sumerge en una observación.

HORACIO. —*(Aún abrazado a Helena.)* ¿Se dio cuenta...? ...cada tres pasos hace un pequeño salto...

HELENA. —*(Suelta a Horacio repentinamente.)* ¡Ay Horacio! ¿Cómo es que observa esas cosas siempre?

HORACIO. —No puedo evitarlo, tengo buena memoria para esos detalles...

HELENA. —Más que buena memoria parece que tuvieras un Trastorno Obsesivo Compulsivo.

HORACIO. —No sé que es eso... T.O.C. 3 letras... El Editor cuando golpea la puerta siempre lo hace con 3 tocs juntos y uno separado... ¿Te habías dado cuenta?

II. EL JUEGO Y EL PENSAMIENTO PEQUEÑO BURGUÉS

Helena prepara café, Horacio se sienta frente a su máquina y comienza a escribir. Helena recita un poema, Horacio la escucha, sonríe y deja entrever en su gesto que la interpretación de Helena es mala, sin embargo no se burla ni realiza ningún señalamiento, sólo sonríe con cierta ternura al verla y escucharla.

HELENA. —*(Interpretando el texto muy mal.)* "Antoine no quería olvidarla. Entre el olvido y el sufrimiento eligió el sufrimiento, en la creencia de que su elección era un acto de nobleza digno del merecimiento de su amada. Sin embargo, ella vio esa elección como una locura, propia de alguien aturdido que lejos de acercarla, le provocaba un fuerte rechazo, porque la hacía sentir miserablemente culpable. Para a esa mujer el sufrimiento de Antoine sólo le preocupaba en la medida en que eso la fastidiaba permanentemente. Ella quería que Antoine dejase de sufrir, pero no porque le importara él, sino porque deseaba que la dejara en paz. Que no la moleste más."

HORACIO. —La vida es una porquería... No está bien estructurada... Uno está viviendo lo más tranquilo y ¡paf! se muere. Y se muere. Uno es joven y dice "¡Ah que dichosa mi juventud...!" y envejece. Uno se enamora de alguien... se ilusiona con ella... y ella no te elige, no te quiere.

HELENA. —¡Ay Horacio...! Usted es ocurrente... pero no sea tan trágico. La vida tiene su belleza y también sus amores correspondidos. No se debe dejar de buscar la belleza y el amor. Creo que usted los busca a través de sus textos... y yo de mi interpretación... ¿Qué le pareció?

HORACIO. —Mmm... ¿qué me pareció su reflexión? Creo que tiene razón, es muy lúcida...

HELENA. —¡No mi querido Horacio! ¿Qué le pareció mi interpretación de su texto...? *(Mira la hoja mecanografiada.)* Creo que "Los diarios de Antoine" sería un buen título...

HORACIO. —Su interpretación me pareció... propia de usted. Helena Bernard interpretando "Los diarios de Antoine".

HELENA. —¡Qué ilusión mi querido Horacio...!

HORACIO. —6 y 7 letras... 13 caracteres sin espacios. 14 caracteres con espacios.

HELENA. —Imagino esas marquesinas...

HORACIO. —*(Se acerca seductoramente por detrás de Helena mientras ella parece ver en lo alto una marquesina imaginaria.)* Su nombre es el nombre de la belleza...

HELENA. —No se crea... mi nombre significa "Aquella que brilla como antorcha". Me llamaron así por Helena de Troya... Conoce la historia, ¿verdad?

HORACIO. —La conozco... Helena "Aquella que arde o resplandece" es más apropiado para el significado de su nombre...

HELENA. —*(Escapando disimuladamente de la cercanía de Horacio.)* La belleza de Helena de Troya trajo desgracias y muerte para ese pueblo... Paris la raptó ya que le había sido prometida por la diosa Afrodita...

HORACIO. —Helena, la mujer más bella del mundo...

HELENA. —Una belleza que fue tomada como mercancía, como objeto suntuoso... una mujer transformada en objeto...

HORACIO. —Tiene usted razón, Helena de Troya recibió el mal trato de los mercaderes... seres despreciables que ponderan lo material por sobre todas las cosas, desprecian la vida y su único interés es el beneficio propio... sacar ventaja aún oprimiendo a cuanta persona o ser vivo se cruce en el camino de su ambición...

HELENA. —Conozco gente así...

HORACIO. —"El pequeño burgués"

HELENA. —Horacio... hagamos un juego teatral... compongamos a ese personaje grotesco.

HORACIO. —¿Al pequeño burgués?

HELENA. —¡Sí, a ese mismo...! ¿Cómo lo describiría?

HORACIO. —*(Se dirige a su máquina de escribir y comienza a mecanografiar la descripción.*

Helena va componiendo ese personaje de fantasía y dándole forma en el cuerpo del Editor.) Lo llamaremos así: "El pequeño burgués" o mejor "Le Petit Bourgeois".

HELENA. —*(Se dirige a un rincón de la habitación y descubre una tela que tapaba un perchero ~~-el perchero es el cuerpo del Editor-~~, lo ubica en el centro y lo va caracterizando según lo que redacta Horacio.)* ¡Ah! "Le petit bourgeois" me encantó... *(Termina la frase tocando con un dedo la punta de la nariz del pequeño burgués.)*

HORACIO. —"Le petit bourgeois es un ser miserable y ruin. A través de su mirada se puede observar la ambición desmedida. Su gesto denota el desprecio por casi todo otro ser vivo".

HELENA. —*(Acomodando el gesto del pequeño burgués según la descripción.)* "Quiere poseerlo todo... Su ambición abarca objetos, personas, lugares y hasta cosas ridículas de poseer como el aire o el agua..."

HORACIO. —*(Escribe lo que escucha de Helena y continúa con su descripción.)* "Pretende medir y cuantificar todo... Tiene 20 o X millones de pesos, 3 amantes, la primera es hermosa en un 78 por ciento, la segunda cumple con las medidas ideales y la tercera tiene un coeficiente intelectual de 93 puntos... Por las mañanas se levanta y piensa que su felicidad es de un 60 por ciento..."

HELENA. —"La belleza le interesa sólo como objeto que realce su vanidad... como adorno. Es incapaz de reconocerla y mucho menos de disfrutarla..."

HORACIO. —*(Termina de escribir, saca la hoja y se acerca a Helena, con el pequeño burgués en el medio juegan a "armarlo" y buscarse/escaparse.)* "El pequeño burgués es incapaz de conmoverse con una flor"

HELENA. —*(Escapando de la cercanía de de Horacio.)* "Le petit bourgeois no reconoce el arte..."

HORACIO. —*(Intenta acercarse nuevamente a Helena.)* "Desprecia la vida de quien es artista..."

HELENA. —*(Alejándose.)* "El pequeño burgués no se conmueve con una mirada."

HORACIO. —*(Acercándose.)* "No conoce la profundidad de un suave beso..."

HELENA. —*(Escapando.)* "Es capaz de pasar por arriba de cualquiera con tal de lograr su cometido..."

HORACIO. —*(Acercándose.)* "Nunca se conforma con nada..."

HELENA. —*(Atrapada.)* "No tiene límites..." ¡Horacio...!

Se quedan muy cerca en silencio unos instantes, luego Helena se aleja repentinamente y entre los dos vuelven a guardar al perchero/pequeño burgués.

III. LA BELLEZA Y LA INTELIGENCIA

HORACIO. —*(Juntando las hojas mecanografiadas.)* 923 caracteres sin espacios, 1108 caracteres con espacios.
HELENA. —*(Pensativa, reflexiona.)* ¿Sabe una cosa? Plotino, el filósofo, decía que "El alma no verá la belleza si no es bella"
HORACIO. —*(Se detiene, cuenta mentalmente.)* 32 caracteres sin espacios, 41 caracteres con espacios, 10 palabras... Profundo pensamiento.
HELENA. —*(Se sienta al lado de la máquina de escribir, mira a Horacio y reflexiona.)* En la primera parte de la Crítica del Juicio, Kant estudia qué es la Belleza. Dice que la belleza es aquella idea que nos hacemos de ciertos objetos y gracias a la cual somos conscientes del enlace posible entre el reino de la naturaleza, en el cual no hay libertad posible...
HORACIO. —Las manzanas no pueden decidir no caer del árbol...
HELENA. —*(Continúa con la idea e invita con un gesto a Horacio a sentarse a escribir.)* ¡Exacto! ...y el reino de la libertad, en el que cada ser humano se da a sí mismo las leyes de su comportamiento...
HORACIO. —*(Se acerca a la máquina de escribir y parece acariciarla.)* Somos libres cuando nos obedecemos a nosotros mismos en lo que tenemos de esencial, de humano...

HELENA. —*(Entusiasmada.)* ¿No es una idea maravillosa?

HORACIO. —*(Ya sentado frente a la máquina mira a Helena fijamente.)* Uno no elige de quién enamorarse... No tenemos esa libertad. ¿Enamorarse es parte del reino de la naturaleza?

HELENA. —*(Se aleja un poco.)* No creo... en verdad no lo sé.

HORACIO. —*(Se acerca a Helena y le da una hoja mecanografiada, luego mientras ella lee, el aprovecha y le acaricia el pelo.)* Mediante la belleza somos conscientes de que nuestro cuerpo vive en el mundo de los fenómenos naturales, sometidos a las leyes de la física, mientras que nuestra alma vive en otro mundo, el mundo de la libertad...

HELENA. —*(Alejándose.)* ...y de las leyes morales...

HORACIO. —Y es la belleza la que nos hace comprender que hay un enlace entre esos dos mundos...

HELENA. —*(Continúa leyendo el texto como si estuviese frente a un público imaginario. Horacio se acerca por detrás, le acomoda el pelo y le coloca un pañuelo largo en el cuello intentando siempre un acercamiento romántico, luego sostiene frente a ella un pequeño espejo.)* ...y que podemos ser libres, ya que nuestra vida no está sometida al destino y al determinismo, aunque nuestro cuerpo sea un cuerpo entre otros cuerpos...

HORACIO. —*(Con decepción mirándose en el espejo.)...*y esté sometido a las leyes de la física.

HELENA. —*(Continúa su actuación frente a un público imaginario.)* La belleza nos permite ser libres. “El alma no verá la belleza si no es bella”.

HORACIO. —*(Vuelve a su máquina de escribir.)* El ser humano es un ser trágico...

HELENA. —*(Mirando a Horacio.)* ¡Ay mi querido Horacio! Usted escribe un párrafo profundo e inteligente y luego cae en la tragedia, en la melancolía...

HORACIO. —*(Mecanografía unas palabras y luego reflexiona.)* Vivimos en una dualidad: según Unamuno la razón nos dice "Nada" y la imaginación nos dice "Todo".

Nada: 4 caracteres sin espacios...

Todo: 4 caracteres sin espacios...

HELENA. —Y entre la nada y el todo se encuentra el conocimiento, que es siempre gozoso, disfrutable y también la obra artística...

HORACIO. —...la obra artística, que al igual que el heroísmo, es siempre dolorosa...

HELENA. —*(Mirándolo seductoramente.)* ¿Sabe lo que le hace falta a Usted, mi querido Horacio?

HORACIO. —*(Deja todo y espera trémulo la respuesta de Helena.)* ¿... qué...?

HELENA. —*(Con una sonrisa.)* ¡Alegría, diversión!

HORACIO. —*(Algo decepcionado.)* ...ah...

HELENA. —Usted se ha acostumbrado a habitar el mundo trágicamente...

HORACIO. —Habito el fracaso, la decepción...

HELENA. —¡Exacto! Y debe salir de ese lugar...

HORACIO. —No sé cómo salir... No sabría a donde ir...

HELENA. —*(Se asoma por la puerta y llama a los músicos.)* ¡Antoine! ¡Clément! *(Los músicos se acercan, entran dejando la puerta abierta. Helena les da un billete y se preparan para comenzar a tocar.)*

HORACIO. —*(Sorprendido.)* ¿Cómo sabía el nombre de los músicos?

HELENA. —Porque Usted nunca escribe de lo que no conoce...

Comienza la música. Bailan. Horacio lo hace torpemente, pero aprovecha para tocar a Helena y estar cerca. Ella se da cuenta pero lo deja avanzar un poco. Horacio sonríe por primera vez y cierra los ojos mientras baila abrazado a Helena. Por la puerta se asoma el Editor con gesto hostil. Ve el espectáculo y golpea la puerta pero no es escuchado. Entra y se dirige a la máquina de escribir. Toma la hoja y comienza a leer. Indignado golpea la mesa, los músicos dejan de tocar y la pareja queda inmóvil. Horacio tarda más en comprender lo que sucede ya que se queda sintiendo el perfume de Helena con los ojos cerrados.

EDITOR. —*(Comienza a leer en voz alta.)* Antoine observaba desde su mesa a Le Petit Bourgeois. Luego comenzó a escribir en su libreta: "En la mentalidad burguesa, Le Petit Bourgeois ubica los actos heroicos como acciones que producen placer a personas con los gustos desviados. Personas locas, bohemias, pintorescas, artistas. Fenómenos de feria." *(Se acerca con desprecio a los músicos y con un gesto les indica que se retiren.)* "Le Petit Bourgeois, que por lo general tiene una cuota mínima de poder, como un editor que decide sobre el artista, siente felicidad en la comodidad de un auto y una buena casa, cuenta entre sus propiedades un perro y una mujer y no puede admirar a quienes son héroes y heroínas sin ponerse como medida." "Este ser minúsculo es incapaz de admirar la elección de esos caminos dolorosos y absurdos pero también extraordinarios y que siempre buscan la belleza." "El alma no verá la belleza si no es bella."*(Furioso hace un bollo con la hoja y la arroja al suelo mientras observa a Horacio. Helena suelta a Horacio y va a recoger la hoja.)*
HORACIO. —*(Inmóvil.)* 676 caracteres sin espacios. 808 caracteres con espacios. 136 palabras. 5 párrafos.

EDITOR. —*(Furioso.)* ¡Es Usted un fracasado y un insolente! No entiendo cómo pierdo mi tiempo aquí. Hablaré con la editorial para que retiren sus escritos de circulación. Esos dos mediocres textos absurdos que a nadie importan. Borraré su nombre y lo devolveré a la miseria de la que nunca debió salir. Le otorgué el generoso plazo de 48 horas para que termine su trabajo y lo encuentro perdiendo el tiempo en un carnaval grotesco. Y como si fuese poca insolencia... ese... *(La indignación lo deja sin palabras. Se retira pisando otros papeles mecanografiados con desprecio. Cierra la puerta. Vuelve, se asoma y amenaza.)* Le quedan 12 horas. Realmente disfrutaré en aplastarlo como a una cucaracha... *(Cierra la puerta con un golpe.)*

IV. ELECCIONES

HORACIO. —*(Luego de un silencio, continúa como si nada lo hubiese afectado.)* ¿Se dio cuenta? La mayor parte del tiempo estamos con personas que no elegimos, con las que no sentimos un vínculo importante o que nos interese compartir. En general, el tiempo compartido con quienes realmente necesitamos y deseamos es muy breve, casi mínimo en comparación al que pasamos con otra gente con la cual no nos une más que la coincidencia de un trabajo o el tratar de escapar a lo trágico de la existencia.

HELENA. —*(Se acerca preocupada.)* ¿Horacio, está Usted bien? Creo que podremos salvar esos borradores...

HORACIO. —*(Continúa con su reflexión sin mirar a Helena, visiblemente afectado por la tensión del momento anterior.)* El tiempo con esa

persona especial que nos llena de alegría el corazón, que nos colma de vida, con la cual tenemos la dicha del amor, es mínimo. Ridículamente mínimo. Sin embargo somos incapaces de modificar esto.

HELENA. —Le prepararé un té... Tiene que recomponerse y tratar de seguir... *(Comienza a preparar el té.)*

HORACIO. —*(Mirando a Helena que se encuentra de espaldas.)* A veces, casi siempre en realidad, las elecciones no son coincidentes y sucede que esa persona especial para nosotros no nos elige, o en el mejor de los casos nos elige esporádicamente.

HELENA. —Tiene razón... Me ha pasado varias veces... Un enamorado insistente. Una no lo elige, no lo quiere. Pero insiste... insiste...

HORACIO. —Quizás seamos para esa persona sólo alguien más que rellena el tiempo largo de la intrascendencia, decorado o extras de una película que ni siquiera veremos.

HELENA. —El enamorado insistente cree que su sufrimiento es algo noble que atraerá a quien lo rechaza... *(Divertida no advierte que Horacio se identifica con sus palabras.)* Pero es todo lo contrario, no hay nada más repelente que alguien que no sabe irse, que no se da cuenta de que no lo eligen. "Si no estás conmigo, soy capaz de tirarme de un puente..." Yo le contesto: "¡Sí! Por favor... ¡concluya con su existencia y déjeme en paz señor!" ¡Jajaja!

HORACIO. —Elegir no es fácil, siempre me costó.

HELENA. —Es un arte... el arte de la elección... ¡Qué sueño...!

Helena termina su té mientras Horacio escribe a máquina. Ella se queda dormida con el sonido de la máquina.

HORACIO. —*(Se acerca a Helena, la tapa para que no pase frío. Luego se dirige al perchero (Editor) lo acomoda y le da el texto para que lo interprete.)* 678 caracteres sin espacios. 823 caracteres con espacios. 146 palabras. 2 párrafos. *(Mira al Editor/perchero.)* Usted al menos me elige... ¿no?

EDITOR/PERCHERO. —Creo que la mayor parte del tiempo dejé que las cosas sucedan y anduve a la deriva, no por una elección propia, sino por el contrario... por la falta de coraje para elegir algo. Todo se ha convertido en una sucesión de tiempos largos sin esperar nada importante. Es algo cansador ya.

HORACIO. —*(Sentado al lado de Helena.)* Un largo tiempo sin expectativa de nada y días que se pasan sin más, como anestesiado pero consciente del lento e irremediable paso del tiempo.

EDITOR/PERCHERO. —Antes deseaba que alguien me elija, luego fui perdiendo ese deseo o esa esperanza. Es algo desolador, lo sé. Otro fracaso fue el de no haber elegido un camino o no haber sido elegido por nadie. Ni siquiera el consuelo de ser malo, y al menos así haber significado algo en alguien.

HORACIO. —*(Tapa de mala gana al Editor/perchero.)* La intrascendencia y la terrible consciencia de saberse nada y vivir sin poder modificarlo hasta ser concretamente nada.

Horacio comienza a armar la mitad del lugar como si fuese un bar. Le habla y se burla del Editor/perchero y también de Helena, que sigue durmiendo.

V. LUGARES VACÍOS

HORACIO. —Habitar lugares es una práctica extraña en la cual nos mimetizamos y adaptamos nuestro ser a ese lugar. *(Se para delante de Helena e imita sus gestos mientras duerme.)* ¡Ah...! Me encantaría tener esa deliciosa malicia propia de quien no está enamorado... poder manejar los tiempos... *(Burlonamente.)* decirte: "Prefiero estar solo."

HELENA. —*(Transfigurada.)* Pero yo no lo digo así, querido Horacio...

EDITOR/PERCHERO. —*(Con la forma de hablar de Helena.)* "Hoy prefiero estar sola..." Así lo dice ella...

HORACIO. —Me gusta más como lo dice ella... con su voz.

HELENA. —*(Seductora.)* Hoy prefiero estar sola...

HORACIO. —Sí... así me gusta más...

EDITOR/PERCHERO. —¿Pero usted no se da cuenta del papel lamentable que está haciendo? Ella no lo quiere. Su patética existencia y su constante insistencia le resulta profundamente molesta...

HELENA. —Profundamente no... Soberanamente molesta.

HORACIO. —*(Le contesta al Editor/perchero y la mira a Helena.)* Pero ella me habla con dulzura... no son esos indicios...

HELENA Y EDITOR/PERCHERO. —¡No!

HELENA. —Ni siquiera es lástima...

EDITOR/PERCHERO. —Su actitud lastimosa, su constante insistencia en el fracaso y en lo trágico le genera a ella culpa. Y eso es algo que no quiere sentir. Desea que usted deje de sufrir, pero no porque le interese su bienestar, sino porque no quiere sentirse culpable de su miseria.

HELENA. —Es verdad, querido Horacio... Así de egoísta es el asunto.

EDITOR/PERCHERO. —Ella nunca lo eligió y nunca lo va a elegir.

HORACIO. —*(Se dirige a su máquina y tipea frenéticamente, luego lee.)* Sucede que en muchas ocasiones el lugar nos devora, somos su alimento. Aquí mismo soy parte de una habitación, un espacio lleno de objetos del cual me vuelvo parte, *(Se acerca a Helena que sigue dormida y huele su pelo.)* tomo su olor, su color y su luz. *(Pone su oido en la cara del Editor/perchero.)* Ni siquiera la voz del opresor logra despegarme de este lugar. 213 caracteres sin espacios. 260 caracteres con espacios. 48 palabras. 1 párrafo.

EDITOR/PERCHERO. —*(Se acerca a Horacio y le pasa el brazo por sus hombros.)* Vea mi querido Horacio, quizás transforme el lugar en un no lugar, un espacio impracticable.

HORACIO. —¿Por qué le temo? ¿Por qué no logro liberarme?

EDITOR/PERCHERO. —Porque yo sí lo elijo a usted... claro que lo hago para hacer su vida miserable. Disfruto y me divierte oprimirlo...

HORACIO. —En realidad su opresión me brinda la seguridad de una rutina. Aunque sea doloroso, sé que regularmente Usted vendrá y me hará sufrir y sentirme miserable. Al menos cuento con eso.

EDITOR/PERCHERO. —Puede contar con eso, querido Horacio. No lo privaré de sentirse miserable.

HORACIO. —Gracias... *(Mira a Helena que duerme.)* ¡¿Ves?! Al menos él sí me elige... ¡no como vos!

EDITOR/PERCHERO. —Horacio... lo dice así y me emociona...

HORACIO. —Es así... Usted me elige y me saca de ese lugar vacío. Mientras me humilla y el dolor se apodera de mí, una

parte de mi mente sabe que me está eligiendo. Entre tantas personas, usted me elige. *(Horacio se abraza al Editor/perchero.)* Le pertenezco... Gracias por humillarme haciéndome sentir único... Soy el fracasado más afortunado... cuento con Usted para...

HELENA. —*(Se despierta y se acerca a Horacio que parece estar soñando o delirando abrazado al perchero.)* Horacio... ¡Horacio! Despierte por favor...

VI. LA LIBERTAD

Helena se encuentra con Horacio que se recupera del delirio de la escena anterior. Ella lo asiste y el insiste en seguir escribiendo para cumplir con el editor.

HELENA. —Horacio, por favor... me va a hacer enojar...

HORACIO. —*(Incorporándose y dirigiéndose dificultosamente a su máquina de escribir.)* Debo continuar. Queda muy poco tiempo...

HELENA. —Horacio querido... usted está hecho una piltrafa... Es mejor que descanse...

HORACIO. —¡Gracias por el piropo, querida Helena...! Debo trabajar. *(Se dirige a la máquina de escribir.)*

HELENA. —No lo tome a mal, querido Horacio... Quizás pueda pedirle una prórroga al Editor y descansar...

HORACIO. —No, no, no... ya no... se acabó el tiempo.

HELENA. —A todo chancho le llega su San Martín...

HORACIO. —¡¿Eh?!

HELENA. —Disculpe, querido Horacio, cuando me pongo nerviosa me salen dichos populares...

HORACIO. —Usted es bien extraña...

Golpean la puerta, Horacio reconoce el llamado del Editor. Se apresura a decirle a Helena que se escondan. Juntos lo hacen detrás de un mueble.

HORACIO. —Creo que es el Editor... ¿cuántos golpes fueron?
HELENA. —Creo que 4...
HORACIO. —No los pude oír....

Entran los músicos, se disponen en el escenario y comienzan a tocar.

HELENA. —¡Eran Antoine y Clément!
HORACIO. —¡Ah! Qué alivio...! *(Intenta comenzar a escribir.)*
HELENA. —Horacio, usted no puede salir de su...
HORACIO. —*(Parece tener una idea.)* Libertad... Las normas que las personas se imponen son el marco de la libertad...
HELENA. —¿Una libertad con reglas?
HORACIO. —Una libertad con límites... *(Sigue escribiendo, luego le da la hoja a Helena para que lea en voz alta.)*
HELENA. —*(Sobreactuando.)* "Antoine recordó las palabras de su amigo Clément: 'Vos podés ser lo que quieras'. Era casi una profecía..."
HORACIO. —89 caracteres sin espacios. 106 caracteres con espacios. 18 palabras. 1 párrafo.

Golpean la puerta. Horacio asustado y temeroso se para y busca con la mirada un lugar para escapar.

HELENA. —¡Horacio!

HORACIO. —3 golpes seguidos y 1 último golpe... ¡Es el Editor! Tenemos que escondernos... ¡Haga silencio! *(Se acerca a Helena y la toma de la mano para esconderse con ella.)*

EDITOR. —*(Golpea nuevamente la puerta.)* ¡Abra la puerta! *(Los músicos también se esconden.)*

HORACIO. —*(Escondido junto a Helena, habla en voz baja.)* No quiero que me encuentre... Tengo mucho miedo...

HELENA. —¡Ay Horacio...! Me apena tanto verle así...

EDITOR. —*(Golpea la puerta y la abre. Mira el lugar buscando a Horacio.)* Sé que está por acá... no sea cobarde. Al menos tenga algo de dignidad...

HORACIO. —*(Siente el perfume de Helena y sonríe levemente.)* Aquí aplicaría su dicho "A todo chancho le llega su San Martín"

HELENA. —*(Sorprendida ahoga una risa.)* No me haga reír que nos van a descubrir... Creo que sería mejor "Soldado que huye sirve para otra batalla".

HORACIO. —*(Sigue el juego. El Editor busca y tira cosas a su paso.)* El cobarde es una persona a la que el instinto de conservación le funciona con normalidad...

HELENA. —*(Risueña.)* Y Le Petit Bourgeois sería el chancho o San Martín...

HORACIO. —*(Imitando a un chancho)* ngrrr ngrrr

EDITOR. —*(Escucha el ruido.)* Sé que está por acá... puedo sentir su miedo...

HELENA. —*(Trata de hacer callar a Horacio que está entusiasmado haciéndola reír.)* ¡Nos va a descubrir!

EDITOR. —*(Encuentra el texto y lo lee en voz alta.)* "Los diarios de Antoine" Si todo comenzara cuando se enciende un cigarro, con

la pequeña llama inicial en el extremo de ese cilindro de papel relleno con finas hebras de espera...

HORACIO. —*(Cambia de estado repentinamente. Se tapa los oídos y se esconde entre sus piernas.)* No... No lo puede decir él... No...

HELENA. —*(Trata de consolarlo y lo abraza.)* Horacio... mi querido y frágil poeta...

HORACIO. —*(Atormentado.)* No puede decirlo... ¡Por favor... basta!

HELENA. —*(Abraza a Horacio para tratar de calmarlo.)* Horacio... salgamos de acá... huyamos lejos...

EDITOR. —*(Continúa con la lectura.)* "Si la vida fuese eso y sólo eso, el sabor de conocerte colmaría mi ser inhalando tus besos, tu pelo en la almohada una mañana y tu hombro desnudo, suave y eterno."

HORACIO. —¡Por favor... que no lo haga más!

HELENA. —*(Lo toma de la mano para incorporarlo.)* Horacio... profundo Horacio... Escapemos juntos... Recorramos las calles de París como dos desconocidos...

HORACIO. —*(Mirándola.)* ¿Juntos? ¿De la mano?

HELENA. —*(Duda.)* Sí... Juntos... de la mano. Esto no le hace bien... Debe tomar la decisión.

HORACIO. —Siempre dejé que las cosas sucedan para evitar decidir algo...

EDITOR. —*(Continúa leyendo, pero su voz se escucha en un segundo plano.)* "Pero luego exhalaría esa felicidad con la angustia inevitable de quienes no se resignan al paso del tiempo, a la muerte por olvido y a la muerte por falta de amor, que es la peor de todas las muertes."

HELENA. —A veces no decidir nada también es una decisión... *(Se para y le extiende la mano.)*

HORACIO. —*(También extiende su mano, pero no llega a tocar la de Helena.)* No puedo... Ya no tengo fuerzas...
HELENA. —Vamos... No tenga miedo... Deme su mano...
HORACIO. —...por las calles de París... *(Extiende más su mano y toca la de Helena. Apagón.)*

VII. AQUELARRE

Los músicos comienzan a tocar. En la mitad de la habitación, transformada en bar también se encuentra el editor besándose con Helena. Luego leen un texto y ella lo interpreta. El editor felicita a Helena y ríen juntos. Es un ambiente siniestro. El editor saca de un maletín un contrato, elogia a Helena y le da una lapicera para que firme. Horacio se encuentra escondido en el mismo lugar de la escena anterior observando todo.

EDITOR. —*(Irónico.)* ¡Es usted una escritora maravillosa y prolífica!
HELENA. —¡Ay... no sea adulón, mi querido chanchín...!
EDITOR. —Realmente estuvo fantástica... ¿Podría repetir ese fragmento inicial de "SU" obra?
HELENA. —¡Pero con todo gusto! *(Le pellizca los cachetes de la cara y comienza su interpretación.)* "Si toda la existencia durara lo que tarda en consumirse el tabaco abandonado en un sucio cenicero de metal, liberando su pequeño y sutil hilo de humo a un cielo húmedo. Si la vida fuese eso y sólo eso, el sabor de conocerte colmaría mi ser inhalando tus besos, tu pelo en la almohada una mañana y mi hombro desnudo, suave y eterno."
EDITOR. —*(Aplaudiendo.)* ¡Brava! ¡Brava! *(Helena hace una reverencia y saluda elegantemente.)* Venga... firme su contrato. ¡Brindemos!

HELENA. —Ya estoy con Usted Petit Bourgeois... *(Pasa por la máquina de escribir de Horacio se detiene y la mira como si fuese él.)* Así son las cosas...

EDITOR. —*(Mirando a Helena.)* Ja ja... deje a los intrascendentes... No gaste su tiempo... son un decorado de mal gusto... sin valor alguno.

HELENA. —*(Firma el contrato y brinda con el Editor.)* Tiene razón... Una existencia insignificante. *(Toma los papeles mecanografiados y se los entrega al Editor.)* Una dualidad: Todo *(Mira hacia el lugar en donde se encuentra Horacio escondido.)* Nada.

EDITOR. —Bien... con esto firmado ya está asegurado su porvenir económico. La obra será un éxito...

HELENA. —"Los diarios de Antoine" una obra de Helena Bernard... Interpretada por la mismísima Helena Bernard...

EDITOR. —De las ganancias me quedaré con un modesto 30 por ciento como editor y otro 25 por ciento para los "gastos" que implique mantener el secreto de cómo "escribió" en tan poco tiempo semejante obra...

HELENA. —¡Ay, mi ambicioso chachín...! Usted es insaciable... *(Le pellizca los cachetes.)*

EDITOR. —Nos retiremos de aquí... ya no soporto el hedor de esta pocilga.

HELENA. —*(Le extiende la mano al Editor.)* Nuestro trabajo aquí ha finalizado. *(Mira la máquina de escribir y dice burlonamente.)* "Sólo escribo de lo que conozco o he vivido..."

Comienzan a salir de la habitación, pero al escucharse 4 golpes se detienen y quedan congelados.

HORACIO. —*(Saliendo de su escondite y recorriendo todo el lugar. Mirando al Editor y a Helena.)* Si todo comenzara cuando se enciende un cigarro, con la pequeña llama inicial en el extremo de ese cilindro de papel relleno con finas hebras de espera. Si el universo todo comenzara con esa primera pitada y los amores sólo fuesen recuerdos atrapados en las memorias de las personas quebradas que habitan este lugar con mesas de olvido. Si toda la existencia durara lo que tarda en consumirse el tabaco abandonado en un sucio cenicero de metal, liberando su pequeño y sutil hilo de humo a un cielo húmedo. Si la vida fuese eso y sólo eso, el sabor de conocerte colmaría mi ser inhalando tus besos, tu pelo en la almohada una mañana y tu hombro desnudo, suave y eterno. Pero luego exhalaría esa felicidad con la angustia inevitable de quienes no se resignan al paso del tiempo, a la muerte por olvido y a la muerte por falta de amor, que es la peor de todas las muertes. *(Horacio desarma las acciones de Helena y del Editor y los guarda sentándolos en lugares distintos y tapándolos con una larga tela, tal como si fuesen sus muñecos, sus juguetes.)* Y el ciclo se repetiría por el tiempo que tardan en consumirse las hebras de espera y los amores atrapados en la memoria de una persona sin rostro, en una mesa de olvido. *(Horacio se sienta en su mesa de trabajo y antes de volver a escribir golpea 4 veces sobre la mesa. Los músicos comienzan a tocar la misma obra que al inicio. Horacio sonríe y escribe.)*

FIN

ALBERTO MORENO

AL CALOR DE LA NOCHE

ANTES DE MORIR

CATAMARCA

Alberto Moreno nació en Catamarca. Es dramaturgo, director y docente. Tiene publicadas las obras: *Siesta, Cuarteto o los músicos van al infierno, Del nombre de los sentimientos* y *La helada*. *La fiebre de Denver, Sueño con Esther* y *Los garabatos del volver*, fueron obras producidas por el Teatro Nacional Cervantes. Obtuvo premios tales como: Concurso nacional obras de teatro. Dramaturgia regional (INT), Premio Argentores a la producción autoral 2021, III Premio Municipalidad de San Salvador de Jujuy, Concurso Nacional de Dramaturgia Con/texto 24, entre otros. Entre sus producciones teatrales como autor y director se destacan *La noche del cabrito o la sirena varada, Tragedia alemana, Piedra Mojada o la terquedad, Barroco americano, El banquete de los sobrevivientes, Tormenta de la piel*. *Diario de Cuba*, entre otras. Sus obras fueron presentadas en numerosos festivales nacionales e internacionales.

AL CALOR DE LA NOCHE

"Sí, nos olvidarán. Tal es nuestro destino.
No tiene remedio. Con el tiempo, las cosas que
nos parecen serias, considerables, muy importante,
serán olvidadas o parecerán fútiles"
***Las tres hermanas*, de A. Chéjov**

PERSONAJES

SANDRA
STELLA
LUISA

Galería de una casa de provincia. Una máquina de coser y un maniquí hacia un costado. En el otro costado, un juego de jardín.

I.

Amanece. Ingresa Sandra y saca el torso de un maniquí, lo lleva a la pileta y lo lava. Arma nuevamente el maniquí y enciende la radio. Mira con cierta preocupación un vestido de fiesta que está confeccionando. Saca una revista "Hola" y compara. Busca un molde de papel. Duda un momento, apaga la radio y llama por teléfono.

SANDRA. —Soy Sandra... Ya sé qué hora es... El escote Maribel... Esperá... No te lo voy a poder tener listo para el sábado. Si no lo termino ahora, después no podrá ser... así que... El problema es el escote. Si vos querés el de la Duquesa de Alba, tal cual está en la revista... vas a tener que venir enseguida a probártelo... esperá, no me cortés... *(Busca la revista y al regresar al teléfono se da cuenta que Maribel cortó.)* ¡Qué hija de puta! Encima tiene el tupé de cortarme. *(Vuelve a marcar.)* ¿Por qué me cortaste?... Yo

no tengo problema en no hacerte el vestido. El problema lo vas a tener vos. Te lo estoy haciendo de apuro porque sos mi amiga... Sí... ¿Tenés ahí la revista?... Te espero... Lo que digo es que el escote lo tendríamos que subir un poquito más. En la foto en la que está con el novio... sí, es el novio... son de esos buscas de viejas ricas... como el de la Carolina de Mónaco. Ella siempre se buscó de esos... encima se le mueren... Vilas no se murió, creo que vive en Francia ahora. No saben qué hacer con la guita que tienen. Dicen que donde van no les quieren cobrar. Imaginate que voy a la carnicería y le digo a Tito "Tito, un kilo de asado" y Tito me dice "es gentileza de la casa señora duquesa". Así cualquiera tiene plata. Por eso se dedican a tontear. La droga... eso los arruina. A mí la vieja esta me da a drogadicta, ¡Quién sabe! Esas cosas nunca se saben. Podés estar con alguien muy tranquila y después te das cuenta que te falta algo, una tijera, por ejemplo, y resulta que ese alguien es un cleptómano... ¿Maribel? Maribel. *(Maribel cortó el teléfono.)* ¡Qué hija de puta! Después vas a venir mansita a que lo quiero para ya, que me lo quiero llevar a casa para medírmelo bien... si no las conoceré. *(Mira el maniquí y prueba un aplique sobre el vestido.)* ¡Quién hubiera pensado que se case la Ely! Con tantos novios que tuvo...

Enciende nuevamente la radio y cose.

SANDRA. —Stella... Stella... levantate, ya son las siete.

Sube el volumen de la radio.

SANDRA. —*(Gritando.)* ¡Stella, Stella! Última vez que te hablo. *(Luego de un rato vuelve a gritar.)* ¡Stella, Stella!

II.

Stella ingresa a la galería con una bandeja con el mate. Sandra continúa cosiendo.

STELLA. —Mermá eso. Van a decir los vecinos que somos unas gronchas.
SANDRA. —¡Qué me importa lo que digan los vecinos! ¿A qué hora te dijo que llegaba?
STELLA. —A las diez.

Breve silencio.

SANDRA. —Estaba pensando que tendríamos que invitar a alguien para la cena. Hay que hacerla sentir cómoda, que piense que es una fiesta su regreso. ¿Vos qué decís?
STELLA. —No sé...
SANDRA. —Algo tenés que decir.
STELLA. —¿Qué querés que diga?
SANDRA. —Algo se te debe pasar por la cabeza.
STELLA. —Ahora no me pasa nada por la cabeza. Nada de lo que vos querés que me pase.
SANDRA. —No entiendo.
STELLA. —¿Qué?
SANDRA. —¿Cómo podés decir eso?
STELLA. —¿Qué cosa?

SANDRA. —Que no te pasa nada por la cabeza. Para mí sin azúcar.

STELLA. —¿Desde cuándo tomás sin azúcar?

SANDRA. —Estoy un poco nerviosa.

STELLA. —Yo también.

SANDRA. —Pasaron... ¿cuántos años? ¿Siete?

STELLA. —Sí, siete años.

SANDRA. —Para mí es mucho. ¿Para vos?

STELLA. —No sé.

SANDRA. —¿Y por qué viene a hora?

STELLA. —Mejor no preguntar ni hacer suposiciones.

SANDRA. —En siete años podés ponerte de novia, casarte, tener un hijo, llevarlo al jardín, que te descubran un cáncer, hacer la quimio, quedar pelada, que tú marido se vaya...

STELLA. —La dejemos que... si ella quiere hablar que hable...

SANDRA. —Quedar con una sola teta...

STELLA. —¡Qué hablás Sandra!

SANDRA. —Digo que es mucho tiempo.

STELLA. —No debemos recriminarle nada.

SANDRA. —¿Y qué tendríamos que recriminarle?

STELLA. —No sé...

SANDRA. —¿Se preocupó por saber cómo pagamos la hipoteca después de la muerte del papi?

STELLA. —Ya no es tiempo de esas cosas.

SANDRA. —¿Vos hubieras hecho lo que hizo ella?

STELLA. —¿Qué cosa?

SANDRA. —Irse, así, de esa manera... irse así... como quien se va... sin más... con el papi todavía calentito.

STELLA. —No sé.

SANDRA. —No sé, no sé. ¿Te está subiendo bien el agua al tanque o todavía estás dormida? *(Imitándola.)* No sé, no sé...

STELLA. — Parece que hoy es uno de esos días.

SANDRA. —Ya no quiero más mate. Se me cerró el estómago. ¿Limpiaste bien el baño?

STELLA. —Ahora lo limpio.

SANDRA. —Usá el Pato Loco, ayer lo compré en la despensa del Flaco. Mirá si esta se adelanta y nos pesca con el baño sucio.

STELLA. —A las diez dijo que llegaba.

SANDRA. —¿Y por qué no lo limpiaste anoche?

STELLA. —Me quedé hasta tarde en el club.

SANDRA. —Sabés lo culo crespo que fue siempre... y ya vas a ver con qué humos europeos viene ahora.

STELLA. —Teníamos que renovar la comisión y volví a ser reelecta como presidenta.

SANDRA. —Siempre fue llena de humos... ahora debe estar peor. No es para menos... yo también, si estuviera con otro tipo de gente, estaría agrandada y...

STELLA. —Nadie se opuso así que modificamos el estatuto y vuelvo a ser la presidenta del Club de las Declamadoras.

SANDRA. —Porque allá todo deber ser distinto. Aquí no tenés dónde ir a comer bien, que te sirvan de verdad. ¿Vos te diste cuenta Stella que no hay un restaurante como la gente, donde realmente tengan mozos que sepan atender?

STELLA. —Y propuse para este año que le pongamos un nombre, que no sea solamente Club de Declamadoras...

SANDRA. —Los mozos son unos resentidos sociales. Toda la gente que recibe órdenes y tiene que sonreír a la fuerza son unos resentidos. Y ni qué hablar de la comida que sirven. Sólo

minutas. “¿Qué tiene para comer?” ... “Lomito, hamburguesa, milanesa, sándwich de milanesa” ... pero nunca un plato bien elaborado, algo gourmet...

STELLA. —¿Qué hablás Sandra? Si nunca salís... no hablés si no sabés...

SANDRA. —Todas las clientas que vienen cuentan eso.

Breve silencio.

STELLA. —Voy a limpiar el baño. ¿Dónde dejaste el Pato Loco?

SANDRA. —En la cocina. ¿Cómo quedó la remodelación del Club Social?

STELLA. —Hermoso. Pero sólo remodelaron el salón verde.

SANDRA. —¿Ahí donde se hacen las fiestas?

STELLA. —*(Desde el interior.)* ¿Te acordás que había unos pilares en medio del salón? ¿Dónde está el Pato Loco?

SANDRA. —Bajo la pileta te dije.

STELLA. —Quedó más amplio lo que sacaron los pilares. *(Regresando.)* No sé cómo habrán hecho para sacarlos pero a mí me da un poco de miedo. No vaya a ser cosa que pase como con los pilares de la iglesia. Acordate que se cayó un pedazo de techo y la desnucó a la virgencita.

SANDRA. —Me impresionan los ojos de bolillas que le pusieron a la virgencita nueva.

STELLA. —En el fondo hay ahora una barra de algarrobo con copas colgadas y botellas de todos los colores.

SANDRA. —¿Fueron muchas?

STELLA. —*(Mirando el vestido que está en el maniquí.)* ¿Éste es el de la Maribel? Dicen que es a todo trapo la fiesta.

SANDRA. —Ya está prácticamente listo. Pero te voy a pedir que no andés toqueteando el maniquí. Me lo dejás todo sucio y no es un juguete.

STELLA. —Yo no te ando toqueteando nada.

SANDRA. —Después se lo tengo que devolver a la Mirtha.

STELLA. —¿No te lo había regalado?

SANDRA. —Me lo prestó hasta que me compre uno. Es de fibra de vidrio y si se cae se rompe. Son carísimos... Y se lo tengo que devolver cuando vuelva a abrir la tienda.

STELLA. —No creo que la vuelva a abrir. Con los quilombos de guita que tiene el marido... Terminará en cana con todo lo que se robó ahí en el Concejo Deliberante.

SANDRA. —Aquí nadie va en cana. El día que llueva...

STELLA. —¿El sábado se casa la Ely?

SANDRA. —Sí.

STELLA. —Me pasaron el dato que los suvenires son unas palomitas de porcelana.

SANDRA. —La Maribel no me comentó nada.

STELLA. —¿Y quién le hace el vestido de novia?

SANDRA. —En el Palacio de las Novias se lo están haciendo. Por eso la Ely está en Córdoba ahora.

Breve silencio.

STELLA. —Limpio el baño y voy a comprar lo que falta.

SANDRA. —Espero que no se enoje.

STELLA. —¿Por qué tendría que enojarse? Así se dieron las cosas.

SANDRA. —No sé.

STELLA. —Salvamos la casa y...

SANDRA. —Pero no pudimos salvar a Pedro. Eso se lo tenés que decir vos.

STELLA. —Yo me encargo. ¡Mirá cómo se está pasando la mañana! Limpio y me voy.

SANDRA. —No te demorés mucho.

STELLA. —La pieza ya está lista. Me queda poner unos jazmines en el florero nada más.

SANDRA. —Todo tiene que estar impecable.

III.

Sandra continúa cosiendo el vestido. Stella regresa lista para salir.

SANDRA. —*(Sorprendida.)* ¿Ya limpiaste el baño?

STELLA. —Primero compro las cosas y después lo limpio. ¿Necesitás que compre algo más?

Stella se asoma a la puerta de calle.

SANDRA. —Está todo en la lista.

STELLA. —Vení, Sandra.

SANDRA. —¿Qué?

STELLA. —Están las camionetas de la empresa.

SANDRA. —*(Acercándose.)* Esto es ser groncha.

STELLA. —A mí me gusta el de gorrita. ¿Lo ves?

SANDRA. —¿Cuál?

STELLA. —El que está en la camioneta blanca. El de la gorrita azul. Siempre que me lo encuentro me mira con ganas. Pero no sé, no me animo. Estos terminan en la empresa y se van.

SANDRA. —Y te dejan con el culo roto como lo están haciendo con el cerro.

STELLA. —No seas guaranga, después decís que yo soy...

SANDRA. —No me gusta...

STELLA. — ¿A vos quién te gusta?

SANDRA. —Por lo menos si fuera más blanquito....

STELLA. — No te pongás como la abuela.

SANDRA. —Me olvidé de anotar en el listado condimentos y queso.

STELLA. —Le hice un poema.

SANDRA. —¿Al tipo ese?

STELLA. —No, tonta, para la Luisa. Un poema de bienvenida.

SANDRA. —Stella, por favor, no empecés a boludear.

STELLA. —Es cortito.

SANDRA. —Siempre haciendo pasar calores. Después no querés que digan que estás medio...

STELLA. —Soy una poeta y presidenta del Club de las Declamadoras. Si eso es estar loca... entonces estoy loca.

SANDRA. —No dije ese.

STELLA. —¿Trajeron la soda?

SANDRA. —Antes del mediodía me dijo el chico de los Juárez que iba a pasar. *(Breve silencio.)* ¿Quedó algún tarrito con veneno?

STELLA. —Quedate tranquila, los tiré a todos en la basura que saqué ayer.

SANDRA. —Ya sabés cómo es. Todo nos tiene que salir bien. No podemos delatarnos..

STELLA. —¿Qué cosa?

SANDRA. —Que ella se sienta cómoda. Como si no hubiera pasado nada.

STELLA. —Hay que hacerla sentir bien. Después una se acuerda de esas cosas. Y así una puede ir armando recuerdos bonitos.

SANDRA. —¿Viste si había alguna muerta?

STELLA. —No vi ninguna.

SANDRA. —Espero que no se anden cruzando esas mierdas.

STELLA. —Le pongas el veneno que le pongas siempre sobreviven.

SANDRA. —Son como algunas que yo conozco y no son precisamente cucarachas.

STELLA. —¿Sabés por qué vuelve?

SANDRA. —No.

STELLA. —¿Se viene a quedar?

SANDRA. —No sé.

STELLA. —¿Habrá cambiado mucho?

SANDRA. —No sé.

STELLA. —Nosotras también debemos estar cambiadas.

SANDRA. —Ya no somos las mismas.

STELLA. —¿Decís que debemos contarle?

SANDRA. —¿Qué cosa?

STELLA. —Todo lo que fue pasando.

SANDRA. —Si ella pregunta... se le contesta. Con la verdad, por supuesto... siempre con la verdad, así no nos andamos pisando.

IV.

Luisa se saca los zapatos. Stella prepara la mesa para el almuerzo. Sandra termina los últimos detalles del vestido sobre el maniquí.

LUISA. —¡Cómo las extrañé!

STELLA. —Lu, ¿y se mueve mucho el avión?

SANDRA. —Yo me cagaría en las patas. Ni loca me subo.

LUISA. —No se imaginan... lo mejor es cuando va así despacito, y dices esto no va a subir... esto no va a subir... y de pronto... brrrmm. Te dan pequeñas pataditas en el estómago.

STELLA. —¿Es como estar embarazada?

LUISA. —No sé cómo es estar embarazada.

STELLA. —¿O como un orgasmo?

SANDRA. —¡Ay Stella! Vos siempre con esas cosas.

LUISA. —Como la vuelta al mundo. ¿Te acuerdas cuando vino ese parque al predio de Ferro? Subimos juntas Sandri y el carrito nuestro quedó trabado en lo más alto y podíamos ver los techos de todas las casas, ¿te acuerdas? Nos moríamos del susto de estar ahí tan arriba y cuando bajó rápidamente... bueno, así es más o menos la sensación.

SANDRA. —¿Cuántos años teníamos?

LUISA. —El papi le quería pegar al maquinista. ¡Pero qué calor, por la Macarena!

SANDRA. —Y la mami con una sola mirada lo calmó.

LUISA. —¿Tú te acuerdas de eso Stella?

STELLA. —*(Distraída.)* ¿Qué cosa?

LUISA. —Cuando con Sandri quedamos trabadas en la vuelta al mundo. Eras muy pequeña...

STELLA. —¡Qué lindo ese abanico!

SANDRA. —Es de nácar.

STELLA. —No sé si me acuerdo, pero es como que me acuerdo de tantas veces que lo contaron. No sé si recuerdo lo que sucedió o recuerdo lo que contaron tantas veces...

SANDRA. —No empecés con esas cosas Stella, no estás en el Club de las Declamadoras.

LUISA. —¿Y eso?

SANDRA. —Después te contamos.

STELLA. —Soy la presidenta del Club de las Declamadoras.

LUISA. —¡Felicitaciones! Después me pones al tanto.

SANDRA. —Como todas saben que estás allá empecé a comprar la "Hola" y hago furor con las clientas.

LUISA. —¿Sí?

SANDRA. —Quieren los modelitos de la realeza. Yo los adapto un poco si no...

LUISA. —¿Y dónde los usan? ¿Para ir a misa? ¡Quién hubiera creído que tuvieras esas habilidades!

STELLA. —Contame cómo es Sevilla.

SANDRA. —*(Mostrando el vestido del maniquí.)* Éste es una imitación de uno de la duquesa de Alba, para la Maribel. Se casa la hija.

LUISA. —¿Se casa Ely? ¡Joder! ¡Cómo pasa el tiempo!

STELLA. —¿Trajiste fotos? ¿Qué tiene Sevilla de especial?

LUISA. —"Sevilla tiene un color especial".

STELLA. —Sevilla es tierra de poetas y de toreros que se bañan desnudos en el Guadalquivir.

LUISA. —"Sevilla enamora al cielo para vestirlo de azul".

STELLA. —¡Qué lindo!

LUISA. —"Sevilla sigue teniendo su duende. Huele a Jazmines".

STELLA. —¿Cuál de todos?

LUISA. —¿Cómo cuál de todos?

STELLA. —Jazmín del cabo, jazmín paraguayo, jazmín de arroz, jazmín de novia, jazmín del cielo, ese que es celestito como el que tenemos en el jardín. Yo le digo a la Sandra que hay que podarlo un poco pero no quiere.

LUISA. —"Sevilla es una misteriosa reina morena, flamenca y elegante. Sevilla es tierra gitana".

STELLA. —¡Cómo te envidio! Estar entre esos gitanos tan viriles... tan glamorosos... y no como los que vienen para acá en esas carpas, llenos de críos roñosos y haciendo pailas de cobre...

SANDRA. —¿Cómo se visten las mujeres allá? Para andar por la calle, digo.

STELLA. —*(Señalándose.)* Así. Típica muchacha sevillana.

SANDRA. —¿Así?

STELLA. —Me gusta. Es bonito.

LUISA. —Eso sí, para Semana Santa luto riguroso. Tenéis que usar mantilla, vestido negro sobre la rodilla, un escote discreto, poco maquillaje...

STELLA. —Las mantillas son tan románticas. Me encantan. Tendríamos que imponer esa moda aquí.

LUISA. —Para las más jovencitas tienen que ser más ralas, en cambio para las más grandes deben ser bien tupidas, con muchos bordados, más cargadas...

SANDRA. —Yo le quería encajar una mantilla a la Maribel. Para madrina me parecía que iba perfecto. Pero no la pude convencer. Se hará la toca y se pondrá una flor al costado que le tengo que hacer con la misma tela del vestido. La entiendo. Con un poco de humedad se le pone el pelo todo motoso.

LUISA. —Para la Feria de Abril el famoso traje flamenco. Tengo uno, después se los muestro.

STELLA. —¿Pero no es groncho usar eso?

LUISA. — Depende de quién lo use, del color, la tela, el diseñador... no es para nada cutre.

SANDRA. —Es como ponerse un vestido de paisanita. Es re groncho.

STELLA. —Pero no me digas que los lunares de esos vestidos no son hermosos.

SANDRA. —¿Y qué hacés allá en Sevilla?

LUISA. —¿Cómo?

SANDRA. —De qué trabajas, qué hacés... de qué vivís.

LUISA. —Tengo un muy buen trabajo.

SANDRA. —¿Ahora estás de licencia? Como siempre decías que no podías venir por el trabajo...

LUISA. —Un muy buen trabajo que me permitió traer muchos regalos. Así que... bueno bueno... llegó la hora de los presentes. Traje para todas. Y no uno, sino varios. Pero les iré dando de a poquito así no os empacháis. Antes dejo las maletas en mi cuarto.

SANDRA. —Esperá.

STELLA. —Tu pieza es ahora el taller de costura de Sandra. Vas a quedarte en la mía. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

LUISA. —Pero... ¿por qué no te instalaste en el cuartito del fondo?

SANDRA. —No pretenderás que las clientas crucen toda la casa.

LUISA. —Me lo tendrían que haber dicho con antelación. Así no me tomaba por sorpresa.

SANDRA. —Y... el que se va a Sevilla... pierde su silla.

STELLA. —Yo te llevo las valijas.

LUISA. —Yo pensé que iba a encontrar mi cuarto.

Stella sale con la valija. Largo silencio.

LUISA. —*(Dirigiéndose al maniquí.)* Bonito... muy bonito. Estará muy guapa Maribel. Una madrina muy guapa.

Stella saca el vestido del maniquí y se dispone a plancharlo.

SANDRA. —¿Por qué volviste?

LUISA. —¿No te alegra que esté de nuevo?

SANDRA. —No digo eso. Sólo que... ya nos habíamos acostumbrado a que...

LUISA. —Estoy feliz de haber regresado.

SANDRA. —Estás muy flaca.

LUISA. —Es lo que se usa.

SANDRA. —Esa flacura no es por la moda. Algo te está consumiendo. ¿Estás enferma?

LUISA. —¡Qué va! Nada. Sólo un poco de nervios en este último tiempo.

SANDRA. —Al principio nos preocupamos mucho por vos. ¿Sabías eso?

LUISA. —Yo también me hubiera preocupado si hubiera sido al revés.

SANDRA. —Pero después nos acostumbramos.

LUISA. —¿No te alegra que haya regresado?

SANDRA. —Vos siempre me entendiste.

LUISA. —Vos a mí no.

SANDRA. —Hace tres horas que llegaste y ya estás con reproches.

LUISA. —No fue nada fácil.

SANDRA. —Me imagino. En realidad no me imagino... pero te creo.

LUISA. —¿Crees que es fácil irse como me fui yo... de este pueblo de mierda? ¿Y sabes qué fácil es extrañar y querer volver?

SANDRA. —¿Pueblo de mierda?

LUISA. —Lo que escuchaste... un pueblo de mierda. Un pueblo de víboras que se arrastran con la yugular hinchada. Eso es un

pueblo de mierda. ¿O hubieras preferido que me seque como se están secando ustedes? Yo no nací para eso, papá siempre me decía... que yo era especial... que no estaba destinada para este desierto... que tenía otro vuelo. ¿Qué es lo que te gusta hacer? Dime algo que de verdad te guste hacer. ¿Lo haces? Eso es un pueblo de mierda. Donde todos se regodean de solidaridad frente a la desgracia ajena pero no es solidaridad ni nada que se le parezca, es alegría de que a mí no me pasó. Y como yo no puedo hacer lo que realmente quiero, porque a veces ni sé ya lo que quiero, los cago a los otros. ¿O ya te olvidaste cómo lo cagaron al papi? Acuérdate cómo se consumió la mami. ¿Por qué la cagaron así? A los pueblos de mierda les gusta la mediocridad. Un pueblo de mierda caga y voltea a los que no son mediocres. Los pueblos de mierda secan a las personas y las hacen malas.

SANDRA. —¡Basta Luisa, basta! No es momento de traer esos recuerdos. Me hacés mal con todo lo que estás diciendo. ¡Basta, basta, por favor!

LUISA. —Harta, esa es la palabra. Harta de que el viento se lo lleve toda y no traiga nada. Pero nuestra vida aún no ha terminado. Seguiremos viviendo...

Largo silencio.

LUISA. —¡Pedro! ¡Pedro! También te traje un regalín. Si te estás escondiendo ya es mucho. Necesito verte. Pedro... me voy a cambiar y cuando regrese te quiero aquí. No aguanto este calor. Ojalá llueva suavecito y lo calme todo, que refresque un poco.

SANDRA. —Es verano, Luisa. Si llueve, es tormenta con creciente. Hace mucho que no llueve.

LUISA. —¡Lástima!

SANDRA. —Cacho Tisera cada vez que anuncia lluvia en la radio se nubla bien cargadito, pero no pasa nada y todos se le cagan de risa.

LUISA. —¡Cacho! ¿Todavía sigue Cacho en la radio? ¿Cuántos años tendrá ya?

SANDRA. —Pero Cacho dice la verdad del pronóstico.

LUISA. —Si anuncia que llueve, por qué no llueve entonces.

SANDRA. —Por culpa de la empresa que rompe las nubes.

LUISA. —¿Qué empresa?

SANDRA. —La que está construyendo el puente. El año ese que te fuiste se instaló.

LUISA. —¿Un puente?

SANDRA. —Sobre el río, pero el río se secó.

LUISA. —¿Qué pasó con el río?

SANDRA. —Se secó te dije.

LUISA. —¿Y ahora van a hacer un puente?

SANDRA. —Sí.

LUISA. —No entiendo.

SANDRA. —No te preocupes, nosotros aquí tampoco entendemos. *(Breve silencio.)* No es por nada pero... ¿te vas a quedar un tiempo o sólo unos días?

Se escucha un fuerte estruendo. Sandra no le da importancia pero Luisa se sobresalta.

LUISA. —¡Joder! ¿Qué fue eso, por la Macarena?

SANDRA. —Bombas.

LUISA. —¿Bombas?

SANDRA. —Las que tiran los de la empresa para que no llueva. Si llueve crecerá el río y así no podrán terminar de construir el puente.

LUISA. —La verdad que no entiendo. Son muy gilipollas...

SANDRA. —Pero no hablemos de estas cosas ahora. Después te pongo al tanto de todo lo que pasa.

LUISA. —Sí, ahora mejor no. Y no vayas a empezar con que ¿sabías quién se murió?

SANDRA. —Como la mami, ¿te acordás? Cada vez que volvía de viaje siempre preguntaba si se había muerto alguien.

LUISA. —Mejor no hablar de quiénes se murieron. Pero no puedo creer que se case Ely. Cuando me fui era una niña y mira...

SANDRA. —Convengamos que nunca fue muy niña. *(Mirando el abanico de Luisa.)* ¿Son muy caros?

LUISA. —Este sí. Pero tienes de todos los precios.

SANDRA. —Allá todo debe ser más caro ¿no?

LUISA. —Para todos los bolsillos.

SANDRA. —Pero todo es de mejor calidad allá.

LUISA. —*(Mostrando el saco que dejó en una silla.)* Este tapadito es de Balenciaga y no me salió tan caro como te puede llegar a salir...

SANDRA. —¡No! ¿En serio? Mirá lo que son las vueltas de la vida yo haciendo imitaciones y vos venís con los originales.

LUISA. —Te traje uno original. Es sorpresa para después. Me extraña que no venga Pedro a recibirme. ¿Dónde lo metieron? Pedro... Pedro. ¿Qué pasó con Pedro? Pedro... Pedro...

SANDRA. —No grités así. Es al vicio que lo llames.

LUISA. —¿Qué coño pasó con Pedro?

SANDRA. —Cáncer...

LUISA. —¿Qué?

SANDRA. —Cáncer de colon.

LUISA. —No...

SANDRA. —Sí.

LUISA. —No me esperaba esta noticia.

SANDRA. —Sí.

LUISA. —No. No lo puedo creer.

SANDRA. —Fue muy triste el último tiempo...Le salía por el ano una especie de pus, una cosa rara, parecida al queso roquefort derretido. El olor era espantoso. Encima se empezó a agusanar y era asqueroso tener que limpiarle. No le deseo a nadie eso. No sabés lo feo que es tener que ver la decadencia de otro así, ver cómo se está muriendo con todo eso podrido del cáncer ahí adentro. Porque si vos te ponés a pensar ¿qué es un cáncer? Es empezarse a podrir por dentro... bueno, otros se empiezan a podrir por afuera y vos más o menos te vas dando cuenta... pero cuando te empezás a podrir por dentro uno nunca sabe hasta que ya estás hecha mierda...

LUISA. —¡Córtala ya! ¡Joder... cómo te pones tía! Sólo pregunto por Pedro y me tiras todo ese rollo del cáncer. El cáncer además es un descuido de la gente. Si a Pedro lo hubieran cuidado bien, seguramente estaría vivo.

SANDRA. —Luisa, no vengas con eso, ya sabés que...

LUISA. —Son muy descuidadas. Mira cómo tienen la casa. Nuestra casa.

SANDRA. —¿Y qué querés que dure para siempre? Es un perro... cuando vos te fuiste ya tenía como doce años, date cuente... ya era hora que se muera. En los perros los años se multiplican por siete. Pedro ya se había pasado de la cuenta.

LUISA. —Pedro... Pedro... Pedrín. ¡Cómo te voy a extrañar! ¡Qué tristeza quedarse así con un presente en la maleta!

SANDRA. —Tenemos un gato ahora. Stella le puso Pablo. Duerme en la cucha de Pedro. Pero no es muy sociable, si no, ya te hubiera venido a saludar. Porque vos no sabés muy bien cómo son los gatos. Los perros... vos viste... casi como que te hablan y te das cuenta de todo por como mueven la cola. El Pablo este no me banca pero con Stella son muy amigos. A mí me mira de lejos y cada vez que...

STELLA. —*(Ingresando con una bandeja con la comida.)* Chicas, no saben, casi se me quema. Vengan a comer que se enfría. No se quemó, casi se quemó. Así que tuve que hacer unos truquitos y quedó delicioso.

LUISA. —Me cambio y recién almuerzo. Necesito cambiarme, no aguanto este calor.

V.

Las tres hermanas están en la mesa. Ya terminaron de almorzar y ríen felices.

SANDRA. —Te salió espectacular la cena.

STELLA. —Es un plato creativo.

SANDRA. —¿Cómo?

STELLA. —Hecho exclusivamente para nuestro huésped de honor. Y hasta le puse un nombre... así... bien metafórico. El plato se llama: "Luciérnagas abriéndose para que entre la luz". Pero no les voy a explicar el verdadero sentido, lo dejo para que cada una lo interprete.

SANDRA. —Estás equivocada. La luciérnaga ya tiene luz, ¿para qué quiere que le entre más luz?

STELLA. —Es que...

SANDRA. —No, no, no quiero explicaciones. Porque si va a ser como el de la oda a la batata, de verdad, no me interesa.

LUISA. —¿Una oda a la batata? Suena interesante.

STELLA. —Está inspirada en la poesía romana antigua.

SANDRA. —Ni se te ocurra ponerte a declamar.

LUISA. —Quiero oírla.

SANDRA. —No, es larga.

LUISA. —Más interesante todavía. Una batata larga. Me gustan las batatas largas.

SANDRA. —Últimamente me están saliendo poemas muy largos, antes me gustaba hacer poemas más cortitos, como esos que hacían los chinos o los japoneses.

LUISA. — Los japoneses la tienen re cortita. Una vez me acosté con un japonés que...

SANDRA. —¿No te dio asco?

LUISA. —¡Sandra, por favor!

STELLA. —Ya se están desubicando.

SANDRA. —Pero vos sos la que siempre está pensando en esas cosas.

STELLA. —¿Qué cosa Sandra? Vos nunca entendés nada. Me acusás a mí pero aquí la más necesitada de batata sos vos.

Ríen las tres hermanas.

LUISA. —Y... a falta de polla... batata.

SANDRA. —¡Hace cuánto que no como una batata!

Ríen festivamente.

STELLA. —Cambiando de fruta... voy a traer naranjas.
LUISA. —Me está matando este calor.

Stella comienza a levantar la mesa.

LUISA. —Te ayudo...
SANDRA. —No, dejá. Debés estar muy cansada.
LUISA. —No, no estoy cansada, estoy rara. Volver es raro, es más raro que irse.
SANDRA. —No me imagino...
LUISA. —Perdóname por lo de esta mañana, es que estoy muy sensible.
SANDRA. —Estamos contentas de...
LUISA. —Sí, lo sé...
SANDRA. —Estábamos nerviosas por tu llegada, no sabíamos cómo ibas a venir...
LUISA. —Como siempre, soy la misma de siempre.
SANDRA. —No, no sos la misma de siempre. Estás muy cambiada. Aparte de que hablás así... con esa tonadita que te queda lindo, estás muy flaca... estás demacrada, como decía la mami.
LUISA. —No te olvides que vengo del invierno, no me dio el sol últimamente, por eso debe ser.

Stella trae naranjas y le tira una a Sandra y lleva las últimas cosas de la mesa.

STELLA. —No están muy buenas. Están medias pasaditas.

SANDRA. —Voy a tirar un poco de agua si no, será insoportable.

LUISA. —Está fatal.

SANDRA. —Pero allá también hace calor.

LUISA. —Es un calor distinto.

SANDRA. —El calor es el mismo en todas partes.

LUISA. —Es diferente, te lo puedo asegurar. El calor de aquí es como que te pone en otra órbita. Es como que te amortigua.

STELLA. —Luisa, me voy a probar tu regalo. Está muy lindo. Muchas gracias. Me encanta el color.

LUISA. —Me falta uno más para Sandra.

SANDRA. —Con lo que me regalaste está bien. Esas cosas deben ser caras.

LUISA. —¿No vieron dónde dejé mis gafas de sol?

STELLA. —Sobre la heladera me parece que están.

Luisa y Stella salen.

STELLA. —*(Desde adentro.)* Sandra, casi me olvido, habló por teléfono la Maribel, dice que después la hablés, que quiere no sé qué cosa para el vestido.

Sandra tira con un balde agua en el piso. Luisa regresa con más regalos.

LUISA. —Espero que te guste.

Sandra abre el regalo. Es un gorro de piel.

SANDRA. —Es muy bonito. Pero voy a tener que esperar que llegue el invierno para ponérmelo. Y rogar que haga frío en invierno.

LUISA. —Pruébatelo.

SANDRA. —*(Poniéndose el gorro.)* ¿Me queda bien?

LUISA. —Pareces una noruega o una suiza.

SANDRA. —Nunca vi una noruega de verdad.

LUISA. —Estarás a la vanguardia el próximo invierno.

SANDRA. —Voy a parecer una vikinga.

LUISA. —Te lo tendrías que poner con un abrigo que tenga esos mismos detalles de piel en el ruedo.

SANDRA. —¿De noruega son los vikingos? ¿Fuiste por allí?

LUISA. —No, no fui. Y eso que a mí me encanta el frío. ¡Qué lindo sería que pudiéramos viajar las tres juntas! Cada vez que viajaba con algún cliente y tenía ratos libres salía a recorrer las ciudades y pensaba en cómo no estabas. Me hiciste mucha falta. Siempre me acuerdo cuando viajamos las dos solitas a Carlos Paz.

SANDRA. —Me acuerdo clarito. ¿Vas a creer que después de eso no volví a viajar más allá de trescientos quilómetros de aquí?

LUISA. —Tendríamos que juntar dinero y nos vamos por ahí, bien lejos.

SANDRA. —Sí, bien lejos.

LUISA. —Bien lejos.

SANDRA. —Porque a trescientos kilómetros te podés encontrar con cualquiera de aquí. Me gustaría ir a un lugar donde no haya nadie conocido. Creo que sería una forma de sentirme... más liviana.

LUISA. —A Noruega a ver a los vikingos.

SANDRA. —Una playa de Brasil, en donde todos andan medio en pelotas y nadie dice nada. Yo por eso no voy más al Balneario Municipal.

LUISA. —Y nos metemos en todos los barcitos de Noruega.

SANDRA. —¡Qué lindo sería!

LUISA. —Y vamos las dos super diosas con los gorros de piel por las calles y nos metemos en todos los barcitos y los vikingos nos miran con...

SANDRA. —Me gustan los vikingos.

LUISA. —A mí me encantan. Así... bien machos...

SANDRA. —Las casitas de madera que tienen...

LUISA. —Será que me gustan así bien peludos. Yo no concibo un hombre sin pelos.

SANDRA. —Y las telas cuadrillé que usan.

LUISA. — Los hombres tienen que tener pelos.

SANDRA. —¿Viste que ahora los tipos se depilan?

LUISA. —Una vez estuve con uno que se depilaba y hacía varios días que se la había hecho y no te imaginás... era como abrazar un puercoespín.

SANDRA. —Eso es una cuestión de moda, después pasa... y la empiezan a sufrir. Una vez que te mandaste la maquinita o la cera ya cagaste. Te salen más duros. Es mentira eso que se te debilitan.

LUISA. —Los turcos tienen pelos lindos por todos lados.

SANDRA. —Pobres si se les da a ellos por depilarse.

LUISA. —Los pelos de los rubios y los colorados son más finitos. Y ahí tenés los dos extremos, o son completamente lampiños o muy peludos.

SANDRA. —¿Cómo sabés todas esas cosas?

LUISA. —Los latinos son...

Ingresa Stella.

STELLA. —Me van a tener que ayudar con la teñida porque mañana tengo reunión en el club de las Declamadoras y recién me doy cuenta de las raíces. Encima van a ir los de la tele. Y no es que tenga canas, sino por el color que cambié.
LUISA. —Yo te ayudo. ¿Aquí o vamos al baño?
STELLA. —Ya traigo las cosas.
SANDRA. —Aprovecho para terminar de preparar algunas cositas para la cena. Vas a comer algo que seguramente no volviste a probar desde que te fuiste.
LUISA. —No me digas que estás preparando humitas.
SANDRA. —Sí. Pero yo quería que sea una sorpresa.
LUISA. — Hago de cuenta de que no me dijiste nada, hago de cuenta de que no me di cuenta de nada.

Stella ingresa con los elementos para teñirse el cabello.

SANDRA. —Stella no vayas a ensuciar el piso porque después la que limpia soy yo. Vos siempre te estás haciendo la tonta con las cosas de la limpieza.
STELLA. —No empecés con tu síndrome de maníaca obsesiva de la limpieza.
SANDRA. —Con tus excusitas de esto, de aquello, te hacés la boluda y la que termina haciendo todo soy yo.
STELLA. —No empecemos porque después terminamos mal. Como la otra noche que llegué tarde y me hiciste un escándalo.
SANDRA. —Por el olor a alcohol que traías.

STELLA. —Dejá de mentir... si sólo había tomado una copita con las chicas del Club.

SANDRA. —Sí, copita le llaman ahora. Vos sabés bien cómo son los vecinos.
STELLA. —No empecemos, en serio te lo digo.
SANDRA. —Una copita... cómo se ve que llega un momento en que ya no podés contar.
STELLA. —¡Y qué! Si tomo una, dos o veinte copitas ¿cuál es el problema?
LUISA. —Ya está. Si se ensucia algo, lo limpio yo.
STELLA. —Siempre estás acusando a los otros de cosas y vos no te miraste parece.
SANDRA. —Te hacés la mishita y bien que te gusta llevar y traer como una cualquiera. Por eso se te van a la mierda las socias del Club.
STELLA. —Fijate, Luisa, así es ella todo el tiempo. Debe ser el complejo de la hermana del medio. Ni primera ni última, ni arriba ni abajo. En el medio, siempre en el medio... en el medio y sola...
LUISA. —Habías sabido ser brava Stella. No te recordaba así.

Se escucha un estruendo de bomba.

SANDRA. —*(Gritando.)* Si no hay una puta nube, ¿por qué mierda tiran las bombas? Y si me llama la Maribel, díganle que no estoy, que le quemé el vestido y me fui a la mierda.

VI.

Luisa le tiñe el cabello a Stella.

STELLA. —Decime si tengo razón o no. Vos porque no te la tenés que bancar todo el tiempo.

LUISA. —No es para tanto.

STELLA. —¿Te vas a quedar todas las vacaciones?

LUISA. —Quédate quita tía, que no soy experta y te voy a manchar toda.

STELLA. —*(Gritando.)* Sandra... Sandra... fíjate si está el Pablo en la cucha.

LUISA. —Quedará bien el color. ¿Compraste el acondicionador para las puntas?

STELLA. —Está todo ahí en la cajita.

LUISA. —El acondicionador es la clave para que no te queden florecidas...

STELLA. —*(Gritando.)* Sandra... Sandra... si está en la cucha entretenelo ahí y atalo. Buscá la caja que traje del veterinario y encajale una pastilla. Tratá de que no se dé cuenta, si no, se pone como loco. Te hace que la traga y después la escupe. Hacete la simpática si no sabés cómo se pone. *(A Luisa.)* El Pablo no la quiere a la Sandra. Debe ser por el olor. ¿Viste que los animales te quieren o no por el olor?

LUISA. —¡Quédate quita!

STELLA. —¿Va quedando?

LUISA. —Sí.

STELLA. —Espero que no se note mucho el cambio.

LUISA. —Si se nota, será un poquitín. Me hiciste acordar a esa compañera de la mami de la escuela que se vivía cambiando de color el cabello...

STELLA. —La Rocchia, la vieja de francés.

LUISA. —¿Vive todavía?

STELLA. —No me gusta acordarme de esa gente. No la quería a la mami.

LUISA. —Tienes razón.

STELLA. —*(Gritando.)* Sandri... ¿lo pudiste hacer? Es la cajita celeste, la violeta no, esa es para desparacitarlo. La semana que viene te toca llevarlo a vos.

LUISA. —Estos te engañan con el color.

STELLA. —Fijate en la cajita cuánto me lo tengo que dejar.

LUISA. —Mira la hora que es y no refresca.

STELLA. —*(Gritando.)* Si no podés avísame, así te ayudo después que termine porque está media lenta la cosa aquí.

LUISA. —Stella... ¿qué le pasó a Pedro?

STELLA. —Se murió, ¿no te contó la Sandra?

LUISA. —¿Cómo murió?

STELLA. —*(Gritando.)* ¿Me escuchaste Sandra? *(A Luisa.)* ¿Cómo?

LUISA. — ¿De qué manera murió Pedro?

STELLA. —*(Gritando.)* Si no podés, avisame que ya terminamos aquí. Y de paso sacame el vestido de la soga. *(A Luisa.)* Es un vestido que me hizo la Sandra. Me lo voy a poner esta noche para la cena de bienvenida. ¿Vos preguntabas por lo de Pedro? Mirá, según mi interpretación a Pedro lo envenenó Don Coco.

LUISA. —¿Quién?

STELLA. —El viejo del lado. No lo conocés porque hace poco que está. Se vino de Buenos Aires porque allá tenía un negocio y lo asaltaron un montón de veces. Se vino buscando tranquilidad y mirá cómo le va...

LUISA. —Stella, no quiero la vida del vecino.

STELLA. —Pero no podemos decir nada porque es mi suposición. No podemos andar así por la vida acusando a la gente por suposiciones.

LUISA. —Claro.

STELLA. —Yo creo que a Pablo tampoco lo quiere.

LUISA. —Listo. No te saques la bolsa hasta que esté seco.

STELLA. —Gracias Luisa. Me salvaste...

LUISA. —Estoy un poco mareada.

STELLA. —Debe ser por la tintura.

LUISA. —Es el calor.

STELLA. —Tenés que descansar un poco.

LUISA. —Sí, eso haré.

STELLA. —Recostate un rato. Te hablo antes de la cena. Mirá que tenés que estar bien, será una cena de lujo. Yo le decía a la Sandra que invitemos a alguien más pero...

LUISA. —Está bien así. Sólo las tres.

STELLA. —La Maribel está con los preparativos del casamiento, si no, hubiera venido...

LUISA. —Mejos así, las tres, las tres hermanas.

Luisa sale y Stella recoge todas las cosas. Se escucha un nuevo estruendo de bombas pero Stella parece no escucharlo.

VII.

Las tres hermanas ya han cenado y están comiendo el postre.

SANDRA. —Los sapos no se comen... las ranas sí.
LUISA. —Me gustan las ranas. Sírveme un poco más de vino.
STELLA. —Es de la bodega del hijo de Don Pepo. ¿Te acordás? No me digas que comiste ranas.
LUISA. —Me gustan para verlas, no para comerlas.
STELLA. —Tengo un poema de las ranas que es...

Stella se mancha el vestido con vino.

LUISA. —. Sal... sal...
SANDRA. —Las manchas de vino no salen con sal. Después ponele el quitamanchas, esa tela no absorbe. La piel de las ranas me da asco. No sé cómo pueden comer ranas.
STELLA. —¿Las ranas son sólo mujeres o hay también varones?
LUISA. —Hay de las dos, hay ranas...
STELLA. —Pero, ¿cómo sabés cuál es hembra y cuál es macho?
LUISA. —Dicen que no tienen polla las ranas macho
SANDRA. —¿De dónde sacás eso?¡Qué feo ser un macho sin... polla!
STELLA. —¡Qué lindo que suena la palabra polla!

Ríen las tres hermanas.

SANDRA. —*(Cantando.)* Cu-cu-cu cantaba la rana... cu-cu-cu debajo del agua...
LUISA. —Esa tocabas en el pianito de juguete...

SANDRA. —Me traen muchos recuerdos las ranas.
LUISA. —¿Y cómo le pusiste al poema de las ranas?
STELLA. —Es de los largos... porque son de los últimos. "Las ranas cantan para disipar el tumulto borrascoso de la noche taciturna".
LUISA. —De verdad... muy largo el título.
SANDRA. —No te conocía ese poema de las ranas.
STELLA. —¡Qué rico vino!
LUISA. —¡Delicioso!
SANDRA. —¿Alguien repite postre?
LUISA. —No. Muchas gracias.
STELLA. —Hay que terminar el vino si no, es mala suerte. Un brindis de bienvenida.

Stella sirve más vino y las tres hermanas brindan.

SANDRA. —¡Qué día largo! Levanto un poco las cosas...
LUISA. —Te ayudo.
SANDRA. —No, por favor, quedate quieta. Terminá tu vino y relajate.

Sandra comienza a levantar las cosas de la cena.

STELLA. —Me gusta el color. La próxima vez me animaría por uno más claro.
SANDRA. —Por el color de tu piel te conviene el que te pusiste ahora.
STELLA. —Porque vos decís, el color no es importante, pero es el que te marca el contorno de la cara.

LUISA. —Tremendo, no recordaba que podía hacer tanto calor a la noche.

STELLA. —Es importante que una sea consciente, si no, te mandás cualquier color y después bancate las consecuencias.

SANDRA. —¿Ya querés dormir Luisa? Te llevo el ventilador de pie, ese tira lindo.

LUISA. —No creo poder dormir con tanto calor.

SANDRA. —No hace ruido.

LUISA. —Me quedaré un rato aquí. Vayan a dormir tranquilas.

SANDRA. —Te acompañamos.

LUISA. —En serio, vayan tranquilas. Necesito un poco de aire.

SANDRA. —Podríamos dormir aquí en la galería.

LUISA. —Como en los viejos tiempos.

SANDRA. —Sacamos los colchones y dormimos aquí afuera.

LUISA. —¿Tenés repelente para los mosquitos?

SANDRA. —Está llenito porque lo compramos hoy.

STELLA. —Luisa, te hice un poema de bienvenida. Ahora te lo traigo. Pero lo tenés que leer antes que te duermas así soñas cosas bonitas.

LUISA. —Muchas gracias.

VIII.

Sandra y Luisa ingresan arrastrando colchones. Luego ingresa Stella con otro colchón y el repelente para los mosquitos. Se sacan los vestidos y quedan en ropa interior. Sandra enciende la radio se escucha el programa nocturno de Cacho Tisera. Ya acostadas se colocan el repelente y miran las estrellas.

LUISA. —¿Cuántas serán las estrellas?

STELLA. —No tienen número. Ahora nosotras podemos contar también aquellas que no existen.

LUISA. —¿Quién nos contará a nosotras cuando ya no estemos?

STELLA. —Esas estrellas que ya no están ahora existen sólo para nosotras.

LUISA. —¿Cuánto vive una estrella?

STELLA. —Lo que dura su luz en los otros. ¿Ves esa media amarillita que está justo bajo la Cruz del Sur? Ella existe porque nos ilumina a nosotras.

LUISA. —Nunca me voy a olvidar de esa estrella.

STELLA. —¿Qué hay que hacer para seguir viviendo en los otros?

LUISA. —Es simple Stella. Una estrella no se ilumina para sí misma.

STELLA. —Si una pudiera saber para qué vivimos.

SANDRA. —¿Por qué volviste Luisa?

LUISA. —Menos mal que no hay luna.

SANDRA. —¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

LUISA. —La luna llena siempre me altera.

SANDRA. —Debe ser por el agua.

STELLA. —Sería bonito que no te vuelvas a ir.

SANDRA. —¿Venis a quedarte?

STELLA. —Y así volveríamos a ser las tres hermanas de la casa de la esquina.

LUISA. —¿Quién nos decía así?

STELLA. —La señorita Catalina, la de sexto grado.

LUISA. —Nos comparaba todo el tiempo. Y siempre la anterior era mejor que la otra.

STELLA. —Casi ni se mueven las estrellas. Parece que nos estuvieran mirando.

LUISA. —O nos están escuchando.

STELLA. —Es una lástima que no se las pueda tocar.

SANDRA. —¿Qué pensarán de nosotras?

LUISA. —La hora que es y no refresca.

STELLA. —Está lindo aquí. Encerradas en la pieza no podríamos pensar.

LUISA. —¿Hace cuánto que no llueve?

SANDRA. —Desde que vino la empresa... por las bombas que tiran y...

STELLA. —Callate, que si hablás de las bombas se espantan las estrellas.

Las estrellas se tornan más luminosas y se acercan a las tres hermanas que levantan los brazos para tocarlas.

FIN

ANTES DE MORIR

"El fin está en el principio
y sin embargo uno continúa."
Samuel Beckett

PERSONAJES

AUTOR
EXE, actor y personaje
CARLA, actriz y personaje
EMILIO, actor y personaje

Habitación inundada de papeles, discos, algunas botellas y un tocadiscos antiguo. En los papeles desparramados está escrito el guion de la obra. De fondo, una pantalla blanca. Hacia un costado un colchón sobre el que está acostado Exe. Hacia el otro costado un sillón donde está sentado el Autor. Apoyada sobre la pared derecha está Carla y sobre la izquierda Emilio. Hay cuatro ventiladores distribuidos al lado de cada actor. Exe se levanta, toma de una botella y coloca un disco en el tocadiscos. Antes que termine la canción, el Autor levanta la púa. Exe lo mira reprochándole la acción.

I.

AUTOR. —Yo tuve que escribir esto si no, me pegaba un tiro.
EXE. —Yo no te lo pedí.
AUTOR. —Eso ya lo sé. Nadie pide ser escrito.
EXE. —¿Por qué lo hiciste?
AUTOR. —Esas cosas nunca se saben.

Breve silencio.

EXE. —¿No te gustaba el tema?

AUTOR. —Sí, me gustaba...

EXE. —Entonces por qué...

AUTOR. —Ahora no es tiempo de música.

EXE. —¿Y cuándo sabés que es tiempo de música?

AUTOR. —Cuando se te levantan los párpados de los oídos.

EXE. —No empecés con esa retórica. Hace ya... ¿cuántos años que te escucho esas cosas?

EXE. —¿Son años ya?

AUTOR. —Sí, van tres.

EXE. —¿Tres?

AUTOR. —Tres.

EXE. —No parecen tres.

AUTOR. —Pero son tres.

EXE. —Tres, sí, tres.

AUTOR. —Tres.

EXE. —Tres.

AUTOR. —Tres... ya... tres.

EXE. —No parecen tres.

AUTOR. —Pero son tres.

CARLA. —Cuatro.

EXE. —Tres dijimos.

CARLA. —Los míos son cuatro.

EXE. —¡Ah! Pensé que estabas...

CARLA. —No podría hacerlo. Desconozco todo lo de ese lado.

EXE. —Por eso decía que...

CARLA. —Cuando una desconoce qué hacen sus...

EXE. —¿Fueron cuatro?

CARLA. —Sí. Cuatro.

EXE. —Parece que hubieran sido más de cuatro.

CARLA. —Contabilizando todo... fueron cuatro.

EXE. —Cuatro.

CARLA. —Sí. Cuatro.

EXE. —Cuatro.

CARLA. —Cuatro. Sí.

AUTOR. —¿Y te molestaba?

EXE. —¿Qué cosa?

AUTOR. —Escucharme.

EXE. —No.

AUTOR. —Entonces por qué decís ahora que no empiece con esa retórica y que...

EXE. —No estás entendiendo. Me gustaba escucharte. De verdad.

CARLA. —A mí también me gustaba escucharte. *(Breve silencio.)* Pero vos sólo hablabas para un solo receptor.

AUTOR. —No es así.

EXE. —Sí, así era.

EMILIO. —Hace mucho calor. ¿Podemos encender los ventiladores?

AUTOR. —No. Es para el final.

EXE. —Sí. Es para el final.

AUTOR. —Así lo quiere Exe.

EMILIO. —Pero no se aguanta.

AUTOR. —Tendremos que aguantar hasta el final.

EMILIO. —¿Vas a marcar cuándo es el final?

AUTOR. —El final depende de Exe.

II.

Carla y Emilio se dirigen a Exe.

CARLA. —Sos un hijo de puta, sólo quiero que sepas eso.

EMILIO. —Estudiar filosofía y estética te hizo mal.

CARLA. —Por eso me besé con ese hombre hermoso en tu propia cara.

EMILIO. —Te perdiste en tus propias fotografías.

CARLA. —A los hijos de puta hay que destruirlos antes de que sigan destruyendo.

EMILIO. —Te inventaste en una pantalla y no podés salir de ahí.

CARLA. —Por eso ahora me encargo de contarle a todo el mundo.

EMILIO. —Creo que te enamoraste de vos mismo. Por eso sos... irreal...

CARLA. —A todo el mundo le conté que tenés un pito chiquito, blanquito y flaquito... fíjate que digo pito que no tiene ninguna connotación sexual, como nombrar el sexo de los niños. Si no... hubiera utilizado otras palabras. Que eras el peor de los amantes...

EMILIO. —Y el peor de los amigos.

CARLA. —Pero un especialista en calentar pijas y conchas...

Exe se levanta y tira contra la pared una botella.

CARLA. —*(A Emilio.)* Es un hijo de puta, quiero que sepas eso.

EMILIO. —Lo sé, por eso estoy.

CARLA. —¿A vos también te contrató?

EMILIO. —Sí.

CARLA. —¿Y podés hacerlo?

EMILIO. —Sí.

EMILIO. —¿Vos?

CARLA. —También.

EMILIO. —Para eso estamos.

AUTOR. —Empieza Carla.

CARLA. —Me pasaba horas pendiente del teléfono y se me empezó a caer el cabello. *(Breve silencio.)* No le gustaba mi vello corporal. Así que me depilé toda... completa... depilación definitiva. Pero a él le gustaba también acariciar las piernas peludas de un director de teatro.

Carla enciende el ventilador frente a su rostro.

AUTOR. —No, todavía no. Es para el final.

CARLA. —No aguanto más.

AUTOR. —Está bien, pero que no se vuelen las hojas. Es para el final.

CARLA. —*(Frente al ventilador y dirigiéndose al Autor.)* El primer beso, con el hombre hermoso, no funcionó. Hizo lo de siempre. Hacerse el que no vio... el que no entendió... el distraído... todas esas cosas que él sabe hacer muy bien.... Por eso lo busqué a Emilio. Ahí no tendría escapatoria...

EMILIO. —Yo solamente me dejé besar...

CARLA. —Estábamos en Córdoba.

EMILIO. —En Salsipuedes. Allí tiene una casa de veraneo la nueva pareja de mi madre.

CARLA. —Exe inmediatamente dijo que sí. Como siempre. Metido en todos lados. No quiere perderse nada y por eso no puede juntar nada. Él quiere todo y con la misma intensidad puede descartar todo.

EMILIO. —Él utiliza para eso la palabra versatilidad.

CARLA. —Es una patología.

EMILIO. —Puede ser. Pero él cree que es su virtud...

AUTOR. —No se desvíen.

EMILIO. —Estábamos en el parque, era al atardecer. Tomábamos cervezas.

CARLA. —Exe estaba en el baño y yo calculé el momento de su regreso y lo besé a Emilio. Era un beso largo porque no estaba segura si ya estaba atrás de nosotros o no. Emilio lo vio y se apartó bruscamente. Para esa misma noche teníamos los pasajes de regreso. Exe no dijo nada. Ahora que veo las cosas desde la distancia y un poco más claras... creo que su silencio fue porque... no tenía plata. Sus sentimientos son controlados por el dinero. Dinero y poder son sus impulsos y por los mismos motivos deja de amar. Durante el viaje de regreso reclinamos las butacas y sólo se escuchaba el ruido del motor y el espanto de una pampa solitaria. Y en la mitad de la noche me acerqué a su oído y le dije: "¡sos un hijo de puta, sólo quiero que sepas eso. Y vos sabés que yo sé que sos un hijo de puta!".

AUTOR. —Para eso te contraté ahora. Para que representes ese decir.

CARLA. —Y él no dijo nada, como siempre. En otro momento me hubiera preocupado por saber si me escuchó o no... y le hubiera preguntado... y hubiera tratado de descifrar qué era lo que estaba pensando... pero esa vez no... Apoyé mi cabeza sobre la butaca y me dormí como nunca había dormido, con una paz increíble. Me desperté cuando estábamos en la terminal. El sol estaba a punto de salir detrás de la montaña y la brisa era muy fresca para ser verano. Retiré mi equipaje, él quiso ayudarme

pero no lo dejé, y me fui sola en un taxi. Esa fue la última vez que lo vi. Lo sentía a mis espaldas mirándome... y dije... este tarado no hará nada... y de hecho, así fue... no hizo... ni dijo nada... nada...

EMILIO. —Ella escribió después en un cuaderno que, en realidad, mientras caminaba hacia el taxi retumbaban en su cabeza dos parlamentos que se repetían. "Decí algo, no me dejes ir..."

Carla apaga el ventilador. Exe tira otra botella contra la pared. El Autor pone un disco y todos escuchan la música durante un momento.

AUTOR. —¿Cuál era el otro parlamento?

EMILIO. —El del hijo de puta...

CARLA. —Ya no me resulta creíble tener que repetir esa frase cada vez que me lo pedís.

AUTOR. —Para eso te convoqué.

III.

AUTOR. —Yo tuve que escribir esto si no, me pegaba un tiro. Te había prometido que te llevaría de viaje, que íbamos a recorrer por horas los museos, que pasearíamos por El Raval...

EXE. —Siempre hablabas de ese barrio.

AUTOR. —Y que mi felicidad iba a ser ver tu cara de sorpresa y felicidad. Ensayaba tu mirada y me sentía feliz. En cada viaje que hice después, en algún momento, en alguna calle donde se presentaba la sorpresa, caías con todo tu peso sobre mi nuca y durante algunas horas mi estómago se cerraba y no

podía ingerir ningún alimento sólido. Sólo podía beber algo de alcohol... para amortiguarme un poco... y poder continuar... Sos un hijo de puta, sólo quiero....

CARLA. —¿Tengo que decirlo de nuevo?

AUTOR. —No. Ahora no.

CARLA. —Pensé que...

AUTOR. —No. Ahora no... *(Breve silencio.)* Me habías prometido que caminaríamos juntos por la montaña, que volaríamos juntos. Después de darnos las manos por debajo de la mesa en aquel bar, ¿te acordás?, después de besar tu cicatriz, después de ver tus ojos transformarse sobre el fondo de la montaña, después de entregarte un anillo de diez años, después de... después de todo eso... tu deseo era que me estrellara con mi camioneta en la montaña... estallara, esa era la palabra que...

EXE. —¿De dónde sacaste eso? ¿No te estarás confundiendo con otro personaje?

AUTOR. —No.

EXE. —Te estás enmarañando.

AUTOR. —No sé. *(Breve silencio.)* Los hijos de puta tienen un lugar en el infierno de Dante. Tuve la oportunidad de mandarte allí pero no lo hice.

EXE. —Yo no estaba en esa obra.

AUTOR. —Y decidí que salieras caminando... del mismo modo en que habías llegado. Ahora es tu momento. Ahora es tu obra.

EXE. —Esa vez me crucificaste. Estás confundido.

AUTOR. —Puede ser... no sé... a estas alturas... las imágenes del recuerdo ya son una ficción...

EXE. —¿Podemos ver las imágenes?

AUTOR. —Creo que es un buen momento.

EMILIO. —¿Pongo música?

AUTOR. —Sí.

EMILIO. —¿Cuál disco?

AUTOR. —Buscá uno al azar.

En la pantalla se ve a Exe recorriendo el barrio El Raval de Barcelona. El Autor es quien lo filma. No se lo ve pero en algún momento se lo escucha.

IV.

EXE. —Me encantaba que me provocaras de esa manera. Me encantaba robarte los encendedores y sacarte fotos mientras estabas durmiendo. Que tuvieras celos... eso me encantaba... Pero saber que escribías sobre mí eso superaba todos los encantos. Pero ahora no comprendo... no comprendo todo esto... Hablarte de mi abuela, también me encantaba.... Aunque fueran mentiras algunas de las cosas que te contaba... la abuela era siempre la excusa. Abrazarte y estrujarte la piel... eso me encantaba. Esperarte... y que me prometas viajes. Y hacerme el sorprendido con tus ocurrencias, con tus ironías... Me encantaba mirar tus fotos... y haberte conocido de esa manera... de... cómo decirlo... la gente dice como si te hubiera conocido desde siempre... pero no... no es así... nadie llega a conocer... de hecho... nuestros problemas son por ese tema...

AUTOR. —Te estás enredando...

EXE. —Algo de eso decías en la obra que hacías con las actrices rubias.

AUTOR. —Que Emmanuel las quería dinamitar...

EXE. —Estaba celoso.

Ríen.

AUTOR. —Seguí.

EXE. —Me encantaba cuando se te entrecortaba la voz, cuando te emocionabas, cuando me invitabas a pasear por ese barrio de Barcelona, me encantaba... Ver mis ojos en los tuyos. Verde y negro ¿qué da?

AUTOR. —No entiendo.

EXE. —De la combinación de verde y negro, ¿qué color resulta?

AUTOR. —Gris... no sé.

EXE. —Creo que es verde seco.

AUTOR. —Eso no es un color.

EXE. —Sí, es un color. Si yo los nombro es un color.

AUTOR. —No importa. Los colores no existen.

EXE. —¿Cómo?

AUTOR. —No existen. Y está comprobado.

EXE. —¿Se puede comprobar la no existencia de algo?

AUTOR. —Volvamos al hilo.

EXE. —¿Por dónde estaba?

AUTOR. —Me encantaba que...

EXE. —Después de nuestros abrazos de despedida... disimuladamente me fijaba si tenías una erección o no... eso me encantaba. Me encantaba cuando estabas nervioso y te comías las uñas. Me encantaba que tengas en claro los tres nombres que corresponden a las etapas de mi vida. Aunque el primero te costó aprenderlo.

AUTOR. —Pero es una lástima que el nombre que venía no se pueda llenar.

EXE. —Me encantaba tu rostro en la puerta de tu cocina a contraluz. Me encantaba cuando te dormías profundo y yo buscaba un colchón para dormir en el suelo. Me encantaba cuando en medio de la mayor solemnidad tirabas una ironía. Me encantaba cuando me mirabas y nos perdíamos. Me encantaba cuando caminábamos por tu pueblo como encapsulados en una burbuja... Pude haberte amado mucho... de verdad.... mucho... pero me mandaste al plano de la ficción... y lo arruinaste todo....

AUTOR. —En el amor no hay cantidades.

EXE. —Me encantaba hacerme el ofendido por cualquier cosa. Me encantaba destruirte por las noches con mi ausencia. *(Largo silencio.)* Y no entiendo por qué pensás que te estoy negando. *(Breve silencio.)* Cuando me mandás al plano del recuerdo siempre tenés problemas. Te hablé de mi abuela, de mi padre, mis hermanos... para que pudieras armar un todo coherente y verosímil...

EMILIO. —Eso es verdad.

AUTOR. —Nunca le creí. Y estoy convencido de que la abuela es un invento. Y la hará vivir ciento veinte años.

EXE. —No. Es recuerdo. Y vos impunemente la mandaste al plano de la mentira.

V.

AUTOR. —Es momento de una canción.

CARLA. —¿Una canción de amor?

AUTOR. —Sí.

CARLA. —No entiendo cómo estaba enamorado de mí. A él sólo le gustaban las personas con un elevado grado de estupidez.

AUTOR. —Debe ser para mitigar la propia.

El Autor coloca un disco y sobre esa pista Carla y Emilio cantan.

CARLA Y EMILIO. —Canción de amor
"Esta noche vas a explotar
Dentro de mi cabeza
Ý nunca lo sabrás
Ya no hay alimento que colme el hueco
Ni bebida que calme la ausencia
Quiero hacerme a la idea
De que sólo estás en mi cabeza
No quiero estar preguntándome
Dónde andas en las noches de ausencia
Ya no hay alimento que colme el hueco
Ni bebida que calme la sed
A veces me dejo llevar por la pasión
Mis agujeros y grietas se cierran
Y todo estalla y se ensucia
Dentro de mi cabeza
Ya no hay alimento que colme el hueco
No bebida que calme la ausencia
Tu frivolidad no ve el daño que hace
Tus palabras en el borde de la estupidez
Y cuando te despiertas de tus noches pobladas
Te das cuenta que a tu lado nadie está."

EXE. —No me parece que sea una buena canción de amor.

VI.

EXE. —Sabía que con vos estaba a salvo de la estupidez. Pero no pude evitar recorrer otros caminos...

En la pantalla se proyecta la escritura de los textos dichos por Carla y Emilio. El texto tiene algunas palabras tachadas, correcciones y signos incomprensibles.

EMILIO. —La frivolidad...
CARLA. —La histeria...
EMILIO. —La estupidez... de la estupidez no te salvaste... por más que digas otra cosa...
CARLA. —La falsedad...
EMILIO. —La deshonestidad...
CARLA. —La infidelidad, creías que era tu virtud, pero todos veíamos otra cosa...
EMILIO. —La indecencia...
CARLA. —La hediondez...
EMILIO. —La ambición, que te hizo ser un ventrílocuo, por más que digas otra cosa...
CARLA. —La huida...
EMILIO. —La tibieza...
CARLA. —La carroña... la mostrabas como manjar... pero todos veíamos otra cosa...
EMILIO. —La trepada...

CARLA. —La caída...

EMILIO. —La arañada...

CARLA. —La vanidad...

EMILIO. —La indolencia...

CARLA. —La ubicuidad...

EMILIO. —La ingratitud...

CARLA. —La promiscuidad...

EMILIO. —La enfermedad...

CARLA. —La puerilidad...

EMILIO. —La oscuridad...

CARLA. —La prestidigitación...

EMILIO. —La presunción...

CARLA. —La sudoración de espanto...

EMILIO. —La superficialidad... por eso te matará...

AUTOR. —Ya está bien con ese listado. Dejen que continúe.

EXE. —Y no pude contarte lo peor de mí, por eso te inventé lo mejor de mí. Y te pido que me des unos minutos más antes de que me mates... sé que es sólo una obra de teatro... pero me vas a matar. De verdad... ahora quiero que me conozcas... de verdad... quiero conocerte... A lo mejor vale la pena todo esto... no quiero parar en un papel... los papeles siempre terminan quemándose o en la bolsa de residuos. *(Breve silencio.)* No quiero matarme... pero sé que tendré que hacerlo... así tendrás un final para tu obra.

EMILIO. —Vos también lo querías matar...

EXE. —Lo quería matar cuando me hizo hablar en un idioma inventado. Cuando hacíamos el amor antes de que viajara, también lo quería matar. Cuando nos emborrachábamos y yo terminaba diciéndole que solo recibía su amor. Un amor que me producía espanto y una tristeza alargada. Cuando le decía que

lo amaba me quería matar. Pero no me cree... porque le mentí muchas veces.

VII.

CARLA. —Sos un hijo de puta, sólo quiero que sepas eso...
AUTOR. —No, ahora no.
CARLA. —¿Cuándo? Para eso me contrataste.
AUTOR. —Ya será el momento. *(Breve silencio.)* Continúen...
CARLA. —Aquella noche, la de la entrega de premios, yo le mandé el siguiente mensaje.

Se ve en la pantalla el mensaje: "¿Dónde estás? ¡No arruines esta noche, te lo pido por favor!"

CARLA. —Y parece que estabas esperando que yo escribiera eso para hacerlo, ¿te acordás? Y lo hiciste... lo hiciste... Esperaste que yo lo presintiera, que lo escribiera, para destruir esa noche con la mayor intensidad...
AUTOR. —Saltemos esa escena si no, nos excedemos de tiempo.
CARLA. —Pero era un lindo tema el de la humillación.
EXE. —Yo no te humillé.
AUTOR. —Dije que pasemos...
EMILIO. —Él aparecía cuando había una necesidad suya de ser satisfecha.
CARLA. —Así es.
EMILIO. —Lo que no entiendo es cómo continuaba. ¿Cómo la gente podía seguir a su lado?

CARLA. —Pero pasado un tiempo... tenía que cambiar de gente. Para que no vean el momento de la caída de la careta.

EMILIO. —Él sabía del tiempo en que una careta puede permanecer en el rostro.

CARLA. —Conoce de las temperaturas... cuando las caretas comienzan a secarse y amenazan con caerse...

EMILIO. —También conoce del dolor que produce la transición del vicio a la sobriedad.

CARLA. —Todas las máscaras que tiene son para ocultar el olor a mierda que produce el vacío.

AUTOR. —Una vez vi una obra en la que había una escena que era muy parecida a lo que están hablando. Pero creo que tenía otro sentido. Fui con Carla a verla, ¿te acordás?

CARLA. —No sé de qué obra estás hablando.

AUTOR. —Eran cuatro o cinco actrices que se colocaban unas caretas húmedas, se abanicaban y se dirigían al público recitando un poema. Llevaban vestidos de hule blanco y cuando las caretas se secaban y comenzaban a desprenderse del rostro se orinaban...

EMILIO. —¿Qué?

AUTOR. —Se orinaban...

CARLA. —Ya me acuerdo.

EMILIO. —¿Se orinaban?

CARLA. —Sí.

AUTOR. —Se orinaban, sí.

CARLA. —Se orinaban de verdad.

AUTOR. —Sí, se orinaban.

EMILIO. —Debe ser difícil.

CARLA. —¿Qué cosa?

EMILIO. —Orinarse en escena.

AUTOR. —Ahí no hay mentira. Te orinás... no podés fingir orinarte.

CARLA. —Si lo podés hacer tan naturalmente en la vida, no creo que sea difícil hacerlo en un escenario.

EMILIO. —Lo difícil debe ser representar el ocultamiento, el engaño. Un chorro de orina no podés ocultar.

CARLA. —En eso estamos de acuerdo.

EMILIO. —Como una cachetada...

CARLA. —Como una chispa...

EMILIO. —Como una palabra dicha...

CARLA. —Como una palabra callada...

EMILIO. —Como embarrar...

CARLA. —Como chapotear...

EMILIO. —Como hundir...

CARLA. —Como sangrar...

EMILIO. —Como respirar...

EMILIO. —Como caer...

AUTOR. —Está bien. Continuemos.

EMILIO. —¿Y cuál era el poema que recitaban las mujeres que orinaban?

AUTOR. —Un poema de Sor Juana Inés de la Cruz.

CARLA. —¡Qué lindo nombre!

AUTOR. — Por eso cada vez que aparece el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz me viene inmediatamente a la memoria el sonido de los chorros de orines cayendo en esa sala de teatro.

CARLA. —Carla, por ejemplo, no es un lindo nombre. ¿Por qué me pusiste Carla?

AUTOR. —Por una confusión. Siempre pensé que la persona a la que ibas a representar se llamaba Carla. Pero después supe

que no, que tenía otro nombre, más vulgar aún. Pero no quiero hablar de la vulgaridad de ella. No en esta obra.

CARLA. —¿Yo tendría que estar representando una mujer vulgar?

AUTOR. —Dije que cambié la mancha original. Al principio ibas a ser ella pero después desistí. Y Carla ahora es sólo un invento.

CARLA. —¿Por qué?

AUTOR. —Porque ella era o es, supongo que lo sigue siendo, demasiado vulgar.

CARLA. —¿Yo no soy ella?

AUTOR. —No. Te dije que sos sólo ficción.

EMILIO. —Podría ser un buen título.

AUTOR. —¿Qué?

EMILIO. —Podría ser un buen título para tu próxima obra.

AUTOR. —¿Cuál sería?

EMILIO. —Eso que dijiste.

AUTOR. —Dije varias cosas...

EMILIO. —El sonido de los chorros de orines cayendo.

CARLA. —Suena muy escatológico.

EMILIO. —Me gusta.

CARLA. —A mí no.

EMILIO. —Es bonito.

AUTOR. —Sí.

EMILIO. —Como el sonido y la furia...

CARLA. —El sonido y la lluvia...

EMILIO. —El sonido y la injuria...

CARLA. —El sonido y la amnesia...

EMILIO. —El sonido y la inepcia...

CARLA. —El sonido y la decadencia...

EMILIO. —El sonido y la turgencia...

CARLA. —El sonido y la ausencia...

EMILIO. —El sonido y la interferencia...

CARLA. —El sonido y la repugnancia...

EMILIO. —El sonido y la extravagancia...

CARLA. —El sonido y la evidencia...

EMILIO. —El sonido y la inapetencia...

CARLA. —El sonido y la dolencia...

EMILIO. —El sonido y la saña...

CARLA. —El sonido y la estupidez...

EMILIO. —El sonido y la estafa...

CARLA. —El sonido y la manipulación...

EMILIO. —El sonido y la usura...

CARLA. —El sonido y la patria...

AUTOR. —Está bien ya con ese listado. *(Breve silencio.)* ¿Queda un listado más?

EMILIO. —Falta uno.

VIII.

Exe canta. Carla baila. Emilio saca fotos con una polaroid al público y las va proyectando en la pantalla del fondo. Vitalidad y tristeza. El inicio del fin de la inocencia.

AUTOR. —Lo que no deben olvidar es que las caras jóvenes se cortan por la parte más finita.

Exe canta.

"Canción punk de amor
No tendré ya más tus palabras
Es triste ver cómo los rostros se cortaron
Por las partes más finitas del amor
Mis silencios se llenaron de estúpidas canciones
Y noches de frívola diversión
Voy dando saltitos por las mesas
Probando ansioso de todos los vasos un sorbito.
No tendré ya más tus palabras
Es triste ver cómo los rostros se cortaron
Por las partes más finitas del amor.
No me conociste y por eso me armaste
Un hermoso y dolorido personaje
Mi obra ya está lista y estas son tus últimas palabras
Aunque la noche recién de permiso a las estrellas
Lo que yo creía que era tu locura y tu condena
Eran en realidad tu salvación."

IX.

AUTOR. —Las formas de morir. Me gusta ese título. Podría haber sido el título...

EMILIO. —Ya hay una obra con ese título.

EXE. —¿Y cómo mueren los escritores?

AUTOR. —Como vivieron. El final siempre está en el principio. Eso es lo mágico. Uno ya sabe cuál es el final y se empeña en continuar...

EMILIO. —¿De quién es eso? Alguien dijo eso...

AUTOR. —Está en el epígrafe.

Emilio busca entre las hojas alguna que contenga el epígrafe.

CARLA. —Hace mucho calor. Prendamos los ventiladores.
EMILIO. —Es para el final dijo.
CARLA. —Ya estamos en el final.
AUTOR. —Roland Barthes, por ejemplo, murió después de que lo chocó un camioncito de una lavandería. La madre había muerto un tiempo atrás y él, en el hospital, se dejó morir. Una muerte limpia digamos. Melancólica... edípica. Marguerite Duras ya era vieja cuando conoció a Yann Andréa, fue cuando ella le firmó el libro *Destrucción*, y eso fue profético. Y como toda profecía... ambigua. Tuvieron una relación monstruosa y antes de destruirse completamente ella decidió morir... de muerte natural. Michell Foucault murió enfermo, en la más extrema lucidez pero pisoteado por una infinidad de hijos de puta que sólo le dieron semen y ninguna gota de amor.
CARLA. —¿Todo eso lo sacás de algún lado o es un invento tuyo?
AUTOR. —¿Cuándo y dónde comienza la ficción?
EXE. —¿Y por qué no hablás de las formas de morir de los de acá?
AUTOR. —Andrés Caicedo, un ejemplar de nerd prematuro...
EXE. —Caicedo es colombiano.... Te dije de los de acá...
AUTOR. —¿Lo leíste?
EXE. —Fue el libro que me trajiste de tu último viaje. No. No lo leí. Le hiciste mucha propaganda, pero no lo leí. Lo mismo me pasó con ese libro del mexicano que habías conocido, al que le falta un brazo.... ¿ya murió?
AUTOR. —Está vivo.

X.

EXE. —Terminé de escribir sobre vos.

AUTOR. —No imagino qué puede llegar a ser eso.

EXE. —Escribí lo que siento. Y eso me va matando. Escribir es ir muriendo de a poco.

AUTOR. —Me das mucho miedo.

EXE. —No suelo generar eso. Un montón de otras cosas sí... pero miedo no.

AUTOR. —Es una forma de decir que me desestabilizaste.

EXE. —Eso... está bueno.

AUTOR. —Depende desde dónde lo mires. O cuándo mires...

EXE. —¿Y vos terminaste mi obra?

AUTOR. —Es...

EXE. —¡Qué alegría se debe sentir!

AUTOR. —No es precisamente una obra sobre la alegría.

EXE. —Una alegría será hacerla.

AUTOR. —Eso espero... aunque... no sé si llegarás a hacerla.

EXE. —¿Sabés que te voy a perseguir toda tu puta vida?

AUTOR. —Por eso te tuve que convertir en ficción. Sos en la ficción mi mejor obra. Sólo llegás a ser eso y es...

EXE. —¿Sólo llego a ser eso?

AUTOR. —Me mostrarás lo que escribiste.

EXE. —También es una obra...

AUTOR. —Estoy dudando ya.

EXE. —¿De qué?

AUTOR. —Quién escribe sobre quién. Si yo no soy un invento tuyo. Si yo no soy parte de tu ficción.

XI.

AUTOR. —Me gustaba besar tu cicatriz.

CARLA. —A mí me producía repugnancia esa cicatriz. Por eso le pedía que se dejara la barba. Le quedaba fea, pero era preferible así.

AUTOR. —¿Repugnancia?

CARLA. —Sí, repugnancia...

AUTOR. —Repugnancia...

CARLA. —Sí, esa es la palabra, repugnancia...

AUTOR. —La repugnancia... es una reacción corporal.

EMILIO. —Alergia...

CARLA. —Escalofrío...

EMILIO. — Estornudo...

CARLA. —Vómito...

EMILIO. —Eructo...

CARLA. —Sarpullido...

AUTOR. —Ya estamos excedidos en el tiempo. Continuemos.

EMILIO. —Él la buscaba en la moto. La lleva a donde ella le decía. Eso fue antes de que se recibiera y se pusiera prótesis. Recorrían toda la ciudad seca y chata. Ella le acariciaba los suaves e imperceptibles vellos de su nuca. Yo soy completamente lampiño. Sin embargo, ella acariciaba mi nuca como si fuera la de él.

Breve silencio.

AUTOR. —La repugnancia es lo que nos mantiene vivos.

CARLA. — Esas interpretaciones terminan siendo sólo consuelo.

AUTOR. —Es preferible eso al vacío.

CARLA. —Para eso están las mentiras.

AUTOR. —O las ficciones.

CARLA. —Recuerdo cuando explicaste eso. Vos creías que el único que entendía era Exe. Pero yo también lo entendí. Las mentiras, la ficción y los recuerdos sirven para tapar los huecos.

AUTOR. —Eso discutíamos cuando recién te conocí.

CARLA. —Hace tres años que te conozco.

AUTOR. —Sí... tres años...

CARLA. —Tres años... Es raro...

AUTOR. —Tres años... raros...

CARLA. —Las raras son las cifras que no dan cuenta del tiempo que contienen.

AUTOR. —Las cifras son para eso. Para despistar.

CARLA. —Sí.

AUTOR. —No hay nada más inexacto que una cifra.

Breve silencio.

EMILIO. —Los cuerpos también son una cifra.

CARLA. —El cuerpo de Exe es una cifra.

EMILIO. —El cuerpo de Exe se convirtió en una obra. Y después... enloqueció.

CARLA. —Un cuerpo sin carne... Un cuerpo sin luz... Un cuerpo abyecto...

EMILIO. —El cuerpo de Exe se llenó de humo. El fingir se le hizo gaseoso. Y cuando se fue todo el humo las paredes del hueco se veían espantosas.

AUTOR. —Hay una canción sobre las cifras que podrías cantarla muy bien.

CARLA. —Ya me tienen sin cuidado tus canciones

XII.

AUTOR. —Es triste y al mismo tiempo... liberador ver cómo te alejas... cómo te vas...

EXE. —Ahora entiendo por qué en aquella obra me sacaste del final. En ese momento me mordí la lengua para no mandarte a la mierda. Y me tragué con repugnancia cada gota de sangre. Y no dije nada.

AUTOR. —Eran las reglas de ese momento.

EXE. —Y tuviste el descaro de armar otro personaje, endiosarlo y saber que era mi caída. Lo hiciste meter por la rasgadura de una pared... y ahí te volviste a perder. ¿Por eso me matas ahora?

AUTOR. —Sabíamos desde el inicio que esto era sí.

Largo silencio.

AUTOR. —Terminemos. No dilatemos más las cosas.

EXE. —No quiero que termine...

AUTOR. —Los finales no dependen del querer.

EXE. —¿De qué dependen?

AUTOR. —Los finales son... finales. Y siempre supimos cuál era.

EXE. —¿Uno puede ver su propio final?

AUTOR. —Lo presentimos, pero no lo vemos. Los otros son quienes ven nuestro final.

EXE. —Es difícil comprender eso.

AUTOR. —Bueno... que empiece el final.

EXE. —¿Te puedo pedir un favor?

AUTOR. —Vos no tenés que pedir por favor.

EXE. —¿Te acordás de esa obra de teatro que me hiciste leer de esa catalana que tenía a María Callas como personaje?

AUTOR. —Lluïsa Cunillé. ¿Qué pasa?

EXE. —Yo no sabía en ese momento quién era esa cantante y vos te burlaste durante mucho tiempo de esa ignorancia mía...

AUTOR. —No recuerdo eso.

EXE. —¿Podés poner un disco de María Callas para el final?

AUTOR. —No creo que funcione. Sofía compuso música original para este final.

EXE. —¡Quiero a María Callas! *(Breve silencio.)* Ahora tengo la misma sensación que me producía cada vez que me tenía que encontrar con vos.

AUTOR. —¿Cómo es esa sensación?

EXE. —La misma que sentía cuando iba a rendir un examen.

Largo silencio.

EXE. —¿Y cómo se vuelve de los finales? ¿Uno puede salir de un final? *(Breve silencio.)* ¿Uno vuelve a empezar?

AUTOR. — Eso vamos a comprobar ahora.

EXE. —¿Cómo se hace para redimir a un supuesto miserable?

AUTOR. —El después siempre se encarga de eso.

EXE. —¿De redimir?

AUTOR. —O... de condenar...

XIII.

El Autor pone un disco de María Callas. Todos los personajes encienden los ventiladores y los van manipulando de tal modo que las hojas que cubrían la habitación se van volando y se depositan en el público. La habitación queda desnuda. Exe se acerca al Autor y lo devora. El espanto y la nada.

XIV.

El final.

FIN

SANTIAGO SAN PAULO

LA ILUSIÓN DEL RUBIO

VOY CON MIS AMIGXS A SATURNO

315

CÓRDOBA

Santiago San Paulo nació en Río Cuarto, Córdoba, en 1984. Es actor, dramaturgo y director teatral. Coordina talleres de actuación y dramaturgia en espacios formales y no formales. Ha participado de giras, encuentros y festivales nacionales e internacionales organizados por entidades oficiales y autogestionadas, en colaboración con diversos grupos de Argentina, México y Colombia. Le interesa, en particular abordar memorias sociales desde la ficción teatral. Ha recibido becas de creación y formación del Instituto Nacional del Teatro y el Fondo Nacional de las Artes. Tiene varias obras publicadas.

LA ILUSIÓN DEL RUBIO

Facundo Rivera Alegre es un joven cordobés desaparecido en la ciudad de Córdoba el domingo 19 de febrero del 2012, a los 19 años de edad. La noche del sábado salió a un baile de cuarteto y no volvió más. En 2015 la Justicia de Córdoba, luego de un juicio plagado de irregularidades, dicta sentencia declarando culpable de homicidio doblemente agravado a un joven de barrio Maldonado. La investigación se detuvo y Facundo sigue desaparecido. Sus familiares y amigxs lo siguen buscando.

MONÓLOGO

El espacio está vacío. Se escucha la voz del actor por un micrófono.

Tiempo. Yo no soy rubio. O bueno sí. Pero no. Soy morocho también. Morocho de chapa. Yo que no soy rubio soy El rubio. El rubio morocho. Me presento. Me llamo Facundo. Soy mozo. Buen mozo me decía mi mamá. Alto. Medio rubio medio morocho ¿Qué onda? Un semidios. Buena, un semidios. Pero no, bueno, pará. Si yo me hago que soy algo que no soy, acá todo el mundo me deja de creer. Y chau la transmisión. Y no. Nada que ver. Si me están escuchando es por algo ¿La qué? ¿La justicia? La justicia dice que dos pibes de barrio Maldonado me limpiaron a mí. Pero yo estoy acá. Qué loco ¿no? Lo que pasa es que no me enterraron a mí. No me dieron a mi familia. En primer lugar quiero agradecer al teatro. En serio, gracias. Yo no conocía esto. El teatro. ¿La qué? ¿La verdad? Y bueno... ahí está el tema, a la verdad se la apropian unos, se la apropian otros... la televisión, los diarios, los medios de comunicación, los medios dijeron que yo ese día tendría que haber estado trabajando de mula en el baile ¿Se entiende? ¿Se sabe qué es una mula? Que ese sábado 18 de febrero yo estaba trabajando como mula, no cantando, eso sería divino, ahí re tranqui, pero las mulas no cantan. No deciden las mulas quién se lleva la mejor parte... Yo pensé... Yo pensé... No... A las mulas no les pagan por pensar. A las mulas les pagan de acá para abajo ¿Se entiende? A las mulas. Los morochos. Tiempo.

Aparece el rubio.

Hola ¿Cómo están? ¿Bien?... Ojalá que bien. Y que sigan así. Se los ve bien. Bueno, si están acá, deben estar más o menos bien. Me refiero a que hay gente peor. Pero tranquilos. Todo bien con ustedes que están acá. Son muchos los pibes desaparecidos en democracia. Somos pérdidas concretas. Recientes. Lo que pasa es que hay que tener un poquito de conciencia del privilegio de clase. Con un poquito ya está. ¿Se me escucha?

Música.

¡Hola! Hola... Bien. Ahí vamos. Gracias... en serio, gracias por venir. La tecnología de la ficción nos permite encontrarnos. Ahí va. Un saludo a los pibes del pasaje. Yo siempre viví ahí, en el pasaje, en Junior. Lo que hice aquella noche fue solamente ir al baile de Damián. Mi vieja tenía razón. Yo de vivo faa cómo hablaba... Yo nací en democracia. Y me dejaron suspendido. Ustedes también. Repito todo bien con ustedes. Pero me dejaron suspendido. El mundo me dejó suspendido. Eso es lo que pasa ¿Se me oye? ¿Me escuchan bien ahí? Bien ¿En qué estábamos? Ah ya sé, que hablo mucho. Y eso que recién empiezo. Mi vieja también, habla hasta por los codos. Y si hay algo que heredé de mi vieja es eso. Gracias Viviana, gracias por seguir hablando. Yo también. Ni muerto ni fantasma me van a callar. Igual hubiese preferido encarnarme en una planta. Un árbol. Alta experiencia esa debe ser. Ir por ahí, en la tierra. Los otros días andaba flotando por ahí y veo un cartel que decía: "Muérase tranquilo, nosotros nos encargamos del resto" y te ofrecían un contrato para que conviertan tu cuerpo en abono del árbol que a vos más te pinte. Un manzano por ejemplo. O un algarrobo pensaba yo.

Un chañar. Toda natural joya. Brillante. De primera. O a lo mejor a alguien de ustedes todavía le gusten los ataúdes. Las placas. No sé, va bien. Va bien. Libre elección. Libre elección. Por lo menos poder elegir ¿no? Lo que hacen con tu cuerpo.

Corta la música.

Vamos con el relato. Lunes. A ver... Barbería ¿Qué es eso? ¿Por qué Barbería? ¡Peluquería! Peluquería es más general. Y tiene toda la mística. El olor a peluquería que te dejan en todo el cuerpo. Feroz. La primera vez que me decoloré el cabello lo hice en mi casa "¿Para qué andas así? ¿Qué significa?" "Nada, me gusta". Pero es un desastre me dice Micaela. Y bueno entonces peluquería. Para hacerla bien. Soy alto morocho. Ahora enrubiado. Pero mejor platinado. Platinado de peluquería. Como Martín. El loco Martín Palermo. Máximo goleador de la historia de Boca. Yo sí. Soy de Córdoba Pero soy de Boca ¿O qué? ¿Qué no? Sí. Y me gusta llamar la atención. Una cosa: voy a contar la historia así por los días de la semana... A ver... hoy es lunes. Y los lunes chau peluquería. Ahí nomás. Mañana martes es el día oficial de la platinada. Los lunes tengo obra yo. Levanto paredes, hago instalaciones, lo que me pidan... Y si no hay nada me quedo en casa probando personajes...

El rubio imita a Martín Palermo.

Un periodista hincha de San Lorenzo dijo "Palermo no puede patear con ninguna de las dos piernas". Y se ve que algo de eso me pegó, me quedó en el inconsciente no sé y ese día que hice

el gol con las dos piernas sinceramente me caí. Cancha de Vélez contra Platense y bueno me acuerdo que la cancha estaba muy embarrada, no se si la estaba lloviendo, y bueno me acuerdo que cuando pateo me caigo y yo ni me di cuenta que le había pegado con las dos piernas Y cuando miro la pelota había entrado y bueno festejo todo y lo que se generó después, las consultas a la FIFA, que si valía, que si no valía, y bueno porque no es normal que se le pegue con las dos piernas y menos en un penal, y bueno es un poco anecdótico un gol de esas características... Ahí va el Locoo... El loco Martín... Gooollllll...

El rubio festeja.

Ni Martín ni yo tenemos patas cortas. Somos rústicos. Vamos al frente. Algunos lunes me la tiro de bacán y me quedo en casa y me cago de risa probando personajes... Ojo eh... tené cuidado vos...

El rubio se ríe.

Tranqui estoy jodiendo. Vamos con el martes...
El tema es cómo viajar Yo también puedo conocer Villa María Río Cuarto San Francisco Oncativo... En Villa María arrancó Carlitos con este tema...

Música. El rubio canta.

"Tú, la que todo me lo da
La que vive para mi

Tienes que estar en la soombraaa...
Tú, que me das tu juventud
Que me haces tan feliz
Y mi boca ni te noombraaa...”

En el baile podés bailar con alguien, pero siempre estás con todo el mundo. El baile es esto. Es un espiral. No tenés forma de esquivarle al fiestón. Con Carlitos todo bien... Bueno... ahora no sé. Antes sí, era el baile. Y el baile duro del baile son los patovicas. Olfatean a los más destacados. Te marcan. Te señalan. Te siguen. Te meten miedo. Para ellos el tema sos vos. Son como agentes de los agentes los patovas. Te localizan. Te contactan. Y te compran o nada. Y yo, nada. Y yo, Facundo, nada. Yo nada...
¡Salud! ¡Por Jiménez! O por aquel Jiménez mío de mi corazón. Bailamos un martes. Y yo caí platinado. Un amor....

Corta la música.

No fui más a La Mona. ¿Para qué? Si ya no me querían bailando ahí...
Miércoles. Le pongamos onda. Hagamos así. Acá vengo yo. Voy bajando con una casa. Así. De una. Re piola. Voy bajando. Tomá. Con una casa. Ambientes. Living. Que se yo. Una sala para los instrumentos musicales. El baño con bañera. La pieza de mi vieja. Con un vestidor. Feroz. Otra pieza más. La cocina. Una especie de lavadero amplio al fondo. Con galería. No sé... unos armarios. Una especie de quincho también. Patiecito pinta la huerta. Y vengo. Voy bajando ahí. Traigo la casa. Así para que la

pongan no sé... en las sierras... en algún espacio grande. Como si bajara por una cuerda. Vengo. Ahí. Pero no. Ninguna cuerda. A pleno. Así por el aire. En el medio del espacio. Así tranquilo. Ssswuittt fiúm... Con la casa. Así. Para mi vieja. Tomá. Acá tenes algo le digo. Tiempo ¿Estamos en un teatro no? Y le dejamos una casa para mi vieja ¿Sí? ¿Les parece? Una casa ahí piola, con una huertita... Hablando de huerta... Si vos tenés flores, fumás flores. Y fumás menos inclusive. Si tenés poco no, si tenés algo así que te pasan, un regalito no, ahí guardás el bagayo unos días y te sampás todo de una, así las flores se te van, te pones del moño, no salís a ningún lado. Un día o dos perdidos. Cero productividad. Ta bueno también. Pero si sembrás cuidás. Ayudás a madurar. Cosechás. Mientras vas fumando una vas preparando la tierra para la otra plantita. Ya fue. Vos seguís una por una y vas en una. El día que no quieras pasás lo que tengas a alguien y fue. Siempre hay alguien que necesita. Pero ahí vas administrando tu consumo. Quiero decir... Tenés flores, fumás flores. Nada mejor que cuando llueve pegarle unas sequitas. Ahí ¿O no? Papa. La vas llevando. Fumás ricazo y tranqui. Y en ese estado se pueden hacer cositas particulares. Cosas muy diferentes a este estado general de las cosas. A mi perro le puse Palermo por Martín. El loco Martín. Y después le quedó a mi mamá. Palermo, si estuviese acá rompería todo.... A lo mejor alguna vez mi hija tenga un perro. Que se yo. Se escabie. Se ilusione. Quiera ser mamá. No sé... vea películas... adore el agua...las plantas. Mi hija va al colegio. Se llama Rocío. Agarra y le cambia los finales a las fábulas que le dan. Compañeraza con mi vieja. Yo ya no hablo con ella pero sí la veo. Con mi vieja sí. Como mi vieja sí hablo, a veces...

Baja la iluminación .

Empecé a frecuentar la Morocha. El baile de Damián. A Damián le dicen el wacho. Aparece en el diario, en la tele. Es famoso el wacho.
Cada tanto me sigo cayendo por ahí, a visitarlo.
El wacho en una especie de puff, esos sillones rellenos, ahí tirado, hundido, todo transpirado, con las luces de teatro también así que le dan por todos lados, calorazo, con un montón de ropa encima el wacho, asqueroso, no se puede ni mover,
Dice: Tener una mamá fallecida debe ser terrible. Habla lento. Así. "Tener una mamá fallecida debe ser terrible" dice el otario... Y yo, que me asomé ahí, invisible, le digo, así, despacito: "Y un hijo desaparecido ni te cuento, gil". El wacho, se sorprende con mi voz, se queda helado, se seca la cara, aspira, aspira, así, varias veces, como que se rasca, se toca muchas veces la naríz, se pasa la lengua por los labios, un asco. Al Wacho le dicen wacho pero no es wacho. Tiene su mamá. Todos los títulos son de ficción. Ahí voy los miércoles a la noche, me acuerdo de otro día. El wacho dice: Yo soy Wacho con doble v. Doble v de wero dice el wacho. Y mi sueño es el sueño de mi viejo Coco. Un hombre de bien. Mi viejo era comisario. Alto rango. A mi me gusta la familia. Córdoba. Tranqui. El asadito y todo eso. Vos me ves hecho una fiera ahí en el escenario pero después soy un bebé de pecho. Igual yo no elijo las chicas. Me las traen... y bueno... no les ando preguntando la edad. Eso no es de caballero.

Tiempo.

Yo sé muchas cosas. Y espero que no les pase nada. No se olviden que yo puedo flotar. Y no sólo voy los miércoles a la Morocha. A mi me dejaron suspendido. También puedo meterme en los sueños. Los sueños de tu viejo Coco, te voy a dar... Todo el mundo tiene pesadillas... Yo con el wacho intento que sean lo más regulares posible. Igual por ahí me caigo sólo para divertirme. Otras veces de rutina. Lo tomo como un trabajo. Aparte. Yo sé a qué hora se acuestan éstos. Si es que se acuestan...

Jueves. Algunos dicen que General Paz es más cheto que Junior. Estoy hablando de barrios de Córdoba... Pero no es así. El tema es que General Paz "está" más cheto que Junior. Y entonces te clavan un control en el puente de la 24 para que no podamos volver al barrio por ahí. A las cinco de la mañana nos querían hacer caminar los ratis. Que demos la vuelta por la terminal y bajemos por el otro puente. No habían hecho todavía el puente iluminado del panal, el de la casa de gobierno, ni el de la legislatura, nada. Alto búnker se armaron ahí, eh... Sólo falta que trasladen las cocinas de barrio Maldonado y la arman completa. Sigo con el relato... En ese momento la yuta estaba loca, dura, como suelen estar, en Córdoba y en cualquier parte del mundo, sobre todo de noche. Nos dicen que caminemos por las vías como 10 cuadras más toda la otra subida. Todo porque tenemos gorra. Estábamos al toque de nuestras casas. Los mandé a cagar y encaramos por ahí de pecho. Me agarran a mí los ratis. Mis amigos salen corriendo. Me comí un cachetadón y el cuerpo me reaccionó solo yo creo, no sé ni cómo, pero me di vuelta y se la devolví. Se ligó un trompadón el cana ese. Cuando mi mamá llegó a la comisaria en Alta Córdoba una oficial tira:

“Ya le queda poco a este” Había chocolate por todos lados. Todo lleno de sangre. Claro, no sabíamos a qué se refería el culiadazo. A mi mamá la persiguen desde hace mucho tiempo. Yo tengo un tío desaparecido. Hermano de mi mamá. Marco. Así se llamaba mi tío. Se llama. Está desaparecido, como yo. Que viva el teatro loco. Yo que soy Facundo, me prestan este cuerpo para presentarme, el actor sentirá un vacío cuando terminemos, se los aseguro. Yo sé. El momento en que todo se apaga acá y los actores son nadies. Puede ser un rato o puede ser un instante. Depende la fama que tengan. Pero a todos les pasa. ¿Siguen ahí? Bien... estoy intentando ser lo menos literal posible, eso en el arte no garpa, yo sé.

El Rubio se prende un porro.

Volví a mi casa. Al pasaje. Ahí estaba Palermo. Mis dibujos, mis canciones. Comimos algo y a la siesta fuimos con mi vieja a escrachar a un milico que robaba bebés en la dictadura. Yo tenía a Rocío en mis brazos. Me daba un broncón el milico ese, viejo zarpado, con sólo pensarlo. Carteles. Escrache. Mi vieja después hizo dormir a Rocío. Yo me puse a escribir para no olvidarme. Soy wachín, pero me la banco. Ahora, los jueves a la siesta estoy en la plaza de mi barrio, hago nada. Pero antes me doy una vueltita por la casa del milico ese, agarro piedras de la calle y le tiro. Alto bardo los vidrios. Y sale el viejo, no me ve, putea y no entiende. Arregla los vidrios y al otro jueves lo mismo y así. Tiro, arregla. Tiro, arregla. No lo voy a dejar vivir tranquilo al milico ese. Después a la tarde los jueves hago la plancha en la plaza de Junior. Alto barrio. Y sí. ¿Qué vamos a hacer? ¿Esperar la

diplomática? ¿Avivar un abogado? ¿Denunciar al viejo zarpado ese a la Corte Iberoamericana de Derechos Humanos? ¿Quién? ¿Yo? Si no podía pasar ni el control del puente de la 24.

El rubio se ríe.

Viernes...

Música. El Rubio canta.

"Algarabía Algarabía Algarabía
Que todo es rosa para vos, todo es alegría
Algarabía Algarabía Algarabía
La pasás vagando de noche y de día
Algarabía Algarabía Algarabía
Que la semana para vos siempre está perdida"

Eso canta el wacho. Chomazo. Durísimo. Así. Así. Así. Bien arriba. Ahí con toda la gente. Bien arriba. Bien arriba. Algarabía. Algarabía. Necesita mucha gente el wacho ahí que le banque la movida. Arriba. Arriba. Unos días después de conocerme me llama por teléfono el wacho, qué hacés gringo, gringo me decía, cómo andás, escuchame gringo, el show se maneja. Se maneja. Generalmente se maneja así. Uno larga a la una y media de la mañana termina a las cinco de la mañana. Donde uno son 4 selecciones de 45 minutos. Que uno la va llevando, digamos, ¿Entendés? Y necesitamos estar bien gringo, ¿me seguís? Algarabía, algarabía, algarabía. Somos muchos arriba del escenario ¿Se entiende? Entonces uno aparte de eso. Aparte de

eso, uno, aparte de eso, le gusta hacer un show realmente como la gente se merece entendés. Con una buena puesta en loco. Y si estás cerca nuestro no te va a pasar nada gringo, nadie te va a tocar gringo, tranquilo ¿Entendés? ¿Me seguís? ¿Se entiende?

Corta la música.

Los otros días venía el wacho con un amigo de él, un tal Luciano, uno que toca ahí en la banda, y me les aparezco yo... El Wacho: Loco ¿qué onda? ¿Sos vos? El Otro: Sí si, es él. El Wacho: Ey, ¿Sos vos loco? ¿Otra vez? ¿Qué hiciste? ¿Cómo apareciste acá? Yo los miro. Gringo, yo te quería decir que está todo bien con vos... La vi a tu vieja. Yo la cité ahí en el camarín. Hablé con ella. Yo...Nada... Ahí...como que me muevo un poquito como para asustarlo... Y el wacho dice Uy uy uy se movió, se movió... Y éste otro Luciano dice no no, está ahí, está ahí Dami mirá... El wacho: Estuviste en Tucumán gringo. Basta. Yo te vi. Yo quería decirte loco... Quería decirte, yo. ¿Cuántas familias dependen de vos, Dami? Le dice el otro: contale, contale... ¡Escuchá, Rubio! Me grita, este Luciano que declaró en el juicio... Yo no tengo nada que ver grita el wacho. Nada que ver con nada. No tengo nada que ver yo. Con nada nada. El show se maneja. Esto es algo que vos sabés muy bien, por ser cordobés loco, por eso yo te respeto, además vos, Rubio, sos mas grande que yo, el wacho quiere agarrarme y se cae, quiere tocarme y se cae pero no puede porque soy una aparición wacho... y yo quiero decirte, llorando el wacho, que está todo bien con vos. Que nada que ver ¿Entendés? El Wacho se larga a llorar. Yo no tengo nada que ver con nada loco. Nada que ver. Soy totalmente apolítico. Posta

chabón. Perdoname... ¿Qué perdoname? Dice éste otro Luciano, ¿Por qué le pedís perdón Dami? ¿Qué perdoname? El Wacho, desesperado: No te quiero ver más loco. Desaparecé. Tomate el palo. Fugate... no sé, basta loco, basta. Yo soy apolítico, apolítico, ¿Entendés? ¡Apolítico! Patético el wacho...

Este Luciano es el mejor amigo de toda la vida de Damián, y es el que declaró en el juicio. Pero en el juicio culparon a los hermanos Rearte de barrio Maldonado. O se entregaron los hermanos, no sé. Mi familia los absolvió. Porque quieren a los verdaderos responsables. Si me van a tener desaparecido... Hay mucha gente que sabe lo que pasó, lo que me pasó. El wacho por ejemplo conoce a muchísima gente, muchísima, y dice que es apolítico... ¿Qué mierda es ser apolítico, qué es eso?

Sábado...

El ex gobernador, futuro presidente, jefe máximo en mi desaparición, almuerza en familia en la casa del country donde vive, toma vino y se duerme una siesta. Yo estaba decidido a verlo de cerca. Esperarlo. Me acerco. Le queda un largo trecho y su sueño es hacerlo a toda velocidad. Yo en el sueño soy un zorrino. El viejo viene muy lento, el acelerador del auto alta gama no le responde. No hay nadie en la ruta y me ve, el viejo se desespera, no le anda el acelerador. El auto se detiene justo al lado mío, que soy un animalito. Voy y meo la rueda. Todo tranqui, así, de una. El auto vuelve a andar, el acelerador de pronto anda.... y el olor a meo de zorrino se le impregna y lo persigue y lo persigue. Y acelera. Y acelera y mucho. Y más rápido. Y más rápido. Acelera y de golpe ¡Paf! se despierta. Se levanta y ve a su familia en el living, todos toman cafecito antes de salir al aeropuerto de Pajas Blancas a llevar a un familiar que

se iba no sé, a Disney me parece. Irán en dos autos. El viejo en el suyo y el resto de la familia en el otro. La autopista que une Río Cuarto con Córdoba capital la hizo él, el viejo, el hombre, él mismo la mandó a hacer para mudarse a ese country.... ¿Qué no esperé seis años este día? ¿Que no lo planeé? El viejo abrumado por el sueño se mete al baño y yo, que puedo flotar me le aparezco ahí, lo veo aspirando cocaína en billetes falsos de cien pesos. La merca estaba cristal pero los billetes eran falsos. Viejo de mierda pensé. Y ya fue. El hombre lo hizo todo solito. Salió hecho una fiera. Misteriosamente nadie lo acompañaba... Había que llega derecho al aeropuerto. Sale el primer auto con la familia. Ahí el hombre se mete otra vez al baño un rato, se toma otros dos saques y sale hecho una fiera, el otro auto no lo vio pasar de lo fuertazo que pasó, recién a mitad de camino se preguntaron por él... por el hombre ¿Habrá pasado? Después, más adelante, verían el accidente. Él auto de alta gama hizo 100 kilómetros en veintisiete minutos. Él estaba en los carteles de la autopista, él la había inaugurado, él vivía en el country pegado a la ruta. Él tenía billetes falsos. Él se pegó el palazo. Se hundió contra un camión. ¿Se durmió? ¿Perdió el control? El auto y el hombre no sirvieron más. Yo sé, muchos que estaban conmigo le llevaron sus honores al funeral, los vi haciéndose los otros. Otros festejaron su muerte porque se les despejó el camino en la carrera del poder político. Lo mío fue casi contemplativo...
No tienen la menor idea cómo extraño los domingos, a mi hija, a Rocío...
Yo sé, yo los vi. Todas las veces que la quisieron comprar a mi vieja. Y ella nada. Viviana sólo dice, pregunta: ¿Dónde está Facundo?

Música. El Rubio canta. Letra de Facundo Rivera Alegre, gentileza: Viviana Alegre.

"Y yo te esperaré
no importa cuánto pase
yo aquí estaré
con los brazos abiertos
te recibiré
tú tienes que entender
que siempre te amaré
te buscaré
no importa la distancia
yo por ti iré
hasta el fin del cielo
llegaré
recorrería el mundo
sólo por volverte a ver"

El Rubio desaparece. La Música continúa...

FIN

VOY CON MIS AMIGXS A SATURNO

Valentino Blas Correa tenía 17 años. Vivía con su familia en el barrio Villa Cabrera de Córdoba capital. La noche del jueves 6 de agosto de 2020 se trasladaba con cuatro amigxs en un automóvil cuando recibieron la señal de alto por parte de tres policías apostados en un retén sobre la avenida Vélez Sarsfield. Los jóvenes no frenaron y los policías abrieron fuego acabando con la vida de Blas.

PERSONAJES

LA MADRE
BLAS
EL TIPO

Blas en el escenario

LA MADRE. —*(Actuando el rol de profesora.)* Buenas... ¿Cómo andan? ¿Qué tal la semana? Vamos a continuar con lo que dejamos la última vez... Imaginen que pueden hacer ese viaje que tanto desean ¿A dónde irían?
BLAS. —A Bariloche.
PROFESORA. —Bien ¿A dónde más podría ser?
BLAS. —Emmm.. Machu Pichu
PROFESORA. —Qué lindo... Bien, ¿Dónde más? Piensen.
BLAS. —A Ibiza.
PROFESORA. —Bueno... Ibiza... Está bien... ¿Y si pudiesen elegir otros planetas? ¿A dónde irían?
BLAS. —A Marte
PROFESORA. —¿Por qué?
BLAS. —Por eso...Porque amarte...
PROFESORA. —Ah, qué gracioso... ¿Qué otros planetas hay?
BLAS. —¿Urano?
PROFESORA. —Urano el más lejano sí... ¿Saturno dicen por ahí?

BLAS. —Claro... Saturno es bonito, sí. El dibujito de Saturno

PROFESORA. —¿Sí?...Muy bien... Pongamos que mañana mismo salen todos hacia Saturno...

BLAS. —Ah copado. ¿A cuántos kilómetros por hora se mueve la nave espacial?

PROFESORA. —Y... no sé... pero es como un año de viaje...

BLAS. —¿Un año?

PROFESORA. —Sí... ¿Qué se llevarían?

BLAS. —Mmm... Un encendedor... Una bolsa de dormir... Preservativos...

PROFESORA. —Claro, muy bien

BLAS. —Un potabilizador de agua.

PROFESORA. —Bien, bien, objetos... ¿Y qué conceptos de esta sociedad creen que les ayudarían para fortalecer el grupo?

BLAS. —¿Qué conceptos?

PROFESORA. —¡Conceptos! Sí...

BLAS. —Ya sé... Democracia.

PROFESORA. —Excelente ¿Qué más?

BLAS. —Entrenamiento corporal, deporte.

PROFESORA. —Bien.

BLAS. —Expresión artística.

PROFESORA. —Muy bien... ¿Religión dicen por ahí?

BLAS. —Yo no escuché nada...

PROFESORA. —Mmm bueno, puede ser...

BLAS. —¿Prostitución puede ser?

PROFESORA. —¿Prositución? Ahí sí escuché bien... Están a full eh...

BLAS. —Acuerdos de seguridad, futuro, amistad.

PROFESORA. —Bien... Todas buenas... Todas son correctas... Ahora... Que ya están aprobados... Sólo pueden llevarse tres de todos estos conceptos ¿Cuáles eligen?

BLAS. —Emmm...

PROFESORA. —Democracia sí. Religión no. Deporte sí... ¿Cuál más?

BLAS. —Arte.

PROFESORA. —Bien...

BLAS. —Libertad...

PROFESORA. —Bueno... ¿Arte o libertad?

BLAS. —Libertad incluye deporte y arte.

PROFESORA. —Mmm... no sé... pero, bueno, la dejemos. Libertad. Entonces, ¿Cuál otra? Estamos en democracia y libertad

BLAS. —Y... No sé... Futuro... Conciencia... Conciencia del futuro.

PROFESORA. —¿Conciencia del futuro?

BLAS. —Sí... ¿Qué tiene?

PROFESORA. —Está bien, está bien, ustedes sabrán... es buena.

BLAS. —¿Por qué tienen que ser tres nomás?

PROFESORA. —Porque tres es el número perfecto.

BLAS. —¿Perfecto?

PROFESORA. —Bueno... No sé, vamos a decir tres porque sí, porque... Porque yo lo digo. ¿Está bien?

BLAS. —¿Democracia no está incluida en libertad?

PROFESORA. —Puede ser... pero democracia implica límites.

BLAS. —Libertad es un concepto gastado por el mercado.

PROFESORA. —Bien ese aporte.

BLAS. —Y democracia también. Expresión corporal incluye libertad y es mejor.

PROFESORA. —Bien... ¿Se quedan entonces con democracia, expresión corporal y cuál era la otra?

BLAS. —Conciencia del futuro.

PROFESORA. —¡Eso!

BLAS. —¿Entonces la democracia es respeto y la libertad carece de respeto?

PROFESORA. —¿Quién dijo eso?

BLAS. —Sin libertad no podemos crecer y sin respeto no podemos vivir... como que se complementan...

PROFESORA. —¿Volvemos entonces a democracia, libertad y conciencia de futuro?

BLAS. —Conciencia del futuro.

PROFESORA. —Ah bien... del futuro...

BLAS. —Mejor dejemos expresión corporal en vez de libertad, y cambiemos democracia por respeto.

PROFESORA. —Pero, ¿cómo? ¿Respeto de qué?

BLAS. —De las diferentes expresiones corporales.

PROFESORA. —Ah, bien.

BLAS. —En vez de democracia... Pongamos respeto de las diferencias.

PROFESORA. —Bueno... Como quieran... Entonces... ¿Expresión corporal, respeto de las diferencias y conciencia del futuro?

BLAS. —Sí.

PROFESORA. —Bien... ¿Y por qué conciencia del futuro?

BLAS. —Porque es necesario apropiarse del tiempo.

PROFESORA. —Ah, bien...

BLAS. —El futuro es una mentira. Pero es necesaria... Como una ficción... que es verdadera. Si no pensamos en el futuro,

otras personas lo harán por nosotrxs... Una forma de resistir es pensar en nuestro futuro...

PROFESORA. —Muy bien eso.

BLAS. —Lo personal es político... y lo político es colectivo.

PROFESORA. —¿Qué tiene que ver eso con lo del futuro?

BLAS. —No sé... pero suma.

PROFESORA. —¿Se quedan con estas tres entonces?

BLAS. —*(Al público.)* ¿Sí? (*Pausa*.) ¿Sí? (*A la profesora.*) ¡Sí! Expresión corporal, respeto de las diferencias y conciencia del futuro.

PROFESORA. —Bien... Ahora vamos a cerrar... Nos quedamos pensando en estos tres conceptos... El próximo encuentro vamos a volver a esto y será más participativo...

BLAS. —¿Más participativo?

LA MADRE. —*(Apareciendo.)* Yo conozco a la profesora, es muy piola. Cuando empezaron estas clases por Zoom les hizo estudiar a los chicos los efectos que se produjeron en el mundo después de las dos bombas atómicas... Mi hijo andaba en casa que parecía un sociólogo *(Blas levanta la mano y sonríe:)* Cómo se redistribuye el poder... Qué imágenes se reproducen en los medios de comunicación... Por qué las cosas cambian para que todo siga igual...

BLAS. —Cualquiera firma la paz después de que te tiraron dos bombas atómicas.

LA MADRE. —Después de esta clase sobre la democracia ya empezaron los chicos que querían juntarse.

BLAS. —Vieja, hoy salgo con mis amigxs.

LA MADRE. —Blas es mi hijo.

BLAS. —Darío me pasa a buscar y vamos a buscar a Carolina. Alta nave tiene Darío. En realidad, el papá de Darío. Pablo y

Diego nos esperaban con unas birras que habían conseguido en el chino, los buscamos y partimos a lo de Estefanía. Ahí además estaban la Pame, el Agus, la Gise, la Euge, jugamos al TEG en dos grupos de cinco. Darío tiene la teoría de que por la pandemia están suspendidos los controles de alcoholemia y el sinvergüenza se clavó una lata de birra. Después buscamos imágenes de Saturno. Estafanía imprime dos y las pega en la pared con cinta de papel. Flasheamos con armar un TEG pero de planetas. Y sin combates. Saturno es un planeta con anillos de poder. Como el anillo del capitán Beto que canta Spinetta. Saturno es el planeta del padre, el planeta del Estado dice Gisela, no el Estado no, dice Estafanía, Agus dice que Saturno se refiere a la organización, por eso lo del padre. Nada que ver con mi viejo entonces dice Carolina, todxs nos reímos

EL TIPO. —*(Entrando.)* Buenas tardes. Me hago presente por medio de mi persona queriendo en principio darle a conocer lo que me acaban de dar a conocer teniendo la venia de mis superiores procedo a darle la noticia no poco cargado de recóndita confusión por la incertidumbre que me generan los datos recibidos disculpe la demora mi jefe no podrá hacerse presente hoy día en este lugar a razón de causas personales ha dicho no él directamente pero nos han informado que dijo eso causas personales y he venido yo como responsable directo porque así me lo han ordenado y por consiguiente así yo lo he querido.

LA MADRE. —¿Y usted quién es?

EL TIPO. —Ante todo soy un padre de familia, una persona de bien, un tipo carismático.

LA MADRE. —¿Carismático?

EL TIPO. —Es posible que ahora no se me note dicho atributo porque la sobriedad con la que me vine preparado no me deja soltar las más espontáneas expresiones.

LA MADRE. —¿Quiere tomar algo?

EL TIPO. —No se lo aconsejo.

LA MADRE. —¿Agua?

EL TIPO. —No acostumbro.

LA MADRE. —Un vaso de agua no se le niega a nadie.

EL TIPO. —Gracias.

BLAS. —Cerca de las once volvemos a dejar a Pablo y Diego en Nueva Córdoba. Se van para otra casa. Darío y Carolina me van a llevar a la mía. Quedé para mañana almorzar con mi viejo. El TEG es un juego de grandes, ya fue el TEG, dice Pablo, pasó de moda, tira Darío, Carolina dice que la palabra justa es antiguo, a mí no me importa la moda pero como que tiene dinámicas que ya no van, dice Carolina. Darío se pasó una cuadra de donde teníamos que doblar. Te pasaste, hermano. Es que vengo escuchando lo que dicen ¿Y si giro acá? De una, hermano, no viene nadie, estamos en una infracción, dice Carolina, cuidado. Ahí viene una moto, pero está lejos, vamos, dice Diego. Hacemos un giro en U sobre la misma avenida. Cuando la moto nos alcanza vemos a dos tipos enfurecidos, nos putean mal. Que no se qué, que pin que pan, que nos bajemos a pelear, que nos patean el auto, que nos rompen el espejo. Estaban con una rabia que venía de otros escenarios, de otros tiempos, de otras generaciones. Nosotrxs no sabemos pelear. Temblamos. Frenamos. Carolina se baja a buscar el espejito del auto.

EL TIPO. —¿Tendrán por casualidad una sagrada escritura en este recinto?

LA MADRE. —Sí.

EL TIPO. —¿Usted es creyente?

LA MADRE. —No.

EL TIPO. —Yo sí.

LA MADRE. —Lo felicito.

EL TIPO. —¿Y podrían prestarme ahora la palabra del Señor?

BLAS. —Acá tiene. Esta toda marcada.

EL TIPO. —Pero este el escudo del Club Atlético Belgrano.

BLAS. —Sí. Belgrano es mi religión, el gigante mi templo y Vegetti nuestro dios encarnado.

EL TIPO. —¡Por favor! Lo mínimo que solicito con caracter encarecido es un poquito de respeto y si no se concede por mí, aunque sea que se conceda por él.

LA MADRE. —¿Por quién?

EL TIPO. —Por dios nuestro padre.

BLAS. —Cómo se nota que sos gallina.

EL TIPO. —¿Estás en todas vos?

BLAS. —Sí. En el auto hacemos un silencio. La nave tiene luces. Darío apaga la música. Yo siento que tenemos algo de retro nosotrxs. Como que tenemos melancolía. O nos gusta ser grandes. Pero somos jóvenes. Carolina se prende un cigarrillo. ¿Todo bien con fumar acá?, pregunta Pablo. Darío: Sí. Diego dice que dos puchos al mismo tiempo no, es un montón, esperá un poco. Pablo se pone el cigarro en la oreja. Darío se lamenta por lo del espejito. ¿Sabe tu papá que nos llevamos el auto? Sí, pero voy a tener que arreglar esto yo. Nos hacemos cargo... no hay problema. Sí, todo bien, sólo que me da paja tener que llevarlo. Carolina dice que su mamá conoce a un buen chapista. La mamá de Carolina es parecida a mi mamá. Son mujeres de

barrio, bien picudas. Creo que me gusta la mamá de Carolina. O Carolina. No sé... Darío es mi mejor amigo. Carolina termina el pucho ¿Vamos? Pregunta Pablo. ¿No querés fumarte el tuyo?, dice Diego. No no, vamos, después fumo. Darío mueve la nave. Estaban re pasados los tipos de la moto, dice Carolina. Pablo: ¿Y si nos están esperando en la rotonda? No creo, dice Darío, como está la cosa... Hay poco movimiento en la calle, la gente está re guardada, para mí esto de la pandemia es una ficción verdadera que crearon para que la gente se guarde, aplauda a la policía y deje de juntarse... ¿Eso es un control? Sí, hermano, la cana.

EL TIPO. —Si el público me permite voy a hacer uso de la sagrada escritura para tener en la mano la palabra del señor y que sea él quien me juzgue si algo de lo que digo proviene del infierno de las mentiras. En todos estos años que llevo en la fuerza no he cometido el más mínimo error, ni falta alguna a la sociedad, ni he ocasionado problemas a mis superiores, siendo gran compañero de los agentes recién egresados considerándolos la materia prima de una institución que se enorgullece de ser la agencia de seguridad del Estado, del Estado no sino de la comunidad toda. Cuando era chico mi padre me dio una biaba bárbara. Yo tenía unos diez años y con mi hermano volvimos a casa con unas manoplas de bicicleta que le habíamos robado al bicicletero del barrio. ¿Y esto? Las compramos dijimos con mi hermano ¿Con qué plata? Mi hermano, más grande que yo, ya se había mandado varias cagadas, se lavó las manos, y mi padre me culpó directamente a mí por el hecho. Me llevó de la patilla tres cuadras, porque mi padre no me tiraba las orejas, me tiraba las patillas cuando se enojaba. Y me acuerdo que llorando le pidió disculpas al bicicletero, me hizo devolverle las

manoplas y me volvió a las patadas en el culo otra vez para las casas. Me encerró en la pieza. Y ahí me tuvo varias horas, hasta que oscureció y yo estaba muerto de hambre. Mi mamá se había ido a trabajar. Mi hermano no sé. Y yo gritaba. ¡Papi quiero comida! Después me quedé dormido y de repente me despierto con un mandarinazo que me dio en la cabeza. Estaba el viejo en la puerta de la pieza donde dormíamos todos produciendo un bombardeo hacia adentro con mandarinas que se explotaban en mi cuerpo, el piso, las paredes. Me tiraba a matar. Después se me vino y me dio varias cachetadas. Un grande mi viejo. Tuve que limpiar toda la pieza como castigo antes de que llegara mi madre. Para mí fue una lección que me quedó grabada. Disculpe, señora, ¿podría ser otro vasito de agua?

BLAS. —¿Sacaste el permiso de circulación? Pregunta Darío ¡Sí, sí, tenemos! responde Carolina. El policía hace señas para que frenemos, estos nos quieren hacer una multa, dice Pablo, seguro que los de la moto nos denunciaron. Diego dice que deben estar haciendo el control de alcoholemia. Darío pregunta: ¿Qué hacemos? Pablo dice que sigamos. Darío va frenando la nave. Carolina le dice que no pare, vemos que el cana se ríe. Darío se pone nervioso, nos quedamos todxs mudos. Darío acelera justo al lado del control y salimos.

EL TIPO. —*(Sacando un arma.)* Listo.

LA MADRE. —¡Carajo!

EL TIPO. —*(Jugando con el arma actúa dos voces: un niño y un policía.)* Mami, ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¡Mamá! –Hola querido ¿A quién estás buscando? –A mi mamá, quiero encontrar a mi mamá –No llores, chiquilín, te ayudaré a encontrar a tu mamá.

No hay nada de qué preocuparse. Estarás bien. –Gracias, señor, usted es muy bueno.

BLAS. —Escuchamos los disparos. Se rompe un vidrio del auto. Creo que una bala me dio en la nuca, en la espalda no sé, siento un quemazón ¿Pero cómo? ¿En qué momento? Vamos a un hospital. Conciencia del futuro, respeto por las diferencias, expresión corporal ¿Dónde está el lugar al que todxs llaman cielo?

EL Tipo deja su arma a los pies de Blas y se aleja.

LA MADRE. —¿Usted es policía?

EL TIPO. —Suboficial.

LA MADRE. —Usted es un asesino.

EL TIPO. —Señora su nene... tiene un tango... Digo... un arma... que no es trucha...un arma.

LA MADRE. —¿Usted me está cargando?

EL TIPO. —¡Ese! Ese arma... ¿No lo ve? Ahí tiene. No es mío ese arma. Yo no... yo no la... yo no la planté...

LA MADRE. —Usted debería estar preso.

EL TIPO. —Falta poco para eso señora. Yo ya dije. Con toda la valentía me hago presente en este momento, un tanto apenado, apenado no sino un tanto arrepentido por el altercado que tuve oportunidad de vivenciar, oportunidad no sino de vivenciar directamente, un tanto arrepentido, un tanto no sino arrepentido directamente por el altercado de público conocimiento, me hago presente en este momento.

LA MADRE. —¿Altercado?

EL TIPO. —Sí, en principio quiero que usted me conceda su perdón.

LA MADRE. —Usted no me va a decir a mí lo que tengo que hacer.

BLAS. —*(Haciendo dos voces: el amigo y la guardia del hospital.)* Llegamos al sanatorio Aconcagua -¿El joven tiene obra social? -Sí -¿Cuál es? -¿Qué cosa? -La obra social -No sé -¿Pueden llamar a la madre y preguntarle? -No -¿Qué pasó? -Tuvimos un accidente en la calle -¿Un accidente? -Sí, nos quisieron robar, nos dispararon, le dieron un tiro, veníamos en el auto, por favor -Disculpen pero no podemos hacer nada -¿Cómo no? -Tienen que dirigirse al hospital de Urgencias -¿Dónde queda? -Pongan el Google maps ¿No tienen celular?

EL TIPO. —Yo pensé que eran saros. Delincuentes. Negros de mierda.

LA MADRE. —Negros como yo. Negros como usted.

EL TIPO. —Me refiero a negros de alma señora. Me tomo el atrevimiento de comentar aparte que habíamos recibido el llamado por radio que los chicos venían armados escapando de un hecho que no se había podido identificar del todo pero le aseguro que nos imaginamos algo turbio y nos dio bronca que no frenaran ante la autoridad ¿Pero qué se han creído?

LA MADRE. —*(Al público.)* Cada vez que este pelotudo abre la boca habla en su contra, es impresionante

EL TIPO. —La idea de plantar un arma en la plaza no fue mía señora. Esto no es algo nuevo. Siempre lo hacemos. Lo que pasa es que no siempre sale bien. Es más, le diría que muy pocas veces sale mal...

LA MADRE. —Usted disparó a matar.

EL TIPO. —Como me enseñaron en la escuela de policía, señora.

BLAS. —El rock es negro. El cuarteto es negro. El tango, negro. A la catedral de Córdoba la construyeron los negros. Al cabildo de la ciudad, los negros. A la cañada, los negros. Yo no soy negro. Yo no soy pobre. Yo no soy un excluido. Yo no uso la tarjeta social. Yo no dejé el secundario. A mi me dejan entrar al centro. Yo no soy como ellos, los desplazados, los excluidos, los incluidos, yo soy un chico bien, blanco, normal, y sin embargo acá la policía también tiene una bala para mi. Justicia por lxs pibes.

LA MADRE. —Me dejan pasar.

EL TIPO. —No puede.

LA MADRE. —Sí puedo, soy la madre.

EL TIPO. —No puede.

LA MADRE. —Mi hijo muere asesinado en la Avenida Chacabuco, en la esquina de Corrientes y Chacabuco, en medio de un cerco policial. Nunca llegaron los chicos al Hospital de Urgencias.

EL TIPO. —Señora, yo también tengo una familia. Mi nidito de amor que construí a fuerza de trabajo y servicio al Estado, quiero decir a toda la comunidad, exijo que se me juzgue por toda mi carrera y no por un hecho aislado.

LA MADRE. —Usted ya había sido acusado por encubrir a un violador.

BLAS. —Uhh.

LA MADRE. —Su amigo confesó seis abusos sexuales.

BLAS. —Uhh.

LA MADRE. —Y usted, no sólo quedó impune por ese encubrimiento, sino que encima siguió ocupando cargos en la calle, y ahora usted acaba de asesinar a mi hijo.

BLAS. —No solo me disparó a mi. Vieja... ya sé quién es éste, ahora sé qué y cómo hacen lo que hacen.

EL TIPO. —¡Basta! Procedo a entregarme, vayamos en lo posible terminando con esta farsa y pasemos a otra cosa ¿Sí? Soy el culpable y he venido a entregarme porque así me lo han ordenado y por consiguiente así yo lo he querido *(El Tipo busca el arma, se la guarda y se coloca unas esposas en las manos.)* A partir de ahora pasaré mis días guardado y listo, ya está eh, ¡Listo! ¿Vieron qué fácil podemos terminar con el espectáculo? Alguien tiene que caer, listo. Yo. Y mi compañero también. Listo. Es así, en una guerra se gana y se pierde... Ahora preso, listo, es un momento, pero la guerra contra los vagos de mierda la vamos ganando... Hoy estamos alcanzando esa cantidad que son 625 policías cada 100 mil habitantes, esta es la cifra correcta, Córdoba ahora tiene el equipamiento de su fuerza y tiene la cantidad de efectivos que corresponde. Están poniendo cámaras biométricas en los móviles... Yo no podré estar más en la calle pero aún preso voy a estar protegido, porque soy prisionero de guerra contra la delincuencia, no soy un criminal, yo sirvo a la patria, a la sociedad que reclama seguridad. ¿A quién van a llamar si no cuando se caguen en las patas?... A papá, a papá...

La Madre saca al tipo del escenario.

BLAS. —Voy de lleno. De cabeza para que nadie me ataje. Salgo solo. No se olviden de sentir linda la soledad que es lo último que tenemos. Aprieto los botones. Voy de traje. Lo primero que se rompe es la barrera del sonido. Soy amo entre los amos del aire. Me disperso. Allá voy. Me amplío. Encontré la llave y olvidé dónde está mi casa. Me espera Saturno. Ese planeta.

Rompo la línea de la luz. El lugar a donde voy pregunta quién soy. Mesosfera. Termosfera. Exosfera. Salgo fuera de esta democracia. Ya no sé lo que me pasa. Hace rato me quemé. Me quemaron. Si no nos vemos por un tiempo recibo mensajes a través del viento. La lírica de Wos. Yo tengo un hermano que marcha en silencio. Termino y te ayudo. Llego rápido a Saturno. Aterrizo. ¿Por qué habré venido hasta aquí? Si no puedo más de soledad. El flaco Luis Alberto. Hoy será mejor que no baje. Dame un abrazo y se me pasa. Me reciben con aplausos. Con alegría. Son pibes de barrio. Pibes que tienen que salir a demostrar su inocencia porque pertenecen a una clase social matable, sospechosa. Familias para quienes la regla se vuelve excepción. Y acá, en Saturno, me reciben con alegría, todxs juntxs. Aplauden. José Antonio Ávila, Jorge Reyna, Jimena Arias, Nicolás Nadal, Braian Guaiman, Rodrigo Sánchez, Vanesa Castaño, Andrea Castana, Cristian Guevara, Juan Carlos Alarcón, Raúl Sánchez, Ezequiel Barraza, Matías Emanuel Panetta, Fernando Pellico, Ezequiel Saldaño, Lucas Ruchi, Zenón Adolfo Güiraldes, Raúl Ledesma, Lautaro Torres, Miguel Ángel Torres, Laura Moyano, Santino Cabanillas, Cristian Alsogaray, Lucas Alsogaray, Omar Enrique Díaz, Julián Alvez, David Moreno, Jorge Romero, Miguel Arraigada, Ismael Sosa, Ezequiel Ávila, Lautaro Torres, Iván Rivadero. Y hay más. Muchxs más. Malas víctimas. Productores de inseguridad, asesinatos que el sistema justifica. Los negros. Los pobres. Los excluidos. Acá están. Inocentes. Alegres. Entrando al centro cada vez que sus madres marchan. La venganza de lxs muertos. A nosotrxs nos mató la policía. Y sí. Algo hicimos. Intentar vivir en un mundo invivible. Saturno es un planeta de jóvenes. Eternos.

LA MADRE. —*(Apareciendo.)* Ahí vienen. Los mismos de siempre. Los que buscan votos. Se acercan, los recibo, las recibo. Hace poco en la plaza de Paso Viejo la policía asesinó a Joaquín Paredes. No se acercaron los micrófonos. No fueron los políticos a buscar a la familia. Hay diferencias. Ahora lo veo. Pero bueno, acá estoy, y abrazo a esas familias. Yo cuando antes escuchaba gatillo fácil pensaba algo habrán hecho. Los organismos de derechos humanos que se armaron en los setenta fue porque la dictadura avanzó sobre jóvenes de la clase media. Jóvenes militantes, sensibilizados por los que menos tienen. Desde siempre que el Estado asesina personas y las incrimina a los ojos de la sociedad. Antes a los indios, después a los militantes, ahora a los jóvenes. A los negros. Ahora Blas. La policía va ganando, pero acá nos vamos haciendo cada vez más fuertes. Gracias por venir al teatro. La realidad irrita.

FIN

RICARDO RYSER Y GUILLERMO BALDO

EL NIÑO
SIRENA

SIERVAS

CÓRDOBA

Ricardo Ryser nació en Córdoba en 1985. Es Licenciado en teatro (UNC 2013) y se dedica a la dramaturgia, la dirección actoral en audiovisual y la docencia. Entre sus obras se pueden destacar *Quien quieras que creas ser*; *Mi propio jardín de flores rojas*; *Cerdas, La cuarta casita*; *Nunca nadie murió de amor excepto alguien alguna vez* (Premio Nacional, INT 2015); *Cómo piensan el tiempo las tortugas* (Mención en el Premio Municipal de dramaturgia 2017); *La madrugada en que los perros conocen a Dios*; *El niño Sirena* (Mejor dramaturgia premios Siripo 2023), entre otras. En audiovisual participó en películas como *Salsipuedes, Otra madre, Mochila de plomo, Mañana tal vez* y *Paula*.

Guillermo Baldo nació en Córdoba en 1990. Es director, dramaturgo, actor y docente. Lic. en Teatro (UNC). Director del grupo teatral independiente La Mucca. Ha trabajado como director en el Teatro Nacional de Croacia en Rijeka, en la Compañía Teatro Poco Loco en Zabreb (Croacia) y con dos de los elencos estables de la provincia de Córdoba. Ha participado de diversos festivales nacionales e internacionales recibiendo premios y distinciones: Premios ASSITEJ. en Čakovec (Croacia), premio a Mejor obra, Mejor dramaturgia (2019) y Mejor obra para las infancias y Mejor dramaturgia" (2022) en los premios SIRIPO, entre otros. Sus textos teatrales fueron publicados en Argentina e Inglaterra.

EL NIÑO SIRENA

"El fondo de las cosas no es la muerte o la vida.

El fondo es otra cosa que alguna vez sale a la orilla."

Roberto Juarroz

PERSONAJES

ADRIÁN
GRETA
PEZ LINTERNA 1
PEZ LINTERNA 2
PEZ LINTERNA 3
MEDUSA
CABALLITO DE MAR
ATÚN
CABALLA
PEZ GLOBO
CORO DE SARDINAS (EN OFF.)
KRAKEN (EN OFF.)

LO QUE ESCUCHAN LOS PECES

Adrián canta. Tres peces linterna lo observan atentamente.

PEZ 1. —Estamos en el mar, en la playa.
PEZ 2. —Somos peces de la profundidad.
PEZ 3. —De lo más profundo de la profundidad.
PEZ 2. —Que relatarán sin mezquindad.
PEZ 1. —La historia que escucharán.
PEZ 2. —Porque poco saben ustedes del mar.
PEZ 3. —Poco de sus misterios y sus criaturas.

PEZ 1. —Poco. Poquísimo de su profundidad oscura.

PEZ 2. —Que nadie se atreve a visitar.

PEZ 1. —En cambio nosotros, de ustedes sabemos más...

PEZ 2. —Sabemos que secos todo el día van...

PEZ 3. —Y que a nuestro amigo el atún, les gusta enlatar...

PEZ 2. —Si, eso también lo sabemos...

PEZ 1. —Esta historia que presenciamos.

PEZ 2. —Comienza en el mar.

PEZ 1. —Donde todo comienza.

PEZ 3. —Donde todo va a comenzar.

PEZ 1. —Él es Adrián.

PEZ 2. —Tiene una voz hermosa.

PEZ 1. —Una voz luminosa.

PEZ 3. —Canta, como siempre, canta.

Adrián sigue cantando. Greta comienza a acercarse.

GRETA. —¿Qué haces? ¿Cómo te llamas? ¿Qué significa?

ADRIÁN. —Hola.

GRETA. —Hola.

PEZ 2. —Aquí vale decir...

PEZ 1. —Que Adrián tiene 10 años nada más...

PEZ 3. —¿Nada más? En años peces es una enormidad.

PEZ 2. —Pero los humanos envejecen diferente...

PEZ 3. —*(Mirando a alguien del público.)* Ya veo...

PEZ 1. —Ella es...

PEZ 3. —No digas nada, que ella sola se va a presentar.

PEZ 2. —Su edad podemos revelar...

PEZ 1. — Tiene apenas unos meses menos que Adrián.

Suspenso.

GRETA. —¿Qué haces? ¿Cómo te llamás? ¿Qué significa?

ADRIÁN. —¿Qué significa qué?

GRETA. —Tu nombre.

ADRIÁN. —Nada... mi nombre es mi nombre.

GRETA. —¿Qué haces?

ADRIÁN. —Miro el mar... me arden los ojos.

GRETA. —Por el agua salada.

ADRIÁN. —¿Salada? ¿Salada como la sal?

GRETA. —Salada porque tiene sal.

ADRIÁN. —¿Sal? ¿Cómo la de la cocina?

Adrián se lleva las manos con agua a la boca. La escupe.

GRETA. —No se toma el agua del mar.

ADRIÁN. —¿Por qué no me avisaste?

GRETA. —¿Y perderme tu cara? ¿Cómo te llamas? Yo soy Greta...

ADRIÁN. —¿Qué te importa?

GRETA. —¡Eh! Era un chiste... bueno, chau...

ADRIÁN. —Adrián...

GRETA. —¿Cómo?

ADRIÁN. —¡Que me llamo Adrián!

GRETA. —¿Y?

ADRIÁN. —¿Y qué?

GRETA. —¿Qué significa?

ADRIÁN. —Nada... mi nombre soy yo...

GRETA. —Greta significa perla.

ADRIÁN. —Adrián significa yo.

GRETA. —Yo vivo acá...

ADRIÁN. —¿En el mar?

GRETA. —*(Se ríe.)* ¿Parezco pescado? No, en el pueblo... ¿Vos?

ADRIÁN. —Yo no. En mi ciudad no hay mar. Vinimos de vacaciones.

GRETA. —¿No conocías el mar?

ADRIÁN. —No.

GRETA. —Yo lo conozco desde siempre. Me dejan venir todos los días.

ADRIÁN. —Me encantaría venir todos los días.

GRETA. — Y vení. Pedí permiso.

ADRIÁN. —No puedo. Estamos lejos. Viajamos muchas horas para llegar.

Los peces linterna les observan jugar.

PEZ 1. —Todo comienza en otra parte.

PEZ 2. —Nada termina acá.

PEZ 3. —Porque las historias no son más que comienzos.

PEZ 2. —Que al recordarlos vuelven a comenzar.

PEZ 1. —Adrián y Greta comenzaron...

PEZ 3. —Lo que se dice una amistad.

PEZ 2. —Todo el verano juntos.

PEZ 1. —Todo el día unidos.

PEZ 3. —Todo el día perdidos.

PEZ 1. —Entre dunas, caracoles y mar.

PEZ 3. —¡Ah, la infancia! ¡Qué maravillosa edad!

PEZ 2. —¿Tenías muchas amistades?

PEZ 3. —No... mi mamá...

Greta le señala a Adrián algo con urgencia.

GRETA. —¡Mirá allá!

ADRIÁN. —¡Un barco!

GRETA. —No, más allá... bien lejos. Entre el agua y el cielo, esa línea.

ADRIÁN. —¿Qué?

GRETA. —Ya pasó...

ADRIÁN. —¿Qué cosa?

GRETA. —Nada, no importa.

ADRIÁN. —Decime.

GRETA. —Ya pasó.

ADRIÁN. —¿Qué pasó?

GRETA. —Nada...

ADRIÁN. —¿Qué era?

GRETA. —Una jirafa...

ADRIÁN. —¿En el mar?

GRETA. —No, en el mar no... en África.

ADRIÁN. —¿Cómo?

GRETA. —Del otro lado está África y a veces se ve muy chiquito pasar alguna jirafa o la trompa de algún elefante.

ADRIÁN. —Mentira...

GRETA. —Del otro lado hay otra playa y a veces los animales se acercan y se los puede ver.

ADRIÁN. —Estás mintiendo.

GRETA. —¡Ahí pasó una familia! Una familia de jirafas.

ADRIÁN. —Mentira.

GRETA. —¿Hay jirafas donde vivís?

ADRIÁN. —No...

GRETA. —No hay mar... no hay jirafas... ¿por qué viven ahí?

PEZ 1. —Eso es verdad.

PEZ 2. —Qué aburrido debe ser.

PEZ 3. —No alcanzar a ver.

PEZ 1. —Del mundo la otra mitad.

Greta le señala algo urgente a Adrián.

GRETA. —¡Mirá, allá!

ADRIÁN. —¡¿Una jirafa?!

GRETA. —No... más acá... donde están aquellas piedras...

ADRIÁN. —¿Qué hay?

GRETA. —¿No lo viste?

ADRIÁN. —No...

GRETA. —Creo que vi una sirena.

ADRIÁN. —Me estás mintiendo...

GRETA. —No es mentira.

ADRIÁN. —Nunca vi una sirena...

GRETA. —Tampoco una jirafa...

ADRIÁN. —*(Pausa.)* ¿Y qué hacía en la piedra?

GRETA. —Canta... cantan...

ADRIÁN. —¿Para qué?

GRETA. —Cantan como vos ¿Para qué cantas vos?

ADRIÁN. —Porque me gusta...

GRETA. —¿No serás medio sirena? ¿Un niño sirena?

ADRIÁN. —¿Qué?

GRETA. —¿Sabes nadar?

ADRIÁN. —No sé nadar bien...

GRETA. —¿Tenés cola?

ADRIÁN. —Sí...

GRETA. —¿De pescado?

ADRIÁN. —¡No!

GRETA. —Pero sabés cantar...

ADRIÁN. —Sí...

GRETA. —Eso es lo más importante. Porque las sirenas cantan para alejar al Kraken.

ADRIÁN. —¿A quién?

GRETA. —El Kraken es un monstruo... que vive en las profundidades.

PEZ 1. —Nosotros de profundidades sabemos mucho.

PEZ 3. —Y aunque nunca vimos al Kraken.

PEZ 2. —Me da escalofrío cuando su nombre escucho...

PEZ 3. —*(Riéndose.)* Te da chucho...

Lo miran.

PEZ 3. —Bueno... rimaba...

GRETA. —Es una criatura que vive en lo más profundo de la profundidad profunda y oscura del mar. Bien abajo. Tan abajo y profundo que ninguna persona, pez o sirena llegó ahí nunca. Tiene tentáculos que miden kilómetros y que pueden hundir barcos enteros, de lo más grandes. Comerse una familia completa de jirafas de un solo bocado. Con abuelo, abuela, tíos, tías, primos jirafas incluidos. *(Se escucha un sonido.)* ¡Ahí está! ¡Es el Kraken! ¿Escuchaste?

ADRIÁN. —Eso es un barco.

GRETA. —Eso es lo que el Kraken quiere que pensemos.

ADRIÁN. —¿Todas las sirenas cantan?

GRETA. —Todas... bueno, todas todas todas todas no... una perdió su voz.

ADRIÁN. —¿Cómo?

GRETA. —Quiso ser humana y perdió su voz. Se la robaron.

ADRIÁN. —¿Y se volvió humana?

GRETA. —Salió del mar y se dio cuenta.

ADRIÁN. —¿De qué?

PEZ 1. —Salió del mar y se dio cuenta del error.

PEZ 2. —La voz no es el sonido al hablar.

PEZ 3. —Y es mucho más que el sonido al cantar. Es eso lo que nos hace únicos.

PEZ 2. —Únicas

PEZ 1. —Particular.

GRETA. —Seguro que el Kraken tiene su voz.

ADRIÁN. —¿Cómo sabés?

GRETA. —No sé, pero creo que es así.

ADRIÁN. —¿Por qué?

GRETA. —Porque al Kraken le gusta el silencio y la oscuridad *(Lo asusta.)*

Cae la noche.

PEZ 1. —Y así como pasa el día.

PEZ 2. —También pasan las vacaciones de verano.

PEZ 1. —Adrián y su familia regresan...

PEZ 3. —A la ciudad sin jirafas... *(Piensa.)* por otro año. Hablar en rima me está costando un montón.

PEZ 1. —Pero favorece al estilo... esa es la cuestión.

PEZ 2. —*(Carraspea.)* Greta está acostumbrada...

PEZ 1. —Eso le pasa a la gente que vive cerca del mar.

PEZ 2. —Los amigos vienen y se van.

PEZ 3. —Adrián y su familia prometieron regresar.

PEZ 1. —Todo un año hasta que se vuelvan a encontrar.

PEZ 3. —Quien vive en el mar aprende a no extrañar.

PEZ 2. — Un año después, Greta busca a Adrián.

PEZ 1. —Entre los autos que llegan a visitar el mar...

PEZ 3. —Greta reconoce el auto de su mamá.

PEZ 2. —De la mamá de Adrián.

PEZ 1. —Va corriendo, pero ya no están.

PEZ 2. —Lo busca entonces en la playa.

PEZ 3. —Prueba en la cancha de voley.

PEZ 2. —Lo busca entre las dunas y no lo halla.

PEZ 3. —Entre la gente que juega al tejo

PEZ 1. —En las artesanías, los basureros...

PEZ 2. —Mira y busca a los lejos.

PEZ 3. —¡Allá! ¡Allá está! Debajo de esa sombrilla.

PEZ 2. —¡Es él!

PEZ 2. —¡Es él!

PEZ 1, 2 Y 3. —¡Es Adrián!

PEZ 2. —Pero...

PEZ 1. —Adrián está distinto...

PEZ 3. —No porque haya crecido...

PEZ 2. —Está apagado, perdido.

PEZ 1. —Greta se acerca, Adrián la esquiva.

PEZ 2. —Ya no canta.

PEZ 2. —No mira al horizonte, mira la nada.

PEZ 3. —Está distinto, no es el mismo.

PEZ 1. —Ya no canta.

PEZ 2. —Ya no juega.

PEZ 3. —Habla poco...

PEZ 2. —La sonrisa es una rareza en su rostro.

PEZ 3. — Él es Adrián,

PEZ 1, 2 Y 3. —Aunque poco se parezca al que era.

Adrián comienza a caminar. Greta por detrás.

EN LA ORILLA. UN NIÑO, UNA NIÑA Y LAS OLAS

GRETA. —¡Adrián! ¡Adrián soy yo! ¡Adrián! ¡Adrián!

ADRIÁN. —¡Basta, Greta! ¡No me sigas!

GRETA. —Hay un juego...

ADRIÁN. —¡No quiero jugar!

GRETA. —Que me enseñaron en el colegio.

ADRIÁN. —¡No me molestes!

Adrián comienza a correr.

GRETA. —Que lo podemos jugar corriendo.

ADRIÁN. —¡No me molestes!

GRETA. —Vos teneés que pensar en un color.

ADRIÁN. —¡Dejá de seguirme!

GRETA. —¡Pensá en un color!

ADRIÁN. —¡No quiero!

GRETA. —Un color que empiece con una vocal. ¡Adrián!

PEZ 1. —El mar está agitado, bandera roja, olas altas.

ADRIÁN. —¡Dejá de molestarme! ¡No quiero!

GRETA. —¿Qué te pasa? ¡Un color! Que no sea el amarillo porque ya lo canté yo.

PEZ 2. —Adrián está agitado, empieza a entrar al mar.

ADRIÁN. —¡No quiero jugar!

GRETA. —¿A dónde vas?

ADRIÁN. —No me sigas.

PEZ 3. —Olas gigantes.

GRETA. —Podemos hacer carreritas

ADRIÁN. —¡Basta!

PEZ 1. —Se escucha a sus madres desde la playa:

VOZ. —¡No se alejen mucho!

VOZ. —¡Vengan más cerca!

GRETA. —La mancha venenosa.

ADRIÁN. —¡Quiero estar solo!

PEZ 2. —Adrián corre con las olas en los pies.

GRETA. —La brujita de los colores.

PEZ 3. —Lo golpean, comienzan a crecer.

ADRIÁN. —¡Basta, Greta! ¡Salí!

PEZ 1. —Adrián y Greta corren, siguen corriendo.

GRETA. —El quemado. El elástico.

PEZ 2. —Las olas crecen.

GRETA. —Futbol, El tejo. Castillos de arena.

PEZ 3. —El mar inquieto, se mueve.

ADRIÁN. —¡Dejame en paz!

GRETA. —La taba, la gallinita ciega, Martín pescador, el gran bote, el Lobo.

ADRIÁN. —¡¡Dejame solo!!

GRETA. —Voley, rayuela, carnaval, ajedrez, el brujito ¡Adrián!

VOZ. —¡Adrián!

VOZ. —¡Adrián!

GRETA. —¡ADRIÁN, CUIDADO!

PEZ 1. —Una ola con fuerza, lo tira.

PEZ 2. —El mar con fuerza, lo aleja de la orilla...

PEZ 3. —y lo sumerge en su profundidad.

Adrián está solo en la oscuridad.

ADRIÁN. —*(Con miedo.)* Hola...

PEZ 1. —Hola.

ADRIÁN. —*(Más miedo..)* Hola...

PEZ 2. —Hola.

ADRIÁN. —*(Más miedo.)* Hola...

PEZ 3. —Hola.

ADRIÁN. —*(Más miedo.)* Hola...

PEZ 1, 2 Y 3. —Qué educado, cómo le gusta saludar...

Se escucha un sonido profundo y estremecedor.

ADRIÁN. —¿Qué fue eso? ¿Quiénes son?

PEZ 2. —Este es el interior del mar...

Se escuchan murmullos.

ADRIÁN. —¿Cómo? ¿Dónde estoy?

PEZ 3. —El fondo del mar se parece a cerrar los ojos.

Los murmullos y el sonido son cada vez más intensos.

ADRIÁN. —¿Quiénes están ahí? ¿Pueden prender una luz? No veo nada... Creo que me perdí...*(Silencio.)* ¿Hola...? ¿Alguien me escucha?

Los peces linterna encienden sus luces.

PEZ 1. —Las corrientes marinas.

PEZ 2. —Se mueven con libertad.

PEZ 3. —Como los pensamientos, nos llevan.

PEZ 2. —Nos domina la tempestad.

PEZ 3. —No te resistas...

PEZ 1. —Dejate arrastrar...

PEZ 2. —Si tenes suerte, la salida vas a encontrar...

ADRIÁN. —¿Y si no?

PEZ 3. —A la deriva será flotar...

Los peces hacen el gesto de ser un ahogado flotando y ríen.

ADRIÁN. —¿Quiénes son?

PEZ 1. —Simples peces.

PEZ 2. —Que tu historia quieren contar...

PEZ 3. —Ansiosos de saber el final.

Los murmullos cesan. El sonido continúa.

ADRIÁN. —¿Qué es ese sonido?

PEZ 1. —No lo podemos precisar.

PEZ 2. —Si lo encontrás, no dejes de avisar...

ADRIÁN. —¿Es el Kraken? ¿Existe?

PEZ 3. —Existe el miedo.

PEZ 2. —Salí del medio... Adrián... ¿Reconocés este lugar?

ADRIÁN. —No...

PEZ 1. —Acá en cambio, parecen conocerte...

PEZ 2. —Ya viene...

ADRIÁN. —¿Quién? ¿Qué?

Todo queda en silencio.

PEZ 3. —Ya vienen las preguntas, Adrián...

EN LO PROFUNDO. LA MEDUSA Y EL CABALLITO DE MAR

Luces en la oscuridad.Una medusa gigante y luminosa se acerca a Adrián. Medusas más pequeñas la circundan y envuelven la escena.

MEDUSA. —Adriancito, corazón, pasá, pasá, sentate. Pasá, mi cielo. Sentate que no muerdo. ¿Cómo estás? ...Ya es la tercera vez en la semana que te tenemos por acá, mi vida. ¿Qué anda pasando? ¿Mmm? La seño Gladis me acaba de decir que empujaste a un compañerito y que le tiraste la cartucherita por la ventana a la Micaela Bertuccino. ¿Esto es así? ¿Me lo corroborás? ¿Es así? ¿No vas a hablar? No vas a hablar. Hoy tampoco vas a hablar. La cartucherita cayó arriba de mi auto, Adriancito. De metal la cartuchera. No importa. Se me saltó la

pintura del auto. No importa. Eso no importa. Se arregla. No es lo importante. Pero ya no sabemos más qué hacer con vos. Vos no eras así. El profe Silvio, el del coro, me dice que esta semana no fuiste a los ensayos. Que no querés cantar. Con lo hermoso que cantás, Corazón. Vamos a tener que hablar con tus papás. Yo no te reconozco, mi cielo. No sabemos qué hacer...

Entra Caballito de mar.

CABALLITO DE MAR. —Dire, disculpe. La inspectora está pidiendo los programas de todas las materias.
MEDUSA. —Y dale los programas, Inés.
CABALLITO DE MAR. —Están faltando todos los programas de todas las materias de Ciencias Sociales.
MEDUSA. —Entonces tenés que hablar con las seños de Ciencias Sociales no conmigo, Inés.
CABALLITO DE MAR. —Disculpe. Me retiro.

Sale Caballito de mar.

MEDUSA. —Todo hay que decirle a esta chica... Bue... No sabemos más qué hacer con vos, Adriancito... La seño Vicky... la de Plástica... me contó que el otro día le rompiste el dibujo a tu compañerito de banco. El Lucianito Femopase. El escándalo que van a hacer los padres. Ya me los veo venir. El es-cán-da-lo... No importa. Eso no es lo importante. El profe Carlos, de Educación física, me dice que no querés jugar. Con lo que te gustaba el fútbol. Ahora siempre te duele la panza...

Entra Caballito de mar.

CABALLITO DE MAR. —Disculpe, Dire. Me tiene que firmar los papeles para que la junta directiva apruebe el arreglo de los baños.
MEDUSA. —¿Podés esperar un poco, Inés?
CABALLITO DE MAR. —Es que si no los presentamos ahora, recién el mes que viene...
MEDUSA. —Termino y firmo, Inés.
CABALLITO DE MAR. —Tenemos todos los baños de la planta baja inundados de...
MEDUSA. —¡Termino y firmo, Inés! Termino y firmo.
CABALLITO DE MAR. —Termina y firma, termina y firma. Disculpe, me retiro.

Caballito de mar sale.

MEDUSA. —Siempre la panza, mi cielo. Doblado del dolor cada vez que van a jugar al fútbol, Adriancito. El profe me dice que te ponés a un costado y que la pelota te pasa por adelante y vos ni te mosqueás.

Entra Caballito de mar.

CABALLITO DE MAR. —Dire, disculpe.
MEDUSA. —¡¿Qué, Inés?!
CABALLITO DE MAR. —La están esperando hace cincuenta minutos las seños de cuarto grado. Es por el acto del día de la raza.
MEDUSA. —¡Día del respeto a la Diversidad Cultural, Inés! ¡Día del res-pe-to a la di-ver-si-dad cul-tu-ral! Hace años que

ya no es más día de la raza. Hubo una capacitación docente específicamente sobre eso.

CABALLITO DE MAR. —Yo no soy docente, Dire.

MEDUSA. —Gracias al cielo.

CABALLITO DE MAR. —La están esperando las señas de cuarto grado.

MEDUSA. —Que sigan esperando. No me puedo fotocopiar, Inés.

CABALLITO DE MAR. —Les digo. Disculpe.

Sale Caballito de mar.

MEDUSA. —¿En que estábamos? Ah, sí... El coro, fútbol, la seño Vicky, vos que no hablás, la cartuchera, la pintura de mi auto... No, perdón. Eso se arregla. Eso no importa. Importás vos. ¿Qué anda pasando, Adriancito? Desde salita de cuatro siempre intachable, impecable y así... las señas encantadas con vos desde que entraste, Venías siendo el candidato a la bandera... Ahí, codo a codo con la Mercedes Bornancini... Pero con todo esto ya no sé qué pensar.

Entra Caballito de mar.

CABALLITO DE MAR. —Disculpe, están los padres de Lucianito Femopase. Quieren hablar con usted.

MEDUSA. —¡Ahí los tenés! ¿Te dije o no te dije, yo? El escándalo que van a hacer... Inés, serviles un café...

CABALLITO DE MAR. —No tenemos más café. Tiene que firmar lo del presupuesto para el comedor, con eso compramos café para...

MEDUSA. —¡Retirate, Inés! Termino y firmo... termino y firmo. Serviles mate cocido.

CABALLITO DE MAR. —Nos quedamos sin ma...

MEDUSA. —Cappuccino, coca cola, licuado de maracuyá, agua de rosas ¡No me importa! ¡Solucioná algo, Inesita! ¡Solucioná algo! El colegio se me prende fuego y vos no me colaborás en nada.

CABALLITO DE MAR. —Hablando de fuego. Los matafuegos del SUM están vencidos, si no los renovamos para mañana, no podemos abrir el colegio.

MEDUSA. —Retirate, Inés. ¡Retirate!

Caballito de mar sale.

MEDUSA. —Sueño con esta chica. Sueño con esta chica. Sueño con el colegio. Con cada uno de los padres, señoritas, profesores, inspectores, ordenanzas, porteras, miembros de la junta directiva, la cooperadora.... Disculpame, Adriancito. Por favor... disculpame.

CABALLITO DE MAR. —Disculpemé, señora... por favor...

MEDUSA. —¡Que te retires!

CABALLITO DE MAR. —Es que afuera está la inspectora.

MEDUSA. —¡Que te retires!

CABALLITO DE MAR. —Está la inspectora y vino con todas las señoras de jardín de infantes.

MEDUSA. —¡Que te retires!

CABALLITO DE MAR. —Que no pueden seguir dando clases porque están todas las aulas inundadas. Están todas las criaturitas en el patio llorando y el Marquitos Matuso se tropezó y se partió la boca con el mástil de la bandera. Ya está viniendo emergencias, pero...

MEDUSA. —Inés...

CABALLITO DE MAR. —¿Me retiro, Señora?

MEDUSA. —No, Inés. Quedate, quedate y llevalo a Adriancito de nuevo a clases. Decile a la inspectora que ya salgo. La próxima hablemos, Adriancito... la próxima decime algo... hablá... por favor... voy a citar a tus padres... cuando tengamos matafuegos... y si yo no renuncio mañana. Chau, Adriancito. Chau, mi vida. No haga renegar a las seños. Pórtate bien.

Otra vez la oscuridad rodea a Adrián. Los peces linternas encienden sus luces.

PEZ 2. —Alguna explicación habrá.

PEZ 1. —Todas preguntas que no respondió.

PEZ 3. —Ni una respuesta dio...

El sonido profundo y estremecedor vuelve a sonar.

PEZ 1. —El sonido...

PEZ 2. —El sonido que sonó...

PEZ 3. —El sonido que sonó vuelve a sonar.

ADRIÁN. —¿Qué es?

PEZ 1. —Que estamos yendo a la profundidad.

PEZ 2. —Los humanos suelen flotar.

PEZ 3. —En cambio a vos te atrae la oscuridad...

ADRIÁN. —Quiero salir...

PEZ 1. —Querías escapar...

PEZ 2. —De la profundidad se escapa...

PEZ 3. —Con mayor profundidad...

PEZ 1. —Que filosófico *(Ríen..)*

PEZ 3. —De la profundidad pocas veces se puede escapar.

ADRIÁN. —¿Y qué sigue?

PEZ 2. —Que hagas algo, Adrián...

PEZ 3. —Que hagas algo, Adrián

PEZ 2. —¡Algo!

PEZ 2. —¡No hagas así con los hombros, Adrián!

MÁS PROFUNDO. DOS PECES Y UN PÁJARO

CABALLA. —Adrián...

ATÚN. —Adrián...

CABALLA. —Adrián... hijo

ATÚN. —¡Hijo!

CABALLA. —¡Adrián!

ATÚN. —Como vos no querés hablar...

CABALLA. —Porque ahora parece que no hablás.

ATÚN Y CABALLA. —Nos vas a tener que escuchar.

ATÚN. —Entendemos que haya cosas que te pueden haber dejado de gustar...

CABALLA. —A veces uno hace cosas y ya no le gustan...

ATÚN. —Cuando tenía tu edad, mi papá, tu abuelo, me hacía cortar el pasto.

CABALLA. —Pero esas son cosas que hay que hacer, como lo que te pedimos de mantener el orden en tu habitación... nosotros queremos decir las cosas que hacés por gusto...a mí, mi mamá, tu abuela me mandaba a inglés y a dibujo.

ATÚN. —Igual no es eso, o sea... es eso, pero no...

CABALLA. —Claro, hay cosas que te pueden gustar y ya no... pero es que parece que ya no te gusta nada...

ATÚN. —Dejaste todo y te la pasas encerrado.

CABALLA. —Y no se puede así.

ATÚN. —No se puede. Sos chico, pero queremos que entiendas que te entendemos, pero no entendemos qué hay que entender, o qué no estamos entendiendo.

CABALLA. —O sea... queremos que entiendas que entendemos que vos podés aburrirte, pero también que entiendas y que nos hagas entender que vos entendés que podés hacer lo que quieras. ¿Entendés?

ATÚN. —Eso...

CABALLA. —Pero tenés que querer algo...

ATÚN. —Eso...

CABALLA. —Como lo del cumple de Ivana...

ATÚN. —Eso... ¿Qué?

CABALLA. —Que el señorito se encerró en una chosita que tienen, no dejaba entrar a nadie. Y se quedó ahí, toda la tarde... yo con las otras mamás me moría de la vergüenza...

ATÚN. —No tenemos una casita... pero podemos armar una carpa. Algo... ¿Tampoco querés?

CABALLA. —No quiere...

ATÚN. —No querés... lo que digo es que...

CABALLA. —Lo que decimos es que tenés que hacer algo.

ATÚN. —Algo.

CABALLA. —Estuvimos averiguando y hay varias cosas para hacer...

ATÚN. —Inglés, francés, italiano...

CABALLA. —Atletismo, ajedrez, teatro...

ATÚN. —Computación, dibujo, karate...

CABALLA. —Folclore, tango, bachata...

ATÚN. —Básquet, batería, tejido...

CABALLA. —Fotografía, jardinería, skate...

ATÚN. —Rap, tap...

CABALLA. —Aeromodelismo, paracaidismo...

ATÚN. —¡Algo!... ¿querés?

(...)

CABALLA Y ATÚN. —No quiere...

CABALLA. —Tenés que ocupar tu tiempo, conocer amiguitos...

ATÚN. —Cuando era chico, tu mamá, mi abuela...

CABALLA. —Tu mamá y su abuela...

ATÚN. —Claro, mi mamá, tu abuela, me llevaba en su camioneta al trabajo, trabajaba en una ferretería y yo me la pasaba contando tornillos.

CABALLA Y ATÚN. —¿Querés venir conmigo al trabajo?

(...)

CABALLA Y ATÚN. —No quiere...

ATÚN. —Te encantaba estar en el patio, mirar los pájaros... cómo vuelan, cómo cantan... ¿te acordás cuando se metió ese pájaro en la casa?

CABALLA. —Se golpeaba contra el espejo y los muebles. Porque un pajarito no sabe lo que es una ventana...

ATÚN. —Y lo tratábamos de ayudar, pero él no sabía... no podés ser como ese pajarito, tenés que salir...

CABALLA. —Mañana cuando venga a cuidarte tu abuela, no la abuela-abuela, sino la abuela.

ATÚN. —Mi mamá...

CABALLA. —Su mamá, tu abuela, cuando venga la abuela a cuidarte le podemos pedir que te lleve al parque. Puede llevarte y ahí jugás... ¿está inflada la bici?

ATÚN. —Podemos salir en bici, no mañana pero otro día también puedo salir en bici, me vendría bien...

CABALLA. —Viene la abuela te lleva al parque. Y después vamos al cine. Así tenés un día más relajado, de descanso... te divertís...

ATÚN. —Tu abuelo, mi papá, me hacía ver unas películas aburridas... así que elegí vos lo que quieras.

CABALLA. —Eso si no tenés tarea. ¿Tenés tarea?

ATÚN. —Claro que tiene tarea, seguro.

CABALLA. —Bueno, hacés la tarea, vas al parque y vamos al cine.

ATÚN. —O parque, tarea, cine.

CABALLA. —No... colegio, tarea, parque, baño, cine.

ATÚN. —Colegio, almuerzo, tarea, parque, baño, cine.

CABALLA. —Colegio, almuerzo, tarea, parque, merienda, baño y cine.

ATÚN. —Colegio entonces, almuerzo, tarea, parque, merienda, baño, cine y cena.

CABALLA. —¿Qué cenamos?

ATÚN. —Podemos cenar en el cine...

CABALLA. —Colegio, almuerzo, tarea, parque, merienda, baño, cine, cena y a casa... un día relajado... ¿querés?

CABALLA Y ATÚN. —No hagas así con los hombros...

ATÚN. —Nos llamaron del cole.

CABALLA. —Nos llamaron del cole y quieren que vayamos a hablar.

ATÚN. —Nosotros vamos a escuchar, pero nos gustaría escucharte a vos...

CABALLA. —Vamos a hablar, pero queremos saber si querés que digamos algo.

ATÚN. —Queremos saber si querés.

CABALLA. —Entendenos... te entendemos, pero tenemos que entender...

ATÚN. —¿Querés?

CABALLA Y ATÚN. —No hagas así con los hombros...

CABALLA. —Vos sabes lo que es una ventana Adrián... no sos un pajarito encerrado, salí y por ahí te dan ganas de cantar de nuevo, de jugar... vos sabes lo que es una ventana Adrián...

ATÚN. —No sos un pajarito en una jaula, un pececito en una pecera... sos un nene... y como los nenes tenés que salir Adrián...

CABALLA. —Abrí la ventana Adrián, eso no lo podemos hacer nosotros.

CABALLA Y ATÚN. —Decí algo... no hagas así con los hombros...

El sonido esta vez interrumpe la escena. Los peces linterna buscan a Adrián y este ve como Caballa y Atún se van.

PEZ 1. —Algo extraño.

PEZ 2. —Algo está cerca.

PEZ 3. —No parece algo bueno.

PEZ 1. —Algo despierta...

ADRIÁN. —¿Me está buscando? Hay que esconderse.

PEZ 2. —Esconderse nunca funciona.

PEZ 1. —Finalmente las redes nos encuentran.

PEZ 3. —Las redes o nuestros recuerdos...

ADRIÁN. —¡Cállense!

PEZ 2. —Sos muy chiquito para tener tanto silencio adentro...

ADRIÁN. —¿Qué?

PEZ 1. —Ya no te oímos cantar...

ADRIÁN. —No puedo...

PEZ 3. —Ya no te oímos intentar...

ADRIÁN. —Dejen de hablar así, no es gracioso... no les sale bien.

PEZ 3. —Hablar con rima es un arte.

ADRIÁN. —Que a ustedes no les sale.

PEZ 2. —Podrías intentarlo.

PEZ 3. —A ver si por lo menos así se te escucha decir algo.

El sonido parece alejarse.

ADRIÁN. —Se va...

PEZ 1. —Si algo te tiene que encontrar...

PEZ 2. —Ese algo te va a encontrar...

PEZ 3. —En la profundidad se va a terminar.

Comienzan a sonar voces infantiles y un adulto pidiendo orden.

ADRIÁN. —¿Qué es?

PEZ 2. —Lo que abandonaste.

PEZ 3. —Lo que te hicieron abandonar.

PEZ 1. —Ya lo vas a entender.

PEZ 2. —Para recuperar, hay que perder.

PEZ 3. —Y lo que perdiste, te espera...

Los peces apagan sus luces. Ingresan dos sardinas. Se paran y comienzan a cantar, desafinando notablemente. Un pez espada ingresa y les pide callar.

MUCHO MÁS PROFUNDO. EL CORO DE SARDINAS

PEZ GLOBO. —Vamos a comenzar, vamos a calentar la voz... a ver, mejor dicho, a escuchar...

Todes les coreutas comienzan a calentar, excepto Adrián.

PEZ GLOBO. —Adrián por favor, sumate cuando quieras... a ver Marquitos, canta solo... *(Marquitos canta.)*, excelente, hasta ahí. Adrián... ¿No? Bueno, Lucia, ahora vos... *(Lucia canta.)* Muy bien Lucia, hasta ahí... Lucía... Lucía... gracias Lucia... ¡LUCIA!... gracias Lucia... ¿Ya empezaste fonoaudióloga? Claro... empezá... así no te haces mal... Bueno, a ver... los escucho...

Todes cantan menos Adrián.

PEZ GLOBO. —Adrián... mové la boca, por lo menos mové la boca. Sigan calentando chicos... Adrián, vamos a hablar...

El coro hace sonidos extraños.

PEZ GLOBO. —Calienten con una canción... La mar...

El coro comienza a cantar "La mar estaba serena".

PEZ GLOBO. —¡Lucia! Más bajito. Piano. Pianito. Pianísimo... Adrián, quiero que hablemos... hace tiempo que te noto triste...

CORO. —Le mer este serene...

PEZ GLOBO. —¿Qué te pasa?

CORO. —Serene estebe le mer...

PEZ GLOBO. —Antes le pedías permiso a las seños para que te dejen salir antes y venir... ¿Qué pasó?

CORO. —Li mir istibi sirini...

PEZ GLOBO. —Yo entiendo si no me querés contar, pero lo tenés que contar...

CORO. —Sirini istibi li mir...

PEZ GLOBO. —Es un desperdicio que te quedes callado con tu voz...

CORO. —Lo mor ostobo sorono...

PEZ GLOBO. —Yo no lo dogo... digo porque quiera solo que cantes...

CORO. —Sorono ostobo lo mor...

PEZ GLOBO. —Lo digo por vos... sos muy chiquito para tanto silencio.

CORO. —Lu mur ustubu surunu...

PEZ GLOBO. —¡El silencio ocupa espacio, aunque no creas!

CORO. —Surunu ustubu lu mur...

PEZ GLOBO. —¡Hasta ahí! Lucia... te estoy viendo. Hernan, Paolo y Micaela, se separan ya mismo... Lucia y Florencia, al frente, Marcos y Hernestina... ustedes guían... háganlo más bajito... si por lo menos cantaran bien...

CORO. —¿Qué?

PEZ GLOBO. —Que es maravilloso lo rápido que progresan... si hasta dan ganas que empiecen a ir a un coro profesional... otro coro, cualquier otro coro...

El coro comienza a vocalizar con largos sonidos.

PEZ GLOBO. —Adrián, sos muy chico para tanto silencio, quiero saber si no hablás porque estás pensando, porque estas triste, porque estás enojado, porque hay algo que no querés decir...

El coro comienza a vocalizar de manera desordenada, caótica.

PEZ GLOBO. —¡Tomemos un descanso! Se quedan quietitos practicando la respiración. Respiro y llevo el aire a la panza. Adrián, vos no, esperá que te quiero decir algo más.

El coro comienza a respirar, el sonido de la respiración va en aumento...

PEZ GLOBO. —Sos muy chico para tanto silencio... SILENCIO HERNÁN, respirá... tenés que hablar, tenés que cantar... puede ser que no sea conmigo... podés cantar con otra persona, hablar con alguien más... MÁS DESPACIO CHICOS SE VAN A DESMAYAR... quiero saber por qué te callás... TE CALLÁS LUCÍA que ahora hay que respirar... quiero saber si es porque estás triste o quizás pensás mucho... MUCHO BARULLO ESCUCHO... si hay algo que no querés decir... a mí... algo que no te guste... algo que te moleste... NO MOLESTES PAOLO, soltale el pelo... algo que no te guste... lo que sea... quiero saber por qué no querés hablar... PAREN DE HABLAR, Micaela y Francisco, se separan... vos a mí me podes decir lo que quieras, ya lo sabes... no te guardes cosas... sos muy chiquito para tanto silencio, SILENCIO POR FAVOR... sos muy chiquito para guardar secretos... hablá Adrián, ¿me prometés que vas a hablar? No me

prometés... lo vamos a tener que hablar con la dire, por tu bien, tenés que sacar eso que tenés adentro para afuera... ¡AFUERA! ¡Se acabó! Salgan al patio y estudian la letra... Adrián, vos no...

El coro sale apresurado.

PEZ GLOBO. —Adrián, tenés la mejor voz de todo el coro. Por eso siempre vas adelante, al lado del micrófono. Tenés una voz muy linda para callarte tanto. Y aunque fuera una voz fea o una que necesite fonoaudiólogo, como la de Vanesa, todas las voces se tienen que escuchar. Todas. Adriancito... a ver... el silencio es importante. Nos permite escuchar. Y escuchar es importante. No puede haber música sin silencio. Pero no solo de silencios está hecha la música. Como no solo de silencios están hechas las cosas. Y vos sos muy chiquito para tanto silencio, Adriancito. Somos muchos los que queremos escucharte, Adrián. Si no querés hablar conmigo, no hablés. No tenés que hablar conmigo. Pero no dejes de cantar. En algún lado tenés que cantar. Con alguien tenés que hablar. Nada puede robarte la voz, Adrián.

El coro sale corriendo. El profesor, mira hacia todos lados... sale. Adrián queda solo... silencio. Los peces linterna encienden sus luces. Adrián desde otro lugar los mira. El silencio es total. Adrián avanza hacia ellos...

ADRIÁN. —¿Por qué tanto silencio?
PEZ 1. —Eso es lo que todos se preguntan.
ADRIÁN. —Por lo menos no está ese ruido.
PEZ 2. —El silencio es peor.

ADRIÁN. —¿Cómo peor?

PEZ 3. —Si no se escucha el ruido, es porque quizás estás rodeado por él.

ADRIÁN. —Quiero salir, pero no veo nada...

Los peces apagan sus linternas. Adrián queda rodeado por la oscuridad.

EN EL ABISMO DE LO PROFUNDO. EL KRAKEN

KRAKEN. —*(Una voz en la oscuridad.)* Adrián, te estaba esperando. Sos vos... pasá y ponete cómodo, de acá no vas a poder salir. La oscuridad que te rodea soy yo, es una forma de abrazo... vos viniste a buscarme, me golpeaste la puerta y entraste. Acá lo profundo es para siempre... no digas nada, no hace falta. Me siento más a gusto con el silencio. Me siento mucho más cómodo si te quedas callado. Eso... no hay nada para decir.

Los peces linterna encienden sus luces.

PEZ 1. —En el abismo.

PEZ 2. —Que es más profundo que lo profundo.

PEZ 3. —Los miedos se vuelven reales.

PEZ 1. —En cuestión de segundos.

PEZ 3. —No es fácil ver una salida.

PEZ 2. —Parece ser todo pura caída.

PEZ 3. —El Kraken es quien habla, Adrián quien no puede hablar.

PEZ 1. —Pero aún él Kraken, que todo lo rodea...

PEZ 3. —A Greta no ve llegar...

PEZ 2. —Del abismo, que es profundo y oscuro, al parecer todavía puede salir.

Greta corre. Va hacia Adrián. Observa la oscuridad alrededor.

GRETA. —¡Adrián! ¡Adrián! ¡Adrián!
ADRIÁN. —Greta...
GRETA. —Hace mucho que te busco...
ADRIÁN. —Sos una sirena...
GRETA. —¿Parezco pescado? *(Ríe.)* Soy Greta y Greta significa perla. Vamos antes que...

El silencio se interrumpe por el sonido profundo.

GRETA. —Está acá... ayudame a cantar para alejarlo. Tenemos que volver a la playa...
ADRIÁN. —No puedo, no quiero... no puedo.
GRETA. —Yo sé lo que significa Adrián...
ADRIÁN. —Yo...
GRETA. —"El que viene del mar" me lo dijo mi mamá, "el que viene del mar", no "el que se queda en el mar", tenemos que salir.
ADRIÁN. —No... yo no...
GRETA. —Ayudame.
ADRIÁN. —No puedo.
GRETA. —¿Por qué no cantás?
ADRIÁN. —No me sale.
GRETA. —Cantá como una sirena, Adrián. Tenés que alejar al Kraken.
ADRIÁN. —No puedo. ¿Por qué no veo donde está el Kraken?

GRETA. —Porque es lo oscuro en la oscuridad.

KRAKEN. —¡Adrián! Estábamos hablando, mejor dicho, estabas callando... y te quedaba hermoso...

GRETA. —¿Por qué te habla? ¿Lo conocés?

ADRIÁN. —No. No sé...

GRETA. —¿Quién es?

ADRIÁN. —Creo que nadie.

KRAKEN. —Yo te conozco. Siempre te veo, sos bueno jugando al fútbol, cuidando a los perros y tu canto...

GRETA. —Ayudame a espantarlo.

ADRIÁN. —No puedo.

GRETA. —Ayudame a cantar.

KRAKEN. —Y tu canto ya no es necesario...

GRETA. —Nos va a hacer daño...

ADRIÁN. —Ya lo hizo...

Un sonido espantoso proviene del Kraken.

GRETA. —¿Qué te hizo?

KRAKEN. —¡Cuánta imaginación! Con tanta imaginación no te van a creer.

ADRIÁN. —Me pidió que no hable, que no diga.

GRETA. —¿Qué cosa?

ADRIÁN. —Que es culpa mía.

KRAKEN. —Cuanta imaginación... yo sólo te advertí que a los chicos que acusan no les creen.

GRETA. —Yo te creo.

ADRIÁN. —Pero vos vivís acá, en el mar.

GRETA. —Yo no vivo acá. Nadie puede vivir acá.

ADRIÁN. —Me quiero quedar acá...

KRAKEN. —Por fin algo con sentido... acá sos bienvenido, es mejor no luchar por salir, es mejor quedarse... es más seguro...

GRETA. —No le hagas caso, el mar lo podés visitar, pero no es un lugar para vivir, mucho menos esta profundidad oscura...

KRAKEN. —Afuera hay luz, es cierto, pero también hay vergüenza.

GRETA. —También hay cariño...

ADRIÁN. —No quiero...

GRETA. —Ayudame a cantar...

ADRIÁN. —No puedo...

GRETA. —Cantar es como hablar. Cantá como una sirena, Adrián. Tenemos que alejar al Kraken.

KRAKEN. —Mejor que la luz, la oscuridad, mejor que el bullicio, el silencio.

GRETA. —No le creas...

ADRIÁN. —No quiero nada...

GRETA. —¿Por qué?

ADRIÁN. —Porque me da vergüenza... porque fue mi culpa. Mi perro se metió en el jardín del vecino...

Un sonido espantoso sale del Kraken.

GRETA. —¿Qué más? Hablar es como cantar...

KRAKEN. —Vergüenza y culpa...

GRETA. —Te escucho...

ADRIÁN. —Mi perro se metió a su jardín y yo lo seguí. Después él me invitó a pasar a su casa...

KRAKEN. —Una casa cómoda, silenciosa y oscura...

GRETA. —¿Y qué más?

ADRIÁN. —La casa se ponía cada vez más oscura....

KRAKEN. —Y más cómoda...

ADRIÁN. —Más silenciosa... me pidió que me calle.

GRETA. —Yo soy tu amiga y te pido que no te calles.

Sonido espantoso.

ADRIÁN. —Sentía que me hacía chiquito, se me nubló la vista, me faltaba la respiración...

KRAKEN. —No debías salir a la calle y mucho menos entrar a otra casa que no fuera la tuya. Como ya dijo: es su culpa. La buena noticia es que acá la vergüenza no se ve...

GRETA. —Un error no es tu culpa...

ADRIÁN. —Me falta el aire, la casa es oscura, me pide que cante, pero yo no quiero cantar, quiero irme, me pide que cante y me escucha cantar, la casa es cada vez más oscura... no puedo respirar...no puedo salir... no me deja salir...

Sonido espantoso.

ADRIÁN. —Yo me quiero ir, pero no me deja salir. Me pide que me quede, no me deja salir. Me habla de mi mamá y de lo triste que se va a poner. Me habla de mi mamá y de que algo malo le puede pasar. Que mejor me calle. Que no es malo callarse...

KRAKEN. —*(En simultaneo.)* No es malo callarse, a fin de cuentas, si hablás, es tristeza lo que vas a provocar.

ADRIÁN. —No tengo que hablar... no tengo que cantar... no quiero cantar, no me sale la voz.

KRAKEN. —Es lo mejor...

GRETA. —Es lo peor... triste es no escucharte.

KRAKEN. —Este es tu lugar, la oscuridad...

ADRIÁN. —No puedo cantar, quiero salir de acá, pero no puedo cantar, no te puedo ayudar.

GRETA. —Seguí las burbujas que salen de tu boca cuando hablás. Seguilas y vas a llegar arriba.

ADRIÁN. —¿Y vos?

GRETA. —Yo voy a estar ahí...

ADRIÁN. —¿Y el Kraken?

GRETA. —Seguí las burbujas Adrián. Hablá.

KRAKEN. —Es inútil cualquier intento, no van a salir, mejor cállense de una vez. Mis tentáculos están a su alrededor...rodeo con mis tentáculos a Adrián, lo mantengo apretado contra mí...

ADRIÁN. —Quiero salir... quiero respirar...

KRAKEN. —Este es tu lugar, no podés salir, es un secreto que hay que cuidar.

ADRIÁN. —Quiero salir... quiero respirar...

KRAKEN. —Este es tu lugar, tu secreto...

ADRIÁN. —Quiero salir...

UN CANTO DE SIRENA

PEZ 1. —Adrián comienza a subir.

PEZ 2. —Sigue las burbujas.

PEZ 3. —Suben ondulando.

PEZ 2. —Sigue y sigue nadando.

MEDUSA. —Adrián, te queremos escuchar.

ADRIÁN. —Pero no les va a gustar.

PEZ GLOBO. —Aunque duela es mejor que el silencio.

PEZ 1. —La oscuridad no se aleja, pero tampoco parece avanzar.

ADRIÁN. —¿Cómo se sale de acá?

CABALLITO DE MAR. —Greta te dijo que sigas las burbujas, pero para que haya burbujas...

ADRIÁN. —Ya sé...tengo que hablar...

CABALLITO DE MAR. —¿Cómo te sentís?

ADRIÁN. —Mal...

CABALLITO DE MAR. —Te vas a empezar a sentir cada vez mejor.

PEZ 3. —Un halo de luz se deja ver en el agua.

PEZ GLOBO. —Podemos nadar con vos.

MEDUSA. —Vamos a nadar con vos.

PEZ 2. —La oscuridad parece lejana, la luz se vuelve colores.

CABALLITO DE MAR. —Un último esfuerzo Adrián...

PEZ GLOBO. —Con la fuerza de un estribillo.

MEDUSA. —Con la potencia de una cartuchera golpeando contra un auto.

CABALLITO DE MAR. —Con la determinación de una inspectora.

PEZ 1. —Los colores van tomando forma.

PEZ 2. —El agua parece volverse cada vez más liviana.

PEZ 3. —Los ojos pueden abrirse un poco más.

PEZ 1. —Sigue.

PEZ 3. —Sigue.

PEZ 2. —Sigue y llegó.

PEZ 1. —Consigue llegar a la arena.

PEZ 3. —Respira, se llena de aire.

PEZ 2. —A lo lejos gritan su nombre.

VOZ. —Adrián...

VOZ. —Adrián...

PEZ 3. —Reconoce la playa, toca la arena.

PEZ 2. —El sol lo quema.

PEZ 1. —Entrecierra los ojos y ve a su mamá...

PEZ 2. —Ve a su mamá y a su papá...

PEZ 3. —Los ve correr hasta él.

PEZ 2. —Se abrazan.

La luz disminuye y quedan solo encendidas las de los peces linterna.

PEZ 1. —Todas las historias comienzan y todas terminan.

PEZ 2. —Y es sabido que el final siempre es un comienzo.

PEZ 3. —¿Y qué comienza acá?

PEZ 2. —Todos los comienzos están siempre en otro lugar.

PEZ 1. —Adrián salió del agua.

PEZ 3. —Abrazó con fuerza a sus padres.

PEZ 2. —Estuvo perdido pocos minutos.

PEZ 1. —Pero pocos minutos, para un niño perdido, es una eternidad.

PEZ 3. —Se acercó a su mamá.

PEZ 2. —Le dio un beso a su papá.

PEZ 1. —Buscó a Greta con la mirada.

PEZ 2. —Y empezó a hablar.

PEZ 3. —Y el miedo se fue diluyendo...

PEZ 1. —Porque se iba diluyendo el secreto.

PEZ 2. —Hablaron de aquella tarde en que le sacaron la voz.

PEZ 3. —A su mamá y su papá, se les llenaron de mar los ojos.

PEZ 1. —Y Adrián sintió de a poco volver su voz.

PEZ 2. —Aún no canta.

PEZ 3. —Pero va a volver a cantar.

PEZ 1. —Porque hablar es como cantar.

PEZ 2. —Porque sus canciones ya no debían ser secretas.

PEZ 3. —Adrián entró a las profundidades, pero los monstruos siempre fueron más débiles que su canto.

PEZ 1. —Y es que no hay secreto, no hay nada, ni nadie por lo que valga la pena perder la voz.

PEZ 3. —¿Este es un final feliz?

PEZ 1. —Cada vez un poco más feliz...

PEZ 2. —¿Este es un comienzo feliz?

PEZ 1. —Cada vez un poco más feliz...

Adrián tararea una canción. Los peces apagan sus luces. El silencio se diluye en el mar.

FIN

SIERVAS

PERSONAJES

ΤΡΟΦΌΣ
THE NURSE
LA PONCIA
Empleada Extranjera

PRÓLOGO / SOBRAS DE UNA HISTORIA CUALQUIERA

Amanece en un basural. Las pilas de basura dibujan la silueta de una montaña. Poco a poco con la luz se revela la naturaleza plástica de esas montañas. Colores pasteles. Tierra y viento. En las motañas tres mujeres (ΤΡΟΦΌΣ, La Poncia y The Nurse) se levantan. Se liberan de la basura que les sirvió de abrigo.

LA PONCIA. —Una empleada se levanta a las seis de la mañana, sale de su casa y camina cuadras hasta su colectivo. Espera pacientemente que llegue el colectivo. Tarda, como siempre, más que de costumbre. Consigue subirse, apretada en medio de la gente.

THE NURSE. —Con una bolsa de plástico protege algunas pertenencias, el resto las lleva en su cartera. Tiene un jean, un poco desteñido pero digno. En la bolsa lleva un jogging, su uniforme de trabajo.

ΤΡΟΦΌΣ. —Se baja donde corresponde, pasa por la guardia de un country. Lejos quedó el barrio, su casa, su país. No en distancia.

THE NURSE. —La distancia es metafórica.

ΤΡΟΦΌΣ. —Siempre es metafórica.

LA PONCIA. —Lejos de su casa esta casa. Que podría sólo repasar y nadie se daría cuenta. Pero ella friega y limpia con pulcritud y profesionalismo.

ΤΡΟΦΌΣ. —Termina su jornada laboral. Vuelve a cambiarse y hasta se suelta el pelo. Camina hacia la parada del colectivo.

THE NURSE. —Toma el colectivo, igual de congestionado que a la mañana, un resfrío constante de gente. Protege su bolsa y su cartera. Quiere relajarse.

LA PONCIA. —Está llegando, baja del colectivo.

THE NURSE. —Camina por el barrio.

ΤΡΟΦΌΣ. —Su casa está cerca.

LA PONCIA. —En un baldío, a 5 cuadras de su hogar, le roban, le pegan.

THE NURSE. —La policía toma la declaración.

ΤΡΟΦΌΣ. —Ella nota, porque es una profesional.

LA PONCIA. —Que ese cuadro de San Martin que cuelga detrás del oficial.

THE NURSE, ΤΡΟΦΌΣ Y LA PONCIA. —Está sucio.

LA PONCIA. —Somos siervas, no hacemos ruido, a nuestras espaldas se desarrolla una gran tragedia.

ΤΡΟΦΌΣ. —Pero... miren nuestras caras.

THE NURSE. —Nuestras heridas.

El día comienza a ganar el basural. Viento.

LA PONCIA. —La señora que limpia, la chica que ayuda, la chica que colabora en casa.

THE NURSE. —La que es como de la familia, pero no recibe abrazo en su cumpleaños.

ΤΡΟΦΌΣ. —La que duerme adentro y cría la cría de otra.

THE NURSE, ΤΡΟΦΌΣ Y LA PONCIA. —La criada.

LA PONCIA. —Todo porque no se animan a decirle como corresponde.

THE NURSE. —La sirvienta, sierva, empleada.

ΤΡΟΦΌΣ. —La doméstica, mucama, esclava.

THE NURSE, ΤΡΟΦΌΣ Y LA PONCIA. —Una metáfora, siempre una metáfora.

UNO / SOBRAS DE LAS OBRAS

ΤΡΟΦΌΣ, La Poncia y The Nurse se encuentran revolviendo en la basura. Seleccionan restos de comidas. Arman con basura un lujoso banquete.

LA PONCIA. —Muerto mi patrón, en realidad el marido de mi patrona, mi patrona se vuelve loca. Se pone peor que antes. Declara luto para todas, indefinido. Mientras ella viva va a dominar en lo suyo y en lo de sus hijas. Pero aparece un hombre y las hijas se vuelven locas. A la más grande y fea, la quiere de esposa, pero a la más chica, la quiere en la cama. Y la cama es una forma de decir, porque ahí nomás en la paja la hace suya.

THE NURSE. —Digamos que dominó en lo propio, pero no pudo dominarle las partes a la hija.

LA PONCIA. —Digamos que me dejas terminar. Se embaraza la menor. Pero de esto se enteran todos, la noche que los encuentran en el pajar... mi patrona lo saca de un escopetazo, y la hija se suicida porque está embarazada... fin.

THE NURSE. —¿Es posible que algún día hablemos de otra cosa?
ΤΡΟΦΌΣ. —No.
THE NURSE. —Pero todas las mañanas...
ΤΡΟΦΌΣ. —Todas las mañanas hay ojos y oídos nuevos.
THE NURSE. —La chica que yo cuidaba también se suicidó, pero porque el imbécil del enamorado se mató, pensando que ella estaba muerta. Y ahí, los encontraron a los dos. Dos familias enfrentadas desde siempre. Al final, con la muerte de los chicos, se arreglan. Un despropósito...
LA PONCIA. —La verdad. Que trágico.

ΤΡΟΦΌΣ ríe.

LA PONCIA. —¿Dije algo gracioso?
ΤΡΟΦΌΣ. —A mi ama la abandona el marido. Ella renunció a todo por él. Pero él renuncia a ella por una princesa. Se vuelve loca. Loca, loca. Mi ama le hace unos regalos a la novia. La princesa se los pone. Se prende fuego en el acto. Y como lo que ella quería era castigar al que la abandonó, le mata los hijos, que son sus hijos también.
LA PONCIA. —Bueno, también una tragedia. Como la de todas. Todas terminan con una muerte o dos.
ΤΡΟΦΌΣ. —La mía terminó con mi ama trepada en un carro volador impulsado por dragones alados.

Silencio.

LA PONCIA. —Bueno... cada cual, con su estilo, es lo que siempre digo...

THE NURSE. —*(A ΤΡΟΦΌΣ.)* Y decime ¿Vos cuando pasó todo esto...?
ΤΡΟΦΌΣ. —Yo quedé libre... bah, libre. Me fui corriendo de a poquito y nadie notó que no estaba más.
THE NURSE. —Y claro, con los dragones y eso ¿Quién se va a fijar no?

La Poncia buscando en la basura encuentra a una Empleada Extranjera. No se parece en nada a ellas. Es joven, de rostro lavado. La deja a un costado. La Empleada Extranjera (a falta de un mejor nombre) se queda sentada mirándolas como un cervatillo herido. La Poncia encuentra una botella de cerveza.

LA PONCIA. —¡Cerveza!

Se reúnen en la mesa y se sirven el resto de cerveza que apenas alcanza a llenar medio vaso de cada una.

THE NURSE. —A mí me dejaron sin trabajo... porque al vicio me iban a pagar para cuidar la tumba ¿no? Yo creo que no es lo mío. Yo tenía una hija, Susana. La misma edad de la nena, pero se me murió. Y ésta se viene a morir también... capaz que no soy buena...
LA PONCIA. —El destino.
THE NURSE. —Pero yo la quería...
LA PONCIA. —Y yo también la quería a la que se me mató, pero qué se le va a hacer, así es la vida.
ΤΡΟΦΌΣ. —Yo también los quería a los chiquitos...

Todas toman un trago de cerveza.

THE NURSE. —Qué desgracia...

LA PONCIA. —Yo digo que no hay nada que no esté escrito. Por algo las cosas pasan.

Todas toman un trago de cerveza.

THE NURSE. —*(Mira a la Empleada Extranjera..)* ¿Y esa?
LA PONCIA. —Estaba en la basura.
THE NURSE. —Traela.
LA PONCIA. —No se puede comer...
ΤΡΟΦΌΣ. —No habla el idioma seguro. Pobre, debe ser de otra parte.
THE NURSE. —¿Vos sos de otra parte no?
ΤΡΟΦΌΣ. —Acá todas somos de otra parte. Sí, yo dejé mi ciudad siguiendo a mi ama, arrastrada por mi ama quiero decir. Y los ojos de extranjera se notan. Es como si tuvieran un cristal, cuanto más clara la mirada, más profunda la distancia. Es de otro lado. Todas somos de otro lado, pero ella no es como nosotras...
LA PONCIA. —Nena *(La Empleada Extranjera la mira.)*... Bueno, responde al nombre de nena.
ΤΡΟΦΌΣ. —Probá a ver si nos trae algo...
THE NURSE. —¿No ven que no entiende? ¿Entenderá el hambre? *(A la Empleada Extranjera.)* ¡Hambre!

Ríen. La Empleada Extranjera sale.

THE NURSE. —¿A dónde fue?
ΤΡΟΦΌΣ. —Quizás ya le pertenezca a alguien.
LA PONCIA. —Yo sé juzgar a las personas. Esa chica no entendía, viste la cara de ser de otra parte.

Vuelven a concentrarse en la cerveza.

THE NURSE. —Tuve que soportar noches de pasión, de pasión adolescente, está bien... duraban 5 minutos... pero qué cinco minutos... y yo, recorriendo el pasillo, pasando como quien no quiere la cosa por la puerta de la habitación. Llegue a espiar un poquito y eran cuerpos delgados, jóvenes, bellos. Y los odie. Los odie sinceramente ¡Cómo no los maté yo!

ΤΡΟΦΌΣ. —A mí los chiquitos me sacaban de las casillas. Pensaba que tanto cariño me profesaban y después me iban a comparar con un mueble. Una propiedad que mientras más antigua menos valiosa, ni siquiera como un placard, menos que un placard.

LA PONCIA. —La pendeja se lo tenía merecido. Cogerse al novio de la hermana. Y ese tipo, casarse por interés lo entiendo, pero estar con la hermana, así, sin pena ni remordimiento...

THE NURSE, ΤΡΟΦΌΣ Y LA PONCIA. —¡Los hubiera matado yo!

Las tres ríen. Van acallando las risas. Suspiran. Beben el último sorbo de cerveza. Vuelven a revolver en la basura. Ingresa la Empleada Extranjera con una bolsa de basura. La deja cerca de The Nurse. The Nurse la abre y encuentra chorizos adentro.

THE NURSE. —Trajo chorizos. La chiquita esta trajo chorizos.

La Poncia rápidamente se acerca a la bolsa y la abre, saca los chorizos y los guarda entre sus prendas. ΤΡΟΦΌΣ busca una botella con agua y se la ofrece a la Empleada Extranjera. La Empleada Extranjera bebe despreocupada.

TPOØ´OΣ. —Puede salir...

LA PONCIA. —Debe haber encontrado esto en algún lugar. Hacia donde mires se extiende el basural.

THE NURSE. —De noche yo no duermo.

LA PONCIA. —Ninguna duerme.

THE NURSE. —Pero además de no dormir, no cierro los ojos. Y veo a lo lejos luces que titilan. Las noches de gran luna no se ven, pero las noches oscuras parecen pequeñas llamas, hay algo más allá.

TPOØ´OΣ. —De noche yo no duermo.

LA PONCIA. —Ninguna duerme.

TPOØ´OΣ. —Pero además de no dormir, escucho atenta. Los perros ladran por la mañana, pero por la noche se escuchan sus pasos perderse en el horizonte. Y cuando regresan, justo antes que salga el sol, pueden oírse aún sonidos de un pueblo sobre el perro.

LA PONCIA. —Los perros no pueden cargar los sonidos en sus espaldas.

TPOØ´OΣ. —Hay que aprender a escuchar a los perros.

THE NURSE. —Y a mirar más allá de donde llegan los ojos.

LA PONCIA. —¿Y por qué no buscaron una salida?

TPOØ´OΣ. —Porque para nosotras no hay salida.

THE NURSE. —Pero ella...

Se acercan a la Empleada Extranjera. La tocan delicadamente. La Empleada Extranjera se para y las mira.

TPOØ´OΣ. —Ella puede salir.

Las tres la miran y casi al unísono hacen sus pedidos.

LA PONCIA. —Quisiera que me traiga romero y también queso de cabra.

THE NURSE. —Ropa sana y, en lo posible, ropa interior.

ΤΡΟΦΌΣ. —Quiero que me cuente en qué consiste el mundo y cómo es.

LA PONCIA. —Eso te lo contesto yo, el mundo es igual que acá.

La Empleada Extranjera comienza a revolver la basura, meticulosamente.

ΤΡΟΦΌΣ. —Va a ser una desgracia.

LA PONCIA. —Qué fatalista que estás.

ΤΡΟΦΌΣ. —Es una intuición.

THE NURSE. —No. Hay que cuidarla.

Las tres se sientan a observarla. Se escuchan los perros. ΤΡΟΦΌΣ mira a La Poncia.

ΤΡΟΦΌΣ. —Es la hora de los perros. Traé la trampa.

THE NURSE. —¿No puede ser otra cosa hoy?

LA PONCIA. —Nena... *(La Empleada Extranjera la mira.)* traenos queso de cabra, pescado y

THE NURSE. —¡ROPA INTERIOR!

La Empleada Extranjera se pierde entre las montañas de basura.

ΤΡΟΦΌΣ. —No esperen que regrese.

THE NURSE. —Busco la trampa para los perros.

LA PONCIA. —Prendo el fuego.

The Nurse y La Poncia salen entre las montañas.

ΤΡΟΦΌΣ. —Hay que matarla, no puede quedarse con nosotras. Ya no abunda la comida, los perros están cada vez más flacos. Nuestra carne se hace cada vez más gris. El cielo está cada vez más negro y la noche es cada vez más larga. ¿Qué vamos a hacer si trae más gente?

The Nurse ingresa con la trampa para perros.

THE NURSE. —Cazar más perros. No podemos andar matando gente por precaución. Podrían haberlo hecho con vos.
ΤΡΟΦΌΣ. —Pero no se atrevieron, los muy cagones ¿Quién dijo que los vivos tenemos ventaja por sobre los muertos?

La Poncia ingresa corriendo.

LA PONCIA. —Está volviendo.

La Empleada Extranjera ingresa. Las mira y les sonríe. Les deja una bolsa a cada una. Se sienta en la basura. Las tres comienzan a revisar las bolsas. Tiene comida y ropa. Hay en la bolsa de The Nurse un perfume, La Poncia además de comida encuentra una escopeta, ΤΡΟΦΌΣ tiene conejos y una tiara.

ΤΡΟΦΌΣ. —Esto tiene sangre.
LA PONCIA. —Y claro... son conejos.
ΤΡΟΦΌΣ. —Los conejos no... la tiara.
THE NURSE. —Se debe haber manchado. Gracias, criatura.

LA PONCIA. —Nena....

THE NURSE. —¿Cómo?

LA PONCIA. —Se llama Nena... ¿No es cierto, Nena?

La Empleada Extranjera le sonríe y le apunta con un arma imaginaria. ΤΡΟΦΌΣ se espanta.

LA PONCIA. —Qué divina... es graciosa...

ΤΡΟΦΌΣ. —¿Para qué te trae un arma?

THE NURSE. —Se cazan más y mejores perros.

LA PONCIA. —Pero hoy, gracias a Nena, no comemos perro.

THE NURSE. —Lástima que no hay con qué brindar.

La Empleada Extranjera mete la mano en el basural y saca una botella de vino.

THE NURSE. —¡Es un amor! Yo tenía una hija, debe haber tenido tu edad, bueno, en realidad murió y no tiene más edad...

LA PONCIA. —A mí me hace acordar a la más chica. Pero sin mácula sobre ella. Quizás sea el silencio, le da un aire a santidad.

ΤΡΟΦΌΣ. —Como la princesa *(Mira la tiara.)* es mejor cuidarla que dejarla libre.

The Nurse va hasta la Empleada Extranjera y la abraza.

THE NURSE. —Vos no te me vas a morir. Vos no te vas a morir.

LA PONCIA. —No se nos va a morir.

ΤΡΟΦΌΣ. —Quizás terminemos nosotras muertas.

THE NURSE. —¡Sos exagerada!

The Nurse la lleva a la mesa y le sirve vino.

ΤΡΟΦΌΣ. —Igual, no te preocupes. Un cementerio es tan solo un basural que respeta los restos que contiene. No vas a extrañar nada de esto.
THE NURSE. —Ya no extraño nada...
ΤΡΟΦΌΣ. —Entonces estás prácticamente muerta.
LA PONCIA. —Dejen de hablar idioteces. Nena vos podés salir...

La Empleada Extranjera la mira sin modificar su gesto.

LA PONCIA. —Es divina, pero poco comunicativa. Necesito que me traigas algo del afuera...
ΤΡΟΦΌΣ. —Nada que no discutamos antes entre nosotras.
LA PONCIA. —Esto es privado.
ΤΡΟΦΌΣ. —Todo lo que sale y entra nos pertenece en igual medida.
LA PONCIA. —No te vi reclamando los pañales usados.
ΤΡΟΦΌΣ. —Ya tengo tu cara para observar.
LA PONCIA. —Me estás diciendo pútrida.
ΤΡΟΦΌΣ. —Y la cuidadora de una putita.
LA PONCIA. —*(Se persigna.)* No te lo permito, eso pasó por obra de un mal hombre.
ΤΡΟΦΌΣ. —Siempre son malos los hombres. Por qué les cuesta tanto entender.
LA PONCIA. —Porque a veces no se puede combatir el mal. Porque a veces el mal es necesario. Como necesaria es la noche aunque nada crezca, como necesario es Dios aunque nada haga, como

necesarios son los amos aunque su felicidad no sea nuestra felicidad.

ΤΡΟΦΌΣ. —Su felicidad no es nuestra felicidad, en cambio su tristeza es siempre nuestra tristeza.

LA PONCIA. —Pero son necesarios.

ΤΡΟΦΌΣ. —En un cementerio nadie es imprescindible.

LA PONCIA. —ACABEMOS CON LOS PATRONES SI ESO TE HACE FELIZ.

ΤΡΟΦΌΣ. —ME HARÍA MUY FELIZ, TAMBIÉN, ACABAR CON LAS PATRONAS.

LA PONCIA. —¡¿Y qué mundo quedaría?!

ΤΡΟΦΌΣ. —¡Uno más justo!

LA PONCIA. —¡Un cementerio es justo!

ΤΡΟΦΌΣ. —¡Exacto!

THE NURSE. —¡ACUERDO!

LA PONCIA. —¿Con quién?

THE NURSE. —No sé... pero quería avisarles que la nena se fue cuando gritaban.

LA PONCIA. —La espantaste.

ΤΡΟΦΌΣ. —Quizás sea mejor.

THE NURSE. —Yo le había tomado cariño.

ΤΡΟΦΌΣ. —*(Mirando la tiara.)* Esto tiene sangre.

LA PONCIA. —De conejos, ya te dije.

THE NURSE. —Si no te gusta, la puedo usar yo.

ΤΡΟΦΌΣ. —Usala.

The Nurse se pone la tiara.

THE NURSE. —¿Cómo me queda?

ΤΡΟΦΌΣ. —Vos no cambiaste, en cambio la tiara se perjudicó.
LA PONCIA. —Estoy cansada. Cuando fui a prender el fuego para cocinar miré al horizonte. Achiqué los ojos para ver el final, pero no pude ver. Sobre el horizonte se levantan montañas y montañas, como estas. Intenté escuchar los perros, pero creo que aprendieron a escapar para la hora del almuerzo y de la cena. Miré el cielo y fue la primera vez que me di cuenta... no encontré el sol.

Silencio. ΤΡΟΦΌΣ, La Poncia y The Nurse miran buscando el sol. Les arden los ojos, pero no encuentran el sol. Los perros ladran. Pájaros sobre la basura trinan violentamente. ΤΡΟΦΌΣ, La Poncia y The Nurse comen con desgano. Por sobre la montaña aparece la Empleada Extranjera, deja caer una bolsa hasta ellas. ΤΡΟΦΌΣ abre la bolsa. Se espanta sin escándalo.

ΤΡΟΦΌΣ. —Es una cabeza.

La Poncia y The Nurse se acercan a la bolsa. Ven en el interior. La Empleada Extranjera baja de la montaña de basura y se sienta a la mesa.

DOS / SOBRAS DE UN PATRÓN

LA PONCIA. —Las cosas que tira la gente...
THE NURSE. —Nunca habíamos encontrado algo así.
ΤΡΟΦΌΣ. —Porque nadie descarta su cabeza.

The Nurse va hasta la Empleada Extranjera. Le sirve vino. Le acaricia el pelo.

LA PONCIA. —En el peor de los casos solo fue una confusión por escucharnos.
THE NURSE. —Que alguien nos escuche ya es un cambio.
ΤΡΟΦΌΣ. —No nos escucha a nosotras, solo escucha las órdenes.
LA PONCIA. —Nena, limpiá...

La Empleada Extranjera la mira, suspira. Se levanta y se acerca a ella. ΤΡΟΦΌΣ y The Nurse se quedan paralizadas. La Empleada Extranjera llega a La Poncia y le sonríe. Revuelve en la basura y saca una mecedora de entre las bolsas, la limpia toscamente.

ΤΡΟΦΌΣ. —No entiende otro idioma.
THE NURSE. —Nena, dejá de limpiar.

La Empleada Extranjera la mira y luego mira a sus compañeras. Se pierde entre las montañas de basura.

ΤΡΟΦΌΣ. —Va a morir.
LA PONCIA. —No tiene por qué, seguía nuestras órdenes.
THE NURSE. —Tu orden. Seguía tu orden. Yo escuché clarito cuando pedías la cabeza de un patrón.
LA PONCIA. —¿No es lo que queríamos? Atrévanse a decirme que no desean ver extinguida a toda la raza de amos.
THE NURSE. —No a costa de más muerte. Ya mucha muerte hay, prométanme que no muere ni un perro hoy.

Silencio.

ΤΡΟΦΌΣ. —Vamos a morir nosotras.

LA PONCIA. —Voy a buscar la escopeta.

THE NURSE. —Dejemos que se explique. Quizás es algo que se encontró en el parque mientras observaba las flores.

LA PONCIA. —Vos sos una usina de imbecilidad.

ΤΡΟΦΌΣ. —Sigue órdenes. No puede explicarse.

THE NURSE. —Y nosotras también seguimos órdenes. Y miren dónde nos trajeron. Ni siquiera nos dieron un final. Nos fuimos diluyendo en nuestras obras. Yo nunca pude ver el cuerpo de mi Julieta. Ni siquiera pude sufrir la muerte de mi hija Susana, solo recuerdo tener memoria de mi hija muerta, pero jamás la vi morir.

ΤΡΟΦΌΣ. —Yo no pude detener. Sabía lo que iba a pasar. No quise detener.

LA PONCIA. —Voy a buscar la escopeta.

THE NURSE. —No. Hay que seguirla, buscar el modo en el que entra y sale de este lugar ¿No quieren conocer el sol?

LA PONCIA. —¿Dónde está?

ΤΡΟΦΌΣ. —Cumpliendo su destino.

LA PONCIA. —Vayan a buscarla, yo necesito hablar...

ΤΡΟΦΌΣ y The Nurse entran a las montañas de basura. La Poncia toma su escopeta y se sienta en la mecedora mientras bebe vino. Se escuchar el aleteo de pájaros que oscurecen el cielo.

LA PONCIA. —Yo soy La Poncia, aquella que se roba los chorizos. Aquella que encuentra satisfacción en el poder y no en la necesidad. La mayoría de las veces el robar es poder, es de algún modo equilibrar la balanza que injustamente se colma de dones de un solo lado. Y del otro lado donde estamos nosotras, pocos,

poquísimos dones. Robo chorizos y los escondo en mi ropa, robo carreteles de hilo, legumbres y ceniceros. Porque puedo robo y porque puedo mato las plantas de la casa, las favoritas de la señora, con un poco de lavandina. Escupo la taza del inodoro y luego le paso un trapo. Ese poder de quien no tiene poder.

ΤΡΟΦΌΣ y The Nurse en la cima de las montañas sostienen una antorcha cada una.

LA PONCIA. —Trece mil doscientas veintitrés empleadas ingresan al teatro, traen sus cofias, sus plumeros, sus delantales y todos sus clichés. Se paran en proscenio, una sobre la otra. Impiden ver la obra, sacan antorchas, queman la escena. Pero el fuego de trece mil doscientas veintitrés empleadas es más grande que el teatro mismo. Incendian el mundo y en las cenizas se oye el quejido de la cultura misma. Me robo chorizos porque puedo. Los patrones deben morir.

ΤΡΟΦΌΣ y The Nurse dejan sus antorchas de lado.

ΤΡΟΦΌΣ. —Una empleada cualquiera.
THE NURSE. —Una empleada cualquiera.
LA PONCIA. —Esa empleada, la de nuestro comienzo, la del baldío.
ΤΡΟΦΌΣ. —Limpia la ventana y observa un pájaro.
LA PONCIA. —El pájaro captura una lombriz.
THE NURSE. —Y emprende vuelo, con la lombriz viva en su pico.
ΤΡΟΦΌΣ. —Ella piensa en lo cruel del pájaro.
LA PONCIA. —Entiende lo cruel del pájaro a pesar de su belleza.

THE NURSE. —Mira la hora y suspira, cuando termine su trabajo habrá anochecido.

LA PONCIA. —Pero ve pasar por el patio una mujer.

ΤΡΟΦΌΣ. —Se preocupa y piensa en llamar a la seguridad.

THE NURSE. —Pero algo en esa mujer le transmite paz.

ΤΡΟΦΌΣ. —La mujer entra al garaje.

THE NURSE. —El humo comienza a salir del garaje.

LA PONCIA. —El fuego comienza a ganar la casa.

ΤΡΟΦΌΣ. —Toma sus cosas y sale. Si pierde algo, será poco. No tiene mucho.

LA PONCIA. —El fuego ocupa ya el piso inferior.

THE NURSE. —Y el patrón y la patrona están en el superior.

ΤΡΟΦΌΣ. —Yo que conozco el olor a la carne quemada.

THE NURSE. —Yo que conozco el dolor de la muerte.

LA PONCIA. —Yo que conozco lo deshonroso.

THE NURSE, ΤΡΟΦΌΣ Y LA PONCIA. —Celebro un patrón menos.

La Empleada Extranjera ingresa con una bolsa humeante. La tira a los pies de ellas. Cuando está por salir nuevamente ΤΡΟΦΌΣ, La Poncia y The Nurse la sientan a la mesa y le dan un vaso con agua. Le limpian el hollín de la cara.

ΤΡΟΦΌΣ. —Te podés quedar acá. Hay mucho espacio y el tiempo se suspende.

THE NURSE. —Cada mediodía y cada noche cocinamos nuestros alimentos.

LA PONCIA. —En la basura no le debemos nada a nadie.

The Nurse la apoya en sus piernas. La Empleada Extranjera cierra los ojos y respira en calma. The Nurse la peina, su rostro es pacífico. ΤΡΟΦΌΣ ve dentro de la bolsa que trajo la Empleada Extranjera, en principio tiene asco de lo que ve, paulatinamente va cambiando su expresión y comienza a sacar de las bolsas joyas.

LA PONCIA. —Lo más prudente sería guardarlas hasta que aparezcan sus dueños.
ΤΡΟΦΌΣ. —Sus dueños están acá *(Señalando la bolsa.)*
THE NURSE. —Hablen más bajo... se durmió.
LA PONCIA. —No puedo creer que sea tan solo una ladrona.
ΤΡΟΦΌΣ. —No lo es. No existe amo sin riqueza. Quitar la vida no es suficiente porque, de hecho, vida también tienen los pobres, tenemos los esclavos.
LA PONCIA. —No sé si podríamos llamar vida a lo que tenemos nosotras.
ΤΡΟΦΌΣ. —Es una sutil forma de esclavitud. Y no se puede esclavizar lo que no vive.

La Poncia desaparece entre la basura con las bolsas que ΤΡΟΦΌΣ tenía en las manos. The Nurse sigue haciendo un peinado a la Empleada Extranjera. Se mezcla el sonido del viento con el trinar de pájaros hambrientos, a lo lejos los perros aúllan.

TRES / SOBRAS DE LA RIQUEZA

Algo obstruye la luz, una nube momentánea que pasará. En el basural la luz se vuelve verdosa. ΤΡΟΦΌΣ mira el cielo, consigue ver más allá.

THE NURSE. —Hablá si queres... pero bajito...

ΤΡΟΦΌΣ. —La esclavitud no ha cesado. Todos somos esclavos y no hay ilusión más ilusa que la libertad. Somos la representación gráfica de las limitaciones. Todo en nuestro universo es limitado. Somos una burla. Somos esclavas definitivamente. Yo esclavizada desde siempre, pude ver sin ningún tipo de pudor al resto de la humanidad. Observo como observa un ciego. Observo libre de cualquier preconcepto *(Ríe.)* Miento, observo esclava de mis posibilidades.
Cómo envidiaba los pájaros. Hasta que me di cuenta que ni siquiera los desencadenados podrían volar. Y, aun así, los pájaros, merced del viento y las estaciones tienen una ruta predestinada que seguir. Y vuelan, vuelan, vuelan. El único placer que encuentran distinto supongo debe ser el de cagar en el aire y no vivir rodeados de su basura. Un patrón es un ser que si bien distante de los pájaros, no se rodea de su mierda, hasta que esta se deja de limpiar y resulta tanta que termina por ahogarlo. Quien poco tiene, poco deja de sobra.

Un trueno interrumpe a ΤΡΟΦΌΣ.

ΤΡΟΦΌΣ. —Si no podemos morir libres, al menos que la muerte nos encuentre esperanzadas de acabar con la tiranía.

La Empleada Extranjera despierta. The Nurse la mira satisfecha con su peinado. La Poncia entra decidida con muchísimas bolsas en sus manos, colmadas de riquezas. El cielo se despeja.

THE NURSE. —*(A la Empleada Extranjera.)* No hace falta que te vayas. Este lugar es infinito y como cualquier infinito es divertido intentar encontrar el límite.

LA PONCIA. —Ella ya conoce el límite. *(A la Empleada Extranjera.)* Toda persona que de una orden debe morir. Ese es tu propósito.

ΤΡΟΦΌΣ. —Ya no sos más parte del coro. Ahora el coro te debe respuesta.

THE NURSE. —No hace falta. Podés quedarte.

LA PONCIA. —Su propósito es afuera de este lugar. Encerrarla sería una crueldad, como encerrar un pájaro.

THE NURSE. —No hay encierro posible donde no existen los límites.

ΤΡΟΦΌΣ. —No hay encierro peor que ese, hasta el cielo tiene un límite. *(A la Empleada Extranjera.)* Toda persona que dé una orden debe morir.

La Empleada Extranjera asiente con la cabeza y se retira con una gran bolsa de basura en su mano. Le da un beso a The Nurse y sale. Las tres la miran partir. Comienzan a revolver en la basura, prendas finas y joyas brillantes. Se las van colocando.

THE NURSE. —Me da miedo que no vuelva, quisiera escuchar su voz. No me gusta no conocer su voz. No me guste que no hable.

LA PONCIA. —Pero escucha y entiende, que es lo importante en una sierva. Las palabras son la mayor parte del tiempo impedimentos entre nuestro deseo y nosotras mismas.

THE NURSE. —El silencio no es sano, el ruido se acumula, siempre. Las palabras que no se dicen se amontonan y en algún momento encuentran la salida.

ΤΡΟΦΌΣ. —Ya encontramos un destino. Y cuando se encuentra un destino se encuentra la existencia.

La Poncia saca un chorizo de su ropa y lo corta para compartirlo. The Nurse busca en la basura servilletas y las reparte.

LA PONCIA. —No nos crearon asesinas, pero podemos ordenar a otras que lo sean.
THE NURSE. —En eso consiste liderar.
ΤΡΟΦΌΣ. —No vamos a acabar bien, pero al menos vamos a tener un final, no nos van a dejar olvidadas al costado de una obra.
LA PONCIA. —Hablá por vos. Yo estuve hasta el final.
ΤΡΟΦΌΣ. —Pero tus lágrimas no importaban. Eso es un final, que importe el destino de quien lo sufre.
THE NURSE. —Tengo miedo de haber fallado de nuevo. Que muera otra más a quien le doy afecto. Quizás sea yo una enfermedad, mi cariño debe ser una enfermedad... y es tan joven.
ΤΡΟΦΌΣ. —La edad no importa.
THE NURSE. —Claro que sí... no es lo mismo condenarse en la juventud que aburrirse en la madurez.
LA PONCIA. —A nosotras no nos importa, siempre iguales. No vamos a envejecer más, tampoco rejuvenecer.
THE NURSE. —Voy a esperarla. No está bien lo que hicimos.

The Nurse sale. ΤΡΟΦΌΣ mira a La Poncia, se acerca y le toma el rostro. La Poncia no comprende qué ocurre.

ΤΡΟΦΌΣ. —Conozco un par de pócimas que bien usadas...

LA PONCIA. —¡NO! No recuerdo mi juventud y no quisiera descubrir que era fea.

ΤΡΟΦΌΣ se separa. Busca entre la basura una gran copa de metal y se sirve vino de una vasija.

ΤΡΟΦΌΣ. —Entiendo no querer ser joven de nuevo, pero yo puedo ofrecerte además ser bella. Cambiar tu condición grotesca.
LA PONCIA. —Esa condición es como mis palabras, todo lo que tengo.
ΤΡΟΦΌΣ. —¿No querrías ni por un momento estar en la piel de una joven bella? Puedo hacerte como la menor de las hijas, irresistible.
LA PONCIA. —No, gracias. La belleza se paga caro. Acá la belleza significa muerte. Si los jóvenes enamorados son felices, se casan y envejecen juntos se transforma en una sátira. Imaginate un final feliz, donde los enamorados comienzan a envejecer, se llevan mal durante agosto porque el viento es de locos. Comienzan a perder los dientes y ya no hacen el amor. Se sientan a observar la tarde, apostando quién va a morir primero. Se tiran pedos mirando el horizonte y echándole la culpa a un perro. Yo prefiero vivir vieja y fea, pero vivir.
ΤΡΟΦΌΣ. —No entiendo... ¿Qué horizonte podés mirar en tu vejez?
LA PONCIA. —El que quiera.
ΤΡΟΦΌΣ. —Acá existe un solo horizonte y no revela nada.
LA PONCIA. —La oscuridad me ayuda a imaginar países que limitan con este basural.

The Nurse sale de la basura con más bolsas que contienen prendas finas. Las mira. The Nurse comienza a vestirse con elegancia y mirando hacia donde se fue la Empleada Extranjera.

ΤΡΟΦΌΣ. —Hablamos de ser jóvenes.

THE NURSE. —Sospecho tenía las tetas más altas. Y las caderas mejor ubicadas. Y una hija viva, no el recuerdo de una hija muerta.

ΤΡΟΦΌΣ. —No puedo traer a la vida a tu hija.

THE NURSE. —No te lo pediría... deberíamos encender el fuego para cuando llegue la noche.

ΤΡΟΦΌΣ. —Puedo hacerte joven y bella.

THE NURSE. —No podría serlo. No sé cómo serlo. Y para ser joven y bella, hay que nacer joven y bella.

LA PONCIA. —Lo único sensato que dijo en todo este tiempo. Hay que saber.

ΤΡΟΦΌΣ. —Se puede aprender. Aprendieron a ser viejas y feas, les aseguro que es mucho más fácil aprender a ser joven y bella. Esas prendas de otro modo no van a lucirse. Ustedes creen que es riqueza lo único que importa.

LA PONCIA. —*(Tomando un tapado de piel y probándoselo.)* A mí la riqueza ajena me emociona más que la propia.

ΤΡΟΦΌΣ. —¿De verdad no les gustaría dominar con su belleza?

LA PONCIA. —Yo domino, porque aprendí a dominar. Y no tiene nada que ver con la belleza y la juventud, no son encantos los que se utilizan, son temores. Dar miedo.

THE NURSE. —Y ahora dominamos.

LA PONCIA. —No... solo guiamos.

Silencio. The Nurse se recuesta en el piso y apoya su cabeza para escuchar.

THE NURSE. —Escuchen... escuchen el sonido de los gritos. Los autos transitando a toda velocidad. Escapando de la rebelión. Hay un coche con una familia. Ella adinerada, él hábil con las compras y ventas, tienen dos niños que van sentados en el asiento trasero.

LA PONCIA. —¿Y qué hacen?

ΤΡΟΦΌΣ. —Escapan.

THE NURSE. —Escuchen... escapan hacia su casa de campo. El automóvil comienza a quedarse sin combustible.

ΤΡΟΦΌΣ. —No hay más estaciones de servicio.

THE NURSE. —Detienen el auto. Van a seguir a pie. Su casa de campo está cerca.

LA PONCIA. —¿Y llegan?

THE NURSE. —Llegan. Y en la entrada los está esperando su viejo jardinero.

ΤΡΟΦΌΣ. —Casi tan viejo como la casa.

THE NURSE. —Ella se alegra, ve cómo el jardinero con una sonrisa los recibe.

ΤΡΟΦΌΣ. —Él no, él desconfía.

THE NURSE. —Y lo bien que hace. Una asada se le incrusta en el pecho. Ella grita, pero no lo suficiente como para detener el hacha que le arrebata el aire. Los niños corren. Los niños no comprenden, y el jardinero les deja correr. Nunca le cayeron bien los niños, pero sospecha que, si sobreviven, vendrán buscando venganza y es mucho más noble matar a quien busca venganza que a quien simplemente se debe matar.

Pequeña avalancha de bolsas. Tienen más cosas.

THE NURSE. —Deberíamos ir encendiendo el fuego.

Los perros ladran. Gran vendaval.

ΤΡΟΦΌΣ. —Seguimos nosotras. Nos transformamos en amas.
THE NURSE. —Pero no quisimos.
LA PONCIA. —Desde el comienzo lo quisimos.

Los perros ladran. The Nurse se trepa a una de las montañas de basura.

CUATRO / SOBRAS DE UNA TRAGEDIA

The Nurse desde lo alto de una montaña, le va pasando a sus compañeras bolsas que contienen riquezas. Simplemente las abren y van dejando a un costado.

THE NURSE. —Cae la noche en la ciudad, pero el cielo está encendido.
LA PONCIA. —El fuego consume la ciudad.
THE NURSE. —No va a quedar nada en pie.
ΤΡΟΦΌΣ. —No es posible dejar nada en pie. Apenas van a quedar algunas oraciones. Este es tu momento para que no se te acumulen las palabras, hablales.

ΤΡΟΦΌΣ y La Poncia se van detrás de las montañas. El crepúsculo se precipita y se adivina a lo lejos el fuego. The Nurse abre una bolsa, encuentra un corpiño fino de encaje.

THE NURSE. —Mis pechos se desarman. Quisiera alimentar a todas las ilusiones del mundo, pero mi pecho ya no da leche. Se disuelve, es carne lo que se puede consumir, carne líquida. El mundo arde y es amargo. Madres de hijos ajenos, prometen su cariño, alquilan sus abrazos. ¿Cuánto vale el amor de una nana? ¿Es el amor por dinero menos amor? Y lo pregunto porque veo una fila de mujeres cargando con hijos ajenos. Veo una fila de mujeres cargando con hijas ajenas. Veo una fila de mujeres con los brazos vacíos, los corazones tranquilos, pero los brazos vacíos. Veo amor pudoroso, porque recibe una paga y nadie comprende lo difícil que es amar en esas condiciones. Condicionado el corazón en una medida justa que permita alejarse cuando llegue el momento. Amor pudoroso. Una fila de mujeres con niños y niñas en brazos llevándolos al río, para ahogarlos como gatitos. Llorando en el camino de ida, llorando en el camino de regreso.

El fuego crece y se ve cerca. Los perros ladran de manera histérica. Dos montañas se derrumban. ΤΡΟΦΌΣ y La Poncia que estaban detrás de estas quedan al descubierto.

LA PONCIA. —No puedo verles, pero escucho sus pasos. Quizás nos perdonen la vida.

ΤΡΟΦΌΣ. —Ya no somos siervas, nuestras amas ya no están más. Este es el destino. Si no se es siervo, se está más cercano al enemigo.

THE NURSE. —Debe ser gente sensata.

LA PONCIA. —Podríamos hablar.

ΤΡΟΦΌΣ. —No aprendimos su lengua.

LA PONCIA. —Pero entienden la nuestra.

ΤΡΟΦΌΣ. —Entienden las ordenes. O quizás nuestra lengua sea la lengua de la orden.

LA PONCIA. —No debemos hablarles entonces.

THE NURSE. —Eso implicaría ignorarles.

ΤΡΟΦΌΣ. —Lo mejor que podemos hacer es abrazar nuestro destino.

La Poncia busca la escopeta.

LA PONCIA. —Vamos a montar guardia.

THE NURSE. —Estoy acostumbrada a no dormir, puedo cuidar la noche.

ΤΡΟΦΌΣ. —Ninguna de nosotras duerme.

LA PONCIA. —Qué condena... por fin va a servir para algo.

The Nurse saca una espada de un montón de basura, monta guardia. ΤΡΟΦΌΣ se sirve otra copa de vino. Otra montaña de basura se desmorona. Silencio. Extremo silencio. El cielo del atardecer arde.

LA PONCIA. —La empleada, la del comienzo.

ΤΡΟΦΌΣ. —Camina por la ciudad en llamas.

THE NURSE. —Se sorprende con el paisaje.

ΤΡΟΦΌΣ. —Desde que no trabaja no puede reconocer las horas del día.

LA PONCIA. —Sigue durmiendo poco, se despierta sin reloj.

ΤΡΟΦΌΣ. —Toma un desayuno modesto.

THE NURSE. —Modesto es una manera poética de llamar al desayuno insuficiente.

LA PONCIA. —Desde la puerta ve como sube al cielo una columna de humo.

ΤΡΟΦΌΣ. —Ahí donde la columna de humo, alguna vez supo trabajar.

THE NURSE. —Se pregunta qué sentido tuvo todos estos años tallar los escalones para que el mármol se luciera.

ΤΡΟΦΌΣ. —Se pregunta qué sentido tuvo todos estos años garantizar que el sarro no se hiciera dueño del baño.

LA PONCIA. —Se pregunta qué sentido tuvo todos estos años pensar en algo así. Apoya la taza y no la lava, hoy va a tener el día libre.

ΤΡΟΦΌΣ. —Un día libre en medio del apocalipsis.

THE NURSE. —Pero ella camina.

LA PONCIA. —Aprovecha para caminar, pero no sabe que se cruzará con su agresor, el del comienzo.

ΤΡΟΦΌΣ. —No se van a reconocer, pero van a iniciar una conversación.

THE NURSE. —Y ya no sabremos más de ella. Porque así de injusto es, cuando comienza el conflicto de los siervos, terminan los relatos.

Se sirven de la basura cerveza. Ya no hay nada en sus ropas o accesorios que denoten que alguna vez fueron siervas.

LA PONCIA. —Está cayendo la noche.

THE NURSE. —¿Quieren que haga fuego?

ΤΡΟΦΌΣ. —No hace falta, esta noche no va a ser oscura.

THE NURSE. —Por lo menos la Nena no se nos murió. Al menos ella nos va a sobrevivir.

LA PONCIA. —Nadie merece el destino de ser un personaje. Estática para siempre, merced de los caprichos de la escena. Nosotras la expusimos para entretenimiento de nuestra conciencia, la convertimos en un personaje.
THE NURSE. —La chica que ayuda, que colabora en la obra.
LA PONCIA. —La Sirvienta, sierva, empleada.
ΤΡΟΦΌΣ. —La Doméstica, mucama, esclava.

CINCO / SOBRAS DE UN FINAL

La noche finalmente llega. El fuego ilumina el horizonte. El aire, es también humo.

ΤΡΟΦΌΣ. —En cualquier momento nos alcanza el fuego.
THE NURSE. —Puedo distraerlos y escapamos. No quiero morir, no sé qué hay del otro lado de la muerte. No podría soportar morir para descubrir que jamás existí.
ΤΡΟΦΌΣ. —¿Y escapar dónde? No hay donde ir, ni cómo escapar de nuestra condición. Existen en tanto las mire alguien. Si por algún motivo todos los ojos que nos miran parpadearan al unísono, dejaríamos de existir brevemente. Van a morir...
LA PONCIA. —Metafóricamente.
ΤΡΟΦΌΣ. —Metafóricamente es también literalmente para ustedes. Las envenené. Mi ama sabía de pócimas, difícil es que el esclavo no aprenda de su amo.

Se escucha a los perros ladrar y aullar.

LA PONCIA. —*(Mira el chorizo que está comiendo.)* Hija de puta...

ΤΡΟΦΌΣ. —Es por su bien. Piénsenlo así, su existencia tiene un fin. No están condenadas a desvanecerse, desaparecen existiendo. No se me ocurre mejor regalo. Desde el comienzo está corriendo el veneno por su sangre.

THE NURSE. —¿Solo en nosotras?

ΤΡΟΦΌΣ. —El veneno corre también por mis venas. Voy a tener un poco más de aliento para un breve epílogo.

El fuego se acerca y el humo impide ver con claridad.

LA PONCIA. —Están llegando.

ΤΡΟΦΌΣ. —Yo intenté advertirles.

LA PONCIA. —Sabías desde el comienzo que todas íbamos a morir.

ΤΡΟΦΌΣ. —Desde el primer acto. Los perros estaban particularmente nerviosos hoy. No se puede asumir una peripecia sin consecuencias de este tipo.

LA PONCIA. —¡Griegos de mierda! ¡Aristotélica del orto!

THE NURSE. —No siento los pechos.

ΤΡΟΦΌΣ. —Se van a ir durmiendo. Plácidamente van a dormir. No habrá dolores.

LA PONCIA. —Griegos de mierda. Yo no me quiero morir. No pienso darte con el gusto.

ΤΡΟΦΌΣ. —No hay opción.

LA PONCIA. —Seguiré hablando y hablando.

La Poncia toma la escopeta y se sienta en su mecedora. Apunta a ΤΡΟΦΌΣ. ΤΡΟΦΌΣ se adelanta y apoya la escopeta en su pecho.

ΤΡΟΦΌΣ. —No hay balas.

La Poncia aprieta el gatillo. No se dispara. Deja la escopeta a un costado.

THE NURSE. —En las ciudades las estrellas se apagan. Ya no podremos conocerlas...

ΤΡΟΦΌΣ. —*(Interrumpiendo.)* En las ciudades las estrellas se apagan. Sobre nuestras cabezas nunca hubo estrellas. El afuera se parece cada vez más a este adentro. Ya no tiene sentido hacer más.

THE NURSE. —No siento las tetas.

ΤΡΟΦΌΣ. —Es el veneno.

THE NURSE. —¿Cuánto me queda?

ΤΡΟΦΌΣ. —Muy poco.

LA PONCIA. —No siento las tetas.

ΤΡΟΦΌΣ. —Es el veneno.

LA PONCIA. —¿Cuánto me queda?

ΤΡΟΦΌΣ. —Muy poco.

LA PONCIA Y THE NURSE. —¡No me quiero morir!

ΤΡΟΦΌΣ. —Yo en cambio sí quiero morir. Me parece tan poético. Morir, que los vivos sientan apenas algo de envidia porque efectivamente yo sabré o no, si hay algo después de callar. Si los religiosos creyeran profundamente en la vida después de la muerte no rezarían tanto. Los ateos en cambio, no temen a la muerte, saben que no existe nada después del último suspiro, pero albergan la esperanza, secreta esperanza de que (muy científico claro) la conciencia se extienda más allá de la ausencia de pulso.

LA PONCIA. —Quiero que me cremen, y al viento corran mis cenizas.

THE NURSE. —¡No quiero morirme!

LA PONCIA. —Y al viento toquen la cara de la virgen en una peregrinación. Que llegue al río. Que me coma un pez. Y nadar. Nadar río arriba.

THE NURSE. —¡No quiero morirme!

LA PONCIA. —Y si me alcanza la mano del hombre, me sirvan en una mesa, en platos grandes.

THE NURSE. —¡No quiero morirme!

LA PONCIA. —Y me acompañen con vino.

THE NURSE. —¡No quie... ¡Vino! Tengo la boca seca, quiero tomar algo.

La Poncia saca de su escote una botella de vino. Mete la mano entre sus ropas y saca tres copas. Sirve vino con destreza, le da una copa a cada una.

LA PONCIA. —*(A ΤΡΟΦΌΣ.)* Es tu última oportunidad para darnos un antídoto.

ΤΡΟΦΌΣ. —No existe antídoto posible.

THE NURSE. —¡Que pueblo trágico que son!

LA PONCIA. —¡Salud!

ΤΡΟΦΌΣ. —¡Salud!

THE NURSE. —¡Salud!

Las tres beben el vino de un solo trago. El fuego se adivina cada vez más cerca.

LA PONCIA. —¿Cuánto nos queda?

ΤΡΟΦΌΣ. —Una o dos pausas.

THE NURSE. —Me agarró un hambre... esto de morir...

LA PONCIA. —Por algún lugar debe quedar un resto de comida. Yo ya no siento el estómago. Pero siento la necesidad imperiosa de gritarle a la chiquita esa... nos traicionó.

ΤΡΟΦΌΣ. —Nosotras mismas nos traicionamos. No se puede abolir la servidumbre teniendo una sierva, así como no se puede admirar un animal matándolo. O en todo caso, si es posible admirar un animal matándolo, debemos aceptar entonces que ese animal nos mate si encuentra oportunidad.

THE NURSE. —Esa chiquita para no traicionarnos debía traicionarse... la entiendo.

ΤΡΟΦΌΣ. —Les queda una pausa, ya hiciste una.

THE NURSE. —¿Alguna vez les conté de mi marido? Cuando murió nuestra Susana fue una pena muy honda la que sentimos. Pero mis tetas no se dieron por enteradas. Seguían produciendo leche suficiente para alimentar otros niños. Pero la dulzura de una hija propia succionando es indescriptible, aunque parta en cien pedazos el pezón, es una caricia. Bah, a mí me gusta la maternidad.

ΤΡΟΦΌΣ. —Por más que hables va a ser inevitable la llegada de la próxima pausa.

THE NURSE. —No te preocupes, no es por eso que hablo. Hablo porque necesitaba decir una vez más el nombre Susana, siempre dije el nombre de otra niña, velé por el sueño y por la ausencia del sueño de otra niña. Quiero que se me recuerde como la madre de Susana.

ΤΡΟΦΌΣ. —Quiero que se me recuerde de alguna manera. Pero no va a pasar.

LA PONCIA. —Tan insignificantes...

De a poco, The Nurse y La Poncia comienzan a sentir el veneno haciendo efecto. La Poncia se recuesta sobre su mecedora y abre un abanico que acomoda dignamente. The Nurse huele el pedazo de chorizo que tiene en la mano y sonríe, relajándose completamente. ΤΡΟΦΌΣ avanza. El humo consume el basural. Es momento del breve epílogo.

EPÍLOGO / SOBRAS DE ESTA OBRA

ΤΡΟΦΌΣ en medio del basural. Los cuerpos de sus compañeras descansan plácidamente.

ΤΡΟØΌΣ. —Por costumbre solemos respetar más a un cadáver que a un cuerpo vivo. Por costumbre nomás, asoma en todos nosotros una suerte de unidad en la muerte. Los finales de una vida rara vez son satisfactorios, usualmente son aburridos. Cualquier final deja detrás de sí cadáveres. Yo resigno mi muerte, para poder brindar un final... no es posible liberarse sin esclavizar. No es posible

Aparece la Empleada Extranjera con un cuchillo en la mano. Se acerca despacio a ΤΡΟΦΌΣ y sin que esta se dé cuenta, le corta el cuello.

ΤΡΟØΌΣ. —Ay, la interrupción. La más violenta de... *(Muere sin estruendo.)*

La Empleada Extranjera arrastra a ΤΡΟΦΌΣ al lado de sus compañeras. Se dirige al público por primera y última vez.

EMPLEADA EXTRANJERA. —Ña ñe›eī ne idomape na che inmportai la na che entendeiro.
Pe maña che rehe kiririhape la ha'ea
Na ña ñei guie a lo mejor javeve ramo'a.
Nda ña nde libresey guie.
Nda jarekoi ramo'a esclavoicha avavepe.
Pe unica liberta hembyva ñandeve jaiparavo petei momento ñamano hagua, ha nda jaipurui upe liberta hembyva
Pemboty pende resa ha a mano.

La Empleada Extranjera desaparece detrás del fuego. Una sombra que puede ser un ave desorientada o un carro impulsado por dragones alados atraviesa el cielo en el horizonte. El fuego cesa, la oscuridad es total.

FIN

ÓSJAR NAVARRO CORREA

LA PERSISTENCIA DE LOS GRILLOS

SKATEPARK

431

MENDOZA

Ósjar Navarro Correa nació en Mendoza, en 1969. Es titiritero, director y escritor. Becario del FNA, Argentores y el Instituto Nacional del Teatro. En poesía recibió distinciones por *Órganos sutiles, Declives* y *Turbulencias*. Edita de manera independiente los poemarios *Cápsula, Planicie amorfa* y *Superpúmbeo*. En dramaturgia recibe distinciones por *Pajarito* (1º premio INT 2011), *Epitafio* (FNA 2017) y el 1º premio del Certamen Literario Vendimia (Ministerio de Cultura y Turismo de Mendoza) por *Destacamento, El río posible* y *Epitafio*. En 2019 escribe y dirige *La persistencia de los grillos* que representa a la provincia en la 34º Fiesta Nacional del Teatro. Dicta talleres y seminarios de escritura teatral, teatro de títeres y dirección escénica.

LA PERSISTENCIA DE LOS GRILLOS

PERSONAJES

CAROLINA
ROSA
JORDÁN

Una larga pared de adobe ocupa el fondo de la escena por sobre la cual sobresalen frondosas parras cargadas con racimos de uva. A derecha, oscuro, el inicio de un viñedo. A izquierda, una puerta abierta que da a la casa. La puerta tiene una cortina de tiritas de plástico rojas, desgastadas, y a través de ella llega al patio una luz desde su interior. En mitad del espacio, contra la pared, una mesa con mantel de hule. Justo arriba, enredado entre unas ramas, cuelga un cable con un portalámparas. Sobre la mesa un radiograbador. Adelante, una máquina de afilar, de caños herrumbrados. Junto a esta, en el piso, un paño oscuro donde hay cuchillos y tijeras de varios tamaños. Una caja de madera con herramientas. Es de noche, pleno verano, en Colonia Segovia, Mendoza. Un persistente sonido de grillos.

ESCENA 1

Cerca del viñedo, Carolina, travesti de 34 años, mira la luna. Tiene la piel muy blanca, usa un solero negro de jersey ajustado a un cuerpo pequeño pero fornido, grueso. Calza unas sandalias plateadas de tacos altos y una diminuta cartera color fucsia. Fuma un cigarrillo y se acaricia

el cuello transpirado. Tiene el pelo semicorto teñido casi de naranja, pastoso, seco. Camina en círculos en un espacio muy pequeño sin dejar de mirar la luna. Juega girando una de sus muñecas haciendo sonar sus pulseras de metal.

CAROLINA. —¡Caló del orto! *(Pausa.)* Me asficia. *(Suspira hondo y exhala sonoramente. Como un quejido...)* Lo que má me gusta é ese sonido, ¿vite? *(Se apoya contra la pared y sigue mirando hacia lo oscuro. Pausa.)* Lo grillito que tocan el violín. *(Escucha. Suspira.)* ¡Má lindo son! ¿Lo ecuchá? *(Pausa. Los grillos persistentes.)* ¿Lo ecuchá? *(Girando la cabeza grita.)* ¿Lo ecuchá lo grillito?

ROSA. —*(Entrando con un triciclo de plástico que deja junto a la mesa, sin mirarla.)* ¿Qué lo que decí? *(Es morocha, delgada, el pelo negro atado en una cola. Lleva ojotas azules y un vestido ancho estampado. 30 años.)*

CAROLINA. —*(Con fastidio.)* ¡Nada! *(Pausa.)* Qué si tá contenta que te vine a visitá. ¡Porque si epero que vó te tomé el micro... vó hata mi casa... no sé! Ió no aguanto tanto tiempo sin verla a la Ioana.

ROSA. —*(Sacando de un bolsillo una cinta de papel para regalo.)* Sí, pero iá te dije que me tené que avisá ante de venite. *(Se agacha junto al paño y tomando una tijera la examina.)*

CAROLINA. —¿Y te hago señale de humo? ¡Si ni celulá tené! ¿Cómo te aviso?

ROSA. —*(Eligiendo otra tijera.)* La Ioana ia ta má grande. Va a la guardería. Tiene que hacé lo debere.

CAROLINA. —*(Poniéndose las manos en la cintura.)* É verano. Etamo en vacacione. Y lo niño de tré año no hace debere.

ROSA. —*(Mirándola.)* ¡Igual! ¡Vó me tení que decí ante que vengá y lito! Si no, ni vengá.

CAROLINA. —¡Te hacé la moquita muerta vó, ah! ¡Pero bien afilada que tené la uña! *(Se acerca al triciclo.)* Por mí... reventáte si queré. Ió vengo pa vé a mi ahijada.

ROSA. —*(Desenredando la cinta.)* Si, ajá. ¡A tu ahijada! Y dencima te aparecí así, todo difrazao. Iá te dije ió.

CAROLINA. —Si no te guta lo que vé, mirá pa otro lao. Me chupa un güevo. *(Enciende un cigarrillo.)* Bien que vá tené fló de regalo la niña. *(Pausa. Pita y camina hacia el viñedo. Se detiene y apunta con su dedo.)* Y iá sabé vó que nunca... ¿ecucháte bien?... nunca viá dejá a la niña sola. Lo que necesite, ió se lo doy.

ROSA. —¡No necesita nada túio mi hija!

CAROLINA. —*(Arroja el cigarrillo, se acerca furiosa y se detiene frente a ella con las manos en la cintura.)* ¡El triciclo necesita! *(Golpeándose el pecho mientras suenan sus pulseras.)* ¡Ió se lo compré! ¡Porque é mi aijada, sabé! ¡Sobrina y ahijada!

ROSA. —*(La mira haciendo una mueca de asco.)* Un padrino necesita la Ioana.

CAROLINA. —*(Desafiándola.)* Ahora tiene dó madrina. La Mirta y ió. *(Pausa.)* Le anda faltando el padre nomá. *(Sonríe.)*

Pausa larga.

ROSA. —*(Incorporándose, irritada.)* ¿Sabé qué?

CAROLINA. —¿Qué... a vé?

ROSA. —¡Voy hablá con un jué!¡Iá toy podrida desto!¡La semana que viene me voy al juzgao y lito!

CAROLINA. —*(Se acomoda un bretel.)* Dale. Ió te acompaño. *(Pausa. Grita.)* ¡Así hablamo la dos!

ROSA. —¿Y qué tení que hablá vó, ah?

CAROLINA. —¡Ah, cosa que vó no querí ver!
ROSA. —¿Qué cosa é lo que no veo, ah? *(Pausa.)* ¡Bien clarito te veo a vó, siempre con intencione rara! *(Mordiendo las palabras.)* ¡Te voy hacé recagá mierda!

Pausa tensa. Carolina adquiere una actitud masculina, separa sus piernas mientras se quita los aros y retrocede un paso. Rosa está rígida, suelta la cinta que cae y aprieta en su puño la tijera. Sin mirar sus pies, se quita las ojotas. Apoya pausadamente sus plantas sobre la tierra. Se observan en silencio. El maullido de unos gatos sobre el techo que se corretean y desaparecen. Un sonido grave, como de tractor o camioneta, se escucha a lo lejos. Ambas miran hacia la puerta. Carolina mira el triciclo, y con un pie lo empuja hacia adelante.

CAROLINA. —Dale. *(Pausa, Se coloca los aros, sin mirarla.)* Ponéle la cinta y el moño ahí, ¿vé? En el manubrio. *(Se da vuelta y camina hacia el interior.)* Voy hacé el clericó pa mañana y me tomo algo fresco. ¡No doy má de la caló! *(Deteniéndose en el umbral, jugando con las tiritas de la cortina.)* ¿Vo querí?
ROSA. —*(Recoge la cinta.)* ¡Dejá el yelo pa mañana!

Carolina desaparece y Rosa se queda en silencio. El sonido del vehículo se vuelve más perceptible. Con las manos en los bolsillos va lentamente hacia el inicio del viñedo y escucha a los grillos. Tiempo. De pronto arroja con furia la tijera hacia la oscuridad. El sonido de grillos se detiene. Se saca la traba que le ata el pelo, se lo acomoda estirándolo hacia atrás y vuelve a colocarse la traba. El vehículo se acerca estruendosamente, como un seco ruido de chapas que se golpean, y de pronto el motor se apaga. Rosa tiene la cara transpirada y se la seca con el dorso de

las manos mientras va hacia el grabador, extrae un casette que lee y lo vuelve a colocar. Aprieta play. Suena "Dónde, dónde" de Gilda. Escucha un rato con los brazos cruzados. Camina hacia la puerta y mira hacia adentro sigilosamente, corriendo levemente algunas de las tiritas. Va hacia el triciclo, lo toma, lo mira con amargura.

ROSA. —*(Ingresando con el triciclo.)* ¡Puto é mierda!

ESCENA 2

Trabajando en la máquina de afilar Jordán, 66 años, piel cetrina, ojos oscuros, lleva un pantalón deportivo corto y el torso desnudo. Prominente vientre. En la cabeza una gorra con visera de un azul gastado y sucio. Concentrado en su tarea sobre la afiladora que arroja chispas se detiene y mira a Carolina que ingresa.

JORDÁN. —Hacéme uno, con yelo. No se aguanta la caló. *(Pausa. Se seca el sudor de la frente con el brazo.)* Repesao etá.
CAROLINA. —*(Yendo hacia la mesa donde hay una botella de vino, un sifón y vasos.)* ¡Ah, mi amó, sin yelo nomá! Hay que dejálo pa mañana dice la Rosa. *(Echando un largo chorro de soda en un vaso.)* Odio la caló. *(Echa vino en el vaso y bebe un trago.)* Con yelo sería otra cosa. *(Echa más.)*
JORDÁN. —*(Dejando el cuchillo y tomando otro más fino lo examina.)* ¡No te lo tomí todo pué! *(Se acerca a ella y groseramente le quita el vaso.)* ¡Traé! *(Bebe.)*
CAROLINA. —¡Ay, güeno, pero no seá bruto che! *(Revisando sus pulseras.)* ¡Me la vá rompé toda! *(Le pega un manotón en la espalda.)*
JORDÁN. —*(Bebiendo de un solo trago.)* ¡Tomá, hacéte otro!

Carolina toma el vaso. Jordán va hacia el grabador e intenta sintonizar una emisora de radio. Unos perros ladran lejanos. El sonido de los grillos permanece constante. Carolina acerca a su cara el pico del sifón de soda y se echa líquido en la boca. Jordán se detiene en una emisora que transmite un partido de fútbol; sube el volumen y mirando el aparato escucha atentamente. Carolina lo sigue atentamente con la mirada, inmóvil.

JORDÁN. —*(Sin mirarla.)* Sigo eperando. *(Ella toma el sifón y apuntándole lo moja con largos chorros de soda.)* ¡Eh...! ¿Qué lo que hací? *(Se abalanza y trata de sacarle el sifón. Ella se resiste y ríe a carcajadas.)* ¡Dame eso te digo pué!

CAROLINA. —*(Resistiéndose.)* ¡Ah..no é que tenía caló el vago! ¡Y güeno... mojadita no viene mal! *(Pausa.)* Se ve que tá muy caliente vó.

JORDÁN. —*(Atrapándola por atrás le quita el sifón y lo deja sobre la mesa sin soltarla. Susurrando.)* ¿Así que vó creí que toy caliente ió? ¿Ah? *(Forcejean.)* ¿Eso creí? ¿Ah? ¿Qué toy muy caliente?

CAROLINA. —¡Shhh! *(Ambos miran hacia el interior, mientras él aprieta su cuerpo contra el suyo.)* ¡Shhh! *(Ríe tapándose la boca.)* ¡Só un negro calentón!

JORDÁN. —*(Bajándole los breteles del solero.)* ¡E que vó me poné así! *(Ella juega a resistirse aún.)* Me vení a calentá, ¿no?

CAROLINA. —Nada que vé, nene.

JORDÁN. —¿Qué... no te guta que me ponga así caliente? *(Le baja la parte delantera del solero y acaricia el pecho plano de Carolina.)* ¿No te guta que me ponga caliente así, ah? Y que te toque la tetita... así... *(Ella se deja acariciar.)* así... ¿ah?

CAROLINA. —Sí, me guta. *(Arquea su cuerpo. Él la besa en el cuello y la aprieta contra sí, llevándola hacia la pared.)* Sí, me guta que

te poné así, mi amó... Tocáme... *(Le toma las manos a Jordán y manipulándolas se las pasa por todo el pecho.)* Así... así... ¿Cuándo me haga la lola...no vamo a rajá junto, Jordán?

JORDÁN. —*(Con la espalda apoyada en la pared y bajándole el vestido sigue apretándola contra sí.)* ¡Má vale! *(Pausa.)* Cuando te hagá la teta te la chupo toda, putito.

CAROLINA. —*(Deteniéndose bruscamente empuja las manos de Jordán.)* ¡Salí!

JORDÁN. —*(Insistiendo.)* ¡Vení, vení...!

CAROLINA. —¡No! *(Hace fuerza para zafarse.)* ¡Soltáme te digo, negro culiao!

JORDÁN. —¡Shhh! *(Mira hacia el interior.)* ¡No seá mala, vení, quedáte! ¿Qué lo que te pasa ah? *(La suelta. Ella va hacia la mesa.)* ¡Decí que lo que te pasa pué!

CAROLINA. —*(Con la cabeza señalando la puerta.)* ¡Nada me pasa! ¡Nada! *(Echa soda en un vaso y bebe.)*

JORDÁN. —*(Frotándose la entrepierna.)* ¡Mirá cómo me la poné!

CAROLINA. —*(Apagando la radio.)* Éto me pone triste. *(Bebe.)* Me hace acordá al papi que siempre ecuchaba lo partido acá en el patio. *(Enciende un cigarrillo. Jordán se introduce un poco en el viñedo y casi en la oscuridad, de espaldas, orina. El ruido del chorro que cae sobre los arbustos detiene el sonido de los grillos.)* ¿Jordán?

JORDÁN. — *(Mientras orina.)* ¿Ah?

CAROLINA. —Si ió soy putito... ¿vó que só, ah?

Tiempo. Jordán termina de orinar. Carolina se mira el pecho y se acaricia suavemente y con lentitud se acomoda uno de los breteles en el hombro. Jordán escupe y se acerca. Carolina apaga el cigarrillo con su zapato. Mira fijamente a Jordán. Rosa, en el umbral de la puerta, se asoma, toma

un puñado de tiritas de la cortina y las retuerce con furia. Desaparece. Carolina le arroja el contenido del vaso a Jordán. Este se detiene. Respira profundo y se acerca más. Ella, sin mirarlo, acomoda el otro bretel sobre el hombro. Él la toma del mentón. Se miran fijamente. Tiempo. Los grillos desde el viñedo. Ladridos lejanos.

JORDÁN. —Vó só el putito...y ió soy el que te rompe el culito.

Carolina intenta darle una cachetada pero él le toma el antebrazo, se acerca, la mira largo tiempo y luego la besa. Ella lo toma del cuello con las dos manos. El triciclo atraviesa la puerta y cae estrepitosamente en el piso.

ESCENA 3

Carolina junto al viñedo mira la luna. Sonido de grillos. Aplasta con su mano un mosquito que le pica en el hombro.

ROSA. —*(Desde adentro, grita.)* ¡Hijo é puta, salí de acá! ¡Andáte e mi casa iá! ¡Vó y ese puto maldito! ¡Vaiansé!
JORDÁN. —¡Caiáte iá!

Sonido de una silla que cae, utensilios metálicos que chocan contra las paredes o caen al suelo. Carolina enciende un cigarrillo. Pita pausadamente y mira el humo que exhala.

ROSA. —¡Soltame, basura! ¡Soltame!
JORDÁN. —¡Cerrá la jeta, mierda!

Adentro alguna cosa de vidrio se rompe.

ROSA. —¡Dejáme te digo! ¡No! ¡No!

Tiempo. Jordán sale exaltado. Adentro Rosa llora a gritos. Jordán escupe y va hacia el paño que está en el suelo. Elije un cuchillo, mide el filo pasándole la punta del dedo. Mira hacia el interior. Carolina lo mira brevemente. Él se acomoda frente a la máquina, pedalea y comienza a afilar. Saltan chispas. El sonido de los grillos se detiene.

CAROLINA. —*(Secándose el sudor del cuello con las manos.)* ¡Qué caló del orto! *(Pausa.)* Lo grillo se caiaron todo. *(Mirando al cielo.)* Capá que tiembla.

ESCENA 4

En el radiograbador suena ahora la canción "Tan bonita pero muy celosa" de Miguel Conejito Alejandro. Carolina adorna con cintas el triciclo que está sobre la mesa. Rosa, cuelga guirnaldas en las paredes, trasladándose con una banqueta. Jordán, cerca del viñedo, pica un trozo grande de hielo colocado en un balde con un cuchillo fino, de rodillas.

JORDÁN. —¡Pucha madre! *(Sigue picando.)* ¡Pero...que lo parió!

Carolina se aleja para observar su trabajo. Comienza a bailar. Rosa la mira, va con la banqueta hacia otro lugar, se sube y sigue colgando guirnaldas.

JORDÁN. —*(Picando.)* ¡Pero me cago en la mierda! ¡Ta reduro eta bosta! *(Cambia de posición.)* ¡Bajá eso! *(Pica el hielo.)*

CAROLINA. —*(Bailando más frenética.)* ¡Ay que amargao...! ¡Tamo preparando una fiesta no un velorio! ¡É el cumple de mi Ioana... tiene que tá todo divertido, con música, pa que la niña la pase lindo! *(A Rosa.)* ¿O no Rosa, que hay que etá alegre? *(Rosa no la mira.)* Bué.. a quién le vengo a preguntá... *(Sigue bailando.)*

Rosa mira cómo han quedado las guirnaldas. Toma un vaso y le coloca vino y soda. Se acerca a Jordán que sigue picando. Junto a él, lo mira hacer. Carolina baila y los mira. Rosa se agacha y pasando la mano suavemente por la espalda de Jordán le acerca el vaso. Él clava el cuchillo con fuerza, echa un poco de hielo en el vaso y lo revuelve. Rosa lo toma del mentón y atrayéndolo lo besa. Carolina se detiene. Jordán bebe un sorbo. Rosa toma un poco de hielo y se lo pasa por el pecho a Jordán. Ella vuelve a besarlo. Carolina busca su carterita, saca un cigarrillo y lo enciende. Acaricia el triciclo. Rosa y Jordán se incorporan, besándose, abrazados. Carolina los mira. Rosa se aparta, va hasta el grabador y cambia la música. Ahora suena "El bombón asesino" de Los Palmeras. Carolina se entusiasma, toma de la mano a Rosa y juntas bailan provocativamente. Jordán las mira. Ellas se acercan, lo invitan e inician una danza de a tres, los cuerpos muy cercanos y pegajosos. De pronto Rosa aparta de un empujón a Carolina, toma a Jordán de las manos, lo mira fijamente y bailando lo conduce hacia el viñedo. Antes de desaparecer mira a Carolina y sonriéndole, la saluda con la mano. Tiempo. Carolina aplasta el cigarrillo con su zapato. Mira largo rato hacia el viñedo, estática. Se cubre el rostro con las manos y llora. Apaga la música. Silencio. Una suave brisa mueve las hojas del parral y las guirnaldas. Lentamente camina hacia el interior. Se detiene en el umbral cuando suena su celular que extrae de la cartera y atiende.

CAROLINA. —¿No te dije que te iamaba ió, ah? *(Pausa.)* ¡No! *(Pausa.)* ¡Sí, sí! *(Pausa.)* Quedáte ahí. Vó aguantáme nomá. *(Pausa.)* No, te dije. *(Pausa.)* Sí, tan los dó acá. *(Pausa.)* ¡Que etá la Rosa también! *(Pausa.)* ¡Ió sé lo que hago, no te metá! *(Pausa.)* Ecucháme Futre... No me iamé má, y eperá ahí hata que vaia la Mirta o te mando mensaje. Corto. *(Corta. Va hacia el viñedo y apoyándose contra la pared observa largo tiempo hacia la oscuridad. Desde lejos, apenas audible, jadeos y gemidos.)*

ESCENA 5

Jordán de pie mira hacia el viñedo mientras se rasca el vientre y escucha el sonido de los grillos. Rosa junto a la mesa prepara vino y soda. Desde el interior ingresa Carolina y se detiene en el umbral, enredada entre las tiritas de la cortina. Mira un momento y avanza hacia la mesa donde deja la cartera y luego hacia el balde. Lleva un short corto y ajustado de jean desflecado, con el torso desnudo y descalza. Rosa la mira atravesar el patio hasta llegar al balde y provocativamente agacharse frente a Jordán para extraer un poco de hielo y llevárselo a la boca.

CAROLINA. —¡Caló del orto! *(Escuchando.)* ¿Suena lindo lo grillito, no, Jordán? *(Suspira. Jordán la mira. Rosa se acerca con el vaso.)*
ROSA. —*(A Jordán.)* Tomá.
JORDÁN. —*(Mirando el vaso.)* Ponéle yelo.
ROSA. —Ahí lo tení al yelo.
CAROLINA. —*(Poniendo en el vaso un trozo de hielo.)* Tomá. Acá tení.
ROSA. —¿Y por qué te quedá así sin una blusa puesta, vó? ¿O una remera? ¿Ah?
CAROLINA. —*(Sin mirarla y tomando otro trozo de hielo.)* Hace caló.

ROSA. —¡No quiero que andí por mi casa así toda en bola!

CAROLINA. —*(Mirando a Jordán mientras se acaricia el pecho.)* Ah... ¿vó decí con toda la teta al aire? *(Ríe; él se contagia.)*

JORDÁN. —*(Yendo hacia la máquina de afilar, a Rosa.)* Dejáte rompé lo güevo vó.

ROSA. —*(Siguiéndolo.)* ¡No lo quiero verlo así!

JORDÁN. —*(Grita.)* ¿Así cómo? *(Ella se detiene y baja la vista.)* ¿Cómo, ah? *(Pausa.)* ¿No ví que hace caló? *(Pausa. Señalando a Carolina.)* ¿No ví que é el Carlo? ¡Dejáte é güevada iá!

CAROLINA. —*(Arrojando con furia el trozo de hielo a Jordán que lo esquiva.)* ¡Carolina! *(Grita.)* Carolina, ¿entendí? ¡Ió me iamo Carolina, la concha e tu madre!

ROSA. —*(Interponiéndose.)* ¡Entonce hablá como una mujé, mierda! ¡La boca que tení! ¡Si te viera el papi se moriría!

CAROLINA. —Iá se murió. *(Pausa, avanzando hacia ellos.)* Y no se murió por verme a mí. Se murió por verte a vó. *(Pausa.)* ¿No, tío?

ROSA. —¡Caiáte, puto! *(Se agacha y toma sin mirar un cuchillo del paño.)* ¿A qué vinite, ah? ¡Decí! ¿A qué? *(Jordán le toma el brazo y le saca el cuchillo.)* ¡No, dejáme! ¡Dejáme!

JORDÁN. —*(Tironeándola grita.)* ¡Güeno..., báta mierda! *(Amaga con el puño cerrado.)* ¡Te va ligá otro bofetón, la puta madre! *(Rosa se cubre el rostro y retrocede un paso.)* ¡Dejá e rompé la bolas iá te dije y se acabó, mierda! *(Apuntando con el cuchillo a Carolina.)* Y vó cortála o te mandá mudá iá mismo. *(Arroja el cuchillo sobre el paño y velozmente ingresa a la casa.)*

CAROLINA. —*(Sin inmutarse, a Rosa.)* ¡Qué pedazo é güevona! Lástima me dá. Todavía te sigue cagando a palo. *(Rosa en un gesto intenta avanzar pero se detiene.)* ¿Qué? *(Pausa tensa.)* ¿Qué? ¿Me querí pegá?

ROSA. —¡Puto é mierda! ¿Qué lo que querí, ah? ¿Tá caliente vó? ¡Andá bucáte un macho aiá lejo, acá no!

CAROLINA. —*(Va hacia la mesa.)* Ahora me quedó acá. Má seguro. Si no te guta, ni me miré ni me hablé. *(Toma un poco de soda del pico del sifón.)* Y acordáte que ese macho lo tuve ió má ante que vó. ¿O no te acordá? *(La mira esperando una respuesta. Rosa baja la vista.)* ¿No te acordá cómo fue que lo tuve? *(Pausa.)* ¿No te acordá cómo fue que lo tuvite vó? *(Pausa.)* ¿Ah?

ROSA. —Ió no me acuerdo e nada. Ni me importa, ¿sabé? Lúnico que quiero é que te vaiá y me dejé tranquila con mi vida. En la túia no me meto ió. Pero dejáme tranquila.

CAROLINA. —Iá me fui un tiempo pero ahora voy a volvé, me parece. Me encanta lo grillito, ¿ecuchá? *(Va hacia el viñedo.)*

ROSA. —Si vó te ví me voy ió. Me voy a la mierda con la Ioana.

CAROLINA. —Entonce mejó, me quedo. Lo que má quiero é que la nena ande bien lejo de acá. *(Introduciéndose en la oscuridad.)* Iá me meo. *(Desaparece mientras el sonido de los grillos se detiene.)*

Rosa se quita con rabia la traba del pelo, lo estira hacia atrás con las manos, forma un rodete y vuelve a colocarse la traba. Con la yema de los dedos se seca lentamente el sudor de la cara. Observa las guirnaldas, acerca una silla y reacomoda una. Luego se sienta y queda pensativa. Ingresa Jordán que va directamente a la máquina de afilar. Lleva puesta una camisa gris. Ella lo sigue con la vista.

JORDÁN. —*(Buscando entre los cuchillos que están sobre el paño.)* ¿El del mango marrón?

ROSA. —Ió que sé. ¿No é ese que etá con el yelo?

JORDÁN. —*(Mirando.)* No. *(Sigue buscando.)* Uno chiquito así.

ROSA. —No sé entonce.

JORDÁN. —Puta madre.

Tiempo.

ROSA. —¿Qué dijo la Ioana cuando la dejáte en la Mirta?

JORDÁN. —No dijo nada.

ROSA. —¿Nada?

JORDÁN. —*(Tomando un cuchillo, lo mira, pasa el dedo por el filo, lo escupe.)* No. *(Se acomoda sobre la máquina, pedalea y va colocando en la rueda el cuchillo. Saltan chispas.)*

ROSA. —*(Acercándose.)* Vamo a buscála.

JORDÁN. —*(Sigue afilando.)* No.

ROSA. —Dale, ieváme. En la camioneta etámo en un rato ahí.

JORDÁN. —*(Sigue afilando.)* No, dije.

ROSA. —Quiero verla.

JORDÁN. —*(Deteniendo su trabajo, la mira.)* Mañana.

ROSA. —Ahora quiero.

JORDÁN. —Primero me hinchá lo güevo con que querí darle una sorpresa, que se la ieve a la Mirta. Ahora que querí ir a buscala.

ROSA. —Sí, iá sé. Pero quiero verla.

JORDÁN. —Andáte caminando. Tengo que laburá ió. *(Vuelve a afilar el cuchillo.)*

ROSA. —*(Tironeándolo de la camisa.)* ¿No te preguntó una cosa que se ha olvidao?

JORDÁN. —*(Deteniendo bruscamente su trabajo grita.)* ¿Qué cosa?

(Rosa se aparta. Él continúa con su trabajo.)

Tiempo.

ROSA. —*(Caminando alrededor de Jordán, con los brazos apretándose el vientre.)* ¿Cómo no te preguntó nada, si sabé bien vó que no se vá dormí si no tiene la camperita roja, ah? *(Grita.)* ¿Dónde tá la niña?

JORDÁN. —*(Gira y le da una bofetada.)* ¡Caiáte, mierda!

ROSA. —¡No! *(Yendo hacia el interior.)* ¡Me voy a buscála ió!

JORDÁN. —¡Rosa, te quedá acá! *(La toma de un brazo, ella lo patea y desprendiéndose ingresa.)* ¡Concha e tu madre!

CAROLINA. —*(Ingresa alegremente desde el viñedo. Tiene puesta en la cabeza una corona hecha con hojas. Lleva una mano hacia su boca, la besa y extendiéndola hacia arriba la mueve con suavidad.)* ¡La Reina Nacional de la Vendimia! *(Jordán escupe el filo del cuchillo y lo coloca sobre la rueda que arroja chispas.)*

ESCENA 6

El patio está vacío. Desde el viñedo, el canto de los grillos. Por la puerta ingresa Carolina. Lleva ahora una musculosa amarilla muy ajustada. Aun lleva la corona hecha con hojas. Se dirige hacia la mesa. El maullido de unos gatos sobre el techo que se corretean y desaparecen la sobresaltan; se detiene un momento y observa. Busca con prisa su cartera, extrae el celular y marca. Alejándose hacia el viñedo.

CAROLINA. —Hola. *(Pausa.)* ¡Soy ió! *(Pausa.)* Sí, acá. *(Pausa.)* Güeno, ecucháme bien. *(Mirando hacia el interior.)* Decíle a la Mirta que iá. *(Pausa.)* Ahá... *(Pausa.)* Sí, calmáte, que ta todo bien. ¡No va meté la pata! *(Pausa.)* Sí, sí... iá te dije. *(Pausa.)* Má vale que sabe la Mirta. Vó buscála y te asegurá bien de todo, ¿ah? Seguíla todo lo que te diga eia que eia iá sabe. Y ecucháme, Futre... *(Acercándose*

hacia la mesa.) Desta salimo junto y vá ver vó cómo cambia todo. *(Pausa.)* ¡Má vale que te quiero! *(Pausa.)* ¡Te quiero! *(Hace sonar tímidamente un beso mientras mira hacia el interior.)* Futre. Cuidamelá que me muero si... *(Pausa larga.)* Sí. *(Pausa.)* Sí, iá sé...

ROSA. —*(Ingresando, calza zapatillas y tiene una camperita roja en la mano.)* ¡Vó!

CAROLINA. —*(Sobresaltada, apaga el celular y la mira.)* ¿Qué?

ROSA. —¿Qué lo que taba haciendo?

CAROLINA. —*(Mostrando el celular.)* Ah...nada. Sacando foto. Éte saca foto, ¿vite? Quedáte ahí que te saco.

ROSA. —Taba hablando.

CAROLINA. —¿Qué, me tas controlando vó? *(Le saca una foto.)*

ROSA. —*(Tapándose la cara por el flash.)* ¡Cortála che! *(Pausa.)* Acompañáme.

CAROLINA. —No, te dije. No quiero quilombo. Arregláte tu cosa vó con el Jordán. Tomá. *(Le pone el celular en las manos.)* Apretá acá y me sacá una foto... shhh... ¡Dale! *(Se aleja, adopta una pose cerca del viñedo. Rosa saca la foto y mira extrañada el aparato. Carolina acercándose.)* ¡A vé! *(Toma el celular, mira, larga una carcajada.)*

ROSA. —*(Sonríe un breve instante.)* Salí linda. *(Pausa.)* La Ioana se vá poné a iorá si no tiene su camperita. Vamo.

CAROLINA. —¡Con la caló que hace se va poné a iorá! É mejó que se quede eta noche en la Mirta. Pensá en la sorpresa. *(Avanza hacia el interior.)* ¡Decoremo la torta, vamo!

ROSA. —*(La toma de un brazo y la detiene.)* La voy a buscá a mi hija ió, pero te vení conmigo. *(Con rabia.)* ¡No te vá quedá acá sola vó!

CAROLINA. —*(Soltándose.)* ¡Soltáme!

ROSA. —*(La empuja.)* ¡Te vení te digo! *(El sonido de los grillos se vuelve estridente y agudo.)*

CAROLINA. —¿Tá loca vó? ¿Qué lo que te pasa, ah? *(Enfrentándola.)* ¡Te hago bosta enana culona! *(La empuja con fuerza y Rosa cae y busca en el suelo una piedra. La encuentra y la envuelve con la mano. Carolina la mira esperando alguna reacción. Tiempo. Va hacia el grabador y lo enciende. Suena la canción "Nena juguetona" de Miguel Conejito Alejandro.)*

ROSA. —*(Incorporándose.)* Dejálo tranquilo, puto.

CAROLINA. —*(Bailando.)* ¿Qué? ¿Ta preocupada porque me quede con ete viejo choto, ah? ¡No nena, te lo regalo! *(Ríe.)* Un viejo culiao que le pega a la mujere pelotuda como vó. ¡Eso é lo que querí vó, ah! Güeno... Iá te dije ió. Acá toy por la Ioana nomá. *(Baila.)* É su cumpleaño y hay que festejá.

ROSA. —¡Si tanto la queré a la Ioana, entonce acompañáme!

Carolina sube más el volumen, baila y dice no con la cabeza. Ríe. Cierra los ojos y contornea su cuerpo, como poseída por la música. Rosa la mira mientras se envuelve el brazo con la camperita. Ingresa Jordán que las mira un instante, escupe en el suelo y se dirige directo a la máquina de afilar. Trabaja. Las chispas saltan. Rosa baja la vista y retuerce con sus manos la campera. Mira a Jordán, mira a Carolina, mira hacia la puerta. Duda. Se muerde una uña. Mira al cielo. Una brisa mueve las hojas de la parra y las guirnaldas. Se persigna. Se acerca lentamente hacia Jordán. Se detiene y lo mira. Sale casi corriendo. Carolina que ha visto la salida de Rosa, se detiene, observa a Jordán un momento y sigue bailando. Cuando la canción termina ríe, agitada. Abre los ojos. Suspira feliz. Mira a Jordán. Va hacia la puerta y corriendo las cortinas mira hacia el interior. Va hacia la mesa donde tiene la cartera, saca el celular, envía un mensaje y lo guarda en su bolsillo. Se quita la corona de hojas y la deja sobre la mesa. El chirrido de la afiladora se mezcla con el sonido de los grillos. Ella

se sirve un poco de soda en un vaso y va hacia el viñedo. Mira al cielo. Jordán detiene la afiladora y busca en la caja de herramientas algo.

CAROLINA. —Seguro tiembla.

JORDÁN. —¿Qué só adivina ahora?

CAROLINA. —No, pero me doy cuenta. ¿Ecuchá lo grillito? *(Escuchan.)* Güeno, ahora etán cantando así má como... asustao, ¿vite? Como que dicen cuidao... cuidao... alguna cosa puede pasar, ¿vite?

JORDÁN. —Tá en pedo vó. *(Sigue buscando en la caja y en el paño.)* Puta madre.

CAROLINA. —*(Mirándolo.)* Boca sucia.

JORDÁN. —¿Vó agarráte un cuchío así chiquito con el mango marrón?

CAROLINA. —Sí. *(Va hacia la mesa y deja el vaso.)*

JORDÁN. —Hace como dó hora que lo busco. Iá te dije ió que no me toquí la cosas. Dameló.

CAROLINA. —Ay, güeno. ¡Qué caráter, che!

JORDÁN. —Dameló.

CAROLINA. —Vení búscalo. Lo tengo acá. *(Coloca una mano en un bolsillo trasero de su short, provocativamente.)* ¡Vení! *(Sonríe.)*

JORDÁN. —*(Mira hacia el interior y yendo hacia ella la toma de la cintura e intenta besarla. Ella corre la cara. Él le besa el cuello.)* Me recalentá vó. Vamo pal otro lao, vení.

CAROLINA. —No, no, no. Pará, pará. *(Ríe. Él intenta besarla. Suena el celular. Jordán la mira. Ella lo aparta y se aleja mientras saca el celular. Atiende.)* Hola. *(Jordán se sirve soda y bebe.)* Sí. *(Pausa. Mirando a Jordán.)* Sí, Futre; lo que te dije. *(Jordán la mira seriamente.)* Sí. Chau. *(Corta. Se miran en silencio.)*

JORDÁN. —¿Quién é ese Futre?
CAROLINA. —É mi amigo. *(Pausa.)* ¿Celoso?
JORDÁN. —Chupamelá. ¿Dónde tá el cuchío?
CAROLINA. —¿Dónde tá la Ioana?
JORDÁN. —¿Tá como la Rosa, vó? ¡En la Mirta! ¿Dónde va etá?
CAROLINA. —¿Y siempre que la Rosa te manda a dejá la niña la ievá derecho vó?

Pausa tensa. Jordán la mira desafiante. Ninguno se mueve. El sonido de los grillos parece explotar. Un ave nocturna pasa emitiendo un chillido agudo.

JORDÁN. —Va ser mejó que te vaiá.
CAROLINA. —¡No me contetaste! ¿La ievá derecho a la Mirta a la niña vó? *(Pausa.)* ¿O qué? ¿No le tará haciendo lo mismo que a nosotra, no?
JORDÁN. —¿Has vito que la Rosa ta a la fuerza acá? ¿Vó ta a la fuerza acá, que vení a calentáme, ah?
CAROLINA. —¡La Rosa é una tonta que no se da cuenta de nada! Le tení lavao el cerebro desde que é chiquita, por eso. ¡Pero ió no soy ninguna pelotuda, sabélo! ¡No me olvido ió!
JORDÁN. —*(De improviso avanza sobre ella y la toma del cuello. Ella intenta resistir, pero no puede.)* ¿Querí chupamelá Carlito? ¿Ah?
CAROLINA. —*(Forcejeando.)* ¡Soltáme, la concha é tu madre!
JORDÁN. —*(Apretándola con furia.)* Bien que te gutó, ¿no putito? Y siempre querí má. ¿Ah? *(La manosea.)*
CAROLINA. —*(Tirándole de los pelos.)* ¡Que me soltí te digo, guacho! *(Lo patea.)* ¡Hijo é puta!

JORDÁN. —*(Apretándole las piernas con las suyas.)* ¡Bien putito que era de chiquito! ¡Bien putito! *(Le aprieta más el cuello y con la otra mano va hacia la entrepierna.)* Y ahora só putita pero con pito. Igual de putita que tu hermana. ¡La dó fló de puta! Así de chiquita, bien que le gustaba, ¿ah? ¡Y bien que se siguen quedando! Y así también se va a quedá la pendeja, ¿sabí? *(Carolina apenas puede respirar.)* Se va a quedá acá conmigo porque también le ta gustando la cosa, ¿vite? Como a utede dó... que primero ioraban y depué me venían a buscá, ¿ah? *(Mientras sigue apretándola le pasa la lengua por el cuello. Ella se resiste.)* ¡Toda se van a quedá acá! ¡Las tré! ¿Entendíte? Y me la va seguí chupando una por una, así... en fila... como cuando ívamo a cosechá que hacíamo fila, ¿vite? ...que le pedía agua al tío, que tenía sed, que tenía caló y quería que la ievara el tío al tacho de agua, ¿ah?.. ¿Pa qué? *(Espera una respuesta y sacude con furia el cuello de Carolina.)* ¿Pa qué, dije? *(Pausa. Ella intenta zafar.)* Pa que el tío se la culiara bien culiada, ¿ah? Al putito y a la putita. Y así vamo a seguí. Y me la voy a culiá una por una... en fila...a la tres.

CAROLINA. —*(Le clava las uñas en la mejilla.)* ¡Con la Ioana no, culiao!

JORDÁN. —*(Se suelta y se toma el rostro.)* ¡Puta que te parió, trolo de mierda!

CAROLINA. —*(Se aleja tomándose el cuello, tratando de recuperar la respiración.)* ¡Te tas aprovechando de la criatura, degenerao! *(Lo empuja y Jordán cae estrepitosamente.)* ¡Preso va ir ahora vó! ¡Que te rompan bien el orto adentro! ¡Bien roto que te lo dejen, viejo culiao!

JORDÁN. —Te rompo la jeta, puto.

Avanza con el puño cerrado hasta ella y la golpea en la cara. Ella retrocede, busca algo en la mesa, toma la botella, la sostiene con las dos manos. Él se arroja sobre el paño y toma un cuchillo. Avanza y tomándola de las muñecas la retuerce y le quita la botella. Por la puerta ingresa velozmente Rosa que, empuñando un pequeño cuchillo de mango marrón, se lo clava en la espalda. Jordán se arquea. Los grillos enmudecen por completo.

ROSA. —¡Con la Ioana no!

Rosa saca el puñal del cuerpo y vuelve a clavarlo. Una espesa baba cae de su boca. Carolina se aparta un paso tapándose la boca con las manos. Jordán tiene los ojos abiertos y su cuerpo se arquea. De su boca caen borbotones de sangre. Rosa saca el cuchillo del cuerpo y asesta otro golpe.

CAROLINA. —¡Rosa!

El cuerpo de Jordán cae y una espesa mancha de sangre se expande por el suelo. Silencio.

ROSA. —*(Arrojándose sobre el cuerpo de Jordán.)* ¡Con mi hija no! *(Lo apuñala.)* ¡No! *(Lo apuñala otra vez.)* ¡No!
CAROLINA. —*(Tapándose el rostro con las manos, grita.)* ¡Iá ta Rosa, iá ta, iá ta...! *(Rosa se detiene, se incorpora, va hasta la mesa, deja el cuchillo y se sirve soda en un vaso. Bebe. Saca la traba de su pelo, lo alisa con sus manos y vuelve a colocársela. Carolina la mira.)* ¡Rosa...!
ROSA. —Con mi hija no. *(Pausa.)* No.
CAROLINA. —*(Acercándose.)* Rosa.

Rosa avanza hacia el viñedo. Al llegar intenta respirar profundo pero arqueando el cuerpo vomita. Carolina se acerca y la sostiene. Se abrazan y quedan largo tiempo escuchando a los grillos que tímidamente renuevan su sonido.

ESCENA 7

Silencio. Rosa sentada en la banqueta, junto a la mesa, se seca las manos y los brazos con una toalla. El piso de tierra está mojado. Desde el viñedo ingresa Carolina con un balde vacío. Lo deja en el suelo, extrae de adentro el cuchillo de mango marrón, lo seca en su ropa y lo deposita junto a los otros sobre la tela. Luego busca en su cartera, enciende un cigarrillo, se acerca a Rosa y se lo pasa. Rosa la mira, toma el cigarrillo y pita. Tose y se lo devuelve a Carolina que lo toma, pita, mira el humo del cigarrillo haciendo arabescos en el aire.

ROSA. —Lo perro del otro campo lo van a olfatiá.
CAROLINA. —No. Con la bosta de cabaio encima no.

Pausa larga.

ROSA. —¿Te la pensaba ievá lejo?
CAROLINA. —Pensaba. Iá no.
ROSA. —¿Y la Mirta por qué no me lo dijo a mí que soy la madre?
CAROLINA. —No le iba a creer nada vó.
ROSA. —Soy má tonta.
CAROLINA. —Sí, una tonta. Pero iá pasó.
ROSA. —¿Cómo no me di cuenta? *(Se tironea el pelo.)* ¡Cómo!
CAROLINA. —¡Iá, Rosa, iá! *(Sirve un vaso con vino y soda y bebe.*

Luego se lo pasa a Rosa.) Nadie se da cuenta de esa cosa. ¿O la mami se dio cuenta, ah? *(Pausa.)*

ROSA. —El papi se dio cuenta esa vé que me vió. *(Bebe todo lo que queda en el vaso. Pausa.)* Tení razón que se murió por culpa mía.

CAROLINA. —¡Se murió porque se tenía que morí nomá! ¡Dejá mortificáte así! ¡Éte otro viejo culiao é el que se tenía que morí y iá tá! ¡Bien muerto y enterrao en la bosta se quedó! Ahora ecucháme... *(Se acuclilla frente Rosa.)* La Mirta ta con la nena en el auto del Futre que é un amigo mío, ¿vite? Tamo saliendo hace cinco mese iá. ¿Me ecuchá? *(Rosa asiente.)* Güeno. Ahora etá eperando con la nena y lo vamo a ir todo junto. Vamo a dejá todo así acá. Depué vemo. Ahora vamo adonde vivimo nosotro, ¿vite? En Luján. É parecido acá pero a la noche hace má frío. *(Pausa.)* É un barrio lindo, con má gente, negocio...La Ioana va podé ir al jardín de aiá y se va a juntá con otro niño. La cuidamo entre la dos, ¿sí? *(Pausa.)* ¿Sí? *(Rosa asiente. Ella le acaricia el pelo.)* Nomá que no hay tanto grillito como acá, cantando así... *(Ambas escuchan largo tiempo.)*

ROSA. —Ieváme con la Ioana.

CAROLINA. —Eperá. *(Busca en su bolsillo el celular, marca un número. Espera.)* Hola. Ió, sí. *(Pausa.)* Salimo en un minuto. *(Pausa.)* Sí, salimo. La Rosa viene. *(Pausa.)* ¡Depué te digo! ¿Tá con vó iá? *(Pausa.)* Pasáme. *(Rosa se pone de pie junto a ella. Se miran. Carolina le pasa el teléfono.)*

ROSA. —*(Mirando el aparato y llevándolo lentamente a su oído.)* ¿Hola? *(Pausa.)* Sí, mi vida. *(Pausa.)* Sí. La mami. *(A Carolina.)* ¡La vocecita que tiene! *(Rompe en llanto. Carolina toma el teléfono.)*

CAROLINA. —¡Hola mi linda! *(Pausa. Acariciando el pelo de Rosa.)* Sí, claro que la madrina le va a comprá uno pa que hablemo.

(Ríe.) ¿Cómo? *(Pausa.)* ¿Qué? *(Ríe. Rosa toma la camperita roja y se la muestra a Carolina.)* Sí... acá la mami iá la tiene su camperita. Iá se la ievámo. Beso. *(Pausa.)* A ver otro beso... *(Ríe. Pausa.)* Sí, pasemé. *(Pausa.)* Futre, lo encontramo ahí. *(Pausa.)* Sí, iá tamo lista. *(Pausa.)* Ahá... sí, sí. *(Pausa.)* Voy. Chau. *(Corta.)*

ROSA. —¿Cómo vamo a ir? Se van a dá cuenta que no etamo... mañana... lo invitado al cumpleaño...

CAROLINA. —¡Lo vamo y lito! ¡No pensemo má! ¡Iá tiene que sé! *(Toma su cartera.)* No te preocupí. Pensemo en la niña nomá. Vamo. *(Rosa no acciona.)* ¡Vamo!

ROSA. —¡Sí!

Ambas se dirigen hacia la puerta. Al pasar junto a la máquina de afilar se detienen y la miran. Carolina empuja suavemente a Rosa e ingresan al interior. La escena queda vacía. De pronto reingresa Rosa, va hacia un costado de la mesa, toma el triciclo. Luego toma la corona de hojas y la observa. Un motor se enciende. Mira un rato hacia el viñedo y sale rápidamente. El sonido grave de dos puertas que se cierran. El vehículo comienza a andar con un sonido metálico que se aleja. El canto persistente de los grillos desde el viñedo.

FIN

SKATEPARK

PERSONAJES

VERÓNICA
GABRIEL
CARLOS

UNO

Un rincón dentro de un departamento. Una ventana con transparentes cortinas cerradas por donde entra luz de amanecer. Es pleno julio. Una mesa con dos sillas. En la pared, de color naranja intenso, la marca de los contornos de un cuadro que ya no está. En el otro extremo de la pared, el tubo de un portero eléctrico. Adentro, desde alguna habitación, se escucha un despertador. Silencio. Ingresa Gabriel (46) con el pelo revuelto y arrastrando los pies. Usa un pijama verde oscuro cuadriculado, una campera larga de lana negra, zapatillas Topper rojas sin acordonar. Se detiene y mira el contorno del cuadro en la pared. Estira los brazos, bosteza sonoramente. Va hacia la ventana, corre la cortina. Mira. Va hacia la mesa, se sienta y abre una laptop. Toma un papel doblado que hay sobre la mesa, lo lee y lo vuelve a dejar donde estaba. Se coloca unos anteojos de marcos gruesos y comienza a escribir. Desde algún lugar del interior llega el sonido de puertas de alacenas que se abren y cierran, el hervor de una pava, el tintineo de tazas que se chocan entre sí, una cuchara revolviendo el líquido. Gabriel escribe fluidamente. Verónica (42) ingresa con dos tazas de café humeante. Tiene el pelo enmarañado y suelto. Usa una bata rosa y medias de lana.

Toda la trama sonora que propone la obra deberá realizarse en vivo, con sonidos naturales y no artificiales. Los mismos conformarán parte del trabajo de los intérpretes.

VERÓNICA. —Café.
GABRIEL. —*(Lo recibe sin mirarla y bebe.)* Gracias.

Ella acerca la silla a la ventana. Sopla el café. Él escribe. Luego se detiene un instante y se aprieta los ojos con los dedos. Sigue escribiendo.

VERÓNICA. —Te amo.
GABRIEL. —*(Detiene la escritura. La mira.)* ¿De verdad?
VERÓNICA. —¿Qué cosa?
GABRIEL. —*(Bosteza.)* ¿Me amás?

Tiempo. Ambos beben café.

GABRIEL. —*(Escribe mientras dice.)* "Verónica no sabe si me ama".
VERÓNICA. —Yo no dije eso. No dije nada.
GABRIEL. —Hiciste silencio. *(Escribe mientras dice.)* "Es posible que Verónica ya no me ame".
VERÓNICA. —*(Abre levemente la ventana.)* Mal título.
GABRIEL. —No te enfríes.
VERÓNICA. —No. Feo título.
GABRIEL. —Es lo que menos importa. Lo que importa es que si no me amás voy a llorar. *(Escribe mientras dice.)* "Gabriel llora mucho porque Verónica no lo ama".
VERÓNICA. —Siempre llorás.
GABRIEL. —Te gusta que llore.

VERÓNICA. —Me conmueve.

GABRIEL. —Pero algunas veces te fastidia verme llorar.

VERÓNICA. —No. Me conmueve, te dije.

Tiempo. Él enciende un cigarrillo. Ella abre más la ventana. Un viento helado ingresa.

VERÓNICA. —¿Te molesta un poco de aire?

GABRIEL. —No.

Tiempo.

GABRIEL. —Leí el poema.

VERÓNICA. —¿Qué?

GABRIEL. —*(Señala.)* El papel.

VERÓNICA. —*(Toma el papel. Lee.)* Siempre lo mismo. *(Rompe el papel y lo arroja por la ventana.)*

GABRIEL. —Tu mejor poema lo tenés en la cabeza, pero no lo sacás. No trabajás.

VERÓNICA. —Como vos.

GABRIEL. —Más o menos, pero a tu modo.

VERÓNICA. —No me interesa tener un modo. No me interesa escribir un poema. Quiero hacer algo más interesante. Hoy es sábado. Mañana será domingo. Detesto los fines de semana. Te diría hasta que extraño y me hace sentir mejor un lunes cuando abro la ventana. Escuchar y pensar en la gente que empieza a correr, puteando por todos lados para llegar a tiempo. La calle que se va llenando de a poco de bocinas y motores de autos y más tarde ese bla bla bla insoportable, inentendible, que

se empieza a agigantar. *(Pausa.)* Hoy todo suena menos y no lo soporto. *(Pausa.)* ¿Escuchás? *(Ambos escuchan.)* Me aburro. Quiero hacer algo divertido.

Tiempo. Él apaga el cigarrillo. Ella estira un pie y lo saca por la ventana. Él se levanta, va hacia ella y le acaricia el pelo.

GABRIEL. —Salgamos a caminar.
VERÓNICA. —No.
GABRIEL. —Cojamos.
VERÓNICA. —Después dijimos.
GABRIEL. —Matémonos.

Tiempo.

VERÓNICA. —*(Mirándolo.)* ¿Te parece divertido?
GABRIEL. —No.
VERÓNICA. —¿Te divertiría matarte? ¿Matarme?
GABRIEL. —No sé. Tendría que pensarlo.
VERÓNICA. —Pensá.
GABRIEL. —Después que cojamos lo pienso.
VERÓNICA. —Te amo.
GABRIEL. —*(*Rápido sentándose, escribe y *dice.)* "Verónica me ama por momentos".

Tiempo.

VERÓNICA. —¿Me matarías?
GABRIEL. —*(Bebe un sorbo de café.)* No. *(Escribe con fluidez.)*

VERÓNICA. —¿Por qué no?

GABRIEL. —No tengo motivos.

VERÓNICA. —Si los tuvieras me matarías.

GABRIEL. —No sé.

VERÓNICA. —Existe entonces la posibilidad de que lo hagas.

GABRIEL. —No. Y sí.

VERÓNICA. —Me pasa igual. Si tuviera que elegir entre matarte o no, no sé qué elegiría.

GABRIEL. —Cojamos.

VERÓNICA. —Estoy aburrida.

Ella se acerca a él, se sienta sobre la mesa junto a la laptop. Él está molesto, escribe sin escribir nada. Se revuelve el pelo, se saca los anteojos y se aprieta los ojos. Ella estornuda. Ambos beben café.

VERÓNICA. —Bueno, cojamos.

GABRIEL. —Después. Estoy en esto ahora.

Ella toma las dos tazas de café vacías y sale. Él escribe. Desde adentro el sonido del agua de la canilla sobre las tazas. Él siente frío, va hacia la ventana, mira un rato largo y la cierra. Desde adentro el sonido de la heladera que se abre, el tintineo de vidrios, la puerta que se cierra. Él bosteza y vuelve a la escritura. Desde adentro el sonido de un vidrio que se rompe en pedazos sobre el suelo. Gabriel se levanta y sale apresurado.

GABRIEL. —*(En off.)* ¡Te dije que no tocaras la taza! ¿Te lo dije, o no? ¿Ah? *(Pausa.)* La rompiste toda... *(Llora.)* ¡Andá para allá! *(Pausa.)* ¡Salí, dale! *(Pausa.)* ¡No me toqués!

VERÓNICA. —*(En off.)* ¡Dijimos que no guardaríamos nada! ¡Que no nos llevaríamos nada!
GABRIEL. —*(En off.)* Calláte y salí de acá ahora mismo.

Sonido de una escoba que barre los pedazos de vidrio.

VERÓNICA. —*(Aparece y se apoya en la pared mirando hacia adentro.)* Recién, cuando abrí la puerta de la heladera, decidí que ese papel que tiré por la ventana es lo último que escribo. *(Se frota un antebrazo y baja el puño derecho de la bata que trae arremangado.)*
GABRIEL. —*(En off.)* Me parece bien. *(Trozos de vidrio que caen dentro de un recipiente.)*
VERÓNICA. —Estás enojado. *(Se envuelve la cintura con los brazos.)*
GABRIEL. —*(En off.)* No.

Se escucha una puerta que se cierra. Ella se acerca a la laptop y lee. Sonido de la puerta que se abre. Él regresa, se detiene y la mira.

VERÓNICA. —Era una jirafa que tenía el cuello tan alto, tan alto, tan alto... que con sólo estirar los labios podía besar la luna.

Tiempo. Ella estira el cuello y se lo acaricia. Ríe. Él la mira un largo rato.

GABRIEL. —¿Cómo sigue?
VERÓNICA. —Sigue como se te ocurra. No me importan las palabras te dije. *(Se levanta y agarra el paquete de cigarrillos.)* Y a vos no te importa que no me importe. *(Enciende uno, le da una pitada, se lo pasa.)*

GABRIEL. —*(Pita el cigarrillo.)* Me importa que estés bien. *(Deja el cigarrillo en el cenicero y la abraza por detrás.)* Escribir siempre nos hizo bien. *(Le besa el cuello.)* Sos tan hermosa.

VERÓNICA. —*(Apoya la cabeza sobre el hombro de Gabriel.)* Mmm... *(Suspira.)* Mmm... *(Toma una mano de Gabriel y se la lleva a un pecho. Él lo masajea suavemente.)* ¿Te acordás de esos minutitos antes de salir de casa?

GABRIEL. —*(Apartándola bruscamente.)* Calláte.

VERÓNICA. —¡No me callo nada!

GABRIEL. —¡Sí, te callás te dije! *(Le da una cachetada. Se arrepiente. Ella también lo golpea. Se miran. Ella lo golpea en la cara otra vez. Pausa. Él la golpea y ella lo hace casi de inmediato, otra vez. Tiempo. Él se sienta en el suelo, junto a la ventana, se abraza las rodillas y llora.)* No digás ni una sola palabra, por favor.

VERÓNICA. —Tengo un montón de palabras que decir.

GABRIEL. —¡Pero acabás de decir que las palabras no te importan nada! ¡Entonces, no me volvás loco!

Tiempo.

VERÓNICA. —*(Apoyando su espalda contra la pared. Su cabeza queda en medio de la marca del contorno del cuadro.)* No llorés más.

GABRIEL. —Lloro porque quiero.

VERÓNICA. —Levantate.

Suena el portero. Ambos miran el aparato. Tiempo. Ella lo toma de la manga de la campera e intenta arrastrarlo. Él se resiste. Ella se arrodilla junto a él y lo golpea. El portero vuelve a sonar. Él intenta arrastrarse hacia el aparato pero ella se sienta sobre su espalda. Forcejean.

GABRIEL. —*(Se levanta.)* Tengo que terminar de escribir. Soltáme. *(Ella lo sostiene fuerte de una pierna.)* ¡Dale, soltáme!

VERÓNICA. —Yo me quedo acá quieta, lo prometo, pero no abrás. *(Él intenta avanzar.)* Por favor. *(El portero suena.)*

GABRIEL. —¿A qué le tenés tanto miedo?

VERÓNICA. —A que te arrepientas.

GABRIEL. —Ya estoy arrepentido.

VERÓNICA. —No seas cagón ahora. No te lo voy a permitir.

GABRIEL. —En algún momento hay que abrir y hay que hablar. *(Se suelta.)* Sos vos la que parece arrepentida.

VERÓNICA. —*(Acomodándose el pelo.)* Sos tan cobarde. Solamente tenés valor cuando yo pierdo la fuerza.

GABRIEL. —*(Se sienta frente a la máquina y escribe mientras dice.)* "Verónica a veces es débil y pierde la fuerza". *(Pausa. Escribe y dice.)* "Verónica siempre es más fuerte que yo. Y a veces no me ama".

Tiempo.

VERÓNICA. —Este momento tenía que llegar, lo sé. Pero no me molesta por mí, me pone mal por él.

GABRIEL. —Sólo tenemos un poco de miedo. Pero va a estar bien. *(Adentro suena un celular. Se levanta y sale.)*

Verónica se arrastra hasta debajo de la mesa y toma una posición fetal.

GABRIEL. —*(En off.)* Quiroga. *(Pausa.)* Sí, espero. *(Pausa.)* Sí, todo bien. No hay problema, aunque un sábado a esta hora no es nada usual... *(Pausa.)* Sí. *(Pausa.)* Lo iba a llamar en un rato

por eso mismo. Mire, lo lamento mucho, pero no llego con el material... *(Pausa.)* No... *(Pausa.)* Sí, pero no llego. *(Pausa.)* Escuche. Déjeme hablar. *(Pausa.)* No llego ni voy a llegar. Me planto aquí. No voy a terminarlo ni hoy ni mañana. *(Pausa.)* Ingresa y se apoya en la pared junto a la marca del cuadro.*)* No. *(Pausa.)* Como usted quiera. *(Pausa.)* Hable con Funes. Siempre se lo recomiendo. Es un pibe muy adelantado y comprometido. Tiene talento. *(Pausa.)* Es que no voy a poder... *(Pausa.)* No voy a poder porque renuncio, Quiroga. Sólo aprovecho para decirle que desde el lunes no voy. Ahora tengo que cortar. *(Pausa.)* Lo lamento, pero es así. *(Pausa.)* No me voy a enojar con usted. *(Pausa.)* Hable con él. Un abrazo. *(Pausa.)* No puedo. *(Corta.)*

VERÓNICA. —Te va a seguir llamando hasta que te convenza.

GABRIEL. —*(Sentándose frente a la máquina.)* Hacé tu parte, yo me ocupo de lo mío. *(Escribe algo.)*

VERÓNICA. —Sólo me queda la caja.

El celular que ha quedado sobre la mesa comienza a sonar. Gabriel detiene su escritura. Ella, que sigue bajo la mesa, estira su mano y le toca la rodilla. Él se levanta, toma el celular, va hacia la ventana, la abre y lo arroja. Cierra y vuelve a sentarse. Escribe algo. Desde la computadora comienza a escucharse "Carmem" de Egberto Gismonti. Verónica vuelve a tocarle la rodilla. Lo acaricia con suavidad. Él le toma la mano y la lleva lentamente hacia su entrepierna. Ella masajea. Él apoya las palmas de la mano sobre la mesa, echa su cabeza hacia atrás. Ella le baja el pijama y le besa las rodillas. Unos golpes a la puerta. Ambos miran hacia el interior.

VERÓNICA. —No abrás.

GABRIEL. —Sabe que estamos.

VERÓNICA. —No importa.

GABRIEL. —Sí, importa.

VERÓNICA. —Dejálo que espere. Vení..., despacio. Dalee... Shh... Así, no hagas ruido. Así... Abrazame.

Verónica se acuesta de espalda en el piso. Gabriel se coloca sobre ella y le abre la bata. Tiempo.

VERÓNICA. —Tal vez la jirafa es sólo eso, un cuello alto que llega a la luna. Ahí termina.

GABRIEL. —No sé. *(La cubre con la bata.)* No tiene conflicto. No te enfríes.

VERÓNICA. —Tiene final. El beso a la luna. *(Se abre la ropa y expone sus pechos. Él los acaricia y los besa.)* Le falta título.

GABRIEL. —Falta argumento. Duración. Concepto de tiempo. No es nada.

VERÓNICA. —La duración está en el largo y en lo alto del cuello y en el tiempo que le lleva estirar los labios. *(Él le besa el cuello.)* Esa es la acción. ¿Qué más? *(Lo aparta suave y se cubre. Le acaricia el pelo.)* Para mí está terminado.

GABRIEL. —Todavía no está terminado. No le encuentro el conflicto.

VERÓNICA. —No todo tiene que tener un conflicto para que termine. La jirafa usa la posibilidad de su cuello y logra su cometido. Listo. Es hermoso.

GABRIEL. —Me meo.

Él se levanta y sale. Ella se sienta y se acomoda el pelo. Se escucha el líquido del orín sobre el agua del inodoro y luego la cadena. El agua de la canilla que corre un rato y luego se cierra. Ella se levanta y suena el

portero. Se detiene junto a él. Duda. Ingresa Gabriel secándose las manos con una toalla. El portero vuelve a sonar.

VERÓNICA. —Creo que no voy a poder.
GABRIEL. —*(La acaricia.)* Vamos a poder. *(Al tubo.)* Hola. *(Pausa.)* No lo escuchamos porque nos quedamos dormidos. *(Pausa.)* Tranquilo, no pasa nada. En un rato estamos listos. Suba. *(Pausa.)* Bueno, termine con Morales tranquilo. Estamos acá. *(Pausa.)* Sí, seguro... *(Cuelga el aparato y sale.)*

Verónica se arroja a sus brazos y parece hundirle la cabeza dentro del pecho. Él le acaricia el pelo.

GABRIEL. —Vamos a cambiarnos que en un rato sube. Dale, vamos. *(Salen abrazados.)*

DOS

Sonido de una puerta que se abre.

CARLOS. —*(En off.)* Hola. Si se quedaron dormidos, espero un rato más abajo.
GABRIEL. —*(En off.)* No hay problema. Ya casi estamos listos.

Palmoteos de abrazo en las espaldas. Gabriel ingresa. Lleva un pantalón de vestir gris y un suéter de la lana amarilla con rombos. Usa zapatos. Va hacia la laptop y la cierra. Ingresa Carlos con una bolsa de nylon en las manos que sostiene nerviosamente. Adentro lleva algo de tamaño considerable. Tiene 68 años, con una calva pronunciada y prominente

vientre. Lleva una camisa a cuadros, un chaleco clarito de lana con botones, jeans y botas marrones.

CARLOS. —Recién pasé por el parque y estaba casi vacío. Raro, ¿no? ..., siendo que es sábado. *(Él lo mira sin saber qué contestar.)* Digo, nomás. Que para ser tan temprano, un sábado. A esta hora se empezaba a llenar...

GABRIEL. —Es temprano, sí. ¿Un café? *(Sale.)*

CARLOS. —Sí, con poco azúcar. *(Se coloca contra la pared mirando hacia el interior.)* Pero no hay apuro, eh. Me tomé unos mates con Morales. Justo estaba sacando la manguera y le di una mano. Bah, me encargué del termo y del mate nomás. *(Sonido de agua llenando una tetera. Un fósforo raspando el borde de la caja. La tetera apoyándose sobre la hornalla.)* Hay que ponerse un abrigo porque ese sol engaña. Yo me dejé el camperón abajo. *(Las puertas de la alacena se abren y cierran. Deja la bolsa con cuidado sobre la mesa. Se palmea las manos y se las refriega. Mira detenidamente el contorno del cuadro en la pared. Sonido de tazas y cucharas.)* ¿Vero?

GABRIEL. —*(En off.)* Ya viene.

CARLOS. —*(Acercándose a la marca del cuadro y mirándola con detenimiento.)* Hay solcito, pero está medio fresco. Yo me dejé el camperón abajo. Subí hace un rato y me dio calor. Morales la colgó en su silla. No golpeé muy fuerte porque me imaginaba que se habían quedado dormidos. *(Pausa. Sonido de platos.)* Bajé y me dijo que me fijara de nuevo, que no los había visto salir. *(Va hacia la bolsa, la abre y mira el contenido. Pausa.)* ¿Se está duchando Vero? *(Mira su reloj pulsera.)*

GABRIEL. —*(En off.)* Me voy a fijar. Ya traigo el café. *(Pasos, una puerta que se abre y se cierra.)*

CARLOS. —Si está descansando dejala.

Tiempo. Carlos se sienta y pone la bolsa sobre sus piernas. Sonríe mirando, abstraído, en su interior. El sonido del vapor de la pava desde la cocina. Desde adentro, un golpe. Algo que ha caído. Carlos presta atención a ese sonido. Se levanta, deja la bolsa sobre la mesa, agudiza el oído, duda, ingresa, el sonido de la pava se apaga. Una puerta se abre, pasos que se detienen.

VERÓNICA. —*(En off.)* Hola.
CARLOS. —*(En off.)* Hola. *(Sonido de beso.)* Estaba por volar la pava. ¿Te ayudo con eso?
VERÓNICA. —*(En off.)* No, está bien. Yo hago el café. Sentáte y lo llevo.
CARLOS. —*(En off.)* No me cuesta nada. Dale, andá y sentáte.

Verónica ingresa cargando en los brazos una caja de cartón azul y sobre esta una cartera negra. Tiene un suéter fucsia de cuello alto, una falda entallada larga con estampados marrones y ocres, botas altas con tacos medianos. Lleva el pelo atado en una cola tirante. Apoya la caja en el suelo, junto a la silla que está cerca de la ventana y se sienta. Mira la hora en su reloj. Ve la bolsa sobre la silla, la husmea. Un gesto amargo en su rostro. Unos pasos que vienen desde la cocina y tazas que tintinean. Ofuscada va hacia la cartera y extrae un lápiz labial y un espejo pequeño.

CARLOS. —*(Trae una bandeja con tazas humeantes que deja sobre la mesa.)* El azúcar. *(Sale.)*

Ingresa Gabriel. Tiene el rostro serio. Se para junto a ella y le toca un hombro. Ella lo rechaza y se mira en el espejo mientras se sienta. Él la toma de la barbilla y la obliga a mirarlo.

CARLOS. —Acá está. *(Deja la azucarera sobre la mesa. Gabriel se sienta frente a la laptop y la abre.)* Bueno, ahora les voy a mostrar.
GABRIEL. —Tomemos el café primero. Necesito terminar algo aquí.
CARLOS. —Sí, mientras tomamos el café...
VERÓNICA. —Te está diciendo que primero el café.

Tiempo. Carlos se sienta y le pasa una taza a Gabriel que la recibe y comienza a escribir. Verónica se mira en el espejo y se pinta los labios.

CARLOS. —*(Bebiendo.)* ¿Qué escribís?
GABRIEL. —Un cuento.
CARLOS. —¿Y de qué se trata?
GABRIEL. —No está terminado.

Tiempo.

VERÓNICA. —Es sobre una jirafa que tiene el cuello tan alto, tan alto, tan alto... que con sólo estirar sus labios puede besar la luna. *(Pausa.)* Pero dice que le falta conflicto.

Carlos mira a Gabriel que ha dejado de escribir y bebe café. Verónica deja el espejo y sale. Una puerta se cierra con violencia. Gabriel escribe algo. Carlos mira incómodo hacia el interior y luego su reloj. Tiempo.

CARLOS. —Es lindo.

Tiempo.

CARLOS. —¿Es para el anuario del Instituto?

GABRIEL. —No. Renuncié esta mañana.

CARLOS. —¿Por qué?

GABRIEL. —Porque sí.

CARLOS. —¿Cómo porque sí?

GABRIEL. —A veces hay días en que se empiezan cosas nuevas.

CARLOS. —Siempre es así. Cada día.

Ingresa Verónica, va a la silla y abre la caja.

GABRIEL. —*(Escribe y dice.)* "Cada día todo empieza".

CARLOS. —Mal título. *(Verónica se ríe y Carlos se contagia.)* Perdón.

GABRIEL. —*(Escribe y dice.)* "El padre de Verónica se ríe de mis títulos".

VERÓNICA. —*(Leyendo un papel.)* Yo no dije nada. *(Hace un avioncito con el papel y lo coloca sobre la mesa.)*

CARLOS. —En realidad es muy luminoso, muy musical. Bah, yo no soy crítico. Acá ustedes son los que saben.

Tiempo. Verónica sigue haciendo avioncitos con los papeles que lee vagamente.

GABRIEL. —Con Vero queremos contarle algo, Carlos.

CARLOS. —Soy todo oído. *(Mira el reloj.)* Pero en un rato ya deberíamos salir.

Verónica abre la ventana, vuelve a la silla y tomando los avioncitos que ha

dejado sobre la mesa comienza a lanzarlos a través de la ventana. Ellos la miran. El sonido de algunos pájaros, los autos que pasan espaciados y veloces por una autopista cercana.

GABRIEL. —No te enfríes. *(Se levanta y su pie se tropieza con la pata de la silla. Trastabilla y se estampa contra la pared. Carlos se pone de pie.)* Está bien, no es nada. *(A Verónica.)* Ya vuelvo. *(Sale.)*

Tiempo.

CARLOS. —Recién pasé por el parque y estaba casi vacío. Raro, ¿no?, siendo que es sábado. *(Ella lo mira sin saber qué contestar.)* Digo, nomás. Que para ser tan temprano, un sábado. A esta hora se empezaba a llenar... *(Pausa.)* ¿Le pasa algo a Gabriel? Lo noto un poco nervioso. ¿Qué tienen que contarme?
VERÓNICA. —Estos papeles, ¿ves?
CARLOS. —Tus poemas. *(Mira su reloj.)*
VERÓNICA. —Pura mierda *(Toma un puñado, los estruja y los arroja.)* No significan nada.
CARLOS. —Es tu trabajo. No voy a impedirte ni cuestionarte lo que estás haciendo. *(Ella arroja más papeles.)* Tampoco me asombra de vos. Cerrá esa ventana que te vas a enfermar.

Verónica toma la caja, la lleva a la ventana, la apoya en el marco y girándola arroja los papeles. El viento devuelve algún papel al interior.

CARLOS. —*(Toma asiento y bebe un sorbo de café.)* Cuando cumpliste doce años, en el patio de tu abuela Marta, ¿te acordás? Te dije que no jugaras con los globos hasta que no

empezara la fiesta. *(Ella deja la caja en el piso y busca el papel que ha quedado en el piso.)* Y cuando estabas por soplar las velitas, te fuiste corriendo, te trepaste a una silla y comenzaste a reventarlos, uno por uno. *(Pausa.)* Le hice una seña a tu madre para que te dejara y te sacaras las ganas.

VERÓNICA. —*(Arruga el papel y lo arroja. Vuelve a la silla toma la taza y bebe.)* Ahora no necesitás hacer señas. Ya está.

CARLOS. —Lloraste cuando reventaste todos los globos.

VERÓNICA. —Pero había reservas, así que todo se pasó rápido.

CARLOS. —Tus poemas no tienen copia.

VERÓNICA. —Lo que no tienen es sentido.

CARLOS. —Es un día difícil.

VERÓNICA. —Es un día cualquiera.

CARLOS. —No. No lo es. *(Pausa.)* Tendríamos que ir yendo en un rato. *(Mira su reloj.)* Antes de que empiece a llegar gente. *(Verónica revuelve la cucharita en la taza, abstraída.)* Cruzando la pista de skate en el parque, en un escalón me encontré con el chiquito este... ¿Cómo se llama? El hijo del dueño del pet shop. ¿Agüero?

VERÓNICA. —Aguirre.

CARLOS. —Ese, el hijo de Aguirre. Cuando me di cuenta que era él, me empecé a acercar y de pronto apareció Julieta. *(Verónica estornuda.)* Qué grande esta esa niña. En un año..., ya casi me pasa. Se paró adelante mío así en seco. Me sorprendí de verla. Y antes de saludarla, se me colgó del cuello y empezó a llorar desconsolada. *(Pausa.)* No me salió ni una sola palabra, pero la abracé y se calmó un poco. Se sentó con el pibe Aguirre y me vine. Están esperándonos. *(Ella lo mira sorprendida.)* Les conté que hoy íbamos para hacer la despedida y como ellos eran tan amigos...

Verónica estira su cabeza hacia atrás y con las manos se masajea el cuello. Carlos se pone de pie y tomándose el tiempo saca de la bolsa un casco que deja sobre la mesa. Es rojo. Verónica lo mira.

VERÓNICA. —Es lindo, pero llega tarde.

CARLOS. —No seas cruel.

VERÓNICA. —No es crueldad. Es tristeza.

CARLOS. —Sé que es tristeza. Perdí a tu madre y...

VERÓNICA. —Yo perdí a mi hijo.

CARLOS. —¡Yo lo perdí! *(Pausa.)* Perdón. Perdonáme, hija. *(Pausa.)* Estaba tan embobado, tan nervioso, mirando las piruetas que hacía. Una maravilla. Julieta sentada al lado mío en el banco no paraba de sacarle fotos. Él cada tanto se detenía y posaba. Los amigos le gritaban: ¡Vamos Lauti, vamos! Y entonces probaba otros saltos y todos aplaudían. *(Ella apoya sus antebrazos sobre la mesa y sobre ellos su frente, como no queriendo escuchar.)* ¡Vamos Lauti!, le gritaba yo también.

VERÓNICA. —No es necesario, papá.

CARLOS. —Claro que sí. Es necesario. *(Se sienta.)* Tengo un nudo en la garganta, justo aquí. ¿Ves? *(Le muestra, pero ella no lo mira.)* Siento todo apretado acá. Me duele. Yo sé que se pasa, que ese nudo con el tiempo se destraba pero... *(No encuentra palabras.)* Más temprano cuando atravesé el parque estaban estos chicos y lo que ya te conté. Después seguí caminando. Caminé rápido sin saber por qué y me escondí detrás de un árbol. Parecía un tonto. *(Pausa.)* Me apoyé contra el tronco y me acordé perfecto de hace un año atrás, casi a esta misma hora *(Mira su reloj.)*, mientras Lautaro hacía unas piruetas, yo había mirado a Julieta que tenía los ojos así, como llenos de luz. Y lo miraba a él de una

manera... Y de pronto sus ojos se agrandaron y abrió grande la boca. Y yo miré hacia donde ella miraba y Lautaro estaba en el piso, boca arriba, y los amigos le gritaban: ¡Vamos, Lauti, vamos! Y se reían, y se empujaban entre ellos como tontos. Y yo también me reí como un tonto. Julieta también se rió. Todos nos reímos. Y yo con el casco en la mano... Pero él que no se levantaba... *(Pausa.)* Salí detrás del árbol y ahí me detuve. Volví a quedarme paralizado como aquella vez, con el casco en la mano. Sólo que ahora lo traigo en una bolsa. Me llevé la mano al pecho. Era como si no sintiera la respiración, los latidos. Dónde está mi corazón, pensé. ¡Dios mío! Empecé a palparme el pecho y más me faltó al aire. Levanté la vista y ahí, desde el banco, Julieta y el hijo de Aguirre me miraban. Saqué el casco de la bolsa y el chico me muestra en alto su casco. Un casco azul. Les hice una seña y los dos me saludaron. Me vine despacio. *(Pausa.)* Perdonáme, hija, perdonáme...

VERÓNICA. —*(Mirándolo.)* Basta, papá. No es necesario.

CARLOS. —*(Mirándola.)* Si le hubiera puesto el casco...

VERÓNICA. —Shh...

Tiempo.

GABRIEL. —*(Ingresa trayendo dos bolsos que apoya sobre una silla. Carlos lo mira.)* Nos vamos, Carlos. En un rato. Le dejamos encargado a Morales pero también le damos una llave a usted, si quiere.

CARLOS. —¿Cómo que se van? *(Apoyando el casco contra su pecho.)* ¿A dónde?

VERÓNICA. —Simplemente nos vamos. Por un tiempo. *(Enciende un cigarrillo.)* No sabemos dónde. *(Va hacia la ventana y la abre. Respira profundamente.)*

CARLOS. —¿Y para qué se van?

GABRIEL. —Tenemos que hacer algo.

CARLOS. —¿Qué cosa? No me dijeron nada.

VERÓNICA. —No estamos pidiendo permiso, papá. Simplemente, nos vamos. Y nos llevamos a Lautaro.

CARLOS. —¿Cómo que se llevan a Lautaro? Tenemos que llevarlo al parque de skate. En eso quedamos. Están los chicos allá.

GABRIEL. —No queremos eso. *(Cierra la computadora y la guarda en un bolso.)* Lo vamos a llevar con nosotros hasta que encontremos el lugar donde vayamos a dejarlo.

CARLOS. —No entiendo. ¿Qué lugar?

GABRIEL. —No sabemos. Tenemos que encontrarlo.

CARLOS. —Él amaba la pista de skate. Lo que más amaba en el mundo.

VERÓNICA. —No alcanzó el tiempo para que conociera otra cosa que no sea el cemento.

CARLOS. —No pueden hacerme esto.

VERÓNICA. —*(Arroja la colilla por la ventana y lo mira.)* ¿Hacerte?

CARLOS. —No pueden irse y llevárselo así sin dejar que lo vea por última vez.

GABRIEL. —Justamente fue usted el que lo vio por última vez. *(Pausa. Carraspea.)* No queremos que termine ahí, sobre un pedazo de cemento. Cambiamos de opinión.

VERÓNICA. —Hay tantos lugares donde pensábamos ir y llevarlo. Volver al sur, por ejemplo. Que conociera la nieve. Siempre preguntaba cómo era el lugar dónde había nacido. Le encantaba

ver documentales sobre glaciares, lagos, montañas. Tal vez su lugar definitivo este allí. No lo sé, no lo sabemos. ¿Qué importa eso ahora? Nada importa. Cualquier cosa que digamos pierde sentido.

CARLOS. —Pero llegué yo un día y lo encontré mirando un documental sobre esas patinetas, y las pistas, y las competencias... ¿no? Es eso.

GABRIEL. —Eso no tiene nada que ver, Carlos.

CARLOS. —Claro que sí. Claro que tiene que ver. Si yo no le hubiera regalado ese maldito skate.

Suena el portero. Todos miran el aparato. Gabriel atiende.

GABRIEL. —¿Sí? *(Pausa.)* Deme unos minutos por favor, ya bajamos. *(Cuelga, mira a Verónica y sale.)*

VERÓNICA. —Nunca sabremos qué otra cosa hubiera sido. No tiene sentido cuestionarse lo que pasó. Él estaba feliz. Yo te lo agradezco. Muy en el fondo te agradezco que cumplieras su deseo.

GABRIEL. —*(Aparece cargando dos camperas que deja sobre los bolsos.)* Ahora nosotros vamos a cumplir el nuestro.

CARLOS. —*(Se pone de pie frente a Gabriel.)* No se lo lleven. Por favor. *(Va hacia Verónica que se pone de pie y retrocede.)* No se lo lleven. No me dejen sin él.

VERÓNICA. —Papá, calmáte. No hagas una escena.

CARLOS. —Déjenme ir con ustedes. Hasta ahora sabía que estaba aquí, pero si se lo llevan... ¿cómo voy a hacer para visitarlo? *(Pausa. Gabriel mira a Verónica que asiente levemente con la cabeza.)* ¿Voy con ustedes?

GABRIEL. —Carlos...

VERÓNICA. —No, papá.

Gabriel toma de los hombros a Carlos y le indica que se siente. Luego va al bolso y extrae un paquete envuelto en una tela. Apoya el paquete sobre la mesa y retira la tela. Una pequeña urna de madera. Todos la miran. Afuera el sonido del motor de un camión que se detiene y permanece encendido un largo rato. Verónica cierra la ventana y el sonido del motor se opaca. Gabriel le hace una seña a Carlos que coloca el casco sobre la mesa junto a la urna. Verónica cierra las cortinas. El lugar se torna lúgubre. Gabriel abre lentamente la caja. Verónica se acerca y cierra la tapa bruscamente.

VERÓNICA. —No voy a poder. No puedo. No quiero.

GABRIEL. —Sólo un poco. *(Le besa la frente.)* No pasa nada. *(A Carlos.)* Sólo un poco.

Carlos asiente, toma la urna, la abre, la inclina sobre el casco y vierte un poco del contenido adentro.

VERÓNICA. —¡No tanto!

Carlos se detiene, cierra la urna y se la pasa a Verónica que la pone contra su pecho. Suena el portero.

GABRIEL. —*(Atiende.)* Ya bajamos. *(Cuelga.)*

Verónica envuelve con la tela la urna y la pone dentro del bolso. Gabriel agarra el otro bolso, le pasa una campera a ella y se coloca la suya.

Carlos los mira. Ella se acerca, le da un beso en la mejilla y luego apoya la palma de su mano acariciándolo. Sale. Gabriel se acerca y lo abraza. Sale. Sonido de llaves y la puerta que se cierra. Tiempo.

CARLOS. —*(Tomando el casco.)* Si le hubiera puesto el casco.

FIN

JOSÉ MONTERO

CAPILLA ARDIENTE

CACHACASCÁN

CABA

José Montero nació en Buenos Aires, en1968. Es periodista, escritor y guionista. Egresó en 2022 de la Diplomatura en Dramaturgia de la UBA. En teatro, obtuvo el Primer Premio del Concurso Edenor por *La napa* (2003), una mención en el Concurso Nacional del Bicentenario por *La perrera del Oso* (2010) y el Estrella de Mar 2015 al mejor espectáculo de teatro alternativo por *Pirámide invertida*. En 2023, su texto *El libro de la esposa* fue finalista del Torneo de Dramaturgia celebrado en Timbre 4. Otras de sus piezas estrenadas son *Confesiones del pene, Gran Buenos Aires, El beneficio de la duda, 40 fósforos de madera* y *Hoy te quiero, mañana vemos*.

CAPILLA ARDIENTE

PERSONAJES

TRES PAREJAS HOMBRE-MUJER, todos cerca de los 50 años
AURORA Y GABRIEL
CIELO Y DANTE
MARÍA Y ÁNGEL
SUSANA, 80 años, mamá de Gabriel y suegra de Aurora
PADRE CARLOS, 55 juveniles años

El living de una casa amplia, moderna y minimalista. Los pocos muebles y objetos sintetizan lujo y calidad. En un lugar destacado, pero no central, colgado de la pared, hay un crucifijo innovador de importantes dimensiones. Parece una pieza de diseño que "repiensa" el símbolo de la cristiandad. Una obra de arte realizada en acero inoxidable. Es de noche y sobre una gran mesa ratona todo está dispuesto para una comida informal: quesos, fiambres, panes, mezclas para untar, etc. Alrededor, distintos sillones. Sobre una mesa auxiliar, vino, agua y copas. Aurora y Gabriel son los dueños de casa. Ajustan pequeños detalles. Se entienden sin hablar. Se miran y sonríen. Destilan complicidad. Suena un timbre con una suave y agradable melodía. Aunque están impecables, se arreglan la ropa antes de ir a recibir a los invitados. Pasan unos segundos y entran Cielo y Dante, lo cual sugiere que en la casa hay personal doméstico que no vemos. Los recién llegados traen bolsas de regalo. Los cuatro se saludan con besos y abrazos.

GABRIEL. —Hola, hola. Buenas noches.

AURORA. —¡Bienvenidos!

CIELO. —¡Bienvenida vos, Aurora! ¡Qué alegría verte!

DANTE. —¡Estás de vuelta! ¡Estás igual!

GABRIEL. —¿Viste, Dante? Igualita. La fe mueve montañas.

AURORA. —Soy la prueba viviente, Cielo.

CIELO. —*(Se emociona.)* No lo puedo creer. No lo puedo creer.

Aurora abraza a Cielo para reconfortarla y también se emociona.

DANTE. —*(Contiene lágrimas.)* Yo tampoco, Gabriel. Por más que vi el video, por más que hablé con Aurora por teléfono...

GABRIEL. —Recé tanto, tanto, tanto...

DANTE. —Todos pedimos por Aurora. Yo en tu lugar... No sé qué hubiera hecho.

GABRIEL. —Dios me dio la fortaleza.

Aurora se separa de Cielo y busca recomponer.

AURORA. —¡Bueno, basta, Cielo! Yo ya lloré hasta secarme las lágrimas y prometí que a partir de ahora ¡todo será alegría y disfrute!

GABRIEL. —¡Alegría y disfrute! ¿Qué toman? Tengo un Malbec...

CIELO. —Yo, agua.

GABRIEL. —¿Agua?

DANTE. —Esperemos. Ángel y María tienen que estar por llegar.

Gabriel se dirige hacia la mesa auxiliar y empieza a descorchar una botella. Dante lo acompaña.

AURORA. —*(Aceptando las bolsas de regalo.)* Mil gracias, pero ¿para qué trajeron nada, Cielo?

CIELO. —¿A vos te parece que no hay motivo para celebrar y regalar? ¡Un nuevo cumpleaños!

AURORA. —¡Mañana hace un mes!

CIELO. —¿Hoy es diecinueve? ¡Ay, claro, fue el veinte de marzo!

AURORA. —Ahora soy de Piscis y Sagitario.

CIELO. —¡Qué mezcla! ¿Te cambiará la personalidad?

AURORA. —Ojalá. Así vuelvo loco a todo el mundo. Un día soy una optimista a ultranza y al día siguiente conecto con mi lado oscuro.

CIELO. —¿Qué fue lo primero que pensaste, Aurora? ¿Lo primero que viste?

AURORA. —¿Cuando me desperté?

CIELO. —Sí, lo primero que escuchaste, ¿qué dijiste?

AURORA. —Ay, me gustaría tener una respuesta canchera y brillante para darte. Pero lo primero que vi fue el cielo raso, las cortinas que necesitaban una lavada... Y pensé que tenía que podar el rosal, porque el tiempo que no estuve... es como que no existió. Yo me acosté una noche y me desperté a la mañana siguiente, ¿entendés? Después sí, Gabriel me contó y entré en shock. Me costaba entender. Después la psicóloga, el padre Carlos...

Vuelve a sonar la melodía del timbre.

GABRIEL. —Ahí llegaron, ¡se abrió el bar! Dante...

Gabriel comienza a servir vino en una copa que le ofrece a Dante.

DANTE. —Eh, pará, Gabriel, pará, ¿me querés emborrachar?
GABRIEL. —Éste es vino consagrado. La sangre de Cristo.
DANTE. —Amén.

Aurora y Cielo se acercan para recibir muy sonrientes y disimulan al ver que entran Ángel y María con una especie de sarcófago de metal blanco, de líneas rectas, con una cubierta de vidrio. De adentro de la caja, que tiene el tamaño de un ataúd de angelito, emana una luz blanca y fría. Es lo último que los ya presentes en la casa esperaban ver. María trae colgado del hombro uno de esos bolsos que las familias usan para llevar el cambiador, los pañales y los elementos para la higiene del bebé.

AURORA. —¡María, Ángel, qué genial que vinieron!
CIELO. —¡Buenas noches!
MARÍA. —¡Aurora, el milagro es posible! ¡Te veo y... por favor...

María le ofrece el sarcófago a Aurora, como si ella pudiera hacer algo.

ÁNGEL. —María, ya habrá tiempo... ¡Aurora, sos la luz para todos los que... ¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea Dios!
GABRIEL, AURORA, DANTE Y CIELO. —*(Al unísono.)* Sea por siempre alabado.

Ángel y María no pueden contener las lágrimas. Gabriel, Aurora, Dante y Cielo los rodean y reconfortan "ad libitum".

MARÍA. —Perdón que lo trajimos, pero...
GABRIEL. —Está bien, María. Es lo que sentiste.
MARÍA. —Perdón.

AURORA. —Perdón nada, María, por favor. Quien más, quien menos, todos tenemos un ser querido... Yo, sin ir más lejos...
DANTE. —Ángel, ¿trajeron batería para traslado o necesitan enchufar?
ÁNGEL. —Traje batería, pero la verdad que anda para atrás y tengo miedo...
GABRIEL. —A nuestra capilla. Al lado de mamá. Así le hace compañía.
MARÍA. —¿En serio? Lo podemos conectar en cualquier lado, Gabriel.
GABRIEL. —Faltaba más. La capilla es "el" lugar. La bendijo el padre Carlos. Es donde tiene que estar.
MARÍA. —Gracias.

María deja el bolso cambiador para bebés sobre un sillón y sale junto a Ángel. Ambos llevan el sarcófago. Los demás quedan en silencio. Se miran, tratando de superar la incomodidad.

DANTE. —Dijimos sin chicos, ¿no?

Silencio.

AURORA. —No tendrían con quién dejarlo.
CIELO. —¿Cuánto hace que se fue Angelito? ¿Cinco años?
DANTE. —Más. Siete.
AURORA. —Cómo pasa el tiempo...
CIELO. —Ya podrían ir soltando, ¿no?
GABRIEL. —La esperanza es lo último que se pierde.
AURORA. —Por suerte lo mío fue rápido.

DANTE. —Angelito ya tenía diferencia con las hermanas mayores, y claro, ellas crecieron y ahora no quieren saber nada con cuidarlo.

GABRIEL. —Cuidarlo... Es estar atentos. Si hay alguna falla, si sube la temperatura, si se despierta, hay apps que te avisan.

CIELO. —¿Vos cómo te enteraste, Gabriel?

GABRIEL. —Me desperté solo, en medio de la noche. Inexplicable. Sabía que algo estaba por ocurrir. Pensé que era la perra pariendo los cachorros, porque no le faltaba nada. Y de pronto me llegó la notificación. Me levanté corriendo y...

AURORA. —Y era otra perra que estaba pariéndose a sí misma.

Aurora y Gabriel sonríen y se besan con un pico. Cielo y Dante celebran la ocurrencia.

DANTE. —¿Qué aplicación tenés, Gabriel?

GABRIEL. —Para mi vieja, Renacer.

DANTE. —Yo también.

GABRIEL. —Para Aurora tenía Sacre Coeur.

CIELO. —Ay, qué nivel.

AURORA. —Es otra cosa. París. Vista a la Torre Eiffel...

GABRIEL. —Son todas parecidas.

CIELO. —Entonces, cuando sonó la alarma, sin mirar la pantalla, ya sabías que era Aurora.

GABRIEL. —Por eso mismo me bajé dos aplicaciones. No sé cómo cambiar los ringtones.

DANTE. —Claro, imaginate, tenés dos en el freezer...

CIELO. —*(Riendo.)* ¡Ay, Dante!

AURORA. —Está perfecto. No dramaticemos.
DANTE. —Te suena la musiquita y no sabés si alegrarte o morirte.

Todos celebran el chiste y contienen las risas cuando vuelven María y Ángel. Ángel trae una bolsa con dos kilos de helado y María se apura para buscar algo en el bolso cambiador.

ÁNGEL. —Trajimos helado.
GABRIEL. —Ah... Gracias.
CIELO. —Qué raro. No lo vimos cuando entraron...

Silencio.

ÁNGEL. —Lo puse en la cápsula, para que se conserve mejor. A los pies hay lugar.
MARÍA. —*(Concentrada en el bolso.)* Compramos una cápsula más grande por eso que dicen, de que los chicos pueden seguir creciendo dormidos.
ÁNGEL. —No sería el caso.

Cielo, Dante y Gabriel muestran desagrado frente a la idea de tomar helado que se trasladó en un sarcófago. Aurora, más comprensiva, dirime la cuestión restándole importancia.

AURORA. —Pero claro, más vale. Nunca le digo que no a una bochita de helado. Y si es de mascarpone...
ÁNGEL. —Lo pedí especial para vos, Aurora.
AURORA. —Sos un divino, Ángel. ¡Dos bochitas!

ÁNGEL. —Lo llevo a la cocina.
AURORA. —Dáselo a las muchachas, ellas se encargan.
ÁNGEL. —Permiso.

Ángel sale. María encuentra finalmente las dos partes de un baby call y las enciende. Deja una al lado del bolso y sale con la otra hacia la capilla.

MARÍA. —Por las dudas... A ver si justo... No confío en las aplicaciones.

María sale.

CIELO. —Me preocupa María.
DANTE. —A mí me preocupan los dos.
CIELO. —Además... Perdón, ¿no?, no es por meter cizaña, pero... ¿Helado? ¿Les parece suficiente tributo? ¿Cuánto hace que no tenemos una renacida en nuestra congregación?
GABRIEL. —Ese helado no lo quiero en mi cocina. Menos lo quiero en mi mesa.
AURORA. —Yo me lo voy a comer como que hay Dios.

Cielo, Dante y Gabriel reaccionan con asco.

AURORA. —Ay, chicos, yo ya fui y vine. Hay que ser más tolerantes. Más empáticos.
CIELO. —Aurora, yo soy empática y comprensiva a full, pero lo de María es enfermizo. No digo que esté loca, pero...
DANTE. —Tiene que pedir ayuda espiritual.
CIELO. —Tiene que ver a un psiquiatra, Dante.

GABRIEL. —Es la peor circunstancia que podemos atravesar. Un dolor único. Yo entiendo todo, pero también está el respeto hacia...

Vuelve María con una parte del baby call. Camina hacia el bolso e intercambia las partes del aparato.

MARÍA. —Me equivoqué. Dejé el transmisor y me llevé al receptor. Cabecita de novia...

María sale otra vez para llevar el transmisor a la capilla. Cielo, Dante y Gabriel quedan demudados.

DANTE. —¿Nos habrá escuchado?
CIELO. —Me muero...
GABRIEL. —¿Me fui de boca?
CIELO. —¡Yo sí! ¡Tragame, tierra!
DANTE. —No dijimos nada grave, ¿o...?

Vuelve María. Se la ve alegre y liberada de aquello que la preocupaba.

MARÍA. —Ahora sí.

Queda flotando la duda. ¿Escuchó o no escuchó? Vuelve Ángel.

ÁNGEL. —Ya está. ¿Podemos arrancar? Tengo un hambre...

Entra la canción "Al cielo quiero ir", grabada por el padre Lombardero y un coro de niños. Durante 40 segundos, la música de aire marcial sirve para

que los personajes ejecuten una sutil coreografía (con pasos apenas marcados), se sienten en los sillones y comiencen a comer y beber. Momento de transición. Cuando cesa la música, el clima de incomodidad aún perdura. Silencio.

MARÍA. —Como están todos callados, arranco yo.
ÁNGEL. —*(Quiere desviar la atención.)* Es que la comida está riquísima...
CIELO. —*(Se prende, también para desviar.)* Mmmm... Exquisita. Aurora, te pasaste.
AURORA. —Ay, todo el día cocinando, me duele la espalda... Desde anoche, no dormí...No pegué un ojo.
GABRIEL. —Che, que el menú lo elegí yo. Una parte la hicieron las muchachas, otra parte la encargué.
DANTE. —Son un invento del demonio los chipacitos que hace esta chica... ¿Cómo se llama?
AURORA. —Alma.
DANTE. —¡Alma! Te la voy a robar, Aurora. La quiero en mi casa solo para que me haga chipacitos.
AURORA. —Anotate en lista de espera.
CIELO. —Un vicio. Mañana, dos horas de gimnasio para bajarlos.
MARÍA. —Arranco yo, dije.
ÁNGEL. —María...
MARÍA. —Quiero proponer un brindis. ¡Por su regreso, por esta noche de reencuentro, por Aurora!
ÁNGEL, CIELO, DANTE Y GABRIEL. —*(Al unísono.)* ¡Por Aurora!

Tiempo. Aurora se emociona y le toma la mano a Gabriel.

AURORA. —Ay, basta, tontis. Hablemos de cosas lindas... Gracias, María. Estoy muy agradecida con Dios. Con todos. Me siento una privilegiada. Recibí la bendición. Perdón que no pueda salir de los lugares comunes, pero... no tengo palabras. ¡Salud!

Todos brindan y beben "ad libitum".

GABRIEL. —*(Alzando su copa.)* Yo también quiero celebrar la nueva vida de esta mujer maravillosa...
MARÍA. —*(Alzando la voz.)* A veces me pregunto: ¿por qué unos resucitan tan pronto y otros pasan años y no resucitan nunca?
ÁNGEL. —*(Por lo bajo.)* Por favor, María, ¿en qué quedamos?
MARÍA. —Yo no quedé en nada. En serio. ¿Las oraciones de unos son escuchadas y las de otros no? ¿Hay rezos más poderosos? *(Entrelazando los dedos.)* A mí se me ponen los nudillos rojos de tanto que aprieto las manos. A veces me despierto así, como me dormí. Y pienso: me va a dar artrosis, pero soy capaz de soportar cualquier suplicio con tal de que vuelva Angelito.

Tiempo.

AURORA. —María, la voluntad de Dios es inexplicable.
MARÍA. —¿Se puede cambiar de lugar para que Angelito despierte? Si yo me muero ahora, en este mismo momento, fulminada por un rayo, ¿él renacería? ¿Y si se muere un renacido?

Tiempo. Miradas tensas. Aire cargado de electricidad.

AURORA. —María, no funciona así. No se negocia con Dios. A Dios se le pide, se reciben sus dones, se le agradece.

María se tapa la cara y rompe en llanto. Ángel la abraza y la consuela.

ÁNGEL. —Perdón, quizás deberíamos...
GABRIEL. —No, tranquilos. ¿Quieren salir a tomar aire? Los esperamos.

Tiempo.

DANTE. —*(Quiere romper el clima instalado, fuerza una sonrisa.)* ¿Los esperamos? Yo quiero seguir comiendo.
CIELO. —¡Dante!
DANTE. —Un chiste. Mala mía.
CIELO. —María, rezo por ustedes y por Angelito todos los días.
AURORA. —Largá todo, María. Decí lo que tengas que decir. Te va a hacer bien.

María niega con la cabeza. Ángel se pone de pie y hace que María también se pare y lo acompañe. La abraza y la conduce hacia el espacio off. Los demás, salvo Aurora, se levantan, expectantes. Quieren acercase, buscan decir algo, pero Ángel les hace señas con una mano para que se mantengan al margen. Cuando están a punto de salir, María se suelta de Ángel y pega media vuelta. Encara a Aurora.

MARÍA. —¿O acaso será que los resucitados nunca murieron?
ÁNGEL. —Pero ¿qué decís?

MARÍA. —¿Cómo se llamaba cuando enterraban a alguien antes de tiempo? ¿Catalepsia? Aurora, ¿vos estás segura de que te moriste?

AURORA. —Supuestamente...

GABRIEL. —Aurora, no alimentes falsas expectativas.

AURORA. —Es un misterio divino...

GABRIEL. —Viniste al velorio, María. La tocaste antes de que cerraran la cápsula. Le besaste la frente, fría como una lápida.

MARÍA. —¿Hubo un certificado de defunción? ¿Quién lo firmó? ¿Vos lo viste, Aurora?

AURORA. —La verdad...

MARÍA. —¿Vos lo viste, Gabriel?

GABRIEL. —Si hay algo que odio, son los trámites. De eso se encarga mi secretaria.

MARÍA. —¿La podemos llamar?

ÁNGEL. —Basta, María.

DANTE. —*(A todos en general.)* ¿Le mando mensaje al padre Carlos?

CIELO. —Una crisis de fe puede atacar a cualquiera. En momentos de debilidad, de flaqueza... Hablá con el padre, María.

MARÍA. —¿No era que tenía que ver al psiquiatra, Cielo?

Silencio. Miradas. María escuchó a través del baby call.

MARÍA. —No es una crisis de fe. Es que no damos más. Nunca nos toca. *(Pausa.)* A nosotros nunca nos toca.

ÁNGEL. —Ya llegará.

MARÍA. —¿Será porque tenemos tres más? ¿Hay una cámara compensadora? ¿Un clearing de hijos y familiares perdidos? Si

te quedaron tres nenas, ¿no podés pedir que resucite el varón? *(A Aurora.)* En el caso de ustedes...

AURORA. —Dios no nos concedió la gracia.

GABRIEL. —María, sabés que no podemos. ¿Te parece de buen gusto? Estamos acá para celebrar.

MARÍA. —Y en tu caso, Cielo, están los chicos de Dante.

DANTE. —Por favor no mezcles las cosas.

MARÍA. —*(A Cielo, ignora a Dante.)* ¿Y no pensaron tener más?

CIELO. —Eso lo discuto con mi marido.

MARÍA. —¿Vos, Cielo, rezás sinceramente por el regreso de Sofía?

Silencio.

MARÍA. —¿Quién puede creer...?

CIELO. —No me importa lo que crean. ¿Cómo no voy a rezar por Sofi? Era mi mejor amiga.

MARÍA. —Y también era la mujer de Dante. *(Pausa.)* ¿Qué piensan hacer si Sofía revive? ¿Felices los tres? ¿Lo discutieron con los chicos? Qué familia moderna... ¿Rezan todos juntos en la capilla, de rodillas, tomados de la mano?

ÁNGEL. —*(Intentando llevarse a María.)* Vamos.

DANTE. —Todo tiene un límite, María. Respetá.

MARÍA. —¿Por qué no piden autorización y la creman? No sería el primer caso... Algunas resurrecciones pueden ser incómodas. El tribunal eclesiástico es comprensivo, sobre todo si hay una donación de por medio. Donación... ¿Fue eso lo que hizo despertar a Aurora, Gabriel?

María vuelve a taparse la cara y llora. Cielo se carga de palabras atoradas en su boca.

MARÍA. —*(Llorando.)* Perdón... Perdón...

Tiempo. Aurora se acerca a María y le toma la mano. Cielo sigue tragando algo que busca salir.

AURORA. —Es difícil pedirte que conserves la fe. Haber vuelto no me transforma en un ser especial. No regresé más sabia, ni más intuitiva, ni más resiliente. Tampoco creo que sea portadora de un mensaje, ni de una enseñanza. Al contrario, siento que volví más tonta, más banal... Casi mediocre.
GABRIEL. —Mentira. Dicen que es un proceso largo, la iluminación puede tardar meses, años en manifestarse.
AURORA. —*(Mostrando su cabello.)* La única iluminación que tuve fue la que me hizo Miguelito.
MARÍA. —*(Todavía sollozando.)* ¿Seguís yendo a Miguelito?
AURORA. —No le confío mi cabeza a nadie más. Incluso cuando estaba en la cápsula, me mostró fotos... Make up, peinado...
MARÍA. —*(Sollozando.)* ¿Gabriel lo llamaba? Qué divino...

Cielo no aguanta más y larga lo que reprimía.

CIELO. —A Sofía decidimos no cremarla, pero tampoco la tenemos más en casa.
DANTE. —No quiero exponer...
CIELO. —¿Por qué no? Mejor que se sepa. Listo. Se acabó el secreto. La llevamos a una de esas residencias...

MARÍA. —*(Se recompone, ya no hay vestigio de llanto.)* Ah, un panteón privado. Inauguraron uno de diez pisos hace poco. Yo pensé que no iban a tener aceptación. ¿Y éste qué tal es?

Silencio. Incomodidad.

DANTE. —Lindo. Muy lindo. Hay amplios horarios de visita...
CIELO. —Nosotros tampoco dábamos más. Ya está. *(Pausa.)* Ya está. Los chicos medio que se resignaron.
DANTE. —*(Quedó tildado en el tema anterior.)* Si no podés ir, en la residencia te ofrecen grupos de oración. La cantidad de personas que quieras. Una, dos, tres. Podés pedir que recen por vos el rosario, la novena... Podés pedir misas.
CIELO. —¿Qué futuro podíamos construir con Sofía en casa? Era una presencia que lo ocupaba todo... Yo juro que hablé con ella. En sueños, pero lo sentí real. Fue... Absolutamente vívido. Amiga, me decía... Amiga, va a estar todo bien... Dejame ir...
MARÍA. —¿Y si vuelve?

Tiempo.

DANTE. —*(Tomando la mano de Cielo.)* Lo hecho, hecho está.

Tiempo.

CIELO. —*(Gran anuncio.)* Nuestra unión fue consagrada.

Aurora, Gabriel, María y Ángel se sorprenden y festejan la noticia.

AURORA. —¡Ay, qué alegría!

GABRIEL. —¡Se lo tenían guardado!

MARÍA. —Como dicen en España, ¡enhorabuena!

ÁNGEL. —¡Hagan una fiesta!

DANTE. —Gracias, gracias.

CIELO. —Haremos una reunión íntima... Más adelante.

AURORA. —¿Qué van a esperar? ¡La vida es hoy!

GABRIEL. —¡Más vale!

ÁNGEL. —¡Brindemos por Dante y Cielo, que ya no viven en pecado!

AURORA. —Bueno, che, tampoco era la muerte de nadie.

DANTE. —Pero bien que el padre Carlos nos lo hacía notar, eh. Y otros miembros de la congregación también.

GABRIEL. —¡Nombres, queremos nombres!

CIELO. —No les demos entidad. No se la merecen.

María sigue en un repentino estado alegre, como si hubiese tomado un antidepresivo. Sin embargo, retoma las preguntas incómodas.

MARÍA. —O sea que... ¿una cosa llevó a la otra?

Ángel la reprende con la mirada. Los demás buscan ignorar a María.

AURORA. —¡Una auténtica noche de renacimiento! ¡La vida siempre triunfa!

GABRIEL. —¡Amén!

DANTE. —Con Cielo renovamos nuestro compromiso.

CIELO. —¡Por siempre!

Dante y Cielo se dan un breve beso en la boca. Los demás, incluida María, celebran. Pero María no olvida.

MARÍA. —O sea que poner a Sofía en la residencia los llevó a consagrar la unión. Para avanzar, ¿primero tuvieron que soltar?

Tiempo.

MARÍA. —Quizás, si lo soltamos, Angelito vuelve, ¿no? ¿Cuánto cuesta el panteón privado, chicos?
GABRIEL. —Recordemos las reglas de la buena conversación: "No politics, no money".
MARÍA. —Más o menos... Para tener una idea. Estoy pensando en voz alta.
ÁNGEL. —Por favor, María, detenete de una vez.
MARÍA. —*(Riendo.)* Pero ¿por qué? Hablemos de plata. ¡Todo es plata! Nosotros tributamos por cada uno de los resucitados de la congregación.
GABRIEL. —El diezmo es la base del sistema, María.
AURORA. —Está en las escrituras.
MARÍA. —¿En las escrituras de traslación de dominio? Nosotros tuvimos que vender un terreno que teníamos en...
ÁNGEL. —No viene al caso, María.
MARÍA. —Recontra viene al caso. Si dejamos de poner, con la plata del diezmo pagamos una residencia para Angelito. Y seguimos adelante. Y el día de mañana, cuando resucite...
ÁNGEL. —¡Yo no pienso abandonar a mi hijo en un depósito!

Cielo y Dante acusan el golpe de la descripción que acaba de hacer Ángel.

ÁNGEL. —Perdón, quise decir...

Silencio.

DANTE. —Lo que dijiste.
ÁNGEL. —¡No! ¡Sí! ¡Angelito es el hijo que siempre quise y no llegué a verlo caminar! ¡Un año! Estaba ahí, agarrándose de los muebles, a punto de dar el primer paso y...
MARÍA. —¿Y eso justifica que seas frío y distante con tus hijas?
ÁNGEL. —¿Distante? ¿Yo? ¡Soy el padre presente que muchas quisieran!
MARÍA. —¿Estás seguro?
ÁNGEL. —¡Muy seguro!
MARÍA. —No podés seguir escuchando los audios de Angelito... *(Balbucea.)* Papá, papá... Delante de ellas. ¡También te necesitan!
ÁNGEL. —¿Y qué tengo que hacer? ¡Decime! ¿Qué hago?
MARÍA. —No sé. ¡Yo tampoco quiero dejar a Angelito! ¡No aguanto más!

Silencio. Llantos de Ángel y María, que caen sentados. Los demás desvían las miradas. El lenguaje corporal de Cielo y Dante indica que quieren irse. De pronto, la luz del baby call se enciende y se oye un sonido de alarma electrónica (un pitido neutro pero apremiante) Por el aparato llega una Voz de Mujer con acento español, tipo GPS.

VOZ DE MUJER. —*(En off.)* Proceso de vuelta a la vida en marcha. Un momento por favor.

Inmediatamente suena por el baby call un coro que canta los primeros acordes del "Aleluya". Ángel y María saltan como resortes al mismo tiempo.

MARÍA. —¡Angelito! ¡Mi cielo!

María sale corriendo. Medio segundo después reacciona Ángel.

ÁNGEL. —¡Hijo! ¡Hijo!

Ángel también sale corriendo. Por el baby call se repiten el pitido y la…

VOZ DE MUJER. — *(En off.)* Proceso de vuelta a la vida en marcha. Un momento por favor.

También se repite el coro que canta "Aleluya". Gabriel, con gestos casi copiados de María y Ángel, salta como un resorte. En el movimiento, el celular se le cae de las manos y golpea el piso. Está tan conmocionado que ignora el teléfono y sale corriendo.

GABRIEL. —¡Mamá! ¡Mamá!

Por el baby call llegan gritos estremecedores "ad libitum" de María, Ángel y, luego, de Gabriel. En medio del desquicio se alcanza a entender…

MARÍA. —*(En off.)* ¡Angelito, te quiero! ¡Abrí los ojos! ¡Mirame! ¡Respirá! ¡Llorá como en el parto! ¡Soy mamá! ¡Soy mamá!
ÁNGEL. —*(En off.)* ¡Volvé, Angelito, volvé! ¡Te necesito! ¡Por favor, hijo! ¡Por favor! ¡Por favor!

GABRIEL. —*(En off.)* ¡Mamá, ¿sos vos?! ¿Volviste? ¡Sí, que seas vos! ¡Que seas vos! ¡Dale, mamá, ¿qué te cuesta?! ¡Acá está tu hijo que te ama!

Aurora se acerca al baby call y lo apaga.

AURORA. —Siempre fue mamero...

El griterío ahora llega de lejos. No se entiende nada. Cielo y Dante dudan un instante y finalmente hablan.

CIELO. —Pará, Aurora, ¿no querés enterarte?
DANTE. —*(Levantando el celular de Gabriel del piso y apoyándolo en la mesa ratona.)* Escuchemos a ver qué pasó. Ayudemos. ¿Qué se hace en estos casos? ¿Se llama al médico?
CIELO. —¡Vos sos médico!
DANTE. —¡Médico forense! Llego a ver un paciente vivo y me desmayo.
CIELO. —¿Quién revivió? ¿Hace falta un gerontólogo o un pediatra?
DANTE. —Da igual. Llamemos a Emergencias.
AURORA. —Yo me desperté solita y Gabriel le mandó mensaje al padre Carlos. Nada más. Al médico todavía no volví.
CIELO. —Pero...
AURORA. —El que quiera saber, que vaya. Son treinta o cuarenta pasos. No es tan lejos.
CIELO. —No, bueno. Me parece que tenemos que respetar la intimidad del reencuentro...
DANTE. —Sí, la privacidad. Es un momento único. *(Pausa.)* ¿Y si necesitan algo? *(Refiere baby call.)* Prendámoslo pero sin molestar.

AURORA. —Lo que ocurre en la capilla se queda en la capilla. Eso es respetar la intimidad. Ya nos avisarán. Paciencia. *(Pausa.)* Ojalá sea Angelito... Ángel y María se lo merecen.

CIELO. —Absolutamente. Si alguien se ha ganado el cielo en la tierra, son ellos.

DANTE. —Dios decide, ¿no?, y por favor no me malinterpretes, Aurora, pero la prioridad sería para una criatura que tiene toda la vida por delante. No para una señora mayor que vivió su vida, la vivió bien e hizo siempre lo que quiso.

AURORA. —Tal cual. Tal cual.

CIELO. —Vamos, Angelito.

DANTE. —Eso. Fuerza, Angelito.

AURORA. —Dios te salve, María, llena eres de gracia...

Cielo y Dante se unen al rezo.

AURORA, CIELO Y DANTE. —*(Al unísono.)* ... el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

El celular de Gabriel, apoyado en la mesa ratona, enciende sus luces y emite un ringtone con los primeros acordes del tema "The final countdown", del grupo Europe (1986.) El rezo colectivo se corta en seco. Aurora, Cielo y Dante miran el celular con gran interrogante.

DANTE. —El celular de Gabriel.

Tiempo.

CIELO. —¿No lo vas a atender, Aurora?

Aurora no contesta.

DANTE. —¿Me puedo fijar yo, Aurora?

Ante la falta de respuesta de Aurora, Dante actúa. Camina a paso firme, toma el celular y mira la pantalla.

DANTE. —Es un aviso de Renacer. La aplicación.
CIELO. —¿Era la aplicación de tu suegra? ¿O la tuya? ¿Vos estás viva, Aurora? ¡Aurora!

Aurora niega con la cabeza. Mira el vacío.

CIELO. —¿Qué dice el celu, Dante?
DANTE. —No sé, está bloqueado.
CIELO. —¿Es con huella?
DANTE. —No, es con los puntos esos que parecen un tatetí.
CIELO. —Y probá algo. Alguna figura.
DANTE. —¿Qué figura?
CIELO. —No sé. Cualquiera.

Aurora sigue con mirada ausente, pero habla.

AURORA. —La Zeta. Gabriel hace la Zeta del Zorro.
CIELO. —Probá.
DANTE. —*(Luego de deslizar su dedo sobre la pantalla.)* No es una Zeta.
AURORA. —Si digo que es una Zeta, es una Zeta.

CIELO. —¿Y dónde empieza?

DANTE. —Eso, ¿en qué punto arranca?

AURORA. —Qué vivo... Si supiera... Cambia la clave cada tres días...

DANTE. —¿No será una Ese?

AURORA. —¡No! ¡Una Zeta!

DANTE. —Pruebo otra vez... A ver.. Tampoco.

CIELO. —Capaz que simula el primer movimiento. Un movimiento falso, ¿entendés?

DANTE. —Me tiro otro piletazo... ¡Pucha! Me bloqueó.

CIELO. —¡Ay!

Silencio. El ringtone vuelve a sonar desde el principio, con insistencia.

DANTE. —*(La música le hace doler los oídos.)* Encima le puso el ringtone de Europe.

CIELO. —*(Ocultando rechazo a "lo grasa".)* Qué simpático.

Instantes.

AURORA. —No... Si no puede con su genio. Me imita en todo. Yo resucito, ella resucita. Yo tengo el diezmo, ella quiere el diezmo.

DANTE. —¿De quién habla?

CIELO. —De la suegra.

AURORA. —¡Si se vistió de blanco para nuestro casamiento!

DANTE. —Bueno, tampoco era blanco.

CIELO. —Era hueso.

AURORA. —¡Era marfil! ¡La madrina parecía la novia! Quería ocupar mi lugar.

DANTE. —¿Marfil? Era cremita.

CIELO. —¡Da igual!
AURORA. —Quería casarse con el hijo. Y que todos la miraran. El marfil, en las fotos, ¡salió blanco! Me arruinó el álbum de bodas.

De pronto entra Gabriel del brazo de Susana, su mamá de 80 años. La situación remeda una salida de la iglesia tras una ceremonia de casamiento. La madre camina con dificultad. Luce el vestido color marfil del que estaban hablando.

AURORA. —Y pidió que la enterraran con ese vestido. Ahí la tenés, con la mortaja de novia.
CIELO. —¡Susana, qué alegría!
DANTE. —¡Bienvenida, Susana, así en la tierra como en el cielo!
SUSANA. —Yo estaba tan bien... ¿Para qué me despertaron?
GABRIEL. —*(Emocionado hasta las lágrimas.)* Vení, mami. Sentate, es normal que estés confundida. Tengo tanto que explicarte... Mirá, compré el jamón crudo italiano que te gusta... El prosciutto... Poquito, eh, porque si no la presión...
CIELO. —¿Y Angelito?

Gabriel responde con gesto de "no sé".

SUSANA. —*(Sorprendida al ver a Aurora.)* ¡Aaaah! ¿Qué hace ésta acá? ¡Vos estabas muerta!
AURORA. —Y vos también, querida suegra. Tanto tiempo sin verte...
SUSANA. —Crepaste antes que yo.
AURORA. —¿Estás confesando un crimen?
SUSANA. —Luego de tu partida, viví un año maravilloso, a solas con Gabrielito.

AURORA. —*(Falsa.)* Yo también estoy contentísima de tenerte en casa, Susana.

GABRIEL. —¡Mamá! Aurora volvió hace un mes. ¿No te parece estupendo?

SUSANA. —Me caigo y me levanto. *(Pausa.)* ¿Y Babieca? ¿Y Don Rodrigo? ¡Uhu, vengan con mamá!

AURORA. —Ahí empezamos...

DANTE. —Uy, no.

CIELO. —¿Qué le decimos?

GABRIEL. —Mami, hubo algunos cambios...

SUSANA. —¿Hicieron cambios sin mi autorización? *(Pausa. Miradas. Tensión.)* Gabrielito, ¿por qué no podemos vivir juntos otra vez?

GABRIEL. —Vas a estar acá.

SUSANA. —Yo quería decir... *(Quiere significar "sin Aurora".)*

AURORA. —Lo que me faltaba.

SUSANA. —Al final del camino, la vida me concedió un regalo, estar en comunión con mi hijo, pero fue tan efímero.

GABRIEL. —Fue el tiempo que nos permitió el Supremo.

SUSANA. —El tiempo en que aceptaste al verdadero Dios. Y ahora que lo vi...

GABRIEL. —¿Cómo es, mami?

DANTE. —¿Lo viste?

CIELO. —¿Qué hay después de la muerte? Aurora no contó nada.

AURORA. —No recuerdo.

DANTE. —¿Es como una persona, es etéreo, es una luz?

CIELO. —Describinos el cielo, Susana, por favor. ¿Es todo armonía, sabiduría, contemplación?

Silencio.

SUSANA. —Me dio miedo.

DANTE. —¿Qué?

CIELO. —¿Cómo?

GABRIEL. —Habrá sido el primer encuentro. Tanto poderío... Puede resultar intimidante. Pero después...

SUSANA. —Después peor... Más miedo...

CIELO. —No puede ser.

DANTE. —Temor a Dios tenemos todos.

SUSANA. —El limbo...

AURORA. —Está desvariando.

SUSANA. —Un lugar de castigo...

CIELO. —Pero. El limbo es el sitio de... *(Cae en la cuenta de lo que va a decir.)* los angelitos... Pobres criaturas, no cometieron ningún pecado, salvo el pecado original, y no hubo tiempo...

SUSANA. —Los no bautizados lo adoran, lo colman de amor, quieren subírsele a upa... Pero Él los desprecia.

DANTE. —Imposible.

GABRIEL. —Fueron demasiadas emociones, mami, ¿por qué no...?

SUSANA. —Y me mandó a mí para traer a su hijo...

DANTE. —¿Otro hijo de Dios?

CIELO. —Llamemos al padre Carlos urgente.

GABRIEL. —No hables más, mami. Los estás confundiendo.

AURORA. —¿Con ochenta años vas a traer un hijo? Eso sería un milagro mayor que el de la Virgen María.

SUSANA. —¡No la nombres!

AURORA. —¿Eh? ¿Qué le pasa?

CIELO. —¡Susana! ¿Por qué se pone así?

SUSANA. —¡No sé!

DANTE. —*(Se lava las manos.)* Por mi especialidad no puedo atenderla. ¿Llamo al doctor Becerra?
GABRIEL. —Tranquilos, se le va a pasar.
SUSANA. —*(A Aurora.)* ¿Vos no viste nada?
AURORA. —*(Estalla.)* ¡Después de la muerte no hay nada! ¡Nada! ¡Oscuridad, vacío, silencio!

Silencio. Susana acusa un poco de cansancio y una leve molestia en la panza. Muy sutil.

SUSANA. —Cada una cree en lo que quiere. O en lo que puede.
CIELO. —No contestó lo más importante, Susana. ¿Cómo es Dios? ¿Tiene un aspecto humano? ¿Un cuerpo físico?

Pausa.

SUSANA. —Dios es un gato persa blanco.
AURORA. —Ah, bueno...
DANTE. —Solo espero tu indicación, Gabriel, para llamar a Becerra.
GABRIEL. —Mami, de a poco. Quizás ves las cosas un tanto borrosas. Se te confunden el sueño y la vigilia. Visiones de tu vida antes, del tiempo que estuviste ausente...
SUSANA. —Pero ¿hablo en chino yo? Si digo que Dios es un gato persa blanco, es porque lo vi como un gato persa blanco. Dios está en todas las cosas. Imagino que cambia. A cada cual se le muestra como aquello que más ama.
CIELO. —Tiene sentido, ¿no? Todos nos hacemos nuestra propia representación de Dios.

SUSANA. —Aunque es raro. Porque yo adoro a todos los gatos. Bueno, casi todos. El persa... Esa cosa del sartenazo *(Refiere nariz chata.)*... Es pura pose. ¿Qué quieren que les diga? Me parece un gato de vedetonga retirada. De viejo trolo.

AURORA. —Ay, siempre tan correcta.

SUSANA. —Escuchame, nena. A mi edad, muerta y resucitada, ¿sabés por dónde me paso la corrección?

AURORA. —No, si me queda claro.

SUSANA. —A mí me queda claro por qué no le viste la cara a Dios.

GABRIEL. —Mami...

AURORA. —¿A ver, Susana, por qué?

SUSANA. —A vos se te tenía que haber presentado como alhajas, lingotes, cajas de seguridad... Pero ahora con esto del dinero virtual... No viste nada.

AURORA. —Ay, Dios, dame paciencia...

Tiempo.

CIELO. —Como dijo María, ¿vos estás segura de que te moriste, Aurora?

AURORA. —¡Y dale con eso! ¡La muerte es el cielo negro sin luna ni estrellas!

Tiempo.

SUSANA. —Gabrielito, no habrás sido pijotero, ¿no?

Gabriel desestima con gestos, ya sabe a qué se refiere su madre.

DANTE. —¿Qué quiere decir, Susana?

GABRIEL. —Tonterías.

SUSANA. —Si no saliste en La Nación, no te moriste.

CIELO. —¡Ja ja!

DANTE. —*(Riendo.)* ¡Es muy bueno!

AURORA. —Gabriel pagó un aviso a dos columnas cuando me fui.

SUSANA. —*(Miente, se hace la tonta.)* La verdad que no lo vi. Estaba muy ocupada consolando a mi hijo. ¿Para mí cuántas columnas fueron?

GABRIEL. —No viene al caso.

SUSANA. —¿Cuántas?

GABRIEL. —Tres.

SUSANA. —*(A Aurora.)* ¿Decías?

AURORA. —*(Dolida porque su suegra tuvo una columna más en los avisos fúnebres.)* Mi marido me guardó los recortes. Los conté. Ciento cuarenta y nueve avisos fúnebres publicados con mi nombre.

Tiempo.

SUSANA. —Gabrielito, ¿después me mostrás los míos y nos reímos un rato? ¿Te acordás cómo disfrutábamos leyendo las partidas?

GABRIEL. —*(Contiene una sonrisa de complicidad, mantiene la compostura.)* Sí, mami.

SUSANA. —*(Repentinamente se acuerda de algo importante, recupera energía.)* ¡¿Dónde están mis gatos?!

AURORA. —Por suerte, lejos de esta casa. Todo ese pelo, esa pelusa...

GABRIEL. —Por favor tomalo con calma, mami.

SUSANA. —¡¿Dónde están?!

CIELO. —Los adoptamos nosotros, Susana.

SUSANA. —¿Y qué esperan? ¡Vayan a buscarlos!

DANTE. —Bueno, Babieca ya estaba vie... Estaba grande.

CIELO. —Le dimos lo mejor, sus últimos meses fueron maravillosos.

DANTE. —Nos salió más cara...

SUSANA. —*(Al borde del llanto.)* ¿Por qué no la salvaron?

DANTE. —Llegó un momento que no pudo hacerse nada... ¿Quiere ver la cuenta del veterinario?

SUSANA. —*(Se ilusiona.)* Don Rodrigo era más joven.

CIELO. —Ya tenía sus años, pero conservaba el impulso. Se escapaba.

SUSANA. —¿Lo cruzaron? ¿Cuántas camadas tuvo? Don Rodrigo, el mejor macho que tuve. Y tuve muchos.

GABRIEL. —¡Mamá!

SUSANA. —Todos entienden de qué hablo. ¡Vamos, quiero a Don Rodrigo!

DANTE. —Un día se pasó al terreno del fondo y...

SUSANA. —¿No le hicieron dar servicio?

CIELO. —Esas cosas las entiende usted sola.

SUSANA. —¿Cómo pueden ser tan ignorantes? Si a Don Rodrigo no le ponían varias gatitas en celo... ¡Más vale que iba a escaparse!

DANTE. —Intentamos con carteles y anuncios en redes, ofrecimos recompensa...

SUSANA. —Era tan potente que a veces había que desagotarlo manualmente.

AURORA. —No queremos enterarnos.

SUSANA. —Mordía, arañaba, pero al final se dejaba y... ¡Puaf!

DANTE. —No hubo caso. Don Rodrigo jamás volvió.

Silencio. Susana junta angustia y finalmente rompe en llanto.

SUSANA. —¡Aaaaah! ¡Don Rodrigo! ¡Campeón argentino y sudamericano! ¡El mejor animal que crié! ¡Hijo de Malevo y Aurora!

AURORA. —Gracias por el homenaje.

SUSANA. —Un aborto de la naturaleza, porque Aurora era una gata del montón. Una chiruza. Una buena para nada. Estuve a punto de sacrificarla.

AURORA. —Qué revelación.

SUSANA. —¡Doscientas siete crías me dio Don Rodrigo! ¡Una mejor que la otra! Las vendí todas, en dólares.

DANTE. —¿Y si consigue un hijo de Don Rodrigo? Un cliente se lo puede prestar. Lo cruza con una buena hembra y...

SUSANA. —¿Pero vos te creés que soy estúpida, Dante? Dante era tu nombre, ¿verdad?

DANTE. —Sí.

SUSANA. —Las neuronas no se me congelaron. ¿Vos pensás que yo iba a vender un macho entero, hijo de Don Rodrigo? Las hembras igual, esterilizadas. Todos se fueron para compañía.

AURORA. —El que mucho abarca...

Susana fulmina a Aurora con la mirada.

SUSANA. —Necesito un gatito. Un nuevo cachorro.

CIELO. —¿Y si llaman a alguna de sus amigas?

GABRIEL. —Se murieron todas.

DANTE. —Ahora hay muchas proteccionistas. Se puede adoptar y...

GABRIEL. —*(Advierte metedura de pata.)* No, Dante.

Susana empieza a juntar bronca ante los dichos de Dante, quien no capta las advertencias.

DANTE. —Es lo que corresponde, ¿no? Eso de comprar mascotas ya no está bien visto.
GABRIEL. —No tiene freno.
DANTE. —O sea, a mí me gustan los animales de marca, pero lo copado, lo progre, es adoptar, porque si no se llena de perros y gatos callejeros...
AURORA. —Ay, qué divertido va a ser esto...
DANTE. —Y después traen enfermedades y la otra vez hubo un caso de rabia, no me acuerdo dón...

Susana explota.

SUSANA. —¡Pero la concha de tu puta madre, Dante! ¡Dediqué mi vida! ¡Introduje el gato Bosques de Noruega, mejoré la raza, la impuse como objeto de deseo, llegué a los más altos niveles de cría, tenía pedidos de Europa, de Estados Unidos, ¿y vos querés que adopte un gato negro de porquería, que lo mejor que le puede pasar es ser despanzurrado en un ritual umbanda?!

Silencio. No vuela una mosca. Aurora insta a Dante, disimuladamente, para que siga, sin éxito.

SUSANA. —Necesito un gatito.
GABRIEL. —Ahora tenés que descansar.

SUSANA. —Descansé demasiado, ¿no te parece? *(Vuelve a mostrar cansancio y molestia.)* ¿Por qué no me cremaron? ¿Por qué siguieron rezando? ¿Por qué resucité?

GABRIEL. —Será que Dios tiene una misión para vos.

SUSANA. —Por eso. Necesito un gati... *(Se queda sin energía, cierra los ojos, Se reactiva de golpe.)* ¿Qué hacía en la capilla tu amigo, el escribano?

GABRIEL. —Es una historia larga, mami. Mejor...

CIELO. —Sí, mejor damos por terminada la comida.

DANTE. —Ustedes seguramente quieren estar solos. Y María y Ángel...

SUSANA. —¡Tengo hambre! ¡Quiero comer! ¿Qué esperás, Gabrielito?

AURORA. —Yo te sirvo, Susana.

SUSANA. —Así me gusta. Serví para algo.

CIELO. —En serio, ¿por qué no nos vamos?

DANTE. —Definitivamente.

SUSANA. —¡Prosciutto! Con ese pancito, y con la mayonesa de oliva.

GABRIEL. —Tranquila, mamá.

SUSANA. —De algo hay que morir. ¿Cómo se llamaba el escribano? ¿Ángel? De angelito no tiene nada.

GABRIEL. —Angelito es el hijo. Lo trajeron en la cápsula, no querían dejarlo solo. Lo llevamos a la capilla y...

SUSANA. —Y le chupé la energía.

GABRIEL. —Angelito está muerto.

SUSANA. —Ya sé. No soy tonta.

María y Ángel vuelven de la capilla. Están destrozados. La esperanza de que Angelito hubiese resucitado terminó en una nueva frustración.

Aurora, Gabriel, Cielo y Dante se acercan a ellos para consolarlos. Susana se queda sentada con gesto ausente.

AURORA. —Será la próxima.
GABRIEL. —No pierdan las esperanzas.
AURORA. —Dios proveerá.
CIELO. —Cuenten con nosotros siempre, María.
DANTE. —¿Querés que los llevemos, Ángel? No están en condiciones de manejar.
AURORA. —Quédense a dormir. El cuarto de huéspedes está preparado.
GABRIEL. —Por supuesto. Van a estar tranquilos, en la otra punta de la casa. Mamá tiene su propia habitación, pegada a la nuestra.

María reacciona con desesperación. Camina a paso firme hacia Susana. Su gestualidad y su lenguaje corporal resultan impredecibles. ¿Va a agredirla? Ángel corre a María desde atrás, intenta retenerla pero no puede.

MARÍA. —¿Qué hay del otro lado, Susana? ¿Lo viste a Angelito?
ÁNGEL. —María, dale tiempo, recién volvió.
MARÍA. —¿Lo viste o no lo viste?

Susana niega con la cabeza.

MARÍA. —¿No lo viste?
SUSANA. —No lo conozco.
MARÍA. —Estaba al lado tuyo, en la capilla.
SUSANA. —Cuando me desperté no vi nada.

ÁNGEL. —Tomemos algo para dormir. Aceptemos la invitación.
AURORA. —Sí, por favor, quedensé.
GABRIEL. —Mañana van a ver las cosas más claras.
MARÍA. —¡¿Cómo es el limbo, Susana?!
ÁNGEL. —Dale, voy a buscar las pastillas.
MARÍA. —¡Maldita la hora que te hice caso, Ángel, y acepté una postergación, y otra, y otra más!

Pausa.

ÁNGEL. —Mi hermana y el marido quedaron varados en España.
MARÍA. —Varados. ¡Les prohibieron la salida! Casi terminan presos por evadir impuestos. ¡Teníamos que haber cambiado de padrinos!
ÁNGEL. —¡Teníamos, teníamos, teníamos! ¡Teníamos que haber cambiado tantas cosas!
MARÍA. —¿Qué querés decir?
ÁNGEL. —Nada. *(Pausa.)* Por lo pronto teníamos que haber cambiado de pediatra.

María le clava una mirada asesina a Ángel.

MARÍA. —¡Mi hijo se murió con el pecado original, Susana! ¡Decime que está bien! ¡Decime que le agrada al Señor!

Aurora, Gabriel, Cielo y Dante, que escucharon los dichos de Susana sobre el limbo, cruzan miradas. Temen.

ÁNGEL. —Ese doctorcito es muy bueno para salir en los medios y dar consejos en redes... Pero cuando las papas quemaron...

MARÍA. —¡Callate! ¡No quiero escucharte más!
ÁNGEL. —Cuando las papas quemaron...
MARÍA. —¡Aaaah!

María se lanza furiosa sobre Ángel, quiere pegarle y arañarlo. Aurora, Gabriel, Cielo y Dante la contienen "ad libitum". Instantes de furia y confusión que se acallan cuando habla...

SUSANA. —*(Poniéndose de pie.)* Dios me dio una misión y no puedo perder tiempo en boludeces.

Silencio. Estupor.

MARÍA. —¿Mi hijo te parece una boludez? Decime que está en una nubecita baja con forma de cuna. Jurameló porque te caigas redonda y te mueras otra vez.
SUSANA. —¿Qué me importa a mí el limbo si yo estuve en el Cielo, con el Creador, y Él en persona me encomendó una tarea?
MARÍA. —¡Hablame de Angelito!
SUSANA. —Problema tuyo Angelito. No seas cargosa.

María se queda sin reacción y vuelve a llorar. Se hunde en el pecho de Ángel, que la recibe con gesto de rechazo.

SUSANA. —Tengo un asunto más importante. Viste cómo es Dios. Te pide algo pero no se entiende, no te dice cómo. La lista del supermercado para Él no existe. ¿Te va a hacer un tutorial? Ni de casualidad. ¿Para qué? Si se entretiene viéndonos sufrir.

CIELO. —¿Esa sensación te dejó? ¿Realmente creés que Dios goza al contemplar nuestras penurias?

SUSANA. —Gozar, lo que se dice gozar, no, pero se caga de risa. Ahora, ¿cómo catzo hago para traer a un hijo?

AURORA. —Otra vez con esa cantinela. Date cuenta, Susana...

SUSANA. —¿A vos Dios no te pidió nada, Aurora? Vos que sos tan beata, tan obediente, ¿ni un mandadito, ni un trámite, ni una transferencia por CBU?

AURORA. —Ya te dije que no lo vi. Y no entiendo por qué seguís mezclando la plata.

SUSANA. —¡Porque vos resucitaste gratis! ¡Y nada es gratis en esta vida ni en la otra!

GABRIEL. —¿Cómo es eso, mami?

SUSANA. —Es un trueque. Dios te da nueva vida y a cambio te exige que le hagas de cadete en la Tierra. *(Pausa.)* Pero ¿no lo entienden? ¿Necesitan que les haga un dibujito?

AURORA. —Me niego a creerlo.

SUSANA. —Y más vale que me apure porque, si no, vuelvo al freezer. ¿Qué esperan? ¡Piensen! ¿Cómo traigo a un crío?

MARÍA. —Problema tuyo, yegua.

ÁNGEL. —María.

AURORA. —A tu edad no hay manera, Susana.

SUSANA. —A mi edad puedo hacerme una fertilización in vitro. *(Refiere a Aurora.)* Agarro un óvulo tuyo, lo junto con un espermatozoide de un hombre en serio, no de este zángano *(Refiere a Gabriel.)*, y listo.

GABRIEL. —¡Mamá!

SUSANA. —Yo te adoro, hijo, pero hay cosas para las que no servís. Y vos lo sabés.

AURORA. —¿Me estoy perdiendo de algo?

Silencio. Susana disfruta lo que va a decir.

SUSANA. —¿Vos pensaste que yo te iba a dar un hijo entero?

Aurora tarda en comprender. Entra en estado de conmoción.

AURORA. —Gabriel, ¿vos...?
GABRIEL. —Hay una explicación.
AURORA. —¿Te hiciste la vasectomía?
GABRIEL. —No.
AURORA. —Me hicieron creer... Me morí creyendo que no podía tener hijos. Tantos estudios... ¿Arreglaron a los ginecólogos para que me mintieran? ¿Te dejaste castrar por tu madre?
SUSANA. —No hizo falta. Unas oportunas paperas resolvieron el tema.
AURORA. —¿Paperas? *(A Gabriel.)* Vos nunca tuviste pape... El viaje a Miami que suspendimos, el verano antes de casarnos... Gripe, dijiste. Una semana sin vernos...

A partir de este punto, Aurora muestra resentimiento hacia Gabriel.

SUSANA. —Bueno, basta. Me cuelan el embrión, me llenan de hormonas y... Vos, Dante, que sos médico, ¿es posible o no es posible la fertilización?
DANTE. —Bueno, no es mi especialidad...
SUSANA. —¡Ninguna es tu especialidad! ¿Compraste el título? Respondé. ¿Se puede?

DANTE. —Ha habido casos de señoras mayores. Más de setenta.

SUSANA. —Yo hice tratamientos de La Prairie y siempre usé cremas de L´ Occitane. Estoy estupenda.

GABRIEL. —Eso no te lo discute nadie, mami, pero...

SUSANA. —Aunque mejor... ¿Saben qué? Por otro embarazo no paso. Las piernas, las náuseas. Ni loca. ¿Y si alquilo un vientre? ¿O si compro un chico? ¿Habrá problema si es medio morochito?

MARÍA. —¡Basta, Susana! ¡No podés hablar así del regalo más sagrado, que es la vida!

SUSANA. —Ningún regalo, María. En todo caso es un préstamo. Y ahora tengo que pagar. *(Pausa. Acusa malestar. Inicia salida.)* Ya vengo.

MARÍA. —¿A dónde vas? No huyas.

AURORA. —Típico de ella. Tira la bomba y se va.

CIELO. —Susana, explíquese mejor. Queremos saber.

SUSANA. —¡Me estoy haciendo pis! Estuve fuera de mi cuerpo, tengo el cuerito flojo. ¿Quieren que haga acá?

AURORA. —Con todas las barbaridades que dijiste. Una mancha más...

Susana, desafiante, se levanta un poco el vestido y hace el gesto de flexionar las rodillas, como si fuera a orinar.

AURORA. —¡Por favor!

SUSANA. —No me busques, eh. ¡No me busques!

GABRIEL. —Andá, mami, pero no tardes.

SUSANA. —Voy a tardar lo que haga falta.

Susana sale. Silencio. Miradas. Ángel, que quedó tildado, se aleja de María.

ÁNGEL. —Cuando las papas quemaron... El doctorcito justo tenía un congreso. "Llevalo a la guardia". Demasiado tarde. El precio de calentarse con un ambo y un estetoscopio.

Silencio. Incomodidad.

AURORA. —Además del cuarto de huéspedes, Ángel, hay otro más pequeño. Y para mi marido está el garage. Duerme en el auto. ¡En mi camioneta no!

Gabriel hace gesto de aceptación de la penitencia. No quiere discutir.

ÁNGEL. —Me tiro en el sillón de la capilla. Al lado de Angelito.
CIELO. —¿Dónde tenés la medicación para dormir, Ángel? Para María. ¿En el auto? La voy a buscar.
DANTE. —*(Por primera vez asume su rol de médico.)* Puse un neceser dentro de tu cartera, Cielo. Ahí tengo Clonazepam y otras cosas.

Cielo va por su cartera, revisa y encuentra lo que le pide Dante. Se lo extiende.

DANTE. —Gracias, Cielo. *(Abre el neceser y saca algunos blisters de medicamentos. Pide a todos en general.)* Un vaso de agua... María...

Aurora sirve el vaso de agua y lo acerca.

DANTE. —Tomá, María. Te va a hacer bien.
MARÍA. —*(Ignora a Dante. Habla como ausente.)* Si resucitar es volver convertida en una persona egoísta...
AURORA. —¿Convertida? Susana fue egoísta siempre. Primero ella, segundo ella, tercero ella. *(Mastica bronca.)* Y el hijo que nunca...
MARÍA. — *(Interrumpe.)* Okey, pero si volvés y no aprendiste, no creciste, no te transformaste en alguien mejor...
AURORA. —Olvidate. Mi suegra es así.
MARÍA. —No hablo solo de Susana. Hay otras personas...
AURORA. —¿Lo decís por mí, María? ¿Yo qué? *(Pausa.)* ¿Yo qué?
DANTE. —*(Vuelve a ofrecer las pastillas y el vaso de agua.)* María...
MARÍA. —*(Acepta las pastillas.)* Tal vez sea el momento de la aceptación.

María acepta el vaso de agua y se apresta a tomar las pastillas. De pronto, Susana vuelve con una criatura envuelta en una manta. Nadie parece captar su presencia, excepto...

CIELO. —Susana, ¿qué hace?

Los demás ven a Susana y reaccionan. María deja las pastillas y el vaso de agua.

AURORA. —¿Qué traés ahí, Susana?
SUSANA. —El hijo del gato.
ÁNGEL. —¡No! ¡Angelito! ¿Por qué lo sacaste de la cápsula?
SUSANA. —Es el hijo de Dios. Ahora lo veo clarísimo. Lo tenemos a mano. Hay que tomar el camino más recto.

ÁNGEL. —¡Pierde la cadena de frío! ¡Dameló!

AURORA. —Soltalo, Susana. Devolvelo. ¡Gabriel, decile!

GABRIEL. —Mami, ¿estás segura de lo que decís?

ÁNGEL. —¿Por qué no sonó la alarma? ¿Por qué no escuchamos nada?

SUSANA. —Es más fácil traer un hijo terminado. En un año deja los pañales. Dios se va a poner de contento...

ÁNGEL. —¡María, reaccioná! ¡Ayudame a sacarle a Angelito!

MARÍA. —¿Y si es momento de dejar todo en manos de Dios?

ÁNGEL. —¿Para qué rezamos? ¿Para qué pedimos?

MARÍA. —Tal vez rezamos para esto.

SUSANA. —*(Acunando a Angelito.)* Oh, oh, oh-oh-oh... *(Canturrea.)* Despiértate, niño. Despiértate, ya. Que viene el coco y te comerá.

CIELO. —Démosle una oportunidad. Dante, ¿hay algo que la ciencia pueda hacer?

DANTE. —*(Tras una larga pausa, encogiéndose de hombros.)* Creer. Confiar.

ÁNGEL. —¿Qué hicieron con el baby call? ¿Por qué no lo oímos?

AURORA. —Lo apagué yo, para no escuchar el griterío en la capilla.

ÁNGEL. —¿Se pusieron de acuerdo? ¿Es una confabulación?

MARÍA. —Dios aprieta pero no ahorca. Es una prueba más. Nada que no podamos soportar.

SUSANA. —*(Se abre el vestido y pone a Angelito entre sus pechos desnudos.)* Le voy a hacer el cangurito. Para que reciba más calor. Y si quiere alimentarse...

ÁNGEL. —¡¿Con qué leche?!

AURORA. —Hiel. Ponzoña. Veneno tiene de sobra.

CIELO. —Esperemos el milagro.
GABRIEL. —Mamá, ¿cómo podemos ayudar? Dios te mandó traer al nuevo mesías. Seguramente te dio alguna clave. Tratá de recordar.
SUSANA. —Pero ¿qué te creés? ¿Que hay un token de seguridad?
CIELO. —¿Y Jesús? ¿No lo viste? ¿No dijo nada?
SUSANA. —Jesús es un colgado...
DANTE. —Está blasfemando.
SUSANA. —No creo que le cause gracia. Hijo único durante tanto tiempo...

De pronto, Susana electriza a todos, excepto a Aurora, al lanzar un grito único de dolor. Se retuerce sin soltar a Angelito.

SUSANA. —¡¡Aaaayyy!!

Larga pausa. Aurora cree que Susana simula.

AURORA. —Se mordió la lengua.

Susana vuelve a retorcerse de dolor, ahogando el grito. Aurora, ahora, capta que el sufrimiento es real. Lo saborea.

AURORA. —Dios castiga sin palo y sin piedra.
SUSANA. —Yo habré resucitado, pero el cáncer sigue. Me consume. Quema. Si no traigo al hijo de Dios pronto, volverá a matarme. ¿Qué esperás, estúpido?
GABRIEL. —¿Qué hago, mami?
SUSANA. —¡Llamá al padre Carlos!

Gabriel se aparta, graba un mensaje de voz inaudible en su celular y lo manda.

MARÍA. —*(Totalmente convencida.)* ¡Lo que Dios necesita es que entreguemos a nuestro hijo!
ÁNGEL. —*(Rechaza de plano.)* ¿Cómo?
MARÍA. —Cuando el arcángel Gabriel bajó y le dijo a María que iba a tener un hijo aunque era virgen, ¡nadie le discutió!
DANTE. —Es cierto.
MARÍA. —¡Ni el marido puso peros!
DANTE. —Por eso es santo.
MARÍA. —Acá tenemos a Susana, la única que volvió con un encargo de Dios y ¡estamos meta ponerle palos en la rueda!
CIELO. —Tiene razón.
MARÍA. —*(Se arrodilla, mira al cielo y alza los brazos.)* ¡Yo te ofrezco, Señor, el fruto de mis entrañas! ¡Ángel, ¿qué esperás?!
ÁNGEL. —Es que... le estamos siguiendo el juego a una vieja senil.
SUSANA. —*(Nuevo ataque de dolor.)* ¡Aaay! ¡No hay tiempo!
ÁNGEL. —*(Pone una rodilla en tierra con dificultad.)* Los ligamentos cruzados... ¡Yo te ofrezco, Señor...!
MARÍA. —¡A medias no! ¡Con convicción, con todo! ¡Entregá el alma!
ÁNGEL. —*(Ahora sí, arrodillado por completo y convencido.)* ¡Dios, que tu tiempo sea mi reloj; y tu voluntad, mi camino!

De repente, un destello de luz y un trueno muy fuerte ganan la escena y sacuden a todos, como si un rayo hubiese caído cerca. Gritos. Confusión. Estremecimiento. Empieza a llover. Un chaparrón fuerte.

GABRIEL. —No anunciaban lluvia.
AURORA. —*(Cambia su estado, olvida momentáneamente recelos.)* Es una señal.
CIELO. —Todos de rodillas. *(A Dante.)* Pero Sofía queda fuera del pedido, ¿estamos?
DANTE. —¡Obvio! ¡Más vale!

Gabriel, Aurora, Cielo y Dante se suman a María y Ángel en la posición de rodillas. Todos mascullan rezos desordenamos mientras Susana parece desvariar, sentada en un sillón.

SUSANA. —¿Y si alguien tiene que morir para que renazca Angelito?

Dicho esto, Susana parece quedarse dormida. Todos los arrodillados lanzan llantos y suspiros de angustia y redoblan sus rezos. En medio de la letanía ininteligible, alcanzamos a entender a…

GABRIEL. —A Aurora podés llevártela de nuevo…
AURORA. —¡Te escuché!
ÁNGEL. —¡Te entrego a mi hijo!
MARÍA. —¡Lo que Dios quiera, como Dios quiera, cuando Dios quiera!

Un nuevo rayo, más fuerte aún, hace que todos los arrodillados caigan al piso, como tirados por una fuerza superior. Quedan desparramados en medio de llantos y quejidos.

GABRIEL. —Me van a romper la casa.

AURORA. —*(A Gabriel.)* ¡Después hablamos!

CIELO. —¡Sagrado corazón de Jesús, en vos confío!

MARÍA. —Angelito, ¡te lo suplico!

ÁNGEL. —¡Hijo de Dios, hijo de tigre!

DANTE. —¡El auto! Llega a granizar y me muero.

GABRIEL. —*(A Aurora.)* Entendiste mal.

AURORA. —¡Entendí perfecto!

Arrecia la lluvia. El ruido es muy fuerte y tapa las voces de todos los caídos, que siguen hablando durante varios segundos mientras luchan para volver a incorporarse. Un cansancio atroz se los dificulta. De pronto, la lluvia cesa. Todos se sienten mejor, recuperados, y se quedan callados. Dos segundos después, el silencio es quebrado por el llanto de un bebé de un año y la manta que contiene a Angelito sobre el pecho de Susana se agita. Susana despierta.

MARÍA. —¡Angelito, hijo mío!

ÁNGEL. —¡Gracias, Dios! ¡Gracias, Dios! ¡Gracias, Dios!

CIELO. —Esperen, no se le tiren encima.

DANTE. —Necesita respirar.

MARÍA. —¡Dameló, por favor, dameló!

ÁNGEL. —Mirale las manitos. Las uñitas crecidas...

AURORA. —Que viva por siempre en la gracia del Señor.

GABRIEL. —*(Mirando su celular.)* Ahí contestó el padre Carlos. "Yendo". *(Graba un nuevo mensaje.)* Padre, apurate porque esto cambia la historia de la humanidad.

MARÍA. —¡Dameló! ¡Dameló! ¡Es mío!

SUSANA. —¡Es el hijo de Dios! ¡Vos lo entregaste!

ÁNGEL. —Es una forma de decir. ¡Sigue siendo nuestro hijo!

CIELO. —Resucitó en brazos de Susana, que lo tenga ella.
DANTE. —¿Se lo tiene que dar a Dios? ¿Cómo se lo entrega?
MARÍA. —¡No! ¿Cómo se lo va a llevar?
ÁNGEL. —Se vuelve con nosotros a casa.
SUSANA. —Por ahora lo tengo yo.
GABRIEL. —*(Lee en el celular.)* "No hagan nada. Ya llego".
SUSANA. —¿Ven?
AURORA. —Esperemos las instrucciones del padre Carlos.
GABRIEL. —Ahí compartió la ubicación. Está en la guardia... Está por el camino de los cipreses...

Suena la melodía del timbre.

AURORA. —¿Vino volando?

Sin dilación alguna (sin esos segundos que transcurrieron entre el timbre y la entrada de los invitados.), entra el padre Carlos. Tiene 55 años y se lo ve muy juvenil. Destila carisma y calidez. Su gestualidad, por momentos, parece la de una estrella de televisión, lo cual contrasta con la sobriedad que dicta el traje sacerdotal gris y negro con cuello blanco. En vez de Biblia, en la mano trae un iPad o similar con funda de cuero negro. Salvo Susana, todos se abalanzan sobre el religioso y hablan en forma atolondrada, por momentos se superponen.

GABRIEL. —¡Padre Carlos, somos testigos, apóstoles privilegiados de este renacimiento!
AURORA. —¡Por favor, padre, la bendición!
MARÍA. —¡Es mío, Carlos! ¡Que me lo den!
ÁNGEL. —¡Resucitó hace segundos! ¡Tiene que estar con nosotros!

CIELO. —¿Qué hacemos?
DANTE. —Es un don divino. Es la gloria. ¡Foto con el hijo de Dios!

Dante hace el gesto de levantar el celular para sacar una selfie. Cielo, Gabriel y Aurora posan de inmediato.

DANTE. —Vamos, Ángel, María, es también hijo de ustedes. Foto con Angelito y con el cura.

María y Ángel, a destiempo, también se suman. Cielo y Aurora hacen gestos al padre Carlos para que se una al grupo de la foto. Susana se peina.

PADRE CARLOS. —*(Voz única, se impone sin gritar.)* Guardan los celulares ya mismo.

Todos quedan congelados.

PADRE CARLOS. —Los apagan. Ninguna imagen sale de esta casa.
DANTE. —No, está bien, yo decía...
CIELO. —Estamos confundidos.
AURORA. —¿No podemos llevar la buena nueva?
GABRIEL. —¿Hay que esperar autorización?
MARÍA. —Necesitamos a Angelito.
ÁNGEL. —Es nuestro momento. Respeten. María y José tuvieron a Jesús hasta que...

Alzando la mano derecha en gesto beatífico, el padre Carlos consigue que todos se callen.

SUSANA. —Dejen hablar al padre Carlos, che.

El padre Carlos comienza a caminar hacia Susana y todos se abren a su paso. El religioso posa su mano sobre la cabeza de Susana y ella se siente reconfortada, feliz y satisfecha mientras abraza a Angelito contra su pecho.

SUSANA. —Obedecí, padre. Traje al hijo de Dios.

El padre Carlos le pide calma y silencio por gestos.

PADRE CARLOS. —Tengo que verlo, Susana, por favor.

Susana separa a Angelito de su cuerpo y lo ofrece para la vista del sacerdote. El Padre Carlos abre su Ipad, lo enciende y lo coloca unos treinta centímetros por encima de la criatura, como si fuera a tomarle una foto.

DANTE. —¿En qué quedamos?
CIELO. —Él puede.

El iPad emite una Voz de Mujer con acento español, tipo GPS. Es la misma voz que emitió la cápsula cuando resucitó Susana.

VOZ DE MUJER. —*(En off.)* Escaneo de señales divinas en progreso.

Silencio. Sorpresa. Expectación. Segundos después repite…

VOZ DE MUJER. —*(En off.)* Escaneo de señales divinas en progreso.

Sigue la tensión. Segundos después…

VOZ DE MUJER. —*(En off.)* Recalculando.

Tiempo.

DANTE. —No me digas que es todo zaraza…
CIELO. —¡Sssh!

Aurora, Gabriel, María y Ángel también reprenden a Dante con la mirada. Susana permanece ajena a todo, extasiada. El padre Carlos está reconcentrado en el iPad. No registra el entorno, confía.

VOZ DE MUJER. —*(En off.)* Recalculando.
AURORA. —No aguanto más.
DANTE. —Que no nos mande por colectora.
CIELO. —Basta.

De pronto el iPad emite un pitido.

VOZ DE MUJER. —*(En off.)* Escaneo de señales divinas finalizado.
AURORA. —¡Ay, me muero!
MARÍA. —Que sea el hijo de Dios. Que sea, que sea, que sea…
ÁNGEL. —Me conformo con tener a Angelito de vuelta. Lo demás…
MARÍA. —Quiero ser la madre del nuevo Yísus *(Pronuncia Jesús en inglés.)*, ¿no entendés? ¡Me lo merezco!
VOZ DE MUJER. —*(En off.)* Emitiendo reporte. Resultado…
AURORA. —Basta de dar vueltas, gallega. ¡Hablá!

VOZ DE MUJER. —*(En off.)* Noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de certeza.

GABRIEL. —¡¿Y?!

CIELO. —Se me sale el corazón del pecho.

DANTE. —Parece una gala de eliminación.

AURORA. —¡Me da un ACV!

VOZ DE MUJER. —*(En off.)* La muestra analizada presenta señales divinas, con procedencia directa del Altísimo.

De inmediato, el iPad emite una versión tipo ringtome de la marcha "Luces de mi ciudad" de Mariano Mores (música triunfal que se usaba en el cierre del programa de TV "Feliz Domingo".) Todos festejan "ad libitum". María y Ángel se confunden en un abrazo. El padre Carlos vuelve a posar su mano sobre la cabeza de Susana. Cuando el griterío se calma…

PADRE CARLOS. —A su debido tiempo, Susana, cuando la investigación eclesiástica haya finalizado, voy a proponer tu canonización.

GABRIEL. —¡Ay, mamá santa!

AURORA. —Lo que me faltaba. Virgen y mártir.

SUSANA. —Espero estar viva, porque esas investigaciones son largas.

PADRE CARLOS. —Vivirás por siempre, Susana, te lo prometo.

SUSANA. —Así sea. *(Pausa. Refiere al bebé.)* ¡Uy, se tiró un pedito!

Dante y Cielo se adelantan para fumarse el pedo divino de Angelito. El bebé se mueve dentro de la manta frente a la divertida sorpresa de Susana. De pronto, por encima de la tela sobresale una manito de bebé

de un año. No es la típica mano rolliza. Parece un poco más grande y tiene dedos largos terminados en puntas afiladas.

TODOS. —*(Excepto Susana y el padre Carlos, al unísono.)* ¡Aaaaay!

La mano de Angelito comienza a hacer un suave movimiento.

CIELO. —¿Está llamando?
DANTE. —Parece que sí.
AURORA. —¿Me está llamando a mí?
MARÍA. —¡No, a mí, que soy la madre! ¡Angelito, vení con mamá!

La mano, de pronto, niega. Señala más claramente a Aurora.

AURORA. —¡Es para mí! ¡Me llama a mí!
PADRE CARLOS. —El hijo de Dios quiere que te acerques, Aurora.
MARÍA. —Pero...
PADRE CARLOS. —Ya habrá tiempo, María.
AURORA. —¡Me eligió a mí! ¡Me eligió a mí!
PADRE CARLOS. —Un poco más, Aurora, quiere tocarte.
AURORA. —¡Quiere ungirme! ¡Quiere consagrarme! ¡Quiere darme la bendición!

Con gestos y miradas, Susana estimula a Aurora para que se acerque más.

PADRE CARLOS. —Quiere posar la mano sobre tu frente, Aurora.

AURORA. —¡Ay, Dios! ¡Cuánta emoción! ¡Voy a llorar! ¡Sí, Dios, te recibo! ¡Soy tuya!

Finalmente, la uña del dedo índice de Angelito toca la frente de Aurora. De inmediato, Aurora cierra los ojos y su rostro pierde expresión. Se desploma en el piso. Gabriel, Cielo, Dante, María y Ángel solo miran cómo Aurora queda tendida en el suelo. Nadie reacciona. Silencio y expectación mientras la mano de Angelito, lentamente, vuelve dentro de la manta.

PADRE CARLOS. —Aurora fue al cielo equivocado. Por eso no vio nada. Por eso no encontró a Dios. *(Pausa.)* Por eso es indigna de permanecer en la tierra de los vivos.

Cielo, Dante, María y Ángel, al unísono, dan un paso atrás para alejarse de Aurora. Un segundo después, Gabriel también da un paso atrás.

DANTE. —Te acompaño en el sentimiento, Gabriel.
CIELO. —Fue una persona maravillosa.
MARÍA. —Buena mina, leal, compañera.
ÁNGEL. —Mi más sincero pésame.
PADRE CARLOS. —Tenés que ser fuerte, Gabriel.
GABRIEL. —Tranqui. Yo estoy entero...
SUSANA. —Hijo...

Gabriel se acerca a Susana, le besa la frente y le toma la mano. Conexión especial entre madre e hijo. Tiempo.

PADRE CARLOS. —Ángel, María... Angelito se criará con ustedes hasta que cumpla los trece años.
MARÍA. —¿Los trece? ¿Por qué?
ÁNGEL. —¿Y después?

PADRE CARLOS. —Menos pregunta Dios y perdona. *(Pausa.)* Seguirá educándose en el seno de la congregación.

María y Ángel se estremecen y sufren, pero aceptan. Silencio. De pronto, la otra mano de Angelito se asoma por encima de la manta.

CIELO. —Nos quiere hablar de nuevo.
MARÍA. —Silencio.
ÁNGEL. —Marcanos el camino, hijo.
GABRIEL. —Es la voluntad de Dios.
DANTE. —¿Quién sigue? ¿Otro más?

La mano de Angelito marca lentamente una parábola. Todos siguen el recorrido con intriga y suspenso. Están desesperados por conocer el nuevo mensaje. El padre Carlos sabe, pero calla. Por fin, la mano se detiene, el dedo índice se alarga y la uña afilada apunta al crucifijo moderno de acero inoxidable. El crucifijo, entonces, se mueve con un efecto de sonido tétrico. Gira sobre su eje, siempre pegado a la pared. Se da vuelta hasta quedar como una cruz invertida. La señal del Anticristo. Dante, Cielo, María, Ángel y Gabriel están ante la revelación más importante de sus vidas. Temen. Quedan paralizados, sin capacidad de reacción. Susana contempla embelesada la cruz invertida.

PADRE CARLOS. —¿Alguien quiere seguir el ejemplo de Aurora?

Silencio. Nadie es capaz de quitar la vista de la cruz invertida.

PADRE CARLOS. —¿Aceptan al nuevo Dios, dador de la vida eterna en este mundo, proveedor de riquezas, lujos y placeres, de

sensualidad, júbilos y regocijos, de esplendores y delicias, de PODER?

Por toda respuesta, Dante, Cielo, María, Ángel y Gabriel, cada uno a su tiempo, se arrodilla frente a la cruz invertida mientras entra una música tenebrosamente celestial. Susana llega al éxtasis. El padre Carlos alcanza, en su lenguaje corporal, con mínimos movimientos, algo parecido al orgasmo. La mano de Angelito vuelve a meterse, lentamente, dentro de la manta. Oscuridad.

FIN

CACHACASCÁN

PERSONAJES

CHIQUITO
TITO
HAYDEÉ
DOLORES
ROBERTA
HÉCTOR
EDUARDO
JAIME / DARÍO

UNO. EL VESTUARIO

Año 1950. Chiquito es un hombre gigante de 25 años. Mide cerca de dos metros y es corpulento. Está excedido de peso. Viste un pantalón sin cinturón, zapatos abotinados sin cordones y una camisa desprolija. Tiene el pelo revuelto y luce abatido, sentado sobre la camilla de un vestuario precario, donde hay algunos elementos de boxeo, incluyendo un par de sogas para saltar. Su rostro se ilumina cuando se abre la puerta, entra el rugido del público en un estadio cerrado y suena una campana anunciando el fin de un combate. También entra Tito, 35, flaco, de mediana estatura, un chanta de bigote finito, jopo engrasado y traje arrugado. Trae una carpeta con pocas hojas y transmite autoridad. Ante él, Chiquito se hace diminuto. Tito lo mira, abre la carpeta y lo vuelve a mirar. Se acerca, le toma el mentón y le hace girar el rostro. Vuelve a consultar la carpeta, donde hay fotos de prontuario.

TITO. —Chiquito, Chiquito... ¿No te pusieron esposas?

CHIQUITO. —Las rompí... sin querer.

TITO. —¿Y por qué no te escapaste? Podías haber hecho papilla al agente que te reconoció. Hasta que llegaron los refuerzos...

CHIQUITO. —Si un policía me dice que me quede quieto... Es la autoridá.

TITO. —¿Dónde estabas?

CHIQUITO. —Ya le dije al comisario.

TITO. —El comisario es un otario. Hablá conmigo.

CHIQUITO. —En un recreo del Tigre. Arroyo Pacú.

TITO. —Lancha colectivo, tren...

CHIQUITO. —No, vine nadando.

TITO. —Pero ¿quién sos? ¿Tarzán? ¿Johnny Weissmüller?

CHIQUITO. —Yo nado en el Riachuelo, en la Dársena Sur. Nado en Necochea y Pinzón cuando se inunda. Mire si le voy a tener miedo a este paseo. Me guié por las torres de la catedral de San Isidro. Seguí un poco más y salí. Si llegaba al muelle de Martínez, me pasaba.

Tito le toca la camisa. La palpa. Luego le quita un zapato. Lo revisa, mete la mano adentro del calzado. Huele la mano.

CHIQUITO. —Metí la pilcha y los zapatos en una bolsa de lona encerada. Llegué seco y perfumado. Polvo Vidol para tapar el olor a río.

TITO. —Sos un estúpido.

Silencio.

TITO. —Si sabés que te están buscando, ¿para qué viniste al estadio Ebro?
CHIQUITO. —Me buscan en la Capital. Por eso me fui del conventillo. Del Puerto de la Boca. Del Luna Park.
TITO. —Ahora la Federal tiene jurisdicción en todo el país. Volviste locos a los promotores y a los luchadores del Luna, ¿no pensaste que te iban a venir a buscar a Martínez cuando hubiera una velada de catch?

Chiquito se encoge de hombros.

TITO. —Como sea, mejor que te hayan detenido en provincia. Acá se puede hablar.
CHIQUITO. —Lo mismo digo yo. Si hablo con el juez, si le explico, me tiene que dejar libre. Fue un accidente.
TITO. —Le rompiste el cuello, cinco costillas y el cráneo a un marinero ruso.
CHIQUITO. —¿Cómo está?
TITO. —¿En serio me preguntás, Chiquito?
CHIQUITO. —En la isla no había radio. Los diarios no llegan.
TITO. —Murió.
CHIQUITO. —*(Sin emoción, ocultando que se alegra.)* Y bue...
TITO. —Peleas clandestinas. Apuestas. Decenas de testigos. Eso complica las cosas.
CHIQUITO. —¿En qué sentido?
TITO. —Definitivamente sos idiota.
CHIQUITO. —Se me puso todo negro. La gente me gritaba "matalo, matalo"...

TITO. —Y vos te debés a tu público.

CHIQUITO. —Me ovacionaban: "Chi-quiiii-to, Chi-quiiii-to".

TITO. —¿No te explicaron que las peleas están arregladas? ¿Que no hay que lastimar al otro, y menos matarlo, porque si no se frena la rueda? ¿Que es todo una gran actuación?

CHIQUITO. —*(Descreído.)* Nooo... ¿Qué va a ser mentira...?

TITO. —Mi Dios. Va a haber que enseñarte todo. *(Pausa.)* A los gladiadores se los comieron los leones. Basta de lucha pistola. Mis pupilos son estrellas. Los que pelean en serio terminan tullidos y tontos, como vos.

CHIQUITO. —¿Usted quién es? ¿Vino de la Capital?

TITO. —Soy el que te va a sacar.

CHIQUITO. —¿Es abogado? Mire que no tengo plata.

TITO. —La plata la pongo yo. Para el comisario. Acá no ha pasado nada.

CHIQUITO. —¿Puedo volver a mi barrio?

TITO. —Jamás. Te voy a esconder en el bajo de San Isidro. A partir de ahora, vas a luchar para mí. *(Extendiéndole la mano.)* Soy Roberto Arriolas, Tito para los amigos...

CHIQUITO. —*(Corresponde el saludo.)* Un gusto, Tito.

TITO. —*(Acusando dolor en la mano.)* ¡Despacio, animal, soltá!

CHIQUITO. —Perdón...

TITO. —Soy promotor de lucha libre americana.

CHIQUITO. —Cachacascán querrá decir.

TITO. —Grabateló, Chiquito. Prohibido decir cachacascán. Acá, en el estadio Ebro de Martínez, decimos lucha libre americana. *(Guiña un ojo, chasquea la lengua.)* Queda mejor.

DOS. LA PLAYA

La playa de San Isidro. Juncos. La costa del Río de la Plata es mezcla de arena y de barro. Hay que caminar con cuidado. Ruido de agua y de aves. Haydeé es una mujer de 30 años, bajita y menuda. Muy flaca. Menos de 50 kilos. Menos de un metro y medio de estatura. Viste un trajecito sastre y tiene la belleza de una aspirante a actriz durante la época de oro del cine argentino. Manipula con experiencia una cámara de fotos de los años 1940-1950. En todas las escenas aparece con una cartera de cuero que cuelga de un hombro. A su lado está Tito.

HAYDEÉ. —¿Le falta mucho? Tengo una prueba en la Sono Film.
TITO. —¿Gracias a quién?
HAYDEÉ. —Gracias a que voy al estudio y rompo la paciencia todos los días. Si fuera por mi "representante"...
TITO. —¿Y qué querés, bicho? Ando ocupado. Este muñeco nos va a sacar de pobres.
HAYDEÉ. —Sí, claro, como el africano que vino de polizón en el Cabo de Hornos. Como el esquimal que se derretía. Como el indio piel roja que me contagió piojos.
TITO. —¿Qué habrás hecho con él?

Haydeé está a punto de estallar pero Tito se adelanta para callarla.

TITO. —Chiquito es distinto. Muy superior a los otros.
HAYDEÉ. —Estoy cansada, Tito. Quiero ser actriz en serio y no salgo de "la mesa está servida". Nos teníamos que haber quedado en México.
TITO. —En México no había nada para mí. Nunca entendí el sistema de luchadores enmascarados. Acá, en cambio...

HAYDEÉ. —*(Lo interrumpe.)* Yo tenía que haberme quedado en México. El contacto en los estudios Churubusco ya estaba hecho. Pedro Armendáriz me arrastraba el ala.

TITO. —¡Cantinflas era el único que te daba bola! Con ese bigote de chasco.

HAYDEÉ. —¡Pobre de vos!

TITO. —*(Busca cambiar el enfoque.)* Lo que gane con Chiquito lo voy a usar para producirte una obra en la calle Corrientes. Cuando vean tu cartel, los Mentasti te van a ofrecer un contrato.

HAYDEÉ. —¿A vos te parece?

TITO. —Más vale, bicho.

Tito la besa con un pico desapasionado. Haydeé tampoco demuestra interés. Silencio.

HAYDEÉ. —¿Le falta mucho?

TITO. —Ahí viene.

Entra Chiquito únicamente vestido con un slip anatómico. En tamaño, es el doble de Haydeé. Chiquito tiene brazos musculosos y piernas torneadas, pero también tiene panza. Sin embargo, lo que más llama la atención es el desproporcionado bulto debajo del slip. Sugiere que tiene un pene y unos testículos de dimensiones colosales.

HAYDEÉ. —¡A la pelotita!

TITO. —¿Qué te dije?

HAYDEÉ. —¿De dónde lo sacaste? ¿De un criadero?

TITO. —Vení, Chiquito, no seas tímido. Acercate que no muerde.

HAYDEÉ. —*(Por lo bajo.)* Ganas no me faltan.

CHIQUITO. —*(Pudoroso, por momentos se cubre torpemente los genitales con las manos.)* Perdón, yo pensé que el fotógrafo era un hombre.

TITO. —Te presento. Chiquito, Haydeé Amor, bailarina, corista, actriz de fotonovelas y estrella cinematográfica en ascenso. Por lo demás, eximia chasirete, maga de la luz y tu nueva profesora de actuación.

HAYDEÉ. —*(Le tiende la mano.)* Un gusto, Chiquito. Aunque usted tiene todo grande. Quiero decir...

CHIQUITO. —¿Actuación? ¿Qué tengo que ver yo con el cine?

TITO. —Todo, Chiquito, todo. En la lucha libre americana, la clave es la expresión del dolor, de la furia, del instinto criminal...

CHIQUITO. —No entiendo.

HAYDEÉ. —Le voy a sacar fotos y necesito que se vea rudo, agresivo. Que meta miedo.

CHIQUITO. —Yo quiero salir lindo. Con una sonrisa.

Tito y Haydeé se miran. Sopesan que lo que acaba de decir Chiquito puede ser útil.

TITO. —Como vos digas, Chiquito.

CHIQUITO. —¿Cómo me pongo? ¿Así?

Chiquito coloca los brazos en jarra, expande su pecho y sonríe imitando un gesto triunfador.

HAYDEÉ. —Perfecto.. Mire a la cámara.

CHIQUITO. —¿Qué cámara?

TITO. —¿Sos chicato? ¿No la ves?

CHIQUITO. —De lejos veo borroso. Si se acerca un poco...

Haydeé se aproxima, apurada, hasta treinta centímetros de Chiquito.

HAYDEÉ. —¿Así?
CHIQUITO. —De cerca también estoy complicado. Lo ideal para mí es metro y medio, dos metros.
HAYDEÉ. —*(Retrocede y se acicala para que Chiquito la vea mejor.)* ¿Acá?
CHIQUITO. —Ahora sí la veo bien. A usted y a la cámara.
TITO. —Pero ¿cómo hacés para pelear, Chiquito? Te van a llenar la cara de dedos.
CHIQUITO. —Yo estudio al contrincante en la media distancia. Después, cuando se me viene encima, lo siento con las manos. El cachacascán es eso. Agarrar. Agárrese como pueda.
TITO. —¡Lucha libre americana!

Chiquito repite el gesto de brazos en jarra, pecho expandido y sonrisa triunfadora. Haydeé lo apunta con la cámara y se muerde el labio.

HAYDEÉ. —Quietito que disparo... Magnífico.
CHIQUITO. —¿Me pongo así de costado?

Chiquito se pone de perfil, mete la panza adentro y traba un brazo arriba y otro abajo. Haydeé lo enfoca.

HAYDEÉ. —Festival pa'l ojo.

Haydeé dispara y corre la película.

CHIQUITO. —¿Y qué tal esto?

Chiquito traba el pecho, los hombros y los brazos inclinando el torso hacia adelante. Haydeé enfoca y dispara.

HAYDEÉ. —Chiquito, usted se hace el inexperto, pero tiene claro cómo posar...
CHIQUITO. —Me pongo así cuando me lo piden los marineros ingleses, por unas monedas.
HAYDEÉ. —¿Y qué más le piden?
CHIQUITO. —Ni idea. No entiendo lo que hablan.
TITO. —Las fotos para el programa.
HAYDEÉ. —Chiquito, ¿alguna vez fue al zoológico?
CHIQUITO. —*(Se entusiasma.)* ¡Sí, una vez! ¡Le di de comer a los elefantes, a las jirafas, a los "hipotótamos" ...
HAYDEÉ. —¿Y no vio rugir a los leones, a los osos, al leopardo?
CHIQUITO. —Nooo, una pena, estaban durmiendo...
HAYDEÉ. —Pero seguramente habrá visto a un animal rugiendo en el cine.
CHIQUITO. —¡Eso sí!
HAYDEÉ. —Quiero que lo imite. Que me muestre las uñas y ruja.
CHIQUITO. —¿Eh?
TITO. —Obedecé, che. No es tan difícil.
HAYDEÉ. —Convierta sus dedos en las garras de un animal poderoso. Ruja como si estuviera peleando con otro macho por el amor de una hembra.

Chiquito, como poseído, realiza la acción que le pidió Haydeé y la repite una y otra vez. Mientras, con cada disparo de la cámara, Haydeé lo incita.

HAYDEÉ. —Vamos, más fuerte. Más potente. Más dominante. Más guerrero. ¡Más hombre!

Ante el pedido de "más hombre", Chiquito entrega su mejor actuación y luego cae agotado, rodilla en tierra. Haydeé también queda rendida.

HAYDEÉ. —Ay, mi Dios.
TITO. —¡Ése es mi pollo! ¡Arriba, Chiquito, nomás! ¡Con vos pasamos al frente!
CHIQUITO. —¿Me puedo ir a cambiar?
TITO. —¿Listo, bicho?
HAYDEÉ. —Por mí seguiría, pero no tengo más rollo.
TITO. —Andá, Chiquito, te dejé cinco kilos de naranja encima de la mesa.
CHIQUITO. —Gracias. Un gusto, señorita.
HAYDEÉ. —Llámeme Haydeé.
CHIQUITO. —Usté Haydeé. Yo Chiquito. Adiós.
HAYDEÉ. —Hasta pronto.

Chiquito sale. Haydeé y Tito se miran cómplices.

TITO. —¿Tenía razón o no tenía razón?
HAYDEÉ. —Va a ser un golazo. Un éxito descomunal sobre el ring.
TITO. —Sobre el ring... y en otros lugares también.
HAYDEÉ. —¿Querés que vaya a buscar clientela?

TRES. LA CATEDRAL

Campanadas de iglesia. Dolores, señora de 50 años, elegante y distinguida, con acento de la zona norte del Gran Buenos Aires, termina de rezar el rosario junto a Roberta, su fiel empleada, robusta y grandota, de 40, y Héctor, Eduardo y Jaime, jóvenes de entre 20 y 25. Vestidos de saco y corbata, estos muchachos transmiten una imagen de pulcritud y decencia. Tienen el biotipo de integrantes de la Acción Católica. A la distancia, Haydeé espera la salida de la catedral con la carpeta que le vimos a Tito en la escena uno y con un sobre de papel madera de 15 x 20 centímetros aproximadamente.

DOLORES, ROBERTA, HÉCTOR, EDUARDO Y JAIME. —*(Al unísono.)* Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

Los feligreses sonríen levemente cuando separan las manos y levantan la vista al terminar las oraciones.

DOLORES. —*(Entregándole un lujoso rosario a Roberta para que lo guarde en su estuche.)* Ay, qué reconfortante es orar en comunión.
HÉCTOR. —Para mí es un gusto, señora.
EDUARDO. —Lo mismo digo.
JAIME. —Es mi primera vez. Prometo seguir viniendo.
DOLORES. —Qué chicos divinos, ¿no, Roberta?

Roberta asiente con el gesto pero no emite sonido. El grupo comienza a salir lentamente.

DOLORES. —Ahora, derechito para sus casas. Nada de distraerse con tentaciones...

EDUARDO. —Mi única tentación es el estudio.

HÉCTOR. —Yo tengo que terminar una maqueta.

DOLORES. —Hasta la semana que viene...

JAIME. —Hasta la próxima.

HÉCTOR. —Nos vemos.

EDUARDO. —Si Dios quiere...

Héctor, Eduardo y Jaime son los primeros en ver a Haydeé. Las miradas indican que se conocen. Los varones, por leves gestos, piden permiso para acercarse. Haydeé les da a entender que no. Los varones salen. Dolores hace contacto visual con Haydeé.

DOLORES. —Esperame en la plaza, Roberta. Ya voy.

ROBERTA. —Sí, señora.

Roberta sale. Dolores se acerca a Haydeé.

HAYDEÉ. —Buenas tardes, señora Dolores.

DOLORES. —¿Qué te trae por acá, chiquita?

HAYDEÉ. —Usted sabe que si vengo...

DOLORES. —¿Qué tenés?

Haydeé se acerca, abre disimuladamente la carpeta de prontuario y se la muestra a Dolores.

DOLORES. —Un muchacho joven. Con prontuario. ¿Qué habrá hecho?

HAYDEÉ. —Lesiones en riña. Aunque últimamente...

DOLORES. —*(No quiere saber.)* Menos pregunta Dios y perdona. ¿Qué dice acá? Salí sin los lentes. *(Lee con dificultad.)* "Señas particulares" ...

HAYDEÉ. —*(Recita de memoria. No precisa volver a leer.)* Macrofalosomía.

DOLORES. —¿Eh?

HAYDEÉ. —Miembro viril extremadamente grande.

DOLORES. —Santa Bárbara bendita. Y digo yo... ¿No tendrás otras fotos?

Haydeé, con satisfacción y gesto disimulado, abre el sobre de papel madera y le muestra a Dolores tres de las fotos de Chiquito obtenidas en la playa de San Isidro. Dolores inhala con un ruido sibilante.

HAYDEÉ. —Le juro que no hay truco, señora Dolores.

DOLORES. —Te creo, chiquita, te creo... ¿Vos lo viste...? *(Sugiere desnudo.)*

HAYDEÉ. —Ojalá.

DOLORES. —¿Corrió muchas carreras? ¿Cuánto hace que lo tienen?

HAYDEÉ. —Es nuevito. Trabajaba en el puerto de La Boca.

DOLORES. —Debe tener un olor a ajo, a cebolla...

HAYDEÉ. —Lo bañamos para usted.

DOLORES. —No. Yo me encargo. ¿Algo más que deba saber, chiquita?

HAYDEÉ. —Está muy necesitado.

DOLORES. —Me imagino.

HAYDEÉ. —Las chicas de la Isla Maciel no querían atenderlo. Aunque pagara doble... No lo bancaban.

DOLORES. —*(Progresivamente se acerca a un éxtasis religioso y erótico a la vez.)* Debe ser un martirio. Un cilicio de carne que te flagela y te deja hecha una llaga ardiente. *(Pausa.)* Para ganarse el cielo hay que mortificar el cuerpo, ¿no? ¿Mañana a las tres de la tarde?

HAYDEÉ. —Perfecto.

DOLORES. —Que entre por la puerta de servicio y vaya a la casilla del jardinero. Ahí lo espero.

HAYDEÉ. —Que lo disfrute, señora.

CUATRO. EL PALAFITO

El interior de una casilla de madera. Precariedad. Una mesa endeble y un banco largo de madera para tres personas, fabricado con tablones de distintos colores. Un sector de cocina con calentador a querosén. Olla, sartén, pava, un par de platos, mate y bombilla, dos tazas cachadas. A un costado, un camastro pequeño donde Chiquito está recostado. Lee una historieta infantil. El lecho, para él, es demasiado pequeño e incómodo. Afuera silva el viento. También se oyen el ruido del agua que golpea cerca y las aves. Entra Haydeé, cargada como una burra con bolsas de los mandados. Trae fruta y verdura, envoltorios de papel de diario y papel blanco/gris de almacén, una botella de aceite y otra de vino. Deposita su cargamento con bronca sobre la mesa.

CHIQUITO. —*(Se pone de pie.)* Haydeé, buen día. Apuresé. Mire que con este viento...

Con dos o tres zancadas, Haydeé se lanza sobre Chiquito y se pone en puntas de pie para cruzarle la cara de una cachetada.

HAYDEÉ. —*(Refiere genitales.)* ¡¿Tenés todo eso y no sabés usarlo?!

Chiquito acusa el golpe casi como un niño. De inmediato se agiganta y su lenguaje corporal anticipa una reacción violenta.

HAYDEÉ. —*(Temerosa, decide que su mejor defensa es el ataque.)* ¡¿Te hicieron cornudo por impotente?! ¡¿Sos maricón?! ¡¿Es eso?! ¡¿Sos un invertido?!

Parece que Chiquito está a punto de estallar, pero en cambio se quiebra, se cubre la cara con las manos y llora. Haydeé tiene el impulso de acariciarlo, pero se frena.

HAYDEÉ. —Bueno, che, no es la muerte de nadie. Hay un montón de artistas como vos.
CHIQUITO. —¡Necesito una mujer!
HAYDEÉ. —Pero ¿me estás cachando? Podías haberte descargado con esa santurrona, que no le hace asco a nada... ¡¿Y no te funcionó?!
CHIQUITO. —Es que... *(Vuelve a sollozar.)*
HAYDEÉ. —*(Sugiere masturbación y sexo oral.)* Y mirá que te ayudó la vieja, eh. Y vos... Ni la bandera a media asta. Nada.
CHIQUITO. —¡Es que no necesito cualquier mujer! ¡Necesito a una!
HAYDEÉ. —*(Contiene, respira hondo.)* ¿Y cómo se llama la afortunada?

Chiquito avergonzado, dice un nombre ininteligible.

HAYDEÉ. —¿Eh?

Chiquito sigue avergonzado y sin articular bien.

HAYDEÉ. —¡Hablá claro, mierda!

CHIQUITO. —¡Susana! ¡Susana! ¡Susana! *(Vuelve a lloriquear.)*

HAYDEÉ. —*(Le toca por primera vez un brazo.)* Lindo nombre. Se nota que la querés.

CHIQUITO. —*(Sin dejar de lagrimear.)* Mucho... Yo así no puedo pelear. Aunque me pongan como atracción del estadio Ebro, con cuatro mil personas que coreen mi nombre... Voy a perder.

HAYDEÉ. —¿Dónde la ubico a Susana?

CHIQUITO. —En la Vuelta de Rocha. ¿Para qué?

HAYDEÉ. —¿Cómo para qué? Para traerla. Para que tengas una alegría. Tito puso mucha guita por vos y quiere recuperarla.

CHIQUITO. —¿Usted iría a buscarla por mí?

HAYDEÉ. —Primero, no soy señora, así que me tuteás. Y segundo, ni sueñes que me vaya hasta la Boca. Dame un número para llamarla.

CHIQUITO. —Veintiuno, veintidós, veintidós.

HAYDEÉ. —Ni lo anoto. Veintiuno, veintidós, veintidós. Susana. Parece un teléfono de bomberos.

CHIQUITO. —Es el cuartel de los voluntarios. Ella es la telefonista.

HAYDEÉ. —¿Y vos la llamás ahí?

CHIQUITO. —Cortito, porque es para emergencias. "Nos vemos en Banchero". "A las cuatro en la Plaza Almirante Brown". "Te espero detrás de la arenera".

HAYDEÉ. —Qué romántico. Los dos hechos milanesa. La llamo después de la pelea de mañana.

CHIQUITO. —Pero...

HAYDEÉ. —Después. Antes nada. Comé bien, churrasco con ensalada. Nada de fritos. Y mañana, a la hora de la merienda, un buen plato de fideos con mucho queso rallado. Y nada más. Te aguantás hasta la noche. Ahora me voy. Chau.
CHIQUITO. —*(Se queda con la palabra en la boca.)* Pe...

Así como sale, Haydeé vuelve.

HAYDEÉ. —Creció el agua. Hay como dos metros. No puedo irme.
CHIQUITO. —Yo le dije, Haydeé.
HAYDEÉ. —¿En qué quedamos?
CHIQUITO. —Te dije... Te dije... Con este viento, la sudestada crece rápido. ¡Y a mí me quedaron las pesas abajo! Necesito hacer ejercicio.
HAYDEÉ. —¿Y a mí qué me contás? Yo tengo que preparar un papel para Radio del Estado. Y no me traje el parlamento...
CHIQUITO. —Te llevo hasta lo seco. Te cargo a babucha.

Afuera suena un trueno muy fuerte y de inmediato cae un chaparrón sobre el techo de chapa, a la vez que arrecia el viento.

HAYDEÉ. —¿A vos te parece? Tito me revienta si mañana estás resfriado.
CHIQUITO. —A mí la lluvia no me hace nada.
HAYDEÉ. —Yo tampoco me puedo enfermar, ¿no entendés?
CHIQUITO. —Y bue... ¿Trajiste mate?
HAYDEÉ. —Yerba no hay. *(Pausa.)* Está en falta. Dicen que es por el agio y la especulación. *(Pausa.)* ¡Ay, ¡Dios, me tenía que haber quedado en México!

Tiempo.

CHIQUITO. —*(Sin maldad. Inocente.)* ¿Hay yerba en México?

Haydeé reprime las ganas de mandar a Chiquito a freír churros. Chiquito se acuesta boca arriba sobre el banco de madera, dejando los pies apoyados en el piso.

CHIQUITO. —¿Te puedo usar?
HAYDEÉ. —¿Eh?
CHIQUITO. —Vení que te levanto.
HAYDEÉ. —Dejate de embromar.
CHIQUITO. —Quiero estar marcado para mañana.
HAYDEÉ. —Lo que tenés que hacer es bajar la panza.
CHIQUITO. —Por eso mismo.

Haydeé, resignada, se acerca al banco. Se coloca perpendicular a Chiquito, a la altura de sus hombros, y se deja caer de costado, rígida, con los brazos levantados. Chiquito la recibe con sus manos gigantes y comienza a subirla y bajarla como si fuera una pesa.

CHIQUITO. —Uau...
HAYDEÉ. —¿Qué pasa?
CHIQUITO. —Yo nunca te veo bien, porque evitás la media distancia. O estás lejos o estás muy cerca. Y sin embargo mis manos te sienten como Susana.
HAYDEÉ. —Yo pensé que era grandota, como vos. Un cuerpo acorde...

CHIQUITO. —Susana es mi muñequita. Y yo soy su juguete. Por un momento creí que la tenía entre mis manos. Pero el perfume de ella es distinto.

Chiquito sigue subiendo y bajando a Haydeé, cada vez con más esfuerzo. Su respiración agitada se mezcla con el ruido de la lluvia y el viento. Haydeé disfruta el momento. Instante de comunión entre dos almas.

CINCO. LA CATEDRAL 2

Campanadas de iglesia. Dolores, Roberta, Héctor, Eduardo y Jaime rezan una y otra vez el Padre Nuestro y el Ave María en un murmullo. A la distancia, Tito espera. Está ansioso, mira el reloj pulsera, no quiere estar ahí cuando el grupo salga de la catedral. Entra Haydeé, apurada. Trae un pequeño paquete envuelto en papel madera.

TITO. —Dale, bicho, se hace tarde.
HAYDEÉ. —¿No digas? Me tenés como bola sin manija. ¿Dormimos juntos?
TITO. —Perdoná, bicho. Hola. Hola.

Tito le da un rápido pico a Haydeé. Un beso de rutina y compromiso. Haydeé parece conformarse, pero registra el momento.

TITO. —*(Agarra el paquete.)* ¿Todo bien con el imprentero?
HAYDEÉ. —No me quería dar las entradas
TITO. —¿Le dijiste que mañana le pago?
HAYDEÉ. —Todavía le debés del mes pasado.
TITO. —Que espere... ¿Las hebillas de fantasía?

HAYDEÉ. —*(Tocando la cartera para indicar que las tiene.)* Aumentaron. Me debés treinta pesos.

TITO. —¿Por esas baratijas? Qué los tiró de las patas...

HAYDEÉ. —Subí vos el precio de las entradas.

TITO. —No viene nadie. Mucho niño bien, mucho petitero... Los das vuelta y no se les cae una moneda. Manga de secos... Después te veo.

HAYDEÉ. —¡Pará! ¿Me vas a dejar sola con la vieja? Va a pedir que le devolvamos la plata.

TITO. —Remontala. Decile que Chiquito es inexperto. Nos mintió. Nunca estuvo con una mujer. ¡Eso! Decile que es "a estrenar". Que va a debutar con ella. ¿Sabés cómo se va a poner? Chau, no llegues tarde.

HAYDEÉ. —*(Con la palabra en la boca.)* Pe...

Tito sale. Más allá...

DOLORES, ROBERTA, HÉCTOR, EDUARDO Y JAIME. —*(Al unísono.)* Yo confieso ante Dios Padre Todopoderoso, y ante ustedes hermanos, que he pecado mucho, de pensamiento, palabra, obra y omisión. *(Se golpean suavemente el pecho con cada "culpa".)* Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a ustedes hermanos, que intercedan por mí ante Dios, Nuestro Señor. Amén.

Los feligreses separan las manos y levantan la vista al terminar las oraciones. Todos sonríen levemente, excepto Dolores y, por simbiosis con su patrona, Roberta. Están serias, como si acabaran de atravesar un disgusto.

DOLORES. —*(Dándole el rosario a Roberta para que lo guarde.)* Hasta la próxima, chicos. No se entretengan. Derechito para sus casas.
HÉCTOR. —¿Ya se va, señora Dolores?
EDUARDO. —Tenemos que organizar el bingo a beneficio...
DOLORES. —La próxima... Ando apurada. Vamos, Roberta.
JAIME. —Adiós, señora.
EDUARDO. —Que esté bien.
HÉCTOR. —Siempre es un gusto.

Héctor, Eduardo y Jaime acusan recibo del cambio en Dolores. Se quedan en el lugar mientras Dolores se aleja junto a Roberta. Al ver a Haydeé, Dolores levanta el gesto con altivez y apura el paso para salir.

DOLORES. —¡Ja!
HAYDEÉ. —Señora Dolores...

Dolores sale. Roberta se retrasa, se acerca a Haydeé y le habla rápido, venciendo su timidez.

ROBERTA. —¿Cuánto sale estar con Chiquito?
HAYDEÉ. —*(Breve pausa, sorpresa.)* Ay, Roberta... Disculpe, pero no creo que esté a su alcance.
ROBERTA. —Tengo ahorros. ¿Cuánto?
HAYDEÉ. —Yo, Roberta, de mil amores... Pero...
ROBERTA. —Ahora vale menos, porque no camina.
HAYDEÉ. —*(Tras una pausa para disimular el asombro.)* ¿Y entonces para qué lo querés?
ROBERTA. —*(Se envalentona y también tutea.)* ¿Y a vos qué te importa?
HAYDEÉ. —No creo que tu patrona...

ROBERTA. —Con mi patrona no tenemos secretos.
HAYDEÉ. —*(Nuevo estupor que busca ocultar.)* Si querés, te vendo una localidad para esta noche.
ROBERTA. —No quiero ver ese espectáculo de degenerados. Quiero saber cuánto sale...
DOLORES. —*(En off.)* ¡Roberta, ¿qué esperás?!

Roberta calla, reprime su deseo de llegar a un acuerdo y sale. Héctor, Eduardo y Jaime se acercan a Haydeé. Algo cambia en el lenguaje corporal de los varones. Se distienden un poco. Haydeé saca de su cartera un pequeño paquete y se lo entrega a Jaime.

HAYDEÉ. —Cuidalas. No son para tirar a la marchanta. Tienen que durar.
JAIME. —*(Con leve fastidio.)* Está bieeen...
HAYDEÉ. —¿Alguna duda? ¿Quieren que repasemos?
JAIME. —No hace falta.
HAYDEÉ. —A las nueve en punto.

Haydeé sale. Desaparece cualquier referencia de la catedral.

SEIS. LA PENUMBRA

Héctor, Eduardo y Jaime quedan en una zona de penumbras. Como si se tratara de una contradanza sin música y sin palabras, en la que solo escuchamos el roce de la ropa y los zapatos arrastrados sobre el piso, Héctor y Eduardo se entregan a la tarea de ayudar a Jaime en una transformación. Le quitan el saco y la corbata. Luego, la camisa. Queda en evidencia que, debajo de las prendas formales, Jaime posee un físico

escultural y además tiene el pelo largo hasta los hombros. Le sueltan la melena, se la peinan con los dedos. Héctor y Eduardo se arrodillan ante Jaime para sacarle los zapatos y el cinturón. Por último, con devoción, le bajan el pantalón. Se lo quitan. Jaime se cruza de brazos, poderoso, con los lacayos a sus pies. La única prenda que lo exime de la desnudez es un slip de luchador de lamé dorado.

Ahora, la penumbra se traslada hacia donde están Haydeé y Chiquito. Chiquito es la imagen viva (con panza.) del Monumento al Descamisado que fue proyectado en 1955 como sepulcro de Eva Perón. Está parado sobre una tarima baja (un cajón "tres medidas" de cine o similar.) Viste zapatos de seguridad, pantalón de trabajo, cinturón de cuero y camisa de trabajo de manga larga arremangada. La camisa está desabrochada y abierta casi hasta el ombligo. Chiquito tiene gesto serio y los puños cerrados. Haydeé está arrodillada a sus pies y le arregla la botamanga. Tiene su infaltable cartera de cuero y un look que remite al cine negro clásico, con una boina ladeada sobre su cabeza y un pañuelo al cuello.

CHIQUITO. —Haydeé, ¿estás segura de que esto va a funcionar?
HAYDEÉ. —A seguro se lo llevaron preso. Esperemos que sí, che. No seas mufa. Si hacés como te dije, va a andar.

Pausa.

CHIQUITO. —Tengo miedo de olvidarme los pasos.
HAYDEÉ. —Mirame a mí. Voy a estar abajo.

Pausa.

CHIQUITO. —Creo que tengo algo en el zapato.

HAYDEÉ. —¿En cuál?

CHIQUITO. —*(Levantando el pie derecho.)* En el izquierdo. En el talón.

HAYDEÉ. —Ése es el derecho. *(Tras examinar el taco del zapato.)* Tenés un clavo.

CHIQUITO. —Me descalzo.

HAYDEÉ. —¡No te muevas que me arruinás el trabajo! ¡Pará! *(Mete la mano en la cartera y saca una pequeña pistola niquelada.)* Teneme la cartera.

CHIQUITO. —¿Y eso? ¿Querés sacarme el clavo de un tiro? ¡Me vas a volar el pie!

HAYDEÉ. —Qué tiro ni ocho cuartos. Levantá el pie como un burro que están herrando.

CHIQUITO. —¿Así?

HAYDEÉ. —Quedate quieto. *(Haydeé usa la parte baja de la empuñadura de la pistola para hacer palanca y extraer el clavo.)* Listo. Como la fábula del león y el mono. Pisá. Pisá fuerte. ¿Te molesta?

CHIQUITO. —Nooo... Gracias.

HAYDEÉ. —Liberado de la astilla. Podés ir en paz.

Chiquito se baja de la tarima y Haydeé se sube. Chiquito sigue siendo más alto, pero sus rostros están ahora un poco más cerca.

CHIQUITO. —¿Desde cuándo usás pistola?

HAYDEÉ. —Desde que tenemos que llevarnos la recaudación.

CHIQUITO. —*(Temeroso como un niño, ante un movimiento de Haydeé.)* Pará, a ver si se dispara...

HAYDEÉ. —*(Chasquea la lengua.)* Recuerdo del estudio Lumiton. Mi primer bolo. Una película de las hermanitas Legrand. Es de fogueo, ¿no te das cuenta?

CHIQUITO. —Parece de verdad.

HAYDEÉ. —Ésa es la idea. Si alguno se me cruza a la salida...

CHIQUITO. —*(Se golpea el pecho.)* Si alguno se cruza, estoy yo.

Tiempo. Miradas.

CHIQUITO. —¿Para cuándo el estadio Ebro?

HAYDEÉ. —Chiquito, ¿no entendés que en el Ebro la policía tiene que actuar y detenerte? Y más plata Tito no pone. Acá el comisario hace la vista gorda. Es parte del precio que se pagó. Punto.

Pausa.

CHIQUITO. —Este lugar es una pocilga.

HAYDEÉ. —El club de los gallegos está mejor, pero es puro barro por la sudestada. Al predio de los taxistas, al menos, se puede entrar. *(Fastidiada.)* ¿Algo más?

CHIQUITO. —No entiendo por qué tengo que perder.

HAYDEÉ. —Es así la secuencia: perdés, pedís la revancha, ganás vos, él pide la revancha para desempatar, hacen la tercera y el referí dice que es empate, entonces van a la cuarta definitiva real-real.

CHIQUITO. —¿Y ésa quién la gana?

HAYDEÉ. —Y ahí vemos...

Pausa.

CHIQUITO. —¿Te acordás del número de Susana?
HAYDEÉ. —Veintiuno, veintidós, veintidós.
CHIQUITO. —¿Las vas a llamar después de la pelea? Hoy es jueves, está de guardia hasta la medianoche.
HAYDEÉ. —*(Duda.)* Sí, como quedamos...
CHIQUITO. —¿Sí o no?
HAYDEÉ. —Todavía no lo consulté con Tito.
CHIQUITO. —Vos me prometiste.
HAYDEÉ. —Y voy a cumplir.
CHIQUITO. —Dame tu palabra.
HAYDEÉ. —Voy a cumplir.

Pausa. Afuera comienza a subir el murmullo de una multitud que grita, abuchea, aplaude y zapatea impaciente.

CHIQUITO. —¿Vos lo querés a Tito?
HAYDEÉ. —Mirá lo que preguntás. Hacemos rubro. Es mi macho y mi representante.
CHIQUITO. —A veces parece al revés... Ojo, lo de macho no lo discuto...
HAYDEÉ. —Mal podrías.
CHIQUITO. —Parece que la representante sos vos. Él no está nunca. Te encargás de todo.
HAYDEÉ. —Nadie te pidió opinión.
CHIQUITO. —Tenés razón. ¿Para qué me meto?... *(Larga pausa.)* Pero ¿vos lo querés?

Afuera aumenta el murmullo del público y suena, bien fuerte, una campana de boxeo.

HAYDEÉ. —Preparate que salís.

SIETE. BAJO LAS LUCES DEL RING

Un ring de boxeo. Suciedad. La lona gastada, manchada con salpicaduras de agua, sangre y escupidas. Las cuerdas raídas. Las esquinas con los protectores tajeados, reparados con tela adhesiva. La única fuente de iluminación son las lámparas que caen, en cenital, sobre el cuadrilátero, bañando además un sector del ring side donde hay cinco o seis sillas plegables metálicas vacías y, enfrente, la mesa donde se ubican una campana y un micrófono de relator. Ruge el público, eminentemente masculino. Un segundo micrófono desciende desde el techo y Tito sube al ring para anunciar el combate, a la vez que Haydeé, con la boina, el pañuelo y la cartera, se ubica junto al micrófono de la mesa.

TITO. —*(Toma el micrófono del techo y lo aparta para aclararse la voz. Luego lo aproxima a su boca.)* ¡Qué noche, amigos! ¡Cuánta emoción! ¡Cuánta fuerza! Tres combates impactantes, tres recias demostraciones de la lucha libre americana, pero ahora... ¡chocan los planetas! ¡Dos mundos antagónicos confrontan en la arena! ¡Por un lado, la belleza, la hidalguía, lo mejor de nuestra sociedad, la flor y nata de San Isidro! ¡Por el otro, la brutalidad, la guapeza del pueblo trabajador, el resentimiento del hondo bajo fondo! ¡Todo presentado poooor...!

HAYDEÉ. —*(Al micrófono, como locutora que lee la tanda a toda velocidad.)* Hojas de afeitar Legión Extranjera. Para una piel más

suave, Legión Extranjera. ¡Afeitate el siete que el ocho es fiesta! Con Legión Extranjera, nadie te peina para adentro.

TITO. —¡Última pelea de la noche! ¡En el rincón que da la espalda a la barranca, a las mansiones, a la buena vida que fue su cuna, con la larga cabellera que envidian las mujeres, recién llegado de su gira por Estados Unidos, Daríooooo EL-DI-VI-NOOO!

El griterío del público se reparte entre vítores y abucheos. Jaime, convertido en Darío El Divino, con botas de boxeo y una capa roja bordada en oro, entra haciendo gala de su melena. Por su aspecto y gestualidad, en Darío El Divino conviven rasgos de un rugbier patotero, del luchador norteamericano Gorgeous George y de personajes creados por el dibujante homoerótico Tom de Finlandia. Lo antecede, abriéndole paso, Héctor, que viste un jaquet de mayordomo con guantes blancos. A cada paso acciona un fumigador manual (similar a los aparatos que echaban Flit u otros venenos).

HAYDEÉ. —Para protegerse de la chusma, Darío El Divino usa Fluido Mánchester. Poderoso desinfectante contra piojos, pulgas y garrapatas. Para fumigar la catrera, Fluido Mánchester. Si dudás de tu ocasional acompañante, bañalo con Fluido Mánchester.

Héctor sube al ring mientras Darío permanece al pie de la escalera. Con aire de celoso y eficiente mayordomo, Héctor rocía el piso del cuadrilátero con el fumigador.

TITO. —Como es costumbre, Darío El Divino se niega a pisar la lona si antes su fiel empleado Héctor, su lacayo, su siervo, su

esclavo, no elimina cualquier amenaza de microbios. Todo lo que toque Darío El Divino debe ser esterilizado. Darío El Divino, el luchador de la personalidad desconcertante. Con su melena asegurada en ¡veinticinco mil dólares!

Héctor deja el fumigador y despliega una primorosa alfombra pie de cama, con arabescos de color verde, sobre el cuadrilátero, en el sector por donde debe ingresar Darío El Divino. Darío inicia lentamente el ascenso de la escalera.

HAYDEÉ. —¿Querés una alfombra persa? Kalpakián la tiene. Para retozar, para mimarse, para hacer cucharita, las alfombras de Kalpakián son garantía de calidad.

Héctor sujeta las cuerdas y Darío finalmente se digna a subir al ring, pisando la alfombra.

TITO. —Amado y odiado. Héroe y villano. Acusado de tilingo, cipayo y vendepatria. Juventud, extravagancia, capricho y belleza en una sola persona. Un adonis apolíneo. Tómalo o déjalo. ¡Aquí está, para que lo admire el público, Daríoooo EL-DI-VI-NOOO!

Darío abre su capa y hace un paseo triunfal por el ring, mostrando su slip de lamé dorado. El público delira. Durante el paseo de Darío ingresa al ring side, y se sienta en una de las sillas vacías, Roberta, la empleada de la señora Dolores, que busca pasar inadvertida con un pañuelo de colores en la cabeza, anteojos negros y un impermeable cruzado. Por la inmensa humanidad de Roberta, el intento resulta infructuoso.

TITO. —¡Y en el rincón que da la espalda a la playa, al río marrón que trae alimañas y camalotes, hijo de la barbarie, del vicio y la concupiscencia, estibador de puerto, arrogante, bebedor y pendenciero, una bestia salvaje, incontenible, prófugo de la justicia, criminal nato, poseedor de atributos masculinos que desgarran las entrañas, presentamos en exclusiva a... Chiquitoooo EL-EM-PA-LA-DOR-A-SE-SI-NOOOO!

Tibia recepción del público. Chiquito entra a destiempo, retrasado, con su look de descamisado y cargando una enorme bolsa de arpillera al hombro. A cada rato mira a Haydeé y ella le marca la mímica que debe actuar (como una maestra jardinera que guía la performance de sus alumnos en un acto escolar). Haydeé le indica que debe dar pasos pesados, como sugiriendo un gran esfuerzo, y Chiquito la imita aparatosamente. Ahora Chiquito se trepa a la escalera. Haydeé le marca que debe arrojar la bolsa al piso y Chiquito obedece. Es el turno de entrar al ring y Chiquito se enreda con las cuerdas. Finalmente vence la dificultad y saluda con los brazos en alto desde el centro del cuadrilátero.

TITO. —¡Chiquito es la mitad de inteligente de una persona normal y el doble de violento! ¡Un caníbal, un ser primitivo, el eslabón perdido de la especie humana! Recordemos que este espectáculo es prohibido para menores... Las damas presentes pueden abandonar la sala e ingresar gratis a nuestra próxima velada... Incluso a los caballeros se les previene que Chiquito El Empalador Asesino es víctima de una deformidad ¡que puede herir la sensibilidad del espectador!

Chiquito, siguiendo las indicaciones de Haydeé, ejecuta –en forma fallida pero entrañable– la coreografía que ella ha preparado para él. Primero se abre más la camisa, la rompe, la hace jirones, la tira a la lona y la pisotea. Luego se quita el cinturón y lo hace chasquear en el aire y lo golpea contra el piso con ruido de latigazos. Por último se arranca el pantalón en un solo movimiento, como los strippers, y queda únicamente con un slip anatómico de leopardo y borceguíes de trabajo. A medida que realiza este show, el público aumenta su aprobación y termina en una ovación cerrada cuando ve el descomunal bulto de Chiquito. En su silla, Roberta queda electrizada.

TITO. —¡Se los advertí, amigos! *(A un espectador imaginario.)* ¡No, no, no. No se tape los ojos! ¡No se haga el que mira para otro lado, si le gusta! ¡Se le hace agua la boca! Chiquito El Empalador Asesino está presentado pooor...

HAYDEÉ. —Preservativos Velo Rosado confeccionó el súper profiláctico de cuarenta onzas para Chiquito. Corré a la farmacia que se acaba el caucho. Con Velo Rosado, tu goma es más segura. Velo Rosado, placer y cariño. Velo Rosado, el condón para tus dones más preciados.

Sube al ring Eduardo, vestido con camisa blanca y todo lo demás negro: zapatos, pantalón, tiradores, moño y ligas de manga de camisa.

TITO. —Arbitrará la última pelea de la noche... ¡Eduardo Varela de Guevara Lynch! Imparcial, ecuánime, objetivo, insobornable. Certificado como referí internacional de lucha libre americana en la Asociación Cristiana de Jóvenes de Nueva York. ¡La Uaaiii Eeem Ciii Eeiii!

Cuando Tito pronuncia las letras en inglés, Eduardo las dibuja en el aire con su cuerpo como en la coreografía de la canción YMCA, de Village People. Lo hace en forma discreta y sin ninguna referencia a la música. Anacronismo adrede. Haydeé revisa las fichas con las publicidades y otros contenidos para leer.

TITO. —Para cumplir el reglamento, Eduardo Varela de Guevara Lynch procederá a la revisación de los contrincantes. Debe garantizar que sea un combate limpio, sin elementos filo-cortantes y/o contundentes

Darío El Divino, que durante la entrada de Chiquito y de Eduardo permaneció ajeno, tirando besitos a la tribuna y admirándose en un primoroso espejo de mano que le acercó Héctor, repara por primera vez en el bulto de Chiquito y tiene una reacción ampulosa que significa "eso no puede ser". Señala con el dedo, niega con la mano y la cabeza. El único que habla sobre el ring es Tito. Los demás hablan exageradamente con el cuerpo. Haydeé saca cosas de su cartera: un labial para retocarse el rouge, una almohadilla para retocar la base de maquillaje.

TITO. —¿Qué pasa? ¿Qué sucede? Darío El Divino objeta. Señala. Dice que es imposible. Que puede tratarse de una artimaña maliciosa, propia del ambiente marginal de donde proviene Chiquito El Empalador Asesino. A ver, árbitro... ¿Qué corresponde en estos casos? ¿Es cierto, como dice Darío El Divino, que puede haber gato encerrado? ¿Que Chiquito esconde un arma en la entrepierna? Parece que hay una sola forma de comprobarlo y es haciendo ¡el tacto profundo!

Eduardo se acerca a Chiquito, le pide que abra los brazos y le toca el bulto, a lo que Chiquito responde con un empujón. Eduardo retrocede entonces hacia Darío pero Héctor lo frena antes (nadie puede tocar aún a Darío).

TITO. —¡No, no, no! ¡Chiquito! ¡Es el árbitro! ¡Tiene que respetarlo! ¡Es la autoridad, es la ley! ¡Puede ser descalificado de por vida por actitudes así! ¡Sométase al reglamento! ¡Deje que Eduardo Varela de Guevara Lynch lo palpe!

Eduardo repite la inspección de Chiquito y esta vez Chiquito se deja. La inspección es larga y Chiquito se queja del tiempo transcurrido. Finalmente Eduardo dice por gestos que está todo bien.

TITO. —¡Eduardo Varela de Guevara Lynch da fe! ¡Le pone firma y sello! ¡Qué lujo, señores! ¡Más que árbitro, es un escribano! ¡Acredita que Chiquito no esconde ningún secreto! ¡Está todo a la vista!

El público delira y Haydeé le hace señas a Chiquito para que retribuya con un saludo. Chiquito lo hace con torpeza.

TITO. —Ahora es el turno de Darío El Divino. Por ser una persona de bien, no caben dudas acerca de su comportamiento, pero él se allana a las generales de la ley ¡porque es un caballero!

Eduardo se acerca a revisar a Darío, pero Héctor se interpone y saca un perfumero con pera de goma y Eduardo debe extender las manos. Héctor se las rocía.

TITO. —¡Es el precio de tocar al ídolo de multitudes! ¡Para posar las manos sobre la rumbosa humanidad de Darío El Divino hay que estar perfumado! ¡No cualquiera puede tener el privilegio!

Darío da un giro completo, se quita teatralmente la capa, se la arroja a Héctor y finalmente se presta a ser revisado. Eduardo le toca el torso y los muslos, dice que está bien, pero Darío reclama que también le toque los genitales.

TITO. —¡Maravillosa actitud de Darío El Divino! ¡Igualdad ante la ley! Si bien todos confiamos en su bonhomía, en su integridad, en su honradez, en su don de gente, ¡él reclama el mismo trato que el brindado al representante de la calle!

Luego de la inspección del bulto, Darío se da vuelta y reclama también que le revisen las nalgas. Eduardo procede.

TITO. —¡¿Qué otra cosa se puede esperar de un auténtico señor?! ¡Un aristócrata sin dobleces! ¡Un ser probo, virtuoso, leal! ¡Así es Darío El Divino!

Eduardo le da indicaciones a Chiquito para que se ubique en su esquina y Chiquito obedece. Mientras, Héctor le ofrece una bandeja de plata a Darío. Darío toma de la bandeja pequeñas hebillas de pelo y las arroja al público.

TITO. —Darío El Divino cumple ahora su ritual. Se brinda entero. Obsequia a su público. Generoso, reparte a manos llenas exquisitas hebillas de plata novecientos veinticinco. De exclusivo diseño, estos prodigios de la joyería importada sirven

tanto para sujetar el cabello de la dama como la corbata del caballero. Y ahora... ¡el gran momento previo a la pelea!

Chiquito se impacienta en su rincón. Pregunta con su cuerpo si falta mucho.

TITO. —Darío El Divino elige a la agraciada... o, ¿por qué no?, al galán que recibirá la hebilla de oro. Tensión, miradas, expectativa... Darío tiene ojo de lince para seleccionar a la persona digna de tan alta distinción. Parece que le cuesta... Mira a uno, mira a otra... ¡Cuánta belleza reunida en un solo lugar! ¡A la persona más deseada le resulta complicado designar a quien lo secunde en hermosura!

Mientras Tito habla, Roberta, que buscaba pasar inadvertida y se tapaba la cara con una revista Radiolandia, se sale de la vaina. Quiere que Darío la elija. Levanta la mano y se reprime a la vez. Luego de mucho dudar, Darío besa la hebilla dorada y se dirige resueltamente hacia Haydeé. Se arrodilla en la lona y le coloca la hebilla en el pelo, mientras Haydeé se sonroja.

TITO. —¡La mejor elección! ¡Darío El Divino ha señalado a Haydeé Amor, rutilante estrella del firmamento artístico, como la merecedora de la hebilla dorada! ¿Romance en puerta? ¿Próxima boda sobre el cuadrilátero? ¡Ay, ay, ay! ¡Qué hermosa pareja!

Chiquito quiere ir a golpear a Darío. Lo frenan entre Héctor y Eduardo. Darío completa la actuación besando la mano de Haydeé y Haydeé hace que se desmaya. Roberta se revuelve de indignación en su silla.

TITO. —¡Y se acabaron las palabras! ¡Hablan los cuerpos! ¡Hablan la fortaleza, la habilidad, el ingenio y los músculos! ¡Habla LA-LU-CHA-LI-BRE-A-ME-RI-CA-NAAAA!

Aumenta el griterío del público. Tito abandona el ring, el micrófono sube hasta desaparecer en el techo. Eduardo da las últimas indicaciones a Darío y a Chiquito y suena la campana.

OCHO. LA LUCHA

Chiquito y Darío se enfrentan en el ring, bajo la mirada atenta de Eduardo. Durante los primeros segundos se miden y tiran amagues. El público azuza a los luchadores. Héctor se quita el saco del jaquet. Esto revela que debajo solo lleva una pechera, que también se quita. Queda con el torso apenas cubierto por una musculosa ballenera y se suma al público. Se sienta en una de las sillas vacías, sin pegarse a Roberta. Por su parte, Roberta comienza a ser ganada por la excitación.

TITO. —*(Relata desde la mesa debajo del ring, al lado de Haydeé.)* Darío El Divino defiende la localía. Está en su territorio. Se siente a sus anchas. Chiquito El Empalador Asesino es el retador. El extraño. El forastero que busca arrebatarle a Darío el favor del público y la corona.

HAYDEÉ. —*(Hace las veces de comentarista. Lee.)* Chiquito quizás carezca de técnica depurada, pero es extremadamente peligroso. Formado en la riña, en la gresca callejera, en el duelo criollo más sucio, taimado y sotreta, puede ser una sorpresa que desestabilice al favorito.

TITO. —Darío El Divino se cansó de vueltas, señores. Ataca con un topetazo al pecho, rodea a Chiquito y lo toma de las muñecas. ¡Le aplica el manubrio! ¡Su toma más dolorosa! ¡Lo inmoviliza desde atrás y le clava la rodilla en la espalda! ¡Ahora lo horada con el pie! ¡A la altura de la quinta vértebra lumbar! ¡Cuánta precisión! ¡Darío El Divino es un cirujano! ¡Chiquito sufre! ¡Se contorsiona! ¡Aúlla! Logra desprenderse y ahora ¡se da vuelta la tortilla! ¡Chiquito se ubica detrás de Darío y le hace el tirón de boca! ¡Le desgarra la comisura de los labios! ¡Darío El Divino no logra soltarse y vive su hora más dramática!

HAYDEÉ. —Recordemos que el tirón de boca fue desaconsejado por la Asociación Argentina de Cirugía Buco Máxilo Facial. Sin embargo, todos los intentos por prohibirlo, hasta ahora, resultaron infructuosos. Les recordamos, amigos, un pedido encarecido: ¡no lo intenten en sus casas!

Roberta entra en un trance sexual y, con disimulo, cuela una mano entre los botones del impermeable cruzado y todo indica que avanza con los dedos entre la ropa y comienza a estimular su clítoris.

HÉCTOR. —¡Pisalo, Darío! ¡No te dejes humillar! ¡Pisalo! ¡A las cuatro en punto!

En base a lo que le dice Héctor, Darío da un pisotón estirando su pie derecho hacia atrás, a las cuatro en punto de un imaginario reloj cuyo centro es Darío. Chiquito acusa dolor en el pie, suelta a Darío y comienza a saltar sobre el ring, tomándose el pie lastimado. Darío aprovecha el momento para lanzarse sobre las cuerdas, tomar impulso y embestir a Chiquito, derribándolo. Darío se deja caer sobre Chiquito, lastimándolo, y

le hace una llave en el pie. Chiquito se retuerce de dolor y golpea la lona repetidas veces.

TITO. —¡No permita esto, juez! ¡Pone en juego su reputación! ¡Eduardo Varela de Guevara Lynch se equivocó! ¡Darío El Divino tuvo una actitud antideportiva al aprovechar la lesión podológica de Chiquito en momentos en que buscaba la protección de la cuerda! ¡Así no! ¡Esto le hace muy mal a la lucha!
HAYDEÉ. —Acaso para enmendar su error, ahora el árbitro demora la cuenta de tres. Chiquito está inmovilizado y Darío lo puso de espaldas. Técnicamente sería una victoria por sumisión. ¿Qué espera para contar?
TITO. —El público enardecido reclama justicia. ¡Se le cae la cara de vergüenza a Eduardo Varela de Guevara Lynch! ¡Qué manera oprobiosa de tirar por la borda una carrera intachable!
HAYDEÉ. —Darío El Divino reclama la cuenta de tres. Está tan enardecido que descuida la llave sobre Chiquito y...
TITO. —¡Chiquito se recupera! ¡Se da vuelta la taba! ¡Sale de la incómoda posición! Otra vez de pie, ¡se traba en desprolija lucha con Darío, abrazado cual la hiedra a la pared! ¡Y se viene, se viene, se viene... la doble Nelson!
HAYDEÉ. —Por primera vez Chiquito muestra maña y conocimiento, táctica y estrategia, maestría y capacidad.
TITO. —Inmovilizado desde atrás, con los poderosos dedos de Chiquito entrelazados en su nuca, Darío no consigue liberarse. Intenta volcar al contrincante por encima de su cuerpo, pero la bestia portuaria es demasiado grande, demasiado pesada.
HAYDEÉ. —Chiquito El Empalador Asesino acusó en la balaza ciento treinta y siete kilos con ochocientos cincuenta gramos.

TITO. —¡Una tonelada de hombre! Pero ¿qué hace? ¡¿Qué hace Darío El Divino?!

Darío bombea sus nalgas contra el bulto de Chiquito.

HAYDEÉ. —Con tal de zafar, Darío buscar desconcentrar a Chiquito, cuyas capacidades amatorias alcanzan el nivel de leyenda.
HÉCTOR. —¡Dale, Chiquito, llenalo! ¡Cargale carne por la popa, mi amor!

Chiquito efectivamente se desconcentra y mira a Héctor, al tiempo que Darío pega un cabezazo hacia atrás y golpea a Chiquito en la nariz.

TITO. —¡Y lo distrajo en serio porque ahora Darío domina! ¡Golpe de testa! ¡Chiquito está grogui! ¡Lo sintió! ¡Atentos que este combate puede definirse en cualquier momento!
HAYDEÉ. —El riesgo para Chiquito es que Darío busque derribarlo de nuevo para intentar su maniobra más cuestionada y letal.

Darío hacer caer a Chiquito boca arriba y se sienta a horcajadas sobre él, de tal manera que queda con sus nalgas en la cara de Chiquito a la vez que le golpea la panza y, de a ratos, le hace cosquillas en los costados.

TITO. —¡Dicho y hecho! ¡Dicho y hecho! ¡Haydeé Amor, la comentarista más brillante de la lucha libre americana, anticipó la movida! ¡Chiquito está en serios apuros! ¡Está en gravísimos problemas! Nadie quisiera estar en la posición de Chiquito porque se viene... ¡el castigo más horrible que puede soportar un ser humano! ¡Peor que el rayo de Zeus! ¡Peor que

los dardos envenenados de los indios del Amazonas! ¡Peor que la silla eléctrica! ¡Peor que el garrote vil! ¡Darío El Divino aplica el escarmiento más abyecto! ¡El correctivo que no podemos nombrar!

HÉCTOR. —*(Se pone de pie y hace bocina con las manos para gritar como nunca.)* ¡¡¡El pedo de guasca!!!

Darío hace la gestualidad de tirarse un pedo largo, profundo y silencioso que lo alivia y lo llena de energía y contento. Casi de inmediato, Chiquito siente que se ahoga, que se intoxica, que no puede respirar. El público ovaciona. Roberta se frota con ahínco.

TITO. —¡Darío El Divino lo hizo de nuevo! ¡Se desgració en las fauces del retador! ¡Lo liquidó! ¡Le hizo sentir el viento en la cara! ¡Los aromas de El Cairo! ¡La esencia de mil machitos condensada en una sola descarga! ¡Llamen al seguro! ¡Tómenle la patente! ¡Destrucción total para Chiquito!

Darío se levanta y hace un paseo triunfal por el ring, como si fuese un matador, mientras el toro (Chiquito.) yace tendido en medio de la arena. El público grita "Darío, Darío" y Darío retribuye juntando grandes cantidades de pedo que quedaron flotando en el aire y arrojándolas a las tribunas. Eduardo se descompone. Tito se tapa la nariz. Haydeé saca de la cartera un abanico y se apantalla. Héctor adelanta la nariz para fumarse el pedo con fuerza y delectación. Con la mano libre, Roberta atrapa el aroma en la palma y lo acerca tres o cuatro veces a su nariz (como hacen los enólogos o los cocineros frente a una cuba o una preparación.)

HAYDEÉ. —Atención porque los efluvios narcóticos de Darío suelen anticipar el final del combate. Pero Chiquito no es un luchador convencional y su reacción puede ser una incógnita.
TITO. —¡Vaya que sí! ¡Chiquito busca levantarse! ¡Trastabilla, duda, se tambalea! ¡Otra vez rodilla en tierra pero su fuerza de voluntad es enorme! ¡Quiere recuperarse y lo logra! ¡Todavía está obnubilado, bajo los efectos virulentos de la ponzoña, pero está decidido a dar pelea! ¡Chiquito no se rinde!

Darío, sobrador, le muestra el culo a Chiquito. Se lo ofrece, se lo acaricia, se da a sí mismo fuertes nalgadas mientras hace gestos obscenos con la boca y la lengua.

HAYDEÉ. —Darío El Divino es un maestro de la provocación. Se mueve como pez en el agua. Como dedalito en la sopa. Sabe que Chiquito está crispado y pretende enfurecerlo aún más para darle el tiro de gracia.

Chiquito se lanza, ciego, contra Darío y Darío lo frena con un piquete de ojos.

TITO. —¡Piquete de ojos! ¡Piquete de ojos! ¡Lo dejó ciego! ¡Chiquito no tiene escapatoria! ¡Llegó su hora! ¡Será mejor que se rinda! ¡De lo contrario, bajará del cuadrilátero muy lastimado! ¡Irá directo al hospital! ¡Darío El Divino reafirma su título de campeón y solo falta el desenlace! ¡Un trámite!

En contra de lo que dice el relato de Tito, Chiquito se encoleriza. Entra en un arrebato de destrucción y comienza a golpear y a sujetar a Darío.

HAYDEÉ. —*(No puede contener la emoción.)* ¡El doble candado japonés de costado! ¡Chiquito vuelve a la vida! ¡No está muerto quien pelea!

TITO. —*(No puede contener su disgusto.)* Bueno, señores... Entramos en el terreno de lo inesperado. Ni el peor guionista de Hollywood podría tramar semejante vuelta de tuerca. Hasta hace un segundo Chiquito estaba para el cajón y ahora...

HAYDEÉ. —¡Chiquito demuestra que es un fuera de serie! ¡Topetazo!.. ¡Mandoble de codos sobre los hombros!.. ¡Cross a la mandíbula!.. ¡Tortura india!.. ¡Motoneta en las orejas!.. ¡Depilación de pecho y axilas!.. ¡Muestra en alto el trofeo obtenido, la madeja de vello corporal arrancada a Darío!.. ¡Chiquito es una bomba atómica!.. ¡Y ahora va por su cabellera!

Chiquito quiere arrancarle el pelo a Darío pero interviene Eduardo, el árbitro, para frenar momentáneamente la pelea. Manda a Chiquito a su rincón y ayuda a Darío a dirigirse al suyo. Chiquito se queja. Héctor acude a Darío para reconfortarlo. Tito se acerca al rincón de Chiquito y le habla por lo bajo.

TITO. —¿Qué hacés, Chiquito? Es un show. No te calentés.

CHIQUITO. —Me burló. El pedo no estaba en el libreto.

TITO. —No seas chiquilín... Ya está. Demostraste que sabés luchar. No me lo rompas a Darío.

CHIQUITO. —Vos traeme a Susana.

TITO. —¿A quién?

CHIQUITO. —A mi novia. Traemelá porque te lo quiebro al pastenaca.

TITO. —Mañana a la noche la tenés en el rancho. Pero tenés que perder. ¿Estamos? *(Pausa.)* ¿Estamos?

Eduardo reanuda la lucha. Darío mira a Chiquito con un gesto que reclama el cumplimiento de lo acordado. Chiquito parece que se aviene a obedecer. Baja los humos. Roberta, en su silla, se toma un descanso en su masturbación. Disfruta el momento de calma.

TITO. —*(Vuelve a relatar.)* ¡Se recupera Darío! ¡Está fuerte como un toro! ¡Lanza una patada voladora e impacta en el pecho de Chiquito! ¡Terrible! ¡Impresionante! ¡La patada voladora hace estragos en Chiquito, que tropieza y queda a merced de una nueva embestida de Darío!

HAYDEÉ. —*(Enojada.)* ¡El ring parece inclinado! ¡La balanza de la justicia, amañada! ¿Qué decirles, amigos? Las instancias actuales de la lucha no se condicen con la superioridad que había mostrado Chiquito.

TITO. —*(Muerde bronca contra Haydeé.)* Todas las opiniones son válidas y respetables, pero Darío El Divino tiene el claro predominio de la lucha. ¡Avasalla al retador cargándolo sobre sus hombros y lanzándolo a la lona! ¡Se viene la puesta de espaldas! ¡Se viene y...!

Chiquito se levanta y vuelve a descontrolarse. Se niega a perder. Se niega a ser un monigote para lucimiento de Darío. Otra vez golpea en serio.

HAYDEÉ. —¡Chiquito recupera el orgullo! ¡Es puro atrevimiento, valor y ferocidad! ¡Hace alarde del estilo compadrito, guapo de arrabal! ¡Chiquito es profesor de cachiporra! ¡Sus dedos son tenazas que no sueltan a la presa! ¡Lo hieren, lo doblegan, lo laceran! ¡Esos dedos como ristra de chorizos traspasan la capacidad de resistencia de cualquier mortal! ¡Chiquito es un

semidiós! ¡Habita en el olimpo de Karadagián, del Hombre Montaña, de Antonino Rocca!

Tito deja el micrófono, se levanta de la mesa y, medio agachado, se aproxima al lugar más próximo donde está Eduardo y le habla por lo bajo.

TITO. —Pará la pelea. Inventá una falta, un golpe bajo. Algo.

Ya es tarde. Darío yace mal herido en la lona y, cuando Eduardo se acerca para frenar la pelea, Chiquito lo pone nocaut con una sola piña y se acerca a Tito, mientras el público grita y aplaude como nunca. Roberta no aguanta más la excitación. Haydeé se pone de pie estrujando las puntas del pañuelo que lleva al cuello.

CHIQUITO. —Conseguime el estadio Ebro.
TITO. —No puedo.
CHIQUITO. —Mirá cómo ruge la leonera. Conseguime el Ebro o lo mato a Darío.
TITO. —No puedo.
CHIQUITO. —Te juro que lo mato. Igual que al ruso.
TITO. —¡Yo no programo en el estadio Ebro! ¡Programo acá!

Pausa. Estupor de Chiquito.

CHIQUITO. —¿Prometés lo que no tenés?
TITO. —*(Suplicante, sin una pizca de ironía.)* Bienvenido al mundo del espectáculo.

Chiquito atraviesa a Tito con la mirada y su silencio es peor que un grito. Se dirige nuevamente al centro del ring y agarra a Darío. Lo levanta sobre los hombros y lo pasea por el cuadrilátero, como preguntándole al público enardecido qué debe hacer con él.

HAYDEÉ. —La pelea está terminada. Chiquito es el nuevo campeón. Despojó de la corona a Darío El Divino. Desaparecida la autoridad del árbitro, que duerme el sueño de los justos, solo resta pedir la clemencia para Darío. Tenga piedad, Chiquito. Perdónelo. Le pedimos compasión, misericordia. Téngale lástima, aunque más no sea. Basta, ya es suficiente. Ensañarse sería crueldad. Sea magnánimo.

Sobre las palabras de Haydeé, Chiquito coloca a Darío de espaldas sobre su rodilla flexionada; la otra la tiene apoyada en la lona. Chiquito parece un bandoneonista con el fuelle todo abierto sobre su pierna, a punto de dar los acordes finales. Mira a las tribunas que aúllan y recibe el griterío como un baño de gloria. Darío está prácticamente inconsciente. Roberta, en su silla, a punto de acabar, lanza un alarido único.

ROBERTA. —¡Matalo! ¡Quebralo! ¡Hacelo tuyo! ¡Mealo!

Chiquito, entonces, aplica toda la fuerza de sus brazos sobre el pecho y las piernas de Darío, doblándole la espalda. Tremendo ruido de huesos que se rompen. Medio segundo después, Roberta tiene un orgasmo explosivo. Oscuridad y silencio. Una sirena de ambulancia se acerca desde el fondo de la noche.

NUEVE. EL CAFETÍN

Transcurre la mañana en un cafetín suburbano. Es la oficina de Tito y esto se manifiesta en la comodidad con que se mueve en el boliche. Está acodado en el mostrador de estaño, donde toma un pocillo de café y una copita de ginebra. Hojea una revista de turf. A su lado, Haydeé tiene enfrente una taza de café con leche con medialunas. Moja las medialunas y come. Con la otra mano sostiene el tubo de un teléfono negro apoyado sobre el mostrador. Espera con el auricular en la oreja. Más allá, una mesa pequeña, vacía, con dos sillas.

HAYDEÉ. —*(Cortando el teléfono.)* Sigue ocupado.
TITO. —Pero ¿qué pasa? ¿Se prendió fuego Casa Amarilla?
HAYDEÉ. —Paciencia.

Tiempo. Haydeé come su desayuno y Tito saca un lápiz del bolsillo para hacer anotaciones en la revista de turf.

TITO. —Conseguime un talabartero. *(Pausa.)* Mejor un marroquinero fino.
HAYDEÉ. —¿Para qué lo querés? ¿Te vas a jugar y me vas a comprar una cartera?
TITO. —Para lo que sea, bicho. No puedo andar explicando todo.
HAYDEÉ. —Momentito. Estoy harta de que me pidas cosas, vos no pagás y después la que pone la cara soy yo.
TITO. —Buscá alguien que labure por canje.
HAYDEÉ. —¿Por canje?
TITO. —Publicidad.
HAYDEÉ. —Tito, ¿a quién le querés hacer creer que tenemos propaganda de empresas famosas?

TITO. —Si vos los leés, los avisos existen. Sirven para atraer anunciantes de verdad. *(Golpeando el mostrador.)* Que la pongan o que nos den algo a cambio.

HAYDEÉ. —Nadie puede tomarse en serio que nuestra "audición" salga al aire. Ninguna radio transmite semejantes barbaridades.

TITO. —La lucha libre americana es fantasía, ilusión, sufrimiento, melodrama, ¡la vida misma! Si yo la relato, la pelea es más grande de lo que ves. *(Pausa. Señala el teléfono)* Probá de nuevo.

HAYDEÉ. —*(Agarrando el tubo.)* Lo único que se me ocurre es el secretario del Sindicato de Obreros Marroquineros y Afines. Es familiar de mi vieja.

TITO. —*(Se le prende la lamparita.)* ¡Me sirve! ¡Hago doblete! ¿Qué esperás para llamarlo?

HAYDEÉ. —*(Fastidiosa.)* ¿Qué hago primero? ¿Llamo al cuartel o al sindicato?

TITO. —A la mina de Chiquito.

HAYDEÉ. —*(Discando.)* Veinti... uno... Veinti... dos...

TITO. —Por favor no me lo repitas más.

HAYDEÉ. —*(Ignora.)* Veinti... dos.

Tiempo.

TITO. —¿Llama?

Haydeé dice "esperá" con la mano. Más tiempo.

TITO. —¿Llama?

HAYDEÉ. —¡Tarda en conectar! ¡Pará!

Tiempo penosamente largo.

HAYDEÉ. —*(Cortando.)* Ocupado otra vez.
TITO. —¡Me cache en dié! ¿Se incendiaron todas las cantinas de la Boca? *(Pausa.)* Dejame que llamo al sanatorio. *(Agarra el teléfono, disca un número que tiene anotado en el borde de la revista.)* Hola, ¿clínica? Con el doctor Lara, por favor... Ya sé que es el director. Necesito hablar con él... De parte de Roberto Arriolas... El promotor de lucha libre americana... Espero.
HAYDEÉ. —No decís más "representante artístico".
TITO. —*(Tapando el auricular.)* Le llevé un pelilargo con slip dorado, bicho. Me ubica más rápido como promotor. *(Al teléfono.)* Hola, sí, ¿doctor Lara? ¿Cómo le va? ¿Cómo anda el paciente que le dejé anoche? *(Gesto serio.)* Ah... Nooo... Uyyy... ¿Y no hay otra solución más...? Está bien, cirugía... Cirugía y yeso... Y rehabilitación... ¿Seis meses? Yo lo necesito más rápido... ¿Y con alguna pichicata? Usted me entiende... Ah... Y bue... Siendo así... El tema ése lo tiene que hablar con la familia... ¿Cuánto?.. Le repito... La familia... Ya sé que es la oveja negra, pero los padres siempre responden... ¿Cómo? Se corta... No, no... No escucho... Se corta...

Luego de agitar la horquilla sobre sus últimas palabras, Tito corta definitivamente.

TITO. —Chiquito y la puta que te parió.

Entra Roberta. Busca con la mirada.

HAYDEÉ. —¿Y ésta? ¿Qué hace acá?

TITO. —¿Quién?

Tito gira y hace contacto visual con Roberta. Le sonríe y le dice por gestos que ya va. Roberta se sienta a la mesa vacía.

HAYDEÉ. —¿Vino a verte a vos? ¿Para qué la citaste?

TITO. —Me pidieron cubrir un papel...

HAYDEÉ. —¿Un papel para esa bestia, ese camión con acoplado que no entra en cámara? ¿Y a mí no me conseguís nada?

TITO. —Pero mirala. Justamente me pidieron una grandota.

HAYDEÉ. —¿Para un circo?

TITO. —Por favor, bicho, te pido un poco de apoyo.

HAYDEÉ. —¿Más?

TITO. —Hagamos un último intento.

HAYDEÉ. —*(Repite la ceremonia del discado.)* Veinti... uno... Veinti... dos...

TITO. —*(Para adentro.)* Ay, Dios.

HAYDEÉ. —Veinti... dos.

Larga espera. Silencio. Expectación.

HAYDEÉ. —Llama... ¡Hola, Susana! Ah, no, yo quería hablar con Susana de parte... Ya sé que es para emergencias, pero Chiquito me dijo... ¿Cómo? Veintiuno, veintidós, veintitrés... Corto y llamo.

TITO. —¿Y?

HAYDEÉ. —*(Disca nuevamente.)* Veinti... uno... Veinti... dos... Veinti... tres. Es una compañera. Me pidió que llame por la línea de...

¿Cómo es que dijo? Bueno, no importa... *(Al teléfono.)* Hola, sí... Yo soy Haydeé, la que llamó recién preguntando por... Hola, Mirta, un gusto... Gracias... Sí, sí, hablemos rapidito. Tengo un mensaje urgente de Chiquito para Susana y... ¿Perdón? ¿Cómo? No le puedo creer...

TITO. —¿Qué?

HAYDEÉ. —¿Se mató?

TITO. —Jodeme.

HAYDEÉ. —*(Tapando el auricular.)* ¡Ssssh! *(Vuelve al teléfono.)* No, no es para usted... No soportó la separación... Claro, la incertidumbre... Nooo... ¿Y la tuvieron que rescatar ustedes? Ah, Prefectura... Bueno, al menos... Quiero decir... Debe ser doloroso para los bomberos sacar del agua... Ah, no llegó a mojarse... En fin, la acompaño en el sentimiento... A usted y a todos los muchachos... Claro, entiendo.... Espere... La última... ¿Qué perfume usaba Susana? Gracias, buen día...

Haydeé corta. Tito habla al borde de la desesperación.

TITO. —Bicho, como sea... Necesito hacerlo guita... Contratá una profesional. Dale una mano si hace falta. Es imperioso que Chiquito se despierte.

HAYDEÉ. —Se tiró del Puente Transbordador del Riachuelo, ¿podés creer? Con tanta puntería que cayó adentro de la chimenea de un remolcador. Si la querés hacer, no te sale.

TITO. —Chiquito no puede enterarse. Ocultaseló.

HAYDEÉ. —Pero ¿cómo no se lo voy a decir? Tal vez quiera ir a visitarla...

TITO. —¿Estás loca? ¿Al cementerio? Yo necesito que se levante de la tumba, no que le cremen el alma.

Breve silencio.

HAYDEÉ. —*(Compungida.)* No somos nada.
TITO. —Bicho, llamá al familiar de tu vieja. Acordá una cita y voy a verlo. *(Señala disimuladamente con el pulgar hacia Roberta.)* Yo ahora te dejo porque... ¿Por qué preguntaste qué perfume usaba la mina de Chiquito!
HAYDEÉ. —No, por nada... Andá. Andá con la mujer barbuda.

Haydeé corre la cara cuando Tito le ofrece un pico desapasionado. Ella apura el café con leche, mete un bocado y guarda la última medialuna en la cartera. En respuesta, él bebe su copa de ginebra. Cuando Haydeé sale, Tito se acerca a la mesa donde espera Roberta. En el camino, se transforma. Deja a un lado el trato rutinario con Haydeé y se convierte en un seductor. Un encantador de serpientes. Roberta también actúa diferente. Está coqueta. Busca agradar. Parece una primera cita.

TITO. —Hola, Roberta, perdón que la hice esperar.
ROBERTA. —Es un hombre ocupado.
TITO. —¿Me permite?
ROBERTA. —*(Mira la silla vacía, invita a sentarse.)* Para eso vine.
TITO. —Muchas gracias.

Tito se sienta y hace señas a un mozo imaginario para pedir servicio.

TITO. —¿La puedo tutear?

ROBERTA. —Por supuesto, Tito, podés tutearme.

TITO. —Imagino que te sorprendió mi llamado.

ROBERTA. —Me intrigó. Yo pensé que era para hablar con la señora Dolores, por el temita ése... Quedó muy mal.

TITO. —Es una cuestión pendiente y la vamos a resolver. Pero dejemos a la señora Dolores de lado. Hablemos de vos. De nosotros.

ROBERTA. —¿Existe un nosotros?

TITO. —Podemos construirlo. Vos sabés que soy representante artístico. Fue una grata sorpresa verte anoche entre el público...

ROBERTA. —¿Anoche? ¿Dónde? Yo no fui a ningún lado.

TITO. —Ah, ¿no? Yo pensé que... Bueno, no importa. ¿Alguna vez pensaste en convertirte en artista? Tengo el papel perfecto, hecho a la medida para vos.

ROBERTA. —¿De qué? ¿De dama antigua, de solterona, de viuda amargada? Yo voy al cine y las mujeres como yo no aparecemos en la pantalla, salvo para tomarnos a la chacota.

TITO. —Eso es el pasado, Roberta. Yo te ofrezco el futuro. Una carrera, algo en lo que podés brillar. Con el maquillaje adecuado, el peinado, el vestuario que tengo en mente para vos... Los hombres te van a adorar. Se van a rendir a tus pies. Van a agasajarte, mandarte flores, llevarte a los mejores lugares... Y después vos elegís.

ROBERTA. —Como lindo, suena lindo.

TITO. —Es una realidad y está a la vuelta de la esquina. Al alcance de tu mano. Solo tenés que agarrarla.

ROBERTA. —Por lo que contaste por teléfono, acerca de cuál sería mi papel en la película...

TITO. —En el teatro.

ROBERTA. —¿Teatro? Yo entendí que...

TITO. —*(Habla rápido para que no se le entienda.)* Es como teatro. Un espectáculo en vivo.

ROBERTA. —Bueno, como sea, yo quedé muy entusiasmada, no te lo voy a negar. Me hizo sentir poderosa, decidida, intensa, ardiente.

TITO. —Es tal como te veo yo.

ROBERTA. —¿En serio?

TITO. —Mi único talento, Roberta, es ver el potencial del otro. Yo veo más allá de la superficie. Veo en lo que puede convertirse. Lo que puede proyectar en el gran público.

ROBERTA. —Es tentador. Muy tentador. Pero después me quedé pensando. Si yo me engancho, si acepto tu propuesta, tendría que dejar la seguridad que me brinda el trabajo con la señora Dolores.

TITO. —Entiendo.

ROBERTA. —Por eso. ¿De cuánto estaríamos hablando?

TITO. —¿De cuánto dinero? Todo el que quieras. No hay techo.

ROBERTA. —Bueno, pero... Para empezar...

Tito acerca la silla para aproximarse más a Roberta y apoya una mano sobre la mano de ella.

TITO. —Para empezar, Roberta, de lo que tu patrona pague por estar con Chiquito, y ella paga mucho, yo te voy a bonificar la mitad.

ROBERTA. —Pero Chiquito es impotente.

TITO. —Una golondrina no hace verano y una mala noche no hace diagnóstico. Chiquito va a arrancar y, cuando arranque,

escondete porque va a tumbar árboles, va a derribar paredes. No va a haber quien lo frene. Pero...

ROBERTA. —Pero ¿qué?

TITO. —La señora Dolores no tiene que saber nada del trato que tenemos vos y yo. ¿Estamos?

Tito ofrece su mano para sellar el acuerdo. Roberta piensa.

ROBERTA. —*(Dando un firme apretón de manos.)* Estamos.

TITO. —*(Acusando dolor en la mano.)* ¡Despacio, soltá!

DIEZ. EL PALAFITO 2

Chiquito duerme en la cama que le queda chica. Tiene una revista de historietas infantiles sobre el pecho. Ronca levemente con carita de ángel. Parece un niño feliz. Sobre la mesa, una lámpara de querosén que quedó prendida aporta la única iluminación. Entra Haydeé sigilosamente. Trae los zapatos en la mano para no hacer ruido. Camina y apoya la cartera encima de la mesa. Saca de la cartera un diminuto frasco de perfume. Lo abre. La tapa del perfume tiene en su interior un palillo que sirve como aplicador. Embebe el palillo una y otra vez y se aplica la fragancia en el cuello, las muñecas y detrás de las orejas. Lo piensa y también se pone un poco en el escote. Cierra el frasco y lo guarda en la cartera. Se acerca a la cama. Mira largamente a Chiquito. Con sumo cuidado le quita la revista y sigue contemplándolo. Tiempo. De pronto, Chiquito ronca un poco más fuerte y su nariz detecta algo. Balbucea entre sueños. Finalmente entreabre los ojos.

CHIQUITO. —Susana... Susana... Viniste...

Haydeé respira profundamente. Su pecho se hincha. Dice que sí con la cabeza.

CHIQUITO. —Si hubieras visto cómo rompí a ese fantoche... Cómo me aplaudieron...

Haydeé aprieta las manos sobre el busto.

CHIQUITO. —Vení, acercate...

Haydeé obedece. Chiquito le toma la mano.

CHIQUITO. —No sabés cuánto te extrañé...

Miradas. Tensión sexual.

CHIQUITO. —Dejame sentirte... Dejame olerte...

Chiquito se incorpora. Se sienta en el borde de la cama. Toma a Haydeé por la cintura para acercarla a él. Haydeé se deja hacer. Chiquito hunde la cara entre los pechos de Haydeé y los huele como un animal. Le levanta los brazos para olerle las axilas. Baja para olerle el pubis.

CHIQUITO. —Mi muñequita... Soy tu juguete... Usame...

Chiquito acerca su cara y besa suavemente a Haydeé. Ella se prende, lo abraza y se deja caer sobre él. Los dos se manosean, acostados en la cama. No pueden despegarse. La luz del farol se apaga lentamente, como si el querosén se estuviera terminando. Oscuridad total. Escuchamos los

gemidos por algunos segundos, hasta que también se apagan.

De a poco comienza un nuevo día. El sol entra por las ventanas. Se oyen el canto de los pájaros y el sonido del río. Chiquito está semidesnudo. Apenas con un calzoncillo. Haydeé ya está despierta, tiene una combinación color carne con los breteles caídos y disfruta el abrazo de Chiquito. Él abre los ojos, se despereza y toma conciencia de la situación. Se separa un poco de Haydeé y habla mirando el techo y tomándose la cabeza con una mano.

CHIQUITO. —Susana, Susana, Susana...
HAYDEÉ. —Buen día, Chiquito. Yo en realidad...
CHIQUITO. —*(Comienza a sollozar.)* Susana... ¿Por qué te fuiste? *(Llora como un chico.)* ¿Por qué?
HAYDEÉ. —Juro que iba a decírtelo. ¿Cómo te enteraste? ¿Hablé entre sueños?
CHIQUITO. —*(Sigue llorando sin consuelo.)* Susana me dijo que yo era de ella y de nadie más. Que sólo iba a estar con otra el día que me faltara. Por eso no podía.

Haydeé abraza con ternura a Chiquito y lo consuela. Tiempo. Cuando parece que el llanto amaina...

HAYDEÉ. —¿Querés saber lo que pasó?
CHIQUITO. —*(Con un nuevo arranque de llanto.)* No... Prefiero no saber...
HAYDEÉ. —Lo siento mucho.

Chiquito mete la cabeza entre la humanidad de Haydeé, como un niño que busca refugio en la madre. Haydeé, al borde de las lágrimas, lo acaricia. De a poco, Chiquito se calma.

CHIQUITO. —Ahora sos vos mi muñequita.

Tiempo.

HAYDEÉ. —Estás muy sensible, Chiquito.
CHIQUITO. —Haydeé... Haydeé... Me encanta estirar el final de tu nombre... Es como saborear la jalea de membrillo.
HAYDEÉ. —Chiquito...
CHIQUITO. —Es como jugar con una pastilla de naranja entre la lengua y el paladar.
HAYDEÉ. —Pará.
CHIQUITO. —Es como sentir...
HAYDEÉ. —*(Lo corta y se separa de él con firmeza, pero sin perder la dulzura y la contención.)* A ver si nos entendemos, Chiquito. Yo no quiero cambiar nada de mi vida. Podemos estar juntos de vez en cuando, pero...

Chiquito se entristece. Parece que va a volver a llorar.

HAYDEÉ. —Acabás de perder a tu novia.
CHIQUITO. —Por eso necesito una nueva.

Haydeé lo reprende amorosamente con la mirada. Chiquito cede. Tiempo.

CHIQUITO. —Yo no soy tonto. Me pongo tonto cuando me enamoro.

Tiempo.

HAYDEÉ. —¿Y te enamorás seguido?

CHIQUITO. —Siempre. Desde los seis años, de mi maestra de primero inferior. Repetí tres veces. Hasta que la cambiaron de colegio.

HAYDEÉ. —Pobre.

CHIQUITO. —Aprendí que no hay que repetir. Hay que enamorarse de la maestra nueva cada año. Igual, abandoné en cuarto.

HAYDEÉ. —Conmigo te vas a poder enamorar de otras.

CHIQUITO. —Yo quiero estar con vos.

Se besan. Haydeé se desarma de amor, pero sabe que es imposible. Tiempo.

HAYDEÉ. —Somos demasiado parecidos para que funcione. *(Pausa.)* ¿No te das cuenta? *(Pausa.)* Vos luchás por el aplauso. Para que te ovacionen. Igual que yo como actriz. Los dos queremos lo mismo.

CHIQUITO. —Busquemos el aplauso juntos.

HAYDEÉ. —*(Haciéndose la ofendida.)* Ah, no. Yo no comparto cartel con nadie. *(Lo acaricia. Lo besa.)* Sos un bombón de dulce. Pero ya tengo novio... o algo parecido.

CHIQUITO. —No entiendo por qué estás con Tito.

HAYDEÉ. —Porque somos distintos. Porque necesito al lado un tipo que me cague. Son los únicos que conozco. *(Pausa.)* Sé que no puedo contar con él. Por eso embisto. Le doy para adelante.

CHIQUITO. —...

HAYDEÉ. —No hay nada que entender.

CHIQUITO. —Yo nunca te engañaría. Si soy tu juguete, soy tuyo y de nadie más.

HAYDEÉ. —Chiquito, en este momento, lo mejor que podés hacer por mí es ganar plata para Tito.

CHIQUITO. —...

HAYDEÉ. —Quizás así yo tenga mi marquesina en la calle Corrientes y el día de mañana... ¿Quién te dice?

CHIQUITO. —...

HAYDEÉ. —Voy a venir a verte todo lo que pueda. A escondidas. Tendremos lo mejor del amor. Pero te pido, Chiquito, te ruego, que a la vez estés con otras.

CHIQUITO. —No, imposible. Yo no soy así.

HAYDEÉ. —Te lo suplico de rodillas si hace falta, Chiquito. Meteme los cuernos.

CHIQUITO. —*(Se excita.)* ¿Cómo?

HAYDEÉ. —*(También se excita de una forma que no conocía.)* Hacé que no pueda pasar por la puerta de las guampas que me ponés. Convertime en la hembra de la que se ríen todos los alces del bosque. ¡Haceme cornuda!

Se besan con desenfreno, anticipo de que volverán a hacer el amor.

ONCE. EL JARDÍN

Una mesa primorosamente servida al aire libre. Té para tres. Budines, masas, confituras. Canto de pájaros. Plantas y flores. Belleza y refinamiento. El ambiente bucólico se quiebra con la entrada de Roberta, seguida por Tito y Haydeé. Tito estrena una corbata y un pañuelo que hace juego, pero con el mismo traje arrugado de siempre. Haydeé con trajecito sastre y su infaltable cartera. Cara de mosquita muerta, nada denota que ha tenido sexo con Chiquito.

ROBERTA. —Por acá, por favor.
TITO. —*(Con sonrisa picarona.)* Muchas gracias, Roberta. ¿Se hizo algo? ¿Se cambió el peinado?

Roberta acusa recibo de la atención, pero no llega a responder porque Tito cambia de interés: queda deslumbrado por el paisaje.

TITO. —¡Qué impresionante! ¡La mejor vista del río! ¿No te parece, bicho?
HAYDEÉ. —Mmm... Seeé...
ROBERTA. —La señora ya viene.

Roberta sale y Tito hace un gesto ampuloso con el cuerpo, como acompañando su salida.

TITO. —*(Señala.)* Mirá qué lindos los veleros... El agua que brilla... ¿Quién pudiera estar embarcado con un par de cachorras y un vaso de whisky en la mano?
HAYDEÉ. —A vos la ballena te va a hundir el barquito, Isidoro Cañones.
TITO. —No es personal, bicho. Son negocios.
HAYDEÉ. —Sí, claro.
TITO. —Lo único que te falta. Estar celosa de Roberta. *(Pausa.)* Bueno, che, cambiá esa cara. Te traje justamente para que no desconfíes. *(Pausa.)* La próxima vengo solo.
HAYDEÉ. —¿Venís seguido?

Vuelve Roberta. Trae un almohadón en las manos. Tito esta vez se muestra menos galante con ella. Disimula. Detrás de Roberta entra la señora

Dolores. Camina con dificultad, como si tuviera la cola y la entrepierna lastimadas. Sin embargo, su gesto es de beatitud y goce. Parece la imagen de una santa que encuentra deleite en el martirio y muestra con orgullo sus estigmas.

HAYDEÉ. —Buenas tardes, señora Dolores.
TITO. —Gracias por invitarnos a compartir el té.
DOLORES. —Por favor, tomen asiento.
TITO. —Después de usted.

Roberta coloca el almohadón en la silla principal y Dolores se sienta acusando dolor y disfrute al mismo tiempo. Tito y Haydeé disimulan la contrariedad. Roberta hace una reverencia y sale.

DOLORES. —Hermosa tarde, ¿no?
TITO. —Espectacular. Qué privilegio tener esta panorámica.
DOLORES. —La naturaleza es un regalo de Dios, pero claro... No todos podemos estar en primera fila.
TITO. —Sabias palabras.

Vuelve Roberta con la tetera.

DOLORES. —*(Doble intención.)* Hablando de ser primera en la fila, ¿vos cómo estás, chiquita?
HAYDEÉ. —*(Ignora la intención de Dolores.)* Muy bien, señora Dolores. Aunque en el cine yo prefiero por la mitad. La primera hilera me da tortícolis.

Tito permanece ajeno a lo que dicen Dolores y Haydeé porque está ocupado haciéndole caritas a Roberta mientras ella sirve el té. Roberta se siente halagada, pero mantiene la discreción delante de su patrona.

DOLORES. —En fin, vamos a lo importante. Después del invierno, la primavera revive todo, ¿no es cierto?
TITO. —*(Sigue sin captar el subtexto.)* Lo mismo le decía a mi compañera. Qué hermoso que tiene el parque. Las flores. ¿Ésas son azaleas?
DOLORES. —Lo que quería significarle, Tito, es que su pupilo finalmente salió del período de hibernación.
TITO. —No sabe cuánto me alegra. ¿Se siente a gusto con él? ¿Hay algo en que pueda mejorar?
DOLORES. —No tengo quejas.

Tito se distrae con una nueva salida de Roberta, por eso se le pasa por alto el nuevo intercambio entre las mujeres.

DOLORES. —Qué misterio de la naturaleza, ¿no, chiquita? ¿Qué habrás hecho para resucitarlo?
HAYDEÉ. —*(Imperturbable.)* Le conté que su novia lo había abandonado. Que se había cansado de esperarlo.

Vuelve Roberta con una jarra de leche.

ROBERTA. —¿Leche, señora?
DOLORES. —Apenitas. Una nube.
ROBERTA. —*(Sirviendo.)* ¿Así está bien?
DOLORES. —Estupendo. Ni una gota más ni una gota menos.

Dolores toma la mano libre de Roberta y la aprieta con cariño.

DOLORES. —Roberta conoce la medida exacta de lo que me gusta, y cómo me gusta.

Tito y Haydeé toman nota del gesto y de las palabras. Haydeé sigue impertérrita. Roberta baja la cabeza un poco avergonzada. Tito se entusiasma con la nueva faz que descubre en Roberta. Ahora Roberta ofrece leche con el gesto a los invitados. Los invitados rechazan y agradecen también con el gesto. Silencio incómodo.

DOLORES. —Podés retirarte, Roberta.
ROBERTA. —Sí, señora.

Roberta sale.

DOLORES. —Prueben el budín inglés, está exquisito.

Haydeé acepta el convite de inmediato. Come. Tito se sirve azúcar y revuelve su taza. Dolores bebe elegantemente su té con leche.

DOLORES. —La pregunta es... ¿Cuánto sale tener a Chiquito con exclusividad?

Tito se queda congelado. Haydeé sigue comiendo.

TITO. —No entiendo.
DOLORES. —Muy fácil. ¿Cuál es el precio de Chiquito? Entiendo que usted lo hace luchar en antros del bajo. Yo lo quiero acá

como jardinero y bueno, como empleado para todo servicio. Tendría un sueldo acorde, por supuesto. Pero usted tendría que resignar la ganancia futura que... No sé... Imagino que la tendrá estimada.

Tito toma de la taza. Traga el té y traga la propuesta.

TITO. —La verdad, señora, que... Chiquito no tiene precio. Es incalculable lo que puede generar. Después de las peleas locales viene la gira nacional. Y después de la gira nacional viene la gira latinoamericana. Chiquito hasta Estados Unidos no para. Europa. Presentaciones en televisión, contratos para hacer películas...

DOLORES. —¿Con un prófugo de la justicia? Soñar no cuesta nada.

TITO. —*(Golpeado por la información que maneja Dolores.)* Chiquito tuvo algunos problemitas, es cierto. Pero ya contraté a un abogado para que aclare la situación.

DOLORES. —Tito, hablemos en serio. Su pupilo solo puede pelear en pocilgas para ¿cuántas? ¿Cincuenta personas? ¿Cien?

TITO. —No crea, ya tengo contratado el estadio Ebro.

DOLORES. —Ahí lo van a detener.

TITO. —Tengo la solución.

DOLORES. —*(Minimiza.)* Gran cosa el Ebro. Ni siquiera tiene un nombre con charme. Es un río de España. Una batalla que fue la tumba de los rojos. País atrasado, gobernado, eso sí, por un señor bajito, simpático, y lo más importante: católico. Aunque me decepcionó al recibir a esa yegua. Perdón, me fui de tema.

Haydeé aprovecha el apasionamiento de Dolores para guardar unas porciones de budín en su cartera. Nadie lo nota.

TITO. —Está bien, señora. Lo que quiero que quede claro...
DOLORES. —Un auto.
TITO. —¿Perdón?
DOLORES. —Lo que oyó: un auto. Lo que tengo para ofrecerle es un Cadillac Fleetwood modelo 1947, ocho cilindros, cuatro puertas, color negro. Está impecable.
TITO. —*(Sorprendido.)* Sabe de coches.
DOLORES. —Sé exactamente lo que me dejó mi esposo, que Dios lo tenga en la gloria.
TITO. —Señora, yo le agradezco infinitamente el ofrecimiento, pero...
DOLORES. —Pienseló. No me conteste ahora.

Tiempo.

DOLORES. —Lo que yo quiero... Chiquita, vos me vas a entender mejor.

Haydeé asiente con la boca llena.

DOLORES. —Quiero que lo saquen de circulación. Si recorre todo el espinel de señoras que podemos darnos el gusto, y después lo explotan con esos chicos descarriados que van a la iglesia, pero yo sé en qué andan... Chiquito va a terminar como otros que me trajeron antes... Ablandado como un bay biscuit en el té con leche.

Haydeé vuelve a asentir mientras traga comida. Tiempo. Incomodidad.

TITO. —*(Con una dignidad que nunca le vimos.)* Señora Dolores, lo siento, pero Chiquito no está en venta.

Silencio sepulcral. El aire se corta con un cuchillo. Haydeé aprovecha para guardar un sanguchito de miga en la cartera.

DOLORES. —Está bien... Está bien... Pero sepa una cosa, Tito: usted puede no vender, está en todo su derecho, pero yo puedo comprarle a otro. *(Pausa.)* ¡Roberta!

Roberta entra raudamente. Capta que algo anda mal.

DOLORES. —Los invitados se retiran.

DOCE. LA PLAYA 2

Chiquito, de espaldas, mira el amanecer en el río desde la playa de San Isidro. Está descalzo, con la camisa abierta y pantalones arremangados. Se acerca Haydeé, a quien también vemos de espaldas. Está igualmente descalza, con una pollera y un saquito de lana fina. Siente un poco de frío, a diferencia de Chiquito que parece inmune al clima. Haydeé lo abraza desde atrás. Chiquito la recibe con gusto. De a poco, Haydeé y Chiquito quedan de costado, siempre mirando el río y mirándose entre ellos ocasionalmente.

HAYDEÉ. —Pensé que te ibas a poner contento.

CHIQUITO. —Estoy contento.

HAYDEÉ. —No lo demostrás.
CHIQUITO. —Tengo dudas.
HAYDEÉ. —Es lo que querías. El estadio Ebro.
CHIQUITO. —¿Por qué no puedo saber contra quién peleo?
HAYDEÉ. —No me lo quiso decir. *(Imita a Tito.)* "Va a luchar con el que le ponga adelante". *(Pausa.)* Tanto misterio... No se entiende. ¿Te da miedo?
CHIQUITO. —Miedo tengo de perderte.

Se besan y se miman con cariño. Tiempo.

CHIQUITO. —¿Qué quiso decir Tito con eso de que "tuvo que hacer confesiones"? ¿Lo agarró la cana? ¿Lo interrogaron?
HAYDEÉ. —*(Riendo con ternura.)* No, Chiquito. Concesiones. Tuvo que hacer concesiones.
CHIQUITO. —¿Y eso qué quiere decir?
HAYDEÉ. —Para programar en el Ebro hay que tener banca. Se metió la política. Y la política es un espectáculo más grande y más peligroso que la lucha, el cine, la radio, todo junto.
CHIQUITO. —Yo nunca me metí en política. Siempre voté al General... Tiene uniforme. Es la autoridá.

Tiempo.

CHIQUITO. —¿Es lindo mi nuevo disfraz?
HAYDEÉ. —Se dice vestuario. Disfraz es para el carnaval.
CHIQUITO. —Vos me entendés. ¿Está bueno? ¿De qué color es?
HAYDEÉ. —Todavía no lo vi. Te juro.

CHIQUITO. —Pucha. *(Pausa.)* ¿Me vas a ayudar con los movimientos, como la otra vez?
HAYDEÉ. —Por supuesto.

Tiempo.

CHIQUITO. —O sea que voy a pelear con un disfraz que no conozco contra un fantasma que nadie vio.
HAYDEÉ. —Chiquito, por favor. Me lo prometiste. Pase lo que pase, esta vez tenés que perder sí o sí. Mentalizate. Frío. No podés enojarte por nada del mundo.
CHIQUITO. —Está bien...
HAYDEÉ. —Tito me dijo: "Si se hace el loco de nuevo, del Ebro salimos con los pies para adelante".
CHIQUITO. —Ya entendí.
HAYDEÉ. —Que no se te suba la sangre a la cabeza.

Tiempo.

CHIQUITO. —Al marinero ruso no lo maté en caliente. *(Larga pausa.)* Lo maté porque me lo pidió Susana. *(Pausa.)* La estaba molestando.

Tiempo.

HAYDEÉ. —Voy a hacer de cuenta que no escuché.

Tiempo.

CHIQUITO. —Haydeé... Mi muñequita... Si alguna vez alguien te molesta...

HAYDEÉ. —Tengo frío. Volvamos a la casilla.

Por primera vez en la escena, Chiquito y Haydeé se dan vuelta y caminan hacia adelante.

HAYDEÉ. —Quiero que me cuentes todo lo que le hacés a la vieja.

CHIQUITO. —¿Otra vez?

HAYDEÉ. —Con lujo de detalle. Cada gesto, cada posición, cada palabra.

CHIQUITO. —*(Agarrándola de la cintura.)* ¿Querés que te dé calor?

HAYDEÉ. —Siempre.

TRECE. BAJO LAS LUCES DEL RING 2

El ring de boxeo muestra un cambio. La lona tal vez sigue igual de sucia, pero las sogas están más tensas y en los rincones hay protectores con publicidad de Cinzano. La única fuente de iluminación son las lámparas que caen, en cenital, sobre el cuadrilátero, bañando además un sector del ring side donde hay cinco o seis sillas plegables diferentes, de madera, vacías. Enfrente, la mesa donde se ubican la campana y el micrófono de relator. Ruge el público, eminentemente masculino. La acción ya está iniciada. Tito habla subido al ring con el micrófono que baja desde el techo. Abajo, frente a la mesa y el micrófono de relator, se ubica Haydeé, otra vez con su estilo de cine negro, con la misma boina y un pañuelo distinto, más la cartera.

TITO. —¡Última pelea de la noche en esta electrizante velada de lucha libre americana! ¡El estadio Ebro de Martínez tiembla, se sacude, palpita para celebrar la Nueva Argentina! ¡Todo presentado poooor...!

HAYDEÉ. —*(Lee rápidamente las fichas que tiene en la mano.)* Sindicato de Obreros Marroquineros y Afines seccional La Lucila. Sindicato de Obreros Marítimos Unidos primera sección de islas del Tigre. Sindicato de Trabajadores de Cementerios, Cocherías y Crematorios de Boulogne y Federación Argentina de Trabajadores de la Industria Fideera.

TITO. —¡Sin solución de continuidad presentamos al luchador más vil! ¡Al enemigo del pueblo trabajador! ¡Culpable de la usura! ¡Responsable del agiotismo! ¡Conspirador por naturaleza, se esconde en las sombras! ¡Nunca da la cara porque es un cobarde! ¡Comerciante deshonesto! ¡Especulador financiero! ¡Vive a costillas de sus empleados! ¡Con ciento cuarenta kilos ganados quitándole la comida a los pobres...! ¡Más! ¡Con ciento cincuenta kilos producto de una vida de ocio, banquetes y despilfarro, enfrenta las consecuencias de su maldad Chiquito Contreras, EL-GO-RI-LA-EN-MAS-CA-RA-DOOOOO!

Entra Chiquito con una máscara de cuero negro, con detalles en rojo, que le cubre toda la cara, estilo luchador mexicano. Lleva una bata peluda también negra. Hace gestos y movimientos simiescos, siguiendo las indicaciones que le da Haydeé (son indicaciones más acotadas, Chiquito ha aprendido algo.) Se golpea el pecho y desafía al público, que le lanza una andanada de abucheos y chiflidos. Cuando sube al ring, desde el espacio off llueven sobre Chiquito montones de maní con cáscara.

TITO. —¡Chiquito Contreras es repudiado por el pueblo que sufre su accionar mezquino! ¡Al gorila enmascarado le tiran maní! ¡No, así no! ¡Aún el peor opositor, el más deplorable, el más nefasto, el más sucio y miserable merece justicia! ¡Y esta noche, aquí, en el estadio Ebro de Martínez, la justicia será impartida pooooor... Roberta Romano, la Enfermeraaaaa de LA-FUN-DA-CIÓÓÓÓÓN!

Entra Roberta vestida con el clásico uniforme de las enfermeras de la Fundación Eva Perón. En una mano trae un orinal de vidrio del estilo papagayos y, en la otra, una jarra de enemas de chapa enlozada, con su respectiva manguera de goma y pico de aplicación. Mueve enérgicamente ambos recipientes y tira agua a un lado y al otro. Detrás de Roberta ingresa, como público, vestida íntegramente de luto, incluyendo guantes, sombrero y tul sobre el rostro, la señora Dolores, que busca pasar inadvertida y rápidamente se sienta en una de las sillas. Tito queda embelesado al ver entrar a su nueva pupila. Chiquito muestra disgusto. Niega con la cabeza.

HAYDEÉ. —*(Lee ocultando malamente su rechazo hacia Roberta.)* En el último picnic de la primavera, en el recreo de la Unión Personal Auxiliar de Casas Particulares, en la Isla Paulino, Roberta Romano fue elegida primera princesa de la Rama Femenina, categoría Talles Grandes.

Roberta deja el papagayo y el jarro de enemas y sube al ring.

TITO. —¡Así es! ¡Demos la bienvenida a la primera princesa, porque Reina hay una sola!

El público aclama. Chiquito sigue negando con la cabeza y ahora lo hace más ostensiblemente con los brazos y con todo el cuerpo.

TITO. —¿Cómo? ¡A ver! ¡Chiquito Contreras se niega a pelear! ¡Dice que él será el Gorila Enmascarado, a mucha honra, insiste, pero ante todo es un caballero! ¡No le levanta la mano a una mujer... y menos en público!

Rechifla generalizada.

TITO. —Mire, Chiquito Contreras, que Roberta, la Enfermera de La Fundación, no es una de esas mantenidas con las que está acostumbrado a tratar. No es la típica representante del sexo débil. ¡Es una mujer fuerte! ¡Enérgica! ¡Una trabajadora argentina con todas las letras! ¡Una heroína! ¡Una amazona!

Mientras Tito habla, Roberta se despoja del vestuario de enfermera en segundos. Con pocos movimientos se quita la cofia, la blusa, la falda y la pechera, se suelta el pelo y queda en ropa de dominatriz: corsé de cuero con corpiño de tazas puntiagudas, micro minifalda drapeada y engomada, medias y portaligas, todo negro. Avanza sobre Chiquito, que la ignora, y lo sorprende dándole un tremendo patadón en la entrepierna. Chiquito aúlla de dolor, cae de rodillas sobre el ring y luego pasa a posición fetal, tomándose los genitales. Todo indica que Chiquito no estaba al tanto de este golpe. Le duele de verdad. Haydeé sufre por Chiquito, aunque trata de disimular.

TITO. —¡Se lo merece, Chiquito Contreras! ¡Se lo merece por menospreciar el poderío de esta mujer! ¡Roberta Romano tiene

más arrastre que una locomotora! ¡Más pegada que un tanque de guerra! ¡Bombardea y destruye a su paso! ¡Es Roberta, la guardiana de las conquistas sociales! ¡Llora la oligarquía! ¡Revienta el antipatria!

Lentamente, Chiquito se recupera mientras Roberta se da un baño de popularidad y recibe el griterío de las tribunas.

TITO. —Mientras le damos un tiempo al Gorila Enmascarado para que se recupere, anunciamos una visita especial. Damas y caballeros, Roberto Arriolas Producciones se complace en presentar esta noche, aquí, en el estadio Ebro de Martínez, al más grande exponente de la lucha libre americana. Campeón de campeones, ejemplo de dedicación y esfuerzo en pos de los objetivos del Plan Quinquenal, nos distingue con su presencia, a pesar de hallarse convaleciente, Darío El Divino, El Delegadoooo SIN-DI-CAAAAL.

Entra Jaime como Darío El Divino, con el pelo suelto, el slip de lamé dorado y su capa roja bordada en oro. La capa, más que ocultar, resalta en Darío uno de esos yesos que cubren todo el torso y los dos brazos, unidos a la coraza principal mediante palos. Camina con dificultad y lo ayuda Héctor, que esta vez viste con ropa de calle de trabajador pulcro y austero.

HAYDEÉ. —*(Lee una ficha.)* Darío El Divino, consustanciado con mejorar la producción para el engrandecimiento del país, se lesionó durante una colada de bronce.
TITO. —¡Eso es compromiso! ¡Darío El Divino podía tomarse licencia como miembro de la comisión interna y no lo hizo!

¡Porque confía en el régimen de enfermedad paga y en los sanatorios del Estado para volver muy pronto a su labor!

Darío saluda a las tribunas actuando lo que dice Tito, pero en determinado momento mira a Chiquito y ostensiblemente le dice con los labios "hijo de remil putas, la concha de tu madre".

TITO. —Héctor, fiel compañero de trabajo de Darío El Divino, lo asiste en todos sus desplazamientos. ¡Fuerte ese aplauso para el colaborador que no duda en brindarle sus manos varoniles, incluso para ir al baño!

Darío y Héctor saludan por última vez al público y se sientan en la primera fila. Detrás de ellos se encuentra Dolores. Sube al ring Eduardo, vestido como árbitro.

TITO. —Arbitrará la última pelea de la noche... ¡Eduardo Sosa! Imparcial, ecuánime. Charqueador del Frigorífico Municipal de Liniers y ¡degollador de opositores!

CATORCE. LA LUCHA 2

Tito abandona el ring. El micrófono sube y desaparece por el techo. Chiquito, guiado en sus movimientos por Haydeé, se despoja teatralmente de la capa peluda y la arroja fuera del cuadrilátero. Queda con un slip peludo que agiganta aún más su bulto. Eduardo convoca al centro de la lona a los contrincantes. Roberta tiene mirada asesina, parece que quiere devorarse a Chiquito, quien acude al llamado del referí cubriéndose los genitales, como si temiera una nueva patada.

TITO. —*(Al micrófono en la mesa, junto a Haydeé.)* El que se quema con leche ve la vaca y llora. Chiquito Contreras recibió la furia de la Enfermera de La Fundación y se cura en salud.

Suena la campana. El público alienta "Roberta, Roberta" mientras ella y Chiquito se estudian en los primeros segundos del combate. Roberta amaga con piñas y patadas hacia los genitales de Chiquito y el público festeja con "ole, ole, ole" la ocurrencia de Roberta, quien sonríe y se gana a la multitud. Chiquito sigue reacio a pelear.

TITO. —Chiquito Contreras se hace el guapo en el salón fumadores del Jockey Club. Cacarea en las tertulias de la Sociedad Rural. Pero en el cuadrilátero, rodeado de la fuerza laboral que construye día a día la grandeza de la Argentina, se muestra como en realidad es: un ser pusilánime, desdichado, flojo de carácter.

Roberta se cansa de la inacción de Chiquito y se lanza de frente sobre su rostro. Le toma la máscara con las dos manos. Parece que quiere arrancarle los ojos.

TITO. —*(Cada vez más deleitado con la contemplación de Roberta.)* ¡Y Roberta pasa a la acción! ¡Se lanza a su objetivo de máxima, que es desenmascarar al Gorila y exponerlo al escarnio público! ¡Que todo el mundo sepa quién es Chiquito Contreras! ¡Quiere denunciarlo! ¡Quiere llevarlo a la comisaría y meterlo preso por explotador! ¡Quiere que todo el mundo sepa cómo es la cara de la ignominia! ¿Podrá la Enfermera de La Fundación alcanzar su meta? ¡El público está de su lado! ¡No queda en pie ni un ladrillo que no sea de Roberta!

El público vuelve a gritar "Roberta, Roberta". Chiquito reacciona golpeando con las dos manos las costillas de Roberta y se la saca de encima. Roberta se dobla de dolor. "Uuuuh" del público. Eduardo reprende a Chiquito como si hubiese dado un golpe antirreglamentario, a lo que Chiquito se queja. Darío sigue insultando con los labios a Chiquito. Héctor alterna entre algún mimo a Darío y cierto entusiasmo por la pelea. Dolores mira con asco lo que ocurre alrededor pero, de a poco, se engancha con el espectáculo.

HAYDEÉ. —¡Chiquito Contreras aborta la maniobra de Roberta! Hasta ahora el Gorila Enmascarado ha mostrado una actitud meramente defensiva. Su reacción fue medida, no quiso lastimar.
TITO. —*(Relata al público pero también le habla a Haydeé.)* ¡No quiso lastimar pero negrea todos los días a familias enteras! ¡Chiquito Contreras es un abusador, un ladrón, una sanguijuela! ¡Nunca olvidemos que el Gorila se merece todo el castigo que pueda propinarle la Enfermera de La Fundación!

Roberta toma impulso contra las cuerdas y busca embestir, pero Chiquito la elude. Entonces Roberta sigue de largo y toma impulso contra las cuerdas de enfrente. Chiquito la elude de nuevo. Recién en el tercer intento, Roberta corrige la trayectoria y la da un topetazo en el pecho a Chiquito. Chiquito cae, Roberta se le tira encima y lo somete con una llave que le dobla las piernas.

HAYDEÉ. —Roberta es muuuy lenta. Falla una... Dos veces...
TITO. —¡Pero la tercera es la vencida! ¡Le propina tremendo topetazo y Chiquito Contreras se desploma como un castillo de naipes porque no tiene cimientos! ¡Construye en el aire! ¡Solo busca destruir y ahora recibe una cucharada de su propia

medicina! ¡Roberta somete! ¡Doblega al Gorila! ¡Roberta se yergue en defensora de los humildes y carcelera de mi corazón! ¡Qué mujer! ¡Lléveme preso a mí, Roberta! ¡Lléveme con pito y cadena!

Haydeé mira a Tito sorprendida. Las tribunas gritan. Desde el ring side, Héctor, Darío y Dolores se enardecen.

HÉCTOR. —¡Matalo, matalo!
DARÍO. —¡Dejalo rengo de por vida!
DOLORES. —¡Vamos, Roberta! ¡Ésa es mi mucama!
HAYDEÉ. —Caen las máscaras en esta velada. Chiquito Contreras no es el único que oculta su verdadera faz. Nunca es triste la verdad. Lo que no tiene es remedio.
TITO. —¡Vamos! ¿Qué espera el árbitro? ¡Cuente! ¡Cuente de una vez! ¡Roberta es ganadora por sumisión!

Eduardo vuela por encima de Chiquito y Roberta para dejarse caer espectacularmente en la lona y comienza a contar. Uno, dos… Pero Chiquito zafa, deja de ser sometido y domina a Roberta con una llave que le atenaza los brazos.

TITO. —¡Hizo trampa! ¡El Gorila enmascarado hizo trampa! ¿Qué puede esperarse de un embustero, de un falsario, de un estafador?

El público chifla y abuchea. Eduardo frena el combate. Chiquito no entiende, pero suelta a Roberta y Roberta se levanta y se recupera. Aún en la lona, Chiquito recibe un pisotón "accidental" en la mano de parte de Eduardo. Chiquito se toma la mano y acusa mucho dolor.

DARÍO. —¡Fracturalo! ¡Que no se pueda limpiar el culo!
TITO. —¡Muy bien diez para Eduardo Sosa, el árbitro que frena la lucha por actitud antirreglamentaria del Gorila! ¡No se queje, Chiquito, no se queje! ¡Fue un accidente! ¡Lo que pasa es que usted tiene manos flojas, si no trabaja, vive del sufrimiento ajeno, de los obreros que fatigan horas eternas bajo el sol, del ama de casa que cocina para los suyos y plancha para afuera!
HAYDEÉ. —Mal que nos pese, por el momento Chiquito ha demostrado superioridad física. Más habilidad. Pero la cancha está inclinada y...

Tito le arrebata el micrófono a Haydeé. Lo monopoliza. Lo defiende con el cuerpo. Roberta embiste a Chiquito como un toro. Le hunde la cabeza en la barriga y lo encierra en un rincón, a la vez que lo golpea con los puños en los costados.

DOLORES. —¡Ojo, Roberta, no le lastimes las partes!
DARÍO. —¡Fisurale las costillas!
HÉCTOR. —¡Más abajo!
DARÍO. —¡Arrancale los huevos!
HÉCTOR. —¡Comele la morcilla!
DOLORES. —¡Nooo!
TITO. —¡La Enfermera aplica el tratamiento especial para los energúmenos! ¡Aceite de ricino, sal inglesa, inyección de dolor y supositorio ultrajante! ¡Así se cura el empacho! ¡Tome, cajetilla! ¡Agradezca que no se le mete la mazorca por las antípodas, como en la época de Rosas!

Chiquito recibe mucho castigo, parece que va a sucumbir. Haydeé sufre por él y busca quitarle el micrófono a Tito, sin éxito. De pronto Chiquito tiene un instante de lucidez. Descarga ambos codos sobre la espalda de Roberta y Roberta cae al piso. Chiquito sale del rincón. Busca el rincón contrario. Abucheo generalizado. Cae nuevamente maní con cáscaras sobre el ring. Tito se acerca a Chiquito y le habla por lo bajo.

TITO. —Chiquito, me lo prometiste. No te hagas el loco.
CHIQUITO. —Decile que deje de pegar en serio.
TITO. —No seas maricón. No te hace nada.

Roberta, recuperada, saca pecho y embiste a Chiquito a tetazo limpio.

TITO. —¡Roberta ataca con lo mejor que tiene! ¡Uno, dos! ¡Uno, dos! ¡Chiquito Contreras queda subyugado, incapaz de reaccionar! ¡Yo también me dejaría abollar la ideología con esa delantera! ¡Ya me tiene, Roberta, me convenció! ¡Soy suyo!

Ahora Roberta se da vuelta y golpea a Chiquito con las nalgas, a puro perreo violento sobre su bulto.

TITO. —¡Gracias, Dios! ¡Gracias, General! ¡Nunca pensé que iba a ver esto! ¡Es un regalo del gobierno, un derecho inalienable! ¡Las hazañas de Roberta se enseñarán en las escuelas durante generaciones! ¡Se escribirán loas y ditirambos en recordación de esta noche gloriosa! ¡Roberta es pueblo! ¡Roberta vieja y peluda! ¡Viva Roberta, carajo!
DOLORES. —*(Persignándose.)* ¡Ay, Roberta! ¡Dios te perdone!
HÉCTOR. —¡Doblaselá!

DARÍO. —¡Eunuco! ¡Hacelo eunuco!
DOLORES. —*(En trance, a Roberta.)* ¡Arrepentite de tus pecados!

De un último perreo, Roberta empuja a Chiquito contra las cuerdas. Chiquito rebota y, al volver al centro del cuadrilátero, Roberta dobla su espalda para que Chiquito pase por encima de ella y lo arroja contra la lona. Roberta gira y se lanza sobre Chiquito, pero Chiquito, en una rápida reacción, rueda sobre sí mismo y escapa. Roberta golpea el piso, acusa el golpe.

TITO. —¡Miedoso, asustadizo, gallina! ¡El Gorila Enmascarado rehúsa el combate mano a mano porque sabe que pierde! ¡Le falta valor, le faltan argumentos! ¡Su única razón es el capital, la coima, la corrupción, la ventajita!

Roberta se lanza a un nuevo ataque y consigue tomar a Chiquito por la espalda.

TITO. —¡Vamos, Roberta, termineló! ¡Liquideló! ¡Escuche a la tribuna! ¡Es un ruego! ¡Es un clamor! ¡Es una orden del pueblo!

La tribuna vuelve a cantar "Roberta, Roberta" en un tono ensordecedor. Entonces Chiquito no aguanta más, zafa, la da vuelta y agarra a Roberta desde atrás, los dos de pie, en una llave de ahorque.

TITO. —¡No, no, no! ¡Otra vez el Gorila usa sus malas artes! ¡El árbitro interviene y...!

Cuando Eduardo toca el hombro de Chiquito para interrumpir otra vez la pelea, Chiquito deja sujeta a Roberta con una sola mano y usa la otra para tomar a Eduardo de un dedo. Se lo retuerce. Se lo da vuelta. Eduardo se descompone del dolor y termina en la lona. Chiquito le pone un pie encima de la cabeza y lo sujeta contra el piso. Entonces puede volver al ahorque de Roberta con toda su fuerza y los dos brazos.

TITO. —¡Chiquito Contreras desconoce al juez! ¡Se declara en rebeldía! ¡Cabe aplicarle la ley de fuga! ¿Qué espera, Roberta? ¡Reaccione, imponga la voluntad del pueblo! ¡Demuestre la supremacía del trabajador por encima del patrón!

El abucheo del público llega a un punto máximo. Tito se acerca al lugar donde Chiquito retiene a Roberta y a Eduardo. Haydeé, Dolores, Darío y Héctor están electrizados, gritan frases incomprensibles.

TITO. —¡Basta, Chiquito! ¡Soltala! ¡La vas a matar! ¡Soltala porque no salimos vivos!

Chiquito aumenta la presión sobre Roberta. De pronto, el estadio Ebro es ganado por el silencio. Tito, Haydeé, Dolores, Darío y Héctor contemplan la escena impávidos, incapaces de reaccionar. Solo escuchamos el forcejeo, el roce de los cuerpos, los gemidos y gruñidos de dolor y de esfuerzo de Chiquito, Roberta y Eduardo (que sigue con la cabeza en la lona, debajo del pie de Chiquito.) Cuanto más pelea Roberta por zafar, más se ahoga. La lucha, de tan trabada, adquiere una significación sexual. Con cada refuerzo de la llave, Chiquito embiste con su bulto contra las nalgas de Roberta. Roberta está colorada. Parece que su rostro va a explotar.

DOLORES. —*(Al espacio off.)* ¡Comisario, es él!... ¡Comisario, ¿qué espera?!... ¡Detengaló!

La lucha sigue durante agónicos segundos hasta que Roberta estalla en un orgasmo único y después se desvanece como un muñeco de trapo. Chiquito la deja caer y suelta a Eduardo. Grita, aúlla y se golpea el pecho en el medio del ring, desafiando a las tribunas. Eduardo busca despertar a Roberta. No hay caso. Para zafar de la situación, le levanta la mano declarándola vencedora, aunque sigue tirada e inconsciente.

TITO. —*(Saliendo del estupor, temeroso de la reacción del público.)* ¡Roberta Romano, la Enfermera de La Fundación, es la campeona moral! ¡La vencedora del público en este épico combate! ¡No pierde quien pelea hasta las últimas consecuencias! ¡No pierde quien deja jirones de su vida sobre el cuadrilátero!

Abucheo máximo. Escándalo. Comienzan a volar más maní y objetos hacia el ring. Chiquito se para sobre las cuerdas. Vuelve a golpearse el pecho y se arranca la máscara. Queda al descubierto frente al público, con el rostro desencajado.

CHIQUITO. —¡Yo no soy antipatria, soy ARGENTINO!

Chiquito se besa primero un bíceps y después el otro.

CHIQUITO. —¡Chiquito, Chiquito, Chiquito!

Haydeé no aguanta la emoción. Se trepa al ring, se cuelga de Chiquito, lo abraza con desesperación y le da un beso de película. Aumenta el batifondo. Caen más objetos. Escándalo mayúsculo. Suenan silbatos policiales. Oscuridad.

QUINCE. EL VESTUARIO 2

Chiquito viste un pantalón sin cinturón, zapatos abotinados sin cordones y una camisa desprolija. Tiene el pelo revuelto y luce abatido, sentado sobre la camilla del vestuario, donde hay elementos de boxeo, incluyendo un par de sogas para saltar. Sentado en el piso, esposado, está Tito. También le quitaron los cordones, el cinturón y la corbata. Se abre la puerta y entra Dolores vestida de luto. Trae la carpeta de prontuario y transmite autoridad. Se levanta el velo. Ante ella, Chiquito se hace diminuto. Dolores hojea la carpeta, le toma el mentón y le hace girar el rostro, para comparar con las fotos policiales.

DOLORES. —Chiquito, Chiquito... ¿No te pusieron esposas?
CHIQUITO. —Las rompí... sin querer.
TITO. —Yo le dije que se escapara.

Dolores mira a Tito con desdén.

DOLORES. —Los de afuera son de palo.
TITO. —Estuve pensando y... me vendría bien un Cadillac.
DOLORES. —Tito... Usted no está en posición de negociar nada. ¿No se da cuenta?
TITO. —Conozco al comisario.
DOLORES. —Yo también. Es el nuevo dueño del coche.

TITO. —La estafó. Con la policía se puede arreglar por menos.
DOLORES. —¿Por qué no aceptó en su momento? Le dije que iba a comprarle a otro. Ahora calladito la boca.
TITO. —Pero usted no sabe...
DOLORES. —*(Lo corta. Impone autoridad.)* ¡Chito!

Entra Roberta, vestida de calle, con pañuelo en la cabeza y anteojos oscuros.

ROBERTA. —*(A Dolores.)* Dice el comisario que esperemos cinco minutos para que desalojen. Después salimos por el fondo.
CHIQUITO. —Yo no voy a ningún lado.
TITO. —Roberta, mi amor, ¿estás bien? ¿Te lastimó el bestia?
ROBERTA. —Ya me voy a desquitar. Tendremos mucho tiempo para divertirnos juntos con Chiquito. ¿No, patrona?
DOLORES. —Todo sufrimiento es poco. Lo que no se va en lágrimas se va en suspiros.
TITO. —¿Me van a invitar?
CHIQUITO. —*(Siente que nadie lo escuchó, insiste con más firmeza.)* Yo no voy a ningún lado.

Silencio. Dolores se acerca a Chiquito. Le pega con la carpeta de prontuario.

DOLORES. —Nadie te preguntó. Sos mío porque pagué por vos. Se acabó la discusión.

Tiempo.

CHIQUITO. —¿Qué soy yo? ¿Mis sentimientos no valen? Me tratan como una mercancía.
DOLORES. —Exacto. *(Pausa.)* No tenés opción. *(Pausa.)* La alternativa, para vos, es la cárcel.
CHIQUITO. —¡Entonces prefiero mil veces...!

Irrumpe Haydeé, con la mano adentro de la cartera. Chiquito la huele en el aire.

CHIQUITO. —Haydeé...
DOLORES. —¿Qué hacés acá, chiquita? Roberta.

Roberta busca atacar a Haydeé. Haydeé saca la pistola de la cartera. Roberta retrocede.

HAYDEÉ. —¡Manos arriba! ¡Todos!

Todos, incluido Chiquito, levantan las manos.

HAYDEÉ. —Vos no, Chiquito.

Chiquito baja las manos. Lo mismo hace Tito luego de observar bien la pistola.

TITO. —*(Levantándose del suelo.)* ¡Esa pistola es de fogue...!

Haydeé apunta la pistola a los pies de Tito y lo interrumpe con un disparo. Saltan astillas del piso junto a Tito.

TITO. —¿Estás loca? ¿Me querés matar?
HAYDEÉ. —Ganas no me faltan.
TITO. —¿Cómo vas a andar con una pistola de verdad? Mirá... Te perdono... Te besaste con Chiquito de la emoción... Ahora vení, soltame, dame el arma...
HAYDEÉ. —*(Fastidiada.)* Chiquito... Me está molestando.

Chiquito mira a Haydeé, comprende la orden, se levanta y se acerca a Tito con intenciones criminales.

TITO. —*(Suplica por su vida.)* Llevatelá... Es toda tuya... Loca de miércoles...

Chiquito está a punto de pegarle una trompada asesina a Tito.

HAYDEÉ. —Dejalo, Chiquito. No vale la pena...

Chiquito mira a Haydeé como pidiendo una confirmación de la contraorden.

HAYDEÉ. —En serio... No te ensucies las manos... Es bosta de paloma...
TITO. —Roberta, vos podés. ¡Desarmá a la turra!

Chiquito, con el dorso de la mano, le da una módica bofetada en la boca a Tito. Es suficiente para que se tome la cara y acuse gran dolor.

TITO. —¡Ayyy! ¡Está bien! ¡No hablo más, no hablo más!

Tiempo.

DOLORES. —¿Vos creés que vas a llegar muy lejos, chiquita? En cuanto te vea el comisario...
HAYDEÉ. —El comisario se fue manejando un coche americano. No quedó ni el loro. Chiquito, las sogas. Atalos.

Chiquito agarra las sogas de saltar y las anuda entre sí para formar una gran cuerda con la que envuelve a Tito, Roberta y Dolores a la altura de la mitad de la espalda. Quedan atados en forma divertida, mirando hacia adentro del improvisado triángulo.

TITO. —Roberta, no puedo vivir sin vos. Voy a conseguir grandotes para que luches con ellos. Te juro.
ROBERTA. —*(Complacida, le gusta la propuesta.)* Mirá que no puedo dejar a mi patrona...
TITO. —Si la señora Dolores está de acuerdo...

Mirada cómplice entre Roberta y Dolores. Dolores, en gesto de aprobación, le da un beso en la mejilla a Roberta, quien a continuación le da un pico tierno y amoroso a Tito. Por último, los tres se miran con intensidad y coinciden en el centro en un beso en la boca de tres.

HAYDEÉ. —Hay cada gaucho en esta pampa.
CHIQUITO. —*(Encogiéndose de hombros.)* Es lindo que la gente se quiera.

Una sombra atraviesa el rostro de Chiquito.

CHIQUITO. —Pero ¿qué futuro puedo ofrecerte yo? Me busca la justicia. ¿De qué vamos a vivir?

HAYDEÉ. —Chiquito, ¿viste esta pistola?

CHIQUITO. —¡Salí de ahí! ¡Cuidado!

HAYDEÉ. —No la saqué de Lumiton durante un rodaje con las hermanitas Legrand. Fue en los estudios Churubusco de ciudad de México. Una cinta con María Félix. ¿La conocés?

Chiquito asiente con la cabeza.

HAYDEÉ. —Tengo contactos. México nos espera. Vos serás un luchador enmascarado. Yo, una gran actriz de melodrama.

CHIQUITO. —Te cambiarás el nombre... ¡Lupita del Río!

HAYDEÉ. —Y tu personaje será... ¡El Santo! ¡Viva México, cabrones!

CHIQUITO. —Vámonos ya. Crucemos a Uruguay. Escapémonos.

HAYDEÉ. —La lancha a Carmelo tiene pocos controles.

CHIQUITO. —¿Qué lancha? A Carmelo te llevo nadando.

HAYDEÉ. —Y después... Barco y avión hasta el Distrito Federal...

CHIQUITO. —Mejor Acapulco.

HAYDEÉ. —Adonde vos quieras. Podrás hacerte anteojos y ver las formas y los colores.

CHIQUITO. —*(La manosea.)* Prefiero sentirte con las manos. El cachacascán es eso. Agarrar. Agárrese como pueda.

HAYDEÉ. —Tendré ojos solo para vos... Y para Pedro Infante... Y Jorge Negrete... Y Arturo de Córdova... Vos tendrás tus aventuras. La única condición es que me cuentes absolutamente todo.

CHIQUITO. —Yo, tu juguete.

HAYDEÉ. —Yo, tu muñequita.

CHIQUITO Y HAYDEÉ. —*(Al unísono.)* Siempre.

Haydeé y Chiquito se besan con toda la pasión, mientras Tito, Roberta y Dolores siguen enfrascados en su beso de a tres.

FIN

CRISTIAN PALACIOS

TSUNAMI

LA PASIÓN SEGÚN TERESA VON HAUPTBANHOF

637

BUENOS AIRES

Cristian Palacios es escritor, dramaturgo, actor e investigador en las áreas de análisis del discurso, la semiótica, la lingüística y los estudios del teatro y el arte en general. Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires, se desempeña además como gestor cultural y dirige el Festival Internacional de Teatro PIROLOGÍAS. Es también uno de los directores y fundadores de la Compañía Nacional de Fósforos, responsable de la puesta en escena de muchos de sus espectáculos, los cuales han recibido premios nacional e internacionalmente. Ha publicado dos novelas, dos libros de poesía, numerosas obras de teatro, y una veintena de artículos académicos en diversos libros y revistas especializadas. Como dramaturgo ha estrenado más de quince obras de su autoría, en Argentina, México, Perú, Sudáfrica, Cuba, entre muchos otros. Su primera novela *Mundo Bilina*, finalista del premio de Novela El Barco de Vapor, ha sido publicada simultáneamente en Argentina y en México. Su segunda novela, *Margarana*, obtuvo el tercer premio en el V Concurso de Novela "Los Jóvenes del Mercosur". Además, ha sido Director General de la Comedia de la Provincia de Buenos Aires.

TSUNAMI

ESCENA 1

Una mujer.
Otra mujer.
No importan su edad, ni su apariencia.
Al menos una de ellas mira a cámara.
Al menos una de ellas camina frenéticamente por un ambiente pequeño.
Al menos una de ellas enseña imágenes de una ciudad vacía donde hombres y mujeres caminan con barbijos, hacen fila en la farmacia, en el cajero, en un comedor, frente a la única canilla de un barrio popular, una niña con un barbijo rosa de diseño persigue a un perro por una avenida. Se ríe. Un hombre solo sentado en el cordón de la vereda en una esquina se toma la cabeza con ambas manos. Tiene el barbijo en el cuello. No se sabe si llora.
No se sabe qué piensa.
Un portón en una calle vacía. Adentro se oyen risas de niños.
Un portón en una calle concurrida.
Adentro llora una mujer aplastando su cara contra una almohada.

ESCENA 2

El 18 de diciembre de 2019 era un día más en Argentina o en cualquier parte del mundo, era un día más. En China, en el

centro de China, más concretamente en Hubei, en la capital de Hubei, en Wuhan, en el distrito Jiang'an, frente al río Yangtsé, en el número 26 de la calle Shengli, a unas pocas cuadras del teatro de Wuhan donde en ese momento se representaba una versión china, hablada en chino, de La Dama de las Camelias que la crítica no vaciló en calificar de deplorable, con la joven actriz Yang Mi en el papel de Marie Duplessis, un repartidor del Mercado Mayorista de Mariscos, de sesenta y cinco años de edad, aquejado de fiebre alta, fue internado en la sección de Urgencias del Hospital Central. Cuatro días después el hombre empeoró. El diagnóstico era neumonía de origen desconocido. Esa misma mañana, en la provincia de Buenos Aires, una joven de veintinueve años era atropellada por un repartidor de Rappi de veinticuatro años de edad que llevaba una ensalada César de Mc Donalds al gerente de una concesionaria de autos. Había dormido poco. La joven atropellada estaba leyendo, al momento de ser embestida, el primer libro de la Trilogía El Problema de los Tres Cuerpos de Liu Cixin. Mientras tanto, en China, el repartidor del Mercado Mayorista de Mariscos, agonizaba en una cama del hospital soñando con el Emperador de Jade y su Reino de la Dicha Pura y de las Majestuosas Luces y Ornamentos Celestiales mientras el equipo médico a cargo extraía una muestra de sangre de su cuerpo para ser enviada a una compañía especializada en secuenciación de alto rendimiento. La noche del 24 de diciembre la joven actriz atropellada brindó en el Hospital Isidoro Iriarte de Quilmes junto a una compañera de elenco que acudió a cuidarla. Los padres de la joven actriz vivían en ese momento en Bahía Blanca y hacía quince meses que no tenían noticias de ella. La

compañera, por su parte, acababa de separarse de su novio y estaba considerando seriamente la posibilidad de enterrarse un sacacorchos en las venas. El repartidor de Rappi brindó en la cárcel. La novia del repartidor de Rappi brindó sola en su casita de un solo ambiente de Villa Azul. Acababa de utilizar el último pañal de la última bolsa de pañales y no tenía un solo centavo en el bolsillo. Los dueños de Rappi brindaron en sus yates de última generación mientras eran sodomizados violentamente por unos prostitutos de lujo que habían contratado con el único fin de ser sodomizados violentamente por el resto de la semana. El ADN del repartidor del Mercado Mayorista de Mariscos brindó en la compañía especializada en secuenciación de alto rendimiento. El 27 de diciembre la compañía especializada en secuenciación de alto rendimiento llamó por teléfono al equipo médico a cargo. Habían detectado una nueva variante del virus Sars Cov-2. En Buenos Aires, la actriz atropellada era dada de alta y se preguntaba qué demonios iba a hacer ahora de su vida.

ESCENA 3

Una mujer sola.
Un hombre solo.
Una mujer sola entre otras muchas mujeres solas.
Un hombre rodeado por su mujer y sus cuatro hijas. Se siente solo también. Piensa en suicidarse o tan solo en dejarse adormecer, esperar a que pase el invierno o que termine la cuarentena, este simulacro pedorro del apocalipsis, para arrojarse prontamente bajo las vías de un tren.

Una mujer mira por la ventana. Ve a otra mujer en otra ventana. La mujer en la otra ventana conversa con varias mujeres por Google Meet. Ríen. No se sabe qué piensan.
Un bebé llora en la madrugada.
Un hombre de cierta edad no consigue echar a andar su celular de cierta edad. Lo golpea.
Un hombre ve a su madre a través de una ventana en un geriátrico. Ella está en silla de ruedas. Es corta de vista. No alcanza a verlo. Él grita. Ella tampoco lo oye. Morirá mañana sin haber visto por última vez a su hijo.
Su hijo no podrá velarla.
Una pareja discute en lo alto de un edificio.
Una pareja en su departamento se hace frenéticamente el amor. O el amor los hace a ellos. O el frenesí los hace a todos, a la pareja, al amor, al departamento, al edificio, al frenesí.
Una enfermera marcha al trabajo en un tren vacío.
Hace frío.

ESCENA 4

Reporte diario de contagiados.
Reporte diario de muertos.
Reporte diario de imbéciles.
Reporte diario de femicidios.
Nota mental: Word no acepta la palabra femicidio.
Entonces escribiré: Reporte diario de mujeres asesinadas.
Entonces escribiré: Reporte diario de mujeres asesinadas por sus amantes, maridos, hermanos, novios, ex-novios, vecinos,

conocidos, hombres que pasaban casualmente por ahí. ¿Está bien así Word?
¿Está bien así José Puto Corrector de Word?
¿Está bien así Bill Gates, Mark Zuckerberg, Steve Jobs? Lástima que te hayas muerto para que no podamos mirarte directamente a los ojos y gritarte con los ojos hinchados que te mueras.

ESCENA 5

Intentos vanos de ordenar la cómoda, el cajón de medias, la biblioteca, el cuarto de los niños, los juguetes. Intentos vanos de ordenar el placard, la repisa, el sofá cama, la heladera, la alacena, los años por venir, los recuerdos.

ESCENA 6

Los días 28 y 29 de diciembre ingresaron en el hospital Xinhua de Wuhan tres nuevos pacientes relacionados con síntomas de neumonía viral. A la una de la tarde del 29 de diciembre, el subdirector del hospital, Xia Wenguang, convocó a diez expertos que acordaron que la situación era particular. Tomaron mucho café. Al finalizar la reunión se dirigieron al restaurante Kang-Long-Tai-Zi, donde se atiborraron de Ramen. Dos días después el Comité de Salud Municipal de Wuhan informó a la Organización Mundial de la salud que 27 personas habían sido diagnosticadas con neumonía de causa desconocida, habiendo 7 en estado crítico; la mayoría de estos casos eran trabajadores

del Mercado de Mariscos de Wuhan. Comenzaba la tercera década del siglo veintiuno. El 7 de enero de 2020 los científicos chinos habían aislado el virus causante de la enfermedad, y realizaron la secuenciación del genoma. Esta secuenciación estuvo disponible para la OMS el 12 de enero de 2020. El 9 de enero se declaró la primera muerte por coronavirus, un hombre de sesenta y un años, cliente habitual del Mercado de Mariscos de Wuhan. El 13 de enero una mujer procedente de Wuhan fue detectada con coronavirus en el aeropuerto de Suvarnabhumi en Tailandia. Acababa de salir de un Starbucks donde había pedido un café del día y una porción de torta de chocolate. Mientras tanto en China comenzaban los preparativos para la Fiesta de la Primavera o año nuevo Chino, que este año caía el 25 de enero del calendario occidental. Comenzaba el año de la rata número 4717, 4718 o 4657. En un país de 1398 mil millones de personas, la mayoría de los trabajadores se disponían a regresar a sus hogares en lo que se conoce como el movimiento más masivo de personas en todo el mundo. En Buenos Aires, la joven actriz atropellada estaba a punto de comenzar el segundo tomo de la Trilogía de los 3 cuerpos de Liu Cixin y se decía, mirando por la ventana de su departamento de un ambiente que lo único irreal era la reja.

ESCENA 7

Lugares vacíos.
Plazas.
Parques.

Museos.
Cines.
Iglesias.
Teatros.
Bares.
Boliches.
Restaurantes.
Estadios.
Casas de sepelios.
Monumentos históricos.
Parques nacionales.
Albergues transitorios.
Peep shows.
Puteríos.
Salones de fiestas.
Saloncitos.
Peloteros.
Mac Donalds
Wendys
Starbucks.
Pizzerías.
Prostíbulos.

ESCENA 8

El 23 de enero de 2020, Wuhan, una ciudad con once millones de habitantes, es aislada completamente del resto de China. Se suspenden vuelos, trenes y buses. Se interrumpen las entradas

terrestres y fluviales. El 30 de enero, la Organización Mundial de la Salud declara la pandemia. El 2 de febrero se produce la primera muerte fuera del territorio de China. El 11 de febrero la Organización Mundial de la Salud bautiza a la enfermedad con el nombre COVID-19 en una reunión conformada por Tedros Adhanom, director de la Organización Mundial de la Salud y sus colaboradores, que incluían a un montón de médicos muertos de sueño, cuatro enfermeras, un abogado laboralista y el proveedor de Sushi local. Tedros Adhanom explica: Co es por Corona, Vi por Virus, D por Disease, 19 por 2019. Otros nombres propuestos: Wuham Disease, Wuhan Coronavirus, Sars Chino, Sars Pulenta, Sars Recontrapulenta, Fiebre del murciélago, Batifiebre, Gripecita, Bicho Puto o Coronavirus a secas. Una vez acordado el nombre, brindan con champagne. El 14 de febrero, se produce la primera muerte por Coronavirus en Europa.
Para ese entonces son muchos los hombres y las mujeres que piensan que tanta alarma por un virus que se ha tomado dos meses para matar a 500 personas en un planeta habitado por 8.000 millones de individuos resulta excesiva. El filósofo e intelectual Giorgio Agamben escribe en su blog el 26 de febrero que las medidas de emergencia son “frenéticas, irracionales y completamente injustificadas”. Agamben atribuye el pánico fomentado por los gobiernos y los medios de comunicación a la necesidad de coartar las libertades individuales. No evalúa la posibilidad de que ambas cosas sean ciertas. El filósofo francés Jean-Luc Nancy le responde: “hace 30 años los médicos me evaluaron respecto de la posibilidad de hacerme un trasplante de corazón. Giorgio Agamben fue uno de los pocos que me recomendó no escucharlos. Si hubiera seguido su consejo,

probablemente estaría muerto". Ajena a estas controversias, en Buenos Aires, la actriz de veintinueve años transita un estado de felicidad pasajero. Acaban de llamarla para un call-back.

ESCENA 9

Reporte diario de fábricas que quiebran.
Reporte diario de obreros despedidos.
Reporte diario de promesas de amor.
Reporte diario de suicidados por la policía.
Reporte diario de cumpleaños celebrados en la clandestinidad.
Reporte diario de nacidos en cuarentena.
Reporte diario de millonarios que se han vuelto insoportablemente más ricos.
Reporte diario de turistas varados en el fin del mundo.
Reporte diario de pacientes intoxicados con hidroxicloroquina.

Reporte diario de allanamientos ilegales en domicilios, intentos de violación perpetrados por la policía, violaciones de putas en cárceles que se caen a pedazos, golpizas a transexuales que intentan hacer la calle para no morirse de hambre en una esquina.
Igual ya casi no hay clientes.
Ni Ley de Cupo Trans.
Ahora ya hay.
En ese momento no había.

Una mujer es suicidada en San Luis en una celda. Había sido detenida por la policía. Un adolescente aparece muerto. También en San Luis. También en una celda. También la policía. Un hombre detenido en Tucumán aparece muerto en una bolsa en Catamarca. La policía. Siempre la policía. En Chaco allanan ilegalmente una casa. Se llevan a la familia. Violan a la hija menor. Simulan prenderles fuego. La policía. Un transexual en Palermo es asesinado de catorce puñaladas. No sabemos si fue la policía. Seguramente fue la policía. Dos jóvenes de la villa 11-14 son obligados a caminar en cuclillas con las manos en la cabeza. La policía. En Isidro Casanova en La Matanza siete hombres son obligados a hacer flexiones y saltos de rana. La policía. El 16 de agosto del año 2020 se habían reportado 92 asesinatos por abusos policiales durante la cuarentena, solo en Argentina.

ESCENA 10

El 17 de agosto, día de la muerte del General San Martín, el repartidor de Rappi de veintitres años que atropelló a la joven actriz de veintinueve el mismo día en que el primer caso por coronavirus fue detectado en China, murió a manos de la policía en un pasillo de Villa Azul. No alcanzó a sacar su celular donde tenía descargada la App Cuidate Buenos Aires que le permitía circular libremente por la ciudad. Nunca se supo el nombre del policía que lo mató. El policía, por su parte, fingió indiferencia ante la muerte. Pero esa misma noche se emborrachó hasta perder el control total de sus intestinos. Volvió temblando a su

casa de Villa Azul, pero del lado de Avellaneda, donde mirando el techo húmedo de su único ambiente sintió el remordimiento creciéndole por el estómago y tuvo la íntima convicción de que nunca volvería a ser feliz. La joven actriz de 29 años, por su parte, iniciaba esa misma tarde la lectura del tercer tomo de la trilogía El problema de los tres cuerpos, de Liu Cixin. Había rebotado en absolutamente todas las convocatorias que se había presentado y comenzaba a preocuparse seriamente por sus posibilidades de subsistencia.

ESCENA 11

Reporte diario de feminicidios.
Esa palabra, cosa curiosa, sí la acepta el corrector de Word.
Toda lengua es política.

ESCENA 12

Romina Rodas, 23 años, asesinada a puñaladas por su ex pareja. La Paz, Entre Ríos. Patricia Frete, 47 años. Psicóloga. Asesinada a puñaladas por su ex pareja. Villa Verde, Pilar, Buenos Aires. Rosa Sulca, docente de Villa Mitre en Salta. Avisó al 911 que la estaban matando. La policía dice que pasó por su domicilio. Tocó timbre y se retiró porque no respondía nadie. Dicen. Fue asesinada a puñaladas. Norma Beatriz Godoy, 54 años. Degollada y golpeada por su pareja. Libertad, Merlo, provincia de Buenos Aires. Cecilia Basaldua, 35 años. Fue estrangulada

el 27 de abril de 2020 en Capilla del Monte, Córdoba. Ludovica López, 50 años. Asesinada a golpes por un vecino en Villa Diamante, Lanús, provincia de Buenos Aires. María Esperanza Fernández, 43 años. Fue asesinada a martillazos el 4 de mayo en San Pedro, provincia de Buenos Aires. Lorena Quilográn, 37 años. Golpeada por su pareja y enterrada en su casa. Ascención, General Arenales, provincia de Buenos Aires. Beatriz Karina Bustos, 42 años. Abogada. Estrangulada y luego quemada en un basural. Alto Alberdi, Córdoba. Ramona Medina, 44 años. Vecina de la Villa 31 y vocera de La Poderosa. Murió de Coronavirus. En su casa vivían hacinadas siete personas de riesgo. Hacía 12 días que no tenían agua potable. Judith González. Murió el 15 de mayo. Fue rociada con combustible y quemada el 26 de abril. Su pareja dijo que se quemó cuando hacía un asado y luego que intentó suicidarse. El fiscal todavía cree en el suicidio. Antonia del Carmen Rojas, 43 años. Asesinada de un escopetazo por su pareja en La Florida, Tucumán. Brenda Aylén Rojas, 19 años. Muerta a balazos por su novio, empleado de la policía científica. Pehuajó, provincia de Buenos Aires. Gabriela Vanesa Arancibia, 49 años. Rociada con alcohol e incendiada por su pareja en Villa Soldatti, Buenos Aires. María Magdalena Figueredo, 23 años. Estrangulada por su pareja mientras dormía junto a su hijita Luz Emily en Moreno, Provincia de Buenos Aires. Rocío Magalí Vera, 14 años. Encontrada en un baldío desnuda y golpeada en la cabeza. Reconquista, Santa Fe. Blanca Susana Sarabia, 56 años. Asesinada a puñaladas por su pareja en José León Suárez, provincia de Buenos Aires. Cinthia Lemos, 28 años. Asesinada de un balazo en la cara por su pareja que luego se suicidó. Tenían tres niños pequeños. Colonia Itacuruzú, Misiones.

Tatiana Guzmán, 15 años. El 7 de julio recibió cinco puñaladas durante un intento de abuso sexual por su vecino de 38 y murió el 18 de julio en San Rafael, Mendoza. Liliana Belén Gauna, 18 años, desaparecida desde el 11 de julio fue hallada estrangulada en una fábrica abandonada, detuvieron a 4 varones en Puerto Vilelas, Chaco. Lucrecia Borda, 50 años, murió el 13 de julio a golpes. Su pareja lo denunció como resultado de un robo, confesó luego de ser detenido. Julieta Abigail Delpino, 19 años, estaba desaparecida desde el 23 de julio. Fue encontrada enterrada en el patio de la casa de su novio en Beravú, Santa Fe. María Rosa Lencina, 27 años, embarazada de 38 semanas. No fue debidamente atendida en el Hospital Fernández por ser habitante de la Villa 31 ("están todos contagiados", dijo uno de los guardias). Murieron ella y su beba. Ludmila Pretti, 14 años. Hallada asesinada en un bolsa en Moreno, provincia de Buenos Aires. Alba Roxana Orquera, 20 años. Estrangulada por su pareja. Juan José Castelli, Chaco. Cesia Nicole Reinaga, 20 años. Hallada muerta en un pozo de agua del Matadero municipal; estaba desaparecida desde el 29 de agosto. Abra Pampa, Jujuy. Patricia Mereles, 31 años. Asesinada por su hijastro de un tiro en la cabeza el 6 de agosto. Puerto Iguazú, Misiones. Noelia Luna Quimey Lambert Tamay, 19 años. Asesinada por su novio de un tiro en el abdomen. Burzaco, provincia de Buenos Aires. Micaela Sabrina Zalazar, 27 años. Embarazada de 4 meses, asesinada a golpes por su pareja. Ciudad de 9 de julio, provincia de Buenos Aires. Juana Valdez, 43 años. Asesinada y hallada semienterrada sobre la ruta 9, su marido ha sido detenido. Colonia Caroya, Córdoba. María Dolores Junco, 35 años. Asesinada a puñaladas por su pareja que luego intentó suicidarse. Isidro Casanova,

provincia de Buenos Aires. Ingrid Soledad Zalazar, 41 años. Baleada por su pareja que luego se suicidó. Baradero, provincia de Buenos Aires. Marta Román, 65 años. Hallada asesinada en un pastizal en llamas, detuvieron a un vecino en San Cosme, Corrientes.

ESCENA 13

Mientras tanto en los Estados Unidos, luego de asesinar a sangre fría al general iraní Qasem Soleimani del modo más cobarde imaginable, de despreciar en público las consecuencias del coronavirus y de incitar a la población a tomar desinfectante (en Argentina también una animadora famosa incita a la población a tomar desinfectante, y la población, cosa curiosa, se lanza desatinadamente a tomar desinfectante, un niño muere en Bariloche por tomar desinfectante y la animadora famosa, que gana muchísimo dinero por incitar a la población a tomar desinfectante se va de vacaciones a Nordelta y se olvida de todo el asunto, a fin de cuentas las animadoras de televisión suelen ser más hijas de puta que los policías que les disparan por la espalda a los pibes desarmados en las villas que no ganan siquiera una centésima parte de lo que gana una animadora de televisión que incita a la población a tomar desinfectante) el presidente Donald Trump ordena reprimir a las masas de manifestantes que se han alzado para protestar contra la muerte de George Floyd. Un ciudadano negro de 46 años que fue asfixiado hasta la muerte por un policía brabucón, en un país brabucón, con un presidente brabucón. Donald

Trump perderá las elecciones en octubre por una diferencia mínima.

ESCENA 14

671.000 muertos en Brasil*.
180.000 muertos en el Reino Unido*.
19.093 muertos en Suecia*.
99.015 muertos en Turquía*.
141.000 muertos en Alemania*.
1.001.279 muertos en los Estados Unidos*.
(en su mayoría negros, hispanos e inmigrantes.)
5.730 muertos en Venezuela*.
En China, un país con 1.398 millones de personas, el lugar donde se originó la tragedia, los muertos son 5.226*.
En Argentina, un país con 48 millones de personas, los muertos son 129.000* hasta la fecha y contando.

ESCENA 15

Probablemente todo será peor.
Probablemente todo será mejor.
Probablemente haremos la revolución.
Probablemente la revolución degenere en totalitarismo y muerte.
Probablemente la raza humana se extinga sin remedio por su propia estupidez.
Probablemente la raza humana se extinga sin remedio

pese al amor, la fidelidad, los sueños, los deseos, el heroísmo.
Probablemente todo se vaya a la mierda.
Probablemente todo se haya ido a la mierda hace tanto tiempo que ya no recordamos como era vivir en otra parte.
No quiero que mis hijos mueran.
No quiero morir.

ESCENA 16

El 26 de noviembre de 2020 la actriz argentina de veintinueve años, cumple treinta años. Lo celebra haciendo desaforadamente el amor con un actor rubio de treinta y siete que ha conocido en un casting por Zoom. El 30 de noviembre a las 10:00 recibe un llamado. Le confirman que ha sido seleccionada para el rol de Marie Duplessis en una versión argentina, hablada en castellano, de *La Dama de las Camelias* con el joven director Edmundo Barba. Este año ha hecho 37 auto-castings con un celular que se cae a pedazos, y la han llamado para 12 call-backs, 11 por zoom y 1 presencial. Es la primera vez en el año que tanto esfuerzo da resultados. Es la primera vez en su vida que la eligen para protagonizar un filme.
La actriz argentina de treinta años está exultante.
Pero.
Esa tarde a las 17:30 recibe un segundo llamado. El actor rubio de treinta y siete años ha sido aislado por contacto estrecho.
Tres días después empiezan los primeros síntomas. Diarrea, fiebre, pérdida del olfato, debilidad muscular, cansancio. La actriz argentina no está asustada o no cree estar asustada.

El 4 de diciembre se hace el hisopado en el Hospital Isidoro Iriarte de Quilmes, el mismo hospital donde un año antes se vio obligada a pasar la noche de navidad, luego de ser atropellada por el repartidor de rappi asesinado por la policía en los pasillos de Villa Azúl. La actriz de treinta años no puede parar de temblar. Hace una cola interminable frente a otros tantos hombres y mujeres de la más diversa procedencia social. Algunos tiemblan de frío. Otros no pueden más del calor. Nunca llega a saber el resultado. El 7 de diciembre a las diez de la mañana llama a sus padres en Bahía Blanca. Mala idea. Discuten a gritos. Ha pasado los tres peores días de su vida delirando de fiebre, en un estado de irrealidad, miedo y dolor. Luego llama a su amiga que, muy asustada, pasa a buscarla en un Uber y la lleva a hacer un recorrido por distintas guardias de clínicas, sanatorios y hospitales, discutiendo a gritos con los médicos y las enfermeras, hasta que finalmente logra que la internen en el UPA de Bernal. Para ese entonces la joven actriz de treinta años ya no piensa en la posibilidad de perderse la película para la cual había sido seleccionada sino lisa y llanamente en salir con vida de la experiencia. La muerte pone las cosas en su justo lugar. El 14 de diciembre la pasan a terapia intensiva. Ya no verá a su amiga, ni a sus padres, ni al actor rubio de 37 años que la contagió. En sus pocos momentos de lucidez repasará algunos de los momentos felices de su infancia. Entre ellos, la primera vez que subió a un escenario, para ser otra persona, la primera vez que se sintió habitada por un personaje, que se vio actuando, separada de su cuerpo, frente a un público que la observaba conmovido, ahora también se ve, separada de su cuerpo, siendo llevada por los enfermeros, por los kinesiólogos,

por las máquinas que tratan de enseñarle como respirar, como seguir respirando, una bocanada más de aire y otra y otra, hasta que ya no importa.

El 18 de diciembre de 2020, exactamente un año después del primer caso reportado en China, una joven actriz de treinta años muere en la provincia de Buenos Aires.

ESCENA 17

Últimamente la gente
se vive muriendo,
se sabe
que siempre la gente
se vive muriendo pero últimamente
los que quedamos atrás
los que añoramos el peso de sus huellas
los que abrazamos la ausencia
los que vemos nacer con estupor un nuevo día
un día más sin ellos que es un nuevo día más sin ellos
los que escuchamos la risa de los niños
y deambulamos chapoteando en las sombras
como escolares chapoteando en las sombras
nos morimos viviendo
preguntándonos si acabará esta ola, esta marea
esta tristeza por estar acá, de este lado, viviendo
mientras la gente se vive muriendo
y pasará como todo pasa como pasa el día

la noche
el ruido y el silencio
y nos encontraremos brindando por ellos
emborrachándonos a más no poder por ellos
desplegando nuestra guirnalda de memorias
nuestra enciclopedia a todo color de llantos y lamentos
llorando a moco tendido a más no poder por ellos
consolándonos en el instante imperecedero del abrazo
todo por ellos
los que nos esperan allá, del otro lado
con la sustancia única del recuerdo.

ESCENA 18

Esto no es una obra de teatro.
Esto no es una obra de no-teatro.
Esto no es más que un simulacro de una obra de teatro, pero no es teatro, ni se parece, solo es la desesperación de dos mujeres solas, que ya no saben qué decir no porque no tengan nada que decir sino al revés porque es siempre demasiado todo lo que tenemos por decir un simulacro que no es teatro ni se parece que mejor que el teatro muera de una vez y para siempre antes de parecerse ni remotamente a esta mierda en que ha caído el aún antes del confinamiento aún antes de la pandemia del apocalipsis de este simulacro pedorro de apocalipsis mucho antes el teatro había degenerado en la ignominia en la miseria era un teatro muerto bastante antes de que esta mierda acabara por matarlo me cago en el teatro alemán de la mierda de los

cojones yo no quiero para mí esta no vida del teatro quiero abrazarlos sin que la CIA me espíe las conversaciones ya estoy hasta la concha de concursos de mierda que intentan desesperadamente producir una memoria de la verga del mono muerto de la cuarentena ¿quieren saber cuál va a ser la puta memoria de la cuarentena?, ¿quieren saber qué es lo que va a quedar del puto mundo cuando todo esto acabe si es que acaba y no nos morimos de acidez estomacal de indigestión por tanta ficción pelotuda de los siete reinos del ojete? ¡Esta es la memoria de la cuarentena!

Grita. Grita más. Grita hasta romperse la garganta.

Es al pedo.
Al mundo probablemente no le importa.

ESCENA 19

Aplausos en la madrugada.
Aplausos por los enfermeros.

Aplausos.

Aplausos por los médicos.

Aplausos.

Aplausos por el presidente.

Aplausos.

Aplausos contra el presidente.

Aplausos.

Aplausos por los científicos.

Aplausos.

Aplausos por la cuarentena.

Aplausos.

Aplausos contra la cuarentena.

Aplausos.

Las anti-cuarentenas son mejores actrices que nosotras. Las anti-vacunas son mejores actrices que nosotras. Las terraplanistas son mejores actrices que nosotras. Los dueños de Rappi son mejores actrices que nosotras. Las periodistas que anuncian el fin del mundo son mejores actrices que nosotras. Los payasos de la Organización Mundial de la Salud son mejores actrices que nosotras. Los presidentes son mejores actrices que nosotras. Los empresarios son mejores actrices que nosotras. Los chinos son mejores actrices que nosotras. Los policías son mejores actrices que nosotras.

Aplausos. Aplausos. Aplausos.

ESCENA 20

Y sin embargo amanece en las calles vacías.
Y sin embargo una bebé ríe.
Y sin embargo la lluvia cae sobre una flor en un balcón luminoso.
Y sin embargo dos hombres se abrazan y mutuamente se reconfortan.
Y sin embargo una enfermera marcha al trabajo en un tren vacío.
Alguien es feliz en este lío.
Un policía tiembla de frío en una esquina.
Un abuelo cruza la ciudad desnuda con un juguete nuevo bajo el brazo.
Una abuela mira fotos en una terraza.
Reporte diario de muertos.
Ningún hombre es una isla.
Reporte diario de vivos.
Todavía son muchos.

Reporte diario de hijos de puta.
Lamentablemente son muchísimos.

ESCENA 21

Una mujer.
Otra mujer.

No sabemos qué piensan.
Nadie sabe bien qué piensan.

*Actualizar los datos el día de la representación.

FIN

LA PASIÓN SEGÚN TERESA VON HAUPTBANHOF

PERSONAJES

TERESA VON HAUPTBANHOF
BARONESA VON HAUPTBANHOF
DEUS EX MACHINA
JURGIS BALTRUSAITIS
CONDE FERENKZY

Una mansión en las montañas, en pleno corazón del imperio austro-húngaro. Afuera arrecia la tormenta. El viento aúlla desesperado por las cañadas. Adentro el fuego crepita sobre una pequeña hornacina de hierro. Teresa von Hauptbanhof está sola, sumergida en las sombras de su espíritu.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —Mi corazón late con la fuerza de un huracán herido. Han sido ya dos días sin recibir noticia alguna. Hablo para recordar que las palabras acuden a mí todavía, que no se han disuelto en un océano de tristeza muda ¿Es que acaso ha conocido el tiempo angustia como la que ahora me atenaza la garganta? Sólo la esperanza me mantiene viva. Es una prisionera que apenas alcanzo a retener por la fuerza. Ella da dentelladas y patalea. Me lastima, pero me mantiene viva ¡Oh, Nicolás! ¡Si este viento feroz que golpea los cristales portara en su manto gélido el suave alimento de tus suspiros lo abrazaría

yo como se abraza a una madre dolida! Pero en cambio grita de horror sobre los precipicios y amenaza con arrojar al mundo hacia el abismo.

Un golpe. Dos golpes. Tres golpes. La puerta de la mansión Hauptbanhof se abre repentinamente. Entra la baronesa Catalina de Aries von Hauptbanhof-Bethooven, sacudiéndose la nieve de su abrigo de piel.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¡Madre! Dígame que Nicolás ha logrado llegar a su destino. Que allí me aguarda para reunir de nuevo lo que nunca jamás debió haber sido desunido.

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Ya quisiera yo que mis labios permanecieran sellados antes que pronunciar las palabras que ahora deben ser dichas ¡Debes ser fuerte, Teresa! Los demonios se han ensañado con nosotros y esta sea quizás la última noche de la tierra.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¡Alto ahí! No siga. Siento que la angustia va a romperme el pecho ¡Nicolás! ¡Mi Nicolás!

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —*(Aparte.)* ¡Dioses del universo! ¿Puede una madre ser acaso tan despiadada? No... Pero no... Tres veces no. No puedo renunciar ahora. Ella no debe saber que Nicolás está a salvo de nuestros enemigos. *(Consolándola.)* No todo está perdido Teresa. Debemos seguir el plan acordado. Debes entregarte esta noche al conde Rudolf Ferenczy.

Un relámpago atraviesa la habitación. Afuera se oye el retumbar del trueno.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¿Pretende usted que corra yo hacia las fauces de ese hombre monstruoso? ¡No puedo! ¡No puedo hacerlo!

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Pero debes, Teresa. Es nuestra única oportunidad de salvación. Por el bien de Nicolás. Por el bien de todos nosotros. La rebelión ha sido sofocada y el peso de todos sus muertos penden sobre el estandarte de nuestra familia.

Un golpe. Dos golpes. Tres golpes. La puerta de la mansión Hauptbanhof se abre repentinamente. La baronesa grita. Teresa von Hauptbanhof grita. Una correntada de aire y nieve irrumpe en el recinto.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¡Es él! ¡Madre! ¡Es él! ¡Viene a buscarme!

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —¿Quién? ¿Quién? ¿Quién vive.?

Una sombra corta el rectángulo de la puerta. Un cuerpo se abalanza hacia el interior y cae. Es un superhéroe. Lleva una capa roja y un traje azul ridículamente ajustado. Tiene además un antifaz amarillo que oculta parcialmente su rostro y un bigotito rubio sobre el labio superior derecho. Sobre su pecho, pueden leerse las letras D.E.M. Se arrastra hacia ellas e implora.

DEUS EX MACHINA. —¡Señoras! Socorro...

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Este no es el conde Ferenczy...

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¿Será tal vez un confidente de Nicolás? ¿Un mensajero? ¿Algún augurio que arranque nuestra esperanza de su lecho de agonía?

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —No. No sé. Puede que sea simplemente un viajero atacado por algún bandido.

DEUS EX MACHINA. —He sido atacado, se los aseguro... ¡Con un arma secreta! Ah, por favor, un poco de agua...

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —¡Trae agua, Teresa!

DEUS EX MACHINA. —Gracias. Muchas gracias. El infame ratón de biblioteca Jurgis Baltrusaitis logró hacerse con una piedra azul del planeta Wmombo que me es fatal en condiciones de exposición adecuadas. Debo averiguar en qué cuadrante lecto-temporal estamos. ¡Ese malvado se ha hecho con mi mapa...!

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¡Qué raro viste!

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Ha de ser suabo. Los suabos tienen unos gustos muy curiosos en lo que a moda se refiere...

DEUS EX MACHINA. —Me emboscó en el cementerio de Grover's Corner de *Nuestro pueblo*. Me ha perseguido desde entonces a través de innumerables tragedias... Casi me da alcance en *Los bandidos* de Schiller. Por suerte para todos la *Andrómaca* de Racine me ocultó en la corte del rey Pirro. Ella me ha visto con buenos ojos desde que intercedí en favor de Astianacte en *Las troyanas*. ¡Hay que ver lo que ha crecido ese niño!

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¿Corso tal vez?

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Quizás turco... No. Definitivamente es suabo.

DEUS EX MACHINA. —Pero... Pero no me he presentado ¡Qué torpe soy! Mi nombre es Richard Salchicha... Aunque algunos me conocen como... *(Se pone de pie adopta pose y voz de superhéroe.)* ¡Deus Ex Machina! Otrora catedrático de la Universidad de Badmington, transformado en una aberración lingüística por causa de un infortunado accidente alienígena, navego por los

inciertos mares de la creación poética trayendo justicia a los personajes que un aciago genio literario... ¡Ay!

Se derrumba.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —Madre, ¿entiende usted algo de lo que dice?

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Ni una palabra.

DEUS EX MACHINA. —Por supuesto que no entienden ¡Qué torpe he sido! Todavía estoy débil. Señoras, necesitaré algún dato que me ayude a saber en qué obra literaria estamos... ¿Qué lugar es este? ¿Cuáles son sus nombres?

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Yo soy la baronesa Catalina de Aries von Hauptbanhof-Bethooven y ella es mi hija Teresa von Hauptbanhof a secas.

DEUS EX MACHINA. —¡Catalina de Aries! ¡Teresa! ¡Oh, no! ¡Entonces estamos en el primer acto de *La Pasión según Teresa Von Hauptbanhof*! ¡Ay! ¡No debe hacer caso de su madre, Teresa! ¡No se entregue por nada al conde Ferenczy!

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —¿Co-como sabe del conde Ferenczy?

DEUS EX MACHINA. —¡Lo sé porque lo he leído! Y también visto, innumerables veces. Es una de las tragedias preferidas de los estudiantes de literatura europea, siempre tan morbosos...

Un golpe. Dos golpes. Tres golpes. La puerta de la mansión Hauptbanhof se abre repentinamente. La baronesa grita. Teresa von Hauptbanhof grita. Una correntada de aire y nieve irrumpe en el recinto.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¡Es él! ¡Madre! ¡Ahora sí que es él! ¡Viene a buscarme!

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —¿Quién? ¿Quién? ¿Quién vive.?

El infame, el despiadado Jurgis Baltrusaitis entra en escena. No hay en su aspecto físico nada que resulte temible, salvo por el hecho de que porta en su mano izquierda algo que se parece a un arma láser. En todo lo demás se asemeja a un ratón de biblioteca o a un adolescente tísico con problemas de autoestima.

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Este tampoco es el conde Ferenczy...

DEUS EX MACHINA. —¡Oh, no! ¡Señoras, protejanme! Es mi archienémigo, mi supervillano personal, mi némesis...

JURGIS BALTRUSAITIS. —¡No te resistas ya Deus Ex Machina! ¡Volverás conmigo a la realidad o ya no volverás!

DEUS EX MACHINA. —¡Nunca!

JURGIS BALTRUSAITIS. —¡Señoras! Mis convicciones no me permiten inmiscuirme en esta tragedia más allá de lo estrictamente necesario para acabar con esa rata inmunda que se oculta ahora bajo las faldas de ustedes. Entreguenme al infeliz y podrán continuar su drama familiar sin más interrupciones.

DEUS EX MACHINA. —¡Drama familiar! ¡Estamos en la tragedia de la baronesa von Hauptbanhof! Lo que le ocurre en el siguiente acto a esta pobre niña es tan horroroso que se me erizan los pelos de la nuca...

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¡Es cierto, madre, mire! ¡Se le erizan los pelos de la nuca!

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Pero ¿qué? Entonces ¿qué? ¿Qué le ocurre a mi pobre Teresa von Hauptbanhof?

DEUS EX MACHINA. —Cuando la entregue usted a...

JURGIS BALTRUSAITIS. —¡No! ¡No lo permita! ¡No se lo diga! ¡No debe saberlo!

DEUS EX MACHINA. —¡Infame! ¡Perro vil! ¡Canalla! ¿Va a permitir que ese monstruo de Rudolf Ferenczy le...?

JURGIS BALTRUSAITIS. —¡La tragedia de la Baronesa von Hauptbanhof es una obra maestra del teatro universal! ¡Va usted a arruinarla abriendo la boca! ¡Salga ya de allí atrás! ¡Que así no puedo dispararle!

DEUS EX MACHINA. —¡Una obra maestra a costa de los horrores que tendrán que vivir estas damas! ¡Oh, no me haga pensar en ello!

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¡No piense! ¡No piense! ¡Si le hace mal no piense...!

JURGIS BALTRUSAITIS. —¡Pero si son personajes, hijo de la chingada! ¡Son personajes de ficción!

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —¿Quién es un personaje?

JURGIS BALTRUSAITIS. —¡Usted, vieja culona! ¡Usted y la gorda de su hija burguesa!

Un golpe. Dos golpes. Tres golpes. La puerta de la mansión Hauptbanhof se abre repentinamente. La baronesa grita. Teresa von Hauptbanhof grita. Una correntada de aire y nieve irrumpe en el recinto. El conde Rudolf Ferenkzy se adelanta. Rabioso, furibundo, con sus grandes ojos grises inyectados en sangre. Blande un hacha en la mano derecha y echa espuma por la boca. Mira la escena sin entender demasiado bien qué demonios hacen allí esos dos hombres vestidos de manera tan rara.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¡Es él! ¡Madre! ¡Es él! ¡Ahora sí que es él! ¡Viene a buscarme!

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —*(Aterrorizada.)* ¡Conde Ferenkzy! Llega usted en mal momento...

JURGIS BALTRUSAITIS. —Al contrario, al contrario... Llega usted a la hora señalada. Ya puede meterle un hachazo en la nuca al mamón ese de calzones azules... Aproveche ahora que está débil.

CONDE FERENKZY. —Mmmff...

JURGIS BALTRUSAITIS. —Mírelo, mírelo... ¡Le quiere aguar la fiesta el muy cabrón! Ya lo ha hecho con otros clásicos, el muy hijo de la chingada... Ha desbaratado los planes de Yago, reconcilió a la reina con MARIA ESTUARDO y metió al duque de Mantua en un convento luego de practicarle una castración química ¡Hasta introdujo un consejero matrimonial en la MEDEA de Séneca! Con su lógica de *happy ending* se está cargando las grandes obras de la literatura ¡No permita que le quite a usted también la oportunidad de ser un villano como dios manda!

CONDE FERENKZY. —Mmmff...

JURGIS BALTRUSAITIS. —Pero bueno ¿te vas a mover o no culero? ¿Os es que el hacha esa la llevas de adorno?

El conde Ferenczy se abalanza sobre Jurgis Baltrusaitis blandiendo el hacha en alto. La baronesa grita. Teresa von Hauptbanhof grita. Incluso Deus Ex Machina grita. Pero Jurgis Baltrusaitis grita más que todos juntos. Dispara su arma láser sobre el conde que desaparece. El hacha rebota en el piso y cae.

JURGIS BALTRUSAITIS. —¡Casi me mata!

DEUS EX MACHINA. —Pero ¿qué hizo infeliz? ¡Acaba de enviarlo a la realidad!

JURGIS BALTRUSAITIS. —¡Pero es que casi me mata!

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —¿Qué pasó? ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde se encuentra el conde Ferenczy?

JURGIS BALTRUSAITIS. —*(A Deus Ex Machina.)* ¡Todo esto es culpa suya! ¡Ha transformado esta tragedia intachable en un burlesco patético! ¡Pero no voy a permitirlo! ¡Yo mismo acabaré con la tarea que el conde debía haber terminado!

Toma el hacha.

JURGIS BALTRUSAITIS. —¡Usted se viene conmigo! ¡Esta tragedia tendrá su final trágico cueste lo que cueste! Su muerte será dolorosa, pero en compensación, le aseguró que miles de espectadores futuros se regodearán en la tristeza de su personaje. Usted sólo siga su papel de víctima inocente...

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¡Madre! ¡Viene hacia mí!

Jurgis Baltrusaitis se abalanza sobre Teresa von Hauptbanhof blandiendo el hacha en alto. La baronesa grita. Teresa von Hauptbanhof grita. Pero Deus Ex Machina, cobrando repentinas fuerzas se arroja sobre él a último momento. Caen al suelo. Forcejean. Jurgis Baltrusaitis reduce a su adversario haciendo uso de una piedra azul que lleva en la hebilla de su cinturón. Presa de un intenso dolor Deus Ex Machina se retuerce en el suelo, medio inconsciente. Baltrusaitis levanta el hacha dispuesto a dar el golpe final.

En ese momento la puerta se abre y un cerdo azul de naturaleza alienígena irrumpe en el recinto. Todo el mundo grita. Lleva un arma laser. Dispara sobre Jurgis Baltrusaitis que desaparece. Repite el procedimiento con Deus Ex Machina.

CERDO AZUL DEL PLANETA WBOMWO. —Que no les engañe mi apariencia porcina. Mi nombre es impronunciable para ustedes así que no me gastaré en repetirlo. Provengo de un planeta distante unos cuantos años luz de esta galaxia. Resulta singular que en el vasto universo no existan más que tres planetas habitados por seres vivos. El de ustedes, el nuestro y un planetoide en el cinturón de Orión invadido por unas criaturas asquerosas que tienen la suerte de estar vivas. Si a eso se le puede llamar vida. ¿Qué les parece? Un universo tan bestia y sólo tres rincones diminutos en donde ha brotado la vida como una mala peste. Les aseguro que no estaba ni en los cálculos de nuestros científicos más escépticos. Nosotros estamos mucho más evolucionados, como podrán deducir por mi presencia aquí. Tenemos naves espaciales, aceleradores de partículas, máquinas del tiempo y una cuota de seguridad social mucho más reducida. Ahora bien, resulta curioso que en la entera historia de nuestra civilización no hayamos concebido nosotros nada parecido a eso que ustedes llaman arte... Dieciocho mil años de cultura y ni un solo artista. Tenemos médicos, astrónomos, dentistas, políticos, comunistas, agentes de bolsa, radiólogos, pero ni un poeta, dramaturgo o músico. Ni siquiera un pintor de acuarelas. Habiéndonos percatado de la presencia de una segunda civilización con muestras de inteligencia (o algo así como eso) nuestros más doctos ciudadanos se aplicaron

a intentar comprender cada una de sus rarezas. Se abrieron becas, doctorados y carreras de especialización universitaria. Fui comisionado especialmente desde mi planeta natal para estudiar el arte aquí en la tierra. Lamentablemente un accidente con mi nave espacial acabó transformando al imbécil del profesor Richard Salchicha en una suerte de entidad pseudo-física con manías de grandeza. No saben la reprimenda que recibí de mis superiores. Catorce días de arresto y un mes de suspensión sin goce de sueldo. El resto ya lo saben. Con sus nuevos poderes Richard Salchicha podía viajar de libro en libro, de obra en obra, de ficción en ficción, alterando los acontecimientos a su paso. Imbuido de una ética personal bastante discutible, decidió cambiar para mejor los destinos literarios de los personajes que iba encontrando por el camino. No nos culpen si decidimos no intervenir. La diferencia entre ficción y realidad carece de sentido para nosotros. *A priori* no nos parecía mal que cualquier paleto con ganas de hacerlo, se dedicara a proporcionar finales felices a esa tremenda nebulosa de horrores que gustan acumular ustedes en eso que llaman la historia del teatro universal (que cabe entera en uno de nuestros microchips más pequeñitos). Vamos. Tampoco era contrario a nuestros intereses que algún otro con ganas de aguarle la fiesta se opusiera a sus planes y hasta decidimos proporcionarle la tecnología adecuada. Pero que él mismo cometa esos crímenes, eso sí ya era un poco demasiado. Por eso decidí acabar de raíz con todo este asunto. A Deus Ex Machina lo envié a EL SÍ DE LAS NIÑAS de Moratín y Baltrusaitis ha aterrizado en un pasaje de EL PÚBLICO donde se encuentra ahora, completamente desconcertado. Una pequeña bromita de mi parte.

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —¿Y el conde Ferenczy? ¿Qué ha sido de él?

CERDO AZUL DEL PLANETA WBOMWO. —Está en la realidad. No hubo más remedio. Se cambió de nombre y ahora es un empresario bastante respetado de comienzos del siglo XXI. Se casó y es el feliz padre de dos criaturas preciosas.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¿Y nosotras? ¿Qué será ahora de nosotras?

CERDO AZUL DEL PLANETA WBOMWO. —Pueden hacer ustedes lo que se les antoje. La obra ya no tendrá la calidad ni el éxito que le daba su final escabroso. A no ser que decidan ustedes comerse a sí mismas o asesinarse mutuamente o cometer incesto entre madre e hija (cosa que no dejaría de ser digna de verse). Pero podrían ponerse a filosofar sobre el fin de la historia y hacer de esta una pieza existencialista. O bien una comedia ligera en la que sólo se dedicaran a contar chistes. O bien un drama costumbrista donde veamos a dos mujeres acometer labores domésticas en pleno siglo XVIII. Lo cual podría muy bien ser una obra de teatro-documento con implicaciones feministas. O bien una tragedia posdramática donde ustedes recordarían sus vidas simulando que tienen algo que podría parecer interesante. Ya no se preocupen por eso. De todos modos, los directores hacen lo que quieren con los textos. Una vez vi en Verona una puesta donde el conde Ferenczy era un travesti. Quizás tenga que rectificarme. Dado el carácter circunstancial de los textos que la componen quizás la historia del teatro universal sea la única que no quepa en uno de nuestros microchips más pequeñitos. Ni en ninguna parte. No lo sé. Ni siquiera sé por qué me he puesto a echar un monólogo tan largo y dar

explicaciones. Todo esto es un misterio para nuestra especie y pensarlo demasiado me hace doler la cabeza. No querrían que eso pase. Tengo instalada una bomba termonuclear de catorce gigatones en el encéfalo que nos haría volar a todos por los aires si me estreso demasiado. Medidas de seguridad absurdas de mi gobierno. En fin... ¡Tengan ustedes un muy buen día!

Se va cerrando la puerta. El viento aúlla tristemente por las cañadas. Madre e hija se quedan en silencio completamente confundidas. Se hace una larga pausa, larguísima. Seguida de otra pausa más larga todavía. Al final vendrá entonces una pausa cortita. Luego de la cual dirá Teresa von Hauptbanhof con su habitual tono de afectación.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¿Madre?

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Sí, Teresa.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —Nicolás está vivo y a salvo ¿verdad?

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Sí.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¿Y usted lleva un hijo de él en su vientre, no es así?

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Sí. Fue un acto cobarde y premeditado de mi parte. Él creía que yo eras tú en la oscuridad del cuarto de huéspedes...

TERESA VON HAUPTBANHOF. —Me imagino. No se preocupe. De todos modos he perdido el interés, de pronto. Lo encuentro un poco engreído, ¿sabe?

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —A mi siempre me ha resultado un imbécil.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¿Madre?

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Sí, Teresa.

TERESA VON HAUPTBANHOF. —¿Que vamos a hacer ahora que nuestros pesares parecen haber concluido?

BARONESA VON HAUPTBANHOF. —Lo que sea. Podemos hacer lo que se nos antoje. Pero será mejor que sea bueno. E interesante. El final de la obra depende de ello.

Se besan. Apasionadamente. La luz va cayendo poco a poco mientras la música acentúa la naturaleza melancólica del drama. Cae el telón (si es que hay telón.)

FIN

DOS OBRAS. 20 AÑOS EDITANDO TEATRO
Septiembre de 2023 - Primera edición

El presente volumen es resultado de la convocatoria "20 años editando teatro", que en 2022 lanzó el Instituto Nacional del Teatro para celebrar la vigencia y la continuidad de su editorial INTeatro, desde su creación en 2002. El libro contiene dos obras de diez autores y autoras de todo el país. Un total de 20 textos que conforman un panorama diverso y fructífero para el presente y el futuro de la dramaturgia nacional.

EDITORIAL INTeatro
Instituto Nacional del Teatro
Ministerio de Cultura Argentina